



UNIVERSITÄTS-
BIBLIOTHEK
PADERBORN

Universitätsbibliothek Paderborn

El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha

Cervantes Saavedra, Miguel de

Madrid, 1850

Parte Segunda.

[urn:nbn:de:hbz:466:1-48459](https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:hbz:466:1-48459)

INDICE DE LA PRIMERA PARTE.

1891.

El primer libro de la obra, el de la Gramática, es el más importante de ella, y el que contiene los principios de la lengua castellana, y de su estructura y construcción. En este libro se trata de la fonética, de la morfología, de la sintaxis, y de la semántica. El segundo libro, el de la Ortografía, trata de la escritura de las palabras, y de las reglas que rigen en este respecto. El tercer libro, el de la Gramática, trata de la construcción de las frases, y de las reglas que rigen en este respecto. El cuarto libro, el de la Gramática, trata de la construcción de las frases, y de las reglas que rigen en este respecto. El quinto libro, el de la Gramática, trata de la construcción de las frases, y de las reglas que rigen en este respecto.

PARTE SEGUNDA.

PARTI SECONDA.

DOCUMENTOS DE LA PRIMERA EDICION.

TASA.

Yo Hernando de Vallejo, escribano de Cámara del rey nuestro señor, de los que residen en su Consejo, doy fe, que habiéndose visto por los señores dél un libro que compuso Miguel de Cervantes Saavedra, titulado: DON QUIJOTE DE LA MANCHA, segunda parte, que con licencia de su Majestad fue impreso, le tasarón á cuatro maravedis cada pliego en papel, el cual tiene setenta y tres pliegos, que al dicho respeto suma y monta doscientos y noventa y dos maravedis, y mandaron que esta tasa se ponga al principio de cada volúmen del dicho libro, para que se sepa y entienda lo que por él se ha de pedir y llevar, sin que exceda en ello en manera alguna, como consta y parece por el auto y decreto original sobre ello dado, y que queda en mi poder, á que me refiero: y de mandamiento de los dichos señores del Consejo, y de pedimento de la parte del dicho Miguel de Cervantes, di esta fe en Madrid á veinte y uno dias del mes de octubre de mil y seiscientos y quince años.

Hernando de Vallejo.

APROBACION.

Por comision y mandado de los señores del Consejo he hecho ver el libro contenido en este memorial. No contiene cosa contra la fe, ni buenas costumbres, antes es libro de mucho entretenimiento lícito, mezclado de mucha filosofia moral; puédesele dar licencia para imprimirle. En Madrid á cinco de noviembre de mil y seiscientos y quince.

Doctor Gutierrez de Cetina.

APROBACION.

Por comision y mandado de los señores del Consejo he visto la segunda parte de *don Quijote de la Mancha*, por Miguel de Cervantes Saavedra. No contiene cosa contra nuestra santa fe católica, ni buenas costumbres, antes muchas de honesta recreacion y apacible divertimiento, que los antiguos juzgaron convenientes á sus repúblicas, pues aun en la severa de los Lacedemonios levantaron estatuas á la Risa, y los de Tesalia la dedicaron fiestas, como lo dice Pausanias referido de Bosio *lib. II, de Signis Eccles. cap. X*, alentando ánimos marchitos y espíritus melancólicos, de que se acordó Tulio en el primero de *Legibus*, y el poeta diciendo:

Interpone tuis interdum gaudia curis.

Lo cual hace el autor mezclando las veras á las burlas, lo dulce á lo provechoso y

lo moral á lo faceto, disimulando en el celo del donaire, el anzuelo de la reprension, y cumpliendo con el acertado asunto, en que pretende la expulsion de los libros de caballerias, pues con su buena diligencia mañosamente ha limpiado de su contagiosa volencia á estos reinos; es obra muy digna de su grande ingenio, honra y lustre de nuestra nacion, admiracion y envidia de las extrañas. Este es mi parecer, salvo, etc. En Madrid á 17 de marzo de 1615.

El M. José de Valdivielso.

APROBACION.

Por comision del señor doctor Gutierre de Cetina, vicario general desta villa de Madrid, corte de su Magestad, he visto este libro de la segunda parte del *Ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*, por Miguel de Cervantes Saavedra, y no hallo en él cosa indigna de un cristiano celo; ni que disuene de la decencia debida á buen ejemplo, ni virtudes morales, ántes mucha erudicion y aprovechamiento, así en la continencia de su bien seguido asunto, para estirpar los vanos y mentirosos libros de caballerias, cuyo contagio habia cundido mas de lo que fuera justo, como en la lisura del lenguaje castellano, no adulterado con enfadosa y estudiada afectacion (vicio con razon aborrecido de hombres cuerdos): y en la correccion de vicios, que generalmente toca, ocasionado de sus agudos discursos, guarda con tanta cordura las leyes de reprension cristiana, que aquel que fuere tocado de la enfermedad que pretende curar, en lo dulce y sabroso de sus medicinas gustosamente habrá bebido, cuando menos lo imagine sin empacho ni asco alguno lo provechoso de la detestacion de su vicio, con que se hallará (que es lo mas difícil de conseguirse) gustoso y reprendido. Ha habido muchos, que por no haber sabido templar, ni mezclar á propósito lo útil con lo dulce, han dado con todo su molesto trabajo en tierra, pues no pudiendo imitar á Diógenes en lo filósofo y docto, atrevida por no decir licenciosa y desalumbreadamente, le pretenden imitar en lo cínico, entregándose á maldicientes, inventando casos que no pasaron para hacer capaz al vicio que tocan de su áspera reprension, y por ventura descubren caminos para seguirle, hasta entonces ignorados, con que vienen á quedar si no reprensos, á lo menos maestros dél. Hácense odiosos á los bien entendidos, con el pueblo pierden el crédito si alguno tuvieron, para admitir sus escritos, y los vicios que arrojada é imprudentemente quisieron corregir en muy peor estado que antes: que no todas la postemas á un mesmo tiempo estan dispuestas para admitir las recetas ó cauterios; antes algunos mucho mejor reciben las blandas y suaves medicinas, con cuya aplicacion el atentado y docto médico consigue el fin de resolverlas: término que muchas veces es mejor, que no el que se alcanza con el rigor del hierro. Bien diferente han sentido de los escritos de Miguel de Cervantes así nuestra nacion, como las extrañas, pues como á mi-lagro desean ver el autor de libros, que con general aplauso, así por su decoro y decencia, como por la suavidad y blandura de sus discursos han recibido España, Francia, Italia, Alemania y Flandes. Certifico con verdad, que en veinte y cinco de febrero deste año de seiscientos y quince, habiendo ido el Ilustrísimo señor don Bernardo de Sandoval y Rojas, cardenal, arzobispo de Toledo, mi señor, á pagar la visita que á su Ilustrísima hizo el embajador de Francia, que vino á tratar cosas tocantes á los casamientos de sus príncipes y los de España, muchos caballeros franceses, de los que vinieron acompañando al embajador, tan corteses como entendidos y amigos de buenas letras, se llegaron á mí y á otros capellanes del cardenal, mi señor, deseosos de saber qué libros de ingenio andaban mas validos, y tocando acaso en este, que yo estaba censurando, apenas oyeron el nombre de Miguel

de Cervantes, cuando se comenzaron á hacer lenguas, encareciendo la estimacion de que así en Francia como en los reinos sus confinantes, se tenian sus obras, la Galatea que alguno dellos tiene casi de memoria, la primera parte desta y las novelas. Fueron tantos sus encarecimientos, que me ofrecí llevarles que viesen el autor dellas, que estimaron con mil demostraciones de vivos deseos. Preguntáronme muy por menor su edad, su profesion, calidad y cantidad. Halléme obligado á decir, que era viejo, soldado, hidalgo y pobre: á que uno respondió estas formales palabras: «¿pues á tal hombre no le tiene España muy rico y sustentado del Erario público?» Acudió otro de aquellos caballeros con este pensamiento y con mucha agudeza, y dijo: «si necesidad le ha de obligar á escribir, plega á Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico á todo el mundo.» Bien creo que esta para censura es un poco larga: alguno dirá que toca los límites de lisongero elogio; mas la verdad de lo que cortamente digo, deshace en el crítico la sospecha, y en mí el cuidado: además que el día de hoy no se lisongea á quien no tiene con que cebar el pico del adulador, que aunque afectuosa y falsamente dice de burlas, pretende ser remunerado de veras. En Madrid á veinte y siete de febrero de mil seiscientos y quince.

El licenciado marques de Torres.

PRIVILEGIO.

POR CUANTO por parte de vos Miguel de Cervantes Saavedra nos fue hecha relacion, que habiades compuesto la segunda parte de DON QUIJOTE DE LA MANCHA, de la cual haciades presentacion, y por ser libro de historia agradable y honesta, y haberos costado mucho trabajo y estudio, nos suplicasteis os mandásemos dar licencia para le poder imprimir, y privilegio por veinte años, ó como la nuestra merced fuese, lo cual visto por los del nuestro Consejo, por quanto en el dicho libro se hizo la diligencia que la Premática por Nos sobre ello fecha dispone, fue acordado, que debíamos mandar dar esta nuestra Cédula en la dicha razon, y Nos tuvimoslo por bien. Por la cual vos damos licencia y facultad para que por tiempo y espacio de diez años cumplidos, primeros siguientes, que corran y se cuenten desde el día de la fecha de esta nuestra cédula en adelante, vos, ó la persona que para ello vuestro poder oviere, y no otra alguna, podais imprimir y vender el dicho libro, que de suso se hace mencion: y por la presente damos licencia y facultad á cualquier impresor de nuestros reinos que nombráredes para que durante el dicho tiempo le pueda imprimir por el original, que en el nuestro Consejo se vió, que va rubricado y firmado al fin de Hernando de Vallejo nuestro escribano de Cámara, y uno de los que en él residen, con que antes y primero que se venda, lo traigais ante ellos, juntamente con el dicho original, para que se vea si la dicha impresion está conforme á él, ó traigais fe en pública forma, como por corrector por Nos nombrado se vió y corrigió la dicha impresion por el dicho original, y mas al dicho impresor que así imprimiere el dicho libro, no imprima el principio y primer pliego dél, ni entregue mas de un solo libro, con el original al autor y persona á cuya costa lo imprimiere, ni á otra alguna, para efecto de la dicha correccion y tasa, hasta que antes y primero el dicho libro esté corregido y tasado por los del nuestro Consejo, y estando hecho, y no de otra manera, pueda imprimir el dicho principio y primer pliego, en el cual inmediatamente ponga esta nuestra licencia y la aprobacion, tasa y erratas, ni lo podais vender, ni vendais vos, ni otra persona alguna hasta que esté el dicho libro en la forma susodicha, so pena de caer é incurrir en las penas contenidas en la dicha premática y leyes de nuestros reinos, que sobre ello disponen: y mas que durante el dicho tiempo persona alguna sin vues-

tra licencia no le pueda imprimir ni vender, so pena que el que lo imprimiere y vendiere haya perdido y pierda cualesquiera libros, moldes y aparejos que dél tuviere, y mas incurra en pena de cincuenta mil maravedis por cada vez que lo contrario hiciere, de la qual dicha pena sea la tercia parte para el juez que lo sentenciare, y la otra tercia parte para el que lo denunciare, y mas á los del nuestro Consejo, Presidentes, Oidores de las nuestras audiencias, Alcaldes, Alguaciles de la nuestra Casa y corte y Chancillerias, y á otras cualesquiera justicia de todas las ciudades, villas y lugares de los nuestros reinos y señorios, y á cada uno en su jurisdiccion, así á los que agora son, como á los que serán de aquí adelante, que vos guarden y cumplan esta nuestra cédula y merced, que así vos hacemos, y contra ella no vayan, ni pasen en manera alguna, so pena de la nuestra merced y de diez mil maravedis para la nuestra Cámara. Dado en Madrid á treinta dias del mes de Marzo de mil y seiscientos y quince años.— YO EL REY.— Por mandado del rey nuestro señor, *Pedro de Contreras*.

[Faint, mirrored text bleed-through from the reverse side of the page, appearing as ghosting.]



DEDICATORIA

al conde de Lemos.



ENVIANDO á V. E. los dias pasados mis comedias, antes impresas que representadas (1), si bien me acuerdo dije que don Quijote quedaba calzadas las espuelas para ir á besar las manos á V. E.; y ahora digo que se las ha calzado y se ha puesto en camino, y si él allá llega me parece que habré hecho algun servicio á V. E., porque es mucha la priesa que de infinitas partes me dan á que le envíe, para quitar el ámago y la náusea que ha causado otro don Quijote, que con nombre de segunda parte se ha disfrazado y corrido por el orbe: y el que mas ha mostrado desearle ha sido el grande emperador de la China, pues en lengua chinesca habrá un mes que me escribió una carta con un propio, pidiéndome, ó por mejor decir, suplicándome se le enviase, porque queria fundar un colegio donde se leyese en lengua castellana, y queria que el libro que se leyese fuese el de la historia de don Quijote: juntamente con esto me decia que fuese yo á ser el rector del tal colegio. Preguntéle al portador, si su magestad le habia dado para mí alguna ayuda de costa (2). Respondióme que ni por pensamiento. Pues, hermano, le respondí yo; vos os podeis volver á vuestra China á las diez, ó á las veinte, ó á las que venis despachado, porque yo no estoy con salud para ponerme en tan largo viaje; además que sobre estar enfermó, estoy muy sin dineros, y emperador por emperador, y monarca por monarca, en Nápoles tengo al grande conde de Lemos, que sin tantos titulillos de colegios, ni rectorias me sustenta, me

(1) *Ocho comedias y ocho entremeses*, aquellas malas, y estos la mayor parte apreciabiles. — Arr.

(2) *Ayuda de costa* es el socorro en dinero que se suele dar además del salario señalado al que ejerce algun empleo. — D. A.

ampara y hace mas merced que la que yo acierto á desear (1). Con esto le despedí, y con esto me despido, ofreciendo á V. E. los *Trabajos de Pérsiles y Sigismunda*, libro á quien daré fin dentro de cuatro meses. *Deo volente* (2); el cual ha de ser, ó el *mas malo*, ó el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto, quiero decir de los de entretenimiento: y digo que me arrepiento de haber dicho *el mas malo*, porque segun la opinion de mis amigos, ha de llegar al extremo de bondad posible. Venga V. E. con la salud que es deseado, que ya estará Pérsiles para besarle las manos, y yo los pies, como criado que soy de V. E. De Madrid último de octubre de mil seiscientos y quince. — Criado de V. E.

Miguel de Cervantes Saavedra.

(1) Parece á primera vista, dice el señor Ríos (Vida de Cervantes, pág. 85), que el objeto de Cervantes en esta ficcion era solo alabar su obra y obsequiar á su Mecenas; pero no fue así. Sirvióse de aquella apariencia para disfrazar su idea de modo que solo pudiesen entreverla los que tenían discernimiento para referirla á sus antecedentes. El primero á quien reprende es á su competidor Avellaneda. Este no habló mas que una vez del Quijote de Cervantes en el suyo, ni le puso otra objeccion sino *que su estilo era humilde*: objeccion dictada por la cólera y envidia, y desmentida por el voto unánime de toda la nacion. — Arr.

(2) Con efecto, no solo le concluyó antes de morir, en 25 de abril del año siguiente, 1616, sino que además de la Dedicatoria dejó escrita la introduccion ó prólogo. — P.

PRÓLOGO AL LECTOR.

VÁLAME DIOS, y con cuanta gana debes de estar esperando ahora, lector ilustre, ó quier plebeyo, este prólogo, creyendo hallar en él venganzas, riñas y vituperios del autor del segundo D. Quijote: digo de aquel que dicen que se engendró en Tordesillas, y nació en Tarragona (1). Pues en verdad que no te he de dar este contento: que puesto que los agravios despiertan la cólera en los mas humildes pechos, en el mio ha de padecer excepcion esta regla. Quisieras tú que lo diera del asno, del mentecato y del atrevido; pero no me pasa por el pensamiento: castíguele su pecado, con su pan se lo coma, y allá se lo haya.

Lo que no he podido dejar de sentir es que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo que no pasase por mí, ó si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la mas alta ocasion que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas á lo menos en la estimacion de los que saben donde se cobraron: que el soldado mas bien parece muerto en la batalla, que libre en la fuga; y es esto en mí de manera, que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella faccion (2) prodigiosa, que sano ahora de mis heridas, sin haberme hallado en ella. Las que el soldado muestra en el rostro y en los pechos, estrellas son que guian á los demas al cielo de la honra, y al de desear la justa alabanza: y hase de advertir, que no se escribe con las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años.

He sentido tambien que me llame envidioso, y que como á ignorante me describa que cosa sea la envidia, que en realidad á la verdad de dos que hay, yo no conozco mas que á la santa, á la noble y bien intencionada: y siendo esto así, como lo es, no tengo yo de perseguir á ningun sacerdote, y mas si tiene por añadidura ser familiar del santo oficio; y si él lo dijo por quien parece que lo dijo, engañóse de todo en todo que del tal (3) adoro el ingenio, admiro las obras y la ocupacion continua y virtuosa. Pero en efecto le agradezco á este señor autor el decir que mis novelas son

(2) Alude aquí Cervantes á la segunda parte, ó tomo segundo del ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha, que contiene su tercera salida, y es la quinta de sus aventuras, compuesta por el licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda, natural de la villa de Tordesillas, con licencia en Tarragona, en casa de Felipe Roberto: Año de 1614, en 8.º — Arr.

(3) Esto es, accion de armas coligadas de varias naciones, como lo fue en efecto la de Lepanto. — Arr.

(5) Es Lope de Vega, sacerdote y familiar del santo oficio despues de haber sido casado dos veces, con quien quiso mancomunarse Avellaneda, autor de algunas malas comedias, y sentido de haberse visto comprendido por Cervantes en la censura general que hizo del teatro español, en la primera parte del Quijote, queriéndolo tachar de enemigo y envidioso del mérito ó fama de aquel. — Arr.

mas satíricas que ejemplares, pero que son buenas, y no lo pudieran ser si no tuvieran de todo.

Paréceme que me dices que ando muy limitado, y que me contengo mucho en los términos de mi modestia, sabiendo que no se ha de añadir afliccion al afligido y que la que debe de tener este señor sin duda es grande, pues no osa parecer á campo abierto y al cielo claro encubriendo su nombre, fingiendo su patria, como si hubiera hecho alguna traicion de lesa magestad. Si por ventura llegares á conocerle, dile de mi parte que no me tengo por agraviado, que bien sé lo que son tentaciones del demonio, y que una de las mayores es ponerle á un hombre en el entendimiento que puede componer y imprimir un libro con que gane tanta fama como dineros, y tantos dineros cuanta fama; y para confirmacion desto quiero que en tu buen donaire y gracia le cuentes este cuento.

Habia en Sevilla un loco, que dió en el mas gracioso disparate y tema que dió loco en el mundo. Y fue, que hizo un cañuto de caña puntiagudo en el fin; y en cogiendo algun perro en la calle ó en cualquiera otra parte, con el un pie le cogia el suyo, y el otro le alzaba con la mano, y como mejor podia le acomodaba el cañuto en la parte que soplándole le ponía redondo como una pelota: y en teniéndolo desta suerte le daba dos palmaditas en la barriga, y le soltaba diciendo á los circunstantes (que siempre eran muchos): pensarán vuesas mercedes ahora que es poco trabajo hinchar un perro. Pensará Vd. ahora que es poco trabajo hacer un libro. Y si este cuento no le cuadrare, dirasle lector amigo, este, que tambien es de loco y de perro.

Habia en Córdoba otro loco, que tenia por costumbre de traer encima de la cabeza un pedazo de losa de mármol, ó un canto no muy liviano, y en topando algun perro descuidado se le ponía junto, y á plomo dejaba caer sobre él el peso. Amohinábase el perro, y dando ladridos y aullidos no paraba en tres calles. Sucedió pues, que entre los perros que descargó la carga, fue uno un perro de un bonetero, á quien queria mucho su dueño. Bajó el canto, dióle en la cabeza, alzó el grito el molido perro, viólo y sintiólo su amo: asíó de una vara de medir, y salió al loco, y no le dejó hueso sano, y á cada palo que le daba decia: perro ladrón ¿á mi podenco? no viste, cruel, que era podenco mi perro? y repitiéndole el nombre de podenco muchas veces, envió al loco hecho un alheña. Escarmentó el loco, y retiróse, y en mas de un mes no salió á la plaza, al cabo del cual tiempo volvió con su invencion y con mas carga. Llegábase donde estaba el perro, y mirándole muy bien de hito en hito, y sin querer ni atreverse á descargar la piedra, decia: este es podenco, ¡guarda! En efecto todos cuantos perros topaba; aunque fuesen alanos ó gozques, decia que eran podencos, y así no soltó mas el canto. Quizá de esta suerte le podrá acontecer á este historiador, que no se atreverá á soltar mas la presa de su ingenio en libros, que en siendo malos son mas duros que las peñas. Dile tambien que de la amenaza que me hace que me ha de quitar la ganancia con su libro, no se me da un ardite, que acomodándome al entremes famoso de la Perendenga (1), le respondo, que me viva el Veinticuatro (2) mi señor, y Cristo con todos: viva el gran conde de Lémos, cuya cristiandad y liberalidad bien conocida contra todos los golpes de mi corta fortuna, me tiene en pie: y vivame la suma caridad del ilustrísimo de Toledo don Bernardo de Sandoval y Rojas, y siquiera no haya imprentas en el mundo: y siquiera se impriman contra mí mas libros que tienen letras las coplas de Mingo Revulgo (3). Estos dos principes,

(1) Entremes de autor desconocido, y que ha llegado á perderse.

(2) *Veinticuatro* en Sevilla, Granada y Córdoba vale lo mismo que *regidor* en Castilla; y llamábanse así los veinticuatro regidores de número de dichas ciudades, á que quedaron reducidos los treinta y seis por el rey don Alonso el XI, de donde les quedó el nombre de *veinticuatros*. — Arr.

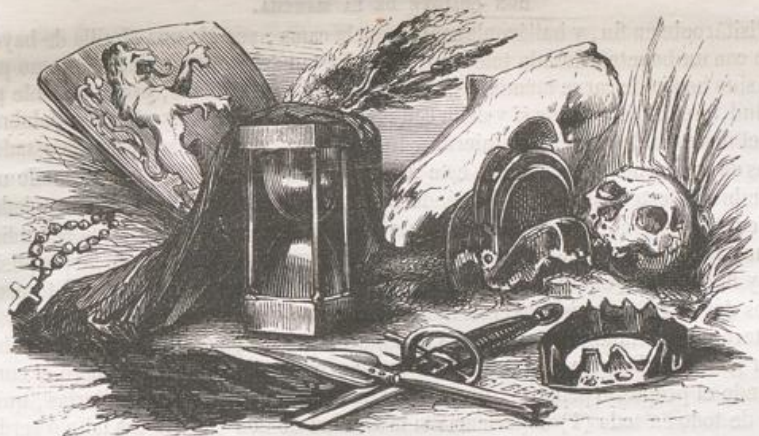
(3) *Las coplas de Mingo Revulgo* son una especie de queja satírica sobre el reinado de Enrique IV *el impotente*, unos las han atribuido á Juan de Mena autor del poema *el Laberinto*; otros á Rodrigo Cota, primer autor de la *Celestina*; otras tambien al coronista Fernando del Pulgar. Este, al menos, las ha comentado al fin de la crónica de Enrique IV, por Diego Enriquez del Castillo. — V.

sin que los solicite adulacion mia , ni otro género de aplauso , por sola su bondad han tomado á su cargo el hacerme merced y favorecerme , en lo que me tengo por mas dichoso y mas rico que si la fortuna por camino ordinario me hubiera puesto en su cumbre (1). La honra puédela tener el pobre , pero no el vicioso : la pobreza puede anublar á la nobleza , pero no escurecerla del todo ; pero como la virtud dé alguna luz de sí , aunque sea por los inconvenientes y resquicios de la estrechez , viene á ser estimada de los altos y nobles espiritus , y por el consiguiente favorecida : y no le digas mas , ni yo quiero decirte mas á ti , sino advertirte que consideres que esta segunda parte de don Quijote que le ofrezco , es cortada del mismo artífice y del mismo paño que la primera , y que en ella te doy á don Quijote dilatado , y finalmente muerto y sepultado , porque ninguno se atreva á levantarle nuevos testimonios , pues bastan los pasados , y basta tambien que un hombre honrado haya dado noticia destas discretas locuras , sin querer de nuevo entrarse en ellas : que la abundancia de las cosas , aunque sean buenas , hace que no se estimen , y la carestia , aun de las malas , se estima en algo. Olvidábaseme de decirte , que esperes el Pésiles , que ya estoy acabando , y la segunda parte de Galatea (2).

(1) De esta expresion y de lo demas que dice Cervantes de la liberalidad y mercedes que le dispensaban estos dos ilustres protectores , pudiera inferirse que no padeciò suma pobreza , como se ha dicho comunmente , á lo menos en sus últimos años. — Arr.

(2) Esta *segunda Parte*, el *Bernardo* y las *Semanas del jardín* , de que hace mencion Cervantes en este prólogo y en la dedicatoria de sus *Novelas* al conde de Lémos , ése han perdido , ó murió sin concluir las su autor , que es lo mas probable. — Arr.

Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page. The text is arranged in several paragraphs and is too light to transcribe accurately.



DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

PARTE SEGUNDA. — CAPITULO PRIMERO.

De lo que el cura y el barbero pasaron con don Quijote cerca de su enfermedad.



CUENTA Cide Hamete Benengeli en la segunda parte desta historia y tercera salida de don Quijote, que el cura y el barbero se estuvieron casi un mes sin verle por no renovarle y traerle á la memoria las cosas pasadas; pero no por esto dejaron de visitar á su sobrina y á su ama, encargándolas tuviesen cuenta con regalarle, dándole á comer cosas confortativas y apropiadas para el corazon y el cerebro, de donde procedia segun buen discurso toda su mala ventura; las cuales dijeron que así lo hacian, y lo harian con la voluntad y cuidado posible, porque echaban de ver que su señor por momentos iba dando muestras de estar en su entero juicio: de lo cual recibieron los dos gran contento por parecerles que habian acertado en haberle traído encantado en el carro de los bueyes, como se contó en la primera parte desta tan grande como puntual historia en su último capitulo; y así determinaron de visitarle y hacer experiencia de su mejoría, aunque tenian casi por imposible que la tuviese, y acordaron de no tocarle en ningun punto de la andante caballeria por no ponerse á peligro de descoser los (1) de la herida, que tan tiernos estaban.

(1) Esto es, *puntos*. En esta acepcion significa *puntadas* en las obras de costura, y está usada la palabra metafóricamente, refiriéndose á la antigua práctica quirúrgica de coser las heridas, cuya estension se espres-

Visitáronle en fin, y halláronle sentado en la cama, vestida una almilla de bayeta verde con un bonete colorado toledano, y estaba tan seco y amojamado, que no parecía sino hecho de carne mómia. Fueron dél muy bien recibidos, preguntáronle por su salud, y él dió cuenta de sí y della con mucho juicio y con muy elegante palabras; y en el discurso de su plática vinieron á tratar en esto que llaman razon de estado y modos de gobierno, enmendando este abuso y condenando aquel, reformando una costumbre y desterrando otra, haciéndose cada uno de los tres un nuevo legislador, un Licurgo moderno, ó un Solon flamante; y de tal manera ronovaron la república, que no pareció sino que la habian puesto en una fragua, y sacado otra de la que pusieron; y habló don Quijote con tanta discrecion en todas las materias que se tocaron, que los dos examinadores creyeron indubitadamente que estaba del todo bueno y en su entero juicio. Halláronse presentes á la plática la sobrina y ama, y no se hartaban de dar gracias á Dios de ver á su señor con tan buen entendimiento; pero el cura, mudando el propósito primero, que era de no tocarle en cosas de caballerias, quiso hacer de todo en todo (1) experiencia si la sanidad de don Quijote era falsa ó verdadera, y así de lance en lance vino á contar algunas nuevas que habian venido de la corte, y entre otras dijo que se tenia por cierto que el Turco bajaba con una poderosa armada, y que no se sabia su designio ni adonde habia de descargar tan gran nublado; y con este temor, con que casi cada año nos toca arma, estaba puesta en ella toda la cristiandad, y su Magestad habia hecho proveer las costas de Nápoles y Sicilia y la isla de Malta. A esto respondió don Quijote: su Magestad ha hecho como prudentísimo guerrero en proveer sus estados con tiempo, porque no le halle desapercibido el enemigo; pero si se tomara mi consejo, aconsejále yo que usara de una prevencion, de la cual su Magestad la hora de ahora debe estar muy ageno de pensar en ella. Apenas oyó esto el cura cuando dijo entre sí: Dios te tenga de su mano, pobre don Quijote, que me parece que te despeñas de la alta cumbre de tu locura hasta el profundo abismo de tu simplicidad. Mas el barbero, que ya habia dado en el mismo pensamiento que el cura, preguntó á don Quijote cual era la advertencia de la prevencion que decia era bien se hiciese; quizá podria ser tal que se pusiese en la lista de los muchos advertimientos impertinentes que se suelen dar á los príncipes. El mio, señor rapador, dijo don Quijote, no será impertinente sino perteneciente (2). No lo digo por tanto, replicó el barbero, sino porque tiene mostrado la experiencia que todos ó los mas arbitrios que se dan á su Magestad, ó son imposibles, ó disparatados, ó en daño del rey ó del reino (3). Pues el mio, respondió don Quijote, ni es imposible ni disparatado, sino el mas fácil, el mas justo y el mas mañero y breve que puede caber en pensamiento de arbitrante alguno. Ya tarda en decirle vuesa merced, señor don Quijote, dijo el cura. No querria, dijo don Quijote, que le dijese yo aquí ahora, y amaneciese mañana en los oídos de los señores consejeros, y se llevase otro las gracias y el premio de mi trabajo. Por mí, dijo el barbero, doy la palabra para aquí y para delante de Dios de no decir lo que vuesa merced dijere á rey ni á Roque, ni á hombre terrenal: juramento que aprendí del romance del cura que en el prefacio avisó al rey del ladron que le habia robado las cien doblas y la su mula la andariega. No sé histo-

saba por el número de puntadas necesarias para cerrarlas. Esta espresion recuerda una chistosa aventura de la novela RINCONETE Y CORTADILLO. Cuenta en ella Cervantes, que un caballero ofreció cincuenta ducados á un maton de oficio, porque diese á un mercader, su enemigo, una cuchillada de *catorce puntos*. Pero calculando el bravonel que un chirlo tan largo no cabia en la cara del mercader, por ser pequeña, lo ejecutó en la de su criado que se componia de unos buenos molletes. — MARTINEZ DEL ROMERO.

(1) *De todo en todo*, esto es, una entera ó completa experiencia. — Arr.

(2) *Perteneciente*, es decir, á propósito. — D. A.

(3) Por las razones que dice aquí el autor, ó porque en el siglo xvii era mayor el número de proyectistas, se escribieron muchas invectivas y sátiras contra ellos, especialmente por el docto y jocoso D. Francisco de Quevedo; y el mismo Cervantes vuelve á jabonarlos, como suele decirse, en la novela del *Coloquio de los Perros*, donde introduce un arbitrista, que para desempeñar el real erario propone el arbitrio de un ayuno general en todo el reino y por todos los vasallos del rey, desde edad de 14 hasta 60 años. — P.

rias, dijo don Quijote; pero sé que es bueno ese juramento en fe de que se que es hombre de bien el señor barbero. Cuando no lo fuera, dijo el cura, yo le abono y salgo por él, que en este caso no hablará mas que un mudo, so pena de pagar lo juzgado y sentenciado. ¿Y á vuesa merced quién le fia, señor cura? dijo don Quijote. Mi profesion, respondió el cura, que es de guardar secreto. Cuerpo de tal (1) dijo á esta sazón don Quijote, ¿hay mas sino mandar su Magestad por público pregon que se junten en la corte para un dia señalado todos los caballeros andantes que vagan por España, que aunque no viniesen sino media docena, tal podria venir entre ellos que solo bastase á destruir toda la potestad del Turco? Estenme vuestas mercedes atentos, y vayan conmigo. ¿Por ventura es cosa nueva deshacer un solo caballero andante un ejército de docientos mil hombres, como si todos juntos tuvieran una sola garganta ó fueran hechos de alfeñique? Si no, díganme, ¿cuantas historias estan llenas destas maravillas? Habia, enhoramala para mí, que no quiero decir para otro, de vivir hoy el famoso don Belianis, ó alguno de los del innumerable linaje de Amadis de Gaula, que si alguno destos hoy viviera, y con el Turco se afrontara, á fe que no le arrendara la ganancia; pero Dios mirará por su pueblo, y deparará alguno que si no tan bravo como los pasados andantes caballeros, á lo menos no les será inferior en el ánimo; y Dios me entiende, y no digo mas. ¡Ay! dijo á este punto la sobrina, que me maten si no quiere mi señor volver á ser caballero andante. A lo que dijo don Quijote: caballero andante he de morir, y baje ó suba el Turco cuando él quisiere y cuan poderosamente pudiere, que otra vez digo que Dios me entiende. A esta sazón dijo el barbero: suplico á vuestas mercedes que se me dé licencia para contar un cuento breve que sucedió en Sevilla, que por venir aquí como de molde me da gana de contarle. Dió la licencia don Quijote, y el cura y los demas le prestaron atencion, y él comenzó desta manera:

En la casa de los locos de Sevilla estaba un hombre á quien sus parientes habian puesto allí por falto de juicio: era graduado en cánones por Osuna; pero aunque lo fuera por Salamanca, segun opinion de muchos, no dejara de ser loco. Este tal graduado al cabo de algunos años de recogimiento se dió á entender que estaba cuerdo y en su entero juicio, y con esta imaginacion escribió al arzobispo suplicándole encarecidamente y con muy concertadas razones le mandase sacar de aquella miseria en que vivia, pues por la misericordia de Dios habia ya cobrado el juicio perdido; pero que sus parientes por gozar de la parte de su hacienda le tenian allí, y á pesar de la verdad querian que fuese loco hasta la muerte. El arzobispo, persuadido de muchos billetes concertados y discretos, mandó á un capellan suyo se informase del retor de la casa si era verdad lo que aquel licenciado le escribia, y que asimismo hablase con el loco, y que si le pareciese que tenia juicio le sacase y pusiese en libertad. Hizolo así el capellan, y el retor le dijo que aquel hombre aun se estaba loco, que puesto que hablaba muchas veces como persona de grande entendimiento, al cabo disparaba con tantas necedades, que en muchas y en grandes igualaban á sus primeras discrecciones, como se podia hacer la experiencia hablándole. Quiso hacerla el capellan, y poniéndole con el loco habló con él una hora y mas, y en todo aquel tiempo jamas el loco dijo razon torcida ni disparatada, antes habló tan atentadamente (2), que el capellan fue forzado á creer que el loco estaba cuerdo; y entre otras cosas que el loco le dijo fue que el retor le tenia ojeriza por no perder los regalos que sus parientes le hacian porque dijese que aun estaba loco y con lucidos intervalos, y que el mayor contrario que en su desgracia tenia era su mucha hacienda, pues por gozar dellas sus enemigos ponian dolo y dudaban de la merced que nuestro Señor le habia hecho en volverle de bestia en hombre. Finalmente él habló de ma-

(1) Cuerpo de Dios, ó de Cristo, ó de mí. Esclamacion. — D. A.

(2) En esta acepcion quiere decir *con tiento*, con prudencia. — D. A.

nera que hizo sospechoso al retor, codiciosos y desalmados á sus parientes, y á él tan discreto, que el capellan se determinó á llevarse consigo á que el arzobispo le viese y tocase con la mano la verdad de aquel negocio. Con esta buena fe el buen capellan pidió al retor mandase dar los vestidos con que allí habia entrado el licenciado: volvió á decir el retor que mirase lo que hacia, porque sin duda alguna el licenciado aun se estaba loco. No sirvieron de nada para con el capellan las preven- ciones y advertimientos del retor para que dejase de llevarle: obedeció el retor viendo ser órden del arzobispo, pusieron al licenciado sus vestidos, que eran nuevos y de- centes; y como él se vió vestido de cuerdo y desnudo de loco, suplicó al capellan que por caridad le diese licencia para ir á despedirse de sus compañeros los locos. El capellan dijo que él le queria acompañar y ver los locos que en la casa habia. Subieron en efecto, y con ellos algunos que se hallaron presentes: y llegado el licenciado á una jaula adonde estaba un loco furioso, aunque entonces sosegado y quieto, le dijo: hermano mio, mire si me manda algo, que me voy á mi casa, que ya Dios ha sido servido por su infinita bondad y misericordia, sin yo merecerlo, de volverme mi juicio; ya estoy sano y cuerdo, que acerca del poder de Dios ninguna cosa es imposi- ble: tenga grande esperanza y confianza en él, que pues á mí me ha vuelto á mi primero estado, tambien le volverá á él si en él confia: yo tendré cuidado de en- viarle algunos regalos que coma, y cómalos en todo caso, que le hago saber que imagino, como quien ha pasado por ello, que todas nuestras locuras proceden de tener los estómagos vacios y los cerebros llenos de aire: esfuérzese, esfuérzese, que el descacamiento en los infortunios apoca la salud y acarrea la muerte. Todas estas razones del licenciado escuchó otro loco que estaba en otra jaula frontero de la del furioso, y levantándose de una estera vieja donde estaba echado y desnudo en cue- ros, preguntó á grandes voces quien era el que se iba sano y cuerdo. El licenciado respondió: yo soy, hermano, el que me voy, que ya no tengo necesidad de estar mas aquí, por lo que doy infinitas gracias á los cielos, que tan grande merced me han hecho. Mirad lo que decis, licenciado, no os engañe el diablo, replicó el loco, sosegad el pie, y estaos quedito en vuestra casa, y aborrateis la vuelta. Yo sé que estoy bueno, replicó el licenciado, y no habrá para qué tornar á andar estaciones (1). ¿Vos bueno? dijo el loco: ahora bien, ello dirá, andad con Dios; pero yo os voto á Júpiter, cuya magestad yo represento en la tierra, que por solo este pecado que hoy comete Sevilla en sacaros de esta casa y en teneros por cuerdo, tengo de hacer un tal castigo en ella, que quede memoria dél por todos los siglos de los siglos, amen. ¿No sabes tú, licenciadillo menguado, que lo podré hacer, pues como digo soy Júpiter Tonante, que tengo en mis manos los rayos abrasadores con que puedo y suelo ame- nazar y destruir el mundo? Pero con sola una cosa quiero castigar á este ignorante pueblo, y es con no llover en él ni en todo su distrito y contorno por tres enteros años, que se han de contar desde el dia y punto en que ha sido hecha esta amenaza en adelante. ¿Tú libre, tú sano, tú cuerdo, y yo loco, y yo enfermo, y yo atado? Así pienso llover como pensar ahorcarme.

A las voces y á las razones del loco estuvieron los circunstantes atentos; pero nuestro licenciado, volviéndose á nuestro capellan y asiéndole de las manos, le dijo: no tenga vuesa merced pena, señor mio, ni haga caso de lo que este loco ha dicho, que si él es Júpiter, y no quisiere llover, yo, que soy Neptuno, el padre y el dios de las aguas, lloveré todas las veces que se me antojare y fuere menester. A lo que respon- dió el capellan: con todo eso, señor Neptuno, no será bien enojar al señor Júpiter: vuesa merced se quede en su casa, que otro dia, cuando haya mas comodidad y mas espacio, volveremos por vuesa merced. Rióse el retor y los presentes, por cuya risa se

(1) Visitar las iglesias y rezar aquellas oraciones prevenidas para ganar indulgencias. — D. A.

medio corrió el capellan : desnudaron al licenciado , quedóse en casa , y acabóse el cuento.



¿Pues este es el cuento, señor barbero, dijo don Quijote, que por venir aquí como de molde no podía dejar de contarle? Ah, señor rapista, señor rapista, y cuán ciego es aquel que no ve por tela de cedazo! ¿Y es posible que vuesa merced no sabe que las comparaciones que se hacen de ingenio á ingenio, de valor á valor, de hermosura á hermosura y de linaje á linaje son siempre odiosas y mal recibidas? Yo, señor barbero, no soy Neptuno el dios de las aguas, ni procuro que nadie me tenga por discreto no lo siendo; solo me fatigo por dar á entender al mundo en el error en que está en no renovar en sí el felicísimo tiempo donde campeaba la orden de la andante caballería; pero no es merecedora la depravada edad nuestra de gozar tanto bien como el que gozaron las edades donde los andantes caballeros tomaron á su cargo y echaron sobre sus espaldas la defensa de los reinos, el amparo de las doncellas, el socorro de los huérfanos y pupilos, el castigo de los soberbios y el premio de los humildes. Los mas de los caballeros que ahora se usan, antes les crujen los damascos, los brocados y otras ricas telas de que se visten, que la malla con que se arman: ya no hay caballero que duerma en los campos sujeto al rigor del cielo, armado de todas armas desde los pies á la cabeza; y ya no hay quien sin sacar los pies de los estribos, arrimado á su lanza, solo procure descabezar, como dicen, el sueño como lo hacian los caballeros andantes: ya no hay ninguno que saliendo deste bosque entre en aquella montaña, y de allí pise una estéril y desierta playa del mar, las mas veces proceloso y alterado, y hallando en ella y en su orilla un pequeño batel sin remos, vela, mástil, ni jarcia alguna con intrépido corazón se arroje en él, entregándose á las implacables olas del mar profundo, que ya le suben al cielo y ya le bajan al abismo, y él, puesto el pecho á la incontrastable borrasca, cuando menos se cata se halla tres mil y mas

leguas distante del lugar donde se embarcó, y saltando en tierra remota y no conocida le suceden cosas dignas de estar escritas, no en pergaminos, sino en bronce; mas ahora ya triunfa la pereza de la diligencia, la ociosidad del trabajo, el vicio de la virtud, la arrogancia de la valentia, y la teórica de la práctica de las armas, que solo vivieron y resplandecieron en las edades del oro y en los andantes caballeros. Si no díganme, ¿quién mas honesto y mas valiente que el famoso Amadis de Gaula? ¿quién mas discreto que Palmerín de Inglaterra? ¿quién mas acomodado y manual que Tirante el Blanco? ¿quién mas galán que Lisuarte de Grecia? ¿quién mas acuchillado ni acuchillador que don Belianis? ¿quién mas intrépido que Perion de Gaula? ó ¿quién mas acometedor de peligros que Felixmarte de Hircania? ó ¿quién mas sincero que Esplandian? ¿quién mas arrojado que don Cirongilio de Tracia? ¿quién mas bravo que Rodamonte? ¿quién mas prudente que el rey Sobrino? ¿quién mas atrevido que Reinaldos? ¿quién mas invencible que Roldan? ¿y quién mas gallardo y mas cortes que Rugero, de quien decien hoy (1) los duques de Ferrara, segun Turpin en su cosmografía? (2) Todos estos caballeros, y otros muchos que pudiera decir, señor cura, fueron caballeros andantes, luz y gloria de la caballería. Destos, ó tales como estos, quisiera yo que fueran los de mi arbitrio, que á serlo, su Magestad se hallara bien servido y ahorrara de mucho gasto, y el Turco se quedara pelando las barbas; y con esto me quiero quedar en mi casa, pues no me saca el capellan de ella; y si Júpiter, como ha dicho el barbero, no lloviere, aquí estoy yo, que lloveré cuando se me antojare: digo esto porque sepa el señor hacia que le entiendo.

En verdad, señor don Quijote, dijo el barbero, que no lo dije por tanto, y así me ayude Dios como fue buena mi intencion, y que no debe vuesa merced sentirse. Si puedo sentirme ó no, respondió don Quijote, yo me lo sé. A esto dijo el cura: aun bien que yo casi no he hablado palabra hasta ahora, y no quisiera quedar con un escrúpulo que me roe y escarba la conciencia, nacido de lo que aquí el señor don Quijote ha dicho. Para otras cosas mas, respondió don Quijote, tiene licencia el señor cura, y así puede decir su escrúpulo, porque no es de gusto andar con la conciencia escrupulosa. Pues con ese beneplácito, respondió el cura, digo que mi escrúpulo es, que no me puedo persuadir en ninguna manera á que toda la caterva de caballeros andantes que vuesa merced, señor don Quijote, ha referido, hayan sido real y verdaderamente personas de carne y hueso en el mundo; antes imagino que todo es ficcion, fábula y mentira, y sueños contados por hombres despiertos, ó por mejor decir medio dormidos. Ese es otro error, respondió don Quijote, en que han caido muchos que no creen que haya habido tales caballeros en el mundo, y yo muchas veces con diversas gentes y ocasiones he procurado sacar á la luz de la verdad este casi comun engaño; pero algunas veces no he salido con mi intencion, y otras si sustentándola sobre los hombros de la verdad, la cual verdad es tan cierta, que estoy por decir que con mis propios ojos vi á Amadis de Gaula, que era un hombre alto de cuerpo, blanco de rostro, bien puesto de barba aunque negra, de vista entre blanda y rigurosa, corto de razones, tardo en airarse, y presto en deponer la ira; y del modo que he delineado á Amadis pudiera á mi parecer pintar y describir todos cuantos caballeros andantes andan en las historias del orbe, que por la aprension que tengo de que fueron como sus historias cuentan, y por las hazañas que hicieron y condiciones que tuvieron se pueden sacar por buena filosofia sus facciones, sus colores y estaturas.

¿Qué tan grande le parece á vuesa merced, mi señor don Quijote, preguntó el barbero, debia de ser el gigante Morgante? En esto de gigantes, respondió don Quijote, hay diferentes opiniones si los ha habido ó no en el mundo; pero la santa Escritura,

(1) Rugero ó Rugiero es uno de los paladines que entran en los sucesos principales del *Orlando* de Ariosto, como obra dirigida á celebrar las glorias de los duques de Ferrara.

(2) No es segun Turpin, al cual nunca se ha atribuido nada de *cosmografía*; sino segun Ariosto, en el *Orlando furioso*, cuyo héroe verdadero es Rugero — VIARDOT.

que no puede faltar un átomo en la verdad, nos muestra que los hubo, contándonos la historia de aquel filisteazo de Goliás, que tenía siete codos y medio de altura, que es una desmesurada grandeza. También en la isla de Sicilia se han hallado canillas y espaldas tan grandes, que su grandeza manifiesta que fueron gigantes sus dueños, y



tan grandes como grandes torres; que la geometría saca esta verdad de duda. Pero con todo esto no sabré decir con certidumbre qué tamaño tuviese Morgante, aunque imagino que no debió de ser muy alto: y muéveme á ser deste parecer hallar en la historia donde se hace mención particular de sus hazañas, que muchas veces dormía debajo de techado (1); y pues hallaba casa donde cupiese, claro está que no era desmesurada su grandeza. Así es, dijo el cura, el cual gustando de oírle decir tan grandes disparates, le preguntó que qué sentía acerca de los rostros de Reinaldos de Montalvan y de don Roldan, y de los demás doce pares de Francia, pues todos habían sido caballeros andantes. De Reinaldos, respondió don Quijote, me atrevo á decir que era ancho de rostro, de color bermejo, los ojos bailadores y algo saltados, puntoso y colérico en demasia, amigo de ladrones y de gente perdida.

De Roldan, ó Rotolando, ú Orlando (que con todos estos nombres le nombran las historias) soy de parecer y me afirmo que fue de mediana estatura, ancho de espaldas, algo estevado, moreno de rostro y barbitaheño (2), velloso en el cuerpo, y de

(1) El libro donde se refieren principalmente las hazañas de este gigante es el *Morgante Maggiore* de Luis Pulci. — P.

(2) Esto es, de barba rubia, y si es barbitaheño, como quieren otros, de barba áspera y herizada. — P.

vista amenazadora, corto de razones, pero muy comedido y bien criado. Si no fue Roldan mas gentil hombre que vuesa merced ha dicho, replicó el cura, no fue maravilla que la señora Angélica la bella le desdenase y dejase por la gala, brio y donaire que debía tener el morillo barbiponiente á quien ella se entregó; y anduvo discreta de adamar (1) antes la blandura de Medoro, que la aspereza de Roldan. Esa Angélica, respondió don Quijote, señor cura, fue una doncella destraida, andariega y algo antojadiza, y tan lleno dejó el mundo de sus impertinencias como de la fama de su hermosura. Despreció mil señores, mil valientes y mil discretos, y contentóse con un pajecillo barbilucio, sin otra hacienda ni nombre que el que le pudo dar de agradecido la amistad que guardó á su amigo (2). El gran cantor de su belleza, el famoso Ariosto, por no atreverse ó por no querer cantar lo que á esta señora le sucedió despues de su ruin entrego, que no debieron ser cosas demasidamente honestas, la dejó donde dijo:

Y como del Catay recibió el cetro,
Quizá otro cantará con mejor plectro.

Y sin duda que esto fue como profecía, que los poetas tambien se llaman vates, que quiere decir adivinos. Vese esta verdad clara, porque despues acá un famoso poeta andaluz (3) lloró y cantó sus lágrimas, y otro famoso y único poeta castellano (4) cantó su hermosura.

Dígame, señor don Quijote, dijo á esta sazón el barbero, ¿no ha habido algun



CASPAR

poeta que haya hecho alguna sátira á esa señora Angélica entre tantos como la han alabado? Bien creo yo, respondió don Quijote, que si Sacrispante ó Roldan fueran poetas, que ya me hubieran jabonado á la doncella, porque es propio y natural de los poetas desdenados y no admitidos de sus damas fingidas ó no fingidas, en efecto de aquellas á quien ellos escogieron por señoras de sus pensamientos vengarse con sátiras y libelos: venganza por cierto indigna de pechos generosos; pero hasta ahora no ha llegado á mi noticia ningun verso infamatorio contra la señora Angélica, que trajo revuelto el mundo. Milagro, dijo el cura; y en esto oyeron que el ama y la sobrina, que ya habian dejado la conversacion, daban grandes voces en el patio, y acudieron todos al ruido.

(1) Por amar, voz usada en los romances viejos. — P.

(2) Este amigo del pajecillo Medoro era otro llamado Dardinel, á quien sirvió con singular fidelidad y amor, como cuenta el Ariosto en los cant. xvii y xviii de su *Orlando*. — P. — Medoro fue herido y dejado en el sitio por muerto, yendo á levantar el cadáver de su maestro Dardinel de Almonte.

(3) Este poeta andaluz es Luis Barana de Soto, que escribió la primera parte de las *Lágrimas de Angélica*, en doce cantos. Se imprimió en Granada, año de 1586. — A.

(4) Lope de Vega Carpio, que escribió la *Hermosura de Angélica*. Imprimióse esta obra en Barcelona en 8º, año 1604. — A.



CAPITULO II.

Que trata de la notable pendencia que Sancho Panza tuvo con la sobrina y ama de don Quijote, con otros sucesos graciosos.



C
CUENTA la historia que las voces que oyeron don Quijote, el cura y el barbero eran de la sobrina y ama que las daban diciendo á Sancho Panza, que pugnaba por entrar á ver á don Quijote, y ellas le defendian la puerta, ¿qué quiere este mostrenco (1) en esta casa? idos á la vuestra, hermano, que vos sois, y no otro, el que distrae y sonsaca á mi señor, y le lleva por esos andurriales. A lo que Sancho respondió: ama de Satanás, el sonsa-

cado y el distraido y el llevado por esos andurriales soy yo, que no tu amo: él me llevó por esos mundos, y vosotras os engañais en la mitad del justo precio: él me sacó de mi casa con engañifas prometiéndome una insula que hasta ahora la espero. Malas insulas te ahoguen, respondió la sobrina, Sancho maldito; ¿y qué son insulas? ¿es alguna cosa de comer, golosazo, comilon, que tú eres? No es de comer, replicó Sancho, sino de gobernar y regir mejor que cuatro ciudades y cuatro alcaldes de corte. Con todo eso, dijo el ama, no entrareis acá, saco de maldades y costal de malicias: id á gobernar vuestra casa y á labrar vuestros pegujares (2), y dejaos de pretender insulas ni insulos.

Grande gusto recibian el cura y el barbero de oír el coloquio de los tres; pero don Quijote, temeroso que Sancho se descosiese y desbuchase (3) algun monton de mali-

(1) *Mostrenco*, según Covarrubias, se llama al hombre que no tiene casa, ni hogar, ni asiento con ningún señor ó dueño; con alusión á la res mostrenca, que se dice aquella que no tiene dueño. — Arr.

(2) *Pegujar* es la corta porcion de terreno de sembradura, ó de ganado. — Arr.

(3) Que dijese ó declarase más de lo que don Quijote quisiera; que se supiese de sus aventuras pasadas. — Arr.

ciosas necedades, y tocase en puntos que no le estarian bien á su crédito, le llamó y hizo á las dos que callasen y le dejasen entrar. Entró Sancho, y el cura y el barbero se despidieron de don Quijote, de cuya salud desesperaron viendo cuan puesto estaba en sus desvariados pensamientos, y cuan embebido en la simplicidad de sus malandantes caballerías; y así dijo el cura al barbero: vos vereis, compadre, como cuando menos lo pensemos nuestro hidalgo sale otra vez á volar la ribera. No pongo yo duda en eso, respondió el barbero; pero no me maravillo tanto de la locura del caballero, como de la simplicidad del escudero, que tan creído tiene aquello de la insula, que que creo que no se lo sacarán del casco cuantos desengaños pueden imaginarse. Dios los remedie, dijo el cura, y estemos á la mira, veremos en lo que para esta máquina de disparates de tal caballero y de tal escudero, que parece que los forjaron á los dos en una misma turquesa, y que las locuras del señor sin las necedades del criado no valian un ardite. Así es, dijo el barbero, y holgara mucho saber que tratarán ahora los dos. Yo aseguro, respondió el cura, que la sobrina ó el ama nos lo cuenta despues, que no son de condición que dejarán de escucharlo.

En tanto don Quijote se encerró con Sancho en su aposento, y estando solos le dijo: mucho me pesa, Sancho, que hayas dicho y digas que yo fui el que te saqué de tus casillas, sabiendo que yo no me quedé en mis casas. Juntos salimos, juntos fuimos



y juntos peregrinamos: una misma fortuna y una misma suerte ha corrido por los dos. si á ti te mantearon una vez, á mí me han molido ciento, y esto es lo que te llevo de ventaja. Eso estaba puesto en razon, respondió Sancho, porque, segun vuesa merced dice, mas anejas son á los caballeros andantes las desgracias, que á sus escuderos. Engañaste Sancho, dijo don Quijote, segun aquello: *quando caput dolet*, etc. No entiendo otra lengua que la mia, respondió Sancho. Quiero decir, dijo don Quijote, que cuando la cabeza duele, todos los miembros duelen: y así, siendo yo tu amo y señor, soy tu cabeza y tú mi parte, pues eres mi criado; y por esta razon el mal que á mí me toca ó tocare, á ti te ha de doler, y á mí el tuyo. Así habia de ser, dijo Sancho; pero cuando á mí me manteaban como á miembro, se estaba mi cabeza detras de las bardas mirándome volar por los aires sin sentir dolor alguno; y pues los miembros

están obligados á dolerse del mal de la cabeza, había de estar obligada ella á dolerse del dellos. ¿Querrás tú decir ahora, Sancho, respondió don Quijote, que no me dolía yo cuando á ti te manteaban? y si lo dices, no lo digas ni lo pienses, pues mas dolor sentía yo entonces en mi espíritu, que tú en tu cuerpo.

Pero dejemos esto aparte por ahora, que tiempo habrá donde lo ponderemos y pongamos en su punto: y dime, Sancho amigo, ¿qué es lo que dicen de mí por ese lugar? ¿en qué opinion me tiene el vulgo, en qué los hidalgos, y en qué los caballeros? ¿Qué dicen de mi valentía? ¿qué de mis hazañas? ¿y qué de mi cortesía? ¿Qué se platica del asunto que he tomado de resucitar y volver al mundo la ya olvidada orden caballeresca? Finalmente quiero, Sancho, me digas lo que acerca desto ha llegado á tus oídos: y esto me has de decir, sin añadir al bien, ni quitar al mal cosa alguna; que de los vasallos leales es decir la verdad á su señores en su ser y figura propia, sin que la adulacion la acreciente, ó otro vano respeto la disminuya: y quiero que sepas, Sancho, que si á los oídos de los príncipes llegase la verdad desnuda sin los vestidos de la lisonja, otros siglos correrian, otras edades serian tenidas por mas de hierro que la nuestra, que entiendo que de las que ahora se usan es la dorada. Sírivate este advertimiento, Sancho, para que discreta y bien intencionadamente pongas en mis oídos la verdad de las cosas que supieres de lo que te he preguntado. Eso haré yo de muy buena gana, señor mio, respondió Sancho, con condicion que vuesa merced no se ha de enojar de lo que dijere, pues quiere que lo diga en cueros, sin vestirlo de otras ropas de aquellas con que llegaron á mi noticia. En ninguna manera me enojaré, respondió don Quijote: bien puedes, Sancho, hablar libremente y sin rodeo alguno.

Pues lo primero que digo, dijo, es que el vulgo tiene á vuesa merced por grandísimo loco, y á mí por no menos mentecato. Los hidalgos dicen, que no conteniéndose vuesa merced en los límites de la hidalguia, se ha puesto *don*, y se ha arremetido á caballero con cuatro cepas y dos yugadas de tierra, y con un trapo atras y otro adelante. Dicen los caballeros, que no querrian que los hidalgos se opusiesen á ellos, especialmente aquellos hidalgos escuderiles (1), que dan humo á los zapatos y toman los puntos de las medias negras con seda verde. Eso, dijo don Quijote, no tiene que ver conmigo, pues ando siempre bien vestido y jamas remendado: roto bien podría ser, y el roto mas de las armas que del tiempo.

En lo que toca, prosiguió Sancho, á la valentía, cortesía, hazañas y asunto de vuesa merced, hay diferentes opiniones: unos dicen, loco, pero gracioso; otros, valiente, pero desgraciado; otros, cortés, pero impertinente; y por aquí van discutiendo en tantas cosas, que ni á vuesa merced ni á mí nos dejan hueso sano. Mira, Sancho, dijo don Quijote, donde quiera que está la virtud en eminente grado es perseguida; pocos ó ninguno de los famosos varones que pasaron dejó de ser calumniado de la malicia. Julio César, animosísimo, prudentísimo y valentísimo capitán, fue notado de ambicioso y algun tanto no limpio, ni en sus vestidos ni en sus costumbres. Alejandro, á quien sus hazañas le alcanzaron el renombre de Magno, dicen dél que tuvo sus ciertos puntos de borracho. De Hércules el de los muchos trabajos se cuenta que fue lascivo y muelle. De don Galaor, hermano de Amadis de Gaula, se murmura que fue mas que demasiado rijoso, y de su hermano que fue lloron. Así que, oh Sancho, entre las tantas calumnias de bueno, bien pueden pasar las mias, como no sean mas de las que has dicho. Ahí está el toque, cuerpo de mi padre, replicó Sancho. ¿Pues hay mas? preguntó don Quijote. Aun la cola falta por desollar, dijo Sancho: lo de hasta aquí son tortas y pan pintado; mas si vuesa merced quiere saber

(1) El nombre de *hidalgos escuderiles* se deriva, segun siente el P. Guardiola (*Tratado de los Titulos*, etc., p. 70), de las armas que usaban, que eran escudos, porque peleaban á pié con *escudos blancos*, y hasta que hacian alguna cosa notable no podian ser caballeros. — P.

que hay acerca de las caloñas (1) que le ponen, yo le traeré aquí luego al momento quien se las diga todas, sin que les falte una miaja, que anoche llegó el hijo de Bartolomé Carrasco, que viene de estudiar de Salamanca, hecho bachiller, y yéndole yo á dar la bienvenida me dijo que andaba ya en libros la HISTORIA de vuesa merced, con nombre de EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA: y dice que me mientan á mi en ella con mi mismo nombre de Sancho Panza, y á la señora Dulcinea del Toboso, con otras cosas que pasamos nosotros á solas, que me hice cruces de espantado como las pudo saber el historiador que las escribió. Yo te aseguro, Sancho, dijo don Quijote, que debe de ser algun sabio encantador el autor de nuestra historia, que á los tales no se les encubre nada de lo que quieren escribir. Y como, dijo Sancho, si era sabio y encantador, pues segun dice el bachiller Sanson Carrasco (que así se llama



el que dicho tengo) que el autor de la historia se llama Cide Hamete Berengena (2). Ese nombre es de moro, respondió don Quijote. Así será, respondió Sancho, porque por la mayor parte he oido decir que los moros son amigos de berengenas. Tú debes, Sancho, dijo don Quijote, errarte en el sobrenombre de ese Cide, que en arábigo quiere decir señor. Bien podria ser, replicó Sancho, mas si vuesa merced gusta que yo le haga venir aquí, iré por él en volandas. Harasme mucho placer, amigo, dijo don Quijote, que me tiene suspenso lo que me has dicho, y no comeré bocado que bien me sepa hasta ser informado de todo. Pues yo voy por él, respondió Sancho. Y dejando á su señor, se fué á buscar al bachiller, con el cual volvió de allí á poco espacio, y entre los tres pasaron un graciosísimo coloquio.

(1) *Calumnia* se dice ahora.

(2) *Ben-Engeli* quiere decir Sancho.



CAPITULO III.

Del ridiculo razonamiento que pasó entre don Quijote , Sancho Panza y el bachiller Sanson Carrasco.



PENSATIVO ademas quedó don Quijote esperando al bachiller Carrasco, de quien esperaba oír las nuevas de sí mismo puestas en libro, como habia dicho Sancho, y no se podia persuadir á que tal historia hubiese, pues aun no estaba enjuta en la cuchilla de su espada la sangre de los enemigos que habia muerto, y ya querian que anduviesen en estampa sus altas caballerias. Con todo eso imaginó que algun sabio, ó ya amigo ó enemigo, por arte de encantamento las habria dado á la estampa: si amigo, para engrandecerlas y levantarlas sobre las mas señaladas de caballero andante; si enemigo, para aniquilarlas y ponerlas debajo de las mas viles que de algun vil escudero se hubiesen escrito: puesto, decia entre sí, que nunca hazañas de escuderos se escribieron; y cuando fuese verdad que la tal historia hubiese, siendo de caballero andante, por fuerza habia de ser grandilocua, alta, insigne, magnífica y verdadera. Con esto se consoló algun tanto, pero desconsolóle pensar que su autor era moro, segun aquel nombre de Cide, y de los moros no se podia esperar verdad alguna, porque todos son embelecadores, falsarios y quimeristas. Temiase no hubiese tratado sus amores con alguna indecencia, que redundase en menoscabo y perjuicio de la honestedad de su señora Dulcinea del Toboso: deseaba que hubiese declarado su fidelidad y el decoro que siempre la habia guardado, menospreciando reinas, emperatrices y doncellas de todas calidades, teniendo á raya los ímpetus de los naturales movimientos. Y así envuelto y revuelto en estas y otras muchas imaginaciones, le hallaron Sancho y Carrasco, á quien don Quijote recibió con mucha cortesía.

Era el bachiller, aunque se llamaba Sanson, no muy grande de cuerpo, aunque muy gran socarron, de color macilenta, pero de muy buen entendimiento: tendria hasta veinte y cuatro años, cariredondo, de nariz chata y de boca grande, señales todas de ser de condicion maliciosa, y amigo de donaires y de burlas, como lo mostró viendo á don Quijote, poniéndose delante dél de rodillas, diciéndole: deme vuestra grandeza las manos, señor don Quijote de la Mancha, que por el hábito de S. Pedro que visto, aunque no tengo otras órdenes que las cuatro primeras, que es vuesa merced uno de los mas famosos caballeros andantes que ha habido ni aun habrá en toda la redondez de la tierra. Bien haya Cide Hamete Benengeli, que la historia de vuestras grandezas dejó escrita, y rebien haya el curioso que tuvo cuidado de hacerlas traducir de arábigo en nuestro vulgar castellano para universal entretenimiento de las gentes. Hízole levantar don Quijote, y dijo: desa manera ¿verdad es que hay his-

toria mía, y que fue moro y sabio el que la compuso? Es tan verdad, señor, dijo San-



son, que tengo para mí que el día de hoy estan impresos mas de doce mil libros de la tal historia : sino dígalo Portugal, Barcelona y Valencia, donde se han impreso, y aun hay fama que se está imprimiendo en Amberes, y á mí se me trasluce que no ha de haber nacion ni lengua donde no se traduzca (1). Una de las cosas, dijo á esta sazón don Quijote, que mas debe de dar contento á un hombre virtuoso y eminente, es verse, viviendo, andar con buen nombre por las lenguas de las gentes, impreso y en estampa : dije con buen nombre, porque siendo al contrario, ninguna muerte se le igualará. Si por buena fama y si por buen nombre va, dijo el bachiller, solo vuesa merced lleva la palma á todos los caballeros andantes, porque el moro en su lengua y el cristiano en la suya tuvieron cuidado de pintarnos muy al vivo la gallardia de vuesa

(1) Bien se deja entender que estos doce mil libros impresos son de la parte I de esta historia. Mas adelante en el cap. XVI, se dice que se habian impreso treinta mil volúmenes. Ajustó bien la cuenta Cervantes en uno y otro lugar. Es natural tuviese para ella noticias verdaderas, aunque mas abundantes en un lugar que en otro. Aquí cita las ediciones de Portugal, Barcelona, Valencia, é insinúa la de Amberes, pero deben añadirse las de otras partes, de que existen todavía ejemplares. — P.

merced, el ánimo grande en acometer los peligros, la paciencia en las adversidades, y el sufrimiento, así en las desgracias, como en las heridas; la honestidad y continencia en los amores tan platónicos de vuesa merced y de mi señora doña Dulcinea del Toboso.

Nunca, dijo á este punto Sancho Panza, he oido llamar con *don* á mi señora Dulcinea, sino solamente la señora Dulcinea del Toboso, y ya en esto anda errada la historia. No es objecion de importancia esa, respondió Carrasco. No por cierto, respondió don Quijote; pero dígame vuesa merced, señor bachiller, ¿qué hazañas mías son las que mas se ponderan en esa historia? En eso, respondió el bachiller; hay diferentes opiniones como hay diferentes gustos: unos se atienen á la aventura de los molinos de viento, que á vuesa merced le parecieron briareos y gigantes; otros á la de los batanes; este á la descripción de los dos ejércitos, que despues parecieron ser dos manadas de carneros; aquel encarece la del muerto que llevaban á enterrar á Segovia; y uno dice que á todas se aventaja la de la libertad de los galeotes: otro, que ninguna iguala á la de los monges benitos, con la pendencia del valeroso vizcaino.

Dígame, señor bachiller, dijo á esta sazón Sancho, ¿entra ahí la aventura de los yangüeses, cuando á nuestro buen Rocinante se le antojó pedir cotufas (1) en el golfo? No se le quedó nada, respondió Sansón, al sabio en el tintero: todo lo dice y todo lo apunta, hasta lo de las cabriolas que el buen Sancho hizo en la manta. En la manta no hice yo cabriolas, respondió Sancho; en el aire sí, y aun mas de las que yo quisiera. A lo que yo imagino, dijo don Quijote, no hay historia humana en el mundo que no tenga sus altibajos, especialmente las que tratan de caballerías, las cuales nunca pueden estar llenas de prósperos sucesos. Con todo eso, respondió el bachiller, dicen algunos que han leído la historia que se holgaran se les hubiera olvidado á los autores della algunos de los infinitos palos que en diferentes encuentros dieron al señor don Quijote. Ahí entra la verdad de la historia, dijo Sancho. También pudieron callarlos por equidad, dijo don Quijote, pues las acciones que ni mudan ni alteran la verdad de la historia no hay para que escribirlas si han de redundar en menosprecio del señor de la historia. A fe que no fue tan piadoso Eneas como Virgilio le pinta, ni tan prudente Ulises como le describe Homero (2). Así es, replicó Sansón: pero uno es escribir como poeta, y otro como historiador: el poeta puede contar ó cantar las cosas no como fueron, si no como debían ser, y el historiador las ha de escribir no como debían ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar á la verdad cosa alguna. Pues si es que se anda á decir verdades ese señor moro, dijo Sancho, á buen seguro que entre los palos de mi señor se hallen los míos, porque nunca á su merced le tomaron la medida de las espaldas, que no me la tomaron á mí de todo el cuerpo; pero no hay de que maravillarme, pues como dice el mismo señor mio, del dolor de la cabeza han de participar los miembros. Socarrón sois, Sancho, respondió don Quijote, á fe que no os falta memoria cuando vos queréis tenerla. Cuando yo quisiese olvidarme de los garrotazos que me han dado, dijo Sancho, no lo consentirán los cardenales, que aun se estan frescos en las costillas.

Callad, Sancho; dijo don Quijote, y no interrumpais al señor bachiller, á quien suplico pase adelante en decirme lo que se dice de mí en la referida historia. Y de mí, dijo Sancho, que también dicen que soy yo uno de los principales presonajes della. Personajes, que no presonajes, Sancho amigo, dijo Sansón. ¿Otro reprochador de vo-

(1) *Cotufa* es voz arábiga, que significa vendimia, ó fruto delicado y sabroso. *Cotufa* es lo mismo que *Chufa*.

(2) Parece aludió aquí Cervantes al *Orlando* de Ariosto, que segun la traducción del capitán Urrea, dice en el canto xxxiv, oct. 24 y 25.

No tan piadoso Eneas, no Aquiles fuerte
Fue, como es fama; ni Ector así fiero, etc.
No fue así santo ni benigno Augusto
Como la trompa de Virgilio suena. — P.

quibles (1) tenemos? dijo Sancho; pues ándense á eso, y no acabaremos en toda la vida. Mala me la dé Dios, Sancho, respondió el bachiller, si no sois vos la segunda persona de la historia, y que hay tal que precia mas oiros hablar á vos, que al mas pintado de toda ella, puesto que tambien hay quien diga que anduvistes demasíadamente de crédulo en creer que podia ser verdad el gobierno de aquella insula ofrecida por el señor don Quijote, que está presente. Aun hay sol en las bardas (2), dijo don Quijote; y mientras mas fuere entrando en edad Sancho, con la experiencia que dan los años estará mas idóneo y mas hábil para ser gobernador, que no está ahora. Por Dios, señor, dijo Sancho, la isla que yo no gobernase con los años que tengo, no la gobernaré con los años de Matusalen: el daño está en que la dicha insula se entretiene no sé donde, y no en faltarme á mí el caletre para gobernarla. Encomendadlo á Dios, Sancho, dijo don Quijote, que todo se hará bien, y quizá mejor de lo que vos pensais, que no se mueve la hoja en el árbol sin la voluntad de Dios. Así es verdad, dijo Sanson, que si Dios quiere no le faltarán á Sancho mil islas que gobernar, cuanto mas una. Gobernadores he visto por ahí, dijo Sancho, que á mi parecer no llegan á la suela de mi zapato, y con todo eso los llaman señoría, y se sirven con plata. Esos no son gobernadores de insulas, replicó Sanson, sino de otros gobiernos mas menuales; que los que gobiernan insulas por lo menos han de saber gramática. Con la grama bien me avendria yo, dijo Sancho, pero con la tica (3) ni me tiro ni me pago, porque no la entiendo; pero dejando esto del gobierno en las manos de Dios, que me eche á las partes donde mas de mí se sirva, digo, señor bachiller Sanson Carrasco, que infinitamente me ha dado gusto que el autor de la historia haya hablado de mí de manera que no enfadan las cosas que de mí se cuentan: que á fe de buen escudero, que si hubiera dicho de mí cosas que no fueran muy de cristiano viejo como soy, que nos habian de oir los sordos. Eso fuera hacer milagros, respondió Sanson. Milagros ó no milagros, dijo Sancho, cada uno mire como habla ó como escribe de las presonas, y no ponga á trochemoche lo primero que le viene al magin.

Una de las tachas que ponen á la tal historia, dijo el bachiller, es que su autor puso en ella una novela intitulada *el Curioso impertinente*, no por mala ni por mal razonada, sino por no ser de aquel lugar, ni tiene que ver con la historia de su merced del señor don Quijote. Yo apostaré, replicó Sancho, que ha mezclado el hi de perro (4) berzas con capachos. Ahora digo, dijo don Quijote, que no ha sido sabio el autor de mi historia, sino algun ignorante hablador, que á tienta y sin algun discurso se puso á escribirla salga lo que saliere, como hacia Orbaneja el pintor de Ubeda, al cual preguntándole qué pintaba, respondió: lo que saliere; tal vez pintaba un gallo de tal suerte y tan mal parecido, que era menester que con letras góticas escribiese junto á él *este es gallo*; y así debe de ser de mi historia, que tendrá nesidad de comento para entenderla. Eso no, respondió Sanson, porque es tan clara que no hay cosa que dificultar en ella: los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran; y finalmente es tan trillada y tan leida y tan sabida de todo género de gentes, que apenas han visto algun rocin flaco cuando dicen allí va Rocinante: y los que mas se han dado á su letura son los pajes: no hay antecámara de señor donde no se halle un don Quijote: unos le toman si otros le dejan; estos le embisten, y aquellos le piden. Finalmente la tal historia es del mas gustoso y menos perjudicial entretenimiento que hasta ahora se haya visto, porque en toda ella no se descubre ni

(1) *Voquibles*, por vocablos. — Arr.

(2) Esto es, todavía no es tarde, aun hay tiempo para eso. — Arr.

(3) *Gramma*, yerba medicinal muy comun: *tica* no es voz española. El pobre Sancho entendiò que *grammatica* eran dos palabras, y así la estropea.

(4) Hijo de perro, así como *hi de puta*, hijo de puta: *hidalgo*, hijo de algo. — Cuando uno revuelve, dice Covarrubias, muchas cosas diversas, y hace de ellas un tratado, vulgarmente decimos *revolver berzas con capachos*. — Arr.

por semejas una palabra deshonesta, ni un pensamiento menos que católico. A escribir de otra suerte, dijo don Quijote, no fuera escribir verdades, sino mentiras, y los historiadores que de mentiras se valen habian de ser quemados como los que hacen moneda falsa; y no sé yo que le movió al autor á valerse de novelas y cuentos ajenos habiendo tanto que escribir en los míos; sin duda se debió de atener al refrán: de paja y de heno, etc. Pues en verdad que en solo manifestar mis pensamientos, mis suspiros, mis lágrimas, mis buenos deseos y mis acometimientos pudiera hacer un volumen mayor ó tan grande que el que pueden hacer todas las obras del Tostado (1).

En efecto lo que yo alcanzo, señor bachiller, es que para componer historias y libros de cualquier suerte que sean es menester un gran juicio y un maduro entendimiento: decir gracias y escribir donaires es de grandes ingenios. La mas discreta figura de la comedia es la del bobo, porque no lo ha de ser el que quiere dar á entender que es simple. La historia es como cosa sagrada, porque ha de ser verdadera, y donde está la verdad está Dios en cuanto á verdad; pero no obstante esto hay algunos que así componen y arrojan libros de sí como si fuesen buñuelos.

No hay libro tan malo, dijo el bachiller, que no tenga algo bueno (2). No hay duda en eso, replicó don Quijote; pero muchas veces acontece que los que tenían méritamente grangeada y alcanzada gran fama por sus escritos, en dándolos á la estampa le perdieron del todo, ó la menoscabaron en algo. La causa deso es, dijo Sanson, que como las obras impresas se miran despacio, fácilmente se ven sus faltas, y tanto mas se escudriñan cuanto es mayor la fama del que las compuso. Los hombres famosos por sus ingenios, los grandes poetas, los ilustres historiadores siempre ó las mas veces son envidiados de aquellos que tienen por gusto y por particular entretenimiento juzgar los escritos ajenos, sin haber dado algunos propios á la luz del mundo. Eso no es de maravillar, dijo don Quijote, porque muchos teólogos hay que no son buenos para el púlpito, y son bonisimos para conocer las faltas ó sobras de los que predicán. Todo esto es así, señor don Quijote, dijo Carrasco; pero quisiera yo que los tales censuradores fueran mas misericordiosos y menos escrupulosos, sin atenerse á los átomos del sol clarísimo de la obra de que murmuran, que si *aliquando bonus dormitat Homerus* (3), consideren lo mucho que estuvo despierto por dar la luz de su obra con la menos sombra que pudiese; y quizá podria ser que lo que á ellos les parece mal fuesen lunares que á las veces acrecientan la hermosura del rostro que los tiene; y así digo que es grandísimo el riesgo á que se pone el que imprime un libro, siendo de toda imposibilidad imposible componerle tal que satisfaga y contente á todos los que le leyeren. El que de mí trata, dijo don Quijote, á pocos habrá contentado. Antes es al reves, que como de *stultorum infinitus est numerus* infinitos son los que han gustado de la tal historia; y algunos han puesto falta y dolo en la memoria del autor, pues se le olvida de contar quien fue el ladrón que hurtó el rucio á Sancho, que allí no se declara, y solo se infiere de lo escrito que se le hurtaron (4), y de allí á poco le vemos á caballo sobre el mismo jumento sin haber parecido: tambien dicen que se le olvidó poner lo que Sancho hizo de aquellos cien escudos que halló en la malleta en Sierramorena, que nunca mas los nombra, y hay muchos que desean saber

(1) Llámase comunmente EL TOSTADO á don Alonso de Madrigal, obispo de Avila, en tiempo de Juan II. Este escritor á pesar de haber muerto todavia jóven, en 1450, dejó 24 tomos en latin y en folio, que se imprimieron en Venecia por encargo de Antonio Polo, canónigo de Cuenca, desde donde pasó á aquella ciudad á cuidar de la edicion. Dejó casi otras tantas obras españolas, sin contar varios trabajos inéditos. Véase aquí el origen del refrán *escribir mas que el Tostado*. — MARTINEZ DEL ROMERO.

(2) Este pensamiento es de Plinio el Mayor, y está puesto en una carta de su sobrino (lib. III, epíst. 5). Don Diego de Mendoza lo cita en el prólogo de su LAZARILLO DE TORMES, y Voltaire lo ha repetido muchas veces. — VIARDOT.

(3) La cita no es exacta. Horacio dijo: *Quandoque bonus dormitat Homerus*.

(4) Este pasaje es uno de los que prueban que Cervantes no revisó su obra, segun han observado algunos; pues en dos lugares de la parte I, que es la censurada aquí por Sanson Carrasco, dice que el ladrón que robó el asno á Sancho Panza fue Gines ó Ginesillo de Pasamonte. Véase el cap. XXIII. — P.

que hizo dellos, ó en que los gastó, que es uno de los puntos sustanciales que faltan en la obra. Sancho respondió: yo, señor Sanson, no estoy ahora para ponerme en cuentas ni cuentos, que me ha tomado un desmayo de estómago; que si no le reparo con dos tragos de lo añejo me pondrá en la espina de santa Lucia (1): en casa lo tengo, mi oislo (2) me aguarda, en acabando de comer daré la vuelta, y satisfaré á vuesa merced y á todo el mundo de lo que preguntar quisieren, asi de la pérdida del jumento, como del gasto de los cien escudos; y sin esperar respuesta ni decir otra palabra se fué á su casa. Don Quijote pidió y rogó al bachiller se quedase á hacer penitencia (3) con él. Tuvo el bachiller el envite (4), quedóse, añadióse al ordinario un par de pichones, tratóse en la mesa de caballerías, siguióse el humor Carrasco, acabóse el banquete, durmieron la siesta, volvió Sancho, y renovóse la plática pasada.

(1) Me estenuará, me pondrá flaco, ó me dejará en solos los huesos. — Arr.

(2) Esto es, *mi mujer*. Véase parte I, capítulo VII. — P.

(3) A comer: esresion metafórica de que por prevencion, ó por via de disculpa anticipada, suelen usar familiarmente las gentes cuando se convidan á comer, para darse á entender que no tendrán una abundante comida, y por lo mismo que ayunarán, que *harán penitencia*. — Arr.

(4) Esto es, aceptó el convite. Metáfora tomada del envite ó apuesta que se hace en varios juegos en especial de naipes. — MARTINEZ DEL ROMERO.





CAPITULO IV.

Donde Sancho Panza satisface al bachiller Sanson Carrasco de sus dudas y preguntas, con otros sucesos dignos de saberse y de contarse.



Volvió Sancho á casa de don Quijote, y volviendo al pasado razonamiento dijo : á lo que el señor Sanson dijo, que se deseaba saber quien ó como ó cuando se me hurtó el jumento, respondiéndome que la noche misma que huyendo de la santa Hermandad nos entramos en Sierra-morena, despues de la aventura sin ventura de los galeotes, y de la del difunto que llevaban á Segovia, mi señor y yo nos metimos entre

una espesura, adonde mi señor arrimado á su lanza, y yo sobre mi rucio, molidos y cansados de las pasadas refriegas, nos pusimos á dormir como si fuera sobre cuatro colchones de pluma : especialmente yo dormí con tan pesado sueño, que quien quiera que fue tuvo lugar de llegar y suspenderme sobre cuatro estacas que puso á los cuatro lados de la albarda, de manera que me dejó á caballo sobre ella, y me sacó debajo de mí al rucio sin que yo lo sintiese. Eso es cosa fácil, y no acontecimiento nuevo, que lo mismo le sucedió á Sacripante, cuando estando en el cerco de Albraca con

esa misma invencion le sacó el caballo de entre las piernas aquel famoso ladrón llamado Brunelo (1).

Amaneció, prosiguió Sancho, y apenas me hube estremecido cuando faltando las estacas di conmigo en el suelo una gran caída, miré por el jumento, y no le vi: acudieronme lágrimas á los ojos, é hice una lamentacion, que si no la puso el autor de nuestra historia, puede hacer cuenta que no puso cosa buena. Al cabo de no sé cuantos dias, viniendo con la señora princesa Micomicona conocí mi asno, y que venia sobre él en hábito de gitano aquel Gines de Pasamonte, aquel embustero y grandísimo maleador que quitamos mi señor y yo de la cadena. No está en esto el yerro, replicó Sanson, sino en que antes de haber parecido el jumento dice el autor, que iba á caballo Sancho en el mismo rucio. A eso, dijo Sancho, no sé que responder, sino que el historiador se engañó, ó ya seria descuido del impresor. Así es sin duda, dijo Sanson; pero ¿qué se hicieron los cien escudos? Deshicieronse, respondió Sancho: yo los gasté en pro de mi persona y de la de mi mujer y de mis hijos, y ellos han sido causa de que mi mujer lleve en paciencia los caminos y carreras que he andado sirviendo á mi señor don Quijote: que si al cabo de tanto tiempo volviera sin blanca y sin el jumento á mi casa, negra ventura me esperaba; y si hay mas que saber de mí, aquí estoy, que responderé al mismo rey en persona; y nadie tiene para que meterse en si truje ó no truje, si gasté ó no gasté, que si los palos que me dieron en estos viajes se hubieran de pagar á dinero, aunque no se tasaran sino á cuatro maravedis cada uno, en otros cien escudos no habia para pagarme la mitad; y cada uno meta la mano en su pecho, y no se ponga á juzgar lo blanco por negro, y lo negro por blanco, que cada uno es como Dios le hizo, y aun peor muchas veces.

Yo tendré cuidado, dijo Carrasco, de acusar (2) al autor de la historia que si otra vez la imprimiere no se le olvide esto que el buen Sancho ha dicho, que será realzarla un buen coto mas de lo que ella se está. ¿Hay otra cosa que enmendar en esa leyenda, señor bachiler? preguntó don Quijote. Si debe de haber, respondió él; pero ninguna debe de ser de la importancia de las ya referidas. ¿Y por ventura, dijo don Quijote, promete el autor segunda parte? Si promete, respondió Sanson; pero dice que no ha hallado ni sabe quien la tiene, y así estamos en duda si saldrá ó no: y así por esto como porque algunos dicen, nunca segundas partes fueron buenas, y otros, de las cosas de don Quijote bastan las escritas, se duda que no ha de haber segunda parte; aunque algunos, que son mas joviales que saturninos, dicen: vengan mas quirotadas, embista don Quijote, y hable Sancho Panza, y sea lo que fuere, que con eso nos contentamos. ¿Y á qué se atiende el autor? dijo don Quijote. ¿A qué? respondió Sanson: en hallando que halle la historia, que él va buscando con extraordinarias diligencias, la dará luego á la estampa, llevado mas del interes que de darla se le sigue, que de otra alabanza alguna. A lo que dijo Sancho: ¿al dinero y al interes mira el autor? maravilla será que acierte, porque no hará sino harbar (3), harbar como sastre en visperas de pascuas; y las obras que se hacen apriesa nunca se acaban con la perfeccion que requieren. Atienda ese señor moro, ó lo que es, á mirar lo que hace, que yo y mi señor le daremos tanto ripio á la mano en materia de aventuras y de sucesos diferentes, que pueda componer no solo segunda parte, sino ciento. Debe de pensar el buen hombre sin duda que nos dormimos aquí en las pajas, pues ténganos

(1) Fue en efecto el moro y feo Brunelo ladrón tan sutil (como dice el conde Mateo Boyardo en su *Orlando enamorado*, lib. II, cant. v; y el Ariosto en su *Orlando furioso*, cant. xxvii), que á Angélica le quitó el anillo del dedo sin sentirlo: á Marfisa la espada de la mano; á Orlando el cuerno de marfil; y el caballo á Sacripante, rey de Circasia, en el sitio de Albraca, que era una peña ó roca donde reinaba Angélica la Bella. Duérmese sobre el caballo, córtale Brunelo la cincha, pone un tronco debajo la silla que le sostenia, y saca el caballo de entre las piernas del rey. — P.

(2) Acusar, por avisar ó advertir. — Arr.

(3) Significa, dice Covarruvias en su *Tesoro*, hacer la cosa muy de prisa, como harbar la plana el muchacho cuando escribe de prisa; ir de farfulla.

el pie al herrar, y verá del que cosqueamos : lo que yo sé decir es, que si mi señor tomase mi consejo ya habíamos de estar en esas campañas deshaciendo agravios y enderezando tuertos, como es uso y costumbre de los buenos andantes caballeros.

No habia bien acabado de decir estas razones Sancho cuando llegaron á sus oídos relinchos de Rocinante (1), los cuales relinchos tomó don Quijote por felicísimo agüero, y determinó de hacer de allí á tres ó cuatro días otra salida; y declarando su intento al bachiller le pidió consejo por qué parte comenzaría su jornada, el cual le respondió que era su parecer que fuese al reino de Aragon, y á la ciudad de Zaragoza, adonde, de allí á pocos días se habian de hacer unas solemnisimas justas por la fiesta de S. Jorge (2), en las cuales podria ganar fama sobre todos los caballeros aragoneses, que seria ganarla sobre todos los del mundo. Alabóle ser honradísima y valentísima su determinacion, y advirtióle que anduviese mas atentado en acometer los peligros, á causa que su vida no era suya, sino de todos aquellos que le habian de menester para que los amparase y socorriese en sus desventuras. Deso es lo que yo reniego, señor Sanson, dijo

á este punto Sancho, que así acomete mi señor á cien hombres armados como un muchacho goloso á media docena de badeas (3). Cuerpo del mundo, señor bachiller: si, que tiempos hay de acometer, y tiempos de retirar, y no ha de ser todo Santiago y cierra España: y mas que yo he oido decir, y creo que á mi señor mismo si mal no me acuerdo, que en los extremos de cobardé y de temerario está el medio de la valentia; y si esto es así no quiero que huya sin tener para qué, ni que acometa cuando la demasia pide otra cosa; pero sobre todo aviso á mi señor, que si me ha de llevar consigo ha de ser con condicion que él se lo ha de batallar todo, y que yo no he de estar obligado á otra cosa que á mirar por su persona en lo que tocara á su limpieza y á su regalo, que en esto yo le bailaré el agua delante (4); pero pensar que tengo de poner mano á la espada aunque sea contra villanos malandrines de hacha y capellina, es pensar en lo excusado. Yo, señor Sanson, no pienso grangear fama de valiente, sino del mejor y mas leal escudero que jamas sirvió á caballero andante: y si mi señor don Quijote, obligado de mis muchos y buenos servicios, quisiere darme alguna insula de las muchas que su merced dice que se ha de topar por ahí, recibiré mucha merced en ello, y cuando no me la diere, nacido soy, y no ha de vivir al hombre en hoto (5) de otro, sino de Dios; y mas que tan bien y aun quizá mejor me sabrá el pan desgobernado, que siendo gobernador: y ¿sé yo por ventura si en esos gobiernos me tiene aparejada el



(1) Desde los relinchos del caballo de Darío, que le dieron la corona de Persia, y los del caballo de Dionisio el Tirano, que le prometieron la de Siracusa, los hacedores de pronósticos han dado siempre á este agüero un sentido favorable. Era natural que don Quijote sacase el mismo presagio de los relinchos de Rocinante, los cuales sin duda significaban que se pasaba la hora de darle el pienso. — VIARDOT.

(2) El Aragon estaba bajo el patrocinio de S. Jorge, desde la batalla de Alcoraz, ganada por Pedro I á los moros en 1096. Formóse en Zaragoza una cofradia para dar justas cada tres años, en honor del Santo: y se llaman *justas del arnes*. — VIARDOT.

(3) *Badea* es una especie de melon. A los malos, dice Covarruvias, les damos este nombre. — Arr.

(4) *Bailar el agua delante*, es servir con diligencia y prontitud. — Arr.

(5) Esto es, confiado en otro. — Arr.

diablo alguna zancadilla donde tropiece y caiga y me deshaga las muelas? Sancho nació, y Sancho pienso morir. Pero si con todo esto de buenas á buenas, sin mucha solicitud y sin mucho riesgo me deparase el cielo alguna insula, ó otra cosa semejante, no soy tan necio que la desechase, que tambien se dice: cuando te dieren la baquilla, corre con la soguilla (1), y cuando viene el bien, mételo en tu casa.

Vos, hermano Sancho, dijo Carrasco, habeis hablado como un catedrático; pero con todo eso confiad en Dios y en el señor don Quijote, que os ha de dar un reino, no que una insula. Tanto es lo de mas como lo de menos, respondió Sancho; aunque sé decir al señor Carrasco, que no echará mi señor el reino que me diera en saco roto (2), que yo he tomado el pulso á mí mismo, y me hallo con salud para regir reinos y gobernar insulas; y esto ya otras veces lo he dicho á mi señor. Mirad, Sancho, dijo Sanson, que los oficios mudan las costumbres, y podria ser que viéndoos gobernador no conociéscedes á la madre que os parió. Eso allá se ha de entender, respondió Sancho, con los que nacieron en las malvas (3), y no con los que tienen sobre el alma cuatro dedos de enjundia de cristianos viejos, como yo los tengo: no, sino llegaos á mi condicion, que sabrá usar de desagradecimiento con alguno. Dios lo haga, dijo don Quijote, y ello dirá cuando el gobierno venga, que ya me parece que le trayo entre los ojos.

Dicho esto rogó al bachiller que si era poeta le hiciese merced de componerle unos versos que tratasen de la despedida que pensaba hacer de su señora Dulcinea del Toboso, y que advirtiese que en el principio de cada verso habia de poner una letra de su nombre, de manera que al fin de los versos juntando las primeras letras se leyese Dulcinea del Toboso. El bachiller respondió, que puesto que él no era de los famosos poetas que habia en España, que decian que no eran sino tres y medio, que no dejaría de componer los tales metros, aunque hallaba una dificultad grande en su composicion, á causa que las letras que contenian el nombre eran diez y siete; y que si hacia cuatro castellanas de á cuatro versos sobraba una letra, y si de á cinco, á quien llamaban décimas ó redondillas, faltaban tres letras; pero con todo eso procuraria embeber una letra lo mejor que pudiese, de manera que en las cuatro castellanas se incluyese el nombre de Dulcinea del Toboso. Ha de ser así en todo caso, dijo don Quijote, que si allí no va el nombre patente y de manifiesto, no hay mujer que crea que para ella se hicieron los metros (4). Quedaron en esto y en que la partida seria de allí á ocho dias. Encargó don Quijote al bachiller la tuviese secreta, especialmente al cura y á maese Nicolas y á su sobrina y al ama, porque no estorbasen su honrada y valerosa determinacion. Todo lo prometió Carrasco: con esto se despidió encargando á don Quijote que de todos sus buenos ó malos sucesos le avisase habiéndolo comodidad; y así se despidieron, y Sancho fué á poner en orden lo necesario para su jornada.

(1) Refran que avisa que se aprovechen las ocasiones por el riesgo de que pasadas no vuelvan. — D. A.

(2) No le echaria al perdido, no le perderia. — Arr.

(3) Haber tenido humilde nacimiento. — D. A.

(4) Aquí critica y ridiculiza Cervantes esta pueril especie de versos, llamados *acrósticos*, que usaban ya en tiempo de Cervantes los malos poetas, y se introdujeron con los demas vicios que corrompieron la poesia, y propagaron el mal gusto que reinó en ella en todo el siglo xvii y mitad del xviii. — Arr.





CAPÍTULO V.

De la discreta y graciosa plática que pasó entre Sancho Panza y su mujer Teresa Panza, y otros sucesos dignos de felice recordacion.



LLEGANDO á escribir el traductor desta historia este quinto capítulo dice que le tiene por apócrifo, porque en él habla Sancho Panza con otro estilo del que se podia prometer de su corto ingenio, y dice cosas tan sutiles, que no tiene por posible que él las supiese; pero que no quiso dejar de traducirlo por cumplir con lo que á su oficio debia, y así prosiguió diciendo:

Llegó Sancho á su casa tan regocijado y alegre, que su mujer conoció su alegría á tiro de ballesta, tanto que la obligó á preguntarle: ¿qué traeis, Sancho amigo, que tan alegre venis? A lo que él respondió: mujer mia, si Dios quisiera, bien me holgara yo de no estar tan contento como nuestro. No os entiendo, marido, replicó ella, y no sé que quereis decir en eso de que os holgárades, si Dios quisiera, de no estar contento que magüer tonta, no sé yo quien recibe gusto de no tenerle. Mirad, Teresa, respondió Sancho, yo estoy alegre porque tengo determinado de volver á servir á mi amo don Quijote, el cual quiere la vez tercera salir á buscar las aventuras, y yo vuelvo á salir con él porque lo quiere así mi necesidad, junto con la esperanza que me alegra de pensar si podré hallar otros cien escudos como los ya gastados, puesto que me entristece el haberme de apartar de ti y de mis hijos; y si Dios quisiera darme de comer á pie enjuto y en mi casa, sin traerme por vericuetos y encrucijadas (1), pues lo podia hacer á poca costa y no mas de quererlo, claro está que mi alegría fuera mas firme y valdiera, pues que la que tengo va mezclada con la tristeza de dejarte: así que dije bien que holgara, si Dios quisiera, de no estar contento.

Mirad, Sancho, replicó Teresa, despues que os hicistes miembro de caballero andante hablais de tan rodeada manera, que no hay quien os entienda. Basta que me entienda Dios, mujer, respondió Sancho, que él es el entendedor de todas las cosas,

(1) *Encrucijada*: son los parajes donde se cruzan ó atraviesan varias sendas ó caminos, y es facil perderse en ellos por no haber ninguno recto.

y quédese esto aquí; y advertid, hermana, que os conviene tener cuenta estos tres días con el rucio, de manera que esté para armas tomar: dobladle los piensos, requerid la albarda y las demás



jarcias, porque no vamos á bodas, sino á rodear el mundo, y á tener dares y tomars con gigantes, con endriagos y con vestiglos, y á oír silbos, rugidos, bramidos y baladros; y aun todo esto fuera flores de cantueso (1), si no tuviéramos que entender con yangüeses y con moros encantados. Bien creo yo, marido, replicó Teresa, que los escuderos andantes no comen el pan de balde, y así quedaré rogando á nuestro señor os saque presto de tanta mala ventura. Yo os digo, mujer, respondió Sancho, que si no pensase antes de mucho tiempo verme gobernador de una insula, aquí me caería muerto. Eso, no marido mio, dijo Teresa, viva la gallina aunque sea con su pepita: vivid vos, y llévese el diablo cuantos gobiernos hay en el mundo: sin gobierno saliste

del vientre de vuestra madre, sin gobierno habeis vivido hasta ahora, y sin gobierno os ireis ó os llevarán á la sepultura cuando Dios fuere servido: como esos hay en el mundo que viven sin gobierno, y no por eso dejan de vivir, y de ser contados en el número de las gentes. La mejor salsa del mundo es la hambre, y como esta no falta á los pobres, siempre comen con gusto. Pero mirad, Sancho, si por ventura os viéredes con algun gobierno, no os olvideis de mí y de vuestros hijos. Advertid que Sanchico tiene ya quince años cabales, y es razon que vaya á la escuela si es que su tío el abad le ha de dejar hecho de la iglesia. Mirad tambien que Mari-Sancha, vuestra hija, no se morirá si la casamos, que me va dando barruntos que desea tanto tener marido, como vos deseais veros con gobierno; y en fin en fin mejor parece la hija mal casada, que bien abarraganada.

A buena fe, respondió Sancho, que si Dios me llega á tener algo qué de gobierno, que tengo de casar, mujer mia, á Mari-Sancha tan altamente que no la alcancen sino con llamarla señoría. Eso no, Sancho, respondió Teresa, casadla con su igual, que es lo mas acertado; que si de los zuecos la sacais á chapines (2), y de saya parda de catorceno (3) á verdugado (4) y saboyanas de seda, y de una Marica y un tú á una doñatal y señoría, no se ha de hallar la muchacha, y á cada paso ha de caer en mis faltas

(1) Fuera tolerable, llevadero, y aun agradable, comparado con tener que entender con yangüeses y moros encantados. — Arr.

(2) Esto es, de zapato de madera á calzado de señora. — Arr.

(3) Catorceno, era una especie ó suerte de paño basto y ordinario, que llaman así los fabricantes de Segovia. — Arr.

(4) Era una saya á manera de campana, llamada por otro nombre pollera. — P.

descubriendo la hilaza de su tela basta y grosera. Calla, boba, dijo Sancho, que todo será usarlo dos ó tres años, que despues le vendrá el señorío y la gravedad como de molde; y cuando no, ¿qué importa? séase ella señoría, y venga lo que viniere. Medios, Sancho, con vuestro estado, respondió Teresa, no os queráis alzar á mayores, y advertid al refran que dice: al hijo de tu vecino límpiale las narices, y métele en tu casa (1). Por cierto que sería gentil cosa casar á nuestra Maria con un condazo ó con un caballero, que cuando se le antojase la pusiese como nueva, llamándola de villana, hija del destripaterrones (2) y de la pelaruecas (3) no en mis días, marido para eso por cierto he criado yo á mi hija: traed vos dineros, Sancho, y el casarla dejadlo á mi cargo, que ahí está Lope Tocho, el hijo de Juan Tocho, mozo rollizo y sano, y que le conocemos, y sé que no mira de mal ojo á la mochacha, y con este, que es nuestro igual, estará bien casada, y le tendremos siempre á nuestros ojos, y seremos todos unos padres y hijos, nietos y yernos, y andará la paz y la bendicion de Dios entre todos nosotros; y no casármela vos ahora en esas cortes y en esos palacios grandes, adonde ni á ella la entiendan, ni ella se entienda. Ven acá, bestia, y mujer de Barabas, replicó Sancho, ¿porqué quieres tú ahora, sin qué ni para qué, estorbarme que no case á mi hija con quien me dé nietos que se llamen señoría? Mira, Teresa, siempre he oido decir á mis mayores, que el que no sabe gozar de la ventura cuando le viene, que no se debe quejar si se le pasa; y no sería bien que ahora que está llamando á nuestra puerta se la cerremos: dejémonos llevar deste viento favorable que nos sopla. (Por este modo de hablar, y por lo que mas abajo dice Sancho, dijo el traductor desta historia que tenia por apócrifo este capítulo).

¿No te parece animalia, prosiguió Sancho, que será bien dar con mi cuerpo en (4) algun gobierno provechoso, que nos saque el pie del lodo, y casase á Mari-Sancha con quien yo quisiere, y veras como te llaman á tí doña Teresa Panza, y te sientas en la iglesia sobre alcatifa (5), almohadas y arameles, á pesar y despecho de las hidalgas del pueblo? No sino estaos siempre en un ser, sin crecer ni menguar como figura de paramento y en esto no hablemos mas, que Sanchica ha de ser condesa, aunque tú mas me digas. ¿Veis cuanto decis, marido? respondió Teresa, pues con todo eso temo que este condado de mi hija ha de ser su perdicion: vos haced lo que quisiéredes, ora la hagais duquesa ó princesa; pero séos decir que no será ello con voluntad ni consentimiento mio. Siempre, hermano, fui amiga de la igualdad, y no puedo ver entonos sin fundamentos: Teresa me pusieron en el bautismo, nombre mondo y escueto, sin añadiduras, ni cortapisas ni arrequives (6) de dones ni donas: Cascajo se llamó mi padre, y á mí por ser vuestra mujer me llaman Teresa Panza, que á buena razon me habian de llamar Teresa Cascajo; pero allá van reyes do quieren leyes (7) y con este nombre me contento sin que me le pongan un don encima que pese tanto que no le pueda llevar, y no quiero dar que decir á los que me vieren andar vestida á lo condesil ó á lo de gobernadora, que luego dirán: mirad que entonada (8) va la pazpuerca; ayer no se hartaba de estirar de un copo de estopa, y

(1) Refran que nos indica que no se debe intentar el curar radicalmente ciertos achaques habituales por el riesgo que puede haber de perder la vida. — D. A.

(2) Llamase por desprecio así al que ara y caba, porque con el arado y el azadon deshace los terrones. — Arr.

(3) La mujer que hila, tambien se usa comunmente por desprecio. — Arr.

(4) Encontrar á alguno ó alguna cosa. — D. A.

(5) Dice Covarrubias en su Tesoro que era el tapete ó cubierta de lana ó seda para mesa ó banco. — P.

(6) Cortapisas y arrequives son guarniciones, sobrepuestos, añadiduras ó adornos. — Arr.

(7) Refran que da á entender que los poderosos quebrantan las leyes, acomodándolas ó interpretándolas á su gusto. — D. A.

(8) Palabra metafórica y muy propia tomada de la música, con la cual se quiere dar á entender la arrogancia y presuncion de las personas que procediendo de bajo origen estan sumamente envanecidas de sus honores, riquezas, ó bien de su posicion social, debida mas que á un asiduo trabajo, á una serie no interrumpida de bujezas para complacer á los elevados personajes que podian ayudarles en sus ambiciosas miras.

iba á misa cubierta la cabeza con la falda de la saya en lugar de manto, y ya hoy va con verdugado, con broches y con entono, como si no la conociésemos. Si Dios me



guarda mis siete ó mis cinco sentidos, ó los que tengo, no pienso dar ocasion de verme en tal aprieto: vos, hermano, idos á ser gobierno ó insulo, y entonaos á vuestro gusto: que mi hija ni yo por el siglo (1) de mi madre que no nos hemos de mudar un paso de nuestra aldea: la mujer honrada la pierna quebrada y en casa, y la doncella honesta el hacer algo es su fiesta: idos con vuestro don Quijote á vuestras aventuras, y dejadnos á nosotras con nuestras malas venturas, que Dios no las mejorará como seamos buenas; y yo no sé por cierto quien le puso á él don, que no tuvieron sus padres ni agüelos.

Ahora digo, replicó Sancho, que tienes algun familiar (2) en ese cuerpo. ¡Válate Dios la mujer, y qué de cosas has ensartado unas en otras sin tener pies ni cabeza! ¿Qué tiene que ver el casco, los broches, los refranes y el entono con lo que yo digo? Ven acá, mentecata é ignorante (que así te puedo llamar, pues no entiendes mis razones, y vas huyendo de la dicha), si yo dijera que mi hija se arrojara de una torre abajo, ó que se fuera por esos mundos, como se quiso ir la infanta doña Urraca (3), tenias razon de no venir con mi gusto; pero si en dos paletas, y en menos de un abrir y cerrar de ojos te la chanto un don y una señoria acuestas, y te la saco de los rastrojos, y te la pongo en toldo y en peana (4), y en un estrado de mas almohadas de velludo (6) que tuvieron moros en su linaje los Almohades de Marruecos, ¿por qué no has de consentir y querer lo que yo quiero? ¿Sabeis por qué marido?

(1) Siglo significa aqui *vida*.—D. A.

(2) Algun demonio, ó trato particular con él, como cree y creía el vulgo ignorante, y que le comunica, aconseja y acompaña, pensando que le suelen llevar en algun anillo, ó alhaja usual.—Arr.

(3) Quiso desgarrarse y tomar esta resolucion cuando su padre, D. Fernando, repartió sus reinos en su testamento entre sus demas hijos, en que nada le dejaba á ella; aunque despues le dió la ciudad de Zamora.—P.

(4) Esto es, te la pongo, te la planto, ó encajo un don.—Arr.

(5) Poner en toldo y en peana: como si dijera ponerla bajo de dosel, y en sitio preferente y encumbreado, como los asientos de los príncipes y grandes señores.—Arr.

(6) De terciopelo. En el siglo xvii, reinando la casa de Austria en España, se componia el estrado de las señoras de almohada ó cojines, como se usaba, entre los moros Almohades de Marruecos.

respondió Teresa, por el refran que dice: quien te cubre te descubre (1): por el pobre todos pasan los ojos como de corrida, y en el rico los detienen; y si el tal rico fue un tiempo pobre, allí es el murmurar y el maldecir, y el peor perseverar de los maldicientes, que los hay por esas calles á montones como enjambres de abejas.

Mira, Teresa, respondió Sancho, y escucha lo que ahora quiero decirte, quizá no lo habrás oido en todos los dias de tu vida; y yo ahora no hablo de mio, que todo lo que pienso decir son sentencias del padre predicador que la cuaresma pasada predicó en este pueblo, el cual, si mal no me acuerdo, dijo que todas las cosas presentes que los ojos estan mirando, se presentan, estan y asisten en nuestra memoria mucho mejor y con mas vehemencia que las cosas pasadas. Todas estas razones que aqui va diciendo Sancho son las segundas por quien dice el traductor que tiene por apócrifo este capítulo que exceden á la capacidad de Sancho, el cual prosiguió diciendo:

De donde nace que cuando vemos alguna persona bien aderezada y con ricos vestidos compuesta y con pompa de criados, parece que por fuerza nos mueve y convidada á que la tengamos respeto, puesto que la memoria en aquel instante nos presente alguna bajeza en que vimos á la tal persona, la cual ignominia, ahora sea de pobreza ó de linaje, como ya pasó no es, y solo es lo que vemos presente: y si este á quien la fortuna sacó del borrador de su bajeza (que por estas mismas razones lo dijo el padre) á la alteza de su prosperidad fuere bien criado, liberal y cortes con todos, y no se pusiese en cuentos (2) con aquellos que por antigüedad son nobles, ten por cierto, Teresa, que no habrá quien se acuerde de lo que fue, sino que reverencien lo que es, si no fueren los envidiosos, de quien ninguna próspera fortuna está segura.

Yo no os entiendo, marido, replicó Teresa, haced lo que quisiéredes, y no me quebreis mas la cabeza con vuestras arengas y retóricas; y si estais revuelto en hacer lo que decis... resuelto has de decir, mujer, dijo Sancho y no revuelto. No os pongais á disputar, marido, conmigo, respondió Teresa: yo hablo como Dios es servido, y no me meto en mas dibujos (3); y digo que si estais porfiando en tener gobierno, que lleveis con vos á vuestro hijo Sancho para que desde ahora le enseñeis á tener gobierno, que bien es que los hijos hereden y aprendan los oficios de sus padres. En teniendo gobierno, dijo Sancho, enviaré por él por la posta, y te enviaré dineros, que no me faltarán, pues nunca falta quien se lo preste á los gobernadores cuando no los tienen; y vístele de modo que disimule lo que es, y parezca lo que ha de ser. Enviad vos dinero, dijo Teresa, que yo os lo vestiré como un palmito (4). En efecto quedamos de acuerdo, dijo Sancho, de que ha de ser condesa nuestra hija. El dia que yo la viere condesa, respondió Teresa, ese haré cuenta que la entierro; pero otra vez os digo que hagais lo que os diere gusto, que con esta carga nacemos las mujeres de estar obedientes á sus maridos aunque sean unos porros (5); y en esto comenzó á llorar tan de veras como si ya viera muerta y enterrada á Sanchica. Sancho la consoló diciéndole, que ya que la hubiese de hacer condesa, la haria todo lo mas tarde que ser pudiese. Con esto se acabó su plática, y Sancho volvió á ver á don Quijote para dar orden en su partida (6).

(1) Refran que esplica que los mismos atavíos y riquezas, que tiene el que no los merece, son causa de que se averigüe su dignidad. — D. A.

(2) Mezclarse en quimeras ó buscar desazones.

(3) Atender solo á lo mas esencial é importante.

(4) De uno, dice Covarrubias, que está muy aderezado con muchos vestidos, decimos que está vestido como un palmito. — Arr.

(5) Necios, groseros, nada agudos ó botos como el cabo de la porra. Covarr. — Arr.

(6) Este dialogo y disputa de Sancho con Teresa, su mujer, le imitó Molière en su comedia del Villano metido á caballero, ó *Le Bourgeois Gentilhomme* (Act. III, esc. XII), donde introduce á Mr. Jordan disputando con Madama Jordan, su mujer, hijos ambos de comerciantes, sobre cesar á su hija Lucila. — P.



CAPITULO VI.

De lo que le pasó á don Quijote con su sobrina y con su ama; y es uno de los importantes capítulos de toda la historia.



En tanto que Sancho Panza y su mujer Teresa Cascajo pasaron la impertinente referida plática, no estaban ociosas la sobrina y el ama de don Quijote, que por mil señales iban coligiendo que su tío y señor quería desgarrarse (1) la vez tercera, y volver al ejercicio de su para ellas mal andante caballería. Procuraban por todas las vías posibles apartarle de tan mal pensamiento; pero todo era predicar en desierto y majar en hierro frío: con todo esto, entre otras muchas razones que con él pasaron le dijo el ama: en verdad, señor mio, que si vuestra merced no afirma el pie llano y se está quedo en su casa, y se deja de andar por los montes y por los valles como ánima en pena, buscando esas que dicen que se llaman aventuras, á quien yo llamo desdichas, que me tengo de quejar en voz y en grito (2) á Dios y al rey, que ponga remedio en ello.

A lo que respondió don Quijote: ama, lo que Dios responderá á tus quejas yo no lo sé, ni lo que ha de responder su Magestad tampoco; y solo sé que si yo fuera rey me excusara de responder á tanta infinidad de memoriales impertinentes como cada dia le dan; que uno de los mayores trabajos que los reyes tienen entre otros muchos es el estar obligados á escuchar á todos, y á responder á todos: y así no querría yo que cosas mías le diesen pesadumbre. A lo que dijo el ama: díganos, señor, ¿en la corte de su Magestad no hay caballeros? Si, respondió don Quijote, y muchos; y es razon que los haya para adorno de la grandeza de los príncipes, y para ostentacion de la magestad real. ¿Pues no sería vuesa merced, replicó ella, uno de los que á pie quedo sirviesen á su rey y señor estándose en la corte?

Mira, amiga, respondió don Quijote, no todos los caballeros pueden ser cortesanos, ni todos los cortesanos pueden ni deben ser caballeros andantes: de todos ha de haber en el mundo; y aunque todos seamos caballeros, va mucha diferencia de los unos á los otros; porque los cortesanos, sin salir de sus aposentos ni de los umbrales de la corte, se pasean por todo el mundo, mirando un mapa sin costarles blanca, ni padecer calor ni frío, hambre ni sed; pero nosotros los caballeros andantes verdaderos al sol, al frío, al aire, á las inclemencias del cielo, de noche y de dia, á pie y á caballo medimos toda la tierra con nuestros mismos pies; y no solamente conocemos los enemigos pintados, sino en su mismo ser, y en todo trance y en toda ocasion los aco-

(1) Separarse de su compañía, marcharse de su casa. — Arr.

(2) Con voces altas y desentonadas — D. A.

metemos sin mirar en niñerías, ni en las leyes de los desafíos, si lleva ó no lleva mas corta la lanza ó la espada, si trae sobre si reliquias ó algun engaño encubierto, si se ha de partir y hacer tajadas el sol (1) ó no, con otras ceremonias deste jaez, que se usan en los desafíos particulares de persona á persona, que tú no sabes, y yo si; y has de saber mas que el buen caballero andante, aunque vea diez gigantes que con las cabezas no solo tocan sino pasan las nubes, y que á cada uno le sirven de piernas dos grandisimas torres, y que los brazos semejan árboles de gruesos y poderosos navios, y cada ojo como una gran rueda de molino, y mas ardiendo que un horno de vidrio, no le han de espantar en manera alguna; antes con gentil continente y con intrépido corazon los ha de acometer y embestir; y si fuere posible vencerlos y desbaratarlos en un pequeño instante, aunque viniesen armados de unas conchas de un cierto pescado que dicen que son mas duras que si fuesen de diamantes, y en lugar de espadas trujesen cuchillos tajantes de damasquino acero, ó porras ferradas con puntas asimismo de acero como yo las he visto mas de dos veces. Todo esto he dicho, ama mia, porque veas la diferencia que hay de unos caballeros á otros; y seria razon que no hubiese príncipe que no estimase en mas esta segunda, ó por mejor decir, primera especie de caballeros andantes, que segun leemos en sus historias, tal ha habido entre ellos que ha sido la salud, no solo de un reino, sino de muchos.

¡Ah, señor mio! dijo á esta sazón la sobrina, advierta vuesa merced que todo eso que dice de los caballeros andantes es fábula y mentira, y sus historias, ya que no las quemasen, merecian que á cada una se le echase un sanbenito (2), ó alguna señal en que fuese conocida por infame y por gastadora de las buenas costumbres. Por el Dios que me sustenta, dijo don Quijote, que si no fueras mi sobrina derechamente como hija de mi misma hermana, que habia de hacer un tal castigo en tí, por la blasfemia que has dicho, que sonara por todo el mundo. ¿Como qué? ¿es posible que una rapaza, que apenas sabe menear doce palillos de randas, se atreva á poner lengua (3) y á censurar las historias de los caballeros andantes? ¿Qué dijera el señor Amadis si lo tal oyera? Pero á buen seguro que él te perdonara, porque fue el mas humilde y cortes caballero de su tiempo, y demas grande amparador de las doncellas; mas tal te pudiera haber oido que no te fuera bien dello, que no todos son cortes ni bien mirados; algunos hay follones y descomedidos: ni todos los que se llaman caballeros lo son de todo en todo, que unos son de oro, otros de alquimia, y todos parecen caballeros, pero no todos pueden estar al toque de la piedra de la verdad: hombres bajos hay que revientan por parecer caballeros; y caballeros altos hay que parece que á posta mueren por parecer hombres bajos: aquellos se levantan ó con la ambicion ó con la virtud; estos se abajan ó con la flojedad ó con el vicio: y es menester aprovecharnos del conocimiento discreto para distinguir estas dos maneras de caballeros tan parecidos en los nombres, y tan distantes en las acciones. ¡Vá-lame Dios! dijo la sobrina, ¿que sepa vuesa merced tanto, señor tio, que si fuese menester en una necesidad podría subir en un púlpito é irse á predicar por esas calles, y que con todo esto dé en una ceguera tan grande y en una sandez tan conocida, que se dé á entender que es valiente siendo viejo, que tiene fuerzas estando enfermo, y que endereza tuertos estando por la edad agobiado, y sobre todo que es caballero, no lo siendo, porque aunque lo puedan ser los hidalgos, no lo son los pobres?

Tienes mucha razon, sobrina, en lo que dices, respondió don Quijote, y cosas te pudiera yo decir cerca de los linajes, que te admiráran; pero por no mezclar lo divino

(1) Alude á la ceremonia usada en los desafíos que llamaban *partir el sol*, para dar á los combatientes iguales distancias en el campo: otros dicen que para situarlos de modo que no les diese el sol en los ojos y los deslumbrase.— Arr.

(2) Derivado de *saco benedicto*, bendecido ó bendito: es una señal que se ponía á los penitenciados por el detestable Santo Oficio.

(3) Hablar mal de alguno, murmurar.— D. A.

con lo humano no las digo. Mirad, amigas : á cuatro suertes de linajes (y estadme atentas) se pueden reducir todos los que hay en el mundo, que son estos: unos que tuvieron principios humildes, y se fueron extendiendo y dilatando hasta llegar á una suma grandeza; otros que tuvieron principios grandes, y los fueron conservando, y los conservan y mantienen en el ser que comenzaron; otros que aun que tuvieron principios grandes, acabaron en punta como pirámide, habiendo diminuido y aniquilado su principio hasta parar en nonada (1), como lo es la punta de la pirámide, que respecto de su basa ó asiento no es nada; otros hay, y estos son los mas, que ni tuvieron principio bueno



ni razonable medio, y así tendrán el fin sin nombre como el linaje de la gente plebeya y ordinaria. De los primeros, que tuvieron principio humilde y subieron á la grandeza que ahora conservan, te sirva de ejemplo la casa otomana, que de un humilde y bajo pastor que le dió principio, está en la cumbre que la vemos. Del segundo linaje, que tuvo principio en grandeza y la conserva sin aumentarla, seran ejemplo muchos principes, que por herencia lo son y se conservan en ella, sin aumentarla ni disminuirla,

(1) En poco ó muy poco. — D. A.

conteniéndose en los límites de sus estados pacíficamente. De los que comenzaron grandes y acabaron en punta hay millares de ejemplos, porque todos los Faraones y Tolomeos de Egipto, los Césares de Roma, con toda la caterva (si es que se le puede dar este nombre) de infinitos príncipes, monarcas, señores, medos, asirios, persas, griegos y bárbaros, todos estos linajes y señoríos han acabado en punta y en nonada, así ellos como los que les dieron principio, pues no será posible hallar ahora ninguno de sus descendientes, y si le hallásemos sería en bajo y humilde estado. Del linaje plebeyo no tengo que decir, sino que sirve solo de acrecentar el número de los que viven, sin que merezcan otra fama ni otro elogio sus grandezas. De todo lo dicho quiero que infirais, bobas mías, que es grande la confusión que hay entre los linajes, y que solos aquellos parecen grandes y ilustres, que lo muestran en la virtud y en la riqueza y liberalidad de sus dueños. Dije virtudes, riquezas y liberalidades, porque el grande que fuere vicioso será vicioso grande, y el rico no liberal será un avaro mendigo; que al poseedor de las riquezas no le hace dichoso el tenerlas, sino el gastarlas, y no el gastarlas como quiera, sino el saberlas bien gastar. Al caballero pobre no le queda otro camino para mostrar que es caballero, sino el de la virtud, siendo afable, bien criado, cortes, comedido y oficioso, no soberbio, no arrogante, no murmurador, y sobre todo caritativo, que con dos maravedis que con ánimo alegre dé al pobre, se mostrará tan liberal como el que á campana herida da limosna (1), y no habrá quien le vea adornado de las referidas virtudes, que aunque no le conozca, deje de juzgarle y tenerle por de buena casta: y el no serlo sería milagro, y siempre la alabanza fue premio de la virtud, y los virtuosos no pueden dejar de ser alabados. Dos caminos hay, hijas, por donde pueden ir los hombres y llegar á ser ricos y honrados, el uno es el de las letras, otro el de las armas. Yo tengo mas armas que letras, y nací, según me inclino á las armas, debajo de la influencia (2) del planeta Marte así que casi me es forzoso seguir por su camino, y por él tengo de ir á pesar de todo el mundo; y será en balde cansaros en persuadirme á que no quiera yo lo que los cielos quieren, la fortuna ordena, y la razón pide, y sobre todo mi voluntad desea: pues con saber, como sé, los innumerables trabajos que son anejos al andante caballería, sé también los infinitos bienes que se alcanzan con ella; y sé que la senda de la virtud es muy estrecha, y el camino del vicio ancho y espacioso; y sé que sus fines y paraderos son diferentes, porque el del vicio dilatado y espacioso acaba en muerte, y el de la virtud angosto y trabajoso acaba en vida, y no en vida que se acaba, sino en la que no tendrá fin, y sé, como dice el gran poeta castellano nuestro (3), que

Por estas asperezas se camina
De la inmortalidad al alto asiento,
Do nunca arriba quien de allí declina.

¡Ay desdichada de mí! dijo la sobrina, que también mi señor es poeta; todo lo sabe, todo lo alcanza: yo apostaré que si quisiera ser albañil, que supiera fabricar una casa como una jaula. Yo te prometo, sobrina, respondió don Quijote, que si estos pensamientos caballerescos no me llevasen tras sí todos los sentidos, que no habría cosa que yo no hiciese, ni curiosidad que no saliese de mis manos, especialmente jaulas y palillos de dientes.

(1) Alusión al pasaje del Evangelio, en que manda Jesucristo que no dé limosna el cristiano tocando una trompeta delante de sí, sino que la dé sin que nadie lo entienda (*S. Math.* cap. VI, v. 2). En esta doctrina está también fundado el adagio antiguo castellano: *Has buena farina, é no toques la bocina*. — P.

(2) En tiempo de Cervantes, y aun mucho después, se creía en la influencia de los astros, tanto en lo físico, como en lo moral. Es *mi estrella*, era *mi signo*, son expresiones por entonces muy comunes y recibidas. — Arr.

(3) Garcilaso de la Vega, *Elegía á la muerte de don Bernardino de Toledo*. — P.

A este tiempo llamaron á la puerta, y preguntando quien llamaba; respondió Sancho Panza que él era, y apenas le hubo conocido el ama, cuando corrió á escon-derse por no verle: tanto le aborrecia. Abrióle la sobrina, salió á recibirle con los bra-zos abiertos su señor don Quijote, y encerráronse los dos en su aposento, donde tuvieron otro coloquio que no le hace ventaja el pasado.





CAPITULO VII.

De lo que pasó don Quijote con su escudero, con otros sucesos famosísimos.



PENAS vió el ama que Sancho Panza se encerraba con su señor, cuando dió en la cuenta de sus tratos; é imaginando que de aquella consulta había de salir la resolución de su tercera salida, y tomando su manto, toda llena de congoja y pesadumbre, se fué á buscar al bachiller Sanson Carrasco, pareciéndole que por ser bien hablado y amigo fresco de su señor, le podría persuadir á que dejase tan desvariado propósito. Hallóle paseándose por el patio de su casa, y viéndole se dejó caer ante sus pies traidando y congojosa. Cuando la vió Carrasco con muestras tan doloridas y sobresaltadas le dijo: ¿qué es esto, señora ama? ¿qué le ha acontecido, que parece que se le quiere arrancar el alma? No es nada, señor Sanson mio, sino que mi amo se sale, sálese sin duda. ¿Y por donde se sale, señora? preguntó Sanson; ¿hásele roto alguna parte de su cuerpo? No se sale, respondió ella, sino por la puerta de su locura: quiero decir, señor bachiller de mi ánima, que quiere salir otra vez, que con esta será la tercera, á buscar por ese mundo lo que él llama venturas, que yo no puedo entender como les da este nombre. La vez primera nos le volvieron atravesado sobre un jumento, molido á palos: la segunda vino en un carro de bueyes, metido y encerrado en una jaula, adonde él se daba á entender que estaba encantado; y venia tal el triste, que no le conociera la madre que le parió, flaco, amarillo, los ojos hundidos en los últimos camaranchones del cerebro, que para haberle de volver algun tanto en sí, gasté mas de seiscientos huevos, como lo sabe Dios y todo el mundo, y mis gallinas, que no me dejarán mentir. Eso creo yo muy bien, respondió el bachi-

ller, que ellas son tan buenas, tan gordas y tan bien criadas, que no dirán una cosa por otra si reventasen. En efecto, señora ama, ¿no hay otra cosa ni ha sucedido otro desmán alguno, sino el que se teme que quiere hacer el señor don Quijote? No señor, respondió ella. Pues no tenga pena, respondió el bachiller, sino váyase en hora buena á su casa, y téngame aderezado de almorzar alguna cosa caliente, y de camino vaya rezando la oración de santa Apolonia, si es que la sabe, que yo iré luego allá, y verá maravillas. ¡Cuitada de mí! replicó el ama; ¿la oración de santa Apolonia dice vuesa merced que reze? eso fuera si mi amo lo hubiera de las muelas; pero no lo há sino de los cascos. Yo sé lo que digo, señora ama: váyase, y no se ponga á disputar conmigo, pues sabe que soy bachiller por Salamanca, que no hay mas que bachillar, respondió Carrasco: y con esto se fué el ama, y el bachiller fué luego á buscar al cura á comunicar con él lo que se dirá á su tiempo.

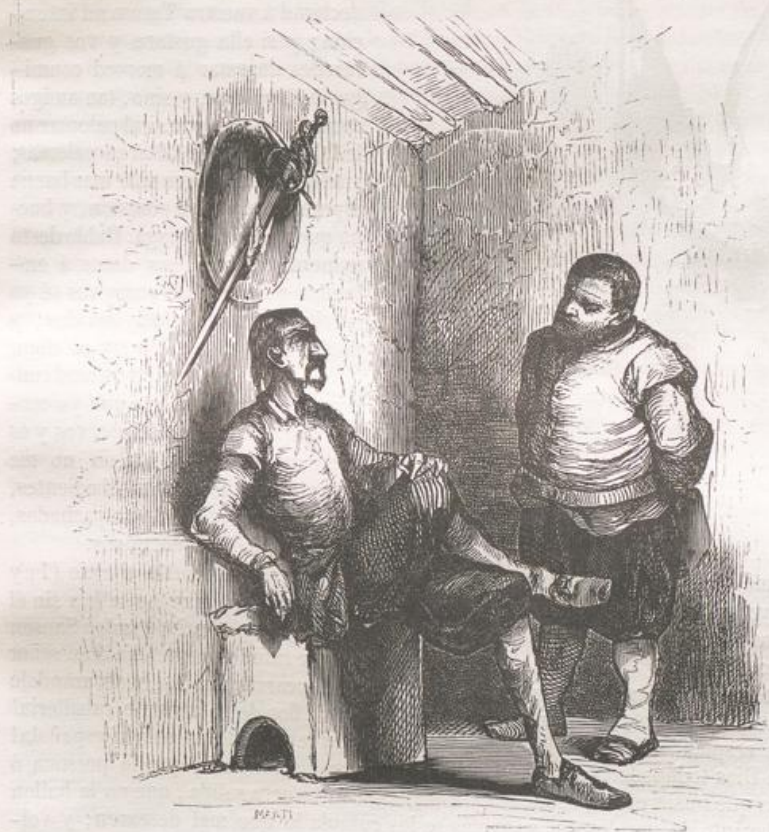
En el que estuvieron encerrados don Quijote y Sancho pasaron las razones que con mucha puntualidad y verdadera relación cuenta la historia. Dijo Sancho á su amo: señor, ya yo tengo relucida á mi mujer á que me deje ir con vuesa merced adonde quisiere llevarme. Reducida has de decir, Sancho, dijo don Quijote, que no relucida. Una ó dos veces, respondió Sancho, si mal no me acuerdo, he suplicado á vuesa merced que no me enmiende los vocablos, si es que entiende lo que quiero decir en ellos, y que cuando no los entienda, diga: Sancho, ó diablo, no te entiendo; y si yo no me declarare, entonces podrá enmendarme, que yo soy tan fácil. No te entiendo, Sancho, dijo luego don Quijote, pues no sé que quiere decir soy tan fácil. Tan fácil quiere decir, respondió Sancho, soy tan así. Menos te entiendo ahora, replicó don Quijote. Pues si no me puede entender, respondió Sancho, no sé como lo diga, no sé mas, y Dios sea conmigo. Ya, ya caigo, respondió don Quijote, en ello: tú quieres decir que eres tan dócil, blando y mañero, que tomarás lo que yo te dijere, y pasarás por lo que te enseñare. Apostaré yo, dijo Sancho, que desde el empuñamiento me caló y me entendió, sino que quiso turbarme por oírme decir otras docientas patochadas. Podrá ser, replicó don Quijote; y en efecto ¿qué dice Teresa? Teresa dice, dijo Sancho, que ate bien mi dedo (1) con vuesa merced, y que hablen cartas y callen barbas, porque quien destaja no baraja, pues mas vale un toma que dos te daré: y yo digo que el consejo de la mujer es poco, y el que no le toma es loco. Y yo lo digo también, respondió don Quijote. Decid, Sancho amigo; pasad adelante, que habláis hoy de perlas. Es el caso, replicó Sancho, que como vuesa merced mejor sabe, todos estamos sujetos á la muerte, y que hoy somos y mañana no, y que tan presto se va el cordero como el carnero (2), y que nadie puede prometerse en este mundo mas horas de vida de las que Dios quisiere darle; porque la muerte es sorda, y cuando llega á llamar á las puertas de nuestra vida siempre va de prisa, y no la harán detener ni ruegos, ni fuerzas, ni cetos, ni mitras, segun es pública voz y fama, y segun nos lo dicen por esos púlpitos. Todo eso es verdad, dijo don Quijote; pero no sé donde vas á parar. Voy á parar, dijo Sancho, en que vuesa merced me señale salario conocido de lo que me ha de dar cada mes el tiempo que le sirviere, y que el tal salario se me pague de su hacienda, que no quiero estar á mercedes (3), que llegan tarde ó mal ó nunca, con lo mio me ayude Dios. En fin, yo quiero saber lo que gano, poco ó mucho que sea; que sobre un huevo pone la gallina, y muchos pocos hacen un mucho, y mientras se gana algo no se pierde nada. Verdad sea que si sucediese (lo cual ni lo creo ni lo espero) que vuese merced me diese la ínsula que me tiene prometida, no soy tan ingrato, ni llevo las cosas tan por

(1) Que me asegure, que tome mis precauciones. Del que sabe prever y prevenirse para lo que le conviene se dice que sabe atar bien su dedo. — Arr.

(2) Refran, que esplica lo igualmente espuestos que están á morir los jóvenes que los viejos. — P.

(3) Servir á alguno, estar ó ir con él sin salario conocido, sino á la voluntad del señor ó amo. — D. A.

los cabos (1), que no querré que se aprecie lo que montare la renta de la tal insula, y se descuente de mi salario gata (2) por cantidad.



Sancho amigo, respondió don Quijote, á las veces tan buena suele ser una gata como una rata. Ya entiendo, dijo Sancho: yo apostaré que habia de decir rata, y no gata; pero no importa nada, pues vuesa merced me ha entendido. Y tan entendido, respondió don Quijote que he penetrado lo último de tus pensamientos, y sé al blanco que tiras con las innumerables saetas de tus refranes. Mira, Sancho, yo bien te señalaría salario si hubiera hallado en alguna de las historias de los caballeros andantes ejemplo que me descubriese y mostrase por algun pequeño resquicio que es lo que solian ganar cada mes ó cada año (3); pero yo he leído todas ó las mas de sus historias, y no me acuerdo haber leído que ningun caballero andante haya señalado conocido salario á su escudero, solo sé que todos servian á merced; y que cuando menos se lo pensaban, si á sus señores les habia corrido bien la suerte, se hallaban pre-

(1) Seguir una cosa con tenacidad hasta el extremo. — D. A.

(2) *Gata por rata*, esta voz tiene dos acepciones, aqui significa *prorata*. la otra es la *hembra de rata*. — D. A.

(3) *Los escuderos* se debe suplir aqui; y es regular que estuviese así expresado en el original. — Arr.

miados con una ínsula ó con otra cosa equivalente, por lo menos quedaban con título y señoría: si con estas esperanzas y aditamentos vos, Sancho, gustáis de volver á servirme, sea en buen hora, que pensar que yo he de sacar de sus términos y quicios la antigua usanza de la caballería andante, es pensar en lo excusado. Así que, San-



cho mio, volveos á vuestra casa, y declarad á vuestra Teresa mi intención; y si ella gustare y vos gustáredes de estar á merced conmigo, *bene quidem*, y sino, tan amigos como de antes, que si al palomar no le falta cebo no le faltarán palomas; y advertid, hijo, que vale mas buena esperanza que ruin posesion, y buena queja que mala paga. Hablo desta manera, Sancho, por daros á entender que tambien como vos sé yo arrojar refranes como llovidos; y finalmente quiero decir, y os digo, que si no quereis venir á merced conmigo y correr la suerte que yo corriere, que Dios quede con vos y os haga un santo, que á mí no me faltarán escuderos mas obedientes, mas solícitos, y no tan empachados, ni tan habladores como vos.

Quando Sancho oyó la firme resolucion de su amo, se le anubló el cielo (1) y se le cayeron las alas del corazon; porque tenia creído que su señor no se iria sin él por todos los haberes del mundo; y así estando suspenso y pensativo, entró Sanson Carrasco y el ama y la sobrina, deseosas de oír con que razones persuadia á su señor que no tornase á buscar las aventuras. Llegó Sanson, socarron famoso, y abrazándole como la vez primera y con voz levantada le dijo: ¡oh flor de la andante caballería! ¡oh luz resplandeciente de las armas! ¡oh honor y espejo de la nacion española! plega á Dios todopoderoso, donde mas largamente se contiene, que la persona ó personas que pusieren impedimento y estorbaren tu tercera salida, que no la hallen en el laberinto de sus deseos, ni jamas se les cumpla lo que mal desearen; y volviéndose al ama le dijo: bien puede la señora ama no rezar mas la oracion de santa Apolonia, que yo sé que es determinacion precisa de las esferas que el señor don Quijote vuelva á ejecutar sus altos y nueyos pensamientos; y yo encargaria mucho mi conciencia si no intimase y persuadiese á este caballero que no tenga mas tiempo encogida y detenida la fuerza de su valeroso brazo y la bondad de su ánimo valentísimo, porque defrauda con su tardanza el derecho de los tuertos, el amparo de los huérfanos, la honra de las doncellas, el favor de las viudas y el arrimo de las casadas, y otras cosas deste jaez, que tocan, atañen, dependen y son anejas á la órden de la caballería andante. Ea, señor don Quijote mio, hermoso y bravo, antes hoy que mañana se ponga vuesa merced y su grandeza en camino; y si alguna cosa faltare para ponerle en ejecucion, aquí estoy yo para suplirla con mi persona y hacienda; y si fuere necesidad servir á su magnificencia de escudero y lo tendré á felicísima ventura.

A esta sazón, dijo don Quijote, volviéndose á Sancho: No te dije yo Sancho, que

(1) Metafóricamente se dice del que estando alegre y risueño, le sobreviene un accidente con que se entristece. *Covarr. — A.*

(2) En este sentido es *cargar*

me habian de sobrar escuderos? Mira quien se ofrece á serlo, sino el inaudito bachiller Sanson Carrasco, perpétuo trastulo (1) y regocijador de los patios de las escuelas salmaticenses (2), sano de su persona, ágil de sus miembros, callado, sufridor así del calor como del frio, así de la hambre como de la sed, con todas aquellas partes que se requieren para ser escudero de un caballero andante; pero no permita el cielo que por seguir mi gusto desjarrete y quiebre la coluna de las letras y el vaso de las ciencias, y tronque la palma eminente de las buenas y liberales artes: quédese el nuevo Sanson en su patria, y honrándola honre juntamente las canas de sus ancianos padres, que yo con cualquier escudero estaré contento, ya que Sancho no se digna de venir conmigo. Si digno, respondió Sancho enternecido y llenos de lágrimas los ojos, y prosiguió: no se dirá por mí, señor mio, el pan comido y la compañía deshecha (3): si, que no vengo yo de alguna alcurnia desagradecida, que ya sabe todo el mundo, y especialmente mi pueblo, quien fueron los Panzas de quien yo deciendo, y mas que tengo conocido y calado por muchas buenas obras y por mas buenas palabras el desseo que vuesa merced tiene de hacerme merced y si me he puesto en cuentas de (4) tanto mas cuanto (5) acerca de mi salario, ha sido por complacer á mi mujer, la cual cuando toma la mano á persuadir una cosa no hay mazo que tanto apriete los aros de una cuba como ella aprieta á que se haga lo que quiere; pero en efecto el hombre ha de ser hombre y la mujer mujer; y pues yo soy hombre donde quiera, que no lo puedo negar, tambien lo quiero ser en mi casa, pese á quien pesare; y así no hay mas que hacer sino que vuesa merced ordene su testamento con su codicilo, en modo que no se pueda revocar, y pongámonos luego en camino, porque no padezca el alma del señor Sanson, que dice que su conciencia le lita (6) que persuada á vuesa merced á salir vez tercera por ese mundo, y yo de nuevo me ofrezco á servir á vuesa merced fiel y legalmente, tan bien y mejor que cuantos escuderos han servido á caballeros andantes en los pasados y presentes tiempos.

Admirado quedó el bachiller de oír el término y modo de hablar de Sancho Panza, que puesto que habia leído la primera historia de su señor, nunca creyó que era tan gracioso como allí le pintan; pero oyéndole decir ahora testamento y codicilo que no se pueda revocar, en lugar de testamento y codicilo que no se pueda revocar, creyó todo lo que dél habia leído, y confirmólo por uno de los mas solemnes mentecatos de nuestros siglos; y dijo entre sí, que tales dos locos como amo y mozo no se habrian visto en el mundo. Finalmente don Quijote y Sancho se abrazaron y quedaron amigos y con parecer y beneplácito del gran Carrasco, que por entonces era su oráculo, se ordenó que de allí á tres dias fuese su partida, en los cuales habria lugar de aderezar lo necesario para el viaje, y de buscar una celada de encaje, que en todas maneras, dijo don Quijote, que la habia de llevar. Ofrecióse la Sanson porque sabia no se la negaria un amigo suyo que la tenia, puesto que estaba mas oscura por el orin y el moño, que clara y limpia por el terso acero. Las maldiciones que las dos ama y sobrina echaron al bachiller no tuvieron cuenta, mesaron sus cabellos, arañaron sus rostros, y al modo de las endechaderas (7) que se usaban lamentaban la partida como si fuera la muerte de su señor. El designio que tuvo Sanson para persuadirle á que otra vez saliese, fue hacer lo que adelante cuenta la historia,

(1) Voz italiana que significa *entretenimiento, pasatiempo, recreo, deleite, regocijo*. — MARTINEZ DEL ROMERO.

(2) Lo perteneciente á la ciudad de Salamanca.

(3) *Refran* que se dice por los ingratos, que despues de haber recibido el beneficio se olvidan de él. — D. A.

(4) Añadir ó juntar algunas razones á las ya conocidas. — D. A.

(5) Modo adverbial, se usa en las compras y ventas para ajustar ó convenir en el precio ó estimacion de alguna cosa. — D. A.

(6) *Dicta*, alteracion del buen Sancho del verbo *dictar*.

(7) Estas endechaderas, lloraderas ó plañideras, solian alquilarse para llorar en los entierros de los difuntos. En los Partidas (título iv, ley 100) se hallan varias disposiciones contra los excesos y los desór-

todo por consejo del cura y del barbero, con quien él antes lo había comunicado. En resolución en aquellos tres dias don Quijote y Sancho se acomodaron de lo que les pareció convenirles, y habiendo aplacado Sancho á su mujer, y don Quijote á su sobrina y á su ama, al anochecer, sin que nadie lo viese sino el bachiller, que quiso acompañarles media legua del lugar, se pusieron en camino del Toboso, don Quijote sobre su buen Rocinante, y Sancho sobre su antiguo Rucio, proveidas las alforjas de cosas tocantes á la bucólica, y la bolsa de dineros que le dió don Quijote para lo que se ofreciese. Abrazóle Sanson, y suplicóle le avisase de su buena ó mala suerte, para alegrarse con esta ó entristecerse con aquella, como las leyes de su amistad pedian. Prometióselo don Quijote; dió Sanson la vuelta á su lugar, y los dos tomaron la de la gran ciudad del Toboso.

denes que cometian en las ceremonias de la iglesia: y en el testamento del Cid se dice:

Item: mando que no alquilen

Plañideras que me lloren.— (*Escobar*, Romance 96).

Covarrubias añade en su *Tesoro* (V. Endechar): «Este modo de llorar los muertos se usaba en toda España, por que iban las mujeres detras del cuerpo del marido descobelladas, y las hijas tras de sus padres mesandose y dando tantas voces, que en la iglesia no dejaban hacer el oficio á los clérigos.»





CAPITULO VIII.

Donde se cuenta lo que sucedió á don Quijote yendo á ver á su señora Dulcinea del Toboso.



BENDITO sea el poderoso Alá, dice Hamete Benengeli al comienzo deste octavo capítulo: bendito sea Alá, repite tres veces, y dice que da estas bendiciones por ver que tiene ya en campaña á don Quijote y á Sancho, y que los lectores de su agradable historia pueden hacer cuenta que desde este punto comienzan las hazañas y donaires de don Quijote y de su escudero: persuádeles que se les olviden las pasadas caballerías del ingenioso hidalgo, y pongan los ojos en las que están por venir, que desde ahora en el camino del Toboso comienzan, como las otras comenzaron en los campos de Montiel; y no es mucho lo que pide para tanto como él promete, y así prosigue diciendo:

Solos quedaron don Quijote y Sancho, y apenas se hubo apartado Sanson cuando comenzó á relinchar Rocinante y á sospirar el rucio, que de entrambos, caballero y escudero, fue tenido á buena señal y por felicísimo agüero; aunque si se ha de contar la verdad, mas fueron los sospiros y rebuznos del rucio, que los relinchos del rocin, de donde coligió Sancho que su ventura había de sobrepujar y ponerse encima de la de su señor, fundándose no sé si es astrologia judiciaria que él se sabia, puesto que la historia no lo declara; solo le oyeron decir que cuando tropezaba ó caía se holgara no haber salido de casa, porque del tropezar ó caer no se sacaba otra cosa sino el zapato roto, ó las costillas quebradas; y aunque tonto no andaba en esto muy fuera de camino.

Dijole don Quijote: Sancho amigo, la noche se nos va entrando á mas andar, y con mas escuridad de la que habíamos menester para alcanzar á ver con el dia al Toboso, adonde tengo determinado de ir antes que en otra aventura me ponga, y allí tomaré la bendicion y buena licencia de la sin par Dulcinea, con la cual licencia pienso y tengo por cierto de acabar y dar felice cima á toda peligrosa aventura, porque ninguna cosa desta vida hace mas valientes á los caballeros andantes, que verse favorecidos de sus damas. Yo así lo creo, respondió Sancho; pero tengo por dificultoso vuesa merced pueda hablarla ni verse con ella en parte á lo menos que pueda recibir su bendicion, si ya no se le echa desde las bardas del corral, por donde yo la vi

la vez primera, cuando le llevé la carta donde iban las nuevas de las sandeces y locuras que vuesa merced quedaba haciendo en el corazón de Sierramorena.

¿Bardas de corral se le antojaron aquellas, Sancho, dijo don Quijote, adonde ó por donde viste aquella jamás bastantemente alabada gentileza y hermosura? No debían de ser sino galerías ó corredores ó lonjas, ó como las llaman, de ricos y reales palacios. Todo pudo ser, respondió Sancho; pero á mí bardas me parecieron, si no es que soy falto de memoria. Con todo eso vamos allá, Sancho, replicó don Quijote, que como yo la vea, eso se me da que sea por bardas que por ventanas, ó por resquicios ó verjas de jardines, que cualquier rayo que del sol de su belleza llegue á mis ojos, alumbrará mi entendimiento y fortalecerá mi corazón de modo que quede único y sin igual en la discreción y en la valentía. Pues en verdad, señor, respondió Sancho, que cuando yo vi ese sol de la señora Dulcinea del Toboso, que no estaba tan claro que pudiese echar de sí rayos algunos; y debió de ser que como su merced estaba abechando aquel trigo que dije, el mucho polvo que sacaba se le puso como nube ante el rostro y se le escureció. ¿Qué todavía das, Sancho, dijo don Quijote, en decir, en pensar, en creer y en porfiar que mi señora Dulcinea abechaba trigo, siendo eso un menester (1) y ejercicio que va desviado de todo lo que hacen y deben hacer las personas principales, que están constituidas y guardadas para otros ejercicios, y entretenimientos, que muestran á tiro de ballesta su principalidad? Mal se te acuerdan á tí, ó Sancho, aquellos versos de nuestro poeta, donde nos pinta las labores que hacían allá en sus moradas de cristal aquellas cuatro ninfas que del Tajo amado sacaron las cabezas y se sentaron á labrar en el prado verde aquellas ricas telas, que allí el ingenioso poeta nos describe, que todas eran de oro, sirgo y perlas contextas y tegidas (2); y desta manera debía de ser el de mi señora cuando tú la viste, sino que la envidia que algún mal encantador debe de tener á mis cosas, todas las que me han de dar gusto trueca y vuelve en diferentes figuras que ellas tienen: y así temo que en aquella historia, que dicen que anda impresa de mis hazañas, si por ventura ha sido su autor algún sabio mi enemigo, habrá puesto unas cosas por otras, mezclando con una verdad mil mentiras, divirtiéndose á contar otras acciones fuera de lo que requiere la continuación de una verdadera historia. ¡Oh envidia, raíz de infinitos males, y carcoma de las virtudes! Todos los vicios, Sancho, traen un no sé que de deleite consigo; pero el de la envidia no trae sino disgustos, rencores y rabias. Eso es lo que yo digo también, respondió Sancho; y pienso que en esa leyenda ó historia, que nos dijo el bachiller Carrasco que de nosotros había visto, debe de andar mi honra á coche acá cinchado, y como dicen al estricote (3), aquí y allí barriendo las calles: pues á fe de bueno, que no he dicho yo mal de ningún encantador, ni tengo tantos bienes que pueda ser envidiado: bien es verdad que soy algo malicioso y que tengo mis ciertos asomos de bellaco; pero todo lo cubre y tapa la gran capa de la simpleza mía, siempre natural y nunca artificiosa: y cuando otra cosa no tuviese sino el creer, como siempre creo, firme y verdaderamente en Dios y en todo aquello que tiene y cree la santa Iglesia católica romana, y el ser enemigo mortal, como lo soy, de los judíos, debían los historiadores tener misericordia de mí, y tratarme bien en sus escritos; pero digan lo que quisieren, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano, aunque por verme puesto en libros, y andar por ese mundo de mano en mano, no se me da un higo que digan de mí todo lo que quisieren.

(1) Lo mismo que *oficio* ó *profesión*; es el *metier* ó *mestier*, como se escribía en lo antiguo, acaso tomado de los franceses.

(2) Alude Cervantes á los versos de Garcilaso en la égloga tercera:
 Hermosas ninfas, que en el río metidas,
 Contentas habitáis en las moradas,
 De relucientes piedras fabricadas. — A.

(3) Al retórtoro ó á maltraer. — D. A.

Eso me parece, Sancho, dijo don Quijote, á lo que sucedió á un famoso poeta de estos tiempos, el cual habiendo hecho una maliciosa sátira contra todas las damas cortesananas, no puso ni nombró en ella á una dama que se podía dudar si lo era ó no, la cual viendo que no estaba en la lista de las damas, se quejó al poeta diciéndole que qué habia visto en ella para no ponerla en el número de las otras, y que alargase la sátira, y la pusiese en el ensanche; si no, que mirase para lo que habia nacido. Hizolo así el poeta, y púsola cual no digan dueñas (1), y ella quedó satisfecha por verse con fama aunque infame. Tambien viene con esto lo que cuentan de aquel pastor, que puso fuego y abrasó el templo famoso de Diana, contado por una de las siete maravillas del mundo, solo porque quedase vivo su nombre en los siglos venideros; y aunque se mandó que nadie le nombrase, ni hiciese por palabra ó por escrito mencion de su nombre, porque no consiguiese el fin de su deseo, todavia se supo que se llamaba Eróstrato (2).

Tambien alude á esto lo que sucedió al grande emperador Carlos V. con un caballero en Roma. Quiso ver el emperador aquel famoso templo de la Rotunda, que en la antigüedad se llamó el templo de todos los dioses, y ahora con mejor vocacion se llama de todos los Santos, y es el edificio que mas entero ha quedado de los que alzó la gentilidad en Roma, y es el que mas conserva la fama de la gran-



diosidad y magnificencia de sus fundadores: él es de hechura de una media naranja, grandísimo en extremo, y está muy claro, sin entrarle otra luz que la que le concede una ventana, ó por mejor decir, claraboya redonda, que está en su cima, desde la cual mirando el emperador el edificio, estaba con él y á su lado un caballero romano declarándole los primores y sutilezas de aquella gran máquina y memorable arquitectura, y habiéndose quitado de la claraboya dijo al emperador: mil veces, sacra magestad, me vino deseo de abrazarme con vuestra magestad, y arrojarme de aquella claraboya abajo por dejar de mí fama eterna en el mundo. Yo os agradezco, respondió el emperador, el no haber puesto tan mal pensamiento en efecto, y de aquí adelante no os pondré yo en ocasion que volvais á hacer prueba de vuestra lealtad, y así os mando que jamas me habeis ni esteis donde yo estuviere; y tras estas palabras le hizo una gran merced (3). Quiero decir, Sancho, que el deseo de alcanzar fama es activo en gran manera. ¿Quién piensas tú que arrojó á Horacio del puente

(1) *Cual digan dueñas*, expresion con que se esplica que alguno quedó y fue maltratado principalmente de palabra. — D. A.

(2) Así lo refiere Valerio Maximo, lib. VIII, c. XVI. — A.

(3) * Anduvo el emperador disfrazado por Roma (dice Sandoval, tomo II, año de 1556), y para mejor poder mirar su antigua grandeza, subió encima de la Redonda, maravillado de tan suntuoso edificio. * No añade lo demas. Cervantes lo sabía por otro historiador: ó por tradicion popular. — P.

abajo armado de todas armas en la profundidad del Tíbre? ¿quién abrasó el brazo y la mano á Mucio? ¿quién impelió á Curcio á lanzarse en la profunda sima ardiente que apareció en la mitad de Roma? ¿quién, contra todos los agüeros que en contra se le habian mostrado, hizo pasar el Rubicon á César (1)? Y con ejemplos mas modernos ¿quién barrenó los navios y dejó en seco y aislados los valerosos españoles guiados por el cortesísimo Cortes en el Nuevo Mundo? Todas estas y otras grandes y diferentes hazañas son, fueron y serán obras de la fama, que los mortales desean como premios y parte de la inmortalidad que sus famosos hechos merecen, puesto que los cristianos católicos y andantes caballeros mas habemos de atender á la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones etéreas y celestes, que á la vanidad de la fama que en este presente y acabable siglo se alcanza; la cual fama por mucho que dure, en fin se ha de acabar con el mismo mundo, que tiene su fin señalado: así, oh Sancho, que nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la religion cristiana que profesamos. Hemos de matar en los gigantes á la soberbia, á la envidia en la generosidad y buen pecho, á la ira en el reposado continente y quietud del ánimo, á la gula y al sueño en el poco comer que comemos, y en el mucho velar que velamos, á la lujuria y lascivia en la lealtad que guardamos á las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos, á la pereza con andar por todas las partes del mundo buscando las ocasiones que nos pueden hacer y hagan sobre (2) cristianos, famosos caballeros. Ves aquí, Sancho, los medios por donde se alcanzan los extremos de alabanzas que consigo trae la buena fama.

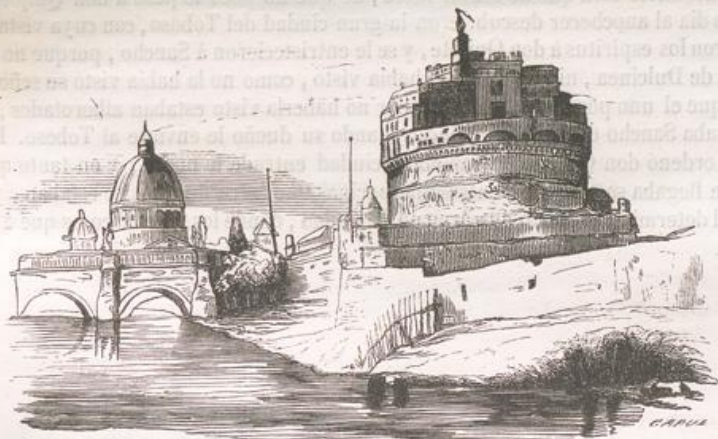
Todo lo que vuesa merced hasta aquí me ha dicho, dijo Sancho, lo he entendido muy bien; pero con todo eso querria que vuesa merced me sorbiese una duda que ahora en este punto me ha venido á la memoria. Asolviese, quieres decir, Sancho, dijo don Quijote: di en buen hora, que yo responderé lo que supiere. Dígame, señor, prosiguió Sancho, esos Julios ó Agostos, y todos esos caballeros hazañosos que ha dicho que ya son muertos, ¿donde estan ahora? Los gentiles, respondió don Quijote, sin duda estan en el infierno; los cristianos, si fueron buenos cristianos, ó estan en el purgatorio ó en el cielo. Está bien, dijo Sancho; pero sepamos ahora ¿esas sepulturas donde estan los cuerpos de esos señorazos tienen delante de sí lámparas de plata, ó estan adornadas las paredes de sus capillas de muletas, de mortajas, de cabelleras, de piernas y de ojos de cera? y si desto no ¿de qué estan adornadas? A lo que respondió don Quijote: los sepulcros de los gentiles fueron por la mayor parte suntuosos templos: las cenizas del cuerpo de Julio César se pusieron sobre una pirámide de piedra de desmesurada grandeza, á quien hoy llaman en Roma la Aguja de san Pedro (3). Al emperador Adriano le sirvió de sepultura un castillo tan grande como una buena aldea á quien llamaron *Moles Adriani*, que ahora es el castillo de Santángel en Roma. La reina Artemisa sepultó á su marido Mausoleo en un sepulcro, que se tuvo por una de las siete maravillas del mundo; pero ninguna destas sepulturas ni otras muchas que tuvieron las gentiles se adornaron con mortajas, ni con otras ofrendas y señales que mostrasen ser santos los que en ellas estaban sepultados. A eso voy, replicó Sancho; y dígame ahora ¿cual es mas, resucitar á un muerto, ó matar á un gigante? La respuesta está en la mano, respondió don Quijote; mas es resucitar á un muerto. Cogido le tengo, dijo Sancho; luego la fama del que resucita muertos, da vista á los ciegos, endereza los cojos y da salud á los enfermos, y delante de sus sepulturas

(1) Cervantes se equivoca. Suetonio, de acuerdo con Plutarco, dice al contrario que fue un augurio favorable el que decidió á César á pasar el Rubicon, y á decir: *La suerte está echada* (*Vita Cæsaris*, cap. XXXI et XXXII). — VIARDOT.

(2) *Sobre* significa, aquí, *ademas de*.

(3) Es el obelisco egipcio, puesto en el centro de la columnata de San Pedro, por órden de Sixto V, en 1586. Cervantes, que habia visto este obelisco en el sitio que ocupaba antes, supone sin fundamento que fue destinado á recibir las cenizas de César. Habia sido llevado á Roma bajo el emperador Caligula. (*Plin.* lib. I. cap. XXXX). — VIARDOT.

arden lámparas, y estan llenas sus capillas de gentes devotas que de rodillas adoran



sus reliquias, mejor fama será para este y para el otro siglo que la que dejaron y dejaren cuantos emperadores gentiles y caballeros andantes ha habido en el mundo. Tambien confieso esa verdad, respondió don Quijote. Pues esta fama, estas gracias, estas prerogativas, como llaman á esto, respondió Sancho, tienen los cuerpos y las reliquias de los santos, que con aprobacion y licencia de nuestra santa madre Iglesia tienen lámparas, velas, mortajas, muletas, pinturas, cabelleras, ojos, piernas con que aumentan la devocion y engrandecen su cristiana fama (1). Los cuerpos de los santos ó sus reliquias llevan los reyes sobre sus hombros, besan los pedazos de sus huesos, adornan y enriquecen con ellos sus oratorios y sus mas preciados altares.

¿Que quieres que infiera, Sancho, de todo lo que has dicho? dijo don Quijote. Quiero decir, dijo Sancho, que nos demos á ser santos, y alcanzaremos mas brevemente la buena fama que pretendemos: y advierta, señor, que ayer ó antes de ayer (que segun há poco se puede decir desta manera) canonizaron ó beatificaron dos frailecitos descalzos, cuyas cadenas de hierro con que ceñían y atormentaban sus cuerpos se tiene ahora á gran ventura el besarlas y tocarlas, y estan en mas veneracion que está, segun dije, la espada de Roldan en la armeria del rey nuestro señor, que Dios guarde. Así que, señor mio, mas vale ser humilde frailecito de cualquier órden que sea, que valiente y andante caballero: mas alcanzan con Dios dos docenas de diciplinas que dos mil lanzadas, ora las den á gigantes, ora á vestiglos ó á endriagos. Todo eso es así, respondió don Quijote; pero no todos podemos ser frailes, y muchos son los caminos por donde lleva Dios á los suyos al cielo: religion es la caballeria, caballeros santos hay en la gloria. Si, respondió Sancho, pero yo he oido decir que hay mas frailes en el cielo que caballeros andantes. Eso es, respondió don Quijote, porque es mayor el número de los religiosos que el de los caballeros. Muchos son los

(1) Nosotros opinamos de diverso modo: creemos que es una costumbre asaz irreverente y ridicula la de llenar las paredes de los templos de muletas, cajas de niños que no murieron, mamas, cabezas, ojos, brazos y piernas de cera, mechones de asquerosos cabellos, zagalejos, refajos, vestidos, mortajas, y otros innumerables pingajos que estarian muy bien en el Rastro ó en la tienda de un ropavejero. Y no se crea que somos nosotros solos los que así opinamos, pues hay muchos eclesiásticos instruidos que reprueban altamente semejante costumbre, contra la cual pudiéramos decir muchas cosas que no son de este lugar, y que algunas pueden verse en *Franciscus Gifschuz, Teologia pastoralis, sect. II, par. 16 et 17. De imaginibus thaumatologia statuis et votibus tabellis quid observandum.* — MARTINEZ DEL ROMERO.

andantes, dijo Sancho. Muchos, respondió don Quijote, pero pocos los que merecen nombre de caballeros.

En estas y otras semejantes pláticas se les pasó aquella noche y el día siguiente sin acontecerles cosa que de contar fuese, de que no poco le pesó á don Quijote. En fin otro día al anochecer descubrieron la gran ciudad del Toboso, con cuya vista se le alegraron los espíritus á don Quijote, y se le entristecieron á Sancho, porque no sabia la casa de Dulcinea, ni en su vida la habia visto, como no la habia visto su señor; de modo que el uno por verla, y el otro por no haberla visto estaban alborotados, y no imaginaba Sancho que habia de hacer cuando su dueño le enviase al Toboso. Finalmente ordenó don Quijote entrar en la ciudad entrada la noche, y en tanto que la hora se llegaba se quedaron entre unas encinas que cerca del Toboso estaban, y llegado el determinado punto entraron en la ciudad, donde les sucedió cosas que á cosas llegan.





CAPÍTULO IX.

Donde se cuenta lo que en él se vera.



Media noche era por filo (1) poco mas ó menos cuando don Quijote y Sancho dejaron el monte y entraron en el Toboso. Estaba el pueblo en un sosegado silencio, porque todos sus vecinos dormian y reposaban á pierna tendida como suele decirse. Era la noche entreclara, puesto que quisiera Sancho que fuera del todo oscura por hallar en su oscuridad disculpa de su sandez. No se oia en todo el lugar sino ladridos de perros, que atronaban los oidos de don Quijote y turbaban el corazón de Sancho. De cuando en cuando rebuznaba un jumento, gruñian puercos, mañaban gatos, cuyas voces de diferentes sonidos se aumentaban con el silencio de la noche: todo lo cual tuvo el enamorado caballero á mal agüero; pero con todo esto dijo á Sancho: Sancho hijo, guia al palacio de Dulcinea, quizá podrá ser que la hallemos despierta. A que palacio tengo de guiar, cuerpo del sol, respondió Sancho, que en el que yo ví á su grandeza no era sino casa muy pequeña? Debía de estar retirada entonces respondió don Quijote, en algun pequeño apartamiento de su alcázar, solozándose á solas con sus doncellas, como es uso y costumbre de las altas señoras y princesas.

Señor, dijo Sancho, ya que vuesa merced quiere, á pesar mio, que sea alcázar la casa de mi señora Dulcinea, es hora esta por ventura de hallar la puerta abierta? ¿Y será bien que demos aldabazos para que nos oyan y nos abran, metiendo en alboroto y rumor toda la gente? ¿Vamos por dicha á llamar á la casa de nuestras mancebas, como hacen los abarraganados, que llegan y llaman, y entran á cualquier hora por tarde que sea? Hallemos primero una por una (2) el alcázar, replicó don Quijote, que entonces yo te diré, Sancho, lo que será bien que hagamos: y advierte, Sancho, que ó yo veo poco, ó que aquel bulto grande y sombra, que desde aqui se descubre,

(1) Verso tomado del romance del conde Claros de Montalban, que empieza asi:

Media noche era por filo,
Los gallegos quieren cantar,
Conde Claros con amores
Non podia reposar, etc.

para denotar que era justamente el punto de la media noche. — P.

(2) En todo caso, con certeza y seguridad. — Arr.

la debe de hacer el palacio de Dulcinea. Pues guie vuesa merced, respondió Sancho, quizá será así, aunque yo lo veré con los ojos, y lo tocaré con las manos, y así lo creeré yo como creer que es ahora de día.

Guió don Quijote, y habiendo andado como doscientos pasos dió con el bulto que hacia la sombra, y vió una gran torre, y luego conoció que el tal edificio no era alcázar, sino la iglesia principal del pueblo, y dijo: con la iglesia hemos dado, Sancho. Ya lo veo, respondió Sancho, y plega á Dios, que no demos con nuestra sepultura; que no es buena señal andar por los cementerios á tales horas, y mas habiendo yo dicho á vuesa merced, si mal no me acuerdo, que la casa desta señora ha de estar en una callejuela sin salida. Maldito seas de Dios, mentecato, dijo don Quijote: ¿adonde has tú hallado que los alcázares y palacios reales esten edificados en callejuelas sin salida? Señor, respondió Sancho, en cada tierra su uso; quizá se usa aquí en el Toboso edificar en callejuelas los palacios y edificios grandes; y así suplico á vuesa merced me deje buscar por estas calles ó callejuelas que se me ofrecen, podria ser que en algun rincón topase con ese alcázar, que le vea yo comido de perros, que así nos trae corridos y asendereados.

Habla con respeto, Sancho, de las cosas de mi señora, dijo don Quijote, y tengamos la fiesta en paz, y no arrojemos la soga tras el caldero. Yo me reportaré, respondió Sancho; ¿pero con qué paciencia podré llevar que quiera vuesa merced que de sola una vez que vi la casa de nuestra ama, la haya de saber siempre y hallarla á media noche, no hallándola vuesa merced, que la debe de haber visto millares de veces? Tú me harás desesperar, Sancho, dijo don Quijote: ven acá, herege, ¿no te he dicho mil veces que en todos los días de mi vida no he visto á la sin par Dulcinea, ni jamas atravesé los umbrales de su palacio, y que solo estoy enamorado de oidas y de la gran fama que tiene de hermosa y discreta? Ahora lo oigo, respondió Sancho, y digo, que pues vuesa merced no la ha visto, ni yo tampoco. Eso no puede ser, replicó don Quijote, que por lo menos ya me has dicho tú que la viste ahechando trigo cuando me trujiste la respuesta de la carta que le envié contigo. No se atenga á eso, señor, respondió Sancho, porque le hago saber que tambien fue de oidas la vista y la respuesta que le truje, porque así sé yo quien es la señora Dulcinea como dar un puño en el cielo. Sancho, Sancho, respondió don Quijote, tiempos hay de burlar, y tiempos donde caen y parecen mal las burlas: no porque yo diga que ni he visto ni hablado á la señora de mi alma, has tú de decir tambien que ni la has hablado ni visto, siendo tan al reves como sabes.

Estando los dos en estas pláticas vieron que venia á pasar por donde estaban uno con dos mulas, que por el ruido que hacia el arado que arrastraba por el suelo juzgaron que debia de ser labrador, que habria madrugado antes del día á ir á su labranza; y así fue la verdad. Venia el labrador cantando aquel romance que dice:

Mala la hubistes, franceses,
En esa de Roncesvalles (1).

(1) Este romance que Cervantes pone en boca del labrador se halla en el *Cancionero de Amberes*, impreso en el año de 1555, en 16.º, p. 99, dice:

Mala la hubistes, franceses,
La caza de Roncesvalles:
Don Carlos perdió la honra:
Murieron los Doce Pares:
Cautivaron á Guisinos,
Almirante de los mares, etc.

Los dos primeros versos varían de como los cantaba el mozo de mulas, y el segundo especialmente donde se dice *caza* en lugar de *esa*; y á la verdad la réplica de Sancho, fundada en la palabra *caza* supone que está errado el testo. — P.

Que me maten, Sancho, dijo en oyéndole don Quijote, si nos ha de suceder cosa buena esta noche. ¿No oyes lo que viene cantando ese villano? Si, oigo, respondió Sancho, ¿pero que hace á nuestro propósito la caza de Roncesvalles? Así pudiera cantar el romance de Calainos (1), que todo fuera uno, para sucedernos bien ó mal en nuestro negocio. Llegó en esto el labrador, á quien don Quijote preguntó: sabréisme decir, buen amigo, que buena ventura os dé Dios, ¿donde son por aquí los palacios de la sin par princesa doña Dulcinea del Toboso? Señor, respondió el mozo, yo soy forastero, y há pocos dias que estoy en este pueblo sirviendo á un labrador rico en la labranza del campo; en esa casa frontera viven el cura y el sacristan del lugar, entrambos ó cualquier dellos sabrá dar á vuesa merced razon de esa señora princesa, porque tienen la lista de todos los vecinos del Toboso, aunque para mí tengo que en todo él no vive princesa alguna, muchas señoras si principales, que cada una en su casa puede ser princesa. Pues entre esas, dijo don Quijote, debe de estar amigo, esta por quien te pregunto. Podria ser, respondió el mozo, y á Dios, que ya viene el alba; y dando á sus mulas no atendió á mas preguntas.



Sancho, que vió suspenso á su señor y asaz mal contento, le dijo: señor, ya se viene á mas andar el dia; y no será acertado dejar que nos halle el sol en la calle; mejor será que nos salgamos fuera de la ciudad, y que vuesa merced se embosque en alguna floresta aquí cercana, y yo volveré de dia, y no dejaré ostugo (2) en todo

(1) Es un héroe fingido en nuestros antiguos Romances, moro de nacion, señor de los Montes Claros, y de Constantina la Llana, que se le supone amante de una hija de Almanzor, llamada la infanta Sevilla, que vivia en Sansueña, ó Zaragoza, y que le mandó ir á Paris á desafiar á los tres famosos Pares de Francia, Oliveros, Roldan y Reinaldos de Montalban, y cortarles las cabezas, pero el desafio paró en cortársela á él Roldan. Esta aventura se contiene en un largo romance que empieza:

Ya cabaiga Calainos

A la sombra de una Oliva, etc.

Todas las decantadas coplas de Calainos es de presumir se reduzcan á esta sola jácara, que se halla en el referido Cancionero de Amberes, fol. 92. El P. Sarmiento habla de este capitán moro en las *Memorias de la Poesia*, p. 252. — P.

(2) Resquicio, rincón, escondrijo. — Arr.

este lugar donde no busque la casa, alcázar ó palacio de mi señora: y asaz seria de desdichado si no le hallase, y hallándole hablaré con su merced, y le diré donde y como queda vuesa merced esperando que le dé orden y traza para verla sin menoscabo de su honra y fama.

Has dicho, Sancho, dijo don Quijote, mil sentencias encerradas en el círculo de breves palabras: el consejo que ahora me has dado le apetezco y recibo de bonísima gana: ven, hijo, y vamos á buscar donde me embosque, que tú volverás como dices á buscar, á ver y hablar á mi señora, de cuya discrecion y cortesia espero mas que milagrosos favores. Rabiaba Sancho por sacar á su amo del pueblo, porque no averiguase la mentira de la respuesta que de parte de Dulcinea le habia llevado á Sierra-morena, y así dió prisa á la salida, que fue luego, y á dos millas del lugar hallaron una floresta ó bosque, donde don Quijote se emboscó en tanto que Sancho volvia á la ciudad á hablar á Dulcinea, en cuya embajada le sucedieron cosas que piden nueva atencion y nuevo crédito.





CAPITULO X.

Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar á la señora Dulcinea, y de otros sucesos tan ridículos como verdaderos.



LLEGANDO el autor desta grande historia á contar lo que en este capítulo cuenta, dice que quisiera pasarle en silencio, temeroso de que no habia de ser creído, porque las locuras de don Quijote llegaron aqui al término y raya

de las mayores que pueden imaginarse, y aun pasaron dos tiros de ballesta mas allá de las mayores. Finalmente, aunque con este miedo y recelo, las escribió de la misma manera que él las hizo, sin añadir ni quitar á la historia un átomo de la verdad, sin dársele nada por las objeciones que podian ponerle de mentirosos: y tuvo razon, porque la verdad adelgaza y no quiebra, y siempre anda sobre la mentira como el aceite sobre el agua; y así prosiguiendo su historia dice, que así como don Quijote se emboscó en la floresta, encinar ó selva junto al gran Toboso, mandó á Sancho volver á la ciudad, y que no volviese á su presencia sin haber primero hablado de su parte á su señora, pidiéndola fuese servida de dejarse ver de su cautivo caballero, y se dignase de echarle su bendicion para que pudiese esperar por ella felicisimos sucesos de todos sus acometimientos y dificultosas empresas. Encargóse Sancho de hacerlo así como se le mandaba, y de traerle tan buena respuesta como le trujo la vez primera. Anda, hijo, respondió don Quijote, y no te turbes cuando te vieres ante la luz del sol de hermosura que vas á buscar. ¡Dichoso tú sobre todos los escuderos del mundo! Ten memoria, y no se te pase della como te recibe, si muda las colores el tiempo que la estuvieres dando mi embajada, si se desasosiega y turba oyendo mi nombre, si no cabe en la almohada, si acaso la hallas sentada en el estrado rico de su autoridad, y si está en pie, mírala si se pone ahora sobre el uno, ahora sobre el otro pie, si te repite la respuesta que te diere dos ó tres veces, si la muda de blanda en áspera, de aceda en amorosa, si levanta la mano al cabello para componerle aunque no esté desordenado: finalmente, hijo, mira todas sus acciones y movimientos, porque si tú me los relatares como ellos fueron, sacaré yo lo que ella tiene escondido en lo secreto de su corazon acerca de lo que al fecho de mis amores toca: que has de saber, Sancho, si no lo sabes, que entre los amantes las acciones y movimientos esteriore que muestran cuando de sus amores se trata, son certisimos correos

que traen las nuevas de lo que allá en lo interior del alma pasa. Vé, amigo, y guíete otra mejor ventura que la mía, y vuélvate otro mejor suceso del que yo quedo temiendo y esperando en esta amarga soledad en que me dejas. Yo iré y volveré presto, dijo Sancho; y ensanche vuesa merced, señor mio, ese corazoncillo, que le debe tener ahora no mayor que una avellana; y considere que se suele decir, que buen corazón quebranta mala ventura (1), y que donde no hay tocinos no hay estacas (2), y también se dice, donde no se piensa salta la liebre (3): dígolo porque si esta noche no hallamos los palacios ó alcázares de mi señora, ahora que es de día los pienso hallar cuando menos lo piense, y hallados, déjenme á mí con ella. Por cierto, Sancho, dijo don Quijote, que siempre traes tus refranes tan á pelo de lo que tratamos, cuanto me dé Dios mejor ventura en lo que deseo.

Esto dicho, volvió Sancho las espaldas y vareó su rucio, y don Quijote se quedó á caballo descansando sobre los estribos y sobre el arrimo de su lanza, lleno de tristes y confusas imaginaciones, donde le dejaremos yéndonos con Sancho Panza, que no menos confuso y pensativo se apartó de su señor que él quedaba, y tanto, que apenas hubo salido del bosque, cuando volviendo la cabeza, y viendo que don Quijote no parecía, se apeó del jumento, y sentándose al pie de un árbol, comenzó á hablar consigo mismo y á decirse: sepamos ahora, Sancho hermano, adonde va vuesa merced. ¿Va á buscar algun jumento que se le haya perdido? No por cierto. ¿Pues que va á buscar? Voy á buscar, como quien no dice nada, á una princesa, y en ella al sol de la hermosura y á todo el cielo junto. ¿Y adonde pensais hallar eso que decis, Sancho? ¿Adonde? en la gran ciudad del Toboso. Y bien, ¿y de parte de quien la vais á buscar? De parte del famoso caballero don Quijote de la Mancha, que desfaze los tuertos, y ha de comer al que há sed, y de beber al que há hambre. Todo eso está muy bien. ¿Y sabeis su casa, Sancho? Mi amo dice que han de ser unos reales palacios, ó unos soberbios alcázares. ¿Y habéisla visto algun dia por ventura? Ni yo ni mi amo la hemos visto jamas (4). ¿Y paréceos que fuera acertado y bien hecho que si los del Toboso supiesen que estais vos aquí con intencion de ir á sacarles sus princesas, y á desasosegarles sus damas, viniesen y os moliesen las costillas á puros palos, y no os dejasen hueso sano? En verdad que tendrian mucha razon cuando no considerasen que soy mandado, y que *mensagero sois, amigo, no mereceis culpa, non* (5). No os fieis en eso, Sancho, porque la gente manchega es tan colérica como honrada, y no consiente cósquillas de nadie. Vive Dios, que si os huele, que os mando mala aventura. Oste puto, allá darás rayo (6). no sino ándeme yo buscando tres pies al gato por el gusto ageno; y mas que así será buscar á Dulcinea por el Toboso, como á Marica por Rávena, ó al bachiller en Salamanca: el diablo, el diablo me ha metido á mí en esto, que otro no.

Este soliloquio pasó consigo Sancho, y lo que sacó dél fue que volvió á decirse: ahora bien, todas las cosas tienen remedio sino es la muerte, debajo de cuyo yugo hemos de pasar todos, mal que nos pese, al acabar de la vida. Este mi amo por mil señales he visto que es un loco de atar, y aun también yo no le quedo en zaga,

(1) Refran que exorta á no descaecer en los infortunios, porque con el ánimo se hacen mas tolerables, y aun suelen enmendarse ó evitarse en la desgracia. — D. A.

(2) Refran que advierte cuanto se engañan algunos creyendo que otros tienen grandes facultades, cuando carecen de lo necesario. — D. A.

(3) Refran, con que se da á entender el suceso repentino de las cosas que menos se esperaban. — D. A.

(4) Sancho dijo en el capítulo XXV de la primera parte que *conocia bien* á la hija de Lorenzo Corchuelo, á las Dulcinea.

(5) Estos versos son de un antiguo romance de Bernardo del Carpio, repetidos despues en otros muchos romances y han llegado á ser muy populares.

(6) Oste puto, aparta, no te acerques, quitate. — *Allá darás rayo*: refran que denota la indiferencia con que el amor propio mira los males ajenos. — D. A. — Oste, lo mismo que *guarda, guárdate de eso*. *Allá darás rayo, en cas de Tamayo*, es un adagio en forma de imprecacion y maldicion. Los poetas se servian de él para estribillo de sus letrillas, como lo hizo D. Luis de Góngora con lo iv de sus *burlescas*. — P.

pues soy mas mentecato que él, pues le sigo y le sirvo, si es verdadero el refran que dice : dime con quien andas, decirte hé quien eres; y el otro de : no con quien naces, sino con quien paces (1). Siendo pues loco, como lo es, y de locura que las mas veces toma unas cosas por otras, y juzga lo blanco por negro y lo negro por blanco, como se parecia cuando dijo que los molinos de viento eran gigantes, y las mulas de los religiosos dromedarios, y las manadas de carneros ejércitos de enemigos, y otras muchas cosas á este tono, no será muy difícil hacerle creer que una labradora, la primera que me topare por aquí, es la señora Dulcinea; y cuando él no lo crea, juraré yo; y si él jurare, tornaré yo á jurar; y si porfiare, porfiaré yo mas, y de manera que tengo de tener la mia siempre sobre el hito (2), venga lo que viniere: quizá con esta porfia acabaré con él (3) que no me envíe otra vez á semejantes mensajerías viendo cuan mal recado le traigo dellas; ó quizá pensará, como yo imagino, que algun mal encantador de estos que él dice que le quieren mal, la habrá mudado la figura por hacerle mal y daño.

Con esto que pensó Sancho Panza quedó sosegado su espíritu, y tuvo por bien acabado su negocio, y detúvose allí hasta la tarde por dar lugar á que don Quijote pensase que le habia tenido para ir y volver del Toboso; y sucedióle todo tan bien, que cuando se levantó para subir en el rucio vió que del Toboso hácia donde él estaba venian tres labradoras sobre tres pollinos ó pollinas, que el autor no lo declara aunque mas se puede creer que eran borricas, por ser ordinaria caballeria de las aldeanas; pero como no va mucho en esto, no hay para que detenernos en averiguarlo.

En resolucion, así como Sancho vió á las labradoras, á paso tirado volvió á buscar á su señor don Quijote, y hallole suspirando y diciendo mil amorosas lamentaciones. Como don Quijote le vió le dijo: ¿qué hay, Sancho amigo? ¿podré señalar este día con piedra blanca ó con negra? (4) Mejor verá respondió Sancho que vuesa merced le señale con almagre, como rétulos de cátedras, por que le echen bien de ver los que le vieren. De ese modo, replicó don Quijote, buenas nuevas traes. Tan buenas, respondió Sancho, que no tiene mas que hacer vuesa merced sino picar á Rocinante y salir á lo raso á ver á la señora Dulcinea del Toboso, que con otras dos doncellas suyas viene á ver á vuesa merced. ¡Santo Dios! ¿Qué es lo que dices, Sancho amigo? dijo don Quijote. Mira no me engañes, ni quieras con falsas alegrías alegrar mis verdaderas tristezas. ¿Qué sacaria yo de engañar á vuesa merced, respondió Sancho, y mas estando tan cerca de descubrir mi verdad? Pique, señor y venga y verá venir á la princesa nuestra ama vestida y adornada, en fin como quien ella es. Sus doncellas y ella todas son una ascua de oro, todas mazorecas de perlas, todas son diamantes, todas rubies, todas telas de brocado de mas de diez altos (5); los cabellos sueltos por las espaldas, que son otros tantos rayos del sol, que andan jugando con el viento, y sobre todo vienen á caballo sobre tres cananeas remendadas, que no hay mas que ver. Hacaneas, querrás decir, Sancho. Poca diferencia hay, respondió San-

(1) Refran que enseña que el trato y comunicacion hace mas que la crianza y linaje en orden á las costumbres. — D. A.

(2) Metáfora tomada del juego de este nombre, el cual se ejecuta fijando en la tierra un clavo ó palo, que se llama hito, y tirando á él con herrones ó tejos; el que mas cerca del clavo pone su tejo, ese gana. — Arr.

(3) Alcanzaré, conseguiré.

(4) Alude á la costumbre que tenian los antiguos de marcar con piedra blanca el buen día, ó el en que les sucedia algun fausto y próspero suceso como se ve por los siguientes ejemplos: *O diem latum, notandumque mihi candidissimo calculo!* (Plin., cap. VI, L. II). *Quo lapide illa diem candidione notet!* (Cattull. LXVIII, 147). — MARTINEZ DEL ROMERO.

(5) Llamábanse *altos* las guarniciones ó bordados de oro que se sobreponian en la tela de brocado. Por lo comun eran tres: el primero se llama *fondon*, el segundo *la labor*, el tercero *el escarchado*, que se formaba de unos como anillejos pequeños, segun dice Covarrubias en su Tesoro. *Brocado de mas de diez altos es ponderacion de Sancho.* — P.

cho de cananeas á hacaneas (1); pero vengan sobre lo que vinieren, ellas vienen las mas galanas señoras que se puedan desear, especialmente la princesa Dulcinea mi señora, que pasma los sentidos. Vamos, Sancho hijo, respondió don Quijote, y en albricias destas no esperadas como buenas nuevas te mando el mejor despojo que ganare en la primera aventura que tuviere; y si esto no te contenta, te mando las crias que este año me dieren las tres yeguas mías, que tú sabes que quedan para parir en el prado concejil de nuestro pueblo. A las crias me atengo, respondió Sancho, porque de ser buenos los despojos de la primera aventura no está muy cierto.

Ya en esto salieron de la selva y descubrieron cerca á las tres aldeanas. Tendió don Quijote los ojos por todo el camino del Toboso, y como no vió sino á las tres labradoras, turbóse todo, y preguntó á Sancho si las habia dejado fuera de la ciudad. ¿Como fuera de la ciudad? respondió: ¿por ventura tiene vuesa merced los ojos en el colodrillo, que no ve que son estas las que aquí vienen, resplandecientes como el mismo sol á medio dia? Yo no veo, Sancho, dijo don Quijote, sino á tres labradoras sobre tres borricos. Ahora me libre Dios del diablo, respondió Sancho; ¿y es posible que tres hacaneas, ó como se llaman, blancas como el ampo de la nieve, le parezcan á vuesa merced borricos? Vive el señor que me pele esas barbas si tal fuese verdad. Pues yo te digo, Sancho amigo, dijo don Quijote, que es tanta verdad que son borricos ó borricas, como yo soy don Quijote, y tú Sancho Panza: á lo menos á mi tales me parecen. Calle, señor, dijo Sancho, no diga la tal palabra, sino despabile (2) esos ojos, y venga á hacer reverencia á la señora de sus pensamientos, que ya llega cerca: y diciendo esto se adelantó á recibir á las tres aldeanas, y apeándose del rucio tuvo del cabestro al jumento de una de las tres labradoras é incando ambas rodillas en el suelo, dijo: reina y princesa y duquesa de la hermosura, vuestra altivez y grandeza sea servida de recibir en su gracia y buen talante al cautivo caballero vuestro, que allí está hecho piedra mármol, todo turbado y sin pulsos de verse ante vuesa magnífica presencia. Yo soy Sancho Panza su escudero, y el asendereado (3) caballero don Quijote de la Mancha, llamado por otro nombre *el caballero de la Triste Figura*.

A esta sazón ya se habia puesto don Quijote de hinojos junto á Sancho, y miraba con ojos desencajados y vista turbada á la que Sancho llamaba reina y señora; y como no descubria en ella sino una moza aldeana y no de muy buen rostro, porque era cariredonda y chata, estaba suspenso y admirado, sin osar desplegar los labios. Las labradoras estaban asimismo atónitas viendo aquellos dos hombres tan diferentes hincados de rodillas, que no dejaban pasar adelante á su compañera; pero rompiendo el silencio la detenida, toda desgraciada y mohina, dijo: apártense nora en tal (4) del camino, y déjenos pasar, que vamos de priesa. A lo que respondió Sancho: oh princesa y señora universal del Toboso, como vuestro magnánimo corazón no se entenece viendo arrodillado ante vuestra sublimada presencia á la coluna y sustento de la andante caballería? Oyendo lo cual otra de las dos dijo: mas ¿qué te estrego (5) burra de mi suegro: mirad con qué se vienen los señoritos ahora á hacer burla de las

(1) *Hacaneas* eran, según Covarrubias, las hacas traídas á España de las islas septentrionales, especialmente de Inglaterra. Llaman así á los caballos mas preciados, ó caballerías de damas ó de príncipes. *Hacanea remendada* es la que hoy se llama *jaca pia*, ó que tiene manchada la piel de varios colores. — Arr.

(2) Esto es, límpiese y abra bien esos ojos para ver claro: metáfora tomada de la luz, con quien se comparan aquí los ojos, y á la cual para que aclare ó luzca mas se la despavila, cortándole el pávilo ó meha. — Arr.

(3) El fatigado y raído de andar por sendas y caminos. — P.

(4) Lo mismo que *enhoramala*.

(5) Covarrubias dice que se aplica este proverbio á los que haciéndoles bien, y tratando de su negocio propio, son mal sufridos, y se enojan del mismo bien que se les hace. — Arr. — De este género de pullas usa Celestina para burlarse de Pandolfo que la queria pegar un petardo: *como pensaba el asno necio de meter pieza: ¿qué te estrego, asna coja: mas habias de haber madruzado*. Segunda comedia de Celestina, ó su *Resurrección*, por Feliciano de Silva, escena 39. Y levina, criada de la vieja Dolosina, dice contra el rufian

aldeanas, como si aqui no supiésemos echar pullas como ellos : vayan su camino, y déjenmos hacer el nueso, y serles ha sano. Levántate, Sancho, dijo á este punto don Quijote, que ya veo que la fortuna, de mi mal no harta, tiene tomados los caminos todos por donde pueda venir algun contento á esta ánima mezquina que tengo en las carnes. Y tú, oh extremo del valor que puede desearse, término de la humana gentileza, único remedio deste afligido corazon que te adora, ya que el maligno encantador me persigue, y ha puesto nubes y cataratas en mis ojos, y para solo ellos y no para otros ha mudado y trasformado tu sin igual hermosura y rostro en el de una labradora pobre, si ya tambien el mio no le ha cambiado en el de algun vestiglo para hacerle aborrecible á tus ojos, no dejes de mirarme blanda y amorosamente echando de ver en esta sumision y arrodillamiento que á tu contrahecha hermosura hago, la humildad con que mi alma te adora.

Toma que mi agüelo, respondió la aldeana, amiguita soy yo de oir resquebrajos (1). Apártense y déjenmos ir, y agradecérselo hemos. Apartóse Sancho y dejola ir, contentísimo de haber salido bien de su enredo. Apenas se vió libre la aldeana que habia hecho la figura de Dulcinea, cuando picando á su cananea con un agujijon que en un palo traia, dió á correr por el prado adelante; y como la borrica sentia la punta del agujijon, que le fatigaba mas de lo ordinario, comenzó á dar corcovos, de manera



que dió con la señora Dulcinea en tierra : lo cual visto por don Quijote acudió á levantarla, y Sancho á componer y cinchar el albarda, que tambien vino á la barriga de la pollina. Acomodada pues la albarda, y queriendo don Quijote levantar á su encantada señora en los brazos sobre la jumenta, la señora levantándose del suelo le quitó de aquel trabajo, porque haciéndose algun tanto atras tomó una corridica, y

Escalio: *jo que te estrego; por mi vida que le solteis el freno, y escopirá, ó le asgais de la barba, y deciros há mil gracias... ya los diablos le besen que no tienen mocos* (Selvagía: comedia de Alonso de Villegas Selbago, fol 57). — P.

(1) Resquebrajos, término rústico, lo mismo que requiebros. — Arr.

puestas ambas manos sobre las ancas de la pollina dió con su cuerpo mas ligero que un halcon sobre la albarda, y quedó á horcajadas como si fuera hombre, y entonces dijo Sancho : vive Roque, que es la señora nuestra ama mas ligera que un alcotan, y que puede enseñar á subir á la gineta al mas diestro cordobes ó mejicano : el arzon trasero de la silla pasó de un salto, y sin espuelas hace correr la hacanea como una cebra, y no le van en zaga sus doncellas, que todas corren como el viento : y así era la verdad, porque en viéndose á caballo Dulcinea todas picaron tras ella y dispararon á correr, sin volver la cabeza atras por espacio de mas de media legua.

Siguiólas don Quijote con la vista, y cuando vió que no parecian, volviéndose á Sancho le dijo : Sancho, ¿ que te parece, cuan mal quisto soy de encantadores ? Y mira hasta donde se extiende su malicia y la ojeriza que me tienen, pues me han querido privar del contento que pudiera darme ver en su sér á mi señora. En efecto, yo nací para ejemplo de desdichados, y para ser blanco y terrero donde tomen la mira y asesten las flechas de la mala fortuna : y has tambien de advertid, Sancho, que no se contentaron estos traidores de haber vuelto y trasformado á mi Dulcinea, sino que la trasformaron y volvieron en una figura tan baja y tan fea como la de aquella aldeana, y juntamente le quitaron lo que es tan suyo de las principales señoras, que es el buen olor por andar siempre entre ámbares y entre flores : porque te hago saber, Sancho, que cuando llegué á subir á Dulcinea sobre su hacanea (segun tu dices, que á mí me pareció borrica) me dió un olor de ajos crudos, que me encalabrino y atosigó el alma.

¡ Oh canalla ! gritó á esta sazón Sancho : ¡ oh encantadores aciagos y mal intencionados, y quien os viera á todos ensartados por las agallas, como sardinas en lercha ! (1) Mucho sabeis, mucho podeis, y mucho mas haceis. Bastaros debiera, bellacos, haber mudado las perlas de los ojos de mi señora en agallas alcornoqueñas, y sus cabellos de oro purisimo en cerdas de cola de buey bermejo, y finalmente todas sus facciones de buenas en malas sin que le tocáredes en el olor, que por él siquiera sacáramos lo que estaba encubierto debajo de aquella fea corteza, aunque para decir verdad nunca yo vi su fealdad, sino su hermosura, á la cual subia de punto y quilates un lunar que tenia sobre el labio derecho á manera de bigote, con siete ó ocho cabellos rubios como hebras de oro y largos de mas de un palmo. A ese lunar, dijo don Quijote, segun la correspondencia que tienen entre si los del rostro con los del cuerpo (2), ha de tener otro Dulcinea en la tabla del muslo, que corresponde al lado donde tiene el del rostro ; pero muy luengos para lunares son pelos de la grandeza que has significado. Pues yo sé decir á vuesa merced, respondió Sancho, que le parecian allí como nacidos. Yo lo creo, amigo, replicó don Quijote, porque ninguna cosa puso la naturaleza en Dulcinea que no fuese perfecta y bien acabada ; y así si tuviera cien lunares como el que dices, en ella no fueran lunares, sino lunas y estrellas resplandecientes. Pero dime, Sancho, ¿ aquella que á mí me pareció albarda, que tu aderezaste, era silla rasa ó sillón ? No era, respondió Sancho, sino silla á la gineta, con una cubierta de campo, que vale la mitad de un reino segun es de rica. ¡ Y que no vieses yo todo eso, Sancho ! dijo don Quijote : ahora torno á decir y diré mil veces que soy el mas desdichado de los hombres. Harto tenia que hacer el socarrón de Sancho en disimular la risa oyendo las sandeces de su amo tan delicadamente engañado. Final-

(1) *Lercha* es en la Mancha y en algunas otras partes la pluma ó junquillo con que los cazadores y pescadores ensartan las aves muertas, ó los peces, atravesándolas por la nariz, por el oído, ó por las agallas. De aquí se infiere cuan infundadamente se ha sustituido en alguna edicion la palabra *percha*, pues en ninguna clase de *perchas* con que se caza aves ó pescan peces, son ó quedan estas ensartadas. — A. — Pellicer opina que debe decirse *percha* por ser el instrumento que sirve para colgar pescados y ponerlos á secar, y de donde se dijo en Málaga el barrio del *perchel*.

(2) Así debía de creerse en tiempo de Cervantes. Los fisionómicos, dice Covarrubias (hablando de los lunares), juzgan de estos lunares, *os que estan en el rostro*, dándoles correspondencia á las demas partes del cuerpo. — Arr.



mente despues de otras muchas razones que entre los dos pasaron , volvieron á subir en sus bestias y siguieron el camino de Zaragoza, adonde pensaban llegar á tiempo que pudiesen hallarse en unas solemnes fiestas que en aquella insigne ciudad (1) cada año suelen hacerse , pero antes que allá llegasen les sucedieron cosas, que por muchas, grandes y nuevas merecen ser escritas y leidas, como se verá adelante.

(1) Cervantes queria en efecto llevar á su héroe á las justas de Zaragoza, pero cuando vió que su ruin plagiario Avellaneda le habia hecho asistir á ellas, mudó de parecer como se verá en el capitulo LIX.

— VIARDOT.

CAPITULO XI





CAPITULO XI.

De la extraña aventura que le sucedió al valeroso don Quijote con el carro ó carreta de las Cortes de la muerte.



PENSATIVO además iba don Quijote por su camino adelante considerando la mala burla que le habían hecho los encantadores volviendo á su señora Dulcinea en la mala figura de la aldeana, y no imaginaba que remedio tendría para volverla á su ser primero; y estos pensamientos le llevaban tan fuera de sí, que sin sentirlo soltó las riendas á Rocinante, el cual sintiendo la libertad que se le daba, á cada paso se detenía á pacer la verde yerba de que aquellos campos abundaban. De su embelesamiento le volvió Sancho Panza diciéndole: señor, las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres; pero si los hombres las sienten demasiado se vuelven bestias: vuesa merced se reporte, y vuelva en sí y coja las riendas á Rocinante, y avive y despierte, y muestre aquella gallardía que conviene que tengan los caballeros andantes. ¿Qué diablos es esto? ¿qué descaecimiento es este? ¿estamos aquí ó en Francia? (1) Mas que se lleve Satanás á cuantas Dulcineas hay en el mundo, pues vale más la salud de un solo caballero andante, que todos los encantos y trasformaciones de la tierra.

Calla, Sancho, respondió don Quijote con voz no muy desmayada; calla digo, y no digas blasfemias contra aquella encantada señora, que de su desgracia y desventura yo solo tengo la culpa: de la envidia que me tienen los malos ha nacido su mala andanza. Así lo digo yo, respondió Sancho: quien la vido y la ve ahora ¿cual es el corazón que no llora? Eso puedes tú decir bien, Sancho, replicó don Quijote, pues la viste en la entereza cabal de su hermosura, que el encanto no se extendió á turbarte la vista ni á encubrirte su belleza: contra mí solo y contra mis ojos se endereza la fuerza de su veneno; mas con todo esto he caído, Sancho, en una cosa, y es que me pintaste mal su hermosura, porque si mal no me acuerdo, dijiste que tenía los ojos de perlas, y los ojos que parecen de perlas antes son de besugo que de dama; y á lo que yo creo, los de Dulcinea deben ser de verdes esmeraldas, rasgados, con dos celestia-

(1) Frase con que se reprende á alguna persona alguna acción ó dicho importuno ó indecoroso.

les arcós que les sirven de cejas; y esas perlas quitálas de los ojos, y pásalas á los dientes, que sin duda te trocáste, Sancho, tomando los ojos por los dientes. Todo puede ser, respondió Sancho, porque también me turbó á mí su hermosura como á vuesa merced su fealdad; pero encomendémoslo todo á Dios, que él es el sabidor de las cosas que han de suceder en este valle de lágrimas, en este mal mundo que tenemos, donde apenas se halla cosa que esté sin mezcla de maldad, embuste y bellaquería. De una cosa me pesa, señor mío, mas que de otras, que es pensar qué medio se ha de tener cuando vuesa merced venza algún gigante ó otro caballero, y le mande que se vaya á presentar ante le hermosura de la señora Dulcinea: ¿adonde la ha de hallar este pobre gigante, ó este pobre y misero caballero vencido? Parece que los veo andar por el Toboso hechos unos bausanes (1), buscando á mi señora Dulcinea, y aunque la encuentren en mitad de la calle, no la conocerán mas que á mi padre. Quizá, Sancho, respondió don Quijote, no se extenderá el encantamento á quitar el conocimiento de Dulcinea á los vencidos y presentados gigantes y caballeros; y en uno ó dos de los primeros que yo venza y le envíe, harémos la experiencia si la ven ó no, mandándoles que vuelvan á darme relacion de lo que acerca desto les hubiere sucedido.

Digo, señor, replicó Sancho, que me ha parecido bien lo que vuesa merced me ha dicho, y que con ese artificio vendrémos en conocimiento de lo que deseamos; y si es que ella á solo vuesa merced se encubre, la desgracia mas será de vuesa merced que suya; pero como la señora Dulcinea tenga salud y contento, nosotros por acá nos avendrémos y lo pasarémos lo mejor que pudiéramos buscando nuestras aventuras, y dejando al tiempo que haga de las suyas, que él es el mejor médico destas y de otras mayores enfermedades.

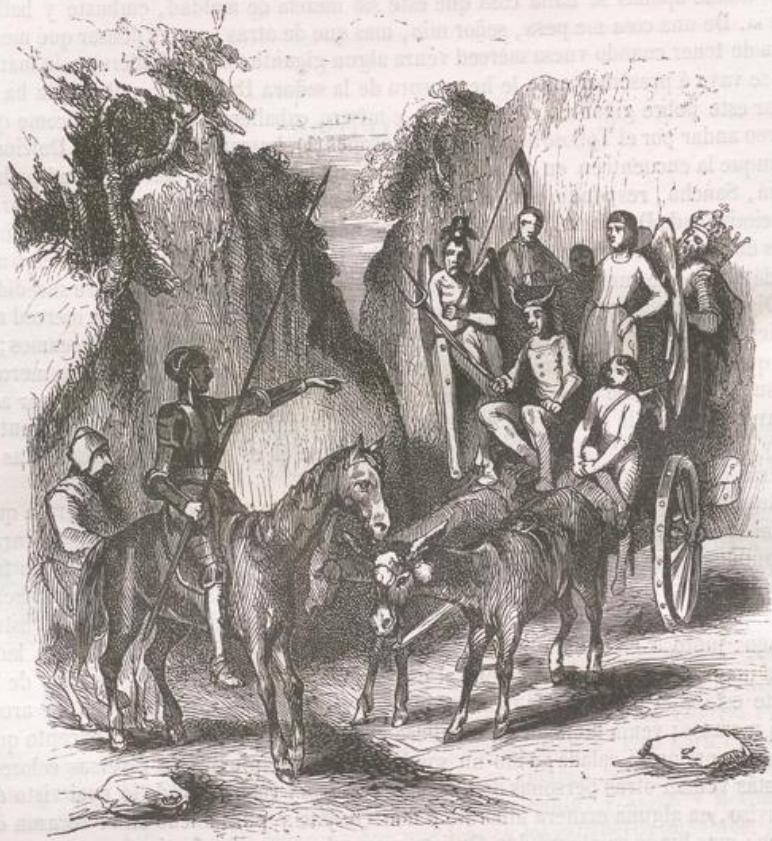
Responder quería don Quijote á Sancho Panza; pero estorbóselo una carreta que salió al traves del camino cargada de los mas diversos y extraños personajes y figuras que pudieran imaginarse. El que guiaba las mulas y servia de carretero era un feo demonio. Venia la carreta descubierta al cielo abierto sin toldo ni zarzo. La primera figura que se ofreció á los ojos de don Quijote fue la de la misma muerte con rostro humano: junto á ella venia un ángel con unas grandes y pintadas alas; al un lado estaba un emperador con una corona al parecer de oro en la cabeza; á los pies de la muerte estaba el dios que llaman Cupido sin venda en los ojos, pero con su arco, carcaj y saetas; venia también un caballero armado de punta en blanco, excepto que no traía morrión ni celada, sino un sombrero lleno de plumas de diversas colores: con estas venian otras personas de diferentes trajes y rostros. Todo lo cual visto de improviso, en alguna manera alborotó á don Quijote y puso miedo en el corazón de Sancho; mas luego se alegró don Quijote creyendo que se le ofrecia alguna nueva y peligrosa aventura; y con este pensamiento y con ánimo dispuesto de acometer cualquier peligro, se puso delante de la carreta, y con voz alta y amenazadora dijo: carretero, cochero, ó diablo, ó lo que eres, no tardes en decirme quien eres, á do vas, y quien es la gente que llevas en tu carricoche, que mas parece la barca de Caron, que carreta de las que se usan. A lo cual mansamente, deteniendo el diablo la carreta, respondió: señor, nosotros somos recitantes de la compañía de Angulo el Malo (2); hemos hecho en un lugar que esta detrás de aquella loma esta mañana, que es la octava del Córpus, el auto de las Cortes de la muerte, y hémosle de hacer esta tarde en aquel lugar que desde aquí se parece; y por estar tan cerca y excusar el trabajo de desnudarnos y volvernos á vestir, nos vamos vestidos con los mismos vestidos que representamos (3). Aquel mancebo va de muerte, el otro de ángel,

(1) A los que estan parados mirando alguna cosa con la boca abierta, los llamamos *bausanes* (*Covarr*); bien así, dice Quevedo, como rústico aldeano, que de improviso se le muestran cosas raras, y de él nunca vistas. — Arr.

(2) Autor, no solo de compañías, sino de comedias, natural de Toledo; llamado *mallo* por distinguirse de otro Angulo representante graciosísimo. — A.

(3) La representacion de estos Autos, que son dramas alegóricos á los misterios de la religion, se hacia

aquella mujer, que es la del autor, va de reina, el otro de soldado, aquel de emperador, y yo de demonio, y soy una de las principales figuras del auto, porque hago en esta compañía los primeros papeles: si otra cosa vuesa merced desea saber

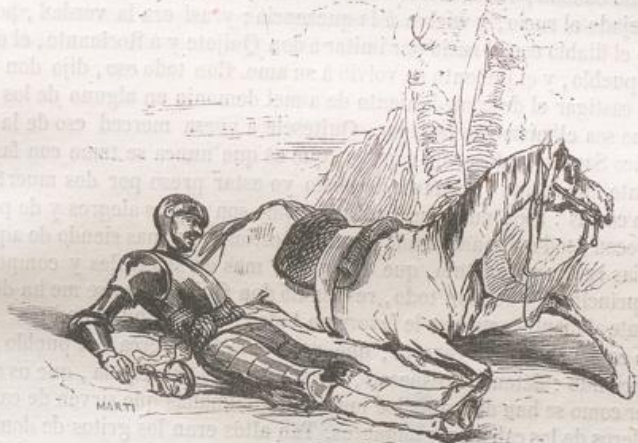


de nosotros; preguntémele, que yo le sabré responder con toda puntualidad, que como soy demonio todo se me alcanza. Por la fe de caballero andante, respondió don Quijote, que así como vi este carro imaginé que alguna grande aventura se me ofre-

precisamente para solemnizar la festividad del Corpus y su octava, y era tan general, que no solo se ejecutaba en los teatros, sino delante de los Consejos de su Magestad y aun del tribunal de la Inquisición. Iban los comediantes á estas representaciones en carros triunfales, de donde salian las figuras alegóricas al tablado que se levantaba al descubierto en las calles y plazas, y por eso se significaba esta representación con la espresion tecnicodramática de *hacer los carros*. En las *Noticias* que escribió Antonio Leon de Soto, platero de Madrid, de los sucesos de su tiempo, se dice: *En 6 de junio de 1615, día del Corpus, estuvo el duque de Lerma y sus hijos en casas de Fernando de Espejo, que las tenía de alquiler Diego de Cabalza (platero que fue el que los convidó), y comió en ellas, é hicieron los carros al duque primero que al consejo* (Biblioteca Nacional: m. s.). Como las cosas suelen cohonestarse con el velo de la piedad, entraban también los comediantes á representar los autos en las iglesias de los conventos de monjas, y como los acompañaban con entremeses, cantares y bailes, tal vez indecentes, dieron ocasion á algunos teólogos para reпреnderlos. Fuera del P. Mariana en su tratado de *Spectaculis*, imprimió Filguera, Clérigo Menor, en 1678, viviendo todavía Calderon de la Barca, un dictamen, probando que era lícito *hacer los Autos sacramentales en las iglesias*. Otras de las ceremonias con que se solemnizaba la festividad del Corpus y su octava, era la Tarasca, los Gigantones y las Danzas, aunque todo era simbólico y significativo. Hablando don Francisco de Quevedo, en 1609, en su *España defendida* (m. s.) de las fiestas de España, dice que había en ellas *antiquísimas costumbres, como las danzas y mata-*

cia, y ahora digo que es menester tocar las apariencias con la mano para dar lugar al desengaño. Andad con Dios, buena gente, y haced vuestra fiesta, y mirad si mandais algo en que pueda seros de provecho, que lo haré con buen ánimo y buen talante, porque desde muchacho fui aficionado á la carátula (1), y en mi mocedad se me iban los ojos tras la farándula (2).

Estando en estas pláticas quiso la suerte que llegase uno de la compañía, que venia vestido de bogiganga (3) con muchos cascabeles, y en la punta de un palo traia tres vejigas de vaca hinchadas, el cual moharracho (4) llegando á don Quijote comenzó á esgrimir el palo y á sacudir el suelo con las vejigas, y á dar grandes saltos sonando los cascabeles, cuya mala vision así alborotó á Rocinante, que sin ser poderoso á detenerle don Quijote, tomando el freno entre los dientes, dió á correr por el campo con mas lijereza que jamas prometieron los huesos de su notomia (5). Sancho, que consideró el peligro en que iba su amo de ser derribado, saltó del rucio,



y á toda priesa fué á valerle; pero cuando á él llegó ya estaba en tierra y junto á él Rocinante, que con su amo vino al suelo: ordinario fin y paradero de las lozanas de

chines, y gigantones, y principalmente la que hoy llamamos Tarasca. Habla en efecto de ella Sexto Pompeyo, citado por el referido Quevedo, y dice: *Manducas effigies in pompa antiquorum inter ceteras ridiculas formidolosaeque ire solebat, magnis malis, ac late dehiscens, et ingentem dentibus sonitum faciens*. Que en español dice: « En las pompas y fiestas de los antiguos solia ir la figura del Tragon entre las demas ridiculas y espantosas, con grandes quijadas, con la boca desmesuradamente abierta, y haciendo grande ruido con los dientes. » Así iba la que se usaba todavia en nuestros tiempos; y por esto y con alusion á su voracidad se decia y dice: *echar quindas ó caperuzas á la tarasca*. Esta constaba de un serpente engullidor, y de la figura de una mujer, estrañamente ataviada y sentada sobre él, y en ella se entendia la meretriz de Babilonia sobre Levistan, esto es, el mundo, el infierno y la muerte reunidos por Jesus sacramentado que los llevaba delante como despojos de su triunfo. En los gigantones se figuraba el gigante Goliat degollado por David, y en ellos los pecados mortales destruidos por Cristo. — P.

(1) Una de las clases de compañía de representantes, que se conocian en tiempo de Cervantes, se llamaba *la carátula*, porque representaban con carátula ó mascarilla. — A.

(2) Esto es la profesion de los farsantes. *Farándula*, dice Rojas, en su *Viaje entretenido*, LIII, es vispera de compañía: traen mujeres, ocho ó diez comedias, dos arcas de hato: caminan en mulas de arrieros, y otras veces en carros: entran en buenos pueblos, hacen fiestas de Córpus á doscientos ducados. — Arr.

(3) *Disfraz* ridiculo de que usaban los farsantes en las comedias y autos en lo antiguo. *Mojiganga*.

(4) Lo mismo que *mamarracho*, que es como ahora se dice: y es el que se disfraz en tiempo de fiestas, segun Covarrubias. — Arr.

(5) Ahora se dice *Anatomia*.

Rocinante y de sus atrevimientos. Mas apenas hubo dejado su caballería Sancho por acudir á don Quijote, cuando el demonio bailador de las vejigas saltó sobre el rucio, y sacudiéndole con ellas, el miedo y ruido mas que el dolor de los golpes, le hizo volar por la campaña hácia el lugar donde iban á hacer la fiesta. Miraba Sancho la carrera de su rucio y la caída de su amo, y no sabia á cual de las dos necesidades acudiría primero; pero en efecto, como buen escudero y como buen criado, pudo mas con él el amor de su señor que el cariño de su jumento, puesto que cada vez que veia levantar las vejigas en el aire y caer sobre las ancas de su rucio, era para él tárta-gos y sustos de muerte, y antes quisiera que aquellos golpes se los dieran á él en las niñas de los ojos que en el mas mínimo pelo de la cola de su asno. Con esta perpleja tribulacion llegó donde estaba don Quijote, harto mas maltrecho de lo que él quisiera, y ayudándole á subir sobre Rocinante le dijo: señor, el diablo se me ha llevado al rucio. ¿Qué diablo? preguntó don Quijote. El de las vejigas, respondió Sancho. Pues yo le cobraré, replicó don Quijote, si bien se encerrase con él en los mas hondos y oscuros calabozos del infierno. Sigueme, Sancho, que la carreta va despacio; y con las mulas dellas satisfaceré la pérdida del rucio. No hay para que hacer esa diligencia, señor, respondió Sancho; vuesa merced temple su cólera, que segun me parece ya el diablo ha dejado el rucio, y vuelve á la querencia; y así era la verdad, porque habiendo caido el diablo con el rucio por imitar á don Quijote y á Rocinante, el diablo se fué á pie al pueblo, y el jumento se volvió á su amo. Con todo eso, dijo don Quijote, será bien castigar el descomedimiento de aquel demonio en alguno de los de la carreta, aunque sea el mismo emperador. Quitesele á vuesa merced eso de la imaginacion, replicó Sancho, y tome mi consejo, que es que nunca se tome con farsantes, que es gente favorecida: recitante he visto yo estar preso por dos muertes, y salir libre y sin costas: sepa vuesa merced que como son gentes alegres y de placer, todos los favorecen, todos los amparan, ayudan y estiman, y mas siendo de aquellos de las compañías reales y de título, que todos ó los mas en sus trajes y compostura parecen unos príncipes. Pues con todo, respondió don Quijote, no se me ha de ir el demonio farsante alabando, aunque le favorezca todo el género humano.

Y diciendo esto volvió á la carreta, que ya estaba bien cerca del pueblo, é iba dando voces diciendo: deteneos, esperad, turba alegre y regocijada, que os quiero dar á entender como se han de tratar los jumentos y alimañas que sirven de caballería á los escuderos de los caballeros andantes. Tan altos eran los gritos de don Quijote, que los oyeron y entendieron los de la carreta; y juzgando por las palabras la intencion del que las decia, en un instante saltó la muerte de la carreta, y tras ella el emperador, el diablo-carretero y el ángel, sin quedarse la reina, ni el dios Cupido, y todos se cargaron de piedras y se pusieron en ala esperando recibir á don Quijote en las puntas de sus guijarros. Don Quijote que los vió puestos en tan gallardo escuadron, los brazos levantados con ademan de despedir poderosamente las piedras, detuvo las riendas á Rocinante, y púsose á pensar de que modo los acometeria con menos peligro de su persona. En esto que se detuvo llegó Sancho, y viéndole en talle de acometer al bien formado escuadron, le dijo: asaz de locura sería intentar tal empresa: considere vuesa merced, señor mio, que para sopa de arroyo (1) y tente bonete (2) no hay arma defensiva en el mundo si no es embutirse y encerrarse en una campana de bronce; y tambien se ha de considerar que es mas temeridad que valentia acometer un hombre solo á un ejército donde está la muerte, y pelean en persona emperadores, y á quien ayudan los buenos y los malos ángeles: y si esta consideracion no le mueve á estarse quedo, muévale saber de cierto que entre todos los

(1) La piedra suelta ó guijarro. — D. A.

(2) Metafórica y vulgarmente se llamaban así las piedras ó cantos, como así mismo *tentebonetes* y *lágrimas de Moisen*. En la comedia *Selvajia* (fol. 15) dice el criado Carduel: ¡Ay! no nos envien por colacion algunas lágrimas de Moisen ó sopas de arroyo. — P.

que allí están, aunque parecen reyes, príncipes y emperadores, no hay ningun caballero andante.

Ahora si, dijo don Quijote, has dado, Sancho, en el punto que puede y debe mudarme de mi ya determinado intento. Yo no puedo ni debo sacar la espada, como otras veces muchas te he dicho, contra quien no fuere armado caballero: á ti, Sancho, toca, si quieres tomar la venganza del agravio que á tu rucio se le ha hecho, que yo desde aquí te ayudaré con voces y advertimientos saludables. No hay para qué, señor, respondió Sancho, tomar venganza de nadie, pues no es de buenos cristianos tomarla de los agravios, cuanto mas que yo acabaré con mi asno que ponga su ofensa en las manos de mi voluntad, la cual es de vivir pacíficamente los días que los cielos me dieren de vida. Pues esa es tu determinacion, replicó don Quijote, Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano, y Sancho sincero, dejemos estas fantasmas y volvamos á buscar mejores y mas calificadas aventuras, que yo veo esta tierra de talle que no han de faltar en ella muchas y muy milagrosas. Volvió las riendas luego, Sancho fué á tomar su rucio, la muerte con todo su escuadron volante, volvieron á su carreta y prosiguieron su viaje, y este felice fin tuvo la temerosa aventura de la carreta de la muerte: gracias sean dadas al saludable consejo que Sancho Panza dió á su amo, al cual el dia siguiente le sucedió otra con un enamorado y andante caballero de no menos suspension que la pasada.





CAPITULO XII.

De la extraña aventura que le sucedió al valeroso don Quijote con el bravo caballero de los Espejos.



La noche que siguió al día del reencuentro de la muerte la pasaron don Quijote y su escudero debajo de unos altos y sombreros árboles, habiendo á persuasión de Sancho comido don Quijote de lo que venia en el repuesto del rucio, y entre la cena dijo Sancho á su señor: señor, ¡qué tonto hubiera andado yo si hubiera escogido en

albricias los despojos de la primera aventura que vuesa merced acabara, antes que las crias de las tres yeguas. En efecto, en efecto mas vale pájaro en mano que buitre volando. Todavía, respondió don Quijote, si tú, Sancho, me dejáras acometer como yo queria, te hubieran cabido en despojos por lo menos la corona de oro de la emperatriz y las pintadas alas de Cupido, que yo se las quitara al redropelo, y te las pusiera en las manos. Nunca los cetros y coronas de los emperadores farsantes, respondió Sancho Panza, fueron de oro puro; sino de oropel ó hoja de lata. Así es verdad, replicó don Quijote, porque no fuera acertado que los atavios de la comedia fueran finos, sino fingidos y aparentes como lo es la misma comedia, con la cual quiero, Sancho, que estes bien teniéndola en tu gracia, y por el mismo consiguiente á los que las representan y á los que las componen, porque todos son instrumentos de hacer un gran bien á la república, poniéndonos un espejo á cada paso delante, donde se ven al vivo las acciones de la vida humana, y ninguna comparacion hay que mas al vivo nos represente lo que somos y lo que habémos de ser como la comedia y los comediantes. Si no dime ¿no has visto tú representar alguna comedia adonde se introducen reyes, emperadores y pontifices, caballeros, damas y otros diversos personajes? Uno hace el rufian, otro el embustero, este el mercader, aquel el soldado, otro el simple discreto, otro el enamorado simple, y acabada la comedia y desnudándose de los vestidos della, quedan todos los recitantes iguales.

Si he visto, respondió Sancho. Pues lo mismo, dijo don Quijote, acontece en la

comedia y trato deste mundo, donde unos hacen los emperadores, otros los pontifices, y finalmente todas cuantas figuras se pueden introducir en una comedia; pero en llegando al fin, que es cuando se acaba la vida, á todos les quita la muerte las ropas que los diferenciaban, y quedan iguales en la sepultura. ¡Brava comparacion! dijo Sancho, aunque no tan nueva que yo no la haya oido muchas y diversas veces, como aquella del juego del agedrez, que mientras dura el juego cada pieza tiene su particular oficio, y en acabándose el juego todas se mezclan, juntan y barajan, y dan con ellas en la bolsa, que es como dar con la vida en la sepultura.

Cada dia, Sancho, dijo don Quijote, te vas haciendo menos simple y mas discreto. Si, que algo se me ha de pegar de la discrecion de vuesa merced, respondió Sancho, que las tierras que de suyo son estériles y secas, estercolándolas y cultivándolas vienen á dar buenos frutos: quiero decir, que la conversacion de vuesa merced ha sido el estiercol que sobre la estéril tierra de mi seco ingenio ha caido, la cultivacion el tiempo que há que le sirvo y comunico; y con esto espero de dar frutos de mí que sean de bendicion, tales que no desdigan ni deslicen de los senderos de la buena crianza que vuesa merced ha hecho en el agostado entendimiento mio.

Rióse don Quijote de las afectadas razones de Sancho, y parecióle ser verdad lo que decia de su enmienda, porque de cuando en cuando hablaba de manera que le admiraba, puesto que todas ó las mas veces que Sancho queria hablar de oposicion y á lo cortesano acababa su razon con despeñarse del monte de su simplicidad al profundo de su ignorancia: y en lo que él se mostraba mas elegante y memorioso era en traer refranes, viniesen ó no viniesen á pelo de lo que trataba, como se habrá visto y se habrá notado en el discurso desta historia.

En estas y en otras pláticas se les pasó gran parte de la noche, y á Sancho le vino en voluntad de dejar caer las compuertas (1) de los ojos, como él decia cuando queria dormir, y desaliñando al rucio le dió pasto abundoso y libre. No quitó la silla á Rocinante, por ser expreso mandamiento de su señor que en el tiempo que anduviesen en campaña, ó no durmiesen debajo de techado, no desaliñase á Rocinante, antigua usanza establecida y guardada de los andantes caballeros, quitar el freno y colgarle del arzon de la silla; pero ¿quitar la silla al caballo? guarda: y así lo hizo Sancho, y le dió la misma libertad que al rucio, cuya amistad dél y de Rocinante fue tan única y tan trabada, que hay fama por tradicion de padres á hijos, que el autor desta verdadera historia hizo particulares capítulos della: mas que por guardar la decencia y decoro que á tan heroica historia se debe, no los puso en ella puesto que algunas veces se descuida deste su presupuesto, y escribe que así como las dos bestias se juntaban acudian á rascarse el uno al otro, y que despues que cansados y satisfechos cruzaba Rocinante el pescuezo sobre el cuello del rucio, que le sobraba de la otra parte mas de media vara, y mirando los dos atentamente al suelo se solian estar de aquella manera tres dias, á lo menos todo el tiempo que les dejaba ó no les compelia la hambre á buscar sustento. Digo que dicen, que dejó el autor escrito que los habia comparado en la amistad á la que tuvieron Niso y Eurialo, y Pilades y Orétes: y si esto es así se podia echar de ver para universal admiracion cuan firme debió ser la amistad destes dos pacíficos animales, y para confusion de los hombres que tan mal saben guardarse amistad los unos á los otros. Por esto se dijo:

No hay amigo para amigo:

Las cañas se vuelven lanzas; (2)

(1) Los párpados. — Arr.

(2) Estos son dos versos de un romance de las *Guerras de Granada* por Gines de Hita, donde se pintan las fiestas de aquella ciudad, en que los Zegries y Abencerrajes se guardaron tan poca amistad, que se mataron unos á otros.

Traban el juego de Cañas,
El cual anda tan revuelto,
Parece una gran batalla:

Y el otro que cantó :

De amigo á amigo la chinche (1), etc.

Y no le parezca á alguno que anduvo el autor algo fuera de camino en haber comparado la amistad destes animales á la de los hombres, que de las bestias han recibido muchos advertimientos los hombres y aprendido muchas cosas de importancia, como son de las cigüeñas el cristal, de los perros el vómito y el agradecimiento (2), de las grullas la vigilancia, de las hormigas la providencia, de los elefantes la honestidad, y la lealtad del caballo (3).

Finalmente Sancho se quedó dormido al pie de un alcornoque, y don Quijote dormitando al de una robusta encina; pero poco espacio de tiempo habia pasado cuando le despertó un ruido que sintió á sus espaldas, y levantándose con sobresalto se puso á mirar y escuchar de donde el ruido procedia, y vió que eran dos hombres á caballo: y que el uno dejándose derribar de la silla dijo al otro: apéate, amigo, y quita los frenos á los caballos, que á mi parecer este sitio abunda de yerba para ellos, y del silencio y soledad que han menester mis amorosos pensamientos. El decir esto



y el tenderse en el suelo todo fue á un mismo tiempo, y al arrojarse hicieron ruido las armas de que venia armado, manifiesta señal por donde conoció don Quijote que

No hay amigo para amigo:

Las cañas se vuelven lanzas.

Mal herido fue Alabez,

Y un Zegrí muerto quedaba. — P.

(1) No se quien lo cantó. D. Sebastian Covarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana* cita y explica este refran en estos términos: «de amigo á amigo la chinche en el ojo: dicese quando uno que profesa ser amigo de otro no le hace obras de tal.» — P.

(2) Repite Cervantes esta expresion en el *Coloquio de los perros*. — A.

(3) Este pasaje es todo de Plinio el naturalista, quien dice espresamente que los hombres han aprendido de las grullas la vigilancia (lib. x, cap. XXIII), de las hormigas la prevision (lib. xi, cap. XXX), de los elefantes el pudor (lib. viii, cap. V), del caballo la lealtad (lib. viii, cap. XL), del perro el vómito (lib. xxxix, capitulo IV) y el agradecimiento (lib. viii, cap. XL). La invencion que Cervantes da á la cigüeña, la atribuye Plinio al Ibis de Egipto. Dice tambien que la sangria y otros muchos remedios nos han sido enseñados por los animales. Bajo la fe del naturalista romano, se han repetido por mucho tiempo estas consejas en las escuelas.

— VIARDOT.

debía de ser caballero andante : y llegándose á Sancho, que dormía, le trabó del brazo, y con no pequeño trabajo le volvió en su acuerdo, y con voz baja le dijo: hermano Sancho, aventura tenemos. Dios nos la dé buena, respondió Sancho; ¿y adonde está, señor mio, su merced desa señora aventura? ¿Adonde, Sancho, replicó don Quijote, vuelve los ojos y mira, y verás allí tendido un andante caballero, que á lo que á mi se me trasluce no debe de estar demasíadamente alegre, porque le vi arrojar del caballo y tenderse en el suelo con algunas muestras de despecho, y al caer le crugieron las armas. ¿Pues en que halla vuesa merced, dijo Sancho, que esta sea aventura? No quiero yo decir, respondió don Quijote, que esta sea aventura del todo, sino principio della, que por aquí se comienzan las aventuras. Pero escucha, que á lo que parece templando está un laud ó vihuela, y segun escupe y se desembaraza el pecho, debe de prepararse para cantar algo. A buena fe que es así, respondió Sancho, y que debe ser caballero enamorado. No hay ninguno de los andantes que no lo sea, dijo don Quijote, y escuchémosle, que por el hilo sacaremos el ovillo de sus pensamientos si es que canta, que de la abundancia del corazon habla la lengua. Replicar queria Sancho á su amo, pero la voz del caballero del bosque, que no era muy mala ni muy buena, lo estorbó, y estando los dos atentos oyeron que lo que cantó fue este

SONETO.

Dadme, señora, un término que siga,
Conforme á vuestra voluntad cortado,
Que será de la mia así estimado,
Que por jamas un punto dél desdiga.

Si gustáis que callando mi fatiga
Muera, contadme ya por acabado:
Si quereis que os la cuente en desusado
Modo, haré que el mesmo amor la diga.

A prueba de contrarios estoy hecho
De blanda cera y de diamante duro,
Y á las leyes de amor el alma ajusto.

Blando cual es, ó fuerte ofrezco el pecho:
Entallad, ó imprimid lo que os dé gusto,
Que de guardarlo eternamente juro.

Con un *ay*, arracado al parecer de lo íntimo de su corazon, dió fin á su canto el caballero del Bosque, y de allí á un poco con voz doliente y lastimada dijo. ¡Oh la mas hermosa y la mas ingrata mujer del orbe! Como que ¿será posible, serenísima Casildea de Vandalia, que has de consentir que se consuma y acabe en continuas peregrinaciones y en ásperos y duros trabajos este tu cautivo caballero? ¿No basta ya que he hecho que te confiesen por la mas hermosa del mundo todos los caballeros de Navarra, todos los leoneses, todos los tartesios, todos los castellanos, y finalmente todos los caballeros de la Mancha? Eso no, dijo á esta sazón don Quijote, que yo soy de la Mancha, y nunca tal he confesado, ni podia ni debia confesar una cosa tan perjudicial á la belleza de mi señora: y este tal caballero, ya ves tu, Sancho, que desvaria. Pero escuchemos, quizá se declarará mas. Si hará, replicó Sancho, que término lleva de quejarse un mes arreo (1). Pero no fue así, porque habiendo entreoido el

(1) Un mes seguido, ó de seguida. *Reo* es aquí la série ú órden de las cosas que se prosiguen y continúan. Es espresion del vulgo en Castilla la Vieja. — Arr.

caballero del Bosque que hablaban cerca dél, sin pasar adelante en su lamentacion se puso en pie, y dijo con voz sonora y comedida: ¿quién va allá? ¿qué gente? ¿es por ventura de la del número de los contentos, ó la del de los afligidos? De los afligidos, respondió don Quijote. Pues lléguese á mí, respondió el del Bosque, y hará cuenta que se llega á la misma tristeza y á la afliccion mesma. Don Quijote, que se vió responder tan tierna y comedidamente, se llegó á él, y Sancho ni mas ni menos. El caballero lamentador así á don Quijote del brazo diciendo: sentaos aquí, señor caballero, que para entender que lo sois, y de los que profesan la andante caballeria, bástame el haberos hallado en este lugar, donde la soledad y el sereno os hacen compañía, naturales lechos y propias estancias de los caballeros andantes.

A lo que respondió don Quijote: caballero soy de la profesion que decís; y aunque en mi alma tienen su propio asiento las tristezas, las desgracias y las desventuras, no por eso se ha ahuyentado della la compasion que tengo de las ajenas desdichas: de lo que cantastes poco há colegí que las vuestras son enamoradas, quiero decir del amor que teneis á aquella hermosa ingrata que en vuestras lamentaciones nombrastes. Ya cuando esto pasaba estaban sentados juntos sobre la dura tierra en buena paz y compañía; como si al romper del día no se hubieran de romper las cabezas. Por ventura, señor caballero, preguntó el del Bosque á don Quijote, ¿sois enamorado? Por desventura lo soy, respondió don Quijote, aunque los daños que nacen de los bien colocados pensamientos antes se deben tener por gracias que por desdichas. Así es la verdad, replicó el del Bosque, si no nos turbasen la razon y el entendimiento los desdenes, que siendo muchos parecen venganzas. Nunca fui desdeñado de mi señora, respondió don Quijote. No por cierto, dijo Sancho, que allí junto estaba, porque es mi señora como una borrega mansa, es mas blanda que una manteca.

¿Es vuestro escudero este? preguntó el del Bosque. Si es, respondió don Quijote. Nunca he visto yo escudero, replicó el del Bosque, que se atreva á hablar donde habla su señor: á lo menos ahí está ese mio, que es tan grande como su padre, y no se probará que haya desplegado el labio donde yo hablo. Pues á fe, dijo Sancho, que he hablado yo, y puedo hablar delante de otro tan, y aun..... quédese aquí, que es peor meneallo. El escudero del Bosque asíó por el brazo á Sancho diciéndole: vámonos los dos donde podamos hablar escuderilmente todo cuanto quisiéremos, y dejemos á esos señores amos nuestros que se den de las astas contándose las historias de sus amores, que á buen seguro que les ha de coger el día en ellas, y no las han de haber acabado. Sea en buena hora, dijo Sancho, y yo le diré á vuesa merced quien soy, para que vea si puedo entrar en docena (1) con los mas hablantes escuderos. Con esto se apartaron los dos escuderos, entre los cuales pasó un tan gracioso coloquio, como fue grave el que pasó entre sus señores.

(1) Alternar, ó entrar en número. — Arr.





CAPITULO XIII.

Donde se prosigue la aventura del caballero del Bosque, con el discreto, nuevo y suave coloquio que pasó entre los dos escuderos.



DIVINOS estaban caballeros y escuderos, estos contándose sus vidas, y aquellos sus amores; pero la historia cuenta primero el razonamiento de los mozos, y luego prosigue el de los amos; y así dice, que apartándose un poco dellos, el del Bosque dijo á Sancho: trabajosa vida es la que pasamos y vivimos, señor mio, estos que somos escuderos de caballeros andantes: en verdad que comemos el pan en el sudor de nuestros rostros, que es una de las maldiciones que echó Dios á nuestros primeros padres (1). Tambien se puede decir, añadió Sancho, que lo comemos en el hielo de nuestros cuerpos, porque ¿quién (2) mas calor y mas frio que los miserables escuderos de la andante caballeria? Y aun menos mal si comiéramos, pues los duelos con pan son menos; pero tal vez hay que se nos pasa un dia ó dos sin desayunarnos, sino es el viento que sopla. Todo eso se puede llevar y conllevar, dijo el del Bosque, con la esperanza que tenemos del premio; porque si demasiadamente no es desgraciado el caballero andante á quien un escudero sirve, por lo menos á pocos lances se verá premiado con un hermoso gobierno de qualque (3) ínsula, ó con un condado de buen parecer. Yo, replicó Sancho, ya he dicho á mi amo que me contento con el gobierno de alguna ínsula; y él es tan noble y tan liberal que me le ha prometido muchas y diversas veces. Yo, dijo el del Bosque, con un canonicato quedaré satisfecho de mis servicios, y ya me le tiene mandado mi amo. ¿Y qué tal? debe de ser, dijo Sancho, su amo de vuesa merced caballero á lo eclesiástico (4), y podrá hacer esas mercedes á sus buenos escuderos; pero el mio es meramente lego, aunque yo me acuerdo cuando le querian aconsejar personas discretas, aunque á mi parecer mal intencionadas, que procurase ser arzobispo; pero él no quiso sino ser emperador, y yo estaba entonces temblando si le venia en voluntad de ser de la iglesia, por no hallarme suficiente de tener beneficios por ella; porque le hago saber á vuesa merced, que aunque parezco hombre, soy una bestia para ser de la iglesia. Pues en verdad que lo yerra vuesa merced, dijo el del Bosque, á causa que los gobiernos insulanos no son

(1) *In sudore vultus tui vesceris pane* (Genes. cap. III).

(2) Quien ha, pasa ó sufre, se debe suplir aquí, quizá estaria así en el original. — Arr.

(3) Alguno, alguna. — D. A.

(4) Desde el siglo XII al XIII, se vieron en España una multitud de prelados á la cabeza de los ejércitos,

todos de buena data : algunos hay torcidos , algunos pobres , algunos melancólicos , y finalmente el mas erguido y bien dispuesto trae consigo una pesada carga de pensamientos y de incomodidades , que pone sobre sus hombros el desdichado que le cupo en suerte. Harto mejor seria que los que profesamos esta maldita servidumbre nos retirásemos á nuestras casas , y allí nos entretuviésemos en ejercicios mas suaves , como si dijésemos cazando ó pescando ; que ¿ qué escudero hay tan pobre en el mundo á quien le falte un rocín y un par de galgos , y una caña de pescar con que entretenerse en su aldea ?

A mí no me falta nada deso , respondió Sancho ; verdad es que no tengo rocín , pero tengo un asno que vale dos veces mas que el caballo de mi amo : mala pascua me dé Dios , y sea la primera que viniere , si le trocara por él aunque me diesen cuatro fanegas de cebada encima : á burla tendrá vuesa merced el valor de mi rocío , que rocío es el color de mi jumento : pues galgos no me habian de faltar habiéndolos sobrados en mi pueblo , y mas que entonces és la caza mas gustosa cuando se hace á costa



ajena. Real y verdaderamente , respondió el del Bosque , señor escudero , que tengo propuesto y determinado de dejar estas borracheras de estos caballeros , y retirarme á mi aldea , y criar mis hijitos , que tengo tres como tres orientales perlas. Dos tengo yo , dijo Sancho , que se pueden presentar al papa en persona , especialmente una muchacha , á quien crio para condesa , si Dios fuere servido , aunque á pesar de su madre.

¿ Y qué edad tiene esa señora que se cria para condesa ? preguntó el del Bosque. Quince años , dos mas ó menos , respondió Sancho ; pero es tan grande como una lanza , y tan fresca como una mañana de abril , y tiene una fuerza de un ganapan. Partes son esas , respondió el del Bosque , no solo para ser condesa , sino para ser ninfa del verde bosque. ¡ Oh hi de puta puta , y qué rejo debe de tener la bellaca ! A lo que respondió Sancho algo mohino : ni ella es puta , ni lo fue su madre , ni lo será ninguna de las dos , Dios queriendo , mientras yo viviere : y háblese mas comedidamente , que para haberse criado vuesa merced entre caballeros andantes , que son la mesma cortesía , no me parecen muy concertadas esas palabras.

Oh que mal se le entiende á vuesa merced , replicó el del Bosque , de achaque de alabanzas , señor escudero. Como , ¿ y no sabe que cuando algun caballero da una buena lanzada al toro en la plaza , ó cuando alguna persona hace alguna cosa bien hecha , suele decir el vulgo : oh hi de puta puto , y qué bien que lo ha hecho ? y aquello que parece vituperio en aquel término , es alabanza notable ; y renegad vos , señor , de los hijos ó hijas que no hacen obras que merezcan se les den á sus padres loores semejantes. Si reniego , respondió Sancho , y dese modo y por esa misma razon podía echar vuesa merced á mi y á mis hijos y á mi mujer toda una puteria encima , porque todo cuanto hacen y dicen son extremos dignos de semejantes alabanzas , y para volverlos á ver ruego yo á Dios me saque de pecado mortal , que lo mismo será si me saca deste

tales como el célebre Rodrigo Gimenez de Rada arzobispo , general é historiador. En la guerra de los comuneros , en 1520 , se formó un batallón de eclesiásticos , mandados por el obispo de Zamora.

peligroso oficio de escudero, en el cual he incurrido segunda vez, cebado y engañado de una bolsa con cien ducados que me hallé un día en el corazón de Sierramorena, y el diablo me pone ante los ojos aquí, allí, acá no, sino acullá un talego lleno de dolones, que me parece que á cada paso le toco con la mano, y me abrazo con él, y lo llevo á mi casa, y echo censos, y fundo rentas, y vivo como un príncipe; y el rato que en esto pienso se me hacen fáciles y llevaderos cuantos trabajos padezco con este mentecato de mi amo, de quien sé que tiene mas de loco que de caballero.

Por eso, respondió el del Bosque, dicen que la codicia rompe el saco; y si va á tratar dellos no hay otro mayor en el mundo que mi amo, porque es de aquellos que dicen: cuidados ajenos matan al asno, pues porque cobre otro caballero el juicio que ha perdido, se hace él loco, y anda buscando lo que no sé si despues de hallado le ha de salir á los hocicos. ¿Y es enamorado por dicha? Si, dijo el del Bosque, de una tal Casildea de Vandalia, la mas cruda y la mas asada señora que en todo el orbe puede hallarse; pero no cozea del pie de la crudeza, que otros mayores embustes le gruñen en las entrañas, y ello dirá antes de muchas horas. No hay camino tan llano, replicó Sancho, que no tenga algun tropezon ó barranco: en otras casas cuecen habas, y en la mia á calderadas: mas acompañados y paniaguados debe de tener la locura que la discrecion; mas si es verdad lo que comunmente se dice, que el tener compañeros en los trabajos suele servir de alivio en ellos, con vuesa podré consolarme, pues sirve á otro amo tan tonto como el mio. Tonto, pero valiente, respondió el del Bosque, y mas bellaco que tonto y que valiente. Eso no es el mio, respondió Sancho: digo que no tiene nada de bellaco; antes tiene un alma como un cántaro (1): no sabe hacer mal á nadie, sino bien á todos, ni tiene malicia alguna: un niño le hará entender que es de noche en la mitad del día, y por esta sencillez le quiero como á las telas de mi corazón, y no me amaño á dejarle por mas disparates que haga. Con todo eso, hermano y señor dijo el del bosque, si el ciego guia al ciego, ambos van á peligro de caer en el hoyo. Mejor es retirarnos con buen compas de pies y volvernos á nuestras querencias, que los que buscan aventuras no siempre las hallan buenas.

Escupia Sancho á menudo al parecer un cierto género de saliva pegajosa y algo seca, lo cual visto y notado por el caritativo hosqueril escudero, dijo: paréceme que de lo que hemos hablado se nos pegan al paladar las lenguas; pero yo traigo un despegador pendiente del arzon de mi caballo, que es tal como bueno, y levantándose volvió desde allí á un poco con una gran bota de vino y una empanada de media vara; y no es encarecimiento, porque era de un conejo albar (2) tan grande que Sancho al tocarla entendió ser de algun cabron, no que de cabrito, lo cual visto por Sancho, dijo: ¿y esto trae vuesa merced consigo, señor? Pues qué se pensaba, respondió el otro, ¿soy yo por ventura algun escudero de agua y lana (3)? Mejor repuesto traigo yo en las ancas de mi caballo, que lleva consigo cuando va de camino un general. Comió Sancho sin hacerse de rogar, y tragaba á oscuras bocados de nudos de suelta (4) y dijo: vuesa merced si que es escudero fiel y legal, moliente y corriente, magnifico y grande, como lo muestra este banquete, que si no ha venido aquí por arte de encantamento, parécelo á lo menos, y no como yo, mezquino y malaventurado, que solo traigo en mis alforjas un poco de queso tan duro, que pueden descalabrar con ello á un gigante, á quien hacen compañía cuatro docenas de algarrobas, y otras tantas de avellanas y nueces, mercedes á la estrechez de mi dueño, y á la opinion que tiene y órden que guarda de que los caballeros andantes no se han de mantener y

(1) *Alma de cántaro*, se llama vulgarmente al hombre demasiado sencillo y sin malicia alguna. — Arr.

(2) Casero,

(3) Quiere decir: *hombre despreciable, ó de poco mas ó menos*. — P.

(4) Esto es, tan grandes como suelen ser los nudos de la suelta con que atan á las caballerías, ó tan grandes como los bocados que tragan las bestias, maniatadas con nudos de suelta, que, como no pueden estenderse con libertad, pacen con ánsia la yerba que les cae cerca. — P.

sustentar sino con frutas secas y con las yerbas del campo. Por mi fe, hermano, replicó el del Bosque, que yo no tengo hecho el estómago á tagarninas (1) ni á piruétanos, ni á raíces de los montes: allá se lo hayan con sus opiniones y leyes caballescascas nuestros amos, y coman lo que ellos mandáren; fiambreras traigo, y esta bota colgando del arzon de la silla por sí ó por no, y es tan devota mia y quiérola tanto, que pocos ratos se pasan sin que la dé mil besos (2) y mil abrazos; y diciendo esto se la puso en las manos á Sancho, el cual empinándola, puesta á la boca estuvo mirando las estrellas un cuarto de hora, y en acabando de beber dejó caer la cabeza á un lado, y dando un gran suspiro dijo: ¡oh hi de puta bellaco, y como es católico! (3) ¿Veis ahí, dijo el del Bosque en oyendo el hi de puta de Sancho, como habeis alabado este vino llamándole hi de puta? Digo, respondió Sancho que confieso que conozco que es deshonra llamar hijo de puta á nadie cuando cae debajo del entendimiento de alabarle.

Pero dígame, señor, por el siglo de lo que mas quiere, ¿este vino es de Ciudad-Real? ¡Bravo mojon! (4) respondió el del Bosque, en verdad que no es de otra parte, y que tiene algunos años de ancianidad. A mi con eso, dijo Sancho, no tomeis menos sino que se me fuera á mí por alto dar alcance á su conocimiento. ¿No será bueno, señor escudero, que tenga yo un instinto tan grande y tan natural en esto de conocer vinos, que en dándome á oler cualquiera acierto la patria, el linaje, el sabor y la dura, y las vueltas que ha de dar, con todas las circunstancias al vino atañaderas? Pero no hay de qué maravillarse, si tuve en mi linaje por parte de mi padre los dos mas excelentes mojones que en luengos años conoció la Mancha: para prueba de lo cual les sucedió lo que ahora diré. Diéronles á los dos á probar del vino de una cuba, pidiéndoles su parecer del estado, cualidad, bondad ó malicia del vino. El uno le probó con la punta de la lengua, el otro no hizo mas de llegarlo á las narices. El primero dijo que aquel vino sabia á hierro, el segundo dijo que mas sabia á cordoban. El dueño dijo que la cuba estaba limpia, y que el tal vino no tenia adobo alguno por donde hubiese tomado sabor de hierro ni de cordoban. Con todo eso los dos famosos mojones se afirmaron en lo que habian dicho. Anduvo el tiempo, vendióse el vino, y al limpiar de la cuba hallaron en ella una llave pequeña pendiente de una correa de cordoban (5): porque vea vuesa merced si quien viene desta ralea podrá dar su parecer en semejantes causas. Por eso digo, dijo el del Bosque, que nos dejemos de andar buscando aventuras, y pues tenemos hogazas no busquemos tortas, y volvámonos á nuestras chozas, que allí nos hallará Dios si él quiere. Hasta que mi amo llegue á Zaragoza le serviré, que despues todos nos entenderémos.

Finalmente tanto hablaron y tanto bebieron los dos buenos escuderos, que tuvo necesidad el sueño de atarles las lenguas y templarles la sed, que quitársela fuera imposible; y así asidos entrambos de la ya casi vacia bota, con los bocados á medio mascar en la boca se quedaron dormidos, donde los dejarémos por ahora por contar lo que el caballero del Bosque pasó con el de la Triste Figura.

(1) Tagarninas dicen en Andalucía, y cardillos en varias partes.

(2) Esto es, sin beber á menudo de ella. — Arr.

(3) Esto es, bueno, de buena calidad, legitimo. — Arr.

(4) Lo mismo que *catador de vino*, como se dice en Castilla. — Arr.

(5) El mismo Cervantes compendió este cuento en el entremes de la *Eleccion de los Alcaldes de Dagonzo*. — P.



CAPÍTULO XIV.

Donde se prosigue la aventura del caballero del Bosque.



ENTRE muchas razones que pasaron don Quijote y el caballero de la Selva, dice la historia que el del Bosque dijo á don Quijote: finalmente, señor caballero, quiero que sepais que mi destino, ó por mejor decir, mi eleccion, me trujo á enamorar de la sin par Casildea de Vandalia: llámola sin par porque no le tiene, así en la grandeza del cuerpo como en el extremo del estado y de la hermosura. Esta tal Casildea pues que voy contando, pagó mis buenos pensamientos y comedidos deseos con hacerme ocupar, como su madrina (1) á Hércules, en muchos y diversos peligros, prometiéndome al fin de cada uno que en el fin del otro llegaria el de mi esperanza; pero así se han ido eslabonando mis trabajos, que no tienen cuento, ni yo sé cual ha de ser el último que dé principio al cumplimiento de mis buenos deseos. Una vez me mandó que fué á desafiar á aquella famosa gigante de Sevilla llamada la Giralda, que es tan valiente y fuerte como hecha de bronce, y sin mudarse de un lugar es la mas movible y voltaria mujer del mundo (2). Llegué, víla, y vencíla, é hicíla estar queda y á raya, porque en mas de una semana no soplaron sino vientos nortes. Vez tambien hubo que me mandó fué á tomar en peso las antiguas piedras de los valientes toros de Guisando (3): empresa mas para encomendarse á ganapanes (4) que á caballeros. Otra vez me mandó que me precipitase y sumiese en la sima de Cabra (5): ¡peligro inaudito y temeroso! y que

(1) Palabra salida de la italiana *madrigna*, adoptada por Cervantes: significa la Madrastra, cuyo nombre dió Ovidio (*Metamorph.* l. 9. v. 454) á Juno por haber hecho los oficios de tal con Hércules. — P.

(2) La Giralda, del verbo girar, ó dar vueltas, de que tratan los historiadores de Sevilla, es en efecto una figura de bronce de la altura de cuatro varas y media, y del peso de 36 quintales, colocada por veleta en 1568 sobre la torre que lleva el mismo nombre, antiguo observatorio de los árabes, y despues campanario de la catedral cuando la conquistó, en 1248.

(3) Los toros de Guisando son cuatro masas de piedra berroqueña que se hallan en una viña que pertenece al convento de frailes gerónimos de Guisando, en la provincia de Avila, entre Cadalso y Cebreros. Tienen figura como de toro, aunque ya muy alterada. Los toros de Guisando son célebres en nuestra historia, porque allí fue donde se concluyó el tratado en que Enrique IV, despues de su deposicion por las cortes de Avila, reconoció por heredera del trono á su hermana Isabel la Católica, con exclusion de su hija Juana, llamada la Beltraneja. — MARTINEZ DEL ROMERO.

(4) Dase este nombre, dice Covarrubias, á los que ganan su vida y el pan que comen á llevar á cuestras y sobre sus hombros las cargas, hechos unos Atlantes: son ordinariamente hombres de muchas fuerzas. — Arr.

(5) En una de las cumbres de la Sierra de Cabra, en la provincia de Córdoba, hay una abertura, quizá el

le trajese particular relacion de lo que en aquella oscura profundidad se encierra. De-



tuve el movimiento á la Giralda, pesé los toros de Guisando, despeñéme en la sima, y saqué á luz lo escondido de su abismo y mis esperanzas muertas que muertas, y sus mandamientos y desdenes vivos que vivos. En resolución, últimamente me ha mandado que discurra por todas las provincias de España, y haga confesar á todos los andantes caballeros, que por ellas vagáren, que ella sola es la mas aventajada en hermosura de cuantas hoy viven, y que yo soy el mas valiente y el mas bien enamorado caballero del orbe, en cuya demanda he andado ya la mayor parte de España, y en ella he vencido muchos caballeros que se han atrevido á contradecirme; pero de lo que yo mas me precio y ufano es de haber vencido en singular batalla á aquel tan famoso caballero don Quijote de la Mancha, y héchole confesar que es mas hermosa mi Casildea que su Dulcinea; y en solo

este vencimiento hago cuenta que he vencido á todos los caballeros del mundo, porque el tal don Quijote que digo, los ha vencido á todos, y habiéndole yo vencido á él, su gloria, su fama y su honra se ha transferido y pasado á mi persona, y

Tanto el vencedor es mas honrado
Cuanto mas el vencido es reputado (1);

así que ya corren por mi cuenta y son mias las innumerables hazañas del ya referido don Quijote.

Admirado quedó don Quijote de oír al caballero del Bosque, y estuvo mil veces por decirle que mentía, y ya tuvo el *mentis* en el pico de la lengua; pero reportóse lo mejor que pudo por hacerle confesar por su propia boca su mentira, y así sosegadamente le dijo: de que vuesa merced, señor caballero, haya vencido á los mas caballeros andantes de España y aun de todo el mundo, no digo nada; pero de que haya vencido á don Quijote de la Mancha, póngolo en duda: podría ser que fuese otro que le pareciese, aunque hay pocos que le parezcan. ¿Como no? replicó el del Bosque; por el cielo que nos cubre, que peleé con don Quijote y le vencí y rendí y es un hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña y algo corva, de bigotes grandes, negros y caídos (2): campea debajo del nombre del *caballero de la Triste figura*, y trae por escudero á un labrador llamado Sancho Panza: oprime el lomo y rige el freno de un famoso caballo llamado Rocinante, y finalmente tiene por señora de su voluntad á una tal Dulcinea del Toboso, llamada un tiempo Aldonza Lorenzo como la mia, que por llamarse Ca-

cráter de un volcan apagado, que los del país llaman Boca del Infierno. En 1685, bajó un vecino, por medio de cuerdas, para sacar el cadáver de un hombre asesinado, y por su relacion se conjetura que la sima de Cabra, debe tener 145 varas de profundidad.

(1) Tomó esta sentencia Cervantes, aunque con alguna variacion, de los versos de la *Araucana* de Ercilla, canto primero, octava segunda. — Arr.

(2) Aquí parece quiso retratarse á sí mismo Cervantes, pues estas son las señas que da de sí en el prólogo de sus *Novelas*. — Arr.

silda y ser de Andalucía, yo la llamo Casildea de Vandalia (1). Si todas estas señas no bastan para acreditar mi verdad, aquí está mi espada, que la hará dar crédito á la misma incredulidad.

Sosegaos, señor caballero, dijo don Quijote, y escuchad lo que deciros quiero. Habeis de saber que ese don Quijote que decís, es el mayor amigo que en este mundo tengo, y tanto que podré decir que le tengo en lugar de mi misma persona, y que por las señas que dél me habeis dado tan puntuales y ciertas, no puedo pensar sino que sea el mismo que habeis vencido: por otra parte veo con los ojos y toco con las manos no ser posible ser el mismo, si ya no fuese que como él tiene muchos enemigos encantadores, especialmente uno que de ordinario le persigue, no haya alguno dellos tomado su figura para dejarse vencer, por defraudarle de la fama que sus altas caballerías le tienen grangeada y adquirida por todo lo descubierto de la tierra: y para confirmacion desto quiero tambien que sepais, que los tales encantadores sus contrarios no há mas de dos días (2) que trasformaron la figura y persona de la hermosa Dulcinea del Toboso en una aldeana soez y baja, y desta manera habrán trasformado á don Quijote; y si todo esto no basta para enteraros en esta verdad que digo, aquí está el mismo don Quijote, que la sustentará con sus armas á pie ó á caballo, ó de cualquier suerte que os agradare: y diciendo esto se levantó en pie, y se empuñó en la espada, esperando que resolucion tomara el caballero del Bosque, el cual con voz asimismo sosegada respondió y dijo: al buen pagador no le duelen prendas; el que una vez, señor don Quijote, pudo venceros trasformado, bien podrá tener esperanza de rendiros en vuestro propio sér; mas porque no es bien que los caballeros hagan sus fechos de armas á oscuras como los salteadores y rufianes, esperemos el día para que el sol vea nuestras obras; y ha de ser condicion de nuestra batalla, que el vencido ha de quedar á la voluntad del vencedor para que haga dél todo lo que quisiere, con tal que sea decente á caballero lo que se le ordenare. Soy mas que contento desa condicion y convenencia, respondió don Quijote; y en diciendo esto se fuéron donde estaban sus escuderos, y los hallaron roncando y en la misma forma que estaban cuando les saltó el sueño. Despertáronlos, y mandáronles que tuviesen á punto los caballos, porque en saliendo el sol habian de hacer los dos una sangrienta, singular y desigual batalla, á cuyas nuevas quedó Sancho atónito y pasmado, temeroso de la salud de su amo por las valentías que habia oido decir del suyo al escudero del Bosque; pero sin hablar palabra se fuéron los dos escuderos á buscar su ganado, que ya todos tres caballos y el rucio se habian olido y estaban todos juntos.

En el camino dijo el del Bosque á Sancho: ha de saber, hermano, que tienen por costumbre los peleantes de la Andalucía, cuando son padrinos de alguna pendencia, no estarse ociosos mano sobre mano en tanto que sus abijados riñen: dígolo, porque esté advertido que mientras nuestros dueños riñeren, nosotros tambien hemos de pelear y hacernos astillas. Esa costumbre, señor escudero, respondió Sancho, allá puede correr y pasar con los rufianes y peleantes que dice; pero con los escuderos de los caballeros andantes, ni por pienso: á lo menos yo no he oido decir á mi amo semejante costumbre, y sabe de memoria todas las ordenanzas de la andante caballería: cuanto mas que yo quiero que sea verdad y ordenanza expresa el pelear los escuderos en tanto que sus señores peleen; pero yo no quiero cumplirla, sino pagar la pena que estuviere puesta á los tales pacíficos escuderos, que yo aseguro que no pase de dos libras de cera, y mas quiero pagar las tales libras, que sé que me costarán menos que las hilas que podré gastar en curarme la cabeza, que ya me la

(1) La Vandalia es Andalucía. La antigua Bética tomó este nombre cuando los Vándalos se establecieron en ella en el siglo v: y de Vandalia ó Vandalicia, los árabes, que no tenían V en su lengua, hicieron *Andalucía*.

(2) No había ni aun uno.

cuento por partida y dividida en dos partes : hay mas , que me imposibilita el reñir el no tener espada , pues en mi vida me la puse (1).

Para eso sé yo un buen remedio , dijo el del Bosque : yo traigo aquí dos talegas de lienzo de un mismo tamaño : tomareis vos la una , y yo la otra , y reñiremos á talegazos con armas iguales. Desá manera sea en buena hora , respondió Sancho , porque antes servirá la tal pelea de despolvorearnos que de herirnos. No ha de ser así , replicó el otro , porque se han de echar dentro de las talegas , porque no se las lleve el aire , media docena de guijarros lindos y pelados , que pesen tanto los unos como los otros , y desta manera nos podremos atalegar sin hacernos mal ni daño. Mirad ¡ cuerpo de mi padre ! respondió Sancho , que martas cebollinas (2) ó que copos de algodón cardado pone en las talegas para no quedar molidos los cascós , y hechos alheña los huesos ; pero aunque se llenáran de capullos de seda , sepa , señor mio , que no he de pelear : peleen nuestros amos ; y allá se lo hayan , y bebamos y vivamos nosotros , que el tiempo tiene cuidado de quitarnos las vidas sin que andemos buscando appetites para que se acaben antes de llegar su sazón y término , y que se cayán de maduras. Con todo , replicó el del Bosque , hemos de pelear siquiera media hora. Eso no , respondió Sancho , no seré yo tan descortes ni tan desagradecido que con quien he comido y he bebido trabe cuestion alguna , por mínima que sea ; quanto mas que estando sin cólera y sin enojo ¿ quién diablos se ha de amañar á reñir á secas ? Para eso , dijo el del Bosque , yo daré un suficiente remedio , y es , que antes que comencemos la pelea yo me llegaré bonitamente á vuesa merced , y le daré tres ó cuatro bofetadas , que dé con él á mis pies , con las cuales le haré despertar la cólera , aunque esté con mas sueño que un liron. Contra ese corte sé yo otro , respondió Sancho , que no le va en zaga : cogere yo un garrote , y antes que vuesa merced llegue á despertarme la cólera , haré yo dormir á garrotazos de tal suerte la suya , que no despierte sino fuere en el otro mundo , en el cual se sabe que no soy yo hombre que me dejo manosear el rostro de nadie ; y cada uno mire por el virote (3) , aunque lo mas acertado sería dejar dormir su cólera á cada uno , que no sabe nadie el alma de nadie , y tal suele venir por lana que vuelve trasquilado ; y Dios bendijo la paz y maldijo las riñas porque si un gato acosado , encerrado y apretado se vuelve en leon , yo que soy hombre , Dios sabe en lo que podré volverme . y así desde ahora intimo á vuesa merced , señor escudero , que corra por su cuenta todo el mal y daño que de nuestra pendencia resultare. Está bien , replicó el del Bosque ; amanecerá Dios y medraremos.

En esto ya comenzaban á gorgear en los árboles mil suertes de pintados pajariños , y en sus diversos y alegres cantos parecia que daban la norabuena y saludaban á la fresca aurora , que ya por las puertas y balcones del oriente iba descubriendo la hermosura de su rostro , sacudiendo de sus cabellos un número infinito de liquidas perlas , en cuyo suave licor bañándose las yerbas parecia asimismo que ellas brotaban y llovian blanco y menudo aljofar , los sauces destilaban maná sabroso , reíanse las fuentes , murmuraban los arroyos , alegrábanse las selvas , y enriquecíanse los prados con su venida. Mas apenas dió lugar la claridad del día para ver y diferenciar las cosas , cuando la primera que se ofreció á los ojos de Sancho Panza fue la nariz del escudero del Bosque , que era tan grande que casi le hacia sombra á todo el cuerpo. Cuéntase en efecto que era de demasiada grandeza , corva en la mitad y toda llena de berrugas , de color amoratado como de berengena ; bajábale dos dedos mas abajo de la boca ,

(1) O es mentira de Sancho , inspirada por el miedo , ú olvido de Cervantes , pues en varias ocasiones se ha dicho que la llevaba y aun que habia echado mano de ella , como en la reyerta contra los yangüeses.

(2) *Cebollinas* , palabra estropeada por Sancho , en lugar de *martas cebelinas* — Arr. — *Apetites* , salsas ó sainetes para excitar el apetito.

(3) *Mirar por el virote* , dice Covarrubias , es atender cada uno con vigilancia á lo que ha de hacer : metáfora tomada del que tira á los conejos y sale á buscar los virotos , que eran una especie de dardos , ó cosa parecida á estos. — Arr.

cuya grandeza, color, berrugas y encorvamiento así le afeaban el rostro, que en



viéndole Sancho comenzó á herir de pie y de mano como niño con alferecia, y propuso en su corazon de dejarse dar docientas bofetadas antes que despertar la cólera para reñir con aquel vestiglo.

Don Quijote miró á su contendor, y hallóle ya puesta y calada la celada, de modo que no le pudo ver el rostro; pero notó que era hombre membrudo, y no muy alto de cuerpo. Sobre las armas traía una sobrevesta ó casaca de una tela al parecer de oro finísimo, sembradas por ella muchas lunas pequeñas de resplandecientes espejos, que le hacían en grandísima manera galan y vistoso: volábanle sobre la celada grande cantidad de plumas verdes, amarillas y blancas; la lanza que tenía arrimada á un árbol era grandísima y gruesa y de un hierro acerado de mas de un palmo. Todo lo miró y todo lo notó don Quijote, y juzgó de lo visto y mirado que el ya dicho caballero debía de ser de grandes fuerzas, pero no por eso temió como Sancho Panza; antes con gentil denuedo dijo al caballero de los Espejos: si la mucha gana de pelear,

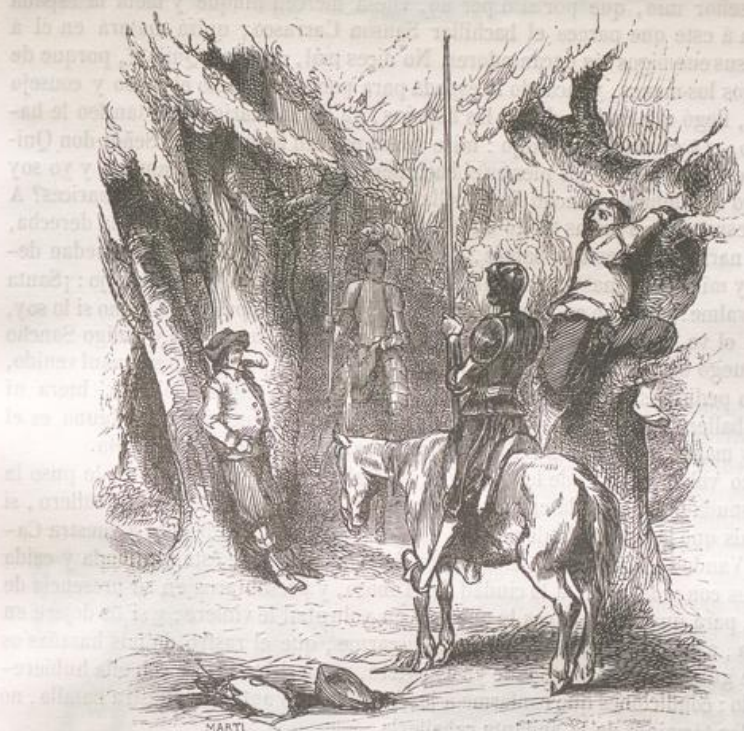
señor caballero, no os gasta la cortesía, por ella os pido que alceis la visera un poco, porque yo vea si la gallardía de vuestro rostro responde á la de vuestra disposición. O vencido ó vencedor que salgais desta empresa, señor caballero, respondió el de los Espejos, os quedará tiempo y espacio demasiado para verme; y si ahora no satisfago á vuestro deseo es por parecerme que hago notable agravio á la hermosa Casildea de Vandalia en dilatar el tiempo que tardare en alzarle la visera sin haceros confesar lo que ya sabeis que pretendo. Pues en tanto que subimos á caballo, dijo don Quijote, bien podeis decirme si soy yo aquel don Quijote que dijistes haber vencido. A eso vos respondemos, dijo el de los Espejos, que pareceis, como se parece un huevo á otro, al mismo caballero que yo vencí; pero segun vos decís, que le persiguen encantadores, no osaré afirmar si sois el contenido ó no. Eso me basta á mí, respondió don Quijote, para que crea vuestro engaño: empero para sacaros dél de todo punto vengan nuestros caballos, que en menos tiempo que el que tardáredes en alzaros la visera, si Dios, si mi señora y mi brazo me valen, veré yo vuestro rostro, y vos vereis que no soy el vencido don Quijote que pensais.

Con esto acortando razones subieron á caballo, y don Quijote volvió las riendas á Rocinante para tomar lo que convenia del campo para volver á encontrar á su contrario, y lo mismo hizo el de los Espejos; pero no se habia apartado don Quijote veinte pasos cuando se oyó llamar del de los Espejos, y partiendo los dos el camino, el de los Espejos le dijo: advertid, señor caballero, que la condicion de nuestra batalla es, que el vencido, como otra vez he dicho, ha de quedar á discrecion del vencedor. Ya la sé, respondió don Quijote, con tal que lo que se le impusiere y mandare al vencido han de ser cosas que no salgan de los limites de la caballería. Así se entiende, respondió el de los Espejos. Ofreciéronsele en esto á la vista de don Quijote las extrañas narices del escudero, y no se admiró menos de verlas que Sancho, tanto que le juzgó por algun mónstruo, ó por hombre nuevo y de aquellos que no se usan en el mundo. Sancho, que vió partir á su amo para tomar carrera, no quiso quedar solo con el narigudo, temiendo que con solo un pasagonzalo (1) con aquellas narices en las suyas, seria acabada la pendencia suya, quedando del golpe ó del miedo tendido en el suelo, y fuése tras su amo, asido á una accion (2) de Rocinante, y cuando le pareció que ya era tiempo que volviese le dijo: suplico á vuesa merced, señor mio, que antes que vuelva á encontrarse me ayude á subir sobre aquel alcornoque, de donde podré ver mas á mi sabor mejor que desde el suelo el gallardo encuentro que vuesa merced ha de hacer con este caballero. Antes creo, Sancho, dijo don Quijote, que te quieres encaramar y subir en andamio por yer sin peligro los toros. La verdad que diga, respondió Sancho, las desaforadas narices de aquel escudero me tienen atónito y lleno de espanto, y no me atrevo á estar junto á él. Ellas son tales, dijo don Quijote, que á no ser yo quien soy tambien me asombráran, y así ven, ayudarte hé á subir donde dices.

En lo que se detuvo don Quijote en que Sancho subiese en el alcornoque tomó el de los Espejos del campo lo que le pareció necesario; y creyendo que lo mismo habria hecho don Quijote, sin esperar són de trompeta ni otra señal que los avisase, volvió las riendas á su caballo, que no era mas lijero ni de mejor parecer que Rocinante, y á todo su correr, que era un mediano trote, iba á encontrar á su enemigo, pero viéndole ocupado en la subida de Sancho, detuvo las riendas, y paróse en la mitad de la carrera, de lo que el caballo quedó agradecidísimo á causa que ya no podia moverse. Don Quijote, que le pareció que ya su enemigo venia volando, arrimó ríciamente las

(1) Es un juego que consiste en dar un papirote en las narices, poniendo el dedo de en medio debajo del pulgar. Este golpe se daba y da con el dedo; temia Sancho que se le diese Cecial con sus fieras y postizas narices. La voz *pasagonzalo* parece se compone de verba y nombre: esto es, *pasa*, *Gonzalo*: palabras que se dirian al descargar el papirotazo.—P.—*Pasagonzalo*, pequeño golpe dado con presteza.

(2) La correa de la silla en que va puesto y pendiente el estribo.—P.



espuelas á las trasijadas hijadas de Rocinante, y le hizo aguijar de manera, que cuenta la historia que esta sola vez se conoció haber corrido algo, porque todas las demas siempre fueron trotes declarados, y con esta no vista fúria llegó donde el de los Espejos estaba incando á su caballo las espuelas hasta los botones, sin que le pudiese mover un solo dedo del lugar donde había hecho estanco (1) de su carrera. En esta buena sazón y coyuntura halló don Quijote á su contrario, embarazado con su caballo y ocupado con su lanza, que nunca ó no acertó ó no tuvo lugar de ponerla en ristre. Don Quijote, que no miraba en estos inconvenientes, á salvamano y sin peligro alguno encontró al de los Espejos con tanta fuerza, que mal de su grado le hizo venir al suelo por las ancas del caballo, dando tal caída, que sin mover pie ni mano dió señales de que estaba muerto. Apenas le vió caído Sancho, cuando se deslizó del alcornoque, y á toda priesa vino donde su señor estaba, el cual apeándose de Rocinante, fué sobre el de los Espejos, y quitándole las lazadas del yelmo para ver si era muerto, y para que le diese el aire si acaso estaba vivo, vió, ¿quién podrá decir lo que vió sin causar admiración, maravilla y espanto á los que lo oyeren? vió, dice la historia, el rostro mismo, la misma figura, el mismo aspecto, la misma fisonomía, la misma efigie, la perspectiva misma del bachiller Sansón Carrasco, y así como la vió en altas voces dijo: acude, Sancho, y mira lo que has de ver, y no lo has de creer: aguija, hijo, y advierte lo que puede la magia, lo que pueden los hechiceros y los encantadores. Llegó Sancho, y como vió el rostro del bachiller Carrasco

(1) Donde se había parado ó quedado inmóvil, y como estancado. — Arr.

comenzó á hacerse mil cruces y á santiguarse otras tantas. En todo esto no daba muestras de estar vivo el derribado caballero, y Sancho dijo á don Quijote : soy de parecer : señor mio, que por sí ó por no, vuesa merced hinque y meta la espada por la boca á este que parece el bachiller Sanson Carrasco ; quizá matará en él á alguno de sus enemigos los encantadores. No dices mal, dijo don Quijote , porque de los enemigos los menos, y sacando la espada para poner en efecto el aviso y consejo de Sancho, llegó el escudero del de los Espejos, ya sin las narices que tan feo le habian hecho, y á grandes voces dijo : mire vuesa merced lo que hace, Señor don Quijote , que ese que tiene á los pies es el bachiller Sanson Carrasco su amigo, y yo soy su escudero : y viéndole Sancho sin aquella fealdad primera le dijo : ¿y las narices? A lo que él respondió : aquí las tengo en la faltriquera, y echando la mano á la derecha, sacó unas narices de pasta y barniz, de máscara de la manifiatura que quedan delineadas, y mirándole mas y mas Sancho, con voz admirativa y grande dijo : ¡Santa Maria, y valme! ¿Este no es Tomé Cecial mi vecino y mi compadre? Y como si lo soy, respondió el ya desnarigado escudero, Tomé Cecial soy, compadre y amigo Sancho Panza, y luego os diré los arcaduces, embustes y enredos por donde soy aquí venido, y en tanto pedid y suplicad al señor vuestro amo que no toque, maltrate, hiera ni mate al caballero de los Espejos, que á sus pies tiene, porque sin duda alguna es el atrevido y mal aconsejado el bachiller Sanson Carrasco nuestro compatriota.

En esto volvió en sí el de los Espejos, lo cual visto por don Quijote, le puso la punta desnuda de su espada encima del rostro, y le dijo : muerto sois, caballero, si no confesais que la sin par Dulcinea del Toboso se aventaja en belleza á vuestra Casildea de Vandalia, y demas de esto habeis de prometer, si de esta contienda y caída quedáredes con vida, de ir á la ciudad del Toboso, y presentaros en su presencia de mi parte, para que haga de vos lo que mas en voluntad le viniere : y si os dejare en la vuestra, asimismo habeis de volver á buscarme, que el rastro de mis hazañas os servirá de guia que os traiga donde yo estuviere, y á decirme lo que con ella hubiéredes pasado : condiciones que conforme á las que pusimos antes de nuestra batalla, no salen de los términos de la andante caballeria.

Confieso, dijo el caido caballero, que vale mas el zapato descosido y sucio de la señora Dulcinea del Toboso, que las barbas mal peinadas, aunque limpias de Casildea, y prometo de ir y volver de su presencia á la vuestra, y daros entera y particular cuenta de lo que me pedis. Tambien habeis de confesar y creer, añadió don Quijote, que aquel caballero que vencistes no fue ni pudo ser don Quijote de la Mancha, sino otro que le parecia, como yo confieso y creo, que vos, aunque pareceis el bachiller Sanson Carrasco, no lo sois, sino otro que le parece, y que en su figura aquí me le han puesto mis enemigos, para que detenga y temple el ímpetu de mi cólera, y para que use blandamente de la gloria del vencimiento. Todo lo confieso, juzgo y siento como vos lo creéis, juzgais y sentis, respondió el derrengado caballero : dejadme levantar, os ruego, si es que lo permite el golpe de mi caída, que asaz maltrecho me tiene.

Ayudóle á levantar don Quijote y Tomé Cecial su escudero, del cual no apartaba los ojos Sancho, preguntándole cosas, cuyas respuestas le daban manifiestas señales de que verdaderamente era el Tomé Cecial que decía ; mas la aprehension que en Sancho habia hecho lo que su amo dijo de que los encantadores habian mudado la figura del caballero de los Espejos en la del bachiller Carrasco, no le dejaba dar crédito á la verdad que con los ojos estaba mirando. Finalmente se quedaron con este engaño amo y mozo, y el de los Espejos y su escudero mohinos y malandantes se apartaron de don Quijote y Sancho con intencion de buscar algun lugar donde bismarle y entablarle las costillas. Don Quijote y Sancho volvieron á proseguir su camino de Zaragoza, donde los deja la historia, por dar cuenta de quien era el caballero de los Espejos y su narigante escudero.



CAPITULO XV.

Donde se cuenta y da noticia de quien era el caballero de los Espejos y su escudero



En extremo contento, ufano y vanaglorioso iba don Quijote por haber alcanzado vitoria de tan valiente caballero como él se imaginaba que era el de los Espejos, de cuya caballescra palabra esperaba saber si el encantamiento de su señora pasaba adelante, pues era forzoso que el tal vencido caballero volviese, sopena de no serlo, á darle razon de lo que con ella le hubiese sucedido. Pero uno pensaba don Quijote, y otro el de los espejos, puesto que por entonces no era otro su pensamiento, sino buscar donde bizmarse, como se ha dicho. Dice pues la historia, que cuando el bachiller Sanson Carrasco aconsejó á don Quijote que volviese á proseguir sus dejadas caballerias, fue por haber entrado primero en bureo (1) con

el cura y el barbero sobre qué medio se podría tomar para reducir á don Quijote á que se estuviese en su casa quieto y sosegado, sin que le alborotasen sus mal buscadas aventuras, de cuyo consejo salió por voto comun de todos y parecer particular de Carrasco, que dejasen salir á don Quijote, pues el detenerle parecia imposible, y que Sanson le saliese al camino como caballero andante, y trabase batalla con él, pues no faltaria sobre qué, y le venciese, teniéndolo por cosa fácil, y que fuese pacto y concierto que el vencido quedase á merced del vencedor; y así vencido don Quijote le habia de mandar el bachiller caballero se volviese á su pueblo y casa, y no saliese della en dos años, ó hasta tanto que por él le fuese mandado otra cosa, lo cual era claro que don Quijote vencido cumpliria indubitablemente por no contravenir y faltar á las leyes de la caballeria, y podria ser que en el tiempo de su reclusion se le olvidasen sus vanidades, ó se diese lugar de buscar á su locura algun conveniente remedio. Aceptólo Carrasco, y ofreciósele por escudero Tomé Cecial, compadre y vecino de Sancho Panza, hombre alegre y de lucios cascos. Armóse Sanson, como queda referido, y Tomé Cecial acomodó sobre sus naturales narices las falsas y de máscara ya dichas, porque no fuese conocido de su compadre cuando se viesen, y así siguieron el mismo viaje que llevaba don Quijote, y llegaron casi á hallarse en la aventura del carro de la muerte, y finalmente dieron con ellos en el

(1) Por haber conferenciado y tratado con ellos. — Arr.

bosque donde le sucedió todo lo que el prudente (1) ha leído; y si no fuera por los pensamientos extraordinarios de don Quijote, y que se dió á entender que el bachiller no era el bachiller, el señor bachiller quedara imposibilitado para siempre de graduarse de licenciado por no haber hallado nidos donde pensó hallar pájaros.

Tomé Cecial, que vió cuan mal había logrado sus deseos, y el mal paradero que había tenido su camino, dijo al bachiller: por cierto, señor Sanson Carrasco, que tenemos nuestro merecido: con facilidad se piensa y se acomete una empresa, pero con dificultad las mas veces se sale della: don Quijote loco, nosotros cuerdos, él se va sano y riendo, vuesa merced queda molido y triste. Sepamos pues ahora cuál es mas loco ¿el que lo es por no poder menos ó el que lo es por su voluntad? A lo que respondió Sanson: la diferencia que hay entre esos dos locos es, que el que lo es por fuerza lo será siempre, y el que lo es de grado lo dejará de ser cuando quisiere. Pues así es, dijo Tomé Cecial, yo fui por mi voluntad loco cuando quise hacerme escudero de vuesa merced, y por la misma quiero dejar de serlo y volverme á mi casa. Eso os cumple, respondió Sanson, porque pensar que yo he de volver á la mia hasta haber molido á palos á don Quijote, es pensar en lo excusado, y no me llevará ahora á buscarle el desco de que cobre su juicio, sino el de la venganza, que el dolor grande de mis costillas no me deja hacer mas piadosos discursos. En esto fueron razonando los dos hasta que llegaron á un pueblo donde fue ventura hallar un algebrista (2) con quien se curó el Sanson desgraciado. Tomé Cecial se volvió y le dejó, y él quedó imaginando su venganza; y la historia vuelve á hablar dél á su tiempo por no dejar de regocijarse ahora con don Quijote.

(1) Aquí se debe suplir *lector*, que era la fórmula acostumbrada comunmente de los escritores, al hablar con el lector, calificándole de *prudente* ó de *discreto*. — Arr.

(2) El que profesa el arte de restituir á su lugar los huesos dislocados. — La palabra *algebrista*, viene de *algebrar*, que, según Covarrubias, significaba en lenguaje antiguo, *arte de curar los huesos rotos*.





CAPITULO XVI.

De lo que sucedió á don Quijote con un discreto caballero de la Mancha.



Con la alegría, contento y ufanidad que se ha dicho, seguía don Quijote su jornada, imaginándose por la pasada victoria ser el caballero andante mas valiente que tenía en aquella edad el mundo : daba por acabadas y á felice fin conducidas cuantas aventuras pudiesen sucederle de allí adelante : tenía en poco á los encantos y á los encantadores, no se acordaba de los innumerables palos que en el discurso de sus caballerías le habían dado, ni de la pedrada que le derribó la mitad de los dientes, ni del desagradecimiento de los galeotes, ni del atrevimiento y lluvia de estacas de los yangüeses : finalmente decía entre sí, que si él hallara arte, modo ó manera como desencantar á su señora Dulcinea no envidiara á la mayor ventura que alcanzó ó pudo alcanzar el mas venturoso caballero andante de los pasados siglos.

En estas imaginaciones iba todo ocupado, cuando Sancho le dijo : ¿ no es bueno, señor, que aun todavía traigo entre los ojos las desaforadas narices y mayores de marca de mi compadre Tomé Cecial ? ¿ Y crees tú, Sancho, por ventura que el caballero de los Espejos era el bachiller Carrasco, y su escudero Tomé Cecial tu compadre ? No sé que me diga á eso, respondió Sancho, solo sé que las señas que me dió de mi casa, mujer é hijos no me las podría dar otro que él mismo, y la cara, quitadas las narices, era la misma de Tomé Cecial, como yo se la he visto muchas veces en mi pueblo y pared en medio (1) de mi misma casa, y el tono de la habla era todo uno. Estemos á razon, Sancho, replicó don Quijote : ven acá, ¿ en qué consideracion puede haber que el bachiller Sanson Carrasco viniese como caballero andante armado de armas ofensivas y defensivas á pelear conmigo ? ¿ he sido yo su enemigo por ventura ? ¿ hele dado yo jamas ocasion para tenerme ojeriza ? ¿ soy yo su rival, ó hace él profesion de las armas para tener envidia á la fama que yo por ellas he ganado ? ¿ Pues qué diremos, señor, respondió Sancho, á esto de parecerse tanto aquel caballero, sea el

(1) Espresion con que se explica la inmediacion ó contigüedad de una casa ó habitacion respecto de otra que solo las divide una pared. — D. A.

que se fuere, al bachiller Carrasco, y su escudero á Tomé Cecial mi compadre? Y si ello es encantamento, como vuesa merced ha dicho, ¿no habia en el mundo otros dos á quien se parecieran? Tode es artificio y traza, respondió don Quijote, de los malignos magos que me persiguen, los cuales, anteviendo que yo habia de quedar vencedor en la contienda, se previnieron de que el caballero vencido mostrase el rostro de mi amigo el bachiller, porque la amistad que le tengo se pusiese entre los filos de mi espada y el rigor de mi brazo, y templase la justa ira de mi corazon, y desta manera quedase con vida el que con embelecios y falsias procuraba quitarme la mia. Para prueba de lo cual ya sabes, ó Sancho, por experiencia que no te dejará mentir ni engañar, cuan fácil sea á los encantadores mudar unos rostros en otros, haciendo de lo hermoso feo y de lo feo hermoso, pues no há dos dias que viste por tus mismos ojos la hermosura y gallardia de la sin par Dulcinea en toda su entereza y natural conformidad, y yo la vi en la fealdad y bajeza de una zafia labradora con cataratas en los ojos y con mal olor en la boca; y mas que el perverso encantador que se atrevió á hacer una trasformacion tan mala no es mucho que haya hecho la de Sanson Carrasco y la de tu compadre por quitarme la gloria del vencimiento de las manos; pero con todo esto me consuelo, porque en fin en cualquiera figura que haya sido he quedado vencedor de mi enemigo. Dios sabe la verdad de todo, respondió Sancho, y como él sabia que la trasformacion de Dulcinea habia sido traza y embeleco suyo, no le satisfacian las quimeras de su amo; pero no le quiso replicar por no decir alguna palabra que descubriese su embuste.

En estas razones estaban cuando los alcanzó un hombre que detras dellos por el mismo camino venia sobre una muy hermosa yegua tordilla, vestido un gaban (1) de paño fino verde gironado de terciopelo leonado, con una montera del mismo terciopelo; el aderezo de la yegua era de campo y de la gineta, (2) asimismo de morado y verde; traia un alfange morisco pendiente de un ancho tahalí de verde y oro, y los borceguies eran de la labor del tahalí; las espuelas no eran doradas, sino dadas con un barniz verde, tan tersas y bruñidas que por hacer labor con todo el vestido parecian mejor que si fueran de oro puro. Cuando llegó á ellos el caminante los saludó cortesmente, y picando á la yegua se pasaba de largo; pero don Quijote le dijo: señor galan, si es que vuesa merced lleva el camino que nosotros, y no importa el darse prisa, merced recibiria en que nos fuésemos juntos. En verdad, respondió él de la yegua, que no me pasara tan de largo si no fuera por temor que con la compañía de mi yegua no se alborotara ese caballo. Bien puede, señor, respondió á esta sazón Sancho, bien puede tener las riendas á su yegua, porque nuestro caballo es el mas honesto y bien mirado del mundo; jamas en semejantes ocasiones ha hecho vileza alguna, y una vez que se desmandó á hacerla la lastamos (3) mi señor y yo con las setenas: digo otra vez que puede vuesa merced detenerse si quisiere, que aunque se la den entre dos platos, á buen seguro que el caballo no la arrostre. Detuvo la rienda el caminante admirándose de la apostura y rostro de don Quijote, el cual iba sin celada, que la llevaba Sancho como maleta en el arzon delantero de la albarda del rucio; y si mucho miraba el de lo verde á don Quijote, mucho mas miraba don Quijote al de lo verde pareciéndole hombre de chapa: la edad mostraba ser de cincuenta años, las canas pocas, y el rostro aguileño, la vista entre alegre y grave: finalmente en el traje y apostura daba á entender ser hombre de buenas prendas. Lo que juzgó de don Quijote de la Mancha el de lo verde fue, que semejante manera ni parecer de hombre no le habia visto jamas: admiróle la longura de su

(1) Era un capote cerrado con mangas y capilla, del que usaba y aun usa todavia la gente que anda por el campo, y los caminantes.— Arr.

(2) Esto es, del uso ó estilo de la gineta, que era el arte de caballeria, ó la escuela de montar á caballo.— Arr.

(3) Esto es, la pagamos con las setenas, ó con el siete veces tanto.— Arr.

caballo, la grandeza de su cuerpo, la flaqueza y amarillez de su rostro, sus armas, su ademan y compostura, figura y retrato no visto por luengos tiempos atras en aquella tierra.

Notó bien don Quijote la atencion con que el caminante le miraba, y leyóle en la suspension su deseo; y como era tan cortes y tan amigo de dar gusto á todos, antes que le preguntase nada le salió al camino diciéndole: esta figura que vuesa merced en mí ha visto, por ser tan nueva y tan fuera de las que comunmente se usan, no me maravillaria yo de que le hubiese maravillado; pero dejará vuesa merced de estarlo cuando le diga, como le digo, que soy caballero destes que dicen las gentes que á sus aventuras van. Salí de mi patria, empenéme mi hacienda, dejé mi regalo, y entreguéme en los brazos de la fortuna, que me llevasen donde mas fuese servida. Quise resucitar la ya muerta andante caballeria, y há muchos dias que tropezando aquí, cayendo allí, despeñándome acá, y levantándome acullá, he cumplido gran parte de mi deseo socorriendo viudas, amparando doncellas, y favoreciendo casadas, huérfanos y pupilos, propio y natural oficio de caballeros andantes; y así por mis valerosas, muchas y cristianas hazañas he merecido andar ya en estampa en casi todas ó las mas naciones del mundo. Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares si el cielo no lo remedia (1). Finalmente, por encerrarlo todo en breves palabras ó en una sola, digo que yo soy don Quijote de la Mancha, por otro nombre llamado *el caballero de la Triste figura*; y puesto que las propias alabanzas envilecen, esme forzoso decir yo tal vez las mias, y esto se entiende cuando no se halla presente quien las diga: así que, señor gentilhombre, ni este caballo, ni esta lanza, ni este escudero, ni todas juntas estas armas, ni la amarillez de mi rostro, ni mi atenuada flaqueza os podrá admirar de aquí adelante, habiendo ya sabido quien soy y la profesion que hago.

Calló en diciendo esto don Quijote, y el de lo verde segun se tardaba en responderle parecia que no acertaba á hacerlo; pero de allí á buen espacio le dijo: acertastes, señor caballero, á conocer por mi suspension mi deseo; pero no habeis acertado á quitarme la maravilla que en mí causa el haberos visto, que puesto que como vos, señor, decis que el saber ya quien sois me la podria quitar, no ha sido así, antes ahora que lo sé quedo mas suspenso y maravillado. Como ¿y es posible que hay hoy caballeros andantes en el mundo, y que hay historias impresas de verdaderas caballerias? No me puedo persuadir que haya hoy en la tierra quien favorezca viudas, ampare doncellas, ni honre casadas, ni socorra huérfanos, y no lo creyera si en vuesa merced no lo hubiera visto con mis ojos. Bendito sea el cielo, que con esa historia que vuesa merced dice que está impresa de sus altas y verdaderas caballerias se habrán puesto en olvido los innumerables de los fingidos caballeros andantes de que estaba lleno el mundo, tan en daño de las buenas costumbres, y tan en perjuicio y descrédito de las buenas historias. Hay mucho que decir, respondió don Quijote, en razon de si son fingidas ó no las historias de los andantes caballeros. ¿Pues hay quien dude, respondió el Verde, que no son falsas las tales historias? Yo lo dudo, respondió don Quijote, y quédese esto aquí, que si nuestra jornada dura espero en Dios de dar á entender á vuesa merced que ha hecho mal en irse con la corriente de los que tienen por cierto que no son verdaderas. De esta última razon de don Quijote tomó barruntos el caminante de que don Quijote debía de ser algun mentecato, y aguardaba que con otras lo confirmase; pero antes que se divirtiesen en otros razonamientos, don Quijote le rogó le dijese quien era, pues él le habia dado parte de su condicion y de su vida.

A lo que respondió el del Verde Gaban: yo, señor caballero de la Triste Figura, soy un hidalgo natural de un lugar donde iremos á comer hoy si Dios fuere servido:

(1) Véase la pág. 2, cap. III y nota 1. — P.

soy mas que medianamente rico, y es mi nombre don Diego de Miranda : paso la vida con mi mujer y con mis hijos y con mis amigos : mis ejercicios son el de la caza y pesca; pero no mantengo ni halcon ni galgos, sino algun perdigon manso ó algun huron atrevido : tengo hasta seis docenas de libros, cuales de romance y cuales de latin, de historia algunos, y de devocion otros : los de caballerias aun no han entrado por los umbrales de mis puertas, hojeo mas los que son profanos que los devotos, como sean de honesto entretenimiento, que deleiten con el lenguaje, y admiren y suspendan con la invencion, puesto que destos hay muy pocos en España. Alguna vez como con mis vecinos y amigos, y muchas veces los convido : son mis convites limpios y aseados, y no nada escasos : ni gusto de murmurar, ni consiento que delante de mi se murmure : no escudriño las vidas ajenas, ni soy lince de los hechos



de los otros : oigo misa cada día, reparto de mis bienes con los pobres, sin hacer alarde de las buenas obras por no dar entrada en mi corazón á la hipocresia y vanagloria, enemigos que blandamente se apoderan del corazón mas recatado : procuro poner en paz los que sé que estan desavenidos, soy devoto de nuestra señora, y confío siempre en la misericordia infinita de Dios nuestro Señor.

Atentísimo estuvo Sancho á la relacion de la vida y entretenimientos del hidalgo; y pareciéndole buena y santa, y que quien la hacia debia de hacer milagros, se ar-

rojó del rucio, y con gran priesa le fué á asir del estribo derecho, y con devoto corazón y casi lágrimas le besó los pies una y muchas veces. Visto lo cual por el hidalgo le preguntó: ¿qué haceis, hermano? ¿qué besos son estos? Déjenme besar, respondió Sancho, porque me parece vuesa merced el primer santo á la gineta que he visto en todos los días de mi vida. No soy santo, respondió el hidalgo, sino gran pecador; vos sí, hermano, que debéis de ser bueno, como vuestra simplicidad lo muestra. Volvió Sancho á cobrar la albarda, habiendo sacado á plaza la risa de la profunda melancolia de su amo, y causado nueva admiración á don Diego.

Preguntóle don Quijote que cuantos hijos tenia, y dijole que una de las cosas en que ponian el sumo bien los antiguos filósofos, que carecieron del verdadero conocimiento de Dios, fue en los bienes de la naturaleza, en los de la fortuna, en tener muchos amigos, y en tener muchos y buenos hijos. Yo, señor don Quijote, respondió el hidalgo, tengo un hijo, que á no tenerle quizá me juzgara por mas dichoso de lo que soy, y no porque él sea malo, sino porque no es tan bueno como yo quisiera. Será de edad de diez y ocho años: los seis ha estado en Salamanca aprendiendo las lenguas latina y griega, y cuando quise que pasase á estudiar otras ciencias, halléle tan embebido en la de la poesia (si es que se puede llamar ciencia) que no es posible hacerle arrostrar la de las leyes, que yo quisiera que estudiara, ni de la reina de todas, la teología. Quisiera yo que fuera corona de su linaje, pues vivimos en siglos donde nuestros reyes premian altamente las virtuosas y buenas letras, porque letras sin virtud son perlas en el muladar. Todo el día se le pasa en averiguar si dijo bien ó mal Homero en tal verso de la Iliada, si Marcial anduvo deshonesto ó no en tal epigrama, si se han de entender de una manera ú otra tales y tales versos de Virgilio: en fin todas sus conversaciones son con los libros de los referidos poetas, y con los de Horacio, Persio, Juvenal y Tibulo; que de los modernos romancistas no hace mucha cuenta; y con todo el mal cariño que muestra tener á la poesia de romance, le tiene ahora desvanecidos los pensamientos el hacer una glosa á cuatro versos que le han enviado de Salamanca, y pienso que son de justa literaria.

A todo lo cual respondió don Quijote: los hijos, señor, son pedazos de las entrañas de sus padres, y así se han de querer ó buenos ó malos que sean como se quieren las almas que nos dan vida: á los padres toca el encaminarlos desde pequeños por los pasos de la virtud, de la buena crianza y de las buenas y cristianas costumbres, para que cuando grandes sean báculo de la vejez de sus padres y gloria de su posteridad; y en lo de forzarles que estudien bien esta ó aquella ciencia no lo tengo por acertado, aunque el persuadirles no será dañoso: y cuando no se ha de estudiar para *pane lucrando*, siendo tan venturoso el estudiante que le dió el cielo padres que se lo dejen (1), sería yo de parecer que le dejen seguir aquella ciencia á que mas le vienen inclinado: y aunque la de la poesia es menos útil que deleitable, no es de aquellas que suelen deshonorar á quien las posee. La poesia, señor hidalgo, á mi parecer es como una doncella tierna y de poca edad y en todo extremo hermosa, á quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras ciencias, y ella se ha de servir de todas, y todas se han de autorizar con ella; pero esta tal doncella no quiere ser manoseada, ni traída por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas, ni por los rincones de los palacios. Ella es hecha de una alquimia de tal virtud, que quien la sabe tratar la volverá en oro purísimo de inestimable precio: hala de tener el que la tuviere á raya, no dejándola correr en torpes sátiras ni en desalmados sonetos: no ha de ser vendible en ninguna manera, si ya no fuere en poemas heroicos, en lamentables tragedias, ó en comedias alegres y artificiosas: no se ha de dejar tratar de los truhanes, ni del ignorante vulgo, incapaz de conocer ni estimar los tesoros que en ella se encierran. Y no penseis, señor,

(1) Súplese el pan, ó qué comer, como vulgarmente se dice. — Arr.

que yo llamo aquí vulgo solamente á la gente plebeya y humilde, que todo aquel que no sabe, aunque sea señor y príncipe, puede y debe entrar en número de vulgo; y así el que con los requisitos que he dicho tratare y tuviere á la poesia, será famoso y estimado su nombre en todas las naciones políticas del mundo. Y á lo que decis, señor, que vuestro hijo no estima mucho la poesia de romance, doyme á entender que no anda muy acertado en ello, y la razon es esta; el grande Homero no escribió en latin, porque era griego, ni Virgilio no escribió en griego, porque era latino. En resolucion, todos los poetas antiguos, escribieron en la lengua que mamaron en la leche, y no fueron á buscar las extrangeras para declarar la alteza de sus conceptos: y siendo esto así, razon seria se extendiese esta costumbre por todas las naciones, y que no se desestimase el poeta aleman porque escribe en su lengua, ni el castellano, ni aun el vizcaino que escribe en la suya; pero vuestro hijo, á lo que yo, señor, imagino, no debe de estar mal con la poesia de romance, sino con los poetas que son meros romancistas, sin saber otras lenguas ni otras ciencias que adornen y despierten y ayuden á su natural impulso; y aun en esto puede haber yerro, porque segun es opinion verdadera, el poeta nace: quieren decir, que del vientre de su madre el poeta natural sale poeta; y con aquella inclinacion que le dió el cielo, sin mas estudio ni artificio compone cosas que hace verdadero al que dijo: *est Deus in nobis*, etc. (1). Tambien digo, que el natural poeta que se ayudare del arte será mucho mejor y se aventajará al poeta que solo por saber el arte quisiere serlo. La razon es, porque el arte no se aventaja á la naturaleza, sino perficónala: así que mezcladas la naturaleza y el arte, y el arte con la naturaleza, sacarán un perfetísimo poeta. Sea pues la conclusion de mi plática, señor hidalgo, que vuesa merced deje caminar á su hijo por donde su estrella le llama, que siendo él tan buen estudiante como debe de ser, y habiendo ya subido felizmente el primer escalon de las ciencias, que es el de las lenguas, con ellas por sí mismo subirá á la cumbre de las letras humanas, las cuales tan bien parecen en un caballero de capa y espada, y así le adornan, honran y engrandecen como las mitras á los obispos, ó como las garnachas á los peritos juriscultos. Riña vuesa merced á su hijo si hiciere sátiras que perjudiquen las honras ajenas, y castíguele y rómпасelas; pero si hiciere sermones al modo de Horacio, donde reprenda los vicios en general, como tan elegantemente él lo hizo, alábele, porque lícito es al poeta escribir contra la envidia, y decir en sus versos mal de los envidiosos, y así de los otros vicios, con que no señale persona alguna; pero hay poetas que á truco de decir una malicia se pondrán á peligro que los destierren á las islas de Ponto (2). Si el poeta fuere casto en sus costumbres lo será tambien en sus versos: la pluma es lengua del alma: cuales fueren los conceptos que en ella se engendraren, tales serán sus escritos: y cuando los reyes y príncipes ven la milagrosa ciencia de la poesia en sugetos prudentes, virtuosos y graves, los honran, los estiman y los enriquecen, y aun los coronan con las hojas del arbol (3) á quien no ofende el rayo, como en señal que no han de ser ofendidos de nadie los que con tales coronas ven honradas y adornadas sus sienas.

Admirado quedó el del Verde Gaban del razonamiento de don Quijote, y tanto, que

(1) Ovidio, *De arte amandi*, lib. III, v. 547:

Est Deus in nobis, sunt et commercia caeli;

Y en los *Fastos*, lib. vi,

Est Deus in nobis, agitante calescimus illo;
Impetus hic sacrae semina mentis habet. — A.

(2) Parece alusion al destierro de Ovidio, pero hecho con la habitual inexactitud de Cervantes, porque Ovidio no fue desterrado á las islas, sino á las costas del Ponto, es decir á Tomos, ciudad de la Mesia inferior hoy Bulgaria, en la costa occidental del Ponto ó Mar Negro. Tampoco es exacto decir que el destierro de Ovidio, fue por decir malicias; su pecado no fue de lengua sino de vista como él mismo lo dice:

Peccatumque oculos est habuisse meum.

(Lib. III *Trist.* eleg. 5).

(3) El laurel, á quien era creencia de los antiguos que no le ofendia el rayo. — Arr.

fue perdiendo de la opinion que con él tenia de ser mentecato. Pero á la mitad desta plática Sancho, por no ser muy de su gusto, se habia desviado del camino á pedir un poco de leche á unos pastores que alli junto estaban ordeñando unas ovejas : y en esto ya volvia á renovar la plática el hidalgo, satisfecho en extremo de la discrecion y buen discurso de don Quijote , cuando alzando don Quijote la cabeza vió que por el camino por donde ellos iban venia un carro lleno de banderas reales ; y creyendo que debia de ser alguna nueva aventura , á grandes voces llamó á Sancho que viniese á darle la celada : el cual Sancho oyéndose llamar dejó á los pastores ; y á toda priesa picó al rucio, y llegó donde su amo estaba , á quien sucedió una espantosa y desatinada aventura.





CAPITULO XVII.

Donde se declara el último punto y extremo adonde llegó y pudo llegar el inaudito ánimo de don Quijote, con la felicemente acabada aventura de los leones.



Cuenta la historia, que cuando don Quijote daba voces á Sancho que le trujese el yelmo, estaba él comprando unos requesones que los pastores le vendian, y acosado de la mucha priesa de su amo no supo que hacer dellos ni en que traerlos, y por no perderlos, que ya los tenia pagados, acordó de echarlos en la celada de su señor, y con este buen recado volvió á ver lo que le queria, el cual en llegando le dijo : dame, amigo, esa celada, que yo sé poco de aventuras, ó lo que allí descubro es alguna que me ha de necesitar y me necesita á tomar mis armas. El del Verde Gaban, que esto oyó, ten-

dió la vista por todas partes, y no descubrió otra cosa que un carro que hácia ellos venia con dos ó tres banderas pequeñas, que le dieron á entender que el tal carro debia de traer moneda de su Magestad, y así se lo dijo á don Quijote ; pero él no le dió crédito, siempre creyendo y pensando que todo lo que le sucediese habian de ser aventuras y mas aventuras, y así respondió al hidalgo : hombre apercebido medio combatido : no se pierde nada en que yo me aperciba, que sé por experiencia que tengo enemigos visibles é invisibles, y no sé cuando, ni adonde, ni en que tiempo, ni en que figuras me han de acometer ; y volviéndose á Sancho le pidió la celada, el cual, como no tuvo lugar de sacar los requesones, le fue forzoso dársela como estaba. Tomóla don Quijote, y sin que echase de ver lo que dentro venia, con toda priesa se la encajó en la cabeza ; y como los requesones se apretaron y exprimieron comenzó á correr el suero por todo el rostro y barbas de don Quijote, de lo que recibió tal susto que dijo á Sancho : ¿ qué será esto, Sancho, que parece que se me ablandan los cas-

cos, ó se me derriten los sesos, ó qué sudo de los pies á la cabeza? y si es que sudo, en verdad que no es de miedo: sin duda creo que es terrible la aventura que ahora quiere sucederme: dame si tienes con que me limpie, que el copioso sudor me ciega los ojos. Calló Sancho y dióle un paño y dió con él gracias á Dios de que su señor no hubiese caído en el caso: limpióse don Quijote, y quitóse la celada por ver que cosa era la que á su parecer le enfriaba la cabeza, y viendo aquellas gachas blancas dentro de la celada las llegó á las narices, y en oliéndolas dijo: por vida de mi señora Dulcinea del Toboso, que son requesones los que aquí me has puesto traidor, bergante y mal mirado escudero. A lo que con gran flema y disimulacion respondió Sancho: si son requesones démelos vuesa merced, que yo me los comeré; pero cómalos el diablo, que debió de ser el que ahí los puso. ¿Yo habia de tener atrevimiento de ensuciar el yelmo de vuesa merced? Halládole habeis el atrevido. A la fe, señor, á lo que Dios me da á entender, tambien debo yo de tener encantadores que me persiguen como á hechura y miembro de vuesa merced; y habrán puesto ahí esa inmundicia para mover á cólera su paciencia, y hacer que me mueva como suele las costillas: pues en verdad que esta vez han dado salto en vago, que yo confio en el buen discurso de mi señor, que habrá considerado que ni yo tengo requesones ni leche, ni otra cosa que lo valga; y que si la tuviera, antes la pusiera en mi estómago que en la celada. Todo puede ser, dijo don Quijote; y todo lo miraba el hidalgo, y de todo se admiraba, especialmente cuando despues de haberse limpiado don Quijote cabeza, rostro y barbas y celada, se la encajó, y afirmándose bien en los estribos, requiriendo la espada, y asiendo la lanza, dijo: ahora venga lo que viniere que aquí estoy con ánimo de tomarme con el mismo Satanás en persona. Llegó en esto el carro de las banderas, en el cual no venia otra gente que el carretero en las mulas y un hombre sentado en la delantera.

Púsose don Quijote delante y dijo: ¿adonde váis, hermanos? ¿qué carro es este? ¿qué lleváis en él? y ¿qué banderas son aquestas? A lo que respondió el carretero: el carro es mio, lo que va en él son dos bravos leones enjaulados, que el general de Oran envia á la corte presentados á su magestad, las banderas son del rey nuestro señor en señal que aquí va cosa suya. ¿Y son grandes, los leones? preguntó don Quijote, tan grandes, respondió el hombre que iba á la puerta del carro, que no han pasado mayores, ni tan grandes de Africa á España jamas, y yo soy el leonero, y he pasado otros, pero como estos ninguno: son hembra y macho, el macho va en esta jaula primera y la hembra en la de atras, y ahora van hambrientos porque no han comido hoy, y así vuesa merced se desvie, que es menester llegar presto donde les demos de comer. A lo que dijo don Quijote sonriéndose un poco: ¿leoncitos á mí? ¿á mí leoncitos, y á tales horas? pues por Dios que han de ver esos señores que acá los envian, si soy yo hombre que se espanta de leones. Apeaos, buen hombre, y pues sois el leonero, abrid esas jaulas, y echadme esas bestias fuera, que en mitad desta campaña les daré á conocer quien es don Quijote de la Mancha, á despecho y pesar de los encantadores que á mí los envian. Ta, ta, dijo á esta sazón entre sí el hidalgo, dado ha señal de quien es nuestro buen caballero: los requesones sin duda le han ablandado los cascos y madurado los sesos. Llegóse en esto á él Sancho y dijole señor, por quien Dios es que vuesa merced haga de manera que mi señor don Quijote no se tome con estos leones, que si se toma, aquí nos han de hacer pedazos á todos. ¿Pues tan loco es vuestro amo, respondió el hidalgo, que temeis y creis que se ha de tomar con tan fieros animales? No es loco, respondió Sancho, sino atrevido. Yo haré que no lo sea, replicó el hidalgo; y llegándose á don Quijote que estaba dando priesa al leonero que abriese las jaulas, le dijo: señor caballero, los caballeros andantes han de acometer las aventuras que prometen esperanza de salir bien dellas; y no aquellas que de todo en todo la quitan, porque la valentia que se entra en la jurisdiccion de la temeridad, mas tiene de locura que de fortaleza, cuanto mas

que estos leones no vienen contra vuesa merced, ni lo sueñan, van presentados á su magestad, y no será bien detenerlos ni impedirles su viaje. Váyase vuesa merced, señor hidalgo, respondió don Quijote, á entender con su perdigon manso y con su huron atrevido, y deje á cada uno hacer su oficio: este es el mio, y yo sé si vienen á mí ó no estos señores leones; y volviéndose al leonero le dijo: voto á tal don bellaco, que sino abris luego luego las jaulas, que con esta lanza os he de coser con el carro. El carretero, que vió la determinacion de aquella armada fantasma, le dijo: señor mio, vuesa merced sea servido por caridad dejarme deshuncir las mulas, y ponerme en salvo con ellas antes que se desenvainen (1) los leones, porque si me las matan quedará rematado para toda mi vida, que no tengo otra hacienda sino este carro y estas mulas. Oh hombre de poca fe, respondió don Quijote: apéate y des-hunce, y haz lo que quisieres, que presto verás que trabajaste en vano, y que pudieras ahorrar desta diligencia.

Apeóse el carretero y deshunció á gran priesa, y el leonero dijo á grandes voces: séanme testigos cuantos aquí estan como contra mi voluntad y forzado abro las jaulas y suelto los leones, y de que protesto á este señor, que todo el mal y daño que estas bestias hicieren corra y vaya por su cuenta, con mas mis salarios y derechos. Vuestras mercedes, señores, se pongan en cobro antes que abra, que yo seguro estoy que no me han de hacer daño. Otra vez le persuadió el hidalgo que no hiciese locura semejante, que era tentar á Dios acometer tal disparate. A lo que respondió don Quijote que el sabia lo que hacia. Respondióle el hidalgo que lo mirase bien, que él entendia que se engañaba. Ahora, señor, replicó don Quijote, si vuesa merced no quiere ser oyente desta, que á su parecer ha de ser tragedia, pique la tordilla y póngase en salvo. Oido lo cual por Sancho, con lágrimas en los ojos le suplicó desistiese de tal empresa, en cuya comparacion habian sido tortas y pan pintado la de los molinos de viento, y la temerosa de los batanes, y finalmente todas las hazañas que habia acometido en todo el discurso de su vida. Mire, señor, decia Sancho, que aquí no hay encanto ni cosa que lo valga, que yo he visto por entre las verjas y resquicios de la jaula una uña de leon verdadero, y saco por ella que el tal leon, cuya debe de ser la tal uña, es mayor que una montaña. El miedo á lo menos, respondió don Quijote, te le hará parecer mayor que la mitad del mundo. Retírate Sancho, y déjame, y si aquí muriere, ya sabes nuestro antiguo concierto, acudirás á Dulcinea, y no te digo mas. A estas añadió otras razones con que quitó las esperanzas de que no habia de dejar de proseguir su desvariado intento. Quisiera el del Verde Gaban oponérsele; pero vióse desigual en las armas, y no le pareció cordura tomarse con un loco, que ya se lo habia parecido de todo punto don Quijote, el cual volviendo á dar priesa al leonero, y á reiterar las amenazas, dió ocasion al hidalgo á que picase la yegua, y Sancho al rucio, y el carretero á sus mulas, procurando todos apartarse del carro lo mas que pudiesen antes que los leones se desembanastasen (2). Lloraba Sancho la muerte de su señor, que aquella vez sin duda creia que llegaba en la garras de los leones: maldecia su ventura, y llamaba menguada la hora en que le vino al pensamiento volver á servirle; pero no por llorar y lamentarse dejaba de aporrear al rucio para que se alejase del carro. Viendo pues el leonero que ya los que iban huyendo estaban bien desviados, tornó á requerir y á intimar á don Quijote lo que ya le habia requerido é intimado, el cual respondió que lo oia, y que no se curase de mas intimaciones y requerimientos, que todo sería de poco fruto, y que se diese priesa.

En el espacio que tardó el leonero en abrir la jaula primera estuvo considerando don Quijote si sería bien hacer la batalla antes á pie que á caballo, y en fin se determinó de hacerla á pie temiendo que Rocinante se espantaria con la vista de los leo-

(1) Antes que se suelten ó salgan de las jaulas. Espresion metafórica. — Arr.

(2) Otra espresion metafórica, por antes que se saliesen de las jaulas. — Arr.

nes : por esto saltó del caballo, arrojó la lanza y embrazó el escudo, y desenvainando la espada, paso ante paso con maravilloso denuedo y corazon valiente se fué á poner delante del carro, encomendándose á Dios de todo corazon, y luego á su señora Dulcinea.

Y es de saber, que llegando á este paso el autor de esta verdadera historia exclama y dice : ¡oh fuerte y sobre todo encarecimiento animoso don Quijote de la Mancha, espejo donde se pueden mirar todos los valientes del mundo, segundo y nuevo don Manuel de Leon, que fue gloria y honra de los españoles caballeros (1)! ¿Con qué palabras contaré esta tan espantosa hazaña, ó con qué razones la haré creible á los siglos venideros? ó ¿qué alabanzas habrá que no te convengan y cuadren, aunque sean hipérboles sobre todos los hipérboles? ¡Tú á pie, tú solo, tú intrépido, tú magnánimo, con sola una espada, y no de las del perrillo (2) cortadoras, con un escudo. no de muy luciente y limpio acero, estás aguardando y atendiendo los dos mas fieros leones que jamas criaron las africanas selvas! ¡Tus mismos hechos sean los que te alaben, valeroso manchego, que yo los dejo aquí en su punto por faltarme palabras con que encarecerlos!

Aquí cesó la referida exclamacion del autor, y pasó adelante anudando el hilo de la historia diciendo, que habiendo visto el leonero ya puesto en postura á don Quijote, y que no podia dejar de soltar al leon macho so pena de caer en la desgracia del indignado y atrevido caballero, abrió de par en par la primera jaula donde estaba, como se ha dicho, el leon, el cual pareció de grandeza extraordinaria y de espantable y fea catadura. Lo primero que hizo fue revolverse en la jaula donde venia echado y tender la garra, y desperezarse todo : abrió luego la boca y bostezó muy despacio, y con casi dos palmos de lengua que sacó fuera se despolvoreó los ojos y se lavó el rostro : hecho esto sacó la cabeza fuera de la jaula y miró á todas partes con los ojos hechos brasas, vista y ademan para poner espanto á la misma temeridad. Solo don Quijote lo miraba atentamente, deseando que saltase ya del carro y viniese con él á las manos, entre las cuales pensaba hacerle pedazos.

Hasta aquí llegó el extremo de su jamas vista locura ; pero el generoso leon, mas comedido que arrogante, no haciendo caso de niñerías ni de bravatas, despues de haber mirado á una y á otra parte, como se ha dicho, volvió las espaldas y enseñó sus traseras partes á don Quijote, y con gran flema y remanso se volvió á echar en la jaula : viendo lo cual don Quijote mandó al leonero que le diese de palos, y le irritase para echarle fuera. Eso no no haré yo, respondió el leonero, porque si yo le instigo, el primero á quien hará pedazos será á mí mismo. Vuesa merced, señor caballero, se contente con lo hecho, que es todo lo que puede decirse en género de valentia, y no quiera tentar segunda fortuna : el leon tiene abierta la puerta, en su mano está el salir ó no salir ; pero pues no ha salido hasta ahora, no saldrá en todo el dia : la grandeza del corazon de vuesa merced ya está bien declarada : ningun bravo peleante, segun á mí se me alcanza, está obligado á mas que á desafiar á su enemigo y esperarle en campaña ; y si el contrario no acude, en él se queda la infamia, y el esperante gana la corona del vencimiento. Así es verdad, respondió don Quijote : cierra, amigo, la puerta, y dame por testimonio en la mejor forma que pudieres lo que aquí me has visto hacer ; conviene á saber, como tú abriste al leon, yo le esperé,

(1) Imitó don Quijote en esta aventura á otros caballeros, que emprendieron otras semejantes á esta : como fue Perion de Gaula, padre de Amadis, que «tomando sus armas, descendió del caballo, que adelante, espantado del fuerte leon, ir no queria ; y poniendo su escudo delante, y la espada en la mano, al leon se fué... El leon asimismo contra él se vino, y juntándose ambos, teniéndole el leon debajo en punto de le matar, no perdiendo el rey su grande esfuerzo, hiriéndole con su espada por el vientre, lo hizo caer muerto ante sí.» — P.

(2) Llamábanse así estas espadas porque tenian por marca un perro pequeño grabado en su canal : fabricábanlas Julian del Rey, armero de Toledo, que tambien lo fue en Zaragoza, y que usaba igualmente de otras marcas. — P.

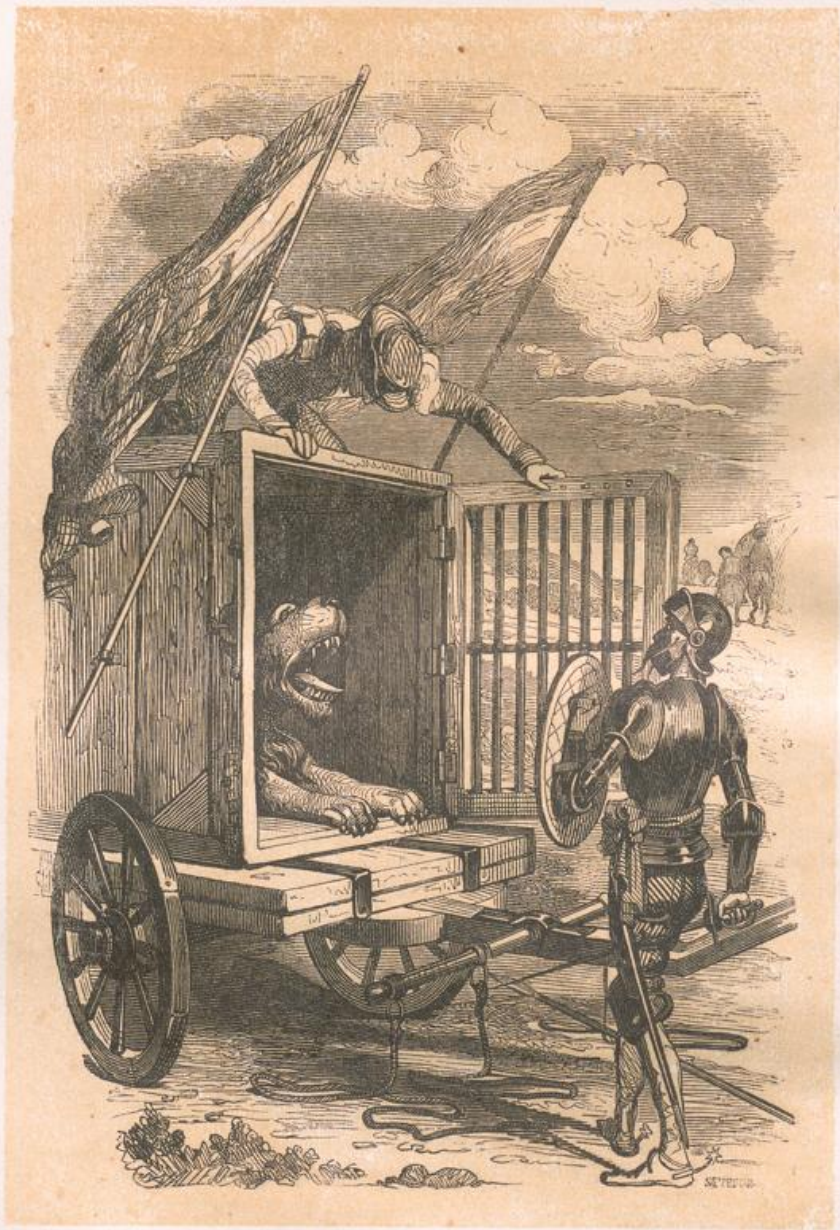
él no salió, volvíle á esperar, volvió á no salir, y volvíose á acostar. No debo mas, y encantos afuera, y Dios ayude á la razon y á la verdad, y á la verdadera caballeria, y cierra como he dicho en tanto que hago señas á los huidos y ausentes para que sepan de tu boca esta hazaña.

Hizolo así el leonero, y don Quijote poniendo en la punta de la lanza el lienzo con que se habia limpiado el rostro de la lluvia de los requesones, comenzó á llamar á los que no dejaban de huir ni de volver la cabeza á cada paso, todos en tropa y antecogidos del hidalgo; pero alcanzando Sancho á ver la señal del blanco paño dijo: que me maten si mi señor no ha vencido á las fieras bestias, pues nos llama. Detuviéronse todos, y conocieron que el que hacia las señas era don Quijote, y perdiendo alguna parte del miedo, poco á poco se vinieron acercando hasta donde claramente oyeron las voces de don Quijote, que los llamaba. Finalmente volvieron al carro, y en llegando dijo don Quijote al carretero: volved, hermano á uncir vuestras mulas y á proseguir vuestro viaje; y tú, Sancho, dale dos escudos de oro para él y para el leonero en recompensa de lo que por mí se han detenido. Esos daré yo de muy buena gana, respondió Sancho; pero ¿qué se han hecho los leones? son muertos ó vivos? Entonces el leonero menudamente y por sus pausas contó el fin de la contienda, exagerando, como él mejor pudo y supo, el valor de don Quijote, de cuya vista el leon acobardado no quiso ni osó salir de la jaula, puesto que habia tenido un buen espacio abierta la puerta de la jaula, y que por haber él dicho á aquel caballero que era tentar á Dios irritar al leon para que por fuerza saliese, como él queria que se irritase, mal de su grado y contra toda su voluntad habia permitido que la puerta se cerrase. ¿Qué te parece desto, Sancho, dijo don Quijote, hay encantos que valgan contra la verdadera valentia? bien podrán los encantadores quitarme la ventura, pero el esfuerzo y el ánimo será imposible. Dió los escudos Sancho, unció el carretero, besó las manos el leonero á don Quijote por la merced recibida, y prometióle de contar aquella valerosa hazaña al mismo rey cuando en la corte se viesse. Pues si acaso su magestad preguntare quien la hizo, diréisle, que el CABALLERO DE LOS LEONES: que de aquí adelante quiero que en este se trueque, cambie, vuelva y mude el que hasta aquí he tenido del *caballero de la Triste Figura*; y en esto sigo la antigua usanza de los andantes caballeros, que se mudaban los nombres cuando querian ó cuando les venia á cuento (1).

Siguió su camino el carro, y don Quijote, Sancho y el del Verde Gaban prosiguieron el suyo. En todo este tiempo no habia hablado palabra don Diego de Miranda, todo atento á mirar y á notar los hechos y palabras de don Quijote, pareciéndole que era un cuerdo loco, y un loco que tiraba á cuerdo. No habia aun llegado á su noticia la primera parte de su historia, que si la hubiera leído cesara la admiracion en que lo ponian sus hechos y sus palabras, pues ya supiera el género de su locura; pero como no la sabia, ya le tenia por cuerdo y ya por loco, porque lo que hablaba era concertado, elegante y bien dicho, y lo que hacia disparatado, temerario y tonto; y decia entre sí: ¿qué mas locura puede ser que ponerse la celada llena de requesones, y darse á entender que le ablandaban los cascos los encantadores? ¿y qué mayor temeridad y disparate que querer pelear por fuerza con leones?

Destas imaginaciones y deste soliloquio le sacó don Quijote, diciéndole: ¿quién duda, señor don Diego de Miranda, que vuesa merced no me tenga en su opinion por un hombre disparatado y loco? y no seria mucho que así fuese, porque mis obras no pueden dar testimonio de otra cosa: pues con todo esto quiero que vuesa merced advierta que no soy tan loco ni tan menguado como debo de haberle parecido. Bien parece un gallardo caballero á los ojos de su rey, en la mitad de una gran plaza, dar una lan-

(1) Muchos caballeros andantes pudieran citarse aquí que mudaron el nombre: pero á quien imitó principalmente don Quijote fue, como se ha dicho, á Amadis de Gaula, que no solo se llamó tambien *el caballero de los leones*, sino *el caballero de la Verde Espada*, y *el caballero del Enano* (Cap. XI y LXX). — P.



zada con felice suceso á un bravo toro : bien parece un caballero, armado de resplandecientes armas, pasar la tela (1) en alegres justas delante de las damas; y bien parecen todos aquellos caballeros que en ejercicios militares, ó que lo parezcan, entretienen y alegran, y si se puede decir, honran las cortes de sus príncipes; pero sobre todos estos parece mejor un caballero andante, que por los desiertos, por las soledades, por las encrucijadas, por las selvas y por los montes anda buscando peligrosas aventuras con intencion de darles dichosa y bien afortunada cima, solo por alcanzar gloriosa fama y duradera. Mejor parece, digo, un caballero andante socorriendo á una viuda en algun despoblado, que un cortesano caballero requebrando á una doncella en las ciudades. Todos los caballeros tienen sus particulares ejercicios : sirva á las damas el cortesano, autorice la corte de su rey con libreas, sustente los caballeros pobres con el espléndido plato de su mesa, concierte justas (2), mantenga torneos (3), y muéstrese grande, liberal y magnifico, y buen cristiano sobre todo, y desta manera cumplirá con sus precisas obligaciones; pero el andante caballero busque los rincones del mundo, éntrese en los mas intrincados laberintos, acometa á cada paso lo imposible, resista en los páramos despoblados los ardientes rayos del sol en la mitad del verano, y en el invierno la dura inclemencia de los vientos y de los hielos : no le asombren leones, ni le espanten vestiglos, ni atemoricen endriagos, que buscar estos, acometer aquellos, y vencerlos á todos, son sus principales y verdaderos ejercicios. Yo pues, como me cupo en suerte ser uno del número de la andante caballeria, no puedo dejar de acometer todo aquello que á mi me pareciere que cae debajo de la jurisdiccion de mis ejercicios; y así el acometer los leones que ahora acometé, derechamente me tocaba, puesto que conocí ser temeridad exorbitante; porque bien sé lo que es valentia, que es una virtud que está puesta entre dos extremos viciosos, como son la cobardia y la temeridad; pero menos mal será que el que es valiente toque y suba al punto de temerario, que no que baje y toque en el punto de cobarde : que así como es mas fácil venir el pródigo á ser liberal que el avaro, así es mas fácil dar el temerario en verdadero valiente, que no el cobarde subir á la verdadera valentia; y en esto de acometer aventuras, créame vuesa merced, señor don Diego, que antes se ha de perder por carta de mas que de menos; porque mejor suena en las orejas de los que lo oyen : el tal caballero es temerario y atrevido, que no : el tal caballero es tímido y cobarde.

Digo, señor don Quijote, respondió don Diego, que todo lo que vuesa merced ha dicho y hecho va nivelado con el fiel de la misma razon, y que entiendo que si las ordenanzas y leyes de la caballeria andante se perdiesen, se hallarian en el pecho de vuesa merced como en su mismo depósito y archivo; y démonos priesa, que se hace tarde, y lleguemos á mi aldea y casa, donde descansará vuesa merced del pasado trabajo, que si no ha sido del cuerpo, ha sido del espíritu, que suele tal vez redundar en cansancio del cuerpo. Tengo el ofrecimiento á gran favor y merced, señor don Diego, respondió don Quijote; y picando mas de lo que hasta entonces, serian como las dos de la tarde cuando llegaron á la aldea y á la casa de don Diego, á quien don Quijote llamaba *el caballero del Verde Gaban*.

(1) Acaso en el original se leeria *pasear la tela*. La tela era un sitio cerrado y dispuesto para fiesta y lides públicas, y otros espectáculos, como justas, torneos, y juegos de cañas y sortija. La de Madrid estaba fuera de la Puerta de Segovia, entre ella y el rio, al norte del puente, cuyo nombre y espacio se conserva todavía, y es el punto de descanso de las carretas que llegan á la villa.

(2) *Justa* se llamaba el juego ó ejercicio festivo de caballeros armados de punta en blanco, en que á modo de alarde, ó simulacro, como ahora dicen, ejecutaban las acciones del combate. Equivalian á lo que hoy se llama ejercicios militares. — Arr. La diferencia que habia entre *justas* y *torneos* es que en las primeras peleaban uno á uno, y en los torneos de cuadrilla en cuadrilla. Además, las justas eran tan solo una pelea á caballo y con lanza, mientras que los torneos comprendian toda clase de combates.

(3) *Mantener torneo* es ser el principal en la fiesta ó ejercicio de este nombre, ó el mantenedor de ella. — Arr.



CAPITULO XVIII.

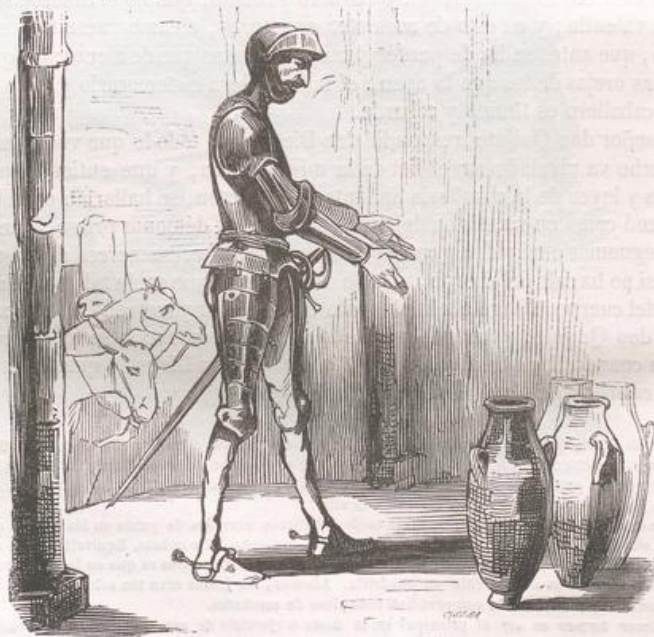
De lo que sucedió á don Quijote en el castillo ó casa del Verde Gaban , con otras cosas extravagantes.



HALLÓ don Quijote ser la casa de don Diego de Miranda ancha como de aldea, las armas empero , aunque de piedra tosca , encima de la puerta de la calle , la bodega en el patio , la cueva en el portal , y muchas tinajas á la redonda , que por ser del Toboso le renovaron las memorias de su encantada y trasformada Dulcinea ; y suspirando y sin mirar lo que decia , ni delante de quien estaba , dijo :

¡O dulces prendas , por mi mal halladas!
Dulces y alegres cuando Dios queria (1).

¡Oh tobosesca tinajas , que me habeis traído á la memoria la dulce prenda de mi ma-



(1) Estos dos versos son de Garcilaso de la Vega , con que empieza el soneto 10 : es imitacion de Virgilio;

yor amargura! Oyóle decir esto el estudiante poeta, hijo de don Diego, que con su madre había salido á recibirle, y madre é hijo quedaron suspensos de ver la extraña figura de don Quijote, el cual apeándose de Rocinante fué con mucha cortesía á pedirle las manos para besárselas, y don Diego dijo: recibid, señora, con vuestro sólito agrado al señor don Quijote de la Mancha, que es el que teneis delante, andante caballero, y el mas valiente y el mas discreto que tiene el mundo. La señora, que doña Cristina se llamaba, le recibió con muestras de mucho amor y de mucha cortesía, y don Quijote se le ofreció con asaz de discretas y comedidas razones. Casi los mismos comedimientos pasó con el estudiante, que en oyéndole hablar don Quijote le tuvo por discreto y agudo.



Aquí pinta el autor todas las circunstancias de la casa de don Diego, pintándonos en ellas lo que contiene una casa de un caballero labrador y rico; pero al traductor desta historia le pareció pasar estas y otras semejantes menudencias en silencio, porque no venian bien con el propósito principal de la historia, la cual mas tiene su fuerza en la verdad que en las frias digresiones.

Entraron á don Quijote en una sala, desarmóle Sancho, quedó en valones (1) y en jubon de camuza, todo bisunto con la mugre de las armas: el cuello era valona á lo estudiantil sin almidon y sin randas, los borceguíes eran datilados (2) y encerados los zapatos. Cínóse su buena espada, que pendia de un tahali de lobos marinos: que es opinion que muchos años fue enfermo de los riñones (3): cubrióse un herreruelo de buen paño pardo; pero antes de todo, con cinco calderos ó seis de agua (que en la cantidad de los calderos hay alguna diferencia) se lavó la cabeza y rostro, y todavía se quedó el agua de color de suero; merced á la golosina de Sancho y á la compra de sus negros requesones, que tan blanco pusieron á su amo. Con los referidos atavios y con gentil donaire y gallardia salió don Quijote á otra sala donde el estu-

cuando Dido, á vista de las armas y prendas de Eneas, esclama

Dulces exuvie dum fata deusque sinebant

Gregorio Hernandez de Velasco tradujo este verso así:

*¡O dulces prendas cuando Dios quería
Y me era amigo mi infelice hado!*

(1) Cierta género de zaragüelles, ó gregüescos, al uso de los Walones, dice Covarrubias. — Arr.

(2) De color de dátíl, que es como gastan sus borceguíes los moriscos. — Arr.

(3) El tahali, dice Covarrubias en su *Tesoro*, es un cinto ancho, que cuelga desde el hombro derecho hasta lo bajo del brazo izquierdo, del cual hoy día los turcos cuelgan sus alfanges; y muchos de los nuestros enfermos de los riñones, por hacerles daño la pretina, cuelgan las espadas de los tahalíes. — P.

diante le estaba esperando para entretenerle en tanto que las mesas se ponian; que por la venida de tan noble huésped queria la señora doña Cristina mostrar que sabia y podia regalar á los que á su casa llegasen.

En tanto que don Quijote se estuvo desarmando tuvo lugar don Lorenzo (que así se llamaba el hijo de don Diego) de decir á su padre: ¿quién diremos, señor, que es este caballero que vuesa merced nos ha traído á casa? que el nombre, la figura y el decir que es caballero andante, á mí y á mi madre nos tiene suspensos. No sé lo que te diga, hijo, respondió don Diego: solo te sabré decir que le he visto hacer cosas del mayor loco del mundo, y decir razones tan discretas, que borran y deshacen sus hechos: háblale tú, y toma el pulso á lo que sabe, y pues eres discreto juzga de su discrecion ó tontería lo que mas puesto en razon estuviere, aunque para decir verdad, antes le tengo por loco que por cuerdo.

Con esto se fué don Lorenzo á entretener á don Quijote, como queda dicho, y y entre otras pláticas que los dos pasaron dijo don Quijote á don Lorenzo: el señor don Diego de Miranda, padre de vuesa merced, me ha dado noticia de la rara habilidad y sutil ingenio que vuesa merced tiene, y sobre todo que es vuesa merced un gran poeta. Poeta bien podrá ser, respondió don Lorenzo, pero grande, ni por pensamiento: verdad es que yo soy algun tanto aficionado á la poesia y á leer los buenos poetas; pero no de manera que se me pueda dar el nombre de grande que mi padre dice.

No me parece mal esa humildad, respondió don Quijote, porque no hay poeta que no sea arrogante, y piense de si que es el mayor poeta del mundo. No hay regla sin excepcion, respondió don Lorenzo, y alguno habrá que lo sea y no lo piense. Pocos, respondió don Quijote; pero dígame vuesa merced ¿qué versos son los que ahora trae entre manos que me ha dicho el señor su padre que le trae algo inquieto y pensativo? Y si es alguna glosa, á mí se me entiende algo de achaque de glosas, y holgaria saberlos; y si es que son de justa literaria (1), procure vuesa merced llevar el segundo premio, que el primero siempre se lleva el favor ó la gran calidad de la persona, el segundo se le lleva la mera justicia, y el tercero viene á ser segundo, y el primero á esta cuenta será el tercero, al modo de las licencias que se dan en las universidades (2); pero con todo esto, gran personaje es el nombre de primero.

Hasta ahora, dijo entre sí don Lorenzo, no os podré yo juzgar por loco, vamos adelante, y díjole: paréceme que vuesa merced ha cursado las escuelas; ¿qué ciencias ha oído? La de la caballeria andante, respondió don Quijote, que es tan buena como la de la poesia, y aun dos deditos mas. No sé qué ciencia sea esa, replicó don Lorenzo, y hasta ahora no ha llegado á mi noticia. Es una ciencia, replicó don Quijote, que encierra en sí todas ó las mas ciencias del mundo, á causa que el que la profesa ha de ser jurisperito, y saber las leyes de la justicia distributiva y conmutativa, para dar á cada uno lo que es suyo y lo que le conviene: ha de ser teólogo para saber dar razon de la cristiana ley que profesa clara y distintamente adonde quiera que le fuere pedido: ha de ser médico, y principalmente herbolario, para conocer en mitad de los despoblados y desiertos las yerbas que tienen virtud de sanar las heridas, que no ha de andar el caballero andante á cada triquete (3) buscando quien se las cure: ha de ser astrólogo para conocer por las estrellas cuantas horas son pasadas de la noche, y en

(1) Las Justas literarias estaban todavia muy en moda en tiempo de Cervantes, pues él mismo estando en Sevilla se llevó el primer premio en el concurso abierto en Zaragoza para la canonizacion de S. Jacinto, y en sus últimos años concurrió tambien á la justa abierta para el elogio de Sta. Teresa. A la muerte de Lope de Vega, hubo una justa de esta especie para celebrarle, y se reunieron las mejores piezas del concurso bajo el título de *Fama póstuma*.

(2) Esta comparacion está adecuada al modo y forma con que se concede en la universidad de Alcalá el grado de licenciado á los que aspiran al grado mayor en teologia, medicina y artes. Despues de concluidos los ejercicios se reúnen los doctores, y asignan á los graduados, segun el mérito de cada uno, y segun sus particulares circunstancias, los lugares que han de ocupar en el rötulo, y son los mismos con que han de tener despues sus asientos en las funciones públicas, y con que los teólogos y maestros en artes han de obtener sucesivamente las prebendas de aquella iglesia magistral. — Arr.

(3) A cada trance, ó á cada paso. — Arr.

qué parte y en qué clima del mundo se halla : ha de saber las matemáticas, porque á cada paso se le ofrecerá tener necesidad de ellas ; y dejando aparte que ha de estar adornado de todas las virtudes teologales y cardinales, decendiendo á otras menudencias, digo, que ha de saber nadar, como dicen que nadaba el peje Nicolas ó Nicolao (1): ha de saber herrar un caballo, y aderezar la silla y el freno : y volviendo á lo de arriba, ha de guardar la fe á Dios y á su dama : ha de ser casto en los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos, y finalmente mantenedor de la verdad aunque le cueste la vida el defenderla. De todas estas grandes y mínimas partes se compone un buen caballero andante, porque vea vuesa merced, señor don Lorenzo, si es ciencia mocosa (2) la que aprende el caballero que la estudia y la profesa, y si se puede igualar á las mas estiradas (3) que en los gimnasios y escuelas se enseñan.

Si eso es así, replicó don Lorenzo, yo digo que se aventaja esa ciencia á todas. ¿ Como si es así? respondió don Quijote. Lo que yo quiero decir, dijo don Lorenzo, es que dudo que haya habido ni que los haya ahora caballeros andantes y adornados de virtudes tantas. Muchas veces he dicho lo que vuelvo á decir ahora, respondió don Quijote, que la mayor parte de la gente del mundo está de parecer de que no ha habido en él caballeros andantes ; y por parecerme á mí que, si el cielo milagrosamente no les da á entender la verdad de que los hubo y de que los hay, cualquier trabajo que se tome ha de ser en vano, como muchas veces me lo ha mostrado la experiencia, no quiero detenerme ahora en sacar á vuesa merced del error que con los muchos tiene: lo que pienso hacer es el rogar al cielo le saque dél, y le dé á entender cuan provechosos y cuan necesarios fueron al mundo los caballeros andantes en los pasados siglos, y cuan útiles fueran en el presente si se usáran ; pero triunfan ahora por pecados de las gentes la pereza, la ociosidad, la gula y el regalo. Escapado se nos há nuestro huésped, dijo á esta sazón entre sí don Lorenzo ; pero con todo eso éles loco bizarro, y yo sería mentecato flojo si así no lo creyese.

Aquí dieron fin á su plática porque los llamaron á comer. Preguntó don Diego á su hijo que había sacado en limpio del ingenio del huésped. A lo que él respondió : no le sacarán del borrador de su locura cuantos médicos y buenos escribanos tiene el mundo : él es un entreverado loco lleno de lucidos intervalos. Fuéronse á comer, y la comida fue tal como don Diego había dicho en el camino que la solia dar á sus convidados, limpia, abundante y sabrosa ; pero de lo que mas se contentó don Quijote fue del maravilloso silencio que en toda la casa había, que semejava un monasterio de cartujos.

Levantados pues los manteles, y dadas gracias á Dios y agua á las manos, don Quijote pidió ahincadamente á don Lorenzo dijese los versos de la justa literaria. A lo que él respondió : por no parecer de aquellos poetas que cuando les ruegan digan su versos los niegan, y cuando no se los piden los vomitan, yo diré mi glosa, de la cual no espero premio alguno, que solo por ejercitar el ingenio la he hecho. Un amigo y discreto, respondió don Quijote, era de parecer que no se habia de cansar nadie en glosar versos ; y la razon, decia él, era que jamas la glosa podia llegar al texto, y que muchas ó las mas veces iba la glosa fuera de la intencion y propósito de lo que pedia lo que se glosaba, y mas que las leyes de la glosa eran demasidamente estrechas, que no sufrían interrogantes, ni *dijo*, ni *diré*, ni hacer nombres de verbos, ni mudar el sentido, con otras ataduras y estrechezas con que van atados los que glosan, como vuesa merced debe de saber.

(1) Era llamado comunmente Pesce-Cola, ó el Pez-Nicolao : era siciliano, natural de Catania, donde vivia á fines del siglo xv. Dicese que se acostumbró tanto á vivir en el agua desde pequeño, que habitaba mas en ella que en tierra, y que á guisa de bestia marina cortaba las olas del mar en medio de las tormentas. — P.

(2) Esto es, como si dijéramos, *pueril*, *fútil*, ó *de poca monta*. — Arr.

(3) Esto es, á las mas serias é importantes. — Arr.

Verdaderamente, señor don Quijote, dijo don Lorenzo, que deseo coger á vuesa merced en un mal latin (1) continuado, y no puedo, porque se me desliza de entre las manos como anguila. No entiendo, respondió don Quijote, lo que vuesa merced dice ni quiere decir en eso del deslizarme. Yo me daré á entender, respondió don Lorenzo, y por ahora esté vuesa merced atento á los versos glosados y á la glosa, que dicen desta manera :

Si mi fue tornase á es,
Sin esperar mas será,
O viniese el tiempo ya
De lo que será despues.

GLOSA.

Al fin como todo pasa,
Se pasó el bien que me dió
Fortuna, un tiempo no escasa,
Y nunca me le volvió,
Ni abundante, ni por tasa.
Siglos há ya que me ves,
Fortuna, puesto á tus pies;
Vuélveme á ser venturoso,
Que será mi sér dichoso
Si mi fue tornase á es.

No quiero otro gusto ó gloria,
Otra palma ó vencimiento,
Otro triunfo, otra victoria,
Sino volver al contento,
Que es pesar en mi memoria.
Si tú me vuelves allá,
Fortuna, templado está
Todo el rigor de mi fuego,
Y mas si este bien es luego,
Sin esperar mas será.

Cosas imposibles pido,
Pues volver el tiempo á ser,
Despues que una vez ha sido,
No hay en la tierra poder
Que á tanto se haya extendido.
Corre el tiempo, vuela y va
Lijero, y no volverá,
Y erraria el que pidiese,
O que el tiempo ya se fuése,
O viniese el tiempo ya.

Vivir en perpleja vida,
Ya esperando, ya temiendo,
Es muerte muy conocida,
Y es mucho mejor muriendo
Buscar al dolor salida.
A mí me fuera interes
Acabar; mas no lo es,
Pues con discurso mejor,
Me da la vida el temor
De lo que será despues.

(1) Esto es, en un error ó equivocacion continuada. — Arr.

En acabando de decir su glosa don Lorenzo se levantó en pie don Quijote; y en voz levantada, que parecia grito, asiendo con su mano la derecha de don Lorenzo dijo: viven los cielos donde mas altos estan, mancebo generoso, que sois el mejor poeta del orbe, y que merecis estar laureado, no por Chipre, ni por Gaeta, como dijo un poeta, que Dios perdone, sino por las academias de Atenas, si hoy vivieran, y por las que hoy viven de Paris, Bolonia y Salamanca. Plega al cielo que los jueces que os quitáren el premio primero, Febo los asaete, y las musas jamas atraviesen los umbrales de sus casas. Decidme, señor, si sois servido algunos versos mayores, que quiero tomar de todo en todo el pulso á vuestro admirable ingenio. ¿No es bueno que dicen que se holgó don Lorenzo de verse alabar de don Quijote, aunque le tenia por loco? ¡Oh fuerza de la adulacion, á quanto te extiendes, y cuan dilatados limites son los de tu jurisdiccion agradable! Esta verdad acreditó don Lorenzo, pues descendió con la demanda y deseo de don Quijote diciéndole este soneto á la fábula ó historia de Piramo y Tisbe.

SONETO.

El muro rompe la doncella hermosa,
Que de Piramo abrió el gallardo pecho;
Parte el Amor de Chipre, y va derecho
A ver la quiebra estrecha y prodigiosa.

Habla el Silencio allí, porque no osa
La voz entrar por tan estrecho estrecho;
Las almas si, que Amor suele de hecho
Facilitar la mas difícil cosa.

Salió el Deseo de compas, y el paso
De la imprudente vírgen solicita
Por su gusto su muerte ved que historia,
Que á entrambos en un punto ¡oh extraño caso!
Los mata, los encumbra y resucita
Una espada, un sepulcro, una memoria.

¡Bendito sea Dios, dijo don Quijote habiendo oido el soneto á don Lorenzo, que entre los infinitos poetas consumidos que hay, he visto un consumado poeta, como lo es vuesa merced, señor mio, que así me lo da á entender el artificio deste soneto!

Cuatro dias estuvo don Quijote regaladísimo en la casa de don Diego, al cabo de los cuales le pidió licencia para irse, diciéndole que le agradecia la merced y buen tratamiento que en su casa habia recibido; pero que por no parecer bien que los caballeros andantes se den muchas horas al ocio y al regalo, se queria ir á cumplir con su oficio, buscando las aventuras, de quien tenia noticia que aquella tierra abundaba, donde esperaba entretener el tiempo hasta que llegase el dia de las justas de Zaragoza, que era el de su derecha derrota; y que primero habia de entrar en la cueva de Montesinos (1), de quien tantas y tan admirables cosas en aquellos contornos se contaban, sabiendo é inquiriendo asimismo el nacimiento y verdaderos manantiales de las siete lagunas llamadas comunmente de Ruidera. Don Diego y su hijo le alabaron su honrosa determinacion, y le dijeron que tomase de su casa y de su hacienda todo lo que en grado le viniese, que le servirian con la voluntad posible, que á ello les obligaba el valor de su persona y la honrosa profesion suya.

Llegóse en fin el dia de su partida, tan alegre para don Quijote como triste y

(1) En la *Silva de Romances*, fol. 59, se refiere un desafio, que se hizo en Paris, de dos caballeros principales de la *Tabla redonda*, los cuales son Montesinos y Oliveros. — A.

aciago para Sancho Panza, que se hallaba muy bien con la abundancia de la casa de don Diego, y rehusaba de volver á la hambre que se usa en las florestas y despoblados, y á la estrechez de sus mal proveidas alforjas: con todo esto las llenó y colmó de lo mas necesario que le pareció, y al despedirse dijo don Quijote á don Lorenzo: no sé si he dicho á vuesa merced otra vez, y si lo he dicho lo vuelvo á decir, que cuando vuesa merced quisiere ahorrar caminos y trabajos para llegar á la inaccesible cumbre del templo de la fama, no tiene que hacer otra cosa sino dejar á una parte la senda de la poesia algo estrecha, y tomar la estrechísima de la andante caballeria; bastante para hacerle emperador en daca las pajas (1).

Con estas razones acabó don Quijote de cerrar el proceso de su locura, y mas con las que añadió diciendo: sabe Dios si quisiera llevar conmigo al señor don Lorenzo para enseñarle como se han de perdonar los sugetos, y supeditar y acocer los soberbios, virtudes anejas á la profesion que yo profeso; pero pues no lo pide su poca edad, ni lo querrán consentir sus loables ejercicios, solo me contento con advertirle á vuesa merced, que siendo poeta podrá ser famoso si se guia mas por el parecer ajeno que por el propio; porque no hay padre ni madre á quien sus hijos le parezcan feos, y en los que lo son del entendimiento corre mas este engaño. De nuevo se admiraron padre é hijo de las entremetidas razones de don Quijote, ya discretas y ya disparatadas, y del tema y teson que lleva de acudir de todo en todo á la busca de sus desventuradas aventuras, que las tenia por fin y blanco de sus deseos. Reiteráronse los ofrecimientos y comedimientos, y con la buena licencia de la señora del castillo don Quijote y Sancho sobre Rocinante y el rucio se partieron.

(1) *En daca las pajas*, esto es, muy en breve, ó en lo que se tarda en decir esta espresion. — Arr.





CAPITULO XIX.

Donde se cuenta la aventura del pastor enamorado, con otros en verdad graciosos sucesos.



Poco trecho se habia alongado don Quijote del lugar de don Diego cuando encontró con dos como clérigos ó como estudiantes, y con dos labradores, que sobre cuatro bestias asnales venian caballeros. El uno de los

estudiantes traia como en portamanteo en un lienzo de bocací verde envuelto al parecer un poco de grana blanca y dos pares de medias de cordellate; el otro no traia otra cosa que dos espadas negras (1) de esgrima nuevas y con sus zapatillas. Los labradores traian otras cosas que daban indicio y señal que venian de alguna villa grande donde las habian comprado, y las llevaban á su aldea; y así estudiantes como labradores cayeron en la misma admiracion en que caian todos aquellos que la vez primera veian á don Quijote, y morian por saber qué hombre fuese aquel tan fuera del uso de los otros hombres. Saludóles don Quijote; y despues de saber el camino que llevaban, que era el mismo que él hacia, les ofreció su compañía, y les pidió detuviesen el paso, porque caminaban mas sus pollinas que su caballo; y para obligarlos, en breves razones les dijo quien era, y su oficio y profesion, que era de caballero andante, que iba á buscar las aventuras por todas las partes del mundo. Dijoles que se llamaba de nombre propio don Quijote de la Mancha, y por el apelativo *el caballero de los Leones*. Todo esto para los labradores era hablarles en griego ó en gerigonza (2); pero no para los estudiantes, que luego entendieron la flaqueza del cerebro de don Quijote; pero con todo eso le miraban con admiracion y con respeto, y uno dellos le dijo: si vuesa merced, señor caballero, no lleva camino determinado, como no le suelen llevar los que buscan las aventuras, vuesa merced se

(1) Llámase *espadas negras* las de esgrima, porque son de solo hierro, sin lustre ni corte, y con boton en la punta; á diferencia de las *blancas*, que son aceradas y bruñidas y con la punta descubierta, porque son armas ofensivas y defensivas. Hoy se llaman *foretes* las de la esgrima ó *destreza*, voz, que esplica la que mas adelante se lee, el *diestro*, y que no se usa ya en su acepcion antigua y genuina, mas que en el lenguaje taumático.

(2) Voz hebráico-griega que significa *lengua de advenedizos* ó extranjeros; y como lo son los gitanos se llama *gerigonza* su lengua particular, ó su *germania*. — P.

venga con nosotros, verá una de las mejores bodas y mas ricas que hasta el dia de hoy se habrán celebrado en la Mancha, ni en otras muchas leguas á la redonda.

Preguntóle don Quijote si eran de algun principe, que así las ponderaba. No son, respondió el estudiante, sino de un labrador y una labradora; él el mas rico de toda esta tierra, y ella la mas hermosa que han visto los hombres. El aparato con que se han de hacer es extraordinario y nuevo, porque se han de celebrar en un prado que está junto al pueblo de la novia, á quien por excelencia llaman Quitéria la hermosa, y el desposado se llama Camacho el rico, ella de edad de diez y ocho años, y él de veinte y dos: ambos para en uno (1), aunque algunos curiosos que tienen de memoria los linajes de todo el mundo, quieren decir que el de la hermosa Quitéria se aventaja al de Camacho; pero ya no se mira en esto, que las riquezas son poderosas de soldar muchas quiebras. En efecto el tal Camacho es liberal, y hásele antojado de enramar y cubrir todo el prado por arriba, de tal suerte que el sol se ha de ver en trabajo si quiere entrar á visitar las yerbas verdes de que está cubierto el suelo. Tiene asimismo maheridas (2) danzas, así de espadas (3) como de cascabel menudo (4), que hay en su pueblo quien los repique y sacuda por extremo: de zapateadores no digo nada, que es un juicio los que tienen muñidos (5); pero ninguna de las cosas referidas, ni otras muchas que he dejado de referir, ha de hacer mas memorables estas bodas, sino las que imagino que hará en ellas el despedido Basilio.

Es este Basilio un zagal vecino del mismo lugar de Quitéria, el cual tenia su casa pared en medio de la de los padres de Quitéria, de donde tomó ocasion el amor de renovar al mundo los ya olvidados amores de Piramo y Tisbe, porque Basilio se enamoró de Quitéria desde sus tiernos y primeros años, y ella fue correspondiendo á su deseo con mil honestos favores, tanto que se contaban por entretenimiento en el pueblo los amores de los dos niños Basilio y Quitéria. Fue ereciendo la edad, y acordó el padre de Quitéria de estorbar á Basilio la ordinaria entrada que en su casa tenia; y por quitarse de andar receloso y lleno de sospechas, ordenó de casar á su hija con el rico Camacho, no pareciéndole ser bien casarla con Basilio, que no tenia tantos bienes de fortuna como de naturaleza: pues si va á decir las verdades sin envidia, él es el mas ágil mancebo que conocemos, gran tirador de barra, luchador extremado y gran jugador de pelota: corre como un gamo, salta mas que una cabra, y birla á los bolos como por encantamento: canta como una calandria, y toca una guitarra que la hace hablar, y sobre todo juega una espada como el mas pintado.

Por esa sola gracia, dijo á esta sazón don Quijote, merecia ese mancebo, no solo casarse con la hermosa Quitéria, sino con la misma reina Ginebra si fuera hoy viva, á pesar de Lanzarote y de todos aquellos que estorbarlo quisieran.

A mi mujer con eso, dijo Sancho Panza, que hasta entonces habia ido callando y escuchando, la cual no quiere sino que cada uno case con su igual, ateniéndose al refran que dice: cada oveja con su pareja. Lo que yo quisiera es que ese buen Basilio, que ya me le voy aficionando, se casara con esa señora Quitéria, que buen siglo hayan y buen poso (iba á decir al revés) los que estorban que se casen los que bien se quieren. Si todos los que bien se quieren se hubiesen de casar, dijo don Quijote, qui-

(1) Esto es, parejos, ó de igual calidad, y por tanto á propósito para ser unidos. — Arr.

(2) *Maherida*, es voz puramente arabiga, que significa *adiestrada*, hecha con maestria, con ingenio, artísticamente. — A.

(3) Esta danza, dice Mateo Aleman en su *Guzman de Alfarache* (tom. II, cap. VII), se usa en el reino de Toledo, y dánzanla en camisa y en gregüescos de lienzo, con unos tocadores en la cabeza; y traen espadas blancas, y hacen con ellas grandes vueltas y revueltas, y una mudanza que llaman la *degollada*, porque cercan el cuello del que los guia con la espada, y cuando parece que se le van á cortar por todas partes, se les escurre de entre ellas. — P.

(4) Los danzantes (según se dice en el *Tesoro* de Covarrubias) en las fiestas y regocijos se ponen sartales de cascabeles en los jarretes de las piernas, y los mueven al son del instrumento. — P.

(5) Esto es, avisados, apalabrados y prevenidos. Estos *zapateadores* se llamaban así del verbo *zapatear*, que era bailar, dando al mismo tiempo con las palmas de las manos en los pies sobre los zapatos, al son y compas de algun instrumento. — Arr.

tariase la eleccion y jurisdiccion á los padres de casar sus hijos con quien y cuando deben, y si á la voluntad de las hijas quedase escoger los maridos, tal habria que escogiese al criado de su padre, y tal al que vió pasar por la calle á su parecer bizarro y entonado, aunque fuese un desbaratado espadachin : que el amor y la aficion con facilidad ciegan los ojos del entendimiento tan necesarios para escoger estado ; y el del matrimonio está muy á peligro de errarse, y es menester gran tiento y particular favor del cielo para acertarle. Quiere de hacer uno un viaje largo, y si es prudente, antes de ponerse en camino busca alguna compañía segura y apacible con quien acompañarse : ¿pues por qué no hará lo mismo el que ha de caminar toda la vida hasta el paradero de la muerte, y mas si la compañía le ha de acompañar en la cama, en la mesa y en todas partes, como es la de la mujer con su marido? La de la propia mujer no es mercaduria que una vez comprada se vuelve, ó se trueca ó cambia, porque es accidente inseparable, que dura lo que dura la vida : es un lazo que si una vez le echais al cuello se vuelve en el nudo gordiano, que si no le corta la guadaña de la muerte, no hay desatarle. Muchas mas cosas pudiera decir en esta materia si no lo estorbara el deseo que tengo de saber si le queda mas que decir al señor licenciado acerca de la historia de Basilio.

A lo que respondió el estudiante, bachiller ó licenciado como le llamó don Quijote : de todo no me queda mas que decir sino que desde el punto que Basilio supo que la hermosa Quitéria se casaba con Camacho el rico, nunca mas le han visto reir ni hablar razon concertada, y siempre anda pensativo y triste hablando entre sí mismo, con que da ciertas y claras señales de que se le ha vuelto el juicio : come poco y duerme poco, y lo que come son frutas, y en lo que duerme, si duerme, es en el campo sobre la dura tierra como animal bruto : mira de cuando en cuando al cielo, y otras veces clava los ojos en la tierra con tal embelesamiento, que no parece sino estatua vestida que el aire le mueve la ropa. En fin él da tales muestras de tener apasionado el corazon, que tememos todos los que le conocemos que el dar el *si* mañana la hermosa Quitéria ha de ser la sentencia de su muerte.

Dios lo hará mejor, dijo Sancho, que Dios, que da la llaga, da la medicina : nadie sabe lo que está por venir : de aquí á mañana muchas horas hay, y en una y aun en un momento se cae la casa : y yo he visto llover y hacer sol, todo á un mismo punto : tal se acuesta sano la noche, que no se puede mover otro dia. Y diganme, ¿por ventura habrá quien se alabe que tiene echado un clavo á la rodaja de la fortuna? No por cierto ; y entre el *si* y el *no* de la mujer no me atreveria yo á poner una punta de alfiler, porque no cabria : denme á mí que Quitéria quiere de buen corazon y de buena voluntad á Basilio, que yo le daré á él un saco de buena ventura ; que el amor, segun yo he oido decir, mira con unos anteojos que hacen parecer oro al cobre, á la pobreza riqueza, y á las lagañas perlas.

¿Adonde vas á parar, Sancho? que seas maldito, dijo don Quijote, que cuando comienzas á ensartar refranes y cuentos no te puede esperar sino el mismo Júdas, que te lleve. Dime, animal, ¿qué sabes tú de clavos ni de rodajas, ni de otra cosa ninguna? ¡Oh! pues si no me entienden, respondió Sancho, no es maravilla que mis sentencias sean tenidas por disparates ; pero no importa, yo me entiendo, y sé que no he dicho muchas necedades en lo que he dicho, sino que vuesa merced, señor mio, siempre es friscal de mis dichos y aun de mis hechos. Fiscal has de decir, dijo don Quijote, que no friscal, prevaricador del buen lenguaje, que Dios te confunda. No se apunte (1) vuesa merced conmigo, respondió Sancho, pues sabe que no me he criado en la corte, ni he estudiado en Salamanca, para saber si añado ó quito alguna letra á mis vocablos. Si que, válgame Dios, no hay para que obligar al sayagües (2) á que hable

(1) Esto es, no se pique ó enfade conmigo. *Repuntarse* y mejor *traspuntarse* se dice cuando dos se salen de palabra y se enojan. — MARTINEZ DEL ROMERO.

(2) En tierra de Zamora (segun el *Tesoro* de Covarrubias) hay cierta gente que llaman *sayagüeses*, y al ter-

como el toledano (1); y toledanos puede haber que no las corten en el aire (2) en esto del hablar polido. Así es, dijo el licenciado, porque no pueden hablar tan bien los que se crían en las tenerías y en Zocodober, como los que se pasean casi todo el día por el claustro de la iglesia mayor, y todos son toledanos. El lenguaje puro, el propio, el elegante y claro está en los discretos cortesanos, aunque hayan nacido en Majalahonda: dije discretos, porque hay muchos que no lo son, y la discreción es la gramática del buen lenguaje, que se acompaña con el uso. Yo, señores, por mis pecados he estudiado cánones en Salamanca, y pícome algún tanto de decir mi razón con palabras claras, llanas y significantes. Si no os picárades más de saber más menear las negras (3) que lleváis que la lengua, dijo el otro estudiante, vos llevarades el primero en licencias, como llevastes cola.

Mirad, bachiller, respondió el licenciado, vos estais en la más errada opinión del mundo acerca de la destreza de la espada teniéndola por vana. Para mí no es opinión sino verdad asentada, replicó Corchuelo; y si queréis que os lo muestre con la experiencia, espadas traéis, comodidad hay, yo pulsos y fuerzas tengo, que acompañadas de mi ánimo, que no es poco, os harán confesar que yo no me engaño. Apeaos, y usad de vuestro compas de pies (4), de vuestros círculos y vuestros ángulos y ciencia, que yo espero de haceros ver estrellas á medio día (5) con mi destreza moderna y zafia, en quien espero después de Dios, que está por nacer hombre que me haga volver las espaldas, y que no le hay en el mundo á quien yo no le haga perder tierra. En eso de volver ó no las espaldas no me meto, replicó el diestro (6), aunque podría ser que en la parte donde la vez primera clavádes el pie, allí os abriesen la sepultura: quiero decir, que allí quedádes muerto por la despreciada destreza.

Ahora se verá, respondió Corchuelo, y apeándose con gran presteza de su jumento tiró con furia de una de las espadas que llevaba el licenciado en el suyo. No ha de ser así, dijo á este instante don Quijote, que yo quiero ser el maestro desta esgrima, y el juez desta muchas veces no averiguada cuestión: y apeándose de Rocinante, y asiento de su lanza se puso en la mitad del camino á tiempo que ya el licenciado, con gentil donaire de cuerpo y compas de pies, se iba contra Corchuelo, que contra él se vino lanzando, como decirse suele, fuego por los ojos. Los otros dos labradores del acompañamiento sin apearse de sus pollinas sirvieron de aspetadores (7) en la mortal tragedia. Las cuchilladas, estocadas, altibajos, reveses y mandobles (8) que tiraba Corchuelo eran sin número, mas espesas que hígado, y mas menudas que granizo. Arremetía como un león irritado, pero salíale al encuentro un tapaboca de la zapatilla de la espada del licenciado, que en mitad de su furia le detenía, y se la hacia besar como si fuera reliquia, aunque no con tanta devoción como las reliquias deben y suelen besarse. Finalmente el licenciado le contó á estocadas todos los botones de una media sotanilla que traía vestida, haciéndole tiras los faldamentos como colas de pulpo (9):

riorio *tierra de Sayago*, por vestirse de un saco ó sayo de tela burda; y tan zafios como son en el vestir, lo son en el lenguaje. — P.

(1) Don Alonso X ordenó que si hubiese diferencia en el entendimiento de algún vocablo castellano, que recurriesen á Toledo, como á metro de lengua castellana, por tener en ella nuestra lengua más perfección que en otra parte. — Arr.

(2) Cortarlas en el aire, matarlas en el aire. — D. A.

(3) Esto es, las espadas con que se juega á la esgrima. — Arr.

(4) El *compas de pies, círculos y ángulos* son todas veces técnicas del arte de la destreza, ó esgrima. — Arr.

(5) Esto es, darle algún golpe que le aturda ó atonte, de modo que le parezca ver estrellas; que es el efecto que aquel suele producir, especialmente cuando se recibe en la cabeza. — Arr.

(6) Como sustantivo significa el que es hábil en las armas, ó en la esgrima. — Arr.

(7) Italianismo por *espectadores*.

(8) *Allibajos, reveses y mandobles*, son todos golpes ó movimientos de la esgrima. *Allibajo* es el golpe que se da con la espada derecha, que ni es tajo, ni reves, sino de alto abajo. *Mandoble*, es el movimiento que hace el brazo, sin mover más que la muñeca, con solo doblar la mano. — Arr.

(9) Cuando uno, dice Covarrubias, trae el manto desharrapado por bajo, decimos traer más rabos que un pulpo. — Arr.

derribó el sombrero dos veces, y cansó de manera que de despecho, cólera y rabia



así la espada por la empuñadura y arrojóla por el aire con tanta fuerza, que uno de los labradores asistentes, que era escribano, que fue por ella, dió despues por testimonio que la alongó de sí casi tres cuartos de legua, el cual testimonio sirve y ha servido para que se conozca y vea con toda verdad como la fuerza es vencida del arte.

Sentóse cansado Corchuelo, y llegándose á él Sancho le dijo: mia fe, señor bachiller, si vuesa merced toma mi consejo, de aquí adelante no ha de desafiar á nadie á esgrimir, sino á luchar ó á tirar la barra, pues tiene edad y fuerzas para ello, que destos á quien llaman diestros he oido decir que meten una punta de una espada por el ojo de una aguja. Yo me contento, respondió Corchuelo, de haber caido de mi burra (1), y de que me haya mostrado la experiencia la verdad, de quien tan lejos estaba: y levantándose abrazó al licenciado y quedaron mas amigos que de antes, y no quisieron esperar al escribano, que habia ido por la espada, por parecerles que tardaria mucho, y así determinaron seguir por llegar temprano á la aldea de Quitéria, de donde todos eran. En lo que faltaba del camino les fue contando el licenciado las excelencias de la espada con tantas razones demostrativas, y con tantas figuras y demostraciones matemáticas, que todos quedaron enterados de la bondad de la ciencia, y Corchuelo reducido de su pertinacia.

Era anochecido, pero antes que llegasen les pareció á todos que estaba delante del pueblo un cielo lleno de innumerables y resplandecientes estrellas. Oyeron asimismo confusos y suaves sonidos de diversos instrumentos, como de flautas, tamborinos (2),

(1) *Caer de su burra, ó del burro, ó de su asno*, es desengañarse uno de que no era buena ni acertada su opinion, ó el camino y órden que llevaba de proceder.

(2) *Tamborinos, salterios, albogues y sonajas*, son todos instrumentos músicos y rústicos. El *tamborino*, ó tamboril, era un atambor pequeño, usado, segun dice Covarrubias, para fiestas y regocijos. El *salterio*, un instrumento hueco por dentro, con muchas cuerdas de alambre, que tocándolas todas juntas con un palillo, hacen un sonido apacible, y se usaban en las aldeas en las bodas, danzas y bailes. El *albogue* era cierta especie de flauta ó dulzaina, de la cual usaban en España los moros, especialmente en sus zambras ó fiestas. Las *sonajas* son un oro ó cerco de madera, que á trechos tiene unas rodajas de metal, que se hieren unas con otras y hacen un gran ruido, aun se usan en el dia. — Arr.

salterios, albogues, panderos y sonajas; y cuando llegaron cerca vieron que los árboles de una enramada, que á mano habian puesto á la entrada del pueblo, estaban todos llenos de luminarias, á quien no ofendia el viento, que entonces no soplaba sino tan manso, que no tenia fuerza para mover las hojas de los árboles. Los músicos eran los regocijadores de la boda, que en diversas cuadrillas por aquel agradable sitio andaban, unos bailando, y otros cantando, y otros tocando la diversidad de los referidos instrumentos. En efecto no parecia sino que por todo aquel prado andaba corriendo la alegría y saltando el contento. Otros muchos andaban ocupados en levantar andamios, de donde con comodidad pudiesen ver otro dia las representaciones y danzas que se habian de hacer en aquel lugar dedicado para solemnizar las bodas del rico Camacho y las exequias de Basilio. No quiso entrar en el lugar don Quijote, aunque se lo pidieron así el labrador como el bachiller; pero él dió por disculpa bastantísima á su parecer, ser costumbre de los caballeros andantes dormir por los campos y florestas antes que en los poblados, aunque fuese debajo de dorados techos, y con esto se desvió un poco del camino, bien contra la voluntad de Sancho, viniéndosele á la memoria el buen alojamiento que habia tenido en el castillo ó casa de don Diego.





CAPITULO XX.

Donde se cuentan las bodas de Camacho el rico, con el suceso de Basilio el pobre.



A PENAS la blanca aurora habia dado lugar á que el luciente Febo con el ardor de sus calientes rayos las líquidas perlas de sus cabellos de oro enjugase, cuando don Quijote sacudiendo la pereza de sus miembros se puso en pie y llamó á su escudero Sancho, que aun todavía roncaba : lo cual visto por don Quijote, antes que le despertase le dijo : oh tú bienaventurado sobre cuantos viven sobre la haz de la tierra, pues sin tener invidia ni ser envidiado duermes con sosegado espíritu, ni te persiguen encantadores, ni sobresaltan encantamientos. Duerme, digo otra vez, y lo diré otras ciento, sin que te tengan en continua vigilia celos de tu dama, ni te desvelen pensamientos de pagar deudas que debas, ni de lo que has de hacer para comer otro dia tú y tu pequeña y angustiada familia. Ni la ambicion te inquieta, ni la pompa vana del mundo te fatiga, pues los límites de tus deseos no se extienden á mas que á pensar tu jumento, que el de tu persona sobre mis hombros le tienes puesto : contrapeso y carga que puso la naturaleza y la costumbre á los señores. Duerme el criado, y está velando el señor, pensando como le ha de sustentar, mejorar y hacer mercedes. La congoja de ver que el cielo se hace de bronce sin acudir á la tierra con el conveniente rocío, no aflige al criado, sino al señor que ha de sustentar en la esterilidad y hambre al que le sirvió en la fertilidad y abundancia. A todo esto no respondió Sancho, porque dormia, y ni despertara tan presto si don Quijote con el cuento de la lanza no le hiciera volver en sí. Despertó en fin soñoliento y perezoso, y volviendo el rostro á todas partes dijo : de la parte desta enramada, sino me engaño, sale un tufo y olor harto mas de torreznos asados que de juncos y tomillos : bodas que por tales olores comienzan, para mi santiguada que deben de ser abundantes y generosas.

Acaba, gloton, dijo don Quijote : ven, iremos á ver estos desposorios por ver lo que hace el desdeñado Basilio. Mas que haga lo que quisiere, respondió Sancho ; no fuera él pobre, y casárase con Quitéria. ¿No hay mas sino no tener un cuarto, y querer casarse por las nubes ? A la fe, señor, yo soy de parecer que el pobre debe de conten-

(1) Dar el pienso, echarle de comer, *El de tu persona*, que dice en seguida don Quijote, es el *pienso*, que debe suplirse aquí, esto es, su alimento. — Arr.

tarse con lo que hallare, y no pedir cotufas en el golfo. Yo apostaré un brazo que puede Camacho envolver en reales á Basilio; y si esto es así, como debe de ser, bien boba fuera Quitéria en desechar las galas y las joyas que le debe de haber dado y le puede dar Camacho, por escoger el tirar de la barra y el jugar de la negra (1) de Basilio. Sobre un buen tiro de barra, ó sobre una gentil treta de espada no dan un cuartillo de vino en la taberna. Habilidades y gracias que no son vendibles, mas que las tenga el conde Dirlos (2); pero cuando las tales gracias caen sobre quien tiene buen dinero, tal sea mi vida como ellas parecen. Sobre un buen cimiento se puede levantar un buen edificio, y el mejor cimiento y zanja del mundo es el dinero.

Por quien Dios es, Sancho, dijo á esta sazón don Quijote, que concluyas con tu arenga, que tengo para mí que si te dejasen seguir en las que á cada paso comienzas, no te quedaria tiempo para comer ni para dormir, que todo lo gastarias en hablar. Si vuesa merced tuviera buena memoria, replicó Sancho, debíeráse acordar de los capítulos de nuestro concierto antes que esta última vez saliésemos de casa: uno de ellos fue, que me habia de dejar hablar todo aquello que quisiese, con que no fuese contra el prógimo ni contra la autoridad de vuesa merced, y hasta ahora me parece que no he contravenido con el tal capítulo. Yo no me acuerdo, Sancho, respondió don Quijote, del tal capítulo; y puesto que sea así, quiero que calles y vengas, que ya los instrumentos que anoche oímos vuelven á alegrar los valles, y sin duda los desposorios se celebrarán en el frescor de la mañana, y no en el calor de la tarde.

Hizo Sancho, lo que su señor le mandaba, y poniendo la silla á Rocinante y la albarda al rucio subieron los dos, y paso ante paso se fuéron entrando por la enramada.

Lo primero que se le ofreció á la vista de Sancho fue espetado en un asador de un olmo entero un entero novillo y en el fuego donde se habia de asar ardia un mediano monte de leña, y seis ollas que al rededor de la hoguera estaban no se habian hecho en la comun turquesa de las demas ollas, porque eran seis medias tinajas, que cada una cabia un rasto de carne: así embebían y encerraban en sí carneros enteros sin echarse de ver, como si fueran palominos: las liebres ya sin pellejo, y las gallinas sin pluma que estaban colgadas por los árboles para sepultarlas en las ollas, no tenían número: los pájaros y caza de diversos géneros eran infinitos, colgados de los árboles, para que el aire los enfriase. Contó Sancho mas de sesenta zaques de mas de á dos arrobas cada uno, y todos llenos, segun despues pareció, de generosos vinos: así habia rimeros de pan blanquísimo como los suele haber de montones de trigo en las eras: los quesos puestos como ladrillos enrejados formaban una muralla, y dos calderas de aceite mayores que las de un tinte servían de freir cosas de masa, que con dos valientes palas las sacaban fritas y las zambullían en otra caldera de preparada miel que allí junto estaba. Los cocineros y cocineras pasaban de cincuenta, todos limpios, todos diligentes y todos contentos. En el dilatado vientre del novillo estaban doce tiernos y pequeños lechones, que cosidos por encima servían de darle sabor y enternecerle: las especias de diversas suertes no parecia haberlas comprado por libras, sino por arrobas, y todas estaban de manifesto en una grande arca. Finalmente el aparato de la boda era rústico, pero tan abundante que podia sustentar á un ejército.

Todo lo miraba Sancho Panza y todo lo contemplaba, y de todo se aficionaba. Primero le cautivaron y rindieron el deseo las ollas, de quien él tomara de bonísima

(1) Esto es, de la espada negra con que se juega á la esgrima.— Arr.

(2) *Cancionero* de Amberes, y silva de varios romances, fol. 267. Romance del conde Dirlos, y de la grande aventura que hubo:

Ya sabemos que el conde Dirlos
Es esforzado de linaje,
Y de los grandes señores
Que en Francia comen pane, etc.— Arr.

gana un mediano puchero; luego le afianzaron la voluntad los zaques; y últimamente las frutas de sarten, si es que se podian llamar sartenes las tan orondas calderas; y así sin poderlo sufrir ni ser en su mano hacer otra cosa, se llegó á uno de losolicitos cocineros, y con corteses y hambrientas razones le rogó le dejase mojar un mendrugo de pan en una de aquellas ollas. A lo que el cocinero respondió: hermano, este dia no es de aquellos sobre quien tiene jurisdiccion la hambre, merced al rico Camacho: apeaos y mirad si hay por ahí un cucharon, y espumad una gallina ó dos, y buen provecho os hagan. No veo ninguno, respondió Sancho. Esperad, dijo el cocinero, ¡pecador de mí, y que melindroso y para poco debeis de ser! y diciendo esto asió de un caldero, y encajándole en una de las medias tinajas sacó en él tres gallinas y dos gansos, y dijo á Sancho: comed, amigo, y desayunaos con esta espuma en tanto que se llega la hora del yantar. No tengo en que echarla, respondió Sancho. Pues llevaos, dijo el cocinero, la cuchara y todo, que la riqueza y el contento de Camacho todo lo suple.

En tanto pues que esto pasaba Sancho, estaba don Quijote mirando cómo por una parte de la enramada entraban hasta doce labradores sobre doce hermosísimas yeguas con ricos y vistosos jaces de campo y con muchos cascabeles en los petrales, y todos vestidos de regocijo y fiesta, los cuales en concertado tropel corrieron no una, sino muchas carreras por el prado con regocijada algazara y grita diciendo: vivan Camacho y Quitéria: él tan rico como ella hermosa, y ella la mas hermosa del mundo. Oyendo lo cual don Quijote dijo entre sí: bien parece que estos no han visto á mi Dulcinea del Toboso, que si la hubieran visto, ellos se fueran á la mano en las alabanzas desta su Quitéria. De allí á poco comenzaron á entrar por diversas partes de la enramada muchas y diferentes danzas, entre las cuales venia una de espadas (1) de hasta veinte y cuatro zagales de gallardo parecer y brio, todos vestidos de delgado y blanquísimo lienzo con sus paños de tocar labrados de varias colores de fina seda: y el que los guiaba, que era un lijero mancebo, preguntó uno de los de las yeguas si se habia herido alguno de los danzantes. Por ahora, bendito sea Dios, no se ha herido nadie, todos vamos sanos; y luego comenzó á enredarse con los demas compañeros, con tantas vueltas y con tanta destreza, que aunque don Quijote estaba hecho á ver semejantes danzas, ninguna le habia parecido tan bien como aquella. Tambien le pareció bien otra que entró de doncellas hermosísimas, tan mozas que al parecer ninguna bajaba de catorce ni llegaba á diez y ocho años vestidas todas de palmilla verde, los cabellos parte trenzados y parte sueltos, pero todos tan rubios, que con los del sol podian tener competencia, sobre los cuales traian guirnaldas de jazmines, rosas, amaranto y madre selva compuestas. Guiábalas un venerable viejo y una anciana matrona; pero mas lijeros y sueltos que sus años prometian. Haciales el son una gaita zamorana, y ellas llevando en los rostros y en los ojos á la honestidad y en los pies á la lijereza, se mostraban las mejores bailadoras del mundo.

Tras esta entró otra danza de artificio y de las que llaman habladas (2). Era de ocho ninfas repartidas en dos hileras: de la una hilera era guia el dios Cupido, y de la otra el Interes, aquel adornado de alas, arco, aljaba y saetas; este vestido de ricas y diversas colores de oro y seda. Las ninfas que al amor seguian traian á las espaldas en pergamino blanco y letras grandes, escritos sus nombres. *Poesia* era el título de la primera; el de la segunda *Discrecion*; el de la tercera *Buen linaje*; el de la cuarta *Valentia*. Del modo mismo venian señaladas las que al Interes seguian. Decia *Liberabilidad* el título de la primera; *Dádiva* él de la segunda; *Tesoro* el de la tercera, y ella

(1) Es una danza muy antigua de España, usada y continuada, segun Aldrete (Orig. L de III, c. I) desde la gentilidad, y que al fin llegó á prohibirse, sin duda por lo peligrosa que era, como se ve por lo que va dicho acerca de ella en la nota respectiva del capitulo anterior. — Arr.

(2) Especie de Pantomima, compuesta de personajes vestidos á propósito para representar alguna historia, como alguna conquista de plaza, lo que ejecutaban al tiempo que danzaban, mezclando entre las mudanzas alguna representacion. — P.

la cuarta *Posesion pacífica*. Delante de todos venia un castillo de madera, á quien tiraban cuatro salvajes, todos vestidos de yedra y de cáñamo teñido de verde, tan al natural que por poco espantáran á Sancho. En la frontera del castillo y en todas cuatro partes de sus cuadros traia escrito : *Castillo del buen recato*. Haciales el son cuatro



diestros tañedores de tamboril y flauta. Comenzada la danza, Cupido, y habiendo hecho dos mudanzas (1), alzaba los ojos y flechaba el arco contra una doncella que se ponía entre las almenas del castillo, á la cual desta suerte dijo :

Yo soy el dios poderoso
 En el aire y en la tierra,
 Y en el ancho mar undoso,
 Y en cuanto el abismo encierra
 En su báratro espantoso.
 Nunca conocí que es miedo;
 Todo cuanto quiero puedo,
 Aunque quiero lo imposible,
 Y en todo lo que es posible
 Mando, quito, pongo y vedo.

(1) *Mudanzas*, dice Covarrubias, algunas veces significan en los bailes las diferencias de ellos. Aquí se toman por lo que en el día se llama *figuras*. — Arr

Acabó la copla, disparó una flecha por lo alto del castillo, y retiróse á su puesto. Salió luego el Interes, y hizo otras dos mudanzas: callaron los tamborinos, y él dijo:

Soy quien puede mas que Amor,
Y es amor el que me guia;
Soy de la estirpe mejor
Que el cielo en la tierra cria
Mas conocida y mayor.
Soy el Interes, en quien
Pocos suelen obrar bien,
Y obrar sin mí es gran milagro;
Y cual soy te me consagro
Por siempre jamas amen.

Retiróse el Interes, é hizose adelante la Poesia, la cual despues de haber hecho sus mudanzas como los demas, puestos los ojos en la doncella del castillo dijo:

En dulcísimos concetos
La dulcísima Poesia,
Altos, graves y discretos,
Señora, el alma te envia
Envuelta entre mil sonetos.
Si acaso no te importuna
Mi porfia, tu fortuna
De otras muchas envidiada,
Será por mí levantada
Sobre el cerco de la luna.

Desvióse la Poesia, y de la parte del Interes salió la Liberalidad, y despues de hechas sus mudanzas dijo:

Llaman liberalidad
Al dar que el extremo huye
De la prodigalidad,
Y del contrario, que arguye
Tibia y floja voluntad.
Mas yo por te engrandecer,
De hoy mas pródiga he de ser;
Que aunque es vicio, es vicio honrado
Y de pecho enamorado
Que en el dar se echa de ver.

Deste modo salieron y se retiraron todas las figuras de las dos escuadras, y cada una hizo sus mudanzas y dijo sus versos, algunos elegantes y algunos ridículos, y solo tomó de memoria don Quijote (que la tenia grande) los ya referidos: y luego se mezclaron todos, haciendo y deshaciendo lazos con gentil donaire y desenvoltura; y cuando pasaba el Amor por delante del castillo disparaba por alto sus flechas, pero el Interes quebraba en él alcancias (1) doradas. Finalmente despues de haber bailado un buen espacio, el Interes sacó un bolsón, que le formaba el pellejo de un gran gato romano, que parecia estar lleno de dineros, y arrojándole al castillo, con el

(1) *Alcancias*, eran unas bolas de barro, del tamaño de una naranja que se llenaban de flores ó perfumes, y algunas veces de agua, ceniza ó harina, como por Carnaval, en algunos puntos se llenan huevos de agua de color ó de polvos para tirar á todas partes. Dichas alcancias servian para hacer tiro en el juego de caballería, originario de los árabes, que llamaban *Correr* ó *jugar alcancias*. La palabra alcancia es también sinónima de *Hucha*. — MARTINEZ DEL ROMERO.

golpe se desencajaron las tablas y se cayeron, dejando á la doncella descubierta y sin defensa alguna. Llegó el Interes con las figuras de su valia, y echándola una gran cadena de oro al cuello, mostraron prenderla, rendirla y cautivarla: lo cual visto por el Amor y sus valedores, hicieron ademán de quitársela, y todas las demostraciones que hacian eran al son de los tamborinos, bailando y danzando concertadamente. Pusiéronlos en paz los salvajes, los cuales con mucha presteza volvieron á armar y á encajar las tablas del castillo, y la doncella se encerró en él como de nuevo, y con esto se acabó la danza con gran contento de los que la miraban.

Preguntó don Quijote á una de las ninfas que quien la habia compuesto y ordenado. Respondióle que un beneficiado de aquel pueblo, que tenia gentil caletre para semejantes invenciones. Yo apostaré, dijo don Quijote, que debe de ser mas amigo de Camacho que de Basilio el tal bachiller ó beneficiado, y que debe de tener mas de satírico que de vísperas: bien ha encajado en la danza las habilidades de Basilio y las riquezas de Camacho. Sancho Panza, que lo escuchaba todo, dijo: el rey es mi gallo (1), á Camacho me atengo. En fin, dijo don Quijote, bien se parece, Sancho, que eres villano y de aquellos que dicen viva quien vence. No sé de los que soy, respondió Sancho; pero bien sé que nunca de ollas de Basilio sacaré yo tan elegante espuma como es esta que he sacado de las de Camacho; y enseñóle el caldero lleno de gansos y de gallinas; y asiendo de una, comenzó á comer con mucho donaire y gana, y dijo: á la barba de las habilidades de Basilio, que tanto vales cuanto tienes, y tanto tienes cuanto vales. Dos linajes solos hay en el mundo, como decia una agüela mía, que son el tener y el no tener (2), aunque ella al de tener se atenia; y el dia de hoy, mi señor don Quijote, antes se toma el pulso al haber que al saber: un asno cubierto de oro parece mejor que un caballo enarbolado. Así que vuelvo á decir, que á Camacho me atengo de cuyas ollas son abundantes espumas gansos y gallinas, liebres y conejos; y de las de Basilio serán, si viene á mano (3), y aunque no venga sino al pie, aguachirle.

¿Has acabado tu arenga, Sancho? dijo don Quijote. Habréla acabado, respondió Sancho, porque veo que vuesa merced recibe pesadumbre con ella, que si esto no se pusiera de por medio, obra habia cortada para tres dias. Plega á Dios, Sancho, replicó don Quijote, que yo te vea mudo antes que me muera. Al paso que llevamos, respondió Sancho, antes que vuesa merced se muera estaré yo mascando barro, y entonces podrá ser que esté tan mudo que no hable palabra hasta la fin del mundo, ó por lo menos hasta el dia del juicio. Aunque eso así suceda, oh Sancho, respondió don Quijote, nunca llegará tu silencio á do ha llegado lo que has hablado, hablas y tienes de hablar en tu vida; y mas que está muy puesto en razon natural que primero llegue el dia de mi muerte que el de la tuya; y así jamas pienso verte mudo, ni aun cuando estes bebiendo ó durmiendo, que es lo que puedo encarecer.

A buena fe, señor, respondió Sancho, que no hay que fiar en la descarnada, digo en la muerte, la cual tambien come cordero como carnero; y á nuestro cura he oido decir, que con igual pie pisaba las altas torres de los reyes, como las humildes chozas de los pobres. Tiene esta señora mas de poder que de melindre, no es nada asquero-

(1) En el siglo pasado decia Rodrigo Caro: «Cuando dos contienden sobre una cosa todavia decimos: *ulano es mi gallo*, por aquel que tenemos por mas valiente, ó que entendemos que saldrá con la victoria. — P.

(2) El portugues Antonio Henriquez Gomez perifrasedó en verso el sentir en prosa de Sancho Panza y de su abuela, diciendo:

El mundo tiene dos linajes solos

En entrambos dos polos:

Tener está en Oriente,

Y no tener asiste en Occidente (*Academia III. Vista 2*). — P.

(3) *Si viene á mano*, acaso, por ventura, tal vez. — *Al pie*, casi, cerca. — *Aguachirle*, cualquier licor que no tiene fuerza ni sustancia — D. A.

sa, de todo come y á todo hace, y de toda suerte de gentes, edades y preeminencias hinche sus alforjas. No es segador que duerme las siestas, que á todas horas siega y corta, así la seca como la verde yerba; y no parece que masca, sino que engulle y traga cuanto se le pone delante: porque tiene hambre canina, que nunca se harta; y aunque no tiene barriga, da á entender que está hidrópica y sedienta de beber todas las vidas de cuantos viven, como quien se bebe un jarro de agua fria.

No mas, Sancho, dijo á este punto don Quijote: tente en buenas (1), y no te dejes caer, que en verdad que lo que has dicho de la muerte por tus rústicos términos es lo que pudiera decir un buen predicador. Dígote, Sancho, que si como tienes buen natural, tuvieras discrecion, pudieras tomar un púlpito en la mano é irte por ese mundo predicando lindezas. Bien predica quien bien vive, respondió Sancho, y yo no sé otras tologias. Ni las hás menester, dijo don Quijote; pero yo no acabo de entender ni alcanzar como siendo el principio de la sabiduria el temor de Dios, tú, que temes mas á un lagarto que á él, sabes tanto. Juzgue vuesa merced, señor, de sus caballerias, respondió Sancho, y no se meta en juzgar de los temores ó valentias ajenas, que tan gentil temeroso soy yo de Dios, como cada hijo de vecino; y déjeme vuesa merced despabilar (2) esta espuma, que lo demas todas son palabras ociosas, de que nos han de pedir cuenta en la otra vida; y diciendo esto comenzó de nuevo á dar asalto á su caldero con tan buenos alientos, que despertó los de don Quijote, y sin duda le ayudara si no le impidiera lo que es fuerza se diga adelante.

(1) En el juego, reservar las buenas cartas para lograr la mano; y por estension prevenir el riesgo en cualquiera linea. — D. A.

(2) Por despachar, ó acabar de comer. — Arr.





CAPITULO XXI.

Donde se prosiguen las bodas de Camacho, con otros gustosos sucesos.



CUANDO estaban don Quijote y Sancho en las razones referidas en el capítulo antecedente, se oyeron grandes voces y gran ruido, y dábanlas y causábanle los de las yeguas, que con larga carrera y grita iban á recibir á los novios, que rodeados de mil géneros de instrumentos y de invenciones, venian acompañados del cura y de la parentela de entrambos, y de toda la gente mas lucida de los lugares circunvecinos, todos vestidos de fiesta. Y como Sancho vió á la novia dijo : á buena fe que no viene vestida de labradora, sino de garrida palaciega. Pardiez que segun diviso, que las patenas que habia de traer son ricos corales, y la palmilla verde de Cuenca es terciopelo de treinta pelos; y montas, que la guarnicion es de tiras de lienzo blanco, voto á mí que es de raso. Pues tomadme las manos adornadas con sortijas de azabache; no medre yo si no son anillos de oro y muy de oro; y empedrados con perlas blancas como una cuajada, que cada una debe de valer un ojo de la cara. Oh hi de puta, y qué cabellos, que si no son postizos, no los he visto mas luengos ni mas rubios en toda mi vida. No sino ponedla tacha en el brio y en el talle, y no la compareis á una palma que se mueve cargada de racimos de dátiles, que lo mismo parecen los diges que trae pendientes de los cabellos y de la garganta. Juro en mi ánima que ella es una chapada (1) moza, y que puede pasar por los bancos de Flandes (2). Rióse don Quijote de las rústicas alabanzas de Sancho Panza : parecióle que fuera de su señora Dulcinea del Toboso no habia visto mujer mas hermosa jamas. Venia la hermosa Quitéria algo descolorida, y debia de ser de la mala noche que siempre pasan las novias en componerse para el dia venidero de sus bodas.

Ibanse acercando á un teatro que á un lado del prado estaba, adornado de alfombras y ramos, adonde se habian de hacer los desposorios, y de donde habian de mirar las danzas y las invenciones; y á la sazón que llegaban al puesto oyeron á sus espaldas grandes voces, y uno que decia, esperaos un poco, gente tan inconsiderada como pre-

(1) Esto es, gentil, gallarda y bizarra jóven. — Arr.

(2) Frase metafórica con que se espresa que alguno emprendió ó ejecutó cosas árduas. Estos bancos son unos ribazos de arena, que van formando las olas del mar, y son muy peligrosos á los navegantes. — P.

surosa. A cuyas voces y palabras todos volvieron la cabeza, y vieron que las daba un hombre vestido al parecer de un sayo negro, gironado de carmesi á las llamas. Venia coronado (como se vió luego) con una corona de funesto cipres, en las manos traia un baston grande. En llegando mas cerca fue conocido de todos por el gallardo Basilio, y todos estuvieron suspensos esperando en qué habian de parar sus voces y sus palabras: temiendo algun mal suceso de su venida en sazon semejante. Llegó en



fin cansado y sin aliento, y puesto delante de los desposados, hincando el baston en el suelo, que tenia el cuento de una punta de acero, mudada la color, puestos los

ojos en Quitéria, con voz tremante y ronca estas razones dijo: bien sabes, desconocida Quitéria, que conforme á la santa ley que profesamos, que viviendo yo, tú no puedes tomar esposo; y juntamente no ignoras que por esperar yo que el tiempo y mi diligencia mejorasen los bienes de mi fortuna, no he querido dejar de guardar el decoro que á tu honra convenia: pero tú, echando á las espaldas todas las obligaciones que debes á mi buen deseo, quieres hacer señor de lo que es mio á otro, cuyas riquezas le sirven no solo de buena fortuna, sino de bonísima ventura: y para que la tenga colmada (y no como yo pienso que la merece sino como se la quieren dar los cielos), yo por mis manos desharé el imposible ó el inconveniente que puede estorbársela, quitándome á mí de por medio. Viva, viva el rico Camacho con la ingrata Quitéria largos y felices siglos, y muera, muera el pobre Basilio, cuya pobreza cortó las alas de su dicha, y le puso en la sepultura: y diciendo esto, asió del baston que tenia hincado en el suelo, y quedándose la mitad dél en la tierra, mostró que servia de vaina á un mediano estoque que en él se ocultaba, y puesta la que se podia llamar empuñadura en el suelo, con lijero desenfado y determinado propósito se arrojó sobre él, y en un punto mostró la punta sangrienta á las espaldas, con la mitad de la acerada cuchilla, quedando el triste bañado en su sangre y tendido en el suelo, de sus mismas armas traspasado.

Acudieron luego sus amigos á favorecerle, condolidos de su miseria y lastimosa desgracia, y dejando don Quijote á Rocinante, acudió á favorecerle y le tomó en sus brazos, y halló que aun no habia espirado. Quisieronle sacar el estoque; pero el cura, que estaba presente, fue de parecer que no se le sacasen antes de confesarle, porque el sacársele y el espirar seria todo á un tiempo. Pero volviendo un poco en sí Basilio, con voz doliente y desmayada dijo: si quisieses, cruel Quitéria, darme en este último y forzoso trance la mano de esposa, aun pensaria que mi temeridad tendria disculpa, pues en ella alcancé el bien de ser tuyo. El cura oyendo lo cual, le dijo; que atendiese á la salud del alma antes que á los gustos del cuerpo, y que pidiese muy de veras á Dios perdon de sus pecados y de su desesperada determinacion. A lo cual replicó Basilio que en ninguna manera se confesaria, si primero Quitéria no le daba la mano de ser su esposa, que aquel contento le adobaria la voluntad (1) y le daria aliento para confesarse.

En oyendo don Quijote la peticion del herido en altas voces dijo que Basilio pedia una cosa muy justa y puesta en razon, y ademas muy hacadera, y que el señor Camacho quedaria tan honrado recibiendo á la señora Quitéria viuda del valeroso Basilio, como si la recibiera del lado de su padre. Aquí no ha de haber mas de un *si*, que no tenga otro efecto que el pronunciarle, pues el tálamo de estas bodas ha de ser la sepultura. Todo lo oia Camacho, y todo le tenia suspenso y confuso, sin saber qué hacer ni qué decir; pero las voces de los amigos de Basilio fueron tantas, pidiéndole que consintiese que Quitéria le diese la mano de esposa, porque su alma no se perdiese, partiendo desesperado desta vida, que le movieron y aun forzaron á decir que si Quitéria queria dársela, que él se contentaba, pues todo era dilatar por un momento el cumplimiento de sus deseos. Luego acudieron todos á Quitéria, y unos con ruegos, y otros con lágrimas, y otros con eficaces razones le persuadian que diese la mano al pobre Basilio; y ella mas dura que un mármol, y mas sesga (2) que una estatua, mostraba que ni sabia, ni podia, ni queria responder palabra, ni la respondiera si el cura no la dijera que se determinase presto en lo que habia de hacer, porque tenia Basilio ya el alma en los dientes (3), y no daba lugar á esperar irresolutas determinaciones.

(1) Esto es, le daria conformidad y docilidad, suavizando la pena que sentia por la pérdida de Quitéria. — Arr.

(2) Grave, inalterable, inflexible. — Arr.

(3) Con que se esplica el gran temor que padece alguno, y parece que le pone en riesgo de morir. — D. A.

Entonces la hermosa Quitéria sin responder palabra alguna, turbada al parecer, triste y pesarosa, llegó donde Basilio estaba, ya los ojos vueltos, el aliento corto y apresurado, murmurando entre los dientes el nombre de Quitéria, dando muestras de morir como gentil y no como cristiano. Llegó en fin Quitéria, y puesta de rodillas le pidió la mano por señas y no por palabras. Desencajó los ojos Basilio, y mirándola atentamente, le dijo: ¡oh Quitéria que has venido á ser piadosa á tiempo cuando tu piedad ha de servir de cuchillo que me acabe de quitar la vida, pues ya no tengo fuerzas para llevar la gloria que me das en escogermé por tuyo, ni para suspender el dolor que tan apriesa me va cubriendo los ojos con la espantosa sombra de la muerte! Lo que te suplico es, oh fatal estrella mía, que la mano que me pides y quieres darme no sea por cumplimiento ni para engañarme de nuevo, sino que confieses y digas, que sin hacer fuerza á tu voluntad me la entregas y me la das como á tu legítimo esposo; pues no es razon que en un trance como este me engañes, ni uses de fingimientos con quien tantas verdades ha tratado contigo.

Entre estas razones se desmayaba de modo que todos los presentes pensaban que cada desmayo se habia de llevar el alma consigo. Quitéria, toda honesta y vergonzosa, asiendo con su derecha mano la de Basilio, le dijo: ninguna fuerza fuera bastante á torcer mi voluntad; y así con la mas libre que tengo te doy la mano de legítima esposa, y recibo la tuya si es que me la das de tu libre albedrío, sin que la turbe ni contraste la calamidad en que tu discurso acelerado te ha puesto. Si doy, respondió Basilio, no turbado ni confuso, sino con el claro entendimiento que el cielo quiso darme, y así me doy y me entrego por tu esposo. Y yo por tu esposa, respondió Quitéria, ahora vivas largos años, ahora te lleven de mis brazos á la sepultura. Para estar tan herido este mancebo, dijo á este punto Sancho Panza, mucho habla: háganle que se deje de requiebros, y que atienda á su alma, que á mi parecer mas la tiene en la lengua que en los dientes.



Estando pues asidos de las manos Basilio y Quitéria, el cura tierno y lloroso les echó la bendicion, y pidió al cielo diese buen paso al alma del nuevo desposado; el

cual así como recibió la bendición, con presta lijereza se levantó en pie y con no vista desenvoltura se sacó el estoque, á quien servia de vaina su cuerpo. Quedaron todos los circunstantes admirados, y algunos dellos, mas simples que curiosos, en altas voces comenzaron á decir: milagro, milagro. Pero Basilio replicó: no milagro, milagro, sino industria, industria. El cura desatentado y atónito, acudió con ambas manos á tentar la herida, y halló que la cuchilla había pasado no por la carne y costillas de Basilio, sino por un cañon hueco de hierro, que lleno de sangre en aquel lugar bien acomodado tenia, preparada la sangre, segun despues se supo, de modo que no se helase. Finalmente el cura y Camacho con todos los demas circunstantes se tuvieron por burlados y escarnidos. La esposa no dió muestras de pesarle de la burla, antes oyendo decir que aquel casamiento, por haber sido engañoso, no habia de ser valedero, dijo que ella le confirmaba de nuevo, de lo cual coligieron todos que de consentimiento y sabiduria de los dos se habia trazado aquel caso, de lo que quedó Camacho y sus valedores tan corridos, que remitieron su venganza á las manos, y desenvainando muchas espadas arremetieron á Basilio, en cuyo favor en un instante se desenvainaron casi otras tantas, y tomando la delantera á caballo don Quijote con la lanza sobre el brazo, y bien cubierto de su escudo, se hacia dar lugar de todos. Sancho, á quien jamas pluguieron ni solazaron semejantes fechorias, se acogió á las tinajas donde habia sacado su agradable espuma, pareciéndole aquel lugar como sagrado, que habia de ser tenido en respeto. Don Quijote á grandes voces decia: teneos, señores, teneos, que no es razon tomeis venganza de los agravios que el amor nos hace: y advertid que el amor y la guerra son una misma cosa; y así como en la guerra es cosa licita y acostumbrada usar de ardidés y estratagemas para vencer al enemigo, así en las contiendas y competencias amorosas se tienen por buenos los embustes y mañañas que se hacen para conseguir el fin que se desea, como no sean en menoscabo y deshonor de la cosa amada. Quitéria era de Basilio, y Basilio de Quitéria por justa y favorable disposicion de los cielos. Camacho es rico, y podrá comprar su gusto cuando, donde y como quisiere. Basilio no tiene mas desta oveja, y no se la ha de quitar alguno por poderoso que sea, que á los dos que Dios junta no podrá separar el hombre (1): y el que lo intentare, primero ha de pasar por la punta desta lanza: y en esto la blandió tan fuerte y tan diestramente, que puso pavor en todos los que le conocian.

Y tan intensamente se fijó en la imaginacion de Camacho el desden de Quitéria, que se la borró de la memoria en un instante, y así tuvieron lugar con él las persuasiones del cura, que era varon prudente y bien intencionado, con las cuales quedó Camacho y los de su parcialidad pacíficos y sosegados: en señal de lo cual volvieron las espadas á sus lugares, culpando mas á la facilidad de Quitéria, que á la industria de Basilio, haciendo discurso Camacho, que si Quitéria queria bien á Basilio doncella, tambien le quisiera casada, y que debia de dar gracias al cielo, mas por habérsela quitado, que por habérsela dado.

Consolado pues y pacífico Camacho y los de su mesnada (2), todos los de la de Basilio se sosegaron; y el rico Camacho por mostrar que no sentia la burla, ni la estimaba en nada, quiso que las fiestas pasasen adelante como si realmente se desposara; pero no quisieron asistir á ellas Basilio ni su esposa ni secuaces, y así se fueron á la aldea de Basilio; que tambien los pobres virtuosos y discretos tienen quien los siga, honre y ampare, como los ricos tienen quien los lisonjee y acompañe. Lleváronse consigo á don Quijote, estimándole por hombre de valor y de pelo en pecho (3). A solo

(1) En esta frase hay una alusion á la parábola que dirigió el profeta Natan á David despues del rapto de la mujer de Urias, y otra alusion á las palabras del Evangelio: *Quod Deus conjunxit, homo non separet* (S. Mat. cap. XIX).

(2) Voz anticuada, lo mismo que compañía. — Arr.

(3) De grande esfuerzo y ánimo.

Sancho se le escureció el alma por verse imposibilitado de aguardar la espléndida comida y fiestas de Camacho, que duraron hasta la noche, y así asendereado y triste siguió á su señor, que con la cuadrilla de Basilio iba, y así se dejó atrás las ollas de Egipto, aunque las llevaba en el alma, cuya ya casi consumida y acabada espuma, que en el caldero llevaba, le representaba la gloria y la abundancia del bien que perdía; y así congojado y pensativo, aunque sin hambre, sin apearse del rucio siguió las huellas de Rocinante.

CAPITULO XXII.





CAPITULO XXII.

Donde se da cuenta de la grande aventura de la cueva de Montesinos, que está en el corazon de la Mancha, á quien dió felice cima el valeroso don Quijote.



GRANDES fueron y muchos los regalos que los desposados hicieron á don Quijote obligados de las muestras que habia dado defendiendo su causa, y al par de la valentia le graduaron la discrecion, teniéndole por un Cid en las armas y por un Ciceron en la elocuencia. El buen Sancho se refociló tres dias á costa de los novios, de los cuales se supo que no fue traza comunicada con la hermosa Quitéria el herirse fingidamente, sino industria de Basilio, esperando della el mismo suceso que se habia visto: bien es verdad que confesó que habia dado parte de su pensamiento á algunos de sus amigos para que al tiempo necesario favoreciesen su intencion y abonasen su engaño. No se pueden ni deben llamar engaños, dijo don Quijote, los que ponen la mira en virtuosos fines, y que el de casarse los enamorados era el fin de mas excelencia, advirtiendo que el mayor contrario que el amor tiene es la hambre y la continua necesidad; porque el amor es todo alegría, regocijo y contento, y mas cuando el amante está en posesion de la cosa amada, contra quien son enemigos opuestos y declarados la necesidad y la pobreza; y que todo esto decia con intencion de que se dejase el señor Basilio de ejercitar las habilidades que sabe, que aunque le daban fama no le daban dineros, y que atendiese á grangear hacienda por medios licitos é industriosos, que nunca faltan á los prudentes y aplicados. El pobre honrado (si es que puede ser honrado el pobre) tiene prenda en tener mujer hermosa, que cuando se la quitan le quitan la honra y se la matan. La mujer hermosa y honrada, cuyo marido es pobre, merece ser coronada con laureles y palmas de vencimiento y triunfo. La hermosura por sí sola atrae las voluntades de cuantos la miran y conocen, y como á señuelo (1) gustoso se le abaten las águilas reales y los pájaros altaneros (2); pero si á la tal hermosura se la junta la necesidad y estrechez, tambien la embisten los cuervos, los milanos y las otras aves de rapiña, y la que está á tantos encuentros firme bien merece llamarse corona de su marido (3). Mirad, discreto Basilio, añadió don Quijote, opinion fue de no se que sabio, que no habia en todo el mundo sino una sola mujer buena, y daba por consejo que cada uno pensase y creyese que aquella sola buena era la suya, y así

(1) *Señuelo*, dice Covarrubias, es un coginillo, ó figurin con dos alas, en que ponen la carne con que llaman al halcon los cazadores cuando se va remontando, y cae á él. — Arr.

(2) Son los halcones y demas aves de rapiña, que desde muy alto se precipitan sobre su presa. — Arr.

(3) *Mulier diligens corona est viro suo* (Prov.).

viviría contento. Yo no soy casado, ni hasta ahora me ha venido en pensamiento serlo, y con todo esto me atrevería á dar consejo al que me lo pidiese, del modo que habia de buscar la mujer con quien se quisiese casar. Lo primero le aconsejaria que mirase mas á la fama que á la hacienda, porque la buena mujer no alcanza la buena fama solamente con ser buena, sino con parecerlo: que mucho mas dañan á las honras de las mujeres las desenvolturas y libertades públicas, que las maldades secretas. Si traes buena mujer á tu casa, fácil cosa seria conservarla y aun mejorarla en aquella bondad; pero si la traes mala, en trabajo te pondrá el enmendarla, que no es muy hacedero pasar de un extremo á otro. Yo no digo que sea imposible, pero téngolo por dificultoso.

Oía todo esto Sancho y dijo entre sí: este mi amo, cuando yo hablo cosas de meollo y de sustancia suele decir que podría yo tomar un púlpito en las manos, y irme por ese mundo adelante predicando lindezas; y yo digo dél que cuando comienza á enhilar sentencias y á dar consejos, no solo puede tomar un púlpito en las manos, sino dos en cada dedo, y andarse por esas plazas á qué quieres boca. Válate el diablo por caballero andante, que tantas cosas sabes: yo pensaba en mi ánima que solo podía saber aquello que tocaba á sus caballerías; pero no hay cosa donde no pique y deje de meter su cucharada.

Murmuraba esto algo Sancho, y entreoyóle su señor, y preguntóle: ¿qué murmuras, Sancho? No digo nada ni murmuro de nada, respondió Sancho; solo estaba diciendo entre mí que quisiera haber oido lo que vuesa merced aquí ha dicho antes que me casara, que quizá dijera yo ahora el buey suelto bien se lame. ¿Tan mala es tu Teresa, Sancho? dijo don Quijote. No es muy mala, respondió Sancho; pero no es muy buena, á lo menos no es tan buena como yo quisiera. Mal haces, Sancho, dijo don Quijote, en decir mal de tu mujer, que en efecto es madre de tus hijos. No nos debemos nada, respondió Sancho, que tambien ella dice mal de mí cuando se le antoja, especialmente cuando está celosa, que entonces súfrala el mismo Satanás.

Finalmente tres días estuvieron con los novios, donde fueron regalados y servidos como cuerpos de rey. Pidió don Quijote al diestro licenciado le diese una guía que le encaminase á la cueva de Montesinos, porque tenia gran deseo de entrar en ella, y ver á ojos vistas (1) si eran verdaderas las maravillas que de ella se decian por todos aquellos contornos. El licenciado le dijo que le daria á un primo suyo, famoso estudiante y muy aficionado á leer libros de caballerías, el cual con mucha voluntad le pondria á la boca de la misma cueva, y le enseñaria las lagunas de Ruidera, famosas ansimismo en toda la Mancha y aun en toda España: y díjole que llevaria con él gustoso entretenimiento, á causa que era mozo que sabia hacer libros para imprimir y para dirigirlos á principes. Finalmente el primo vino con una pollina preñada, cuya albarda cubria un gayado tapete ó arpillera. Ensilló Sancho á Rocinante, y aderezó al rucio, proveyó sus alforjas, á las cuales acompañaron las del primo ansimismo bien proveidas, y encomendándose á Dios y despidiéndose de todos, se pusieron en camino tomando la derrota de la famosa cueva de Montesinos.

En el camino preguntó don Quijote al primo, de qué género y calidad eran sus ejercicios, su profesion y estudios. A lo que él respondió, que su profesion era ser humanista, sus ejercicios y estudios componer libros para dar á la estampa, todos de gran provecho y no menos entretenimiento para la república: que el uno se intitulaba *el de las Libreas*, donde pinta setecientas y tres libreas con sus colores, motes y cifras, de donde podian sacar y tomar las que quisiesen en tiempo de fiestas y regocijos los caballeros cortesanos, sin andarlas mendigando de nadie, ni lambicando, como dicen, el cerbelo (2) por sacarlas conformes á sus deseos é intenciones: porque doy al celoso.

(1) Esto es, visible, clara, patente, palpablemente. — Arr.

(2) *Lambicar el cerbelo*, es un italianismo de *Lambicare* ó *Lambicarsi il cervello*, devanarse los sesos, quebrarse la cabeza. — MARTINEZ DEL ROXERO.

al desdeñado, al olvidado y al ausente las que les convienen, que les vendrán mas justas que pecadoras. Otro libro tengo tambien, á quien he de llamar *Metamorfóseos ó Ovidio español*, de invencion nueva y rara; porque en él, imitando á Ovidio á lo burlesco, pinto quien fue la Giralda de Sevilla y el ángel de la Magdalena (1), quien el caño de Vecinguerra de Córdoba (2), quienes los toros de Guisando, la Sierra Morena, las fuentes de Leganitos y Lavapies en Madrid (3) no olvidándome de la del Piojo (4), de la del Caño dorado (5) y de la Priora (6); y esto con sus alegorias, metáforas y traslaciones, de modo que alegran, suspenden y enseñan á un mismo punto. Otro libro tengo, que le llamo *Suplemento á Virgilio Polidoro*, que trata de la invencion de las cosas, que es de grande erudicion y estudio, á causa que las cosas que se dejó de decir Polidoro de gran sustancia, las averiguo yo, y las declaro por gentil estilo. Olvidósele á Virgilio de declararnos quien fue el primero que tuvo catarro en el mundo, y el primero que tomó las unciones para curarse del morbo gálico, y yo lo declaro al pie de la letra, y lo autorizo con mas de veinte y cinco autores, porque vea vuesa merced si he trabajado bien, y si ha de ser útil el tal libro á todo el mundo.

Sancho que habia estado muy atento á la narracion del primo, le dijo: dígame, señor, así Dios le dé buena manderecha (7) en la impresion de sus libros, sabriame decir, que si sabrá, pues todo lo sabe, ¿quien fue el primero que se rascó en la cabeza? que yo para mi tengo que debió de ser nuestro padre Adan. Si seria, respondió el primo, porque Adan no hay duda sino que tuvo cabeza y cabellos; y siendo esto así, y siendo el primer hombre del mundo, alguna vez se rascaria. Así lo creo yo, respondió Sancho, pero dígame ahora, ¿quien fue el primer volteador del mundo? En verdad, hermano, respondió el primo, que no me sabré determinar por ahora hasta que lo estudie; yo lo estudiaré en volviendo adonde tengo mis libros, y yo os satisfaré cuando otra vez nos veamos, que no ha de ser esta la postrera. Pues mire, señor, replicó Sancho, no tome trabajo en esto, que ahora he caido en la cuenta de lo que le he preguntado: sepa, que el primer volteador del mundo fue Lucifer cuando le echaron ó arrojaron del cielo, que vino volteando hasta los abismos. Tienes razon, amigo, dijo el primo; y dijo don Quijote: esa pregunta y respuesta no es tuya, Sancho; á alguno las has oido decir. Calle, señor, replicó Sancho, que á buena fe que si me doy á preguntar y á responder, que no acabe de aquí á mañana. Si, que para preguntar necedades y responder disparates no hé menester yo andar buscando ayuda de vecinos. Mas has dicho, Sancho, de lo que sabes, dijo don Quijote, que hay algunos que se

(1) El ángel de la Magdalena es una figura informe colocada como veleta en la torre de la iglesia de la Magdalena en Salamanca.

(2) El caño de Vecinguerra conduce las aguas pluviales é inmundicias de las calles de Córdoba al Guadalquivir.

(3) El campo de Leganitos caia al nordeste de Madrid, dando vista al rio Manzanares, y era muy frecuentado de la jente para coger el sol en el invierno y el fresco en el verano. Fabricáronse en aquel sitio fuentes con muchos caños, llamados vulgarmente *los caños de Leganitos*, y eran de una agua tan delgada y estimable, que se cantaba de ella:

Viento del Sotillo,
Luna del Prado,
Agua de Leganitos,
Vino del Santo.

Otra fuente habia en Lavapies de dos caños. Este barrio se llamaba de *Lavapies* en tiempo de Felipe III y IV, y no *Avapies*. Así le llamaron Gil Gonzalez de Avila, y Gerónimo Quintana en sus historias de Madrid. — P.

(4) Estaba en el Prado, cerca de la puerta del que fue convento de frailes Recoletos, hácia la parte de adentro, y acaso sea la que hoy está junto á la puerta llamada de Recoletos con el nombre de *Fuente de la Do-rotea*. — MARTINEZ DEL ROMERO.

(5) Estaba en medio del mismo Prado, y era una de las que mas hermoseaban aquel paseo, tan renovado en este tiempo. — P.

(6) Esta priora era la de Santo Domingo el Real: y la fuente estaba dentro de los jardines de Palacio ó huerta de la priora, llamada así porque en lo antiguo fue de aquel convento, y se llamaba los *Caños de la Priora*: y no lejos de ellos estaban los *Caños del Peral*, que eran de una fuente, que pocos años hace se conservaba aunque sin agua. — Hoy no existen tales caños. — P.

(7) Mano derecha, buena suerte ó fortuna. — D. A.

cansan en saber y averiguar cosas que despues de sabidas y averiguadas no importan un ardite al entendimiento ni á la memoria.

En estas y otras gustosas pláticas se les pasó aquel dia, y á la noche se albergaron en una pequeña aldea, adonde el primo dijo á don Quijote, que desde allí á la cueva de Montesinos no habia mas de dos leguas, y que si llevaba determinado de entrar en ella, era menester proveerse de sogas para atarse y descolgarse en su profundidad. Don Quijote dijo, que aunque llegase al abismo habia de ver donde paraba, y así compraron casi cien brazas de sogas, y otro dia á las dos de la tarde llegaron á la cueva, cuya boca es espaciosa y ancha, pero llena de cambroneras y cabrahigos, de zarzas y malezas, tan espesas é intrincadas, que de todo en todo la ciegan y encubren. En viéndola se apearon el primo, Sancho y don Quijote, al cual los dos le ataron luego fortísimamente con las sogas, y en tanto que le fajaban y ceñían le dijo Sancho: mire vuesa merced, señor mio, lo que hace, no se quiera sepultar en vida, ni se ponga adonde parezca frasco que le ponen á enfriar en algun pozo; si, que á vuesa merced no le toca ni atañe ser el escudriñador desta que debe de ser peor que mazmorra. Ata y calla, respondió don Quijote, que tal empresa como aquesta, Sancho amigo, para mi estaba guardada. Y entonces dijo la guia: suplico á vuesa merced, señor don Quijote, que mire bien y especule con cien ojos lo que hay allí dentro, quizá habrá cosas que las ponga yo en el libro de mis transformaciones (1). En manos está el panderito que le sabran bien tañer, respondió Sancho Panza.

Dicho esto y acabada la ligadura de don Quijote (que no fue sobre el arnes, sino sobre el jubon de armar) dijo don Quijote: inadvertidos hemos andado en no habernos proveido de un esquilon pequeño, que fuera atado junto á mi en esta misma sogas, con cuyo sonido se entendiera que todavia bajaba y estaba vivo: pero pues ya no es posible, á la mano de Dios que me guie, y luego se hincó de rodillas é hizo una oracion en voz baja, al cielo pidiendo á Dios le ayudase y le diese buen suceso en aquella al parecer peligrosa y nueva aventura, y en voz alta dijo luego: ó señora de mis acciones y movimientos, clarísima y sin par Dulcinea del Toboso, si es posible que lleguen á tus oidos las plegarias y rogaciones deste tu venturoso amante, por tu inaudita belleza te ruego las escuches, que no son otras que rogarte no me niegues tu favor y amparo ahora que tanto le hé menester. Yo voy á despeñarme, á empozarme y á undirme en el abismo que aquí se me representa, solo porque conozca el mundo que si tú me favoreces no habrá imposible á quien yo no acometa y acabe: y en diciendo esto se acercó á la sima, vió, no ser posible descolgarse, ni hacer lugar á la entrada, si no era á fuerza de brazos ó á cuchilladas, y así poniendo mano á la espada comenzó á derribar y á cortar de aquellas malezas que á la boca de la cueva estaban, por cuyo ruido y estruendo salieron por ella una infinidad de grandísimos cuervos y grajos, tan espesos y con tanta priesa que dieron con don Quijote en el suelo; y si él fuera tan agorero como católico cristiano, lo tuviera á mala señal, y excusara de encerrarse en lugar semejante.

Finalmente se levantó, y viendo que no salian mas cuervos ni otras aves nocturnas, como fueron murciélagos, que asimismo entre los cuervos salieron, dándole sogas el primo y Sancho le dejaron calar al fondo de la caverna espantosa: y al entrar, echándole Sancho su bendicion y haciendo sobre él mil cruces, dijo: Dios te guie y la peña de Francia (2) junto con la trinidad de Gaeta (3), flor, nata y espuma de los caballeros andantes. Allá vas, valenton del mundo, corazon de acero, brazos de

(1) Ó *Metamorfóseos*, que era su verdadero titulo. — P.

(2) La peña de Francia es un monte muy alto que se halla en el término de la Alberca, pueblo de la provincia de Salamanca, al norte de las Batuecas, siete leguas de Ciudad-Rodrigo, en donde se cuenta que un tal Francisco Simon Vela descubrió en 1409 una imágen de la Virgen. Fundáronse despues en aquel sitio varias ermitas y un convento de frailes (*Mariana, Historia de España*, lib. xix, cap. XIX).

(3) Es una capilla dedicada á la Trinidad, y fundada en un promontorio, en el puerto de Gaeta, en Italia por el rey Fernando V de Aragón. *Fr. Scoto, Itiner. d'Italia*. — Arr.



bronce; Dios te guíe otra vez y te vuelva libre y sano y sin cautela á la luz desta vida que dejas por enterrarte en esta escuridad que buscas. Casi las mismas plegarias y deprecaciones hizo el primo.

Iba don Quijote dando voces que le diesen sogas y mas sogas, y ellos se la daban poco á poco; y cuando las voces, que acanaladas por la cueva salian, dejaron de oirse, ya ellos tenian descolgadas las cien brazas de sogas. Fueron de parecer de volver á subir á don Quijote, pues no le podian dar mas cuerda: con todo eso se detuvieron como media hora, al cabo del cual espacio volvieron á recoger la sogas con mucha facilidad y sin peso alguno, señal que les hizo imaginar que don Quijote se quedaba dentro, y creyéndolo así Sancho, lloraba amargamente y tiraba con mucha priesa por desengañarse: pero llegando á su parecer á poco mas de las ochenta brazas sintieron peso, de que en extremo se alegraron. Finalmente á las diez vieron distintamente á don Quijote, á quien dió voces Sancho diciéndole: sea vuesa merced muy bien vuelto, señor mio, que ya pensamos que se quedaba allá para casta; pero no respondia palabra don Quijote, y sacándole del todo vieron que traia cerrados los ojos con muestras de estar dormido. Tendiéronle en el suelo y desliáronle, y con todo esto no despertaba. Pero tanto le volvieron y revolvieron, sacudieron y menearon, que al cabo de un buen espacio volvió en sí, desperezándose bien como si de algun grave y profundo sueño despertara, y mirando á una y á otra parte como espantado, dijo: Dios os lo perdone, amigos, que me habeis quitado de la mas sabrosa y agradable vida y vista que ningun humano ha visto ni pasado. En efecto, ahora acabo de conocer que todos los contentos desta vida pasan como sombra y sueño, ó se marchitan como la flor del campo. ¡Oh desdichado Montesinos! ¡Oh mal ferido Durandarte! ¡Oh sin

ventura Belerma! ¡Oh lloroso Guadiana, y vosotras sin dicha hijas de Ruidera, que mostrais en vuestras aguas las que lloraron vuestros hermosos ojos! Con grande atencion escuchaban el primo y Sancho las palabras de don Quijote que las decia como si con dolor inmenso las sacara de las entrañas. Suplicáronle les diese á entender lo que decia, y les dijese lo que en aquel infierno habia visto. ¿Infierno le llamis? dijo don Quijote; pues no le llameis así, porque no lo merece, como luego vereis. Pidió que le diesen algo de comer, que traia grandisima hambre. Tendieron la arpillera del primo sobre la verde yerba, acudieron á la despensa de sus alforjas, y sentados todos tres en buen amor y compañía, merendaron y cenaron todo junto. Levantada la arpillera dijo don Quijote de la Mancha: no se levante nadie, y estadme, hijos, todos atentos.





CAPITULO XXIII.

De las admirables cosas que el extremado don Quijote contó que había visto en la profunda cueva de Montesinos, cuya imposibilidad y grandeza hace que se tenga esta aventura por apócrifa.



Las cuatro de la tarde serian cuando el sol entre nubes cubierto, con luz escasa y templados rayos dió lugar á don Quijote para que sin calor y pesadumbre contase á sus dos clarísimos oyentes lo que en la cueva de Montesinos (1) había visto, y comenzó en el modo siguiente :

A obra de doce ó catorce estados (2) de la profundidad desta mazmorra, á la derecha mano se hace una concavidad y espacio capaz de poder caber en ella un gran carro con sus mulas. Entrale una pequeña luz por unos resquicios ó agujeros, que lejos le responden,

abiertos en la superficie de la tierra. Esta concavidad y espacio vi yo, á tiempo cuando ya iba cansado y mohino de verme pendiente y colgado de la sogá caminar por aquella oscura region abajo sin llevar cierto ni determinado camino, y así determiné entrarme en ella y descansar un poco. Di voces, pidiéndoos que no descolgádes mas sogá hasta que yo os lo dijese; pero no debisteis de oirme. Fui recogiendo la sogá que enviábades, y haciendo della una rosca ó rímero me senté sobre él pensativo además, considerando lo que hacer debía para calar al fondo, no teniendo quien me sustentase : y estando en este pensamiento y confusion, de repente y sin procurarlo me saltó un sueño profundísimo, y cuando menos lo pensaba, sin saber como ni como no, desperté dél y me hallé en la mitad del mas bello, ameno y deleitoso prado, que puede criar la naturaleza ni imaginar la mas discreta imaginacion humana. Despañilé los ojos, limpiémelos, y vi que no dormia, sino que realmente estaba despierto. Con todo esto me tenté la cabeza y los pechos, por certificarme si era yo mismo el

(1) Hablando don Vicente de los Rios en su *Análisis del Quijote* de esta aventura de la Cueva de Montesinos, dice : « que si se considera la delicada union de lo extraordinario, lo ridiculo, y lo verosímil de él, se conocerá el ingenio, el arte y la fecundidad prodigiosa de su autor. » — P.

(2) Estado es aquí cierta medida de cantería, de la estatura regular de un hombre. — Arr.

que allí estaba, ó alguna fantasma vana y contrahecha; pero el tacto, el sentimiento, los discursos concertados que entre mí hacia me certificaron que yo era allí entonces el que soy aquí ahora. Ofrecióseme luego á la vista un real y suntuoso palacio ó alcázar, cuyos muros y paredes parecían de trasparente y claro cristal fabricados, del cual abriéndose dos grandes puertas vi que por ellas salía y hácia mí se venia un venerable anciano vestido con un capuz de bayeta morada, que por el suelo le arrastraba; ceñíale los hombros y los pechos una beca de colegial y raso verde; cubríale la cabeza una gorra milanese negra, y la barba canísima le pasaba de la cintura: no traía arma ninguna, sino un rosario de cuentas en la mano, mayores que medianas nueces, y los dieces asimismo como huevos medianos de avestruz: el continente, el paso, la gravedad y la anchísima presencia, cada cosa de por sí y todas juntas me suspendieron y admiraron. Llegóse á mí, y lo primero que hizo fue abrazarme estrechamente, y luego decirme: luengos tiempos há, valeroso caballero don Quijote de la Mancha, que los que estamos en estas soledades encantados esperamos verte para que des noticia al mundo de lo que encierra y cubre la profunda cueva por donde has entrado, llamada la cueva de Montesinos: hazaña solo guardada para ser acometida de tu invencible corazon y de tu ánimo estupendo. Ven conmigo, señor clarísimo, que te quiero mostrar las maravillas que este trasparente alcázar solapa (1), de quien yo soy alcaide y guarda mayor perpétua, porque soy el mismo Montesinos, de quien la cueva toma nombre. Apénas me dijo que era Montesinos, cuando le pregunté si fue verdad lo que en el mundo de acá arriba se contaba que él habia sacado de la mitad del pecho con una pequeña daga el corazon de su grande amigo Durandarte, y llevádole á la señora Belerma, como él se lo mandó al punto de su muerte (2). Respondióme que en todo decían verdad, sino en la daga, porque no fue daga ni pequeña, sino un puñal buido mas agudo que una lezna.

Debía de ser, dijo á este punto Sancho, el tal puñal de Ramon de Hozes el Sevillano. No sé, prosiguió don Quijote; pero no sería dese puñalero, porque Ramon de Hozes fue ayer, y lo de Roncesvalles, donde aconteció esta desgracia, há muchos años; y esta averiguacion no es de importancia, ni turba ni altera la verdad y contexto de la historia. Así es, respondió el primo: prosiga vuesa merced, señor don Quijote, que le escucho con el mayor gusto del mundo. No con menor lo cuento yo, respondió don Quijote, y así digo que el venerable Montesinos me metió en el cristalino palacio, donde en una sala baja, fresquísima sobre modo y toda de alabastro, estaba un sepulcro de mármol con gran maestría fabricado, sobre el cual vi á un caballero tendido de largo á largo, no de bronce ni de mármol, ni de jaspe hecho, como los suele haber en otros sepulcros, sino de pura carne y de puros huesos. Tenia la mano derecha (que á mi parecer es algo peluda y nervosa, señal de tener muchas fuerzas su dueño) puesta sobre el lado del corazon, y antes que preguntase nada á Montesinos, viéndome suspenso, mirando al del sepulcro, me dijo: este es mi amigo Durandarte, flor y espejo de los caballeros enamorados y valientes de su tiempo; tiénele aquí encantado como me tiene á mí y á otros muchos y muchas Merlin (3), aquel frances encantador, que dicen que fue hijo del diablo; y lo que yo creo es que no fue hijo del diablo, sino que supo, como dicen, un punto mas que el diablo. El como ó para qué nos encantó, nadie lo sabe, y ello dirá andando los tiempos, que no estan muy lejos segun imagino. Lo que á mí me admira es, que sé tan cierto como ahora es de día, que Durandarte acabó los de su vida en mis brazos, y que despues de muerto le saqué el corazon con mis propias manos; y en verdad que debia de pesar

(1) Oculta, encubre. — Arr.

(2) Este pasaje está tomado de un romance antiguo, que se halla en el *Cancionero* de Amberes, folio 269, v. — A.

(3) Ambrosio Merlin fue un ingles, tenido por mago, encantador y profeta entre los crédulos, floreció por los años de 480. — P.

dos libras, porque segun los naturales, el que tiene mayor corazon es dotado de mayor valentia del que le tiene pequeño.

Pues siendo esto así, y que realmente murió este caballero, ¿ como ahora se queja y suspira de cuando en cuando como si estuviese vivo (1)?

Esto dicho, el misero Durandante dando una gran voz, dijo :

Oh mi primo Montesinos,
Lo postrero que os rogaba,
Que cuando yo fuere muerto,
Y mi ánima arrancada,
Que lleveis mi corazon
Adonde Belerma estaba,
Sacándomele del pecho,
Ya con puñal, ya con daga (2).

Oyendo lo cual el venerable Montesinos se puso de rodillas ante el lastimado caballero, y con lágrimas en los ojos le dijo : ya, señor Durandante, carísimo primo mio, ya hice lo que me mandastes en el aciago dia de nuestra pérdida ; yo os saqué el corazon lo mejor que pude, sin que os dejase una mínima parte en el pecho, yo le limpié con un pañizuelo de puntas, yo partí con él de carrera para Francia, habiéndos primero puesto en el seno de la tierra con tantas lágrimas, que fueron bastantes á lavarme las manos y limpiarme con ellas la sangre que tenian de haberos andado en las entrañas ; y por mas señas, primo de mi alma, en el primero lugar que topé saliendo de Roncesvalles eché un poco de sal en vuestro corazon, porque no oliese mal, y fuese, si no fresco, á lo menos amojamado á la presencia de la señora Belerma, la cual con vos y conmigo y con Guadiana vuestro escudero, y con la dueña Ruidera y sus siete hijas y dos sobrinas, y con otros muchos de vuestros conocidos y amigos nos tiene aquí encantados el sabio Merlin há muchos años, y aunque pasan de quinientos, no se ha muerto ninguno de nosotros, solamente falta Ruidera y sus hijas y sobrinas, las cuales llorando, por compasion que debió de tener Merlin dellas, las convirtió en otras tantas lagunas, que ahora en el mundo de los vivos y en la provincia de la Mancha las llaman las lagunas de Ruidera ; las siete son de los reyes de España, y las dos sobrinas de los caballeros de una órden santísima, que llaman de san Juan. Guadiana vuestro escudero, plañendo asimesmo vuestra desgracia fue convertido en un rio llamado de su mismo nombre, el cual cuando llegó á la superficie de la tierra y vió el sol del otro cielo, fue tanto el pesar que sintió de ver que os dejaba, que se sumergió en las entrañas de la tierra ; pero como no es posible dejar de acudir á su natural corriente, de cuando en cuando sale y se muestra donde el sol y las gentes le vean. Vanle administrando de sus aguas las referidas lagunas, con las cuales y con otras muchas que se llegan, entra pomposo y grande en Portugal. Pero con todo esto, por donde quiera que va muestra su tristeza y melancolia, y no se precia de criar en sus aguas peces regalados y de estima, sino burdos y desabridos, bien diferentes de los del Tajo dorado : y esto que agora os digo, ó primo mio, os lo he dicho muchas veces, y como no me respondeis, imagino que no me dais crédito ó no me ois, de lo que yo recibo tanta pena cual Dios lo sabe. Unas nuevas os quiero dar ahora, las cuales ya que no sirvan de alivio á vuestro dolor, no os le aumentarán en ninguna manera. Sabed que teneis aquí en vuestra presencia (y abrid los ojos y veréislo) aquel gran caballero de quien tantas cosas tiene profetizadas el sabio Mer-

(1) Esta pregunta la hizo don Quijote. — P.

(2) Estos versos estan tomados, aunque con alguna variedad, del *Cancionero* de Amberes, en el romance que principia en el fol. 269 :

¡ O Belerma, ó Belerma ! — A.

lin, aquel don Quijote de la Mancha digo, que de nuevo y con mayores ventajas que en los pasados siglos ha resucitado en los presentes la ya olvidada andante caballeria, por cuyo medio y favor podria ser que nosotros fuésemos desencantados, que las grandes hazañas para los grandes hombres estan guardadas. Y cuando así no sea, res-



pondió el lastimado Durandarte con voz desmayada y baja, cuando así no sea, oh primo, digo, paciencia y barajar; y volviéndose de lado tornó á su acostumbrado silencio sin hablar mas palabra.

Oyéronse en esto grandes alaridos y llantos acompañados de profundos gemidos y angustiados sollozos. Volvi la cabeza, y vi por las paredes de cristal, que por otra sala pasaba una procesion de dos hileras de hermosísimas doncellas todas vestidas de luto con turbantes blancos sobre las cabezas al modo turquesco. Al cabo y fin de las hileras venia una señora, que en la gravedad lo parecia, asimismo vestida de negro, con tocas blancas tan tendidas y largas que besaban la tierra. Su turbante era mayor dos veces que el mayor de alguna de las otras: era cejijunta, la nariz algo chata, la boca grande, pero colorados los labios: los dientes, que tal vez los descubria, mostraban ser ralos y no bien puestos, aunque eran blancos como unas peladas almendras: traía en las manos un lienzo delgado, y entre él, á lo que pude divisar, un corazon de carne mómia, segun venia seco y amojamado. Dijome Montesinos, como toda aquella gente de la procesion eran sirvientes de Durandarte y de Belerma, que

allí con sus dos señores estaban encantados, y que la última, que traía el corazón entre el lienzo y en las manos, era la señora Belerma, la cual con sus doncellas cuatro días en la semana hacían aquella procesion y cantaban, ó por mejor decir lloraban endechas sobre el cuerpo y sobre el lastimado corazón de su primo: y que si me había parecido algo fea, ó no tan hermosa como tenía la fama, era la causa las malas noches y peores días que en aquel encantamento pasaba, como lo podía ver en sus grandes ojeras y en su color quebradizo; y no toma ocasión su amarillez y sus ojeras de estar con el mal mensil, ordinario en las mujeres, porque há muchos meses y aun años que no le tiene ni asoma por sus puertas; sino del dolor que siente su corazón por el que de continuo tiene en las manos, que le renueva y trae á la memoria la desgracia de su mal logrado amante: que si esto no fuera, apenas la igualara en hermosura, donaire y brio la gran Dulcinea del Toboso, tan celebrada en todos estos contornos y aun en todo el mundo.

Cepos quedos, dije yo entonces, señor don Montesinos: cuente vuesa merced su historia como debe, que ya sabe que toda comparación es odiosa, y así no hay para que comparar á nadie con nadie; la sin par Dulcinea del Toboso es quien es, y la señora doña Belerma es quien es y quien ha sido, y quédese aquí. A lo que él me respondió: señor don Quijote, perdóneme vuesa merced, que yo confieso que anduve mal, y no dije bien en decir que apenas igualara la señora Dulcinea á la señora Belerma, pues me bastaba á mí haber entendido, por no sé que barruntos, que vuesa merced es su caballero, para que me mordiera la lengua antes de compararla sino con el mismo cielo. Con esta satisfacción que me dió el gran Montesinos se quietó mi corazón del sobresalto que recibí en oír que á mi señora la comparaban con Belerma. Y aun me maravillo yo, dijo Sancho, de como vuesa merced no se subió sobre el vejete, y le molió á coces todos los huesos, y le peló las barbas sin dejarle pelo en ellas. No, Sancho amigo, respondió don Quijote, no me estaba á mí bien hacer eso, porque estamos todos obligados á tener respeto á los ancianos, aunque no sean caballeros, y principalmente á los que lo son y están encantados: yo sé bien que no nos quedamos á deber nada en otras muchas demandas y respuestas que entre los dos pasamos.

A esta sazón dijo el primo: yo no sé, señor don Quijote, como vuesa merced en tan poco espacio de tiempo como há que está allá bajo haya visto tantas cosas y hablado y respondido tanto. ¿Cuanto há que bajé? preguntó don Quijote. Poco más de una hora, respondió Sancho. Eso no puede ser, replicó don Quijote, porque allá me anocheció y amaneció, y tornó á anochecer y amanecer tres veces, de modo que á mi cuenta tres días he estado en aquellas partes remotas y escondidas á la vista nuestra.

Verdad debe de decir mi señor, dijo Sancho, que como todas las cosas que le han sucedido son por encantamento, quizá lo que á nosotros nos parece una hora debe de parecer allá tres días con sus noches. Así será, respondió don Quijote. ¿Y ha comido vuesa merced en todo esto tiempo, señor mío? preguntó el primo. No me he desayunado de bocado, respondió don Quijote, ni aun he tenido hambre; ni por pensamiento. ¿Y los encantados comen? dijo el primo. No comen, respondió don Quijote, ni tienen excrementos mayores, aunque es opinión que les crecen las uñas, las barbas y los cabellos. ¿Y duermen por ventura los encantados, señor? preguntó Sancho. No por cierto, respondió don Quijote, á lo menos en estos tres días que yo he estado con ellos ninguno ha pegado el ojo, ni yo tampoco. Aquí encaja bien el refrán, dijo Sancho, de dime con quien andas, decirte hé quien eres; andase vuesa merced con encantados ayunos y vigilantes: mirad si es mucho que ni coma ni duerma mientras con ellos anduviere; pero perdóneme vuesa merced, señor mío, si le digo que de todo cuanto aquí ha dicho, lléveme Dios, que iba á decir el diablo, si le creo cosa alguna. ¿Como no? dijo el primo, ¿pues había de mentir el señor don Quijote, que

aunque quisiera no ha tenido lugar para componer é imaginar tanto millon de mentiras? Yo no creo que mi señor miente, respondió Sancho. Si no ¿que crees? le preguntó don Quijote. Creo, respondió Sancho, que aquel Merlin, ó aquellos encantadores que encantaron á toda la chusma que vuesa merced dice que ha visto y comunicado allá bajo, le encajaron en el magin ó la memoria toda esa máquina que nos ha contado, y todo aquello que por contar le queda.

Todo eso pudiera ser, Sancho, replicó don Quijote; pero no es así, porque lo que he contado lo vi por mis propios ojos y lo toqué con mis mismas manos. Pero ¿qué dirás cuando te diga yo ahora como entre otras infinitas cosas y maravillas que me mostró Montesinos (las cuales despacio y á sus tiempos te las iré contando en el discurso de nuestro viaje, por no ser todas deste lugar) me mostró tres labradoras que por aquellos amenísimos campos iban saltando y brincando como cabras, y apenas las hube visto cuando conocí ser la una la sin par Dulcinea del Toboso, y las otras dos aquellas mismas labradoras que venian con ella, que hablamos á la salida del Toboso? Pregunté á Montesinos si las conocia: respondióme que no; pero que él imaginaba que debian de ser algunas señoras principales encantadas, que pocos dias habia que en aquellos prados habian parecido; y que no me maravillase desto, porque allí estaban otras muchas señoras de los pasados y presentes siglos, encantadas en diferentes y extrañas figuras, entre las cuales conocia él á la reina Ginebra y su dueña Quinaña escanciando (1) el vino á Lanzarote cuando de Bretaña vino.

Cuando Sancho Panza oyó decir esto á su amo pensó perder el juicio, ó morir de risa, que como él sabia la verdad del fingido encanto de Dulcinea, de quien él habia sido el encantador y el levantador de tal testimonio, acabó de conocer indubitablemente que su señor estaba fuera de juicio y loco de todo punto, y así le dijo: en mala coyuntura y en peor sazón y en aciago dia bajó vuesa merced, caro patron mio, al otro mundo, y en mal punto se encontró con el señor Montesinos, que tal nos le ha vuelto. Bien se estaba vuesa merced acá arriba con su entero juicio, tal cual Dios se le habia dado, hablando sentencias y dando consejos á cada paso, y no ahora contando los mayores disparates que pueden imaginarse.

Como te conozco, Sancho, respondió don Quijote, no hago caso de tus palabras. Ni yo tampoco de las de vuesa merced, replicó Sancho, siquiera me hiera, siquiera me mate por las que le he dicho, ó por las que le pienso decir, si en las tuyas no se corrige y enmienda. Pero dígame vuesa merced ahora que estamos en paz, ¿como ó en qué conoció á la señora nuestra ama? y si la habló ¿qué dijo, y que le respondió?

Conocila, respondió don Quijote, en que trae los mismos vestidos que traia cuando tu me la mostraste. Háblala, pero no me respondió palabra, antes me volvió las espaldas, y se fué huyendo con tanta priesa que no la alcanzara una jara (2). Quise seguirla, y lo hiciera, si no me aconsejara Montesinos que no me cansase en ello, porque seria en balde, y mas porque se llegaba la hora donde me convenia volver á salir de la sima. Díjome asimismo que andando el tiempo se me daría aviso como habian de ser desencantados él y Belerma y Durandarte con todos los que allí estaban; pero lo que mas pena me dió de las que allí vi y noté, fue que estándome diciendo Montesinos estas razones se llegó á mi por un lado, sin que yo le viesse venir, una de las dos compañeras de la sin ventura Dulcinea, y llenos los ojos de lágrimas con turbada y baja voz me dijo: mi señora Dulcinea del Toboso besa á vuesa merced las manos, y suplica á vuesa merced se la haga de hacerla saber como está, y que por estar en una gran necesidad, asimismo suplica á vuesa merced cuan encarecidamente puede, sea servido de prestarle sobre este faldellín, que aquí traigo de cotonia nuevo, media docena de reales, ó los que vuesa merced tuviere, que ella da su palabra de volverse-

(1) Echando de beber, ó dando la copa con vino. — Arr.

(2) Jara era una especie de saeta que se disparaba con la ballesta. — Arr.

los con mucha brevedad. Suspendiome y admiróme el tal recado, y volviéndome al señor Montesinos le pregunté: ¿es posible, señor Montesinos, que los encantados



principales padecen necesidad? A lo que él me respondió: créame vuesa merced, señor don Quijote de la Mancha, que esta que llaman necesidad adonde quiera se usa, y por todo se extiende y á todos alcanza, y aun hasta los encantados no perdona; y pues la señora Dulcinea del Toboso envía á pedir esos seis reales, y la prenda es buena segun parece, no hay sino dárselos, que sin duda debe de estar puesta en algun grande aprieto. Prenda no la tomaré yo, le respondí, ni menos le daré lo que pide, porque no tengo sino solos cuatro reales, los cuales le di (que fueron los que tu, Sancho, me diste el otro dia para dar limosna á los pobres que topase por los caminos) y le dije, decid, amiga mia, á vuesa señora, que á mí me pesa en el alma de sus trabajos, y que quisiera ser un Fúcar (1) para remediarlos, y que le hago saber que yo no puedo ni debo tener salud, careciendo de su agradable vista y discreta conversacion, y que le suplico, cuan encarecidamente puedo, sea servida su merced de dejarse ver y tratar deste su cautivo servidor y asendereado caballero. Diréisle tambien que cuando menos se lo piense oirá decir como yo he hecho un juramento y voto, á modo de aquel que hizo el marques de Mántua (2), de vengar á su sobrino Baldovinos, cuando le halló para espirar en la mitad de la montaña, que fue de no comer pan á manteles, con

(1) Es decir, un hombre rico. Los Fúcares fueron unos comerciantes y asentistas muy ricos, bien conocidos en toda Europa y particularmente en España, donde tuvieron varios asientos á principios del siglo xvii.—P.—La calle en que habitaron, en Madrid, se llama todavía *calle del Fúcar*.

(2) Es una alusion al antiguo romance, que se halla en el *Cancionero* de Amberes, fol. 54 y 57, y en *Silva de Romances*, fol. 52 y 41.—P.

las otras zarandajas que allí añadió, hasta vengarle; y así le haré yo de no sosegar y de andar las siete partidas del mundo, con mas puntualidad que las anduvo el infante don Pedro de Portugal, hasta desencantarla (1). Todo eso y mas debe vuesa merced á mi señora, me respondió la doncella, y tomando los cuatro reales, en lugar de hacerme una reverencia hizo una cabriola que se levantó dos varas de medir en el aire.

¡Oh santo Dios! dijo á este tiempo, dando una gran voz Sancho: ¡es posible que tal hay en el mundo, y que tengan en él tanta fuerza los encantadores y encantamientos, que hayan trocado el buen juicio de mi señor en una tan disparatada locura! ¡Oh señor, señor, por quien Dios es que vuesa merced mire por sí y vuelva por su honra, y no dé crédito á esas vaciedades que le tienen menguado y descabalado el sentido. Como me quieres bien, Sancho, hablas desa manera, dijo don Quijote; y como no estás experimentado en las cosas del mundo, todas las cosas que tienen algo de dificultad te parecen imposibles, pero andará el tiempo, como otra vez he dicho, y yo te contaré algunas de las que allá abajo he visto, que te harán creer las que aquí he contado, cuya verdad ni admite réplica ni disputa.

(1) Gomez de Santisteban escribió esta historia, diciendo que fue uno de los doce que anduvieron en la compañía del infante.—A.





CAPITULO XXIV.

Donde se cuentan mil zarandajas tan impertinentes como necesarias al verdadero entendimiento desta grande historia.



D

ICE el que tradujo esta grande historia del original de la que escribió su primer autor Cide Hamete Benengeli, que llegando al capítulo de la aventura de la cueva de Montesinos en el margen dél estaban escritas de mano del mismo Hamete estas mismas razones:

«No me puedo dar á entender, ni me puedo persuadir que al valeroso don Quijote le pasase puntualmente todo lo que en el antecedente capítulo queda escrito. » La razon es, que todas las aventuras hasta aquí sucedidas han sido contingibles y verisímiles; pero esta desta cueva no le hallo entrada alguna para tenerla por verdadera por ir tan fuera de los términos razonables. Pues pensar yo que don Quijote mintiese, siendo el mas verdadero hidalgo y el mas noble caballero de sus tiempos, no es posible; que no dijera él una mentira si le aseteáran. Por otra parte considero que él la contó y la dijo con todas las circunstancias dichas, y que no pudo fabricar en tan breve espacio tan gran máquina de disparates; y si esta aventura parece apócrifa, yo no tengo la culpa, y así sin afirmarla por falsa ó verdadera, la escribo. Tú, lector, pues eres prudente, juzga lo que te pareciere, que yo no debo, ni puedo mas, puesto que se tiene por cierto que al tiempo de su fin y muerte, dicen que se retractó della, y dijo que él la habia inventado por parecerle que convenia y cuadraba bien con las aventuras que habia leído en sus historias.» Y luego prosigue diciendo:

Espantóse el primo así del atrevimiento de Sancho Panza como de la paciencia de su amo, y juzgó que del contento que tenia de haber visto á su señora Dulcinea del Toboso, aunque encantada, le nacia aquella condicion blanda que entonces mostraba; porque si así no fuera, palabras y razones le dijo Sancho, que merecian molerle á palos, porque realmente le pareció que habia andado atrevidillo con su señor, á quien le dijo: yo, señor don Quijote de la Mancha, doy por bien empleadísima la jornada que con vuesa merced he hecho, porque en ella he grangeado cuatro cosas. La primera, haber conocido á vuesa merced, que lo tengo á gran felicidad. La segunda, haber sabido lo que se encierra en esta cueva de Montesinos, con las mutaciones de Guadiana, y de las lagunas de Ruidera, que me servirán para el *Ovidio español* que traigo

entre manos. La tercera, entender la antigüedad de los naipes, que por lo menos ya se usaban en tiempo del emperador Carlo Magno, segun puede colegirse de las palabras que vuesa merced dice que dijo Durandarte cuando al cabo de aquel grande espacio que estuvo hablando con él Montesinos, él despertó diciendo: paciencia y barajar. Y esta razon y modo de hablar no la pudo aprender encantado, sino cuando no lo estaba en Francia, y en tiempo del referido emperador Carlo Magno. Y esta averiguacion me viene pintiparada para el otro libro que voy componiendo, que es *Suplemento de Virgilio Polidoro en la invencion de las antigüedades* (1); y creo que en el suyo no se acordó de poner la de los naipes, como la pondré yo ahora, que será de mucha importancia, y mas alegando autor tan grave y tan verdadero como es el señor Durandarte. La cuarta, es haber sabido con certidumbre el nacimiento del rio Guadiana, hasta ahora ignorado de las gentes.

Vuesa merced tiene razon, dijo don Quijote; pero querria yo saber, ya que Dios le haga merced de que se le dé licencia para imprimir esos sus libros que lo dudo (2), ¿á quien piensa dirigirlos? Señores y grandes hay en España á quien puedan dirigirse, dijo el primo. No muchos, respondió don Quijote; y no porque no lo merezcan, sino que no quieren admitirlos por no obligarse á la satisfaccion que parece se debe al trabajo y cortesia de sus autores. Un príncipe conozco yo que puede suplir la falta de los demas con tantas ventajas, que si me atreviera á decirlas, quizá despertara la envidia en mas de cuatro generosos pechos (3); pero quédese esto aquí para otro tiempo mas cómodo, y vamos á buscar adonde recogernos esta noche. No lejos de aquí, respondió el primo, está una ermita donde hace su habitacion un ermitaño, que dicen ha sido soldado, y está en opinion de ser un buen cristiano, y muy discreto y caritativo ademas. Junto con la ermita tiene una pequeña casa que él ha labrado á su costa, pero con todo, aunque chica, es capaz de recibir huéspedes. ¿Tiene por ventura gallinas el tal ermitaño? preguntó Sancho. Pocos ermitaños estan sin ellas, respondió don Quijote, porque no son los que ahora se usan como aquellos de los desiertos de Egipto, que se vestian de hojas de palma, y comian raices de la tierra. Y no se entienda que por decir bien de aquellos no lo digo de aquestos, sino que quiero decir que al rigor y estrechez de entonces no llegan las penitencias de los de ahora; pero no por esto dejan de ser todos buenos, á lo menos yo por buenos los juzgo; y cuando todo corra turbio (4), menos mal hace el hipócrita que se finge bueno, que el público pecador (5).

Estando en esto vieron que hácia donde ellos estaban venia un hombre á pie caminando aprieta, y dando varazos á un macho que venia cargado de lanzas y de alabardas. Cuando llegó á ellos los saludó, y pasó de largo. Don Quijote le dijo: buen hombre, deteneos, que parece que vais con mas diligencia que ese macho há menester. No me puedo detener, señor, respondió el hombre, por que las armas que veis que aquí llevo han de servir mañana, y así me es forzoso el no detenerme, y á Dios. Pero si quisiéredes saber para que las llevo, en la venta que está mas arriba de la ermita pienso alojar esta noche; y si es que haceis este mesmo camino, allí me hallareis, donde os contaré maravillas, y á Dios otra vez; y de tal manera aguijó el macho, que

(1) Debía decirse Polidoro Virgilio. Este es el nombre de un sabio italiano que publicó en 1499, el tratado *De rerum inventoribus*.

(2) En tiempo de Cervantes parece era difícil alcanzar este permiso. — A.

(3) El príncipe á quien alude aquí Cervantes es don Pedro Fernandez de Castro, conde de Lemos, á quien dedicó esta segunda parte de D. Quijote. — P.

(4) *Correr turbio* frase metafórica y familiar: suceder lo peor, ó lo contrario de lo que se supone ó desea. — Arr.

(5) A pesar de la gran precaucion con que habla aquí Cervantes de los ermitaños, bien sabia él y se sabia entónces la supercheria, impostura, hipocresia y relajada vida de muchos de ellos, practicada impunemente con capa de penitencia y devocion: y esto es lo que quiere criticar aquí, aunque con paliativos, nuestro autor, sin duda por no chocar con los muchos, ya necios y ya falsos devotos de su tiempo. — Arr.

no tuvo lugar don Quijote de preguntarle que maravillas eran las que pensaba decirles; y como él era algo curioso, y siempre le fatigaban deseos de saber cosas nuevas, ordenó que al momento se partiesen, y fuésen á pasar la noche en la venta sin tocar



en la ermita donde quisiera el primo que se quedáran. Hizose así, subieron á caballo y siguieron todos tres el derecho camino de la venta, á la cual llegaron un poco antes de anochecer. Dijo el primo á don Quijote, que llegasen á la ermita á beber un trago. Apenas oyó esto Sancho Panza cuando encaminó el rucio á ella, y lo mismo hicieron don Quijote y el primo; pero la mala suerte de Sancho parece que ordenó que el ermitaño no estuviese en casa, que así se lo dijo una sotaermitaño (1) que en la ermita hallaron. Pidiéronle de lo caro (2). Respondió que su señor no lo tenía; pero que si querían agua barata, que se la daría de muy buena gana. Si yo la tuviera de agua, respondió Sancho, pozos hay en el camino, donde la hubiera satisfecho. ¡ Ah bodas de Camacho y abundancia de la casa de don Diego, y cuantas veces os tengo de echar menos!

Con esto dejaron la ermita y picaron hácia la venta, y á poco trecho toparon un mancebito, que delante dellos iba caminando no con mucha priesa, y así lo alcanzaron. Llevaba la espada sobre el hombro, y en ella puesto un bulto ó envoltorio al parecer de sus vestidos, que al parecer debían de ser los calzones ó gregüescos y herreuelo, y alguna camisa, porque traía puesta una ropilla de terciopelo con algunas vislumbres de raso, y la camisa de fuera; las medias eran de seda, y los zapatos cuadrados á uso de corte: la edad llegaría á diez y ocho ó diez y nueve años, alegre de

(1) La tenienta de ermitaño. — Arr.

(2) Esto es, del vino, que así se llamaba y aun se llama todavía en Castilla la Vieja el vino bueno de tierra de Medina y de la Seca, que por ser mejor que el comun del país, costaba y cuesta mas caro; y así lo llamaban por antonomasia *lo caro*. — Arr.

rostro, y al parecer ágil de su persona : iba cantando seguidillas para entretener el trabajo del camino. Cuando llegaron á él acababa de cantar una, que el primo tomó de memoria, que dicen que decía :

A la guerra me lleva
Mi necesidad,
Si tuviera dineros
No fuera en verdad.

El primero que le habló fue don Quijote, diciéndole : muy á la lijera camina vuesa merced, señor galan : ¿y adonde bueno? sepamos, si es que gusta decirlo. A lo que el mozo respondió : el caminar tan á la lijera lo causa el calor y la pobreza, y el adonde voy es la guerra. ¿Como la pobreza? preguntó don Quijote, que por el calor bien puede ser. Señor, replicó el mancebo, yo llevo en este envoltorio unos gregüescos de terciopelo, compañeros desta ropilla; si los gasto en el camino no me podré honrar con ellos en la ciudad, y no tengo con que comprar otros : y así por esto como por orearme, voy desta manera hasta alcanzar unas compañías de infantería, que no estan doce leguas de aquí, donde asentaré mi plaza, y no faltarán bagajes en que caminar de allí adelante hasta el embarcadero, que dicen ha de ser en Cartagena; y mas quiero tener por amo y por señor al rey, y servirle en la guerra, que no á un pelon (1) en la corte. ¿Y lleva vuesa merced alguna ventaja (2) por ventura? preguntó el primo. Si yo hubiera servido á algun grande de España, ó algun principal personaje, respondió el mozo, á buen seguro que yo la llevara, que eso tiene el servir á los buenos, que del tinelo suelen salir á ser alférez ó capitanes, ó con algun buen entretenimiento (3); pero yo, desventurado, servi siempre á catariberas (4) y á gente advenediza de racion y quitacion (5) tan mísera y atenuada, que en pagar el almidonar un cuello se consumia la mitad della, y seria tenido á milagro que un paje aventurero alcanzase alguna siquiera razonable aventura. Y dígame por su vida, amigo, preguntó don Quijote, ¿es posible que en los años que sirvió no ha podido alcanzar alguna librea? Dos me han dado, respondió el paje; pero así como el que se sale de alguna religion antes de profesar le quitan el hábito y le vuelven sus vestidos, así me volvian á mí los míos mis amos, que acabados los negocios á que venian á la corte se volvian á sus casas, y recogian las libreas que por sola ostentacion habian dado.

Notable espilorcheria (6), como dice el italiano, dijo don Quijote; pero con todo eso tenga á felice ventura el haber salido de la corte con tan buena intencion como lleva, porque no hay otra cosa en la tierra mas honrada ni de mas provecho que servir á Dios primeramente y luego á su rey y señor natural, especialmente en el ejercicio de las armas por las cuales se alcanzan, si no mas riquezas, á lo menos mas honra que por las letras, como yo tengo dicho muchas veces; que puesto que han fundado mas mayorazgos las letras que las armas, todavia llevan un no sé qué los

(1) A un amo mezquino, miserable ó pobre.

(2) El sueldo ó pension, que ademas del pre se daba al soldado de algunas circunstancias y distincion en la milicia de aquel tiempo, en que no habia cadetes; y se llamaban *soldados aventajados*. — P.

(3) Pension. — Arr.

(4) Dábase este nombre metafórico á los pretendientes de varas de alcaldes mayores y de corregimientos, cuya vida solícita, afanada y escasa tal vez de bienes temporales, pinta con incomparable gracia don Diego de Mendoza en una carta *ms.* que con otras se guarda en la real Biblioteca. Esta voz *catariberas* se compone del verbo antiguo *catar*, que significa mirar, reconocer, y del sustantivo *riberas*; y propiamente se dice ojeador, reconocedor ó explorador de las aves, que suelen hacer asiento en las riberas, lagunas y otros lugares pantanosos; y por esta alusion llamaban *catariberas* á los referidos pretendientes, por andar de lugar en lugar ejerciendo su oficio. — P.

(5) *Racion*, la porcion ó pitanza que se daba al criado cada dia; *quitacion* es el salario que se le pagaba. — P.

(6) Italianismo de la voz *Spilorcheria* que significa miseria extrema, cicateria, mezquindad. — MARTINEZ DEL ROMERO.

de las armas á los de las letras, con un sí sé qué de esplendor que se halla en ellos, que los aventaja á todos. Y esto que ahora le quiero decir, llévalo en la memoria, que le será de mucho provecho y alivio en sus trabajos, y es que aparte la imaginacion de los sucesos adversos que le podrán venir, que el peor de todos es la muerte, y como esta sea buena, el mejor de todos es el morir. Preguntáronle á Julio César, aquel valeroso emperador romano, cual era la mejor muerte. Respondió que la impensada, la de repente y no prevista: y aunque respondió como gentil y ajeno del conocimiento del verdadero Dios, con todo eso dijo bien, para ahorrarse del sentimiento humano, que puesto caso que os maten en la primera faccion y refriega, ó ya de un tiro de artillería, ó volado de una mina, ¿qué importa? todo es morir, y acabóse la obra; y segun Terencio, mas bien parece el soldado muerto en la batalla, que vivo y salvo en la huida; y tanto alcanza de fama el buen soldado, cuanto tiene de obediencia á sus capitanes y á los que mandar le pueden: y advertid, hijo, que

al soldado mejor le está el oler á pólvora que á algalia (1), y que si la vejez os coge en este honroso ejercicio, aunque sea lleno de heridas y estropeado ó cojo, á lo menos no os podrá coger sin honra, y tal que no os la podrá menoscabar la pobreza: cuanto mas que ya se va dando orden como se entretengan y remedien los soldados viejos y estropeados, porque no es bien que se haga con ellos lo que suelen hacer los que ahorran y dan libertad á sus negros cuando ya son viejos y no pueden servir, y echándolos de casa con título de libes, los hacen esclavos de la hambre, de quien no piensan ahorrarse sino con la muerte: y por ahora no os quiero decir mas, sino que subais á las ancas deste mi caballo hasta la venta, y allí cenareis conmigo, y por la mañana seguireis el camino, que os le dé Dios tan bueno como vuestros deseos merecen.



El paje no aceptó el convite de las ancas, aunque sí el de cenar con él en la venta, y á esta sazón dicen que dijo Sancho entre sí: válate Dios por señor: ¿y es posible que hombre que sabe decir tales, tantas y tan buenas cosas como aquí ha dicho, diga que ha visto los disparates imposibles que cuenta de la cueva de Montesinos? Ahora bien, ello dirá; y en esto llegaron á la venta á tiempo que anochecía, y no sin gusto de Sancho por ver que su señor la juzgó por verdadera venta, y no por castillo, como solía. No hubieron bien entrado, cuando don Quijote preguntó al ventero por el hombre de las lanzas y alabardas, el cual le respondió que en la caballeriza estaba acomodando el macho: lo mismo hicieron de sus jumentos el primo y Sancho, dando á Rocinante el mejor pesebre y el mejor lugar de la caballeriza.

(1) *Algalia* es cierto líquido que el gato indico cria en unas bolsillas cerca del orificio, y que seco y endurcido, es de suavísimo olor y por esto muy preciado. *Covarrubias*. — Arr.



CAPITULO XXV.

Donde se apunta a aventura del rebuzno y la graciosa del titerero, con las memorables adivinanzas del mono adivino.



No se le cocia el pan á don Quijote, como suele decirse, hasta oír y saber las maravillas prometidas del hombre conductor de las armas. Fuele á buscar donde el ventero le habia dicho que estaba, y hallóle y dijole que en todo caso le dijese luego lo que le habia de decir despues acerca de lo que le habia preguntado en el camino. El hombre le respondió : mas despacio y no en pie se ha de tomar el cuento de mis maravillas : déjeme vuesa merced, señor bueno, acabar de dar recado á mi bestia que yo le diré cosas que le admiren.

No quede por eso, respondió don Quijote, que yo os ayudaré á todo, y así lo hizo ahechándole la cebada y limpiando el pesebre, humildad que obligó al hombre á contarle con buena voluntad lo que le pedia ; y sentándose en un poyo, y don Quijote junto á él, teniendo por senado y auditorio al primo, al paje, á Sancho Panza y al ventero, comenzó á decir desta manera :

Sabrán vuestas mercedes que en un lugar, que está cuatro leguas y media desta venta, sucedió que á un regidor dél, por industria y engaño de una muchacha criada suya (y esto es largo de contar) le faltó un asno, y aunque el tal regidor hizo los diligencias posibles por hallarle, no fue posible. Quince dias serian pasados, segun es pública voz y fama, que el asno faltaba, cuando estando en la plaza el regidor perdido, otro regidor del mismo pueblo le dijo : dadme albricias, compadre, que vuestro jumento ha parecido. Yo os las mando, y buenas, compadre, respondió el otro; pero sepamos donde ha parecido. En el monte, respondió el hallador, le vi esta mañana sin albarda y sin aparejo alguno, y tan flaco que era una compasion miralle: quísele antecoger delante de mí y traérosle ; pero está ya tan montaraz y tan huraño, que cuando llegué á él se fué huyendo y se entró en lo mas escondido del monte : si

quereis que volvamos los dos á buscarle, dejadme poner esta borrica en mi casa, que luego vuelvo. Mucho placer me hareis, dijo el del jumento, y yo procuraré pagároslo en la misma moneda. Con estas circunstancias todas, y de la misma manera que yo lo voy contando, lo cuentan todos aquellos que estan enterados en la verdad deste caso.

En resolucion, los dos regidores á pie y mano á mano se fuéron al monte; y llegando al lugar y sitio donde pensaron hallar el asno, no le hallaron, ni pareció por todos aquellos contornos, aunque mas le buscaron. Viendo pues que no parecia, dijo el regidor que le habia visto al otro: mirad, compadre, una traza me ha venido al pensamiento, con la cual sin duda alguna podremos descubrir este animal, aunque esté metido en las entrañas de la tierra, no que del monte; y es que yo sé rebuznar maravillosamente, y si vos sabeis algun tanto, dad el hecho por concluido. ¿Algun tanto decis, compadre? dijo el otro: por Dios que no dé la ventaja á nadie, ni aun á los mismos asnos. Ahora lo veremos, respondió el regidor segundo, porque tengo determinado que os vais vos por una parte del monte y yo por otra, de modo que le rodeemos y andemos todo, y de trecho en trecho rebuznareis vos y rebuznaré yo, y no podrá ser menos sino que el asno nos oya y nos responda si es que está en el monte. A lo que respondió el dueño del jumento: digo, compadre, que la traza es excelente y digna de vuestro gran ingenio; y dividiéndose los dos segun el acuerdo, sucedió que casi á un mesmo tiempo rebuznaron, y cada uno engañado del rebuzno del otro acudieron á buscarse, pensando que ya el jumento habia parecido, y en viéndose dijo el perdidoso: ¿es posible, compadre, que no fue mi asno el que rebuznó? No fue sino yo, respondió el otro. Ahora digo, dijo el dueño, que de vos á un asno, compadre, no hay alguna diferencia en cuanto toca al rebuznar, porque en mi vida he visto ni oido cosa mas propia. Esas alabanzas y encarecimiento, respondió el de la traza, mejor os atañen y tocan á vos que á mí, compadre; que por el Dios que me crió, que podeis dar dos rebuznos de ventaja al mayor y mas perito rebuznador del mundo; porque el sonido que teneis es alto, lo sostenido de la voz á su tiempo y compas, los dejos muchos y apresurados, y en resolucion yo me doy por vencido y os rindo la palma, y doy la bandera desta rara habilidad. Ahora digo, respondió el dueño, que me tendré y estimaré en mas de aquí adelante, y pensaré que sé alguna cosa, pues tengo alguna gracia, que puesto que pensara que rebuznaba bien, nunca entendí que llegaba al extremo que decis. Tambien diré yo ahora, respondió el segundo, que hay raras habilidades perdidas en el mundo, y que son mal empleadas en aquellos que no saben aprovecharse dellas. Las nuestras, respondió el dueño, sino es en casos semejantes como el que traemos entre manos, no nos pueden servir en otros, y aun en este plega á Dios que nos sean de provecho.

Esto dicho, se tornaron á dividir y á volver á sus rebuznos, y á cada paso se engañaban y volvian á juntarse, hasta que se dieron por contraseña, que para entender que eran ellos y no el asno, rebuznasen dos veces una tras otra. Con esto doblando á cada paso los rebuznos rodearon todo el monte sin que el perdido jumento respondiese ni aun por señas. Mas ¿como habia de responder el pobre y mal logrado, si le hallaron en lo mas escondido del bosque comido de lobos? Y en viéndole dijo su dueño: ya me maravillaba yo de que él no respondia, pues á no estar muerto, él rebuznara si nos oyera, ó no fuera asno; pero á truco de haberos oido rebuznar con tanta gracia, compadre, doy por bien empleado el trabajo que he tenido en buscarle, aunque le he hallado muerto. En buena mano está, compadre, respondió el otro, pues si bien canta el abad, no le va en zaga el monacillo.

Con esto desconsolados y roncós se volvieron á su aldea, adonde contaron á sus amigos, vecinos y conocidos cuanto les habia acontecido en la busca del asno, exagerando el uno la gracia del otro en el rebuznar, todo lo cual se supo y se extendió por los lugares circunvecinos; y el diablo, que no duerme, como es amigo de sembrar y



derramar rencillas y discordia por do quiera, levantando caramillos (1) en el viento y grandes quimeras de nonada, ordenó é hizo que las gentes de los otros pueblos en viendo á alguno de nuestra aldea rebuznasen, como dándoles en rostro con el rebuzno de nuestros regidores. Dieron en ello los muchachos, que fue dar en manos y en bocas de todos los demonios del infierno, y fue cundiendo el rebuzno de uno en otro pueblo de manera, que son conocidos los naturales del pueblo del rebuzno como son conocidos y diferenciados los negros de los blancos; y ha llegado á tanto la desgracia desta burla, que muchas veces con mano armada y formado escuadron han salido contra los burladores los burlados á darse la batalla, sin poderlo remediar rey ni roque, ni temor ni vergüenza. Yo creo que mañana ó esotro dia han de salir en campaña los de mi pueblo, que son los del rebuzno, contra otro lugar que está á dos leguas del nuestro, que es uno de los que mas nos persiguen, y por salir bien apercebidos llevo compradas estas lanzas y alabardas que habeis visto. Y estas son las maravillas que dije que os habia de contar; y si no os lo han parecido, no sé otras; y con esto dió fin á su plática el buen hombre.

Y en esto entró por la puerta de la venta un hombre todo vestido de camuza, medias, gregüescos y jubon, y con voz levantada dijo: señor huesped, ¿hay posada? que viene aquí el mono adivino y el retablo de la libertad de Melisendra. Cuerpo de tal, dijo el ventero, que aquí está el señor maese Pedro; buena noche se nos apareja. Olvidábaseme de decir como el tal maese Pedro traia cubierto el ojo izquierdo y casi medio carrillo con un parche de tafetan verde, señal que todo aquel lado debia de estar enfermo, y el ventero prosiguió diciendo: sea bien venido vuesa merced, señor maese Pedro, ¿adonde está el mono y el retablo que no los veo? Ya llegan cerca, respondió el todo camuza, sino que yo me he adelantado á saber si hay posada. Al mismo

(1) Levantar embustes, enredos y chismes. — Arr.

duque de Alba se la quitara para dársela al señor maese Pedro, respondió el ventero: llegue el mono y el retablo, que gente hay esta noche en la venta que pagará el verle y las habilidades del mono. Sea en buen hora, respondió el del parche, que yo moderaré el precio, y con sola la costa me daré por bien pagado, y yo vuelvo á hacer que camine la carreta donde viene el mono y el retablo; y luego se volvió á salir de la venta.

Preguntó luego don Quijote al ventero que maese Pedro era aquel, y que retablo y que mono traía. A lo que respondió el ventero: este es un famoso titerero que há muchos días que anda por esta Mancha de Aragon enseñando un retablo de la libertad de Melisendra dada por el famoso don Gaiferos, que es una de las mejores y mas bien representadas historias que de muchos años á esta parte en este reino se han visto: trae asimismo consigo un mono de la mas rara habilidad que se vió entre monos, ni se imaginó entre hombres; porque si le preguntan algo, está atento á lo que le preguntan, y luego salta sobre los hombros de su amo, y llegándo sele al oido le dice la respuesta de lo que le preguntan, y maese Pedro la declara luego, y de las cosas pasadas dice mucho mas que de las que estan por venir; y aunque no todas veces acierta en todas, en las mas no yerra, de modo que nos hace creer que tiene el diablo en el cuerpo. Dos reales lleva por cada pregunta si es que el mono responde, quiero decir, si responde el amo por él despues de haberle hablado al oido; y así se cree que el tal maese Pedro está riquísimo, y es hombre galante, como dicen en Italia, y bon compañero (1), y dase la mejor vida del mundo; habla mas que seis, y bebe mas que doce, todo á costa de su lengua y de su mono y de su retablo.

En esto volvió el maese Pedro, y en una carreta venia el retablo y el mono, grande y sin cola, con las posaderas de fieltro, pero no de mala cara: y apenas le vió don Quijote cuando le preguntó: dígame vuesa merced, señor adivino, ¿qué peje pillamo? (2) ¿qué ha de ser de nosotros? y vea aquí mis dos reales, y mandó á Sancho que se los diese á maese Pedro, el cual respondió por el mono y dijo: señor, este animal no responde ni da noticia de las cosas que estan por venir; de las pasadas sabe algo,



(1) Véase una nota en el capítulo LIV, parte II. — P.

(2) Espresion puramente italiana, equivalente á *che pesce pigliamo* ¿qué pez cogemos? Su sentido aquí es jocoso y figurado, ó igual al de la interrogacion que le sigue. Ya hemos dicho en otra nota (página 355), y el lector lo va viendo, que El Quijote superabunda en modismos y frases italianas, adoptadas por Cervantes á causa de su larga permanencia en Italia. Dichos modismos no los desecha el idioma español por su mucha analogia con el italiano y por el carácter de entrambas naciones; lo cual no sucede con esos intrusos galicismos y locuciones gabachas, empleadas por un enjambre de traductoruelos pecadores, que Dios confunda siquiera por honor de la rica, de la noble, de la majestuosa habla castellana. ¡Afuera esos

y de las presentes algun tanto. Voto arrus (1), dijo Sancho, no dé yo un ardite porque me digan lo que por mí ha pasado, porque ¿quién lo puede saber mejor que yo mismo? y pagar yo porque me digan lo que sé, sería una gran necedad; pero pues sabe las cosas presentes, hé aquí mis dos reales, y dígame el señor monísimo ¿qué hace ahora mi mujer Teresa Panza, y en qué se entretiene?

No quiso tomar maese Pedro el dinero, diciendo: no quiero recibir adelantados los premios sin que hayan precedido los servicios; y dando con la mano derecha dos golpes sobre el hombro izquierdo, en un brinco se le puso el mono en él, y llegando la boca al oído daba diente con diente muy apriesa; y habiendo hecho este ademan por espacio de un credo, de otro brinco se puso en el suelo, y al punto con grandísima priesa se fué maese Pedro á poner de rodillas ante don Quijote, y abrazándole las piernas dijo: estas piernas abrazo, bien así como si abrazara las dos columnas de Hércules, ¡oh resucitador insigne de la ya puesta en olvido andante caballería! ¡oh no jamás como se debe alabado caballero don Quijote de la Mancha, ánimo de los desmayados, arrimo de los que van á caer, brazo de los caídos, báculo y consuelo de todos los desdichados! Quedó pasmado don Quijote, absorto Sancho, suspenso el primo, atónito el paje, abobado el del rebuzno, confuso el ventero, y finalmente espantados todos los que oyeron las razones del titerero, el cual prosiguió diciendo: y tú, oh buen Sancho Panza, el mejor escudero y del mejor caballero del mundo, alégrate que tu buena mujer Teresa está buena, y esta es la hora en que ella está rastrillando una libra de lino, y por mas señas tiene á su lado izquierdo un jarro desbocado, que cabe un buen porqué (2) de vino, con que se entretiene en su trabajo. Eso creo yo muy bien, respondió Sancho, porque es ella una bienaventurada, y á no ser celosa no la trocará yo por la gigante Andandona (3), que segun mi señor, fue una mujer muy cabal y muy de pro; y es mi Teresa de aquellas que no se dejan mal pasar, aunque sea á costa de sus herederos.

Ahora digo, dijo á esta sazón don Quijote, que el que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho. Digo esto porque ¿qué persuasión fuera bastante para persuadirme que hay monos en el mundo que adivinen, como lo he visto ahora por mis propios ojos? porque yo soy el mismo don Quijote de la Mancha que este buen animal ha dicho, puesto que se ha extendido algun tanto en mis alabanzas; pero como quiera que yo me sea, doy gracias al cielo, que me dotó de un ánimo blando y compasivo, inclinado siempre á hacer bien á todos, y mal á ninguno. Si yo tuviera dineros, dijo el paje, preguntara al señor mono que me ha de suceder en la peregrinación que llevo. A lo que respondió maese Pedro (que ya se habia levantado de los pies de don Quijote): ya he dicho que esta bestezuela no responde á lo porvenir, que si respondiera no importara no haber dineros, que por servicio del señor don Quijote, que está presente, dejara yo todos los intereses del mundo; y agora porque se lo debo, y por darle gusto, quiero armar mi retablo y dar placer á cuantos estan en la venta sin paga alguna. Oyendo lo cual el ventero alegre sobremanera señaló el lugar donde se podia poner el retablo, que en un punto fue hecho.

Don Quijote no estaba muy contento con las adivinanzas del mono, por parecerle no ser á propósito que un mono adivinase ni las de porvenir ni las pasadas cosas; y así en tanto que maese Pedro acomodaba el retablo se retiró don Quijote con Sancho

lunares que tiznan nuestro idioma, y que sobre todo lo malo tienen el de ser franceses! — MARTINEZ DEL ROMERO.

(1) Especie de exclamación ó juramento de la gente rústica. En la Mancha hubo un castillo antiguo, llamado *Rus* de donde fue natural Clemen Perez de Rus. Hay además de esto un arroyo llamado Rus; y aun se conserva una población llamada también Rus. No es fácil saber por cual de estos *Ruses* votaba Sancho Panza. — P.

(2) Una buena ración, ó porción de vino. — Arr.

(3) Hermana del gigante Madargue, señor de la insula Triste, segun se lee en la historia de Amadis de Gaula.

á un rincón de la caballeriza, donde sin ser oídos de nadie le dijo: mira, Sancho, yo he considerado bien la extraña habilidad deste mono, y hallo por mi cuenta que sin duda este maese Pedro su amo debe de tener hecho pacto tácito ó expreso con el demonio. Si el patio (1) es espeso y del demonio, dijo Sancho, sin duda debe de ser muy sucio patio: ¿pero de qué provecho le es al tal maese Pedro tener esos patios? No me entiendes, Sancho: no quiero decir, sino que debe de tener hecho algun concierto con el demonio, de que infunda esa habilidad en el mono con que gane de comer, y despues que esté rico le dará su alma, que es lo que este universal enemigo pretende; y háceme creer esto el ver que el mono no responde sino á las cosas pasadas ó presentes, y la sabiduría del diablo no se puede extender á mas: que las por venir no las sabe sino es por conjeturas, y no todas veces, que á solo Dios está reservado conocer los tiempos y los momentos, y para él no hay pasado ni por venir, que todo es presente y siendo esto así, como lo es, está claro que este mono habla con el estilo del diablo, y estoy maravillado como no le han acusado al Santo Oficio, y examinádole, y sacádole de cuajo en virtud de quien adivina (2); porque cierto está que este mono no es astrólogo, ni su amo ni él alzan ni saben alzar estas figuras que llaman judiciarias, que tanto ahora se usan en España, que no hay mujercilla ni paje ni zapatero de viejo que no presuma de alzar una figura (3), como si fuera una sota de naipes del suelo, echando á perder con sus mentiras é ignorancias la verdad maravillosa de la ciencia. De una señora sé yo que preguntó á uno destes figureros, que si una perrilla de falda pequeña que tenia, si se empañaria y pariria, y cuantos y de qué color serian los perros que pariese. A lo que el señor judiciario, despues de haber alzado la figura, respondió que la perrica se empañaria, y que pariria tres perricos, el uno verde, el otro encarnado y el otro de mezcla, con tal condicion que la tal perra se cubriese entre las once y doce del día ó de la noche, y que fuese en lunes ó en sábado; y lo que sucedió fue que de allí á dos días se murió la perra de abita, y el señor levantador quedó acreditado en el lugar por acertadísimo judiciario, como lo quedan todos ó los mas levantadores (4). Con todo eso querria, dijo Sancho, que vuesa merced dijese á maese Pedro, preguntase á su mono si es verdad lo que á vuesa merced le pasó en la cueva de Montesinos; que yo para mí tengo, con perdon de vuesa merced, que todo fue embeleco y mentira, ó por lo menos cosas soñadas. Todo podria ser, respondió don Quijote; pero yo haré lo que me aconsejas, puesto que me ha de quedar un no sé qué de escrupulo.

Estando en esto llegó maese Pedro á buscar á don Quijote y decirle que ya estaba en órden el retablo, que su merced viniese á verle, porque lo merecia. Don Quijote le comunicó su pensamiento, y le rogó preguntase luego á su mono le dijese si ciertas cosas que habia pasado en la cueva de Montesinos habian sido soñadas ó verdaderas, porque á él le parecia que tenian de todo. A lo que maese Pedro sin responder palabra, volvió á traer el mono, y puesto delante de don Quijote y de Sancho dijo: mirad, señor mono, que este caballero quiere saber si ciertas cosas que le pasaron en

(1) El bendito Sancho equivoca *pacto* por *patio*.

(2) Cervantes ridiculiza aquí la funesta y general ignorancia ó preocupacion de su época, en virtud de la cual, instigadas las gentes por los secuaces del fanatismo en cuyo número han estado siempre los necios y los bribones, creian que varias habilidades extraordinarias, que no estaban al alcance de su comprension, las ejecutaba el demonio, ó alguno que hubiese hecho pacto con tan célebre personaje. De aquí resultó ser una obra meritoria la delacion al llamado Santo Oficio, de los que ejercian habilidades sorprendentes, ó poseian secretos asombrosos; y el Santo Tribunal se encargaba de la piadosa tarea de quemarlos muchas veces, y siempre en honra y gloria de Dios. — MARTINEZ DEL ROMERO.

(3) *Alzar* ó *levantar figura* era entre los astrólogos judiciarios la manera de determinar la posicion de los signos del Zodiaco, de los planetas y de las estrellas fijas, en un momento preciso, para sacar un horóscopo.

(4) El vano estudio de la astrologia judiciaria, ó deseo de saber los sucesos futuros, adversos ó favorables, por el aspecto que observaban los astros en el nacimiento de los hombres y en otras coyunturas, no solo se hallaba y era creído de la gente vulgar, sino de la cortesana y docta. De los moros, naturalmente supersticiosos, se nos deribó á nosotros, que no lo éramos menos, y se nos pegó en mucha parte este estudio de la astrologia judiciaria, que aquí reprénde Cervantes. — P.

una cueva, llamada de Montesinos, si fueron falsas ó verdaderas; y haciéndole la acostumbrada señal, el mono se le subió en el hombro izquierdo, y hablándole al parecer en el oído dijo luego maese Pedro: el mono dice que parte de las cosas que vuesa merced vió ó pasó en la dicha cueva, son falsas, y parte verisímiles: y que esto es lo que sabe, y no otra cosa en cuanto á esta pregunta; y que si vuesa merced quisiere saber mas, que el viernes venidero responderá á todo lo que se le preguntare, que por ahora se le ha acabado la virtud, que no le vendrá hasta el viernes, como dicho tiene. ¿No lo decía yo, dijo Sancho, que no se me podía asentar que todo lo que vuesa merced, señor mio, ha dicho de los acontecimientos de la cueva era verdad, ni aun la mitad? Los sucesos lo dirán, Sancho, respondió don Quijote, que el tiempo, descubridor de todas las cosas, no se deja ninguna que no la saque á la luz del sol, aunque esté escondida en el seno de la tierra: y por ahora baste esto, y vámonos á ver el retablo del buen maese Pedro, que para mí tengo que debe de tener alguna novedad. ¿Como alguna? respondió maese Pedro, sesenta mil encierra en sí este mi retablo: digole á vuesa merced, mi señor don Quijote, que es una de las cosas mas de ver que hoy tiene el mundo, y *operibus credite, et non verbis*, y mánonos á la labor, que se hace tarde, y tenemos mucho que hacer y que decir y que mostrar.

Obedeciéronle don Quijote y Sancho, y vinieron donde ya estaba el retablo puesto y descubierto, lleno por todas partes de candelillas de cera encendidas, que le hacian vistoso y resplandeciente (1). En llegando se metió maese Pedro dentro dél, que era el que había de manejar las figuras del artificio, y fuera se puso un muchacho criado del maese Pedro, para servir de intérprete y declarador de los misterios del tal retablo: tenia una varilla en la mano con que señalaba las figuras que salian. Puestos pues todos cuantos habia en la venta, y algunos en pie frontero del retablo, y acomodados don Quijote, Sancho, el paje y el primo en los mejores lugares, el trujaman (2) comenzó á decir lo que oirá y verá el que le oyere ó viere el capitulo siguiente.

(1) Llamábanse *retablos de las maravillas* por las cosas maravillosas que en ellos se mostraban; y no solo se llevaban por los pueblos, sino que se sacaban en los teatros y corrales de las comedias, como refiere el mismo Cervantes. — P.

(2) Los árabes, turcos y persas llaman al intérprete *turgiman* ó *dragoman*, y de aqui nosotros *trujaman*. — P.





CAPITULO XXVI.

Donde se prosigue la graciosa aventura del titerero, con otras cosas en verdad harto buenas.



CALLARON todos Tirios y Troyanos (1) : quiero decir, pendientes estaban todos los que el retablo miraban de la boca del declarador de sus maravillas, cuando se oyeron sonar en el retablo cantidad de atabales y trompetas, dispararse mucha artilleria, cuyo rumor pasó en tiempo breve, y luego alzó la voz el muchacho, y dijo : esta verdadera historia que aquí á vuestras mercedes se representa, es

sacada al pie de la letra de las crónicas francesas, y de los romances españoles que andan en boca de las gentes y de los muchachos por esas calles. Trata de la libertad que dió el señor don Gaiferos á su esposa Melisendra, que estaba cautiva en España en poder de moros en la ciudad de Sansueña, que así se llamaba entonces la que hoy se llama Zaragoza : y vean vuestras mercedes allí como está jugando á las tablas don Gaiferos, segun aquello que se canta :

Jugando está á las tablas don Gaiferos,
Que ya de Melisendra está olvidado (2).

(1) Traducción é imitación burlesca del primer verso del libro II de la Encida :
Conticuerre omnes, intentique ora tenebant.

(2) Y prosigue:

Cuando el famoso Cárlos y Oliveros
A ver el juego juntos han entrado,
Con otros valerosos caballeros
De aquellos de los Doce, que á su lado
Jugaban y á su mesa los ponía,
Porque esto su valor lo merecía.

Esta composición de siete octavas, en que se cuenta la historia de Melisendra y de Gaiferos, se conserva inédita en la Biblioteca Nacional de Madrid.

Y aquel personaje que allí asoma con corona en la cabeza y cetro en las manos es el emperador Carlo Magno, padre putativo de la tal Melisendra, el cual, mohino de ver el ócio y descuido de su yerno, le sale á reñir: y adviertan con la vehemencia y ahinco que le riñe, que no parece sino que le quiere dar con el cetro media docena de coscorrones, y aun hay autores que dicen que se los dió, y muy bien dados; y despues de haberle dicho muchas cosas acerca del peligro que corria su honra en no procurar la libertad de su esposa, dicen que le dijo:

Harto os he dicho, miradlo (1)

Miren vuestas mercedes tambien como el emperador vuelve las espaldas, y deja despechado á don Gaiferos, el cual ya ven como arroja impaciente de la cólera lejos de sí el tablero y las tablas, y pide apriesa las armas, y á don Roldan su primo pide prestada su espada Durindana (2) y como don Roldan no se la quiere prestar, ofreciéndole su compañía en la difícil empresa en que se pone; pero el valeroso enojado no la quiere aceptar; antes dice que él solo es bastante para sacar á su esposa, si bien estuviese metida en el mas hondo centro de la tierra, y con esto se entra á armar para ponerse luego en camino.

Vuelvan vuestas mercedes los ojos á aquella torre que allí aparece, que se presupone que es una de las torres del alcázar de Zaragoza, que ahora llaman la Aljaferia, y aquella dama que en aquel balcon parece vestida á lo moro, es la sin par Melisendra, que desde allí muchas veces se ponía á mirar el camino de Francia, y puesta la imaginacion en Paris y en su esposo, se consolaba en su cautiverio. Miren tambien un nuevo caso que ahora sucede, quizá no visto jamas. ¿No ven aquel moro, que callandico y pasito á paso, puesto el dedo en la boca se llega por las espaldas de Melisendra? Pues miren como la da un beso en mitad de los labios, y la priesa que ella se da á escupir y limpiárselos con la blanca manga de su camisa, y como se lamenta, y se arranca de pesar sus hermosos cabellos, como si ellos tuvieran la culpa del maleficio. Miren tambien como aquel grave moro que está en aquellos corredores, es el rey Marsilio de Sansueña, el cual por haber visto la



(1) Este es un verso del romance, que al descuido de Gaiferos y represion de Carlo Magno compuso Miguel Sanchez, llamado el divino, uno de los mejores poetas cómicos del siglo XVII, en el cual se lee la copia siguiente:

Melisendra está en Sansueña
Vos en Paris descuidado:
Vos ausente: ella mujer:
Harto os he dicho, miraldo.

(Elocuencia española, Bartol. Jim. Paton, fol. 81). — P.

(2) De esta espada dice el arzobispo Turpin que era de una hechura hermosísima, de un filo incomparable, y de una fortaleza inflexible. Llámala *Duranda*, acaso por su dureza. Otros franceses la llamaron *Durandal*: los italianos *Durindana*, cuyo nombre adoptó nuestra lengua. El fabricante se llamó *Munificans*, segun se dice en la historia de Carlo Magno. — P.

insolencia del moro, puesto que era un pariente y gran privado suyo, le mandó luego prender, y que le den docientos azotes, llevándole por las calles acostumbradas de la ciudad con chilladores delante y envaramiento detras (1): y veis aquí donde salen á ejecutar la sentencia, aun bien apénas no habiendo sido puesta en ejecucion la culpa, porque entre moros no hay traslado á la parte, ni á prueba y estése, como entre nosotros (2).

Niño, niño, dijo con voz alta á esta sazón don Quijote, seguid vuestra historia linea recta, y no os metáis en las curvas ó transversales, que para sacar una verdad en limpio, menester son muchas pruebas y repruebas. Tambien dijo maese Pedro desde dentro: muchacho, no te metas en dibujos, sino haz lo que ese señor te manda, que será lo mas acertado: sigue tu canto llano, y no te metas en contrapuntos, que se suelen quebrar de sotiles.

Yo lo haré así, respondió el muchacho, y prosiguió diciendo:

Esta figura que aquí parece á caballo, cubierta con una capa gascona (3), es la misma de don Gaiferos (4), á quien su esposa esperaba (5), y ya vengada del atrevimiento del enamorado moro, con mejor y mas sosegado semblante se ha puesto á los miradores de la torre, y habla con su esposo creyendo que es algun pasajero, con quien pasó todas aquellas razones y coloquios de aquel romance, que dice:

Caballero, si á Francia ides,
Por Gaiferos preguntad.

Los cuales no digo yo ahora, porque de la prolijidad se suele engendrar el fastidio: basta ver como don Gaiferos se descubre, y que por los ademanes alegres que Melisendra hace se nos da á entender que ella le ha conocido, y mas ahora que vemos se descuelga del balcon para ponerse en las ancas del caballo de su buen esposo. ¡Mas ay sin ventura! que se le ha asido una punta del faldellin de uno de los hierros del balcon, y está pendiente en el aire sin poder llegar al suelo. Pero veis como el piadoso cielo socorre en las mayores necesidades, pues llega don Gaiferos, y sin mirar si se rasgará ó no el rico faldellin, ase de ella, y mal su grado la hace bajar al suelo, y luego de un brinco la pone sobre las ancas de su caballo á horcajadas como hombre, y la manda que se tenga fuertemente y le eche los brazos por las espaldas, de modo que los cruce en el pecho, porque no se caiga, á causa que no estaba la señora Melisendra acostumbrada á semejantes caballerias (6). Veis tambien como los relinchos del caballo dan señales que va contento con la valiente y hermosa carga que lleva en su señor y en su señora. Veis como vuelven las espaldas y salen de la ciudad, y alegres y regocijados toman de Paris la via. Vais en paz, oh par sin par de verdaderos

(1) Delante de los azotados iba el pregonero, que publicaba ó chillaba la sentencia, y detras algunos alguaciles con las varas en las manos.

(2) El mismo Cervantes refiere con mas estension este modo de procesar de los moros. «Despachó (dice en la novela del *Amante liberal*), las causas del Cadi sin dar traslado á la parte, sin autos, demanda, ni respuestas: que todas las causas, si no son las matrimoniales, se despachan en pió, y en un punto, mas á juicio de buen varón, que por ley alguna. Y entre aquellos bárbaros, si lo son en esto, el Cadi es el juez competente de todas las causas, que las abrevia en la uña, y las sentencias en un soplo, sin que haya apelacion de su sentencia para otro tribunal.»

(3) Llamábanse en tiempo de Cervantes *gasconas* unas capas ordinarias con capilla puntiaguda que llevaban los aguadores de Toledo, los cuales eran comunmente franceses (*Covarr. V. Gaban*).

(4)
Decidle que la su esposa
Se le envia á encomendar:
Decidle que si ya es tiempo
De me venir á sacar
Desta prision tan esquivá,
Do vivo con soledad. — l'.

(5) Todos los sucesos de don Gaiferos y libertad de Melisendra estan conformes con los romances caballescres, publicados en el *Cancionero* de Amberes, y en la *Silva de romances*. — A.

(6) A este paso del retablo de maese Pedro, escribió Góngora un romance: en que al mismo tiempo satiriza las costumbres de las damas y caballeros franceses, contemporáneos de don Gaiferos.

amantes ; llegueis á salvamento á vuestra deseada patria sin que la fortuna ponga estorbo en vuestro felice viaje : los ojos de vuestros amigos y parientes os vean gozar en paz tranquila los dias (que los de Nestor sean) que os quedan de la vida.

Aquí alzó otra vez la voz maese Pedro, y dijo : llaneza, muchacho, no te encumbres, que toda afectacion es mala. No respondió nada el intérprete, antes prosiguió diciendo : no faltaron algunos ociosos ojos, que lo suelen ver todo, que no viesen la bajada y la subida de Melisendra, de quien dieron noticia al rey Marsilio, el cual mandó luego tocar al arma ; y miren con que priesa, que ya la ciudad se hunde con el son de las campanas, que en todas las torres de las mezquitas suenan.

Esc no, dijo á esta sazón don Quijote ; en esto de las campanas anda muy impropio maese Pedro, porque entre moros no se usan campanas, sino atabales, y un género de dulzainas (1) que parecen nuestras chirimias ; y esto de sonar campanas en Sansueña, sin duda que es un gran disparate. Lo cual oido por maese Pedro, cesó el tocar, y dijo : no mire vuesa merced en niñerías, señor don Quijote, ni quiera llevar las cosas tan por el cabo, que no se le halle. ¿No se representan por ahí casi de ordinario mil comedias llenas de mil impropiedades y disparates, y con todo eso corren felicisimamente su carrera, y se escuchan no solo con aplauso, sino con admiracion y todo? Prosigue, muchacho, y deja decir, que como yo llene mi talego, siquiera presente mas impropiedades que tiene átomos el sol (2). Así es la verdad, replicó don Quijote ; y el muchacho dijo :

Miren cuanta y cuan lucida caballeria sale de la ciudad en seguimiento de los dos católicos amantes, cuantas trompetas que suenan, cuantas dulzainas que tocan, y cuantos atabales y atabores que retumban : témome que los han de alcanzar, y los han de volver atados á la cola de su mismo caballo, que seria un horrendo espectáculo. Viendo y oyendo pues tanta morisma y tanto estruendo don Quijote, parecióle ser bien dar ayuda á los que huían, y levantándose en pie, en voz alta dijo : no consentiré yo que en mis dias y en mi presencia se le haga supercheria á tan famoso caballero y á tan atrevido enamorado como don Gaiferos : deteneos, mal nacida canalla, no le sigais ni persigais ; si no, conmigo sois en la batalla ; y diciendo y haciendo desenvainó la espada, y de un brinco se puso junto al retablo, y con acelerada y nunca vista furia comenzó á llover cuchilladas sobre la titerera morisma, derribando á unos, descazando á otros, estropeando á este, destrozando á aquel, y entre otros muchos tiró un altibajo tal, que si maese Pedro no se abaja, se encoge y agazapa, le cercenara la cabeza con mas facilidad que si fuera hecha de masa de mazapan. Daba voces maese Pedro diciendo : deténgase vuesa merced, señor don Quijote ; y advierta que estos que derriba, destroza y mata no son verdaderos moros, sino unas figurillas de pasta : mire ¡peccador de mí! que me destruye y echa á perder toda mi hacienda. Mas no por esto dejaba de menudear don Quijote cuchilladas, mandobles, tajos y reveses como llovidos. Finalmente, en menos de dos credos dió con todo el retablo en el suelo, hechas pedazos y desmenuzadas todas sus jarcias y figuras, el rey Marsilio mal herido, y el emperador Carlo Magno partida la corona y la cabeza en dos partes. Alborotóse el senado de los oyentes, huyóse el mono por los tejados de la venta : temió el primo, acobardóse el paje, y hasta el mismo Sancho Panza tuvo pavor grandísimo, porque, como él juró despues de pasada la borrasca, jamas habia visto á su señor con tan desatinada cólera.

Hecho pues el general destrozo del retablo, sosegóse un poco don Quijote, y dijo :

(1) La *dulzaina*, dice Covarrubias, era un instrumento músico á manera de trompetilla, de que usaron mucho los moros. La *chirimia* era un instrumento de boca, á modo de trompeta derecha, sin vuelta, de ciertas maderas fuertes. — Arr.

(2) Por ser general la censura que hace aquí Cervantes de las impropiedades de las comedias de su tiempo, pudiera quizá comprender tambien las de Lope de Vega, que siendo uno de los individuos de la Academia de Madrid, fundada á principios del siglo xvii, cuidaba mas de llenar el talego (segun daba á entender Cristóbal de Mesa) que de observar las reglas del arte. — P.

quisiera yo tener aquí delante en este punto todos aquellos que no creen ni quieren creer de cuanto provecho sean en el mundo los caballeros andantes: miren, si no me hallara yo aquí presente, qué fuera del buen don Gaiferos y de la hermosa Melisendra; buen seguro que esta fuera ya la hora que los hubieran alcanzado estos dos canes, y les hubieran hecho algun desaguizado. En resolución, viva la andante caballería sobre cuantas cosas hoy viven en la tierra. Viva en hora buena, dijo á esta sazón con voz enfermiza maese Pedro, y muera yo, pues soy tan desdichado que puedo decir con el rey don Rodrigo.

Ayer fui señor de España,
Y hoy no tengo ni una almena,
Que pueda decir que es mía (1).

No há media hora ni aun un mediano momento que me vi señor de reyes y de emperadores, llenas mis caballerizas y mis cofres y sacos de infinitos caballos y de innumerables galas, y agora me veo desolado y abatido, pobre y mendigo, y sobre todo sin mi mono, que á fe que primero que le vuelva á mi poder me han de sudar los



dientes, y todo por la furia mal considerada deste señor caballero, de quien se dice que ampara pupilos y endereza tuertos, y hace otras obras caritativas, y en mí solo ha venido á faltar su intención generosa, que sean benditos y alabados los cielos

(1) Estos versos son del romance de *Como perdió á España el rey don Rodrigo*, de donde Cervantes entresacó los que le parecieron mas propios.—P.

allá donde tienen mas levantados sus asientos. En fin *el caballero de la Triste Figura* habia de ser aquel que habia de desfigurar las mias.

Enternecióse Sancho Panza con las razones de maese Pedro, y díjole: no llores, maese Pedro, ni te laments, que me quiebras el corazon, porque te hago saber que es mi señor don Quijote tan católico y escrupuloso cristiano, que si él cae en la cuenta de que te ha hecho algun agravio, te lo sabrá y te lo querrá pagar y satisfacer con muchas ventajas. Con que me pagase el señor don Quijote alguna parte de las hechuras que me ha deshecho, quedaria contento, y su merced aseguraria su conciencia, porque no se puede salvar quien tiene lo ajeno contra la voluntad de su dueño, y no lo restituye. Así es, dijo don Quijote; pero hasta ahora yo no sé que tenga nada vuestro, maese Pedro. ¿Como no, respondió maese Pedro: ¿y estas reliquias que estan por este duro y estéril suelo, quien las esparció y aniquiló, sino la fuerza invencible dese poderoso brazo? ¿y cuyos eran sus cuerpos, sino míos? ¿y con quien me sustentaba yo, sino con ellos? Ahora acabo de creer, dijo á este punto don Quijote, lo que otras muchas veces he creído, que estos encantadores que me persiguen no hacen sino ponerme las figuras como ellas son delante de los ojos, y luego me las mudan y truecan en las que ellos quieren. Real y verdaderamente os digo, señores que me ois, que á mí me pareció todo lo que aquí ha pasado, que pasaba al pie de la letra, que Melisendra era Melisendra, don Gaiferos don Gaiferos, Marsilio, Marsilio, y Carlo Magno, Carlo Magno: por eso se me alteró la cólera, y por cumplir con mi profesion de caballero andante quise dar ayuda y favor a los que huian, y con este buen propósito hice lo que habeis visto: si me ha salido al revés, no es culpa mia, sino de los malos que me persiguen; y con todo esto deste mi yerro, aunque no ha procedido de malicia, quiero yo mismo condenarme en costas: vea maese Pedro lo que quiere por las figuras deshechas, que yo me ofrezco á pagárselo luego en buena y corriente moneda castellana. Inclínose maese Pedro diciéndole: no esperaba yo menos de la inaudita cristiandad del valeroso don Quijote de la Mancha, verdadero socorredor y amparo de todos los necesitados y menesterosos vagamundos; y aquí el señor ventero y el gran Sancho serán medianeros y apreciadores entre vuesa merced y mí de lo que valen ó podian valer las ya deshechas figuras.

El ventero y Sancho dijeron que así lo harian, y luego maese Pedro alzó del suelo con la cabeza menos al rey Marsilio de Zaragoza, y dijo: ya se ve cuan imposible es volver á este rey á su sér primero, y así me parece, salvo mejor juicio, que se me dé por su muerte, fin y acabamiento cuatro reales y medio. Adelante, dijo don Quijote. Pues por esta abertura de arriba abajo, prosiguió maese Pedro, tomando en las manos al partido emperador Carlo Magno, no seria mucho que pidiese yo cinco reales y un cuartillo. No es poco, dijo Sancho. Ni mucho, replicó el ventero, médiase la partida, y señálensele cinco reales. Dénsese todos cinco y cuartillo, dijo don Quijote, que no está en un cuartillo mas ó menos la monta desta notable desgracia; y acabe presto maese Pedro, que se hace hora de cenar, y yo tengo ciertos bar-runtos de hambre. Por esta figura, dijo maese Pedro, que está sin narices y un ojo menos, que es de la hermosa Melisendra, quiero, y me pongo en lo justo, dos reales y doce maravedis. Aun ahí seria el diablo, dijo don Quijote, si ya no estuviese Melisendra con su esposo por lo menos en la raya de Francia; porque el caballo en que iban á mí me pareció que antes volaba que corria, y así no hay para que venderme á mí el gato por liebre, presentándome aquí á Melisendra desnarigada, estando la otra, si viene á mano, ahora holgándose en Francia con su esposo á pierna tendida: ayude Dios con lo suyo á cada uno, señor maese Pedro, y caminemos todos con pie llano, y con intencion sana, y prosiga. Maese Pedro, que vió que don Quijote izquierdeaba (1), y que volvía á su primer tema, no quiso que se le escapase, y así le

(1) Esto es, que aflojaba ó empezaba á ceder y desistir de su propósito de pagar á maese Pedro todas cuantas desmejoras le propusiese este de las figuras de su retablo. — Arr.

dijo : esta no debe de ser Melisendra, sino alguna de las doncellas que la servian, y así con sesenta maravedis que me den por ella, quedaré contento y bien pagado. Desta manera fue poniendo precio á otras muchas destrozadas figuras, que despues lo moderaron los dos jueces árbítritos con satisfaccion de las partes, que llegaron á cuarenta reales y tres cuartillos; y ademas desto, que luego lo desembolsó Sancho, pidió maese Pedro dos reales por el trabajo de tomar el mono. Dáselos, Sancho, dijo don Quijote, no para tomar el mono, sino la mona, y docientos diera yo ahora en albricias á quien me dijera con certidumbre que la señora doña Melisendra y el señor don Gaiferos estaban ya en Francia y entre los suyos. Ninguno nos lo podrá decir mejor que mi mono, dijo Maese Pedro, pero no habrá diablo que ahora le tome, aunque imagino que el cariño y la hambre le han de forzar á que me busque esta noche, y amanecerá Dios y verémonos.

En resolucion, la borrasca del retablo se acabó, y todos cenaron en paz y en buena compañía á costa de don Quijote, que era liberal en todo extremo. Antes que amaneciese se fué el que llevaba las lanzas y las alabardas; y ya despues de amanecido se vinieron á despedir de don Quijote el primo y el paje, el uno para volverse á su tierra, y el otro á proseguir su camino, para ayuda del cual le dió don Quijote una docena de reales. Maese Pedro no quiso volver á entrar en mas dimes ni diretes con don Quijote, á quien él conocia muy bien, y así madrugó antes que el sol, y cogiendo las reliquias de su retablo y á su mono, se fué tambien á buscar sus aventuras. El ventero, que no conocia á don Quijote, tan admirado le tenian sus locuras como su liberalidad. Finalmente Sancho le pagó muy bien por órden de su señor; y despidiéndose dél casi á las ocho del dia, dejaron la venta y se pusieron en camino, donde los dejaremos ir, que así conviene para dar lugar á contar otras cosas pertenecientes á la declaracion desta famosa historia.





CAPÍTULO XXVII.

Donde se da cuenta quienes eran maese Pedro y su mono, con el mal suceso que don Quijote tuvo en la aventura del rebuzno, que no la acabó como él quisiera y como lo tenía pensado.



ENTRA Cide Hamete, coronista desta grande historia, con estas palabras en este capítulo: *Juro como católico cristiano*; á lo que su traductor dice, que el jurar Cide Hamete como católico cristiano siendo el moro, como sin duda lo era, no quiso decir otra cosa sino que así como el católico cristiano cuando jura, jura ó debe jurar verdad, y decirla en lo que dijere, así él la decia como si jurara como cristiano católico, en lo que queria escribir de don Quijote, especialmente en decir quien era maese Pedro, y quien el mono adivino, que traia admirados todos aquellos pueblos con sus adivinanzas. Dice pues, que bien se acordará el que hubiere leído la primera parte desta historia, de aquel Gines de Pasamonte, á quien entre otros galeotes dió libertad don Quijote en Sierra Morena, beneficio que despues le fue mal agradecido y peor pagado de aquella gente maligna y mal acostum-

brada. Este Gines de Pasamonte, á quien don Quijote llamaba Ginesillo de Parapilla, fue el que hurtó á Sancho Panza el rucio, que por no haberse puesto el como ni el cuando en la primera parte por culpa de los impresores, ha dado en que entender á muchos, que atribuian á poca memoria del autor la falta de imprenta (1). Pero en resolucion Gines le hurtó estando sobre él durmiendo Sancho Panza, usando de la traza y modo que usó Brunelo cuando estando Sacripante sobre Albraca le sacó el caballo de entre las piernas, y despues le cobró Sancho, como se ha contado. Este Gines pues, temeroso de no ser hallado de la justicia, que le buscaba para castigarle de sus infinitas bellaquerias y delitos, que fueron tantos y tales, que él mismo compuso un gran volúmen contándolos, determinó pasarse al reino de Aragon y cubrirse el ojo izquierdo, acomodándose al oficio de titerero, que esto y el jugar de manos lo

(1) Discúlpase aquí Cervantes de este descuido con el de los impresores; y no fue ciertamente este solo el que se cometió en la impresion de su obra, como se cometian en las de todas las demas por aquel tiempo. — Arr.

sabia hacer por extremo. Sucedió pues, que de unos cristianos ya libres que venian de Berberia, compró aquel mono, á quien enseñó que en haciéndole cierta señal se le subiese en el hombro, y le murmurase ó lo pareciese al oído. Hecho esto, antes que entrase en el lugar donde entraba con su retablo y mono, se informaba en el lugar mas cercano, ó de quien él mejor podia, qué cosas particulares hubiesen sucedido en el tal lugar, y á que personas; y llevándolas bien en la memoria, lo primero que hacia era mostrar su retablo, el cual unas veces era de una historia, y otras de otra; pero todas alegres, y regocijadas y conocidas. Acabada la muestra proponia las habilidades de su mono, diciendo al pueblo que adivinaba todo lo pasado y lo presente; pero que en lo de por venir no se daba maña. Por la respuesta de cada pregunta pedía dos reales, y de algunas hacia barato, segun tomaba el pulso á los preguntantes; y como tal vez llegaba á las casas de quien él sabia los sucesos de los que en ella moraban, aunque no le preguntasen nada por no pagarle, él hacia la seña al mono, y luego decia que le habia dicho tal y tal cosa; que venia de molde con lo sucedido. Con esto cobraba crédito inefable, y andábanse todos tras él: otras veces, como era tan discreto, respondia de manera que las respuestas venian bien con las preguntas; y como nadie le apuraba ni apretaba á que dijese como adivinaba su mono, á todos hacia monas y llenaba sus escueros (1). Así como entró en la venta conoció á don Quijote y á Sancho, por cuyo conocimiento le fue fácil poner en admiracion á don Quijote y á Sancho Panza, y á todos los que en ella estaban; pero hubiérale de costar caro si don Quijote bajara un poco mas la mano cuando cortó la cabeza al rey Marsilio y destruyó toda su caballeria, como queda dicho en el antecedente capitulo. Esto es lo que hay que decir de maese Pedro y de su mono.

Y volviendo á don Quijote de la Mancha, digo, que despues de haber salido de la venta determinó de ver primero las riberas del rio Ebro y todos aquellos contornos antes de entrar en la ciudad de Zaragoza, pues le daba tiempo para todo el mucho que faltaba desde allí á las justas. Con esta intencion siguió su camino, por el cual anduvo dos dias sin acontecerle cosa digna de ponerse en escritura, hasta que al tercero, al subir de una loma oyó un gran rumor de atambores, de trompetas y arcabuces. Al principio pensó que algun tercio de soldados pasaba por aquella parte, y por verlos picó á Rocinante y subió la loma arriba, y cuando estuvo en la cumbre vió al pie della á su parecer, mas de docientos hombres armados de diferentes suertes de armas, como si dijésemos lanzones, ballestas, partesanas, alabardas y picas, y algunos arcabuces y muchas rodelas. Bajó del recuesto y acercóse al escuadron, tanto que distintamente vió las banderas, juzgó de las colores, y notó las empresas que en ellas traian, especialmente una que en un estandarte ó giron de raso blanco venia, en el cual estaba pintado muy al vivo un asno como un pequeño sardesco (2), la cabeza levantada, la boca abierta y la lengua de fuera en acto y postura como si estuviera rebuznando: al rededor dél estaban escritos de letras grandes estos dos versos:

No rebuznaron en valde
El uno y otro alcalde.

Por esta insignia sacó don Quijote que aquella gente debia de ser del pueblo del rebuzno, y así se lo dijo á Sancho, declarándole lo que en el estandarte venia escrito. Dijole tambien que el que les habia dado noticia de aquel caso se habia errado en decir que dos regidores habian sido los que rebuznaron, porque segun los versos del estandarte no habian sido sino alcaldes. A lo que respondió Sancho Panza: señor, en eso no hay que reparar, que bien puede ser que los regidores que entonces rebuznaron viniesen con el tiempo á ser alcaldes de su pueblo, y así se pueden llamar con entrambos títu-

(1) Bolsas asidas al cinto donde la gente de campo llevaba el dinero, ó la yesca y el pedernal.
(2) *Sardo* se aplica al caballo ó asno pequeño, quizá por que lo son en Cerdeña.

los; cuánto más que no hace al caso á la verdad de la historia ser los rebuznadores alcaldes ó regidores, como ellos una por una hayan rebuznado, por que tan á pique está de rebuznar un alcalde como un regidor (1). Finalmente conocieron y supieron como el pueblo corrido salia á pelear con otro que le corria mas de lo justo y de lo que se debía á la buena vecindad. Fuése llegando á ellos don Quijote no con poca pesadumbre de Sancho que nunca fue amigo de hallarse en semejantes jornadas. Los del escuadron le recogieron en medio, creyendo que era alguno de los de su parcialidad. Don Quijote, alzando la visera con gentil brio y continente, llegó hasta el estandarte del asno, y allí se le pusieron al rededor todos los mas principales del ejército por verle, admirados con la admiracion acostumbrada en que caian todos aquellos que la vez primera le miraban. Don Quijote, que los vió tan atentos á mirarle sin que ninguno le hablase ni le preguntase nada, quiso aprovecharse de aquel silencio, y rompiendo el suyo alzó la voz y dijo:

Buenos señores: cuan encarecidamente puedo os suplico que no interrumpais un razonamiento que quiero haceros, hasta que veais que os disgusta y enfada; que si esto sucede, con la mas mínima señal que me hagais pondré un sello en mi boca, y echaré una mordaza á mi lengua. Todos le dijeron que dijese lo que quisiese, que de buena gana le escucharian. Don Quijote con esta licencia prosiguió diciendo: yo, señores míos, soy caballero andante, cuyo ejercicio es el de las armas, y cuya profesion la de favorecer á los necesitados de favor, y acudir á los menesterosos. Dias há que he sabido vuestra desgracia, y la causa que os mueve á tomar las armas á cada paso para vengaros de vuestros enemigos; y habiendo discurredo una y muchas veces en mi entendimiento sobre vuestro negocio, hallo segun las leyes del duelo, que estais engañados en teneros por afrentados, porque ningun particular puede afrentar á un pueblo entero, si no es retándole de traidor por junto, porque no sabe en particular quien cometió la traicion porque le reta. Ejemplo desto tenemos en don Diego



(1) Esta pulla se parece á otra que dijo el mismo Cervantes en el *Persiles* (tomo II, lib. III, cap. X) cuando un alcalde envió al pregonero por dos asnos para azotar á unos vagamundos, y el recado que trajo fue este: « señor alcalde yo no he topado en la plaza asnos ningunos, sino á los dos regidores Berrueco y Crespo, que andan en ella paseándose. Por asnos os envié yo, majadero, que no por regidores; pero volved y traedlos acá, por sí ó por no, que se hallen presentes al pronunciar desta sentencia, que ha de ser sin embargo, y no ha de quedar por falta de asnos: que, gracias sean dadas al cielo, hartos hay en este lugar. » — P.

Ordoñez de Lara, que retó á todo el pueblo zamorano porque ignoraba que solo Vellido Dolfos habia cometido la traicion de matar á su rey, y así retó á todos, y á todos tocaba la venganza y la respuesta; aunque bien es verdad que el señor don Diego anduvo algo demasiado, y aun pasó muy adelante de los límites del reto, porque no tenia para que retar á los muertos, á las aguas, ni á los panes, ni á los que estaban por nacer, ni á las otras menudencias que allí se declaran; pero vaya, pues cuando la cólera sale de madre, no tiene la lengua padre, ayo ni freno que la corrija (1). Siendo pues esto así, que uno solo no puede afrentar á reino, provincia, ciudad, república, ni pueblo entero, queda en limpio que no hay para que salir á la venganza del reto de la tal afrenta, pues no lo es: porque bueno seria que se matasen á cada paso los del pueblo de la reloja con quien se lo llama, ni los cazoleños (2), berengeneros (3), ballenatos (4), jaboneros (5) ni los de otros nombres y apellidos, que andan por ahí en busca de los muchachos y de gente de poco mas ó menos: bueno seria por cierto que todos estos insignes pueblos se corriesen y vengasen, y anduviesen continuo hechas las espadas sacabuches á cualquier pendencia por pequeña que fuese. No, no, ni Dios lo permita ó quiera: los varones prudentes, las repúblicas bien concertadas por cuatro cosas han de tomar las armas, y desenvainar las espadas, y poner á riesgo sus personas, vidas y hacienda. La primera, por defender la fe católica; la segunda, por defender su vida; que es de ley natural y divina; la tercera, en defensa de su honra, de su familia y hacienda; la cuarta, en servicio de su rey en la guerra justa; y si le quisiéramos añadir la quinta (que se puede contar por segunda) es en defensa de su patria. A estas cinco causas como capitales se pueden agregar algunas otras que sean justas y razonables, y que obliguen á tomar las armas; pero tomarlas por niñerías, y por cosas que antes son de risa y pasatiempo que de afrenta, parece que quien las toma carece de todo razonable discurso: cuanto mas que el tomar venganza injusta (que justa no puede haber alguna que lo sea) va derechamente contra la santa ley que profesamos, en la cual se nos manda que hagamos bien á nuestros enemigos, y que amemos á los que nos aborrecen: mandamiento que aunque parece algo dificultoso de cumplir, no lo es sino para aquellos que tienen menos de Dios que del mundo, y mas de carne que de espíritu: porque Jesucristo, Dios y hombre verdadero, que nunca mintió, ni pudo, ni puede mentir, siendo legislador nuestro, dijo que su yugo era suave y su carga liviana; y así nos habia de mandar cosa que fuese imposible el cumplirla. Así que, mis señores, vuestras mercedes estan obligados por leyes divinas y humanas á sosegarse.

El diablo me lleve, dijo á esta sazón Sancho entre sí, si este mi amo no es tologo, y si no lo es, que lo parece como un huevo á otro. Tomó un poco de aliento don Quijote, y viendo que todavia le prestaban silencio, quiso pasar adelante con su plática, como pasara si no se pusiera en medio la agudeza de Sancho, el cual viendo que su

(1) Estas demasias del reto de don Diego Ordoñez por la muerte del rey don Sancho, cometida por Vellido en el cerco de Zamora, se contienen en un romance antiguo que, sacado de la crónica del Cid, se halla en el *Cancionero* de Amberes del año de 1535, 46, fol. 150: y dice entre otras cosas:

Yo os repto los zamoranos
Por traidores fementidos:
Repto á todos los muertos
Y con ellos á los vivos;
Repto hombres y mujeres
Los por nacer y nascidos:
Repto á todos los grandes,
A los grandes y á los chicos,
A las carnes y pescados,
Y á las aguas de los rios, etc. — P.

(2) Acaso *cazalleros*: cuyo mote aplicaba el vulgo á los de Valladolid, con alusion á Agustín de Cazalla, natural de aquel pueblo, ajusticiado en él. — P.

(3) Los de Toledo, segun, dice Covarrubias en su *Tesoro*. V. *Berengena*. — P.

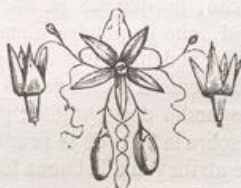
(4) Los madrileños.

(5) Los de Yepes ó Ocaña, ó acaso de Jetafe como presume Pellicer.

amo se detenía, tomó la mano por él diciendo: mi señor don Quijote de la Mancha, que un tiempo se llamó el *caballero de la Triste Figura*, y ahora se llama el *caballero de los Leones*, es un hidalgo muy atentado, que sabe latin y romance como un bachiller; y en todo cuanto trata y aconseja procede como muy buen soldado, y tiene todas las leyes y ordenanzas de lo que llaman el duelo en la uña, y así no hay mas que hacer sino dejarse llevar por lo que él dijere, y sobre mí si lo erraren: cuanto mas que ello se está dicho que es necedad correrse por solo oír un rebuzno, que yo me acuerdo cuando muchacho que rebuznaba cada y cuando se me antojaba, sin que nadie me fuese á la mano, y con tanta gracia y propiedad, que en rebuznando yo rebuznaban todos los asnos del pueblo, y no por eso dejaba de ser hijo de mis padres, que eran honradísimos; y aunque por esta habilidad era envidiado de mas de cuatro de los estirados de mi pueblo, no se me daba dos ardites; y porque se vea que digo verdad, esperen y escuchen, que esta ciencia es como la del nadar, que una vez aprendida nunca se olvida.

Y luego puesta la mano en las narices, comenzó á rebuznar tan reciamente, que todos los cercanos valles retumbaron; pero uno de los que estaban junto á él, creyendo que hacía burla dellos, alzó un varapalo que en la mano tenía, y dióle tal golpe con él, que sin ser poderoso á otra cosa, dió con Sancho Panza en el suelo. Don Quijote, que vió tan mal parado á Sancho, arremetió al que le había dado con la lanza sobre mano, pero fueron tantos los que se pusieron en medio, que no fue posible vengarle; antes viendo que llovía sobre él un nublado de piedras, y que le amenazaban mil encaradas ballestas y no menos cantidad de arcabuces, volvió las riendas á Rocinante, y á todo lo que su galope pudo se salió de entre ellos, encomendándose de todo corazón á Dios que de aquel peligro le librase, temiendo á cada paso no le entrase alguna bala por las espaldas y le saliese al pecho, y á cada punto recogía el aliento por ver si le faltaba; pero los del escuadron se contentaron con verle huir sin tirarle. A Sancho le pusieron sobre su jumento apenas vuelto en sí, y le dejaron ir tras su amo, no porque tuviese sentido para regirle, pero el rucio siguió las huellas de Rocinante, sin el cual no se hallaba un punto. Alongado pues don Quijote buen trecho, volvió la cabeza y vió que Sancho venía, y atendióle viendo que ninguno le seguía. Los del escuadron se estuvieron allí hasta la noche, y por no haber salido á la batalla sus contrarios, se volvieron á su pueblo regocijados y alegres; y si ellos supieran la costumbre antigua de los griegos, levantáran en aquel lugar y sitio un trofeo (1).

(1) Fue costumbre muy usada, dice Covarrubias, poner el vencedor en el mismo lugar donde alcanzó victoria del enemigo alguna señal para memoria de ella, la cual los griegos llamaron *trofeo*. Los primeros trofeos se erigieron en los árboles, cortando las ramas, y colgando del tronco de sus codillos los despojos de los enemigos. — Arr.





CAPITULO XXVIII.

De cosas que dice Ben-Engeli que las sabrá quien le leyere, si las lee con atencion.



CUANDO el valiente huye, la supercheria está descubierta, y es de varones prudentes guardarse para mejor ocasion. Esta verdad se verificó en don Quijote, el cual dando lugar á la furia del pueblo y á las malas intenciones de aquel indignado escuadron, puso pies en polvorosa, y sin acordarse de Sancho ni del peligro en que le dejaba, se apartó tanto cuanto le pareció que bastaba para estar seguro. Seguiale Sancho atravesado en su jumento, como queda referido. Llegó en fin ya vuelto en su acuerdo, y al llegar se dejó caer del rucio á los pies de Rocinante, todo ansioso, todo molido y todo apaleado. Apeóse don Quijote para catarle las heridas; pero como le hallase sano de los pies á la cabeza, con asaz cólera le dijo: ¡tan en hora mala supistes vos rebuznar, Sancho! ¿y donde hallastes vos ser bueno el nombrar la sogá en casa del ahorcado? A música de rebuznos, ¿que contrapunto se había de llevar sino de varapalos? Y dad gracias á Dios, Sancho, que ya que os santiguaron con un palo, no os hicieron el *per signum crucis* con un alfange. No estoy para responder, respondió Sancho, porque me parece que hablo por las espaldas: subamos, y apartémonos de aquí, que yo pondré silencio en mis rebuznos, pero no en dejar de decir que los caballeros andantes huyen, y dejan á sus buenos escuderos molidos como alheña (1) ó como cibera en poder de sus enemigos.

No huye el que se retira, respondió don Quijote; porque has de saber, Sancho, que la valentia que no se funda sobre la base de la prudencia, se llama temeridad, y las hazañas del temerario mas se atribuyen á la buena fortuna, que á su ánimo; y así yo confieso que me he retirado, pero no huido; y en esto he imitado á muchos valientes que se han guardado para tiempos mejores, y desto estan las historias llenas, las cuales por no serte á ti de provecho, ni á mí de gusto, no te las refiero ahora.

(1) Para algunas medicinas, dice Covarrubias, se muele el alheña; y de aquí nació una manera de hablar, que es *estar molido como alheña*, y se dice del que está quebrantado y molido de cansancio. — Arr.

En esto ya estaba á caballo Sancho, ayudado de don Quijote, el cual asimismo subió en Rocinante, y poco á poco se fuéron á emboscar en una alameda que hasta un cuarto de legua de allí se parecía. De cuando en cuando daba Sancho unos ayes profundísimos y unos gemidos dolorosos; y preguntándole don Quijote la causa de tan amargo sentimiento, respondió que desde la punta del espinazo hasta la nuca del cerebro, le dolía de manera que le sacaba de sentido. La causa dese dolor debe de ser sin duda, dijo don Quijote, que como era el palo con que te dieron largo y tendido, te cogió todas las espaldas, donde entran todas esas partes que te duelen, y si mas te cogiera, mas te doliera. Por Dios, dijo Sancho, que vuesa merced me ha sacado de una gran duda, y me la ha declarado por lindos términos. ¡Cuerpo de mí! ¿tan encubierta estaba la causa de mi dolor, que ha sido menester decirme que me duele todo aquello que alcanzó el palo? Si me dolieran los tobillos, aun pudiera ser que se anduviera adivinando el por qué me dolían; pero dolerme lo que me molieron, no es mucho adivinar. A la fe, señor nuestro amo, el mal ajeno de pelo cuelga; y cada día voy descubriendo tierra de lo poco que puedo esperar de la compañía que con vuesa merced tengo; porque si esta vez me ha dejado apalear, otra y otras ciento volveremos á los manteamientos de marras, y á otras muchacherías, que si ahora me han salido á las espaldas, despues me saldrán á los ojos. Harto mejor haría yo (sino que soy un bárbaro, y no haré nada que bueno sea en toda mi vida), harto mejor haría yo, vuelvo á decir, en volverme á mi casa y á mi mujer y á mis hijos, y sustentarla y criarlos con lo que Dios fuere servido de darme, y no andarme tras vuesa merced por caminos sin camino, y por sendas y carreras que no las tienen, bebiendo mal y comiendo peor. Pues tomadme el dormir: contad, hermano escudero, siete pies de tierra, y si quisiéredes mas, tomad otros tantos, que en vuestra mano está escudillar, y tendeos á todo vuestro buen talante, que quemado vea yo y hecho polvos al primero que dió puntada en la andante caballería, ó á lo menos al primero que quiso ser escudero de tales tontos, como debieron ser todos los caballeros andantes pasados; de los presentes no digo nada, que por ser vuesa merced uno dellos, los tengo respeto, y porque sé que sabe vuesa merced un punto mas que el diablo en cuanto habla y en cuanto piensa.

Haría yo una buena apuesta con vos, Sancho, dijo don Quijote, que ahora que vais hablando sin que nadie os vaya á la mano, que no os duele nada en todo vuestro cuerpo. Hablad, hijo mio, todo aquello que os viniere al pensamiento y á la boca, que á trueco de que á vos no os duela nada, tendré yo por gusto el enfado que me dan vuestras impertinencias; y si tanto deseais volveros á vuestra casa con vuestra mujer é hijos, no permita Dios que yo os lo impida: dineros teneis míos; mirad cuanto há que esta tercera vez salimos de nuestro pueblo, y mirad lo que podeis y debeis ganar cada mes, y pagaos de vuestra mano. Cuando yo servia, respondió Sancho, á Tomé (1) Carrasco, el padre del bachiller Sansón Carrasco, que vuesa merced bien conoce, dos ducados ganaba cada mes, amen de la comida: con vuesa merced no sé lo que puedo ganar, puesto que sé que tiene mas trabajo el escudero del caballero andante que el que sirve á un labrador; que en resolucion los que servimos á labradores, por mucho que trabajemos de día, por mal que suceda, á la noche cenamos olla y dormimos en cama, en la cual no he dormido despues que há que sirvo á vuesa merced, si no ha sido el tiempo breve que estuvimos en casa de don Diego de Miranda, y la gira que tuve con la espuma que saqué de las ollas de Camacho, y lo que comí y bebí y dormí en casa de Basilio; todo el otro tiempo he dormido en la dura tierra

(1) En el capítulo II de esta segunda parte se llama *Bartolomé*. Pudiera disculparse este olvido con el carácter de desmemoriado que da Cervantes á Sancho. — P.

(*) No hay que apelar á esta disculpa. Es bien sabida la costumbre de nombrar en muchos pueblos á las personas por la última terminacion de su nombre. Así en la misma voz *Bartolo* dicen en muchos pueblos *Tolo* y *Tomé* por *Bartolomé*. — Arr.

al cielo abierto, sujeto á lo que dicen inclemencias del cielo, sustentándome con rajas queso y mendrugos de pan, y bebiendo aguas ya de arroyos, ya de fuentes de las que encontramos por esos andurriales donde andamos.

Confieso, dijo don Quijote, que todo lo que dices, Sancho, sea verdad: ¿cuanto parece que os debo dar mas de lo que os daba Tomé Carrasco? A mi parecer, dijo Sancho, con dos reales mas que vuesa merced añadiese cada mes me tendria por bien pagado: esto es cuanto al salario de mi trabajo; pero en cuanto á satisfacerme á la palabra y promesa que vuesa merced me tiene hecha de darme el gobierno de una insula, seria justo que se me añadiesen otros seis reales, que por todos serian treinta. Está muy bien, replicó don Quijote, y conforme al salario que vos os habeis señalado, veinte y cinco dias há que salimos de nuestro pueblo, contad, Sancho, rata por cantidad, y mirad lo que os debo, y pagaos, como os tengo dicho, de vuestra mano. ¡Oh cuerpo de mí! dijo Sancho, que va vuesa merced muy errado en esta cuenta, porque en lo de la promesa de la insula se ha de contar desde el dia que vuesa merced me la prometió hasta la presente hora en que estamos. ¿Pues qué tanto há, Sancho, que os la prometí? dijo don Quijote. Si yo mal no me acuerdo, respondió Sancho, debe de haber mas de veinte años, tres dias mas ó menos. Dióse don Quijote una gran palmada en la frente, y comenzó á reir muy de gana, y dijo: pues no anduve yo en SierraMorena, ni en todo el discurso de nuestras salidas, sino dos meses apénas, ¿y dices, Sancho, que há veinte años que te prometí la insula? Ahora digo que quieres que se consuma en tus salarios el dinero que tienes mio; y si esto es así y tú gustas dello, desde aqui te lo doy y buen provecho te haga, que á truco de verme sin tan mal escudero, holgaréme de quedarme pobre y sin blanca. Pero dime, prevaricador de las ordenanzas escuderiles de la andante caballeria, ¿donde has visto tú ó leido que ningun escudero de caballero andante se haya puesto con su señor en cuanto mas tanto me habeis de dar cada mes porque os sirva? Entrate, éntrate, malandrín, follón y vestiglo, que todo lo pareces, éntrate digo, por el *mare magnum* de sus historias; y si hallares que algun escudero haya dicho ni pensado lo que aqui has dicho, quiero que me le claves en la frente, y por añadidura me hagas cuatro mamonas selladas (1) en mi rostro: vuelve las riendas ó el cabestro al rucio, y vuélvete á tu casa, porque un solo paso desde aqui no has de pasar mas adelante conmigo. ¡Oh pan mal conocido! ¡oh promesas mal colocadas! ¡oh hombre que tiene mas de bestia que de persona! ¿Ahora cuando yo pensaba ponerte en estado, y tal que á pesar de tu mujer te llamarén señoría, te despides? ¿Ahora te vas, cuando yo venia con intencion firme y valadera de hacerte señor de la mejor insula del mundo? En fin, como tú has dicho otras veces, no es la miel etc. Asno eres, y asno has de ser, y en asno has de parar cuando se te acabe el curso de la vida, que para mí tengo que antes llegará ella á su último término, que tú caigas y des en la cuenta de que eres bestia.

Miraba Sancho á don Quijote dé hito en hito en tanto que los tales vituperios le decia, y compungióse de manera que le vinieron las lágrimas á los ojos; y con voz dolorida y enfermiza le dijo: señor mio, yo confieso que para ser del todo asno no me falta mas de la cola; si vuesa merced quiere ponérmela, yo la daré por bien puesta, y le serviré como jumento todos los dias que me quedan de mi vida. Vuesa merced me perdone, y se duela de mi mocedad, y advierta que sé poco, y que si hablo mucho, mas procede de enfermedad que de malicia; mas quien yerra y se enmienda, á Dios se encomienda. Maravillárame yo, Sancho, si no mezcláras algun refrancico en tu coloquio. Ahora bien, yo te perdono con que te enmiendes, y con que no te muestres de aqui adelante tan amigo de tu interes, sino que procures ensanchar el corazon,

(1) *Mamona* era cierta postura, ó quizá golpe de los cinco dedos de la mano en la barba de otro, por burla y broma. Así se solia decir por menosprecio: le hizo la *mamona*. La *mamona sellada* quizá seria esto mismo dejando alguna marca ó mancha particular en el rostro, ó hiriéndole mas fuerte. — *Att.* — Hoy se dice *Mamola*, y hacer á uno la *mamola*. Véase el Diccionario de la lengua. — *Mz. DEL ROMERO.*

y de alientes y animes á esperar el cumplimiento de mis promesas, que aunque se tarda, no se imposibilita. Sancho respondió que si haria aunque sacase fuerzas de flaqueza. Con esto se metieron en la alameda, y don Quijote se acomodó al pie de un olmo, y Sancho al de una haya, que estos tales árboles y otros sus semejantes siempre tienen pies y no manos. Sancho pasó la noche penosamente, porque el varapalo se hacia mas sentir con el sereno. Don Quijote la pasó en sus continuas memorias; pero con todo eso dieron los ojos al sueño, y al salir del alba siguieron su camino buscando las riberas del famoso Ebro, donde les sucedió lo que se contará en el capítulo venidero.

XXIX. CAPITULO XXIX.

de la figura de un hombre que se encuentra en el capítulo XXIX.



Les finis des Rois de la tribu de Juda
en Honneur (Dessus) de l'Empereur
Théophile Schmidt



CAPITULO XXIX.

De la famosa aventura del barco encantado.



Por sus pasos contados y por contar, dos dias despues que salieron de la alameda, llegaron don Quijote y Sancho al rio Ebro, y el verle fue de gran gusto á don Quijote, porque contempló y miró en él la amenidad de sus riberas, la claridad de sus aguas, el sosiego de su curso, y la abundancia de sus líquidos cristales, cuya alegre

vista renovó en su memoria mil amorosos pensamientos : especialmente fue y vino en lo que habia visto en la cueva de Montesinos; que puesto que el mono de maese Pedro le habia dicho que parte de aquellas cosas eran verdad y parte mentira, él se atenia mas á las verdaderas que á las mentirosas, bien al reves de Sancho, que todas las tenia por la misma mentira.

Yendo pues desta manera se le ofreció á la vista un pequeño barco sin remos ni otras jarcias algunas, que estaba atado en la orilla á un tronco de un árbol que en la ribera estaba (1). Miró don Quijote á todas partes, y no vió persona alguna, y luego sin mas ni mas se apeó de Rocinante, y mandó á Sancho que lo mismo hiciese del rucio, y que á entrambas bestias las atase muy bien juntas al tronco de un álamo ó sauce que allí estaba. Preguntóle Sancho la causa de aquel súbito apeamiento y de aquel ligamiento. Respondió don Quijote : has de saber Sancho, que este barco que aquí está derechamente, y sin poder ser otra cosa en contrario, me está llamando y convidando á que entre en él, y vaya en él á dar socorro á algun caballero, ó á otra necesitada y principal persona, que debe de estar puesta alguna grande cuita; porque este es estilo de los libros de las historias caballerescas (2), y de los encantadores

(1) Toda esta aventura del barco encantado es una imitacion de lo que refieren los libros caballerescos de Amadis de Gaula (lib. iv, cap. XII) y de don Olivante de Laura (lib. ii, cap. I).

(2) Con efecto, estando un dia Amadis cazando en las faldas de un monte, cerca de la marina, y teniendo por la trailla, « un muy hermoso can, que él mucho amaba, miró contra la mar, y vió de lueña venir un batel ó barco, la via donde él estaba. » Es verdad que no venia solo, porque venia en él Gariolleta, Gobernadora de la pequeña Bretaña, á pedirle que la hiciese vengada del gigante Balan, señor de la insula de la Torre Berneja, que le habia muerto á un hijo. Va Amadis á esta aventura, y vence, aunque con gran peligro de

que en ellas se entremeten y platican, cuando algun caballero está puesto en algun trabajo, que no puede ser librado dél sino por la mano de otro caballero, puesto que esten distantes el uno del otro dos ó tres mil leguas y aun mas, ó le arrebatan en una nube, ó le deparan un barco donde se entre, y en menos de un abrir y cerrar de ojos le llevan ó por los aires ó por la mar donde quieren y adonde es menester su ayuda (1): así que, oh Sancho, este barco está puesto aquí para el mismo efecto; y esto es tan verdad como es ahora de día, y antes que este se pase ata juntos al rucio y á Rocinante, y á la mano de Dios que nos guie, que no dejaré de embarcarme si me lo pidiesen frailes descalzos. Pues así es, respondió Sancho, y vuesa merced quiere dar á cada paso en estos, que no sé si los llame disparates, no hay sino obedecer y bajar la cabeza, atendiendo al refran: haz lo que tu amo te manda, y siéntate con él á la mesa; pero con todo esto, por lo que toca al descargo de mi conciencia, quiero advertir á vuesa merced que á mí me parece que este tal barco no es de los encantados, sino de algunos pescadores deste rio, porque en él se pescan las mejores sabogas del mundo.

Esto decia mientras ataba las bestias Sancho, dejándolas á la proteccion y amparo de los encantadores con harto dolor de su ánima. Don Quijote le dijo que no tuviese pena del desamparo de aquellos animales, que él que los llevaria á ellos por tan longincuos caminos y regiones, tendria cuenta de sustentarlos. No entiendo esto de logicuos, dijo Sancho, ni he oido tal vocablo en todos los dias de mi vida. Longincuos, respondió don Quijote, quiere decir apartados; y no es maravilla que no lo entiendas, que no estás tú obligado á saber latin, como algunos que presumen que lo saben y lo ignoran. Ya estan atados, replicó Sancho, ¿qué hemos de hacer ahora? ¿Qué? respondió don Quijote: santiguarnos y levar ferro (2), quiero decir, embarcarnos y cortar la amarra con que este barco está atado; y dando un salto en él, siguiéndole Sancho, cortó el cordel, y el barco se fué apartando poco á poco de la ribera; y cuando Sancho se vió obra de dos varas dentro del rio, comenzó á temblar temiendo su perdicion; pero ninguna cosa le dió mas pena que el oír roznar al rucio, y el ver que Rocinante pugnaba por desatarse; y díjole á su señor: el rucio rebuzna condolido de nuestra ausencia, y Rocinante procura ponerse en libertad para arrojarse tras nosotros. Oh carísimos amigos, quedaos en paz, y la locura que nos aparta de vosotros, convertida en desengaño, nos vuelva á vuestra presencia; y en esto comenzó á llorar tan amargamente, que don Quijote mohino y colérico le dijo: ¿de qué temes, cobarde criatura? ¿de qué lloras, corazon de mantequillas? ¿quién te persigue, ó quien te acosa, ánimo de raton casero? ¿ó qué te falta, menesteroso en la mitad de las entrañas de la abundancia? ¿por dicha vas caminando á pie y descalzo por las montañas rifeas, sino sentado en una tabla como un archiduque por el sesgo curso deste agradable rio, de donde en breve espacio saldremos al mar dilatado? Pero ya hemos de haber salido y caminado por lo menos setecientas ú ochocientas leguas; y si yo tuviera aquí un astrolabio con que tomar la altura del polo, yo te dijera las que habemos caminado, aunque, ó yo sé poco, ó ya hemos pasado, ó pasaremos presto por la linea equinoccial que divide y corta los dos contrapuestos polos en igual distancia. Y cuando llegemos á esa leña (3) que vuesa merced dice, preguntó Sancho, ¿cuanto habremos caminado? Mucho, replicó don Quijote, porque de trecientos y

su vida, á Balan, el gigante mas bravo y mas fuerte de todas las insulas (*Amadis de Gaula*, lib. iv, capitulo CXXVII). — P.

(1) Entre las frecuentes aventuras de barcos encantados que se leen en las historias caballerescas, y á que pudo aludir don Quijote, es la de una doncella andante, que vino en busca de don Olivante de Laura y Darisio, y caminando juntos no muy lejos de sí vieron estar un barco, que con una cadena de un árbol en la ribera estaba atado, y apeándose la doncella de su palsfren, volviéndose á don Olivante le dijo: caballero, es menester que en este barco os metais. Olivante apeándose de su caballo, y asimismo Darisio, se metieron dentro, etc. (Lib. II, cap. I). — P.

(2) Levantar ancla.

(3) Línea, Sancho no puede dejar de estropear la lengua.

sesenta grados que contiene el globo del agua y de la tierra, según el cómputo de

Ptolomeo, que fue el mayor cosmógrafo que se sabe, la mitad habremos caminado llegando á la línea que he dicho. Por Dios, dijo Sancho, que vuesa merced me trae por testigo de lo que dice á una gentil persona, puto y gafó con la añadidura de meon ó meo (1), ó no sé como.

Rióse don Quijote de la interpretación que Sancho había dado al nombre y al cómputo y cuenta del cosmógrafo Ptolomeo, y dijole: sabrás, Sancho, que los españoles, y los que se embarcan en Cádiz para ir á las Indias orientales, una de las señales que tienen para entender



que han pasado la línea equinoccial que te he dicho es que á todos los que van en el navio se les mueren los piojos, sin que les quede ninguno, ni en todo el bajel le hallarán si le pesan á oro; y así puedes, Sancho, pasear una mano por un muslo, y si topares cosa viva saldremos desta duda; y si no, pasado habemos. Yo no creo nada deso, respondió Sancho; pero con todo haré lo que vuesa merced me manda, aunque no sé para qué hay necesidad de hacer esas experiencias, pues yo veo con mis mismos ojos que no nos habemos apartado de la ribera cinco varas, ni hemos decantado de donde estan las alemañas dos varas, porque allí estan Rocinante y el rucio en el propio lugar do los dejamos; y tomada la mira, como yo la tomo ahora, voto á tal que no nos movemos ni andamos al paso de una hormiga. Haz, Sancho, la averiguacion que te he dicho, y no te cures de otra, que tú no sabes qué cosa sean coluros, líneas, paralelos, zodiacos, eclípticas, polos, solsticios, equinoccios, planetas, signos, puntos, medidas de que se compone la esfera celeste y terrestre; que si todas estas cosas supieras, ó parte dellas, vieras claramente qué de paralelos hemos cortado, qué de signos visto, y qué de imágenes hemos dejado atras y vamos dejando

(1) *Gafó* entiende aquí Sancho por *leproso*. Engafecer, según Alderete (*Origen*, lib. II, cap. IV), es tener lepra. Advierte, dice Covarrubias, que leproso y gafó es todo una misma cosa; y se ha de considerar que esta misma palabra *gafó* la cuentan por injuriosa las leyes de estos reinos. En el día tiene diferente significación: *gafó* se llama al impedido de pies y manos, por tener embarrados ó contraídos sus nervios y tendones. — Arr.

ahora. Y tórnote á decir que te tientes y pesques, que yo para mí tengo que estás mas limpio que un pliego de papel liso y blanco. Tentóse Sancho, y llegando con la mano bonitamente y con tiento hácia la corva izquierda, alzó la cabeza, y miró á su amo y dijo: ó la experiencia es falsa, ó no hemos llegado á donde vuesa merced dice ni con muchas leguas. ¿Pues qué, preguntó don Quijote, has topado algo? Y aun algos, respondió Sancho; y sacudiéndose los dedos se lavó toda la mano en el rio, por el cual sosegadamente se deslizaba el barco por mitad de la corriente, sin que le moviese alguna inteligencia secreta, ni algun encantador escondido, sino el mismo curso del agua blando entonces y suave.

En esto descubrieron unas grandes aceñas que en la mitad del rio estaban, y apenas las hubo visto don Quijote cuando con voz alta dijo á Sancho: ves allí, oh amigo, se descubre la ciudad, castillo ó fortaleza donde debe de estar algun caballero oprimido, ó alguna reina, infanta y princesa malparada, para cuyo socorro soy aquí traído. ¿Qué diablos de ciudad, fortaleza ó castillo dice vuesa merced, señor? dijo Sancho: ¿no echa de ver que aquellas son aceñas, que estan en el rio, donde se muele el trigo? Calla, Sancho, dijo don Quijote, que aunque parecen aceñas, no lo son, y ya te he dicho, que todas las cosas trastruecan y mudan de su sér natural los encantos: no quiero decir que las mudan de uno en otro sér realmente, sino que lo parece, como lo mostró la experiencia en la trasformacion de Dulcinea, único refugio de mis esperanzas.

En esto, el barco entrado en la mitad de la corriente del rio, comenzó á caminar no tan lentamente como hasta allí. Los molineros de las aceñas, que vieron venir aquel barco por el rio, y que se iba á embocar por el raudal de las ruedas, salieron con presteza muchos dellos con varas largas á detenerle; y como salian enharinados, cubiertos los rostros y los vestidos del polvo de la harina, representaban una mala vista. Daban voces grandes diciendo: demonios de hombres, ¿donde vais? ¿venis desesperados? ¿qué quereis ahogaros y hacerse pedazos en estas ruedas? ¿No te dije yo, Sancho, dijo á esta sazón don Quijote, que habíamos llegado donde he de mostrar á do llega el valor de mi brazo? Mira que de malandrines y follones me salen al encuentro; mira cuantos vestiglos se me oponen; mira cuantas feas cataduras nos hacen cocos; pues ahora lo vereis, bellacos; y puesto en pie en el barco con grandes voces comenzó á amenazar á los molineros diciéndoles: canalla malvada y peor aconsejada, dejad en su libertad y libre alvedrio á la persona que en esa vuestra fortaleza ó prision teneis oprimida, alta ó baja, de cualquiera suerte ó calidad que sea, que yo soy don Quijote de la Mancha, llamado el *caballero de los Leones* por otro nombre, á quien está reservado por orden de los altos cielos el dar fin felice á esta aventura: y diciendo esto echó mano á su espada, y comenzó á esgrimirla en el aire contra los molineros, los cuales oyendo y no entendiendo aquellas sandeces, se pusieron con sus varas á detener el barco que ya iba entrando en el raudal y canal de las ruedas. Púsose Sancho de rodillas pidiendo devotamente al cielo le librase de tan manifiesto peligro, como lo hizo por la industria y presteza de los molineros, que oponiéndose con sus palos al barco, le detuvieron, pero no de manera que dejasen de trastornar el barco, y dar con don Quijote, y Sancho al traves en el agua; pero vínole bien á don Quijote, que sabia nadar como un ganso, aunque el peso de las armas le llevó al fondo dos veces; y si no fuera por los molineros, que se arrojaron al agua y los sacaron como en peso á entrambos, allí habia sido Troya para los dos.

Puestos pues en tierra, mas mojados que muertos de sed, Sancho puesto de rodillas, las manos juntas y los ojos clavados al cielo, pidió á Dios con una larga y devota plegaria le librase de allí adelante de los atrevidos deseos y acometimientos de su señor. Llegaron en esto los pescadores dueños del barco, á quien habian hecho pedazos las ruedas de las aceñas; y viéndole roto acometieron á desnudar á Sancho y á pedir á don Quijote se lo pagase; el cual con gran sosiego, como si no hubiera pa-

sado nada por él, dijo á los molineros y pescadores, que él pagaria el barco de bonísima gana con condicion que le diesen libre y sin cautela á la persona ó personas que en aquel su castillo estaban oprimidas. ¿Qué personas ó qué castillo dice, respondió uno de los molineros, hombre sin juicio? ¿quiéreste llevar por ventura las que vienen á moler trigo á estas aceñas? Basta, dijo entre sí don Quijote, aquí será predicar en desierto querer reducir á esta canalla á que por ruegos haga virtud alguna; y en esta aventura se deben de haber encontrado dos valientes encantadores, y el uno estorba lo que el otro intenta: el uno me deparó el barco, y el otro dió conmigo al traves: Dios lo remedie, que todo este mundo es máquinas y trazas contrarias unas de otras. Yo no puedo mas, y alzando la voz prosiguió diciendo y mirando á las aceñas: amigos, cualesquiera que seais, que en esa prision quedais encerrados, perdonadme, que por mi desgracia y por la vuestra yo no os puedo sacar de vuestra cuita: para otro caballero debe de estar guardada y reservada esta aventura. En diciendo esto se concertó con los pescadores, y pagó por el barco cincuenta reales, que los dió Sancho de muy mala gana, diciendo: á dos barcadas como estas daremos con todo el caudal al fondo. Los pescadores y molineros estaban admirados mirando aquellas dos figuras, tan fuera del uso, al parecer, de los otros hombres, y no acababan de entender á do se encaminaban las razones y preguntas que don Quijote les decia, y teniéndolos por locos les dejaron, y se recogieron á sus aceñas, y los pescadores á sus ranchos. Volvieron á sus bestias y á ser bestias don Quijote y Sancho, y este fin tuvo la aventura del encantado barco.





CAPITULO XXX.

De lo que le avino á don Quijote con una bella cazadora.



ASAZ melancólicos y de mal talante llegaron á sus animales, caballero y escudero, especialmente Sancho, á quien llegaba al alma llegar al caudal del dinero, pareciéndole que todo lo que dél se quitaba era quitárselo á él de las niñas de sus ojos. Finalmente, sin hablarse palabra se pusieron á caballo, y se apartaron del famoso rio, don Quijote sepultado en los pensamientos de sus amores, y Sancho en los de su acrecentamiento, que por entonces le parecía que estaba bien lejos de tenerle, porque

magüer era tonto, bien se le alcanzaba que las acciones de su amo, todas ó las mas eran disparates, y buscaba ocasion de que sin entrar en cuentas ni en despedimientos con su señor, un dia se desgarrase y se fuese á su casa; pero la fortuna ordenó las cosas muy al reves de lo que él temia.

Sucedió pues, que otro dia al poner del sol y al salir de una selva, tendió don Quijote la vista por un verde prado, y en lo último dél vió gente, y llegándose cerca conoció que eran cazadores de altanería (1). Llegóse mas, y entre ellos vió una gallarda señora sobre un palafren ó hacanea blanquisima adornada de guarniciones verdes y con un sillón de plata. Venia la señora asimismo vestida de verde tan bizarra y ricamente, que la misma bizarria venia transformada en ella. En la mano izquierda traia un azor, señal que dió á entender á don Quijote ser aquella alguna gran señora, que debía serlo de todos aquellos cazadores, como era la verdad: y así dijo á Sancho: corre, hijo Sancho, y di á aquella señora del palafren y del azor, que yo el *caballero de los Leones* beso las manos á su gran fermosura; y que si su grandeza me da licencia, se las iré á besar, y á servirla en cuanto mis fuerzas pudieren y su alteza me mandare: y mira, Sancho, como hablas, y ten cuenta de no encajar algun refran de los tuyos en tu embajada. Hallado os lo habeis el encajador, respondió Sancho: á mi con eso sí, que no es esta la vez primera que he llevado embajadas á altas y crecidas se-

(1) *Cazadores de altanería* eran los que cazaban aves mayores por medio dealcones, azores y otras aves de rapiña: género de caza que era solo de príncipes y grandes señores.

ñoras en esta vida. Si no fue la que llevaste á la señora Dulcinea, replicó don Quijote, yo no sé que hayas llevado otra, á lo menos en mi poder. Así es verdad, respondió Sancho; pero al buen pagador no le duelen prendas, y en casa llena presto se guisa la cena: quiero decir, que á mí no hay que decirme ni advertirme de nada, que para todo tengo, y de todo se me alcanza un poco. Yo lo creo, Sancho, dijo don Quijote: vé en buena hora, y Dios te guie.

Partió Sancho de carrera, sacando de su paso al rucio, y llegó donde la bella cazadora estaba, y apeándose, puesto ante ella de hinojos, le dijo: hermosa señora, aquel caballero que allí se parece, llamado el *caballero de los Leones*, es mi amo, y yo soy un escudero suyo, á quien llaman en su casa Sancho Panza: este tal *caballero de los Leones*, que no há mucho que se llamaba el *de la Triste Figura*, envia por mí á decir á vuestra grandeza sea servida de darle licencia para que con su propósito y beneplácito y consentimiento él venga á poner en obra su deseo, que no es otro, segun él dice y yo pienso, que de servir á vuestra encumbrada altanería y fermosura, que en dársele vuestra señoría hará cosa que redunde en su pro, y él recibirá señaladísima merced y talento.

Por cierto, buen escudero, respondió la señora, vos habeis dado la embajada vuestra con todas aquellas circunstancias que las tales embajadas piden: levantaos del suelo, que escudero de tan gran caballero como es el *de la Triste Figura*, de quien ya tenemos acá mucha noticia, no es justo que esté de hinojos: levantaos, amigo, y decid á vuestro señor que venga mucho en hora buena á servirse de mí y del duque mi marido en una casa de placer que aquí tenemos. Levantóse Sancho admirado, así de la hermosura de la buena señora, como de su mucha crianza y cortesía, y mas de lo que le habia dicho, que tenia noticia de su señor el *caballero de la Triste Figura*; y que si no le habia llamado el *de los Leones* debia de ser por habersele puesto tan nuevamente. Preguntóle la duquesa (cuyo título aun no se sabe) (1): decidme, hermano escudero, ¿este vuestro señor no es uno de quien anda impresa una historia, que se llama del *Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, que tiene por señora de su alma á una tal Dulcinea del Toboso? El mismo es, señora, respondió Sancho; y aquel escudero suyo, que anda ó debe de andar en la tal historia, á quien llaman Sancho Panza, soy yo, si no es que me trocaron en la cuna, quiero decir, que me trocaron en la estampa. De todo eso me huelgo yo mucho, dijo la duquesa. Id, hermano Panza, y decid á vuestro señor, que él sea el bien llegado y el bien venido á mis estados, y que ninguna cosa me pudiera venir que mas contento me diera. Sancho, con esta tan agradable respuesta, con grandísimo gusto volvió á su amo, á quien contó todo lo que la gran señora le habia dicho, levantando con sus rústicos términos á los cielos su mucha fermosura, su gran donaire y cortesía. Don Quijote se gallardeó en la silla, púsose bien en los estribos, acomodóse la visera, arremetió á Rocinante, y con gentil denuedo fué á besar las manos á la duquesa, la cual haciendo llamar al duque su marido, le contó en tanto que don Quijote llegaba toda la embajada suya; y los dos por haber leído la primera parte desta historia, y haber entendido por ella el disparatado humor de don Quijote, con grandísimo gusto y con deseo de conocerle, le atendian con prosupuesto de seguirle el humor y conceder con él en cuanto les dijese, tratándole como á caballero andante los dias que con ellos se detuviese, con todas las ceremonias acostumbradas en los libros de caballerías que ellos habian leído, y aun les eran muy aficionados.

En esto llegó don Quijote,alzada la visera, y dando muestras de apearse, acudió

(1) Don Juan Antonio Pellicer conjetura que Cervantes designó en estos sucesos á don Carlos de Borja y á doña Maria de Aragon, duques de Villahermosa, que el castillo ó quinta, teatro de las aventuras que van á referirse, fue el palacio de Buenavia que edificó el duque don Juan de Aragon, primo del rey católico, en las inmediaciones de la villa de Pedrola, y que en Alcalá de Ebro, lugar de los duques, estaba probablemente situada la insula Barataria.

Sancho á tenerle el estribo; pero fue tan desgraciado que al apearse del rucio se le asió un pie en una sogá del albarda de tal modo, que no fue posible desenredarle, antes quedó colgado dél con la boca y los pechos en el suelo. Don Quijote que no tenia en costumbre apearse sin que le tuviesen el estribo, pensando que ya Sancho habia llegado á tenersele, descargó de golpe el cuerpo, y llevóse tras sí la silla de Rocinante, que debia de estar mal cinchado, y la silla y él vinieron al suelo, no sin



vergüenza suya y de muchas maldiciones que entre dientes echó al desdichado de Sancho, que aun todavía tenia el pie en la corma. El duque mandó á sus cazadores que acudiesen al caballero y al escudero, los cuales levantaron á don Quijote maltrecho de la caída, y renqueando y como pudo fué á hincar las rodillas ante los dos señores; pero el duque no lo consintió en ninguna manera, antes apeándose de su caballo fué á abrazar á don Quijote, diciéndole: á mi me pesa, señor *caballero de la Triste Figura*, que la primera que vuesa merced ha hecho en mi tierra haya sido tan mala como se ha visto; pero descuidos de escuderos suelen ser causa de otros peores sucesos. El que yo he tenido en veros, valeroso príncipe, respondió don Quijote, es imposible ser malo, aunque mi caída no parara hasta el profundo de los abismos, pues de allí me levantara y me sacara la gloria de haberos visto. Mi escudero, que Dios maldiga, mejor desata la lengua para decir malicias, que ata y cincha una silla para que esté firme; pero como quiera que yo me halle, caído ó levantado, á pie ó á caballo, siempre estaré al servicio vuestro y al de mi señora la duquesa, digna consorte vuestra, y digna señora de la hermosura, y universal princesa de la corte-sia. Pasito, mi señor don Quijote de la Mancha, dijo el duque; que adonde está mi señora doña Dulcinea del Toboso no es razon que se alaben otras fermosuras.

Ya estaba á esta sazón libre Sancho Panza del lazo, y hallándose allí cerca, antes que su amo respondiese dijo: no se puede negar, sino afirmar, que es muy hermosa mi señora Dulcinea del Toboso, pero donde menos se piensa se levanta la liebre, que

yo he oido decir que esto que llaman naturaleza es como un alcaller (1) que hace vasos de barro, y el que hace un vaso hermoso, tambien puede haecer dos y tres y ciento : dígolo porque mi señora la duquesa á fe que no va en zaga á mi ama la señora Dulcinea del Toboso. Volvióse don Quijote á la duquesa, y dijo : vuestra grandeza imagine que no tuvo caballero andante en el mundo escudero mas hablador ni mas gracioso del que yo tengo, y él me sacará verdadero, si algunos días quisiere vuestra gran celsitud servirse de mí. A lo que respondió la duquesa : de que Sancho el bueno sea gracioso, lo estimo yo en mucho, porque es señal que es discreto, que las gracias y los donaires, señor don Quijote, como vuesa merced bien sabe, no asientan sobre ingenios torpes : y pues el buen Sancho es gracioso y donairoso, desde aquí le confirmo por discreto. Y hablador, añadió don Quijote. Tanto que mejor, dijo el duque, porque muchas gracias no se pueden decir con pocas palabras : y porque no se nos vaya el tiempo en ellas, venga el gran caballero de la *Triste Figura*... De los *Leones* ha de decir vuestra alteza, dijo Sancho, que ya no hay triste figura : el figuro sea el de los *Leones*. Prosiguió el duque : digo que venga el señor caballero de los *Leones* á un castillo mio, que está aquí cerca, donde se le hará el acogimiento que á tan alta persona se debe justamente, y el que yo y la duquesa solemos hacer á todos los caballeros andantes que á él llegan.

Ya en esto Sancho habia aderezado y cinchado bien la silla á Rocinante ; y subiéndolo en él don Quijote, y el duque en un hermoso caballo, pusieron á la duquesa en medio, y encaminaron al castillo. Mandó la duquesa á Sancho que fuése junto á ella, porque gustaba infinito de oír sus discreciones. No se hizo de rogar Sancho, y entretégiose entre los tres, é hizo cuarto en la conversacion, con gran gusto de la duquesa y del duque, que tuvieron á gran ventura acoger en su castillo tal caballero andante y tal escudero andado.

(1) Es el Alfarero. — Arr.





CAPITULO XXXI.

Que trata de muchas y grandes cosas.



SUMA era la alegría que llevaba consigo Sancho viéndose á su parecer en privanza con la duquesa, porque se le figuraba que habia de hallar en su castillo lo que en la casa de don Diego y en la de Basilio, siempre aficionado á la buena vida y así tomaba la ocasion por la melena en esto del regalarse cada y cuando que se le ofrecia. Cuenta pues la historia que antes que á la casa del placer ó castillo llegasen, se adelantó el duque, y dió orden á todos sus criados del modo que habian de tratar á don Quijote (1),

el cual como llegó con la duquesa á las puertas del castillo, al instante salieron del dos lacayos ó palafreneros vestidos hasta en pies de unas ropas, que llaman de levantar de finísimo raso carmesí, y cogiendo á don Quijote en brazos sin ser oído ni visto, le dijeron: vaya la vuestra grandeza á apearse á mi señora la duquesa. Don Quijote lo hizo, y hubo grandes comedimientos entre los dos sobre el caso; pero en efecto venció la porfía de la duquesa; y no quiso descender ó bajar del palafren sino en los brazos del duque, diciendo que no se hallaba digna de dar á tan gran caballero tan inútil carga. En fin, salió el duque á apearse, y al entrar en un gran patio llegaron dos her-

(1) En este pasaje, y en todos los que siguen y ocurrieron en casa de los duques; supone Cervantes instruidos á estos en los libros de caballería, y á su contenido están arregladas todas las ceremonias del recibo y obsequias con que festejaron á don Quijote.—A.

mosas doncellas, y echaron sobre los hombros á don Quijote un gran manton de finísima escarlata, y en un instante se coronaron todos los corredores del patio de criados y criadas de aquellos señores, diciendo á grandes voces: bien sea venido la flor y la nata de los caballeros andantes; y todos; ó los mas, derramaban pomos de aguas olorosas sobre don Quijote y sobre los duques, de todo lo cual se admiraba don Quijote; y aquel fue el primer dia que de todo en todo conoció y creyó ser caballero andante verdadero, y no fantástico, viéndose tratar del mismo modo que él habia leído se trataban los tales caballeros en los pasados siglos.

Sancho, desamparando el rucio, se cosió con la duquesa, y se entró en el castillo, y remordiéndole la conciencia de que dejaba al jumento solo se llegó á una reverenda dueña que con otras á recibir á la duquesa habia salido, y con voz baja le dijo: Se-



ñora Gonzalez, ó como es su gracia de vuesa merced... Doña Rodriguez de Grijalba me llamo, respondió la dueña: ¿qué es lo que mandais, hermano? A lo que respondió Sancho: querria que vuesa merced me la hiciese de salir á la puerta del castillo, donde hallará un asno rucio mio: vuesa merced sea servida de mandarle poner ó ponerle en la caba-lleriza, porque el pobrecito es un poco medroso, y no se hallará á estar solo en ninguna de las maneras. Si tan discreto es el amo como el mozo, respondió la dueña, medradas estamos. Andad, hermano, mucho de enhoramala para vos y para quien acá os trujo, tened cuenta con vuestro jumento, que las dueñas desta casa no estamos acostumbradas á semejantes haciendas. Pues en verdad, respondió Sancho, que he oido decir á mi señor, que es zahorí (1)

de las historias, contando aquella de Lanzarote cuando de Bretaña vino, *que damas curaban dél, y dueñas del su rocino*; y que en el particular de mi asno, que no le trocara yo con el rocín del señor Lanzarote. Hermano, si sois juglar, replicó la dueña, guardad vuestras gracias para donde lo parezcan y se os paguen, que de mí no podreis llevar sino una higa. Aun bien, respondió Sancho, que será bien madura, pues no perderá vuesa merced la quinola (2) de sus años por punto menos. Hijo de puta, dijo la dueña, toda ya encendida en cólera, si soy vieja ó no, á Dios dará la cuenta, que no á vos, bellaco, harto de ajos: y esto dijo en voz tan alta que lo oyó la duquesa, y volviendo y viendo á la dueña tan alborotada y tan encarnizados los ojos, le preguntó con quien las habia. Aquí las hé, respondió la dueña, con este buen hombre, que me ha pedido encarecidamente que vaya á poner en la cabailleriza á un asno suyo que está á la puerta del castillo, trayéndome por ejemplo que así lo hicieron no sé donde, que unas damas curaron á un tal Lanzarote, y unas dueñas á su rocino, y sobre todo por buen término me ha llamado vieja. Eso tuviera yo por afrenta, respondió la

(1) Aquí está por descubridor, investigador ó averiguador. — Mz. DEL ROMERO.

(2) Metáfora tomada de cierto juego de naipes, en el que se dice *hacer quinola* cuando se tiene cierto número de cartas cada una de su palo; y con la que Sancho da á entender á la dueña Rodriguez que para hacer quinola en cuanto á vejez, ó llegar á los años de ella, no le faltaria ninguno. — Arr.

duquesa, mas que cuantas pudieran decirme (1); y hablando con Sancho le dijo: advertid, Sancho amigo, que doña Rodriguez es muy moza, y que aquellas tocas mas las trae por autoridad y por la usanza, que por los años. Malos sean los que me quedan por vivir, respondió Sancho, si lo dije por tanto: solo lo dije porque es tan grande el cariño que tengo á mi jumento, que me pareció que no podía encomendarle á persona mas caritativa que á la señora doña Rodriguez. Don Quijote, que todo lo oía, le dijo: ¿pláticas son estas, Sancho, para este lugar? Señor, respondió Sancho, cada uno ha de hablar de su menester donde quiera que estuviere: aquí se me acordó del rucio, y aquí hablé dél, y si en la caballeriza se me acordara, allí hablara. A lo que dijo el duque: Sancho está muy en lo cierto, y no hay que culparle en nada: al rucio se le dará recado á pedir de boca, y descuide Sancho, que se le tratará como á su misma persona.

Con estos razonamientos gustosos á todos, sino á don Quijote, llegaron á lo alto y entraron á don Quijote en una sala adornada de telas riquísimas de oro y de brocado: seis doncellas le desarmaron y le sirvieron de pajes, todas industriadas y advertidas del duque y de la duquesa de lo que habian de hacer, y de como habian de tratar á don Quijote, para que imaginase y viese que le trataban como á caballero andante. Quedó don Quijote despues de desarmado en sus estrechos gregüescos y en su jubon de camuza, seco, alto, tendido, con las quijadas que por de dentro se besaba la una con la otra, figura que á no tener cuenta las doncellas que le servian con disimular la risa (que fue una de las precisas órdenes que sus señores les habian dado), reventáran riendo. Pidiéronle que se dejase desnudar para ponerle una camisa; pero nunca lo consintió, diciendo que la honestidad parecia tan bien á los caballeros andantes como la valentia. Con todo, dijo que diesen la camisa á Sancho; y encerrándose con él en una cuadra donde estaba un rico lecho, se desnudó y vistió la camisa; y viéndose solo con Sancho le dijo: dime, truhan moderno y majadero antiguo, ¿parécete bien deshonrar y afrentar á una dueña tan veneranda y tan digna de respeto como aquella? ¿tiempos eran aquellos para acordarte del rucio, ó señores son estos para dejar mal pasar á las bestias, tratando tan elegantemente á sus dueños? Por quien Dios es, Sancho, que te reportes, y que no descubras la hilaza, de manera que caigan en la cuenta de que eres de villana y grosera tela tegido. Mira, pecador de ti, que en tanto mas es tenido el señor, cuanto tiene mas honrados y bien nacidos criados; y que una de las ventajas mayores que llevan los príncipes á los demas hombres es que se sirven de criados tan buenos como ellos. ¿No adviertes, angustiado de ti, y mal venturado de mí, que si ven que tú eres un grosero villano, ó un mentecato gracioso, pensarán que yo soy algun echacuervos, ó algun caballero de mohatra (2)? No, no, Sancho amigo: huye, huye destes inconvenientes, que quien tropieza en hablador y en gracioso, al primer puntapie cae y da en truhan desgraciado: enfrena la lengua, considera y rumia las palabras antes que te salgan de la boca, y advierte que hemos hablado á parte donde con el favor de Dios y valor de mi brazo, hemos de salir mejorados en tercio y quinto en fama y en hacienda. Sancho le prometió con muchas veras de coserse la boca ó morderse la lengua, antes de hablar palabra que no fuese muy á propósito y bien considerada, como él se lo mandaba, y que descuidase acerca de lo tal, que nunca por él se descubriría quien ellos eran.

Vistióse don Quijote, púsose su tahalí con su espada, echóse el manton de escar-

(1) Hay un refran italiano que dice:

A donna non si fa maggior dispetto

Che quando vecchia ó brutta gli vien detto.

« No hay ultraje mayor para una dama

Que cuando vieja ó fea se la llama. » — Mz. DEL ROMERO.

(2) Supuesto, falso ó fingido. — Arr.

lata á cuestras, púsose una montera de raso verde que las doncellas le dieron, y con este adorno salió á la gran sala adonde halló á las doncellas puestas en ala tantas á una parte como á otra, y todas con aderezo de darle aguamanos (1), la cual le dieron con muchas reverencias y ceremonias. Luego llegaron doce pajes con el maestresala para llevarle á comer, que ya los señores le aguardaban. Cogiéronle en medio, y lleno de pompa y majestad le llevaron á otra sala, donde estaba puesta una rica mesa con solos cuatro servicios (2). La duquesa y el duque salieron á la puerta de la sala á recibirle, y con ellos un grave eclesiástico destos que gobiernan las casas de los príncipes; destos que como no nacen príncipes, no aciertan á enseñar como lo han de ser los que lo son; destos que quieren que la grandeza de los grandes se mida con la estrechez de sus ánimos; destos que queriendo mostrar á los que ellos gobiernan á ser limitados, les hacen ser miserables (3). Destos tales digo que pasaron entre el duque religioso que con los duques salió á recibir á don Quijote. Hiciéronse mil cortes comedimientos, y finalmente cogiendo á don Quijote en medio, se fuéron á sentar á la mesa. Convidó el duque á don Quijote con la cabecera de la mesa, y aunque él lo reusó, las importunaciones del duque fueron tantas, que la hubo de tomar. El eclesiástico se sentó frontero, y el duque y la duquesa á los dos lados. A todo estaba presente Sancho, embobado y atónito de ver la honra que á su señor aquellos príncipes le hacían; y viendo las muchas ceremonias y ruegos que pasaron entre el duque y don Quijote para hacerle sentar á la cabecera de la mesa, dijo: si sus mercedes me dan licencia les contaré un cuento que pasó en mi pueblo acerca desto de los asientos. Apenas hubo dicho esto Sancho, cuando don Quijote tembló, creyendo sin duda alguna que había de decir alguna necesidad. Miróle Sancho y entendióle, y dijo: no tema vuesa merced, señor mio, que yo me desmande, ni que diga cosa que no venga muy á pelo; que no se me han olvidado los consejos que poco há vuesa merced me dió sobre el hablar mucho ó poco, ó bien ó mal. Yo no me acuerdo de nada, Sancho, respondió don Quijote; di lo que quisieres, como lo digas presto. Pues lo que quiero decir, dijo Sancho, es tan verdad, que mi señor don Quijote, que está presente, no me dejará mentir. Por mí, replicó don Quijote, miente tú, Sancho, cuanto quisieres, que yo no te iré á la mano; pero mira lo que vas á decir. Tan mirado y remirado lo tengo, que á buen salvo está el que repica (4), como se verá por la obra. Bien será, dijo don Quijote, que vuestras grandezas manden echar de aquí á este tonto, que dirá mil patochadas. Por vida del duque, dijo la duquesa, que no se ha de apartar de mí Sancho un punto: quiérole yo mucho, porque sé que es muy discreto. Discretos días, dijo Sancho, viva vuestra santidad por el buen crédito que de mí tiene, aunque en mí no lo haya; y el cuento que quiero decir es este:

Convidó un hidalgo de mi pueblo muy rico y principal, porque venia de los Alamos de Medina del Campo, que casó con doña Mencia de Quiñones, que fue hija de don Alonso de Marañón (5), caballero del hábito de Santiago, que se ahogó en la Herradura, por quien hubo aquella pendencia años há en nuestro lugar, que á lo que entiendo mi señor don Quijote se halló en ella, de donde salió herido Tomasillo el travieso,

(1) Agua aderezada ó de olor para lavarse las manos. — P.

(2) Esto es, *cubiertos*, como ahora se dice. — Arr.

(3) Era práctica común en tiempo de Cervantes tener los grandes, los ministros, los embajadores y los vi-
reyes, confesores públicos y señalados. Estos por lo regular eran frailes, los cuales validos de la autoridad que los penitentes concedían á sus directores, se mezclaban en el gobierno de sus haciendas y casas; y como criados en la mezquindad de un convento, limitaban con tanta economía y apocamiento los gustos y liberalidades de los poderosos, que los hacían parecer miserables con desdoro de su grandeza. Esta necia intervencion de frailes en el gobierno económico de las casas de los señores, es lo que critica y reprende Cervantes con motivo del cenobita intolerante, necio y ridículo que mangoneaba en la casa del duque, huésped de don Quijote, y de ellos pudiera darse aquí un largo catálogo.

(4) Se nota la facilidad del que reprende á otro el modo de portarse en las acciones peligrosas, estando él en seguro y fuera del lance. — D. A.

(5) Uno de los muchos soldados y personas principales que se ahogaron en la isla de la Herradura, costa del reino de Granada. — P.

el hijo de Balbastro el herrero. ¿No es verdad todo esto, señor nuestro amo? dígalo por su vida, porque estos señores no me tengan por ningún hablador mentiroso. Hasta ahora, dijo el eclesiástico, mas os tengo por hablador que por mentiroso; pero de aquí adelante no sé por lo que os tendré. Tú das tantos testigos, Sancho, dijo don Quijote, y tantas señas, que no puedo dejar de decir que debes de decir verdad: pasa adelante y acorta el cuento, porque llevas camino de no acabar en dos días. No ha de acortar tal, dijo la duquesa; por hacerme á mí placer, antes le ha de contar de la manera que le sabe, aunque no le acabe en seis días; que si tantos fuesen, serian para mí los mejores que hubiese llevado en mi vida.

Digo pues, señores míos, prosiguió Sancho, que este tal hidalgo, que yo conozco como á mis manos, porque no hay de mi casa á la suya un tiro de ballesta, convidó á un labrador pobre pero honrado. Adelante, hermano, dijo á esta sazón el religioso, que camino llevais de no parar con vuestro cuento hasta el otro mundo. A menos de la mitad pararé, si Dios fuere servido, respondió Sancho: y así digo, que llegando el tal labrador á casa del dicho hidalgo convidador, que buen paso haya su ánima, que ya es muerto, y por mas señas dicen que hizo una muerte de un ángel, que yo no me hallé presente, que habia ido por aquel tiempo á segar á Tembleque. Por vida vuestra, hijo, replicó el religioso, que volvais presto de Tembleque, y que sin enterrar al hidalgo, si no quereis hacer mas exequias, acabeis vuestro cuento. Espues el caso replicó Sancho, que estando los dos para asentarse á la mesa, que parece que ahora los veo mas que nunca... Gran gusto recibian los Duques del disgusto que mostraba tomar el buen religioso de la dilación y pausas con que Sancho contaba su cuento, y don Quijote se estaba consumiendo en cólera y en rabia. Digo así, dijo Sancho, que estando como he dicho, los dos para asentarse á la mesa, el labrador porfiaba con el hidalgo que tomase la cabecera de la mesa, y el hidalgo porfiaba tambien que el labrador la tomase, porque en su casa se habia de hacer lo que él mandase; pero el labrador, que presumia de cortes y bien criado, jamas quiso, hasta que el hidalgo mohino; poniéndole ambas manos sobre los hombros, le hizo sentar por fuerza, diciéndole: sentaos, majagranzas, que adonde quiera que yo me siente será vuestra cabecera: y este es el cuento, y en verdad que creo que no ha sido aquí traído fuera de propósito.

Púsose don Quijote de mil colores, que sobre lo moreno le jaspeaban y se le parecian. Los señores disimularon la risa, porque don Quijote no acabase de correrse, habiendo entendido la malicia de Sancho; y por mudar de plática y hacer que Sancho no prosiguiese con otros disparates, preguntó la duquesa á don Quijote, que qué nuevas tenia de la señora Dulcinea, y que si le habia enviado aquellos días algunos presentes de gigantes ó malandrines, pues no podia dejar de haber vencido muchos. A lo que don Quijote respondió: señora mia, mis desgracias, aunque tuvieron principio, nunca tendrán fin. Gigantes he vencido, y follones (1) y malandrines (2) la he enviado; ¿pero adonde la habian de hallar, si está encantada y vuelta en la mas fea labradora que imaginarse puede? No sé, dijo Sancho Panza: á mí me parece la mas hermosa criatura del mundo; á lo menos en la lijereza y en el brincar bien sé yo que no dará ella la ventaja á un volteador: á buena fe, señora duquesa, así salta desde el suelo

(1) Hombres vanos y soberbios. Viene esta voz de la antigua francesa *fol*, de donde se deriva tambien el verbo *folleo*, que significa propiamente *inflar los carrillos*; y como es el aire de lo que se llenan, de aquí se llamaron *follones* los soberbios y jactanciosos, como llenos del viento de la vanidad; y aun los fuelles con que se sopla se dijeron así del mismo verbo *folleo* por llenarse de aire. De esta misma raíz se formaron las palabras *follius* y *folliata*, introducidas en la baja latinidad. Este mismo origen reconocen la voz francesa *folie* ó la locura; y las *folias*, nombre de baile, llamado así por sus locos movimientos y extravagantes piroetas (*Ducange, Glossarium ad Script. Mediae et Infimae Latinitatis*). — P. — En cuanto que á la voz *fuelle* y sus derivados puedan venir de la antigua francesa *fol*, no somos de la misma opinion que Ducange, cuando encontramos en el elegante Ciceron la voz *foliis*, fuelle.

(2) Voz italiana, introducida en la baja latinidad: que significa *ladron, salteador de caminos, pirata*.

sobre una horrica, como si fuera un gato. ¿Habeisla visto vos encantada, Sancho? preguntó el duque. Y como si la he visto, respondió Sancho; ¿pues quien diablos si no yo fue el primero que cayó en el achaque del encantorio? Tan encantada está como mi padre.

El eclesiástico que oyó decir de gigantes, de follones y de encantos, cayó en la cuenta de que aquel debía de ser don Quijote de la Mancha, cuya historia leía el duque de ordinario, y él se lo habia reprendido muchas veces, diciéndole que era disparate leer tales disparates: y enterándose ser verdad lo que sospechaba, con mucha cólera, hablando con el duque le dijo: vuestra excelencia, señor mio, tiene que dar cuenta á nuestro Señor de lo que hace este buen hombre. Este don Quijote ó don Tonto, ó como se llama, imagino yo que no debe de ser tan mentecato como vuestra excelencia quiere que sea, dándole ocasiones á la mano para que lleve adelante sus sandeces y vacidades. Y volviendo la plática á don Quijote le dijo: y á vos, alma de cántaro, ¿quien os ha encajado en el cerebro que sois caballero andante, y que venceis gigantes, y prendéis malandrines? Andad enhorabuena y en tal se os diga: volved á vuestra casa y criad vuestros hijos, si los teneis, y curad de vuestra hacienda, y dejad de andar vagando por el mundo papando viento y dando que reir á cuantos os conocen y no conocen. ¿En donde, nora tal, habeis vos hallado que hubo ni hay ahora caballeros andantes? ¿Donde hay gigantes en España, ó malandrines en la Mancha, ni Dulcineas encantadas, ni toda la caterva de las simplicidades que de vos se cuentan? Atento estuvo don Quijote á las razones de aquel venerable varon, y viendo que ya callaba, sin guardar respeto á los duques, con semblante airado y alborotado rostro se puso en pie y dijo..... Pero esta respuesta capítulo por sí merece.





CAPÍTULO XXXII.

De la respuesta que dió don Quijote á su reprehensor, con otros graves y graciosos sucesos.



LEVANTADO pues en pie don Quijote, temblando de los pies á la cabeza como azogado, con presurosa y turbada lengua dijo: el lugar donde estoy, y la presencia ante quien me hallo, y el respeto que siempre tuve y tengo al estado que vuesa merced profesa, tienen y atan las manos de mi justo enojo; y así por lo que he dicho, como por saber que saben todos que las armas de los togados son las mismas que las de la mujer, que son la lengua, entraré con la mia en igual batalla con vuesa merced, de quien se debía esperar antes buenos consejos que infames vituperios. Las reprensiones santas y bien intencionadas, otras circunstancias requieren y otros puntos piden; á lo me-

nos el haberme reprendido en público y tan ásperamente, ha pasado todos los límites de la buena reprension, pues las primeras mejor asientan sobre la blandura que sobre la aspereza; y no es bien sin tener conocimiento del pecado que se reprende, llamar al pecador sin mas ni mas mentecato y tonto. Si no, dígame vuesa merced, ¿por cual de las mentecaterias que en mí ha visto me condena y vitupera, y me manda que me vaya á mi casa á tener cuenta en el gobierno della y de mi mujer y de mis hijos, sin saber si la tengo ó los tengo? ¿No hay mas sino á troche moche entrarse por las casas ajenas á gobernar sus dueños, y habiéndose criado algunos en la estrechez de algun pupilaje, sin haber visto mas mundo que el que puede contenerse en veinte ó treinta leguas de distrito, meterse de rondon á dar leyes á la caballeria, y á

juzgar de los caballeros andantes? ¿Por ventura es asunto vano, ó es tiempo mal gastado el que se gasta en vagar por el mundo, no buscando los regalos dél, sino las asperezas por donde los buenos suben al asiento de la inmortalidad? Si me tuvieran por tanto los caballeros, los magníficos (1), los generosos, los altamente nacidos, tuviéralo por afrenta irreparable; pero de que me tengan por sandio los estudiantes, que nunca entraron ni pisaron las sendas de la caballería, no se me da un ardite: caballero soy, y caballero he de morir si place al Altísimo: unos van por el ancho campo de la ambición soberbia; otros por el de la adulación servil y baja; otros por el de la hipocresía engañosa, y algunos por el de la verdadera religión; pero yo, inclinado de mi estrella, voy por la angosta senda de la caballería andante, por cuyo ejercicio desprecio la hacienda, pero no la honra. Yo he satisfecho agravios, enderezado tuertos, castigado insolencias, vencido gigantes y atropellado vestiglos: yo soy enamorado, no mas de porque es forzoso que los caballeros andantes lo sean; y siéndolo, no soy de los enamorados viciosos, sino de los platónicos continentes. Mis intenciones siempre las endezco á buenos fines, que son de hacer bien á todos, y mal á ninguno; si el que esto entiende, si el que esto obra, si el que desto trata merece ser llamado bobo, díganlo vuestras grandezas, duque y duquesa excelentes.

Bien por Dios, dijo Sancho, no diga mas vuesa merced, señor y amo mio, en su abono, porque no hay mas que decir, ni mas que pensar, ni mas que perseverar en el mundo: y mas que negando este señor, como ha negado, que no ha habido en el mundo ni los hay caballeros andantes, ¿qué mucho que no sepa ninguna de las cosas que ha dicho? Por ventura, dijo el eclesiástico, ¿sois vos, hermano, aquel Sancho Panza que dicen, á quien vuestro amo tiene prometida una ínsula? Si soy, respondió Sancho, y soy quien la merece tan bien como otro cualquiera: soy quien júntrate á los buenos y serás uno dellos; y soy yo de aquellos, no con quien naces, sino con quien paces; y de los, quien á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija: yo me he arrimado á buen señor, y há muchos meses que ando en su compañía, y he de ser otro como él, Dios queriendo: y viva él y viva yo, que ni á él le faltarán imperios que mandar, ni á mí ínsulas que gobernar. No por cierto, Sancho amigo, dijo á esta sazón el duque, que yo en nombre del señor don Quijote os mando el gobierno de una que tengo de nones (2) de no pequeña calidad. Híncate de rodillas, Sancho, dijo don Quijote, y besa los pies á su excelencia por la merced que te ha hecho. Hizolo así Sancho; lo cual visto por el eclesiástico, se levantó de la mesa mohino ademas, diciendo: por el hábito que tengo, que estoy por decir que es tan sandio vuestra excelencia como estos pecadores: mirad si no han de ser ellos locos, pues los cuerdos canonizan sus locuras: quédese vuestra excelencia con ellos, que en tanto que estuvieren en casa, me estaré yo en la mia, y me excusaré de reprender lo que no puedo remediar: y sin decir mas, ni comer mas, se fué, sin que fuesen parte á detenerle los ruegos de los duques, aunque el duque no le dijo mucho, impedido de la risa que su impertinente cólera le habia causado.

Acabó de reir, y dijo á don Quijote: vuesa merced, señor caballero de los Leones, ha respondido por sí tan altamente que no le queda cosa por satisfacer deste, que aunque parece agravio, no lo es en ninguna manera, porque así como no agravian las mujeres, no agravian los eclesiásticos, como vuesa merced mejor sabe. Así es, respondió don Quijote, y la causa es que el que no puede ser agraviado no puede agraviar á nadie. Las mujeres, los niños y los eclesiásticos, como no pueden defenderse, aunque sean ofendidos, no pueden ser afrentados, porque entre el agravio y la afrenta, hay esta diferencia, como mejor vuestra excelencia sabe. La afrenta viene de parte de quien la puede hacer y la hace y la sustenta; el agravio puede venir de cualquier par-

(1) Título honroso que se da á los hidalgos y caballeros en algunas partes, como en Cataluña, segun dice Guardiola. Usase tambien en Italia.

(2) De nones, singular ó rara, sin par.

te sin que afrente. Sea ejemplo : está uno en la calle descuidado , llegan diez con mano armada , y dándole de palos , pone mano á la espada , y hace su deber ; pero la muchedumbre de los contrarios se le pone , y no le deja salir con su intencion , que es de vengarse : este tal queda agraviado , pero no afrentado ; y lo mismo confirmará otro ejemplo : está uno vuelto de espaldas , llega otro , y dale de palos , y en dándose los huye y no espera , y el otro le sigue y no le alcanza : este que recibió los palos recibió agravio , mas no afrenta ; porque la afrenta ha de ser sustentada. Si el que le dió los palos , aunque se los dió á urta cordel (1) , pusiera mano á su espada , y se estuviera quedo haciendo rostro á su enemigo , quedara el apaleado agraviado y afrentado juntamente ; agraviado , porque le dieron á traicion ; afrentado , porque el que le dió sustentó lo que habia hecho , sin volver las espaldas y á pie quedo : y así segun las leyes del maldito duelo , yo puedo estar agraviado , mas no afrentado , porque los niños no sienten ni las mujeres , ni pueden huir , ni tienen para que esperar , y lo mismo los constituidos en la sacra religion ; porque estos tres géneros de gente carecen de armas ofensivas y defensivas ; y así aunque naturalmente esten obligados á defenderse no lo estan para ofender á nadie : y aunque poco há dije que yo podia estar agraviado , ahora digo que no en ninguna manera , porque quien no puede recibir afrenta , menos la puede dar ; por las cuales razones yo no debo sentir ni siento las que aquel buen hombre me ha dicho : solo quisiera que esperara algun poco para darle á entender en el error en que está en pensar y decir que no ha habido ni los hay caballeros andantes en el mundo , que si lo tal oyera Amadis , ó uno de los infinitos de su linaje , yo sé que no le fuera bien á su merced. Eso juro yo bien , dijo Sancho ; cuchillada le hubieran dado , que le abrieran de arriba abajo como una granada ó como á un melon muy maduro : bonitos eran ellos para sufrir semejantes cosquillas. Para mí santiguada , que tengo por cierto que si Reinaldos de Montalvan hubiera oido estas razones al hombrecito , tapaboca le hubiera dado que no hablara mas en tres años : no sino tomárase con ellos , y viera como escapaba de sus manos. Percia de risa la duquesa en oyendo hablar á Sancho , y en su opinion le tenia por mas gracioso y por mas loco que á su amo , y muchos hubo en aquel tiempo que fueron deste mismo parecer.

Finalmente don Quijote se sosegó , y la comida se acabó , y en levantando los manteles llegaron cuatro doncellas , la una con una fuente de plata , y la otra con un aguamanil asimismo de plata , y la otra con dos blanquísimas y riquísimas toallas al hombro , y la cuarta descubiertos los brazos hasta la mitad , y en sus blancas manos (que sin duda eran blancas) una redonda pella de jabon napolitano (2) . Llegó la de la fuente , y con gentil donaire y desenvoltura encajó la fuente debajo de la barba de don Quijote ; el cual sin hablar palabra , admirado de semejante ceremonia , creyó que debia ser usanza de aquella tierra , en lugar de las manos lavar las barbas ; y así tendió la suya todo cuanto pudo , y al mismo punto comenzó á llover el aguamanil , y la doncella del jabon le manoseó las barbas con mucha priesa , levantando copos de nieve , que no eran menos blancas las jabonaduras , no solo por las barbas , mas por todo el rostro por los ojos del obediente caballero , tanto que se los hicieron cerrar por fuerza. El duque y la duquesa , que de nada desto eran sabidores , estaban esperando en que habia de parar tan extraordinario lavatorio. La doncella barbera , cuando le tuvo con un palmo de jabonadura , fingió que se le habia acabado el agua , y mandó á la del aguamanil fuese por ella , que el señor don Quijote esperaria. Hizolo así , y quedó don Quijote con la mas extraña figura y mas para hacer reir que se pudiera imaginar. Mirábanle todos los que presentes estaban , que eran muchos , y como le veian con media vara de cuello , mas que medianamente moreno , los ojos cerrados

(1) A hurtadillas , como ahora se dice , por la espalda y sin dar la cara ni hacer frente. — Arr.

(2) Entraba en su composicion jabon de Valencia ó de Chipre , rallado , salvado de trigo muy blanco , agua de cisterna en que se cocia , y otros ingredientes. — P.

y las barbas llenas de jabon, fue gran maravilla y mucha discrecion poder disimular la risa : las doncellas de la burla tenian los ojos bajos sin osar mirar á sus señores ; á



ellos les retosaba la cólera y la risa en el cuerpo, y no sabian á que acudir, ó á castigar el atrevimiento de las muchachas, ó darles premio por el gusto que recibian de ver á don Quijote de aquella suerte.

Finalmente la doncella del aguamanil vino, y acabaron de lavar á don Quijote, y luego la que traia las toallas le limpió y le enjugó muy reposadamente ; y haciéndole todas cuatro á la par una grande y profunda inclinacion y reverencia, se querian ir ; pero el duque, porque don Quijote no cayese en la burla, llamó á la doncella de la fuente, diciendole : venid y lavadme á mí, y mirad que no se os acabe el agua. La muchacha aguda y diligente llegó y puso la fuente al duque como á don Quijote, y dándose prisa le lavaron y jabonaron muy bien, y dejándole enjuto y limpio, haciendo

reverencias se fueron. Despues se supo que habia jurado el duque que si á él no le laváran como á don Quijote, habia de castigar su desenvoltura, la cual habian enmendado discretamente con haberle á él jabonado (1).

Estaba atento Sancho á las ceremonias de aquel lavatorio, y dijo entre sí : ¡ válamé Dios! ¡ si será tambien usanza en esta tierra lavar las barbas á los escuderos como á los caballeros! porque en Dios y en mi ánima que lo hé bien menester, y aunque si me las rapasen á navaja lo tendria á mas beneficio. ¿ Qué decis entre vos, Sancho? preguntó la duquesa. Digo, señora, respondió él, que en las cortes de los otros príncipes siempre he oido decir que en levantando los manteles dan agua á las manos, pero no legia á las barbas; y que por eso es bueno vivir mucho por ver mucho, aunque tambien dicen que el que larga vida vive, mucho mal ha de pasar, puesto que pasar por un lavatorio de estos antes es gusto que trabajo. No tengais pena, amigo Sancho, dijo la duquesa, que yo haré que mis doncellas os laven, y aun os metan en colada si fuere menester. Con las barbas me contento, respondió Sancho, por ahora á lo menos, que andando el tiempo Dios dijo lo que será. Mirad, maestresala, dijo la duquesa, lo que el buen Sancho pide, y cumplidle su voluntad al pie de la letra. El maestresala respondió que en todo seria servido el señor Sancho, y con esto se fué á comer y llevó consigo á Sancho quedándose á la mesa los duques y don Quijote hablando en muchas y diversas cosas, pero todas tocantes al ejercicio de las armas y de la andante caballeria.

La duquesa rogó á don Quijote que le delinease y describiese, pues parecia tener felice memoria, la hermosura y facciones de la señora Dulcinea del Toboso, que segun lo que la fama pregonaba de su belleza, tenia por entendido que debia de ser la mas bella criatura del orbe y aun de toda la Mancha. Sospiró don Quijote oyendo lo que la duquesa le mandaba, y dijo : si yo pudiera sacar mi corazon, y ponerle ante los ojos de vuestra grandeza aquí sobre esta mesa y en un plato, quitara el trabajo á mi lengua de decir lo que apénas se puede pensar, porque vuestra excelencia la viera en él toda retratada; pero ¿ para qué es ponerme yo ahora á delinear y describir punto por punto y parte por parte la hermosura de la sin par Dulcinea, siendo carga digna de otros hombros que de los míos, empresa en quien se debian ocupar los pinceles de Parrasio, de Timantes y de Apeles, y los buriles de Lisipo, para pintarla y grabarla en tablas, en mármoles y en bronces, y la retórica ciceroniana y demostina para alabarla? ¿ Qué quiere decir demostina, señor don Quijote? preguntó la duquesa, que es vocablo que no le he oido en todos los dias de mi vida. Retórica demostina, respondió don Quijote, es lo mismo que decir retórica de Demóstenes, como ciceroniana de Ciceron, que fueron los dos mayores retóricos del mundo (2).

Así es, dijo el duque; y habeis andado deslumbrada en la tal pregunta. Pero con todo eso nos daria gran gusto el señor don Quijote si nos la pintase, que á buen seguro que aunque sea en rasguño y bosquejo, que ella salga tal que la tengan envidia las mas hermosas. Si hiciera por cierto, respondió don Quijote, si no me la hubiera borrado de la idea la desgracia que poco há que le sucedió, que es tal, que mas estoy para llorarla que para describirla; porque habrán de saber vuestras grandezas, que yendo los dias pasados á besarle las manos, y á recibir su bendicion, beneplácito y licencia para esta tercera salida, hallé otra de la que buscaba : halléla encantada y convertida de princesa en labradora, de hermosa en fea, de ángel en diablo, de olorosa en pestifera, de bien hablada en rústica, de reposada en brincadora, de luz en tinieblas, y finalmente de Dulcinea del Toboso en una villana de Sayago (3).

(1) No es esta la primera burla hecha á hidalgos viajeros en los palacios de los grandes señores. En el conde de Benavente se hizo otra á un hidalgo portugues, casi idéntica con la de don Quijote, y que pudo servir de original á Cervantes. — P.

(2) Los escritores italianos mas puristas dicen *Retórica demosténica*, y creemos que este adjetivo es muy admisible en nuestro idioma. — MARTINEZ DEL ROMERO.

(3) En la parte II, cap. XIX, se puso una nota sobre el Sayago y el sayagues, y para suplir lo que falta en

¡Válame Dios! dando una gran voz, dijo á este instante el duque, ¿quien ha sido el que tanto mal ha hecho al mundo? ¿Quien ha quitado dél la belleza que le alegraba, el donaire que le entretenia, y la honestidad que le acreditaba? ¿Quien? respondió don Quijote, ¿quien puede ser sino algun maligno encantador de los muchos envidiosos que me persiguen? Esta raza maldita, nacida en el mundo para escurecer y aniquilar las hazañas de los buenos, y para dar luz y levantar los fechos de los malos. Perseguídome han encantadores, encantadores me persiguen, y encantadores me perseguirán hasta dar conmigo y con mis altas caballerias en el profundo abismo del olvido, y en aquella parte me dañan y hieren donde ven que mas lo siento; porque quitarle á un caballero andante su dama, es quitarle los ojos con que mira, y el sol con que se alumbra, y el sustento con que se mantiene. Otras muchas veces lo he dicho, y ahora lo vuelvo á decir, que el caballero andante sin dama es como el árbol sin hojas, el edificio sin cimiento, y la sombra sin cuerpo de quien se cause (1).

No hay mas que decir, dijo la duquesa; pero si con todo eso hemos de dar crédito á la historia que del señor don Quijote de pocos dias á esta parte ha salido á la luz del mundo con general aplauso de las gentes (2), della se colige, si mal no me acuerdo, que nunca vuesa merced ha visto á la señora Dulcinea: y que esta tal señora no es en el mundo, sino que es dama fantástica, que vuesa merced la engendró y parió en su entendimiento, y la pintó con todas aquellas gracias y perfecciones que quiso. En eso hay mucho que decir, respondió don Quijote: Dios sabe si hay Dulcinea ó no en el mundo, ó si es fantástica ó no es fantástica; y estas no son de las cosas cuya averiguacion se ha de llevar hasta el cabo. Ni yo engendré ni parí á mi señora, puesto que la contemplo, como conviene que sea, una dama que contenga en sí las partes que puedan hacerla famosa en todas las del mundo; como son hermosa sin tacha, grave sin soberbia, amorosa con honestidad, agradecida por cortes, cortes por bien criada, y finalmente alta por linaje, á causa que sobre la buena sangre resplandece y campea la hermosura con mas grados de perfeccion que en las hermosas humildemente nacidas. Así es, dijo el duque; pero hame de dar licencia el señor don Quijote para que diga lo que me fuerza á decir la historia que de sus hazañas he leído, de donde se infiere que puesto que se conceda que hay Dulcinea en el Toboso ó fuera dél, y que sea hermosa en el sumo grado que vuesa merced nos la pinta, en lo de la alteza del linaje no corre parejas con las Orianas (3), con las Alastrajareas (4), con las Madasimas, ni con otras deste jaez, de quien estan llenas las historias, que vuesa merced bien sabe.

A eso puedo decir, respondió don Quijote, que Dulcinea es hija de sus obras, y que las virtudes adoban la sangre, y que en mas se ha de estimar y tener un humilde virtuoso, que un vicioso levantado: cuanto mas, que Dulcinea tiene un giron (5) que la puede llevar á ser reina de corona y cetro: que el merecimiento de una mujer her-

ella, se añade: que entre Zamora y Ciudad-Rodrigo, cerca de Ledesma, hay un territorio llamado Seygo, que se compone de mas de sesenta pueblos; y en el siglo xvii, eran sus habitantes tan toscos en el vestir como en el hablar. — P.

(1) Esta necesidad de tener dama segun los estatutos de la caballeria andantesca era tan indispensable, que hasta los caballeros efectivos y verdaderos, como eran los de la Banda, tenian por canon y regla de no estar en la corte sin tener alguna dama, no para deshonrarla, sino para cortejarla ó casarse con ella; y cuando ella saliese fuera, ha de acompañarla como ella quisiere á pié ó á caballo, llevando quitada la gorra y haciendo su mesura con la rodilla (*Marquez ó Micheli: Tesoro de caballeria*, f. 51, Regla 51). — P.

(2) Refiérese aquí la duquesa á la parte primera de esta historia, que en la realidad habia ya cerca de diez años que se habia impreso, pues se publicó en el de 1605. Con todo eso dice la duquesa que hacia *pocos dias* que habia salido á luz. Este es uno de los pocos lugares en que se manifiesta la intencion de Cervantes de enlazar inmediatamente la narracion de los sucesos de la tercera salida de don Quijote, contenidos en esta segunda parte, con los de la primera. — P.

(3) Oriana, la señora de Amadis de Gaula. — P.

(4) La infanta Alastrajarea, hija de Amadis de Grecia y de la reina Zahara. — Madasima, la señora de Gantasi, hija del Famongomadan, el jayan del Lago Ferviente: damas todas caballerescas. — P.

(5) Esto es, como si dijera: tiene partes que la pueden llevar á ser reina ó hacerlo merecedora de serlo. *Giron* es parte ó porcion pequeña de alguna cosa. — Arr.

mosa y virtuosa, á hacer mayores milagros se extiende; y aunque no formalmente, virtualmente tiene en sí encerradas mayores venturas. Digo, señor don Quijote, dijo la duquesa, que en todo cuanto vuesa merced dice va con pie de plomo, y como suele decirse, con la sonda en la mano; y que yo desde aquí adelante creeré y haré creer á todos los de mi casa, y aun al duque mi señor, si fuere menester, que hay Dulcinea en el Toboso, y que vive hoy día, y es hermosa, y principalmente nacida, y merecedora que un tal caballero como el señor don Quijote la sirva, que es lo mas que puedo ni sé encarecer. Pero no puedo dejar de formar un escrúpulo, y tener algun no sé qué de ojeriza contra Sancho Panza: el escrúpulo es que dice la historia referida, que el tal Sancho Panza halló á la tal señora Dulcinea, cuando de parte de vuesa merced le llevó una epístola, aechando un costal de trigo, y por mas señas dice que era rubion; cosa que me hace dudar en la alteza de su linaje.

A lo que respondió don Quijote: señora mia, sabrá la vuestra grandeza, que todas ó las mas cosas que á mí me suceden van fuera de los términos ordinarios de las que á los otros caballeros andantes acontecen, ó ya sean encaminadas por el querer inescrutable de los hados, ó ya vengan encaminadas por la malicia de algun encantador invidioso; y como es cosa ya averiguada que todos ó los mas caballeros andantes y famosos, uno tenga gracia de no poder ser encantado, otro de ser de tan impenetrables carnes que no pueda ser herido, como lo fue el famoso Roldan, uno de los doce pares de Francia, de quien se cuenta que no podia ser ferido sino por la planta del pie izquierdo, y que esto habia de ser con la punta de un alfiler gordo, y no con otra suerte de arma alguna. Y así cuando Bernardo del Carpio le mató en Roncesvalles, viendo que no le podia llagar con fierro, le levantó del suelo entre los brazos, y le ahogó, acordándose entonces de la muerte que dió Hércules á Anteon, aquel feroz gigante que decian ser hijo de la Tierra. Quiero inferir de lo dicho que podría ser que yo tuviese alguna gracia destas, no del no poder ser ferido, porque muchas veces la experiencia me ha mostrado que soy de carnes blandas, y no nada impenetrables, ni la de no poder ser encantado, que ya me he visto metido en una jaula, donde todo el mundo no fuera poderoso á encerrarme, si no fuera á fuerzas de encantamientos. Pero pues de aquel me libré, quiero creer que no ha de haber otro alguno que me empeza (1): y así viendo estos encantadores que con mi persona no pueden usar de sus malas mañas, vénganse en las cosas que mas quiero, y quieren quitarme la vida maltratando la de Dulcinea por quien yo vivo. Y así creo que cuando mi escudero le llevó mi embajada se la convirtieron en villana, y ocupada en tan bajo ejercicio como es el de aechar trigo; pero ya tengo yo dicho que aquel trigo ni era rubion ni trigo, sino granos de perlas orientales. Y para prueba desta verdad quiero decir á vuestras magnitudes, como viniendo poco há por el Toboso, jamas pude hallar los palacios de Dulcinea; y que otro día habiéndola visto Sancho mi escudero en su misma figura, que es la mas bella del orbe, á mí me pareció una labradora tosca y fea, y no nada bien razonada, siendo la discrecion del mundo: y pues yo no estoy encantado, ni lo puedo estar segun buen discurso, ella es la encantada, la ofendida y la mudada, trocada y trastrocada, y en ella se han vengado de mí mis enemigos, y por ella viviré yo en perpétuas lágrimas hasta verla en su pristino estado.

Todo esto he dicho para que nadie repare en lo que Sancho dijo del cernido ni del aecho de Dulcinea, que pues á mí me la mudaron, no es maravilla que á él se la cambiasen. Dulcinea es principal y bien nacida, y de los hidalgos linajes que hay en el Toboso, que son muchos, antiguos y muy buenos. A buen seguro que no le cabe poca parte á la sin par Dulcinea, por quien su lugar será famoso y nombrado en los venideros siglos, como lo ha sido Troya por Elena, y España por la Cava, (2) aun-

(1) *Empecer*, dañar, ofender, causar perjuicio. — D. A.

(2) Nombre que dieron las crónicas árabes á Florinda, hija del conde don Julian.

que con mejor título y fama. Por otra parte, quiero que entiendan vuestras señorías que Sancho Panza es uno de los mas graciosos escuderos que jamas sirvió á caballero andante: tiene á veces unas simplicidades tan agudas, que el pensar si es simple ó agudo causa no pequeño contento: tiene malicias que le condenan por bellaco, y descuidos que le confirman por bobo: duda de todo, y créelo todo: cuando pienso que se va á despeñar de tonto, sale con unas discreciones que le levantan al cielo. Finalmente yo no lo trocaria con otro escudero, aunque me diesen de añadidura una ciudad, y así estoy en duda si será bien enviarle al gobierno de quien vuestra grandeza le ha hecho merced, aunque veo en él una cierta aptitud para esto de gobernar, que atusándole tantico el entendimiento se saldria con cualquiera gobierno como el rey con sus alcabalas: y mas que ya por muchas experiencias sabemos que no es menester ni mucha habilidad, ni muchas letras para ser uno gobernador, pues hay por ahí ciento que apenas saben leer, y gobiernan como unos girifaltes (1): el toque está en que tengan buena intencion y deseen acertar en todo, que nunca les faltará quien les aconseje y encamine en lo que han de hacer como los gobernadores caballeros y no letrados, que sentencian con asesor. Aconsejaríale yo que ni tome cobecho ni pierda derecho, y otras cosillas que me quedan en el estómago, que saldrán á su tiempo para utilidad de Sancho y provecho de la ínsula que gobernaré.

A este punto llegaban de su coloquio el duque, la duquesa y don Quijote cuando oyeron muchas voces y gran rumor de gente en el palacio, y á deshora entró Sancho en la sala, todo asustado, con un cernadero por babador, y tras él muchos mozos, ó por mejor decir pícaros de cocina y otra gente menuda, y uno venia con un artesoncillo de agua, que en la color y poca limpieza mostraba ser de fregar: seguíale y perseguíale el de la artesa, y procuraba con toda solicitud ponérsela y encajársela debajo de las barbas, y otro pícaro mostraba querérselas lavar. ¿Qué es esto, hermanos? preguntó la duquesa: ¿qué es esto? ¿qué quereis á ese buen hombre? ¿como? ¿y no considerais que está electo gobernador? A lo que respondió el pícaro barbero: no quiere este señor dejarse labar como es usanza, y como se lavó el duque mi señor y el señor su amo. Si quiero, respondió Sancho con mucha cólera, pero querria que fuese con toallas mas limpias, con legia mas clara y con manos no tan sucias, que no hay tanta diferencia de mí á mi amo, que á él le laven con agua de ángeles (2), y á mí con legia de diablos: las usanzas de las tierras y de los palacios de los príncipes tanto son buenas quanto no dan pesadumbre; pero la costumbre del lavatorio que aquí se usa peor es que de diciplinantes. Yo estoy limpio de barbas, y no tengo necesidad de semejantes rifrigerios; y el que se llegare á lavarme ni tocarme á un pelo de la cabeza, digo de mi barba, hablando con el debido acatamiento, le daré tal puñada que le deje el puño engastado en los cascos: que estas tales cirimonias y jabonaduras mas parecen burlas que gasajos de huéspedes.

Percida de risa estaba la duquesa, viendo la cólera y oyendo las razones de Sancho; pero no dió mucho gusto á don Quijote verle tan mal adeliñado con la jaspeada toalla, y tan rodeado de tantos entretenidos de cocina, y así haciendo una profunda reverencia á los duques, como que les pedia licencia para hablar, con voz reposada dijo á la canalla: ola, señores caballeros, vuesas mercedes dejen al mancebo, y vuélvanse por donde vinieron, ó por otra parte si se les antojare, que mi escudero es limpio tanto como otro, y esas artesillas son para él estrechas y penantes búcaros (3): tomen

(1) Como unas águilas ó con suma perspicacia y facilidad. Metáfora tomada del irifalte, ó halcon mayor, que es velocísimo y animoso, y casi del tamaño del águila, y persigue á las aves por el aire hasta abatirlas al suelo. — Arr.

(2) En cuya composicion entraban rosas coloradas, rosas blancas, trébol, espiago, madre selva, azahar, azucena, tomillo, clavellinas y naranjos. — P.

(3) Quiere decir don Quijote que su escudero Sancho Panza era persona tan principal, que de ningún modo merecia ser lavado en artesillas con agua de fregar, que por esto le venian estrechas y se le encajaban con dificultad, como la que sentian los que bebian por búcaros penantes ó penados; porque

mi consejo, y déjenle, porque ni él ni yo sabemos de achaques de burlas. Cogióle la razon de la boca Sancho, y prosiguió diciendo: no sino lléguese á hacer burla del mostrenco, que así lo sufriré como ahora es de noche. Traigan aqui un peine ó lo que quisieren, y almohacenme (1) estas barbas, y si sacaren dellas cosa que ofenda á la limpieza, que me trasquilen á cruces (2).

A esta sazón, sin dejar la risa, dijo la duquesa: Sancho Panza tiene razon en todo cuanto ha dicho, y la tendrá en todo cuanto dijere: él es limpio, y como él dice no tiene necesidad de lavarse; y si nuestra usanza no le contenta, su alma en su palma: cuanto mas que vosotros, ministros de la limpieza, habeis andado demasadamente de remisos y descuidados, y no sé si diga atrevidos, á traer á tal personaje y á tales barbas en lugar de fuentes y aguamaniles de oro puro y de alemanas toallas, artesillas y dornajos de palo y rodillas de aparadores; pero en fin sois malos y mal nacidos, y no podeis dejar, como malandrines que sois, de mostrar la ojeriza que teneis con los escuderos de los andantes caballeros. Creyeron los apicarados ministros, y aun el maestresala que venia con ellos, que la duquesa hablaba de veras, y así quitaron el cernadero del pecho de Sancho, y todos confusos y casi corridos se fuéron y le dejaron, el cual viéndose fuera de aquel á su parecer sumo peligro, se fué á hincar de rodillas ante la duquesa, y dijo: de grandes señoras grandes mercedes se esperan: esta que la vuestra merced hoy me ha fecho no puede pagarse con menos si no es con desear verme armado caballero andante, para ocuparme todos los dias de mi vida en servir á tan alta señora: labrador soy, Sancho Panza me llamo, casado soy, hijos tengo, y de escudero sirvo: si con alguna destas cosas puedo servir á vuestra grandeza, menos tardaré yo en obedecer que vuestra señoría en mandar. Bien parece, Sancho, respondió la duquesa, que habeis aprendido á ser cortes en la escuela de la misma cortesía: bien parece, quiero decir, que os habeis criado á los pechos del señor don Quijote, que debe de ser la nata de los comedimientos y la flor de las ceremonias, ó cirimonias como vos decís: bien haya tal señor y tal criado, el uno por norte de la andante caballería, y el otro por estrella de la escuderil fidelidad: levantaos, Sancho amigo, que yo satisfaré vuestras cortesías con hacer que el duque mi señor lo mas presto que pudiere os cumpla la merced prometida del gobierno.

Con esto cesó la plática, y don Quijote se fué á reposar la siesta; y la duquesa pidió á Sancho que si no tenia mucha gana de dormir viniese á pasar la tarde con ella y con sus doncellas en una muy fresca sala. Sancho respondió que aunque era verdad que tenia por costumbre dormir cuatro ó cinco horas las siestas del verano (3), que por servir á su bondad él procuraria con todas sus fuerzas no dormir aquel día ninguna, y vendria obediente á su mandado, y fuese. El duque dió nuevas órdenes como se tratase á don Quijote como á caballero andante, sin salir un punto del estilo, como cuentan que se trataban los antiguos caballeros.

se usaban entonces ciertas vasijas ó vasos que daban el agua con trabajo y pena, y por eso se llamaban *penantes* ó por mejor decir *penados*. — P.

(1) Por *peinenme*. Así se dice hablando de los caballos. — Arr.

(2) Me corten el pelo á repelones, sin orden ni simetría. Era una especie de burla. — Arr.

(3) Sin embargo, esto pasaba el día 25 de octubre, según el plan cronológico de don Vicente de los Ríos.



CAPITULO XXXIII.

De la sabrosa plática que la duquesa y sus doncellas pasaron con Sancho Panza, digna de que se lea y de que se note.



Cuenta pues la historia que Sancho no durmió aquella siesta, sino que por cumplir su palabra vino, en comiendo, á ver á la duquesa, la cual con el gusto que tenia de oírle le hizo sentar junto á sí en una silla baja, aunque Sancho de puro bien criado no queria sentarse; pero la duquesa le dijo que se sentase como gobernador, y hablase como escudero, puesto que por entrambas cosas merecia el mismo escaño (1) del Cid Rui Diaz Campeador. Encogió Sancho los hombros, obedeció y sentóse, y todas las doncellas y dueñas de la duquesa le rodearon atentas con grandísimo silencio á escuchar lo que diria; pero la duquesa fue la que habló primero, diciendo: ahora que estamos solos, y que aquí no nos oye nadie, querria yo que el señor gobernador me absolviese ciertas dudas que tengo, nacidas de la historia que del gran don Quijote anda ya impresa: una de las cuales dudas es, que pues el buen Sancho nunca vió á Dulcinea, digo á la señora Dulcinea del Toboso, ni le llevó la carta del señor don Quijote, porque se quedó en el libro de memoria en Sierra Morena, ¿como se atrevió á fingir la respuesta, y aquello de que la halló achando trigo, siendo todo burla y mentira, y tan en daño de la buena opinion de la sin par Dulcinea, y todas, que no vienen bien con la calidad y fidelidad de los buenos escuderos?

A estas razones, sin responder con alguna, se levantó Sancho de la silla, y con pasos quedos, el cuerpo agobiado, y el dedo puesto sobre los labios anduvo por toda la sala levantando los doseles, y luego esto hecho se volvió á sentar, y dijo: ahora, señora mia, que he visto que no nos escucha nadie de solapa (2) fuera de los circunstantes, sin temor ni sobresalto responderé á lo que se me ha preguntado, y á todo aquello que se me preguntare, y lo primero que digo es, que yo tengo á mi señor don Quijote por loco rematado, puesto que algunas veces dice cosas que á mi parecer, y aun de todos aquellos que le escuchan, son tan discretas y por tan buen carril encami-

(1) Es el banco de respaldo, sillón ó asiento de distincion. Este escaño precioso era de marfil, que ganó el Cid en Valencia, segun se dice en su crónica, al rey moro nieto de Alimaimon, que fue rey y señor de Valencia y de Toledo.

(2) Encubierto ó escondido de propósito para escuchar. — Arr.

nadas, que el mismo Satanás no las podría decir mejores; pero con todo esto, verdaderamente y sin escrúpulo, á mi se me ha asentando que es un mentecato: pues como yo tengo esto en el magin, me atrevo á hacerle creer lo que no lleva pies ni cabeza, como fue aquello de la respuesta de la carta, y lo de habrá seis ú ocho dias, que aun no está en historia, conviene á saber, lo del encanto de mi señora doña Dulcinea, que le he dado á entender que está encantada, no siendo mas verdad que por los cerros de Ubeda. Rogóle la duquesa que le contase aquel encantamiento ó burla, y Sancho se lo contó todo del mismo modo que habia pasado, de que no poco gusto recibieron los oyentes; y prosiguiendo en su plática dijo la duquesa: de lo que el



buen Sancho me ha contado me anda brincando un escrúpulo en el alma, y un cierto susurro llega á mis oídos que me dice: pues don Quijote de la Mancha es loco, menudado y mentecato, y Sancho Panza su escudero lo conoce, y con todo eso le sirve y le sigue, y va atendido á las vanas promesas suyas; sin duda alguna debe de ser él mas loco y tonto que su amo: y siendo esto así, como lo es, mal contado te será, señora duquesa, si al tal Sancho Panza le das insula que gobierne, porque el que no sabe gobernarse á sí ¿como sabrá gobernar á otros?

Par Dios, señora, dijo Sancho, que ese escrúpulo viene con parto derecho; pero dígame vuesa merced que hable claro, ó como quisiere, que yo conozco que dice ver-

dad, que si yo fuera discreto, dias há que habia de haber dejado á mi amo ; pero esta fue mi suerte y esta mi malandanza : no puedo mas, seguirle tengo, somos de un mismo lugar, he comido su pan, quiérole bien, es agradecido, dióme sus pollinos, y sobre todo yo soy fiel, y así es imposible que nos pueda apartar otro suceso que el de la pala y azadon : y si vuestra altanería no quisiere que se me dé el prometido gobierno, de menos me hizo Dios, y podria ser que el no dármele redundase en pro de mi conciencia, que mangüera (1) tonto se me entiende aquel refran de por su mal le nacieron alas á la hormiga (2) ; y aun podria ser que se fuéese mas abina (3) Sancho escudero al cielo, que no Sancho gobernador : tan buen pan hacen aquí como en Francia : y de noche todos los gatos son pardos (4) : y asaz de desdichada es la persona que á las dos de la tarde no se ha desayunado : y no hay estómago que sea un palmo mayor que otro, el cual se puede llenar, como suele decirse, de paja y de heno : y las avecitas del campo tienen á Dios por su proveedor y despensero : y mas calientan cuatro varas de paño de Cuenca que otras cuatro de limiste de Segovia : y al dejar este mundo y meternos la tierra adentro, por tan estrecha senda va el príncipe como el jornalero : y no ocupa mas pies de tierra el cuerpo del papa que el del sacristan, aunque sea mas alto el uno que el otro, que al entrar en el hoyo todos nos ajustamos y encogemos, ó nos hacen ajustar y encoger mal que nos pese, y á buenas noches (5). Y torno á decir, que si vuestra señoría no me quisiere dar la ínsula por tonto, yo sabré no dárseme nada por discreto : y yo he oido decir, que detras de la cruz está el diablo, y que no es oro todo lo que reluce, y que de entre los bueyes, arados y coyundas sacaron al labrador Wamba para ser rey de España (6) y de entre los brocados, pasatiempos y riquezas sacaron á Rodrigo para ser comido de culebras (si es que las trovas, de los romances antiguos no mienten). Y como que no mienten, dijo á esta sazón doña Rodriguez la dueña, que era una de las escuchantes, que un romance hay que dice, que metieron al rey Rodrigo vivo en una tumba llena de sapos, culebras y lagartos, y que de allí á dos dias dijo el rey desde dentro de la tumba con voz doliente y baja :

Ya me comen, ya me comen
Por do mas pecado habia (7).

Y segun esto mucha razon tiene este señor en decir que quiere ser mas labrador que rey, si le han de comer sabandijas.

No pudo la duquesa tener la risa oyendo la simplicidad de su dueña, ni dejó de admirarse en oír las razones y refranes de Sancho, á quien dijo : ya sabe el buen Sancho que lo que una vez promete un caballero, procura cumplirlo aunque le cueste la vida. El duque mi señor y marido, aunque no es de los andantes, no por eso deja de ser caballero, y así cumplirá la palabra de la prometida ínsula á pesar de la envidia y de la malicia del mundo. Esté Sancho de buen ánimo, que cuando menos lo piense se verá sentado en la silla de su ínsula y en la de su estado, y empuñará su gobierno, que con otro de brocado de tres altos (8) lo deseche : lo que yo le encargo es que mire

(1) Voz anticuada, lo mismo que *aunque*. — Arr.

(2) Porque cuando se sienta con ellas, se remonta en el aire, y se la comen los pájaros; de cuyo peligro estaba libre cuando vivía escondida debajo de la tierra. — D.

(3) Mas facilmente ó mas bien. — Arr.

(4) Espression familiar con que se explica que con la oscuridad de la noche ó falta de luz es facil disimular las tachas de lo que se vende ó se comercia. — D. A.

(5) Quedarse ó dejar á uno á oscuras. — D. A.

(6) Creencia vulgar que desmiente Mariana en el lib. 6, cap. XII de su *Historia*.

(7) En el romance de la penitencia del rey don Rodrigo se fingió que despues de la batalla de Guadalete, andando por un desierto, encontró á un ermitaño, que le impuso la penitencia que se le inspiró de arriba. — P.

(8) Esto es, por otro mayor ó de mas entidad ó importancia : metáfora tomada de los brocados y telas bordadas de uno, dos y tres altos, ó relieves, que eran las mas preciadas. — Arr.

como gobierna sus vasallos, advirtiéndole que todos son leales y bien nacidos. Eso de gobernarlos bien, respondió Sancho, no hay para que encargármelo, porque yo soy caritativo de mio, y tengo compasión de los pobres; y á quien cuece y amasa no le hurtas hogaza (1); y para mi santiguada, que no me han de echar dado falso (2); soy perro viejo, y entiendo todo tus tus (3), y sé despabilarme á sus tiempos, y no consiento que me anden musarañas ante los ojos, porque sé donde me aprieta el zapato: dígame porque los buenos tendrán conmigo mano y concavidad (4), y los malos ni pie ni entrada. Y paréceme á mí que en esto de los gobiernos todo es comenzar; y podría ser que á quince días de gobernador me comiese las manos tras el oficio (5), y supiese mas dél que la labor del campo en que me he criado.

Vos tenéis razón, Sancho, dijo la duquesa, que nadie nace enseñado, y de los hombres se hacen los obispos, que no de las piedras. Pero volviendo á la plática que poco há tratábase del encanto de la señora Dulcinea, tengo por cosa cierta y mas que averiguada, que aquella imaginación que Sancho tuvo de burlar á su señor, y darle á entender que la labradora era Dulcinea, y que si su señor no la conocía debía de ser por estar encantada, toda fue invención de alguno de los encantadores que al señor don Quijote persiguen; porque real y verdaderamente yo sé de buena parte que la villana que dió el brinco sobre la pollina era y es Dulcinea del Toboso; y que el buen Sancho, pensando ser el engañador, es el engañado; y no hay poner mas duda en esta verdad que en las cosas que nunca vimos. Y sepa el señor Sancho Panza que también tenemos acá encantadores que nos quieren bien, y nos dicen lo que pasa por el mundo pura y sencillamente, sin enredos ni máquinas; y créame Sancho, que la villana brincadora era y es Dulcinea del Toboso, que está encantada como la madre que la parió; y cuando menos nos pensemos la habemos de ver en su propia figura, y entonces saldrá Sancho del engaño en que vive.

Bien puede ser todo eso, dijo Sancho Panza, y ahora quiero creer lo que mi amo cuenta de lo que vió en la cueva de Montesinos, donde dice que vió á la señora Dulcinea del Toboso en el mismo traje y hábito que yo dije que la habia visto cuando la encanté por solo mi gusto; y todo debió de ser al revés, como vuesa merced, señora mía, dice; porque de mi ruin ingenio no se puede ni debe presumir que fabricase en un instante tan agudo embuste, ni creo yo que mi amo es tan loco que con tan flaca y magra persuasión como la mía creyese una cosa tan fuera de todo término; pero, señora, no por esto será bien que vuestra bondad me tenga por malévolo, pues no está obligado un porro como yo á taladrar los pensamientos y malicias de los pésimos encantadores: yo fingí aquello por escaparme de las riñas de mi señor don Quijote, y no con intención de ofenderle; y si ha salido al revés, Dios está en el cielo, que juzga los corazones.

Así es la verdad, dijo la duquesa; pero dígame ahora Sancho que es esto que dice de la cueva de Montesinos, que gustaria saberlo. Entonces Sancho Panza le contó punto por punto lo que queda dicho acerca de la tal aventura. Oyendo lo cual la duquesa dijo: deste suceso se puede inferir que pues el gran don Quijote dice que vió allí á la misma labradora que Sancho vió á la salida del Toboso, sin duda es Dulcinea, y que andan por aquí los encantadores muy listos y demasiadamente curiosos. Eso digo yo, dijo Sancho Panza, que si mi señora Dulcinea del Toboso está encantada, su daño será, que yo no me tengo de tomar con los enemigos de mi amo, que deben de ser muchos y malos. Verdad sea que la que yo vi fue una labradora, y por labradora la tuve, y por tal labradora la juzgué, y si aquella era Dulcinea no ha de estar á mi cuenta, ni

(1) Refran que advierte que al que está experimentado y práctico en alguna cosa no se le puede engañar en ella con facilidad. — D. A.

(2) No me han de engañar, ó hacer creer, ó pasar una cosa por otra. — Arr.

(3) Interjección con que se llama á los perros para que vengan. — D. A.

(4) Tener influjo, poder y valimiento con uno. — D. A.

(5) Dícese de cualquiera cosa que sea de mucho deleite como el mando, el juego, la caza, etc.

ha de correr por mí, ó sobre ello morena (1). No sino ándense á cada triquete conmigo á dime y diréte, Sancho lo dijo, Sancho lo hizo, Sancho tornó y Sancho volvió, como si Sancho fuese algun quienquiera, y no fuese el mismo Sancho Panza, el que anda ya en libros por ese mundo adelante, segun me dijo Sanson Carrasco, que por lo menos es persona bachillerada por Salamanca, y los tales no pueden mentir sino es cuando se les antoja ó les viene muy á cuento. Así que no hay para que nadie se tome conmigo; y pues que tengo buena fama, y segun oi decir á mi señor, que mas vale el buen nombre que las muchas riquezas, encájense ese gobierno, y verán maravillas, que quien ha sido buen escudero, será buen gobernador.

Todo cuanto aquí ha dicho el buen Sancho, dijo la duquesa, son sentencias catonianas, ó por lo menos sacadas de las mismas entrañas del mismo Micael Verino, *florentibus occidit annis* (2). En fin, en fin, hablando á su modo, debajo de mala capa suele haber buen bebedor. En verdad, señora, respondió Sancho, que en mi vida he bebido de malicia; con sed bien podria ser, porque no tengo nada de hipócrita: bebo cuando tengo gana, y cuando no la tengo, y cuando me lo dan, por no parecer ó melindroso ó mal criado, que á un brindis de un amigo ¿qué corazón ha de haber tan de mármol que no haga la razon (3)? Pero aunque las calzo no las ensucio (4): cuanto mas que los escuderos de los caballeros andantes casi de ordinario beben agua, porque siempre andan por florestas, selvas y prados, montañas y riscos, sin hallar una misericordia de vino si dan por ella un ojo. Yo lo creo así, respondió la duquesa; y por ahora váyase Sancho á reposar, que despues hablaremos mas largo, y daremos órden como vaya presto á encajarse, como él dice, aquel gobierno.

De nuevo le besó las manos Sancho á la duquesa, y le suplicó le hiciese merced de que se tuviese buena cuenta con su rucio, porque era la lumbré de sus ojos. ¿Qué rucio es este? preguntó la duquesa. Mi asno, respondió Sancho, que por no nombrarle con este nombre le suelo llamar el rucio, y á esta señora dueña le rogué cuando entré en este castillo tuviese cuenta con él, y azoróse de manera como si la hubiera dicho que era fea ó vieja, debiendo de ser mas propio y natural de las dueñas pensar (5) jumentos que autorizar las salas. ¡Oh váleme Dios, y cuan mal estaba con estas señoras un hidalgo de mi lugar! Seria algun villano, dijo doña Rodriguez la dueña, que si él fuera hidalgo y bien nacido, él las pusiera sobre el cuerno de la luna (6). Ahora bien, dijo la duquesa, no haya mas, calle doña Rodriguez, y sosiéguese el señor Panza, y quédese á mi cargo el regalo del rucio, que por ser albaja de Sancho le pondré yo sobre las niñas de mis ojos (7). En la caballeriza basta que esté, respondió Sancho, que sobre las niñas de los ojos de vuestra grandeza ni él ni yo somos dignos de estar solo un momento, y así lo consentiria yo como darme de puñaladas: que aunque dice mi señor que en las cortesias antes se ha de perder por carta de mas que de menos (8), en las jumentiles y asininas se ha de ir con el compas en la mano y con medido término. Llévelo, dijo la duquesa, Sancho al gobierno, y allá le podrá regalar como quisie-

(1) Espresion de amenaza que equivale á decir ó sino habrá camorra, habrá pendencia sobre ello.
 (2) Miguel Verino, mallorquin, autor de una obra intitulada: *De puerorum moribus Disticha*: *Disticos sobre la educacion de los niños*. Estos disticos se leian antiguamente en las aulas de Gramática, y se leerian en el Estudio público de Madrid, regentado por Juan Lopez de Hoyos, maestro de Miguel de Cervantes; y este leeria en ellos el epitafio que los precede, compuesto por Angelo Policiano, que dice así:

*Michael Verinus florentibus occidit annis,
 Moribus ambiguum major aut ingenio, etc.*

Esto es: aquí yace Miguel Verino, que murió en la flor de sus años, dejando en duda si fue mas admirable en sus costumbres ó en su ingenio, etc.

(3) Que no corresponda aceptándole. — Arr.
 (4) Espresion vulgar que aplica Sancho para significar que aunque bebia, no era con exceso, ó no se emborrachaba. — Arr.
 (5) Cuidar jumentos, dándoles el pienso ó la comida. — Arr.
 (6) Las tuviera en la mas alta estima, las alabara ó ensalzara hasta la aurora. — Arr.
 (7) Esto es, le pondré en el mejor lugar, la trataré ó cuidaré con el mayor esmero. — Arr.
 (8) Exceso ó defecto en lo que se hace ó dice. — D. A.

re, y aun jubilarle del trabajo. No piense vuesa merced, señora duquesa, que ha dicho mucho, dijo Sancho, que yo he visto ir mas de dos asnos á los gobiernos, y que llevase yo el mio no seria cosa nueva. Las razones de Sancho renovaron en la duquesa la risa y el contento, y enviándole á reposar, ella fué á dar cuenta al duque de lo que con él habia pasado, y entre los dos dieron traza y órden de hacer una burla á don Quijote, que fuese famosa, y viniese bien con el estilo caballeresco, en el cual le hicieron muchas, tan propias y discretas, que son las mejores aventuras que en esta grande historia se contienen.

CAPITULO XXXIV.



Faint, mirrored text from the reverse side of the page is visible through the paper, appearing as bleed-through. The text is mostly illegible due to its orientation and fading.



CAPITULO XXXIV.

Que da cuenta de la noticia que se tuvo de como se habia de desencantar la sin par Dulcinea del Toboso, que es una de las aventuras mas famosas deste libro.



GRANDE era el gusto que recibian el duque y la duquesa de la conversacion de don Quijote y de la de Sancho Panza; y confirmándose en la intencion que tenian de hacerles algunas burlas que llevasen vislumbres y apariencias de aventuras, tomaron motivo de la que don Quijote ya les habia contado de la cueva de Montesinos, para hacerle una que fuese famosa; pero de lo que mas la duquesa se admiraba era que la simplicidad

de Sancho fuese tanta, que hubiese venido á creer ser verdad infalible que Dulcinea del Toboso estuviere encantada, habiendo sido él mismo el encantador y el embustero de aquel negocio: y así habiendo dado órden á sus criados de todo lo que habian de hacer, de allí á seis dias le llevaron á caza de montería (1) con tanto aparato de monteros y cazadores como pudiera llevar un rey coronado. Diéronle á don Quijote un vestido de monte, y á Sancho otro verde de finísimo paño; pero don Quijote no se le quiso poner, diciendo que otro dia habia de volver al duro ejercicio de las armas, y que no podia llevar consigo guardarropas ni reposterias. Sancho si tomó el que le dieron, con intencion de venderle en la primera ocasion que pudiese.

Llegado pues el esperado dia armóse don Quijote, vistióse Sancho, y encima de su rucio que no le quiso dejar aunque le daban un caballo, se metió entre la tropa de los monteros. La duquesa salió bizarramente aderezada, y don Quijote de puro cortes y comedido tomó la rienda de su palafren (2), aunque el duque no queria consentirlo; y finalmente llegaron á un bosque que entre dos altísimas montañas estaba, donde tomados los puestos, paranzas y veredas; y repartida la gente por diferentes puestos,

(1) La caza de javalies, venados, ciervos, gamos, lobos y otras fieras llamadas así por buscarse entre los montes. La caza de montería, dice Morales, 416, es notable en España, con multitud de javalies, ciervos gamos y corzos, que son reses mayores. — Arr.

(2) Esta cortesania en obsequio de las señoras era propia de los caballeros andantes, y aun de los que no lo eran. Mariana refiere que, cuando la infanta Isabel, despues del tratado de los toros de Guisando, que le aseguraba la corona de Castilla, se presentó en las calles de Segovia, en 1474; el rey Enrique IV, su hermano, tomó las riendas de su palafren para tributarle honor. — VIARDOT.

se comenzó la caza con grande estruendo, grita y vocería, de manera que unos á otros no podían oírse, así por el ladrido de los perros, como por el son de las bocinas. Apeóse la duquesa, y con un agudo venablo (1) en las manos se puso en un puesto por donde ella sabia que solian venir algunos jabalies. Apeóse asimismo el duque y don Quijote, y pusieronse á sus lados: Sancho se puso detras de todos sin apearse del rucio, á quien no osaba desamparar porque no le sucediese algun desman; y apenas habian sentado el pie y puesto en ala con otros muchos criados suyos, cuando acosado de los perros y seguido de los cazadores, vieron que hácia ellos venia un desmesurado jabalí crugiendo dientes y colmillos y arrojando espuma por la boca, y en viéndole, embrazando su escudo y puesta mano á su espada, se adelantó á recibirle don Quijote: lo mismo hizo el duque con su venablo: pero á todos se adelantara la duquesa si el duque no se lo estorbara. Solo Sancho, en viendo al valiente animal, desamparó al rucio, y dió á correr cuanto pudo, y procurando subirse sobre una alta encina, no fue posible; antes estando ya á la mitad della asido de una rama, pugnando subir á la cima, fue tan corto de ventura y tan desgraciado, que se desgajó la rama, y al venir al suelo se quedó en el aire asido de un gancho de la encina sin poder llegar al suelo; y viéndose así, y que el sayo verde se le rasgaba, y pareciéndole que si aquel fiero animal allí llegaba le podia alcanzar, comenzó á dar tantos gritos y á pedir socorro con tanto ahinco, que todos los que le oían y no le veían creyeron que estaba entre los dientes de alguna fiera. Finalmente el colmilludo jabalí quedó atra-



yesado de las cuchillas de muchos venablos que se le pusieron delante; y volviendo la cabeza don Quijote á los gritos de Sancho, que ya por ellos le habia conocido, vió pendiente de la encina y la cabeza abajo, y el rucio junto á él, que no le desamparó en su calamidad: y dice Cide Hamete que pocas veces vió á Sancho Panza sin ver al rucio, ni al rucio sin ver á Sancho: tal era la amistad y buena fe que entre los dos se guardaban. Llegó don Quijote, y descolgó á Sancho, el cual viéndose libre y en el suelo, miró lo desgarrado del sayo de monte, y pesóle en el alma, que pensó que tenia en el vestido un mayorazgo.

En esto atravesaron al jabalí poderoso sobre un acémila, y cubriéndole con matas

(1) El venablo era una arma particular de monteros para la caza de los jabalies, mayor que el dardo, pero menor que la lanza. — Arr.

de romero y con ramas de mirto, le llevaron como en señal de victoriosos despojos á unas grandes tiendas de campaña que en la mitad del bosque estaban puestas donde hallaron las mesas en orden, y la comida aderezada tan suntuosa y grande, que se echaba bien de ver en ella la grandeza y magnificencia de quien la daba. Sancho, mostrando las llagas á la duquesa de su roto vestido, dijo: si esta caza fuera de liebres ó de pajarillos, seguro estuviera mi sayo de verse en este extremo; yo no sé que gusto se recibe de esperar á un animal, que si os alcanza con un colmillo os puede quitar la vida: yo me acuerdo haber oido cantar un romance antiguo, que dice:

De los osos seas comido,
Como Favila el nombrado.

Ese fue un rey godo, dijo don Quijote, que yendo á caza de montería le comió un oso. Eso es lo que yo digo, respondió Sancho, que no querria yo que los príncipes y los reyes se pusiesen en semejantes peligros á trueco de un gusto, que parece que no le habia de ser, pues consiste en matar á un animal que no ha cometido delito alguno. Antes os engañais, Sancho, respondió el duque, porque el ejercicio de la caza de monte es el mas conveniente y necesario para los reyes y príncipes que otro alguno. La caza es una imágen de la guerra; hay en ella estratagemas, astucias, insidias para vencer á su salvo al enemigo: padécense en ella frios grandisimos y calores intolerables: menoscábase el ocio y el sueño, corrobóranse las fuerzas, agilitanse los miembros del que la usa, y en resolucion es ejercicio que se puede hacer sin perjuicio de nadie y con gusto de muchos; y lo mejor que él tiene es, que no es para todos, como lo es el de los otros géneros de caza, excepto el de la volateria, que tambien es solo para reyes y grandes señores. Así que, oh Sancho, mudad de opinion, y cuando seais gobernador ocupaos en la caza, y vereis como os vale un pan por ciento. Eso no, respondió Sancho, el buen gobernador la pierna quebrada y en casa: bueno seria que viniesen los negociantes á buscarle fatigados, y él estuviese en el monte holgándose: así enhoramala andaria el gobierno. Mía fe, señor, la caza y los pasatiempos mas han de ser para los holgazanes que para los gobernadores: en lo que yo pienso entretemerme es en jugar al triunfo envidado (1) las pascuas, y á los bolos los domingos y fiestas, que esas cazas ni cazos no dicen con mi condicion ni hacen con mi conciencia. Plega á Dios, Sancho, que así sea, porque del dicho al hecho hay gran trecho. Haya lo que hubiere, replicó Sancho, que al buen pagador no le duelen prendas; y mas vale al que Dios ayuda que al que mucho madruga; y tripas llevan pies, que no pies á tripas; quiero decir, que si Dios me ayuda, y yo hago lo que debo con buena intencion, sin duda que gobernaré mejor que un gerifalte: no si no pónganme el dedo en la boca, y verán si aprieto ó no.

Maldito seas de Dios y de todos sus santos, Sancho maldito, dijo don Quijote; y cuando será el dia, como otras muchas veces he dicho, donde yo te vea hablar sin refranes una razon corriente y concertada. Vuestras grandezas dejen á este tonto, señores míos, que les molerá las almas, no solo puestas entre dos, sino entre dos mil refranes traídos tan á sazón y tan á tiempo cuanto le dé Dios á él la salud, ó á mí si los querria escuchar. Los refranes de Sancho Panza, dijo la duquesa, puesto que son mas que los del comendador Griego (2), no por eso son menos de estimar por la bre-

(1) Un juego de naipes, llamado así, porque despues de dar tres cartas á cada jugador, de las que restan se saca otra que es la del triunfo. — Arr.

(2) Llamábase Fernan Nuñez de Guzman, de la nobilísima casa de los Guzmanes: era tambien conocido por el *Pinciano*, por haber nacido en Valladolid, que algunos tienen por *Pincia* de los romanos. Fue caballero del hábito de Santiago, y comendador de este orden; y anteponiendo el estudio ó toda otra profesion, enseñó griego, latin y retórica en la universidad de Salamanca; y por eso era aun mas conocido por el dictado de *El Comendador griego*. Fue en su tiempo uno de los mayores filólogos de Europa. — P.

vedad de las sentencias. De mí sé decir que me dan mas gusto que otros, aunque sean mejor traídos y con mas sazón acomodados.

Con estos y otros entretenidos razonamientos salieron de la tienda al bosque, y en requerir algunas paranzas y puestos se les pasó el día, y se les vino la noche, y no tan clara ni tan sesga como la sazón del tiempo pedía, que era en la mitad del verano; pero un cierto claro oscuro que trujo consigo ayudó mucho á la intencion de los duques, y así como comenzó á anochecer, un poco mas adelante del crepúsculo, á deshora pareció que todo el bosque por todas cuatro partes se ardia, y luego se oyeron por aquí y por allí, por acá y por acullá infinitas cornetas y otros instrumentos de guerra, como de muchas tropas de caballería que por el bosque pasaban. La luz del fuego, el són de los bélicos instrumentos casi cegaron y atronaron los ojos y los oídos de los circunstantes, y aun de todos los que en el bosque estaban. Luego se oyeron infinitos lelilies al uso de moros cuando entran en las batallas: sonaron trompetas y clarines, retumbaron tambores, resonaron pifaros (1); casi todos á un tiempo, tan continuo y tan aprisa, que no tuviera sentido el que no quedara sin él al són confuso de tantos instrumentos.

Pasmóse el duque, suspendióse la duquesa, admiróse don Quijote, tembló Sancho Panza, y finalmente hasta los mismos sabidores de la causa se espantaron. Con el temor les cogió el silencio, y un postillon que en traje de demonio les pasó por delante, tocando en vez de corneta un hueco y desmesurado cuerno, que un ronco y espantoso són despedía. Ola, hermano correo, dijo el duque, ¿quien sois? ¿adonde vais? ¿y qué gente de guerra es la que por este bosque parece que atraviesa? A lo que respondió el correo con voz horrisona y desenfadada: yo soy el diablo, voy á buscar á don Quijote de la Mancha, la gente que por aquí viene son seis tropas de encantadores, que sobre un carro triunfante traen á la sin par Dulcinea del Toboso: encantada viene con el gallardo frances Montesinos á dar órden á don Quijote de como ha de ser desencantada la tal señora. Si vos fuéades diablo como decís, y como vuestra figura muestra, ya hubiérades conocido al tal caballero don Quijote de la Mancha, pues le teneis delante.

En Dios y en mi conciencia, respondió el diablo, que no miraba en ello, porque traigo en tantas cosas divertidos los pensamientos, que de la principal á que venia se me olvidaba. Sin duda, dijo Sancho, que este demonio debe de ser hombre de bien y buen cristiano, porque á no serlo no jurara en Dios y en mi conciencia: ahora yo tengo para mí que aun en el mismo infierno debe de haber buena gente.

Luego el demonio sin apearse, encaminando la vista á don Quijote, dijo: á ti *el caballero de los Leones* (que entre las garras de ellos te vea yo) me envía el desgraciado pero valiente caballero Montesinos, mandándome que de su parte te diga que le esperes en el mismo lugar que te topare, á causa que trae consigo á la que llaman Dulcinea del Toboso, con órden de darte la que es menester para desencantarla; y por no ser para mas mi venida, no ha de ser mas mi estada: los demonios como yo queden contigo, y los ángeles buenos con estos señores: y en diciendo esto tocó el desaforado cuerno, y volvió las espaldas; y fuése sin esperar respuesta de ninguno.

Renovóse la admiracion en todos, especialmente en Sancho y don Quijote: en Sancho en ver que á despecho de la verdad querian que estuviese encantada Dulcinea; en don Quijote por no poder asegurarse si era verdad ó no lo que le habia pasado en la cueva de Montesinos: y estando elevado en estos pensamientos, el duque le dijo: ¿piensa vuesa merced esperar, señor don Quijote? ¿Pues no? respondió él, aquí esperaré intrépido y fuerte, si me viniese á embestir todo el infierno. Pues si yo veo otro diablo y oigo otro cuerno como el pasado, así esperaré yo aquí como en Flandes, dijo Sancho.

(1) El Pifaro lo mismo que pifano.

En esto se cerró mas la noche, y comenzaron á discurrir muchas luces por el bosque, bien así como discurren por el cielo las exalaciones secas de la tierra, que parecen á nuestra vista estrellas que corren. Oyóse asimismo un espantoso ruido, al modo de aquel que se causa de las ruedas macizas que suelen traer los carros de bueyes, de cuyo chirrido áspero y continuado se dice que huyen los lobos y los osos si los hay por donde pasan. Añadióse á toda ésta tempestad otra que las aumentó todas, que fue que parecia verdaderamente que á las cuatro partes del bosque se estaban dando á un mismo tiempo cuatro reencuentros ó batallas, porque allí sonaba el duro estruendo de espantosa artilleria, acullá se disparaban infinitas escopetas, cerca casi sonaban las voces de los combatientes, lejos se reiteraban los lelilies agarenos. Finalmente las cornetas, los cuernos, las bocinas, los clarines, las trompetas, los tambores, la artilleria, los arcabuces, y sobre todo el temeroso ruido de los carros formaban todos juntos un són tan confuso y tan horrendo, que fue menester que don Quijote se valiese de todo su corazon para sufrirle; pero el de Sancho vino á tierra, y dió con él desmayado en las faldas de la duquesa, la cual le recibió en ellas, y á gran priesa mandó que le echasen agua en el rostro. Hízose así, y él volvió en su acuerdo á tiempo que ya un carro de las rechinantes ruedas llegaba á aquel puesto. Tirábanle cuatro perezosos bueyes, todos cubiertos de paramentos negros: en cada cuerno traian atada y encendida una grande hacha de cera, y encima del carro venia hecho un asiento alto, sobre el cual venia sentado un venerable viejo con una barba mas blanca que la misma nieve, y tan luenga que le pasaba de la cintura: su vestidura era una ropa larga de negro bocací, que por venir el carro lleno de infinitas luces se podia bien divisar y discernir todo lo que en él venia. Guiábanle dos feos demonios vestidos del mismo bocací, con tan feos rostros que Sancho habiéndolos visto una vez, cerró los ojos por no verlos otra. Llegando pues el carro á igualar (1) al puesto se levantó de su alto asiento el viejo venerable, y puesto en pie, dando una gran voz, dijo: yo soy el sabio Lirgandeo, y pasó el carro adelante sin hablar mas palabra. Tras este pasó otro carro de la misma manera con otro viejo entronizado, el cual haciendo que el carro se detuviese, con voz no menos grave que el otro, dijo: yo soy el sabio Alquife, el grande amigo de Urganda la desconocida, y pasó adelante. Luego por el mismo continente llegó otro carro; pero el que venia sentado en el trono no era viejo como los demas, sino hombron robusto y de mala catadura, el cual al llegar, levantándose en pie como los otros, dijo con voz mas ronca y mas endiablada: yo soy Arcalaus el encantador, enemigo mortal de Amadis de Gaula y de toda su parentela, y pasó adelante. Poco desviados de allí hicieron alto estos tres carros, y cesó el enfadoso ruido de sus ruedas; y luego no se oyó otro ruido; sino un són de una suave y concertada música formado con que Sancho se alegró, y lo tuvo á buena señal, y así dijo á la duquesa, de quien un punto ni un paso se apartaba: señora, donde hay música no puede haber cosa mala. Tampoco donde hay luces y claridad, respondió la duquesa. A lo que replicó Sancho: luz da el fuego; y claridad las hogueras, como lo vemos en las que nos cercan, y bien podria ser que nos abrasasen; pero la música siempre es indicio de regocijos y de fiestas. Ello dirá, dijo don Quijote, que todo lo escuchaba, y dijo bien, como se muestra en el capitulo siguiente.

(1) Esto es, á ponerse frontero de él. — Arr.



CAPITULO XXXV.

Donde se prosigue la noticia que tuvo don Quijote del desencanto de Dulcinea, con otros admirables sucesos.



Al compas de la agradable música vieron que hacía ellos venia un carro de los que llaman triunfales, tirado de seis mulas pardas, encubiertas empero de lienzo blanco, y sobre cada una venia un disciplinante de luz (1), asimismo vestido de blanco, con una hacha de cera grande encendida en la mano. Era el carro dos veces y aun tres mayor que los pasados, y los lados y encima dél ocupaban otros doce disciplinantes albos como la nieve, todos con sus hachas encendidas, vista que admiraba y espantaba juntamente; y en un levantado trono venia sentada una ninfa vestida de mil velos de tela de plata, brillando por todos ellos infinitas hojas de argenteria de oro, que la hacian, si no rica, á lo menos vistosamente vestida: traia el rostro cubierto con un transparente y delicado cendal, de modo que sin impedirlo sus lizos (2) por entre ellos se descubria un hermosísimo rostro de doncella, y las muchas luces daban lugar para distinguir la belleza y los años, que al parecer no llegaban á veinte, ni bajaban de diez y siete; junto á ella venia una figura vestida de una ropa de las que llaman rozagantes (3), hasta los pies, cubierta la cabeza con un velo negro; pero al punto que llegó el carro á estar frente á frente de los duques y de don Quijote cesó la música de las chirimias, y luego la de las arpas y laudes que en el carro sonaban, y levantándose en pie la figura de la ropa, la apartó á entrambos lados, y quitándose el velo del rostro descubrió patentemente ser la misma figura de la muerte, descarnada y fea, de que don Quijote recibió pesadumbre, y Sancho miedo, y los duques hicieron algun sentimiento temeroso. Alzada y puesta en pie esta muerte viva con voz algo dormida y con lengua no muy despierta comenzó á decir desta manera:

(1) En el lenguaje de la Germania, *disciplinante de luz* es el que sacan por la justicia á la vergüenza: aquí significa un hombre vestido en el traje de aquel, ó como los disciplinantes que antiguamente acompañaban las procesiones de semana santa, disciplinándose, vestidos con una túnica blanca y un capuz tambien blanco, que les cubria toda la cabeza y cara, con solo dos agujeros enfrente para poder ver por ellos. — Arr.

(2) Esto es, su trama. — Arr.

(3) Las *ropas rozagantes* eran los vestidos talaes y que llegaban al suelo: las traian los reyes y personajes principales, y eran de telas preciosas, como tisues de oro, terciopelos, carmesies, etc. — Arr.

Yo soy Merlin, aquel que las historias
 Dicen que tuve por mi padre al diablo,
 (Mentira autorizada de los tiempos)
 Príncipe de la mágica y monarca
 Y archivo de la ciencia zoroástrica,
 Emulo á las edades y á los siglos,
 Que solapar pretenden las hazañas
 De los andantes bravos caballeros,
 A quien yo tuve y tengo gran cariño.

Y puesto que es de los encantadores,
 De los magos ó mágicos contino
 Dura la condicion, áspera y fuerte,
 La mia es tierna, blanda y amorosa,
 Y amiga de hacer bien á todas gentes.
 En las cavernas lóbregas de Dite,
 Donde estaba mi alma entretenida
 En formar ciertos rombos caracteres,
 Llegó la voz doliente de la bella
 Y sin par Dulcinea del Toboso.

Supe su encantamento y su desgracia,
 Y su trasformacion de gentil dama
 En rústica aldeana: condolíme,
 Y encerrando mi espíritu en el hueco
 Desta espantosa y fiera notomia,
 Despues de haber revuelto cien mil libros
 Desta mi ciencia endemoniada y torpe,
 Vengo á dar el remedio que conviene
 A tamaño dolor, á mal tamaño.

Oh tú, gloria y honor de cuantos vis ten
 Las túnicas de acero y de diamante,
 Luz y farol, sendero, norte y guia
 De aquellos que dejando el torpe sueño
 Y las ociosas plumas, se acomodan
 A usar el ejercicio intolerable
 De las sangrientas y pesadas armas:

A ti te digo, oh varon, como se debe,
 Por jamas alabado, á ti valiente
 Juntamente y discreto don Quijote,
 De la Mancha esplendor, de España estrella,
 Que para recobrar su estado primo
 La sin par Dulcinea del Toboso,
 Es menester que Sancho tu escudero
 Se dé tres mil azotes y trescientos
 En ambas sus valientes posaderas
 Al aire descubiertas, y de modo
 Que le escuezan, le amarguen y le enfaden.
 Y en esto se resuelven todos cuantos
 De su desgracia han sido los autores.
 Y á esto es mi venida, mis señores.

Voto á tal, dijo á esta sazón Sancho, no digo yo tres mil azotes, pero así me daré yo tres como tres puñaladas. Válate el diablo por modo de desencantar : yo no sé que tienen que ver mis posas con los encantos. Par Dios que si el señor Merlin no ha hallado otra manera como desencantar á la señora Dulcinea del Toboso , encantada se podrá ir á la sepultura. Tomaros hé yo, dijo don Quijote, don villano, harto de ajos, y amarrosos hé á un árbol desnudo como vuestra madre os parió, y no digo yo tres mil y trescientos, sino seis mil y seiscientos azotes os daré, tan bien pegados que no se os caigan á tres mil y trescientos tirones ; y no me repliqueis palabra , que os arrancaré



el alma. Oyendo lo cual Merlin dijo : no ha de ser así , porque los azotes que ha de recibir el buen Sancho han de ser por su voluntad , y no por fuerza , y en el tiempo que él quisiere, que no se le pone término señalado ; pero permítesele que si él quisiere redimir su vejacion por la mitad deste vapulamiento, puede dejar que se los dé ajena mano, aunque sea algo pesada. Ni ajena ni propia, ni pesada ni por pesar,

replicó Sancho, á mí no me ha de tocar alguna mano. ¿Parí yo por ventura á la señora Dulcinea del Toboso, para que paguen mis posas lo que pecaron sus ojos? El señor mi amo sí, que es parte suya, pues la llama á cada paso mi vida, mi alma, sustento y arrimo suyo, se puede y debe azotar por ella, y hacer todas las diligencias necesarias para su desencanto; pero ¿azotarme yo? abrenuncio.

Apénas acabó de decir esto Sancho, cuando levantándose en pie la argentada ninfa, que junto al espíritu de Merlin venia, quitándose el sutil velo del rostro, le descubrió tal que á todos pareció mas que demasiadamente hermoso, y con un desenfado varonil, y con una voz no muy adamada, hablando derechamente con Sancho Panza, dijo: oh malaventurado escudero, alma de cántaro, corazón de alcornoque, de entrañas guiñas y apedernaladas, si te mandáran, ladron, desuellacaras, que te arrojárás de una alta torre al suelo: si te pidieran, enemigo del género humano, que te comieras una docena de sapos, dos de lagartos y tres de culebras: si te persuadieran á que matáras á tu mujer y á tus hijos con algun truculento y agudo alfange, no fuera maravilla que te mostráras melindroso y esquivo; pero hacer caso de tres mil y trescientos azotes, que no hay niño de la doctrina, por ruin que sea, que no se los lleve cada mes, admira, adarva, espanta á todas las entrañas piadosas de los que lo escuchan, y aun las de todos aquellos que lo vinieren á saber con el discurso del tiempo. Pon, ó miserable y endurecido animal, pon, digo, esos tus ojos de mochuelo espantadizo en las niñas destes míos, comparados á rutilantes estrellas, y veraslos llorar hilo á hilo, y madeja á madeja, haciendo surcos, carreras y sendas por los hermosos campos de mis mejillas. Muévate, socarron y mal intencionado monstruo, que la edad tan florida mia, que aun se está todavía en el diez y... de los años, pues tengo diez y nueve, y no llevo á veinte, se consume y marchita debajo de la corteza de una rústica labradora; y si ahora no lo parezco, es merced particular que me ha hecho el señor Merlin, que está presente, solo porque te enternezca mi belleza: que las lágrimas de una afligida hermosura vuelven en algodón los riscos, y los tigres en ovejas. Date, date en esas carnazas, bestion indómito, y saca de haron ese brio, que á solo comer y mas comer te inclina, y pon en libertad la lisura de mis carnes, la mansedumbre de mi condicion y la belleza de mi faz. Y si por mí no quieres ablandarte, ni reducirte á algun razonable término, hazlo por ese pobre caballero que á tu lado tienes, por tu amo digo, de quien estoy viendo el alma, que la tiene atravesada en la garganta, no diez dedos de los labios, que no espera sino tu rígida ó blanda respuesta, ó para salirse por la boca, ó para volverse al estómago.

Tentóse oyendo esto la garganta don Quijote, y dijo volviéndose al duque: por Dios, señor, que Dulcinea ha dicho la verdad, que aquí tengo el alma atravesada en la garganta como una nuez de ballesta, ¿Que decis vos á esto, Sancho? preguntó la duquesa. Digo, señora, respondió Sancho, lo que tengo dicho, que de los azotes abrenuncio. Abrenuncio, habeis de decir, Sancho, y no como decis, dijo el duque. Déjeme vuestra grandeza, respondió Sancho, que no estoy ahora para mirar en sotilezas ni en letras mas á menos, porque me tienen tan turbado estos azotes que me han de dar, ó me tengo de dar, que no sé lo que me digo, ni lo que me hago. Pero querria yo saber de la señora mi señora doña Dulcinea del Toboso, adonde aprendió el modo de rogar que tiene: viene á pedirme que me abra las carnes á azotes, y llámame alma de cántaro y bestion indómito, con una tiramira (1) de malos nombres, que el diablo los sufra. ¿Por ventura son mis carnes de bronce? ¿ó vame á mí algo en que se desencante ó no? ¿Qué canasta de ropa blanca, de camisas, de tocadores y de escarpines, aunque no los gasto, trae delante de sí para ablandarme, sino un vituperio y otro, sabiendo aquel refran que dicen por abí, que un asno cargado de oro sube ligero por una montaña, y que dádivas quebrantan peñas, y á Dios rogando

(1) La lista, cáfila ó retahilo de malos nombres ó apodos. — Arr.

y con el mazo dando, y que mas vale un toma que dos te daré? Pues el señor mi amo, que habia de traerme la mano por el cerro (1) y alagarme, para que yo me hiciese de lana y de algodón cardado, dice que si me coge, me amarrará desnudo á un árbol y me doblará la parada de los azotes; y habian de considerar estos lastimados señores, que no solamente piden que se azote un escudero, sino un gobernador, como quien dice, bebe con guindas (2). Aprendan, aprendan mucho de enhoramala á saber rogar y á saber pedir y á tener crianza, que no son todos los tiempos unos, ni estan los hombres siempre de un buen humor. Estoy yo ahora reventando de pena por ver mi sayo verde roto, y vienen á pedirme que me azote de mi voluntad, estando ella tan ajena dello como de volverme cacique (3).

Pues en verdad, amigo Sancho, dijo el duque, que si no os ablandais mas que una breva madura, que no habeis de empuñar el gobierno. Bueno seria que yo enviase á mis insulanos un gobernador cruel de entrañas pedernalinas, que no se doblega á las lágrimas de las afligidas doncellas, ni á los ruegos de discretos, imperiosos y antiguos encantadores y sabios. En resolución, Sancho, ó vos habeis de ser azotado, ó os han de azotar, ó no habeis de ser gobernador. Señor, respondió Sancho, ¿no se me darian dos dias de término para pensar lo que me está mejor? No, en ninguna manera, dijo Merlin, aqui en este instante y en este lugar ha de quedar asentado lo que ha de ser deste negocio: ó Dulcinea volverá á la cueva de Montesinos y á su pristino estado de labradora, ó ya en el sér que está será llevada á los eliseos campos, donde estará esperando se cumpla el número del vúpulo.

Ea, buen Sancho, dijo la duquesa, buen ánimo y buena correspondencia al pan que habeis comido del señor don Quijote, á quien todos debemos servir y agradar por su buena condicion y por sus altas caballerias. Dad el si, hijo, desta azotaina, y váyase el diablo para diablo, y el temor para mezquino, que un buen corazon quebranta mala ventura como vos bien sabeis.

A estas razones respondió con estas disparatadas Sancho, que hablando con Merlin le preguntó: dígame vuesa merced, señor Merlin, cuando llegó aqui el diablo correo dió á mi amo un recado del señor Montesinos, mandándole de su parte que le esperase aquí, porque venia á dar orden de que la señora doña Dulcinea del Toboso se desencantase, y hasta ahora no hemos visto á Montesinos ni á sus semejanzas. A lo cual respondió Merlin: el diablo amigo Sancho, es un ignorante y un grandísimo bellaco; yo le envié en busca de vuestro amo, pero no con recado de Montesinos, sino mio, porque Montesinos se está en su cueva atendiendo, ó por mejor decir, esperando su desencanto, que aun le falta la cola por desollar: si os debe algo, ó teneis alguna cosa que negociar con él, yo os lo traeré y pondré donde vos mas quisiéredes: y por ahora acabad de dar el si desta diciplina; y creedme, que os será de mucho provecho así para el alma como para el cuerpo: para el alma, por la caridad con que la hareis; para el cuerpo, porque yo sé que sois de complexion sanguínea, y no os podrá hacer daño sacaros un poco de sangre.

Muchos médicos hay en el mundo; hasta los encantadores son médicos, replicó Sancho: pero pues todos me lo dicen, aunque yo no me lo veo, digo que soy contento de darme los tres mil y trescientos azotes, con condicion que me los tengo de dar cada y cuando que yo quisiere, sin que se me ponga tasa en los dias ni en el tiempo, y yo procuraré salir de la deuda lo mas presto que sea posible, porque goce el mundo de la hermosura de la señora doña Dulcinea del Toboso, pues segun parece, al revés de lo que yo pensaba, en efecto es hermosa. Ha de ser tambien condicion, que no

(1) Esto es, atusar, pasar la mano suavemente por la cabeza, como hacen con el caballo y demas bestias de carga que para amansarlas las palpan y pasan la mano por el cerro ó por la clin. — Arr.

(2) Especie de exageracion para dar á entender que piden que se azote, no como quiera un escudero, sino lo que es infinitamente mas, todo un gobernador; como quien dice: *bebe con guindas, miel sobre hojuelas*, ó á mayor abundamiento, que viene á ser lo mismo. — Arr.

(3) En lengua mejicana es lo mismo que *señor de vasallos*. — Arr.

he de estar obligado á sacarme sangre con la diciplina, y que si algunos azotes fueren de mosqueo, se me han de tomar en cuenta. Item, que si me errare en el número, el señor Merlin, pues lo sabe todo, ha de tener cuidado de contarlos, y de avisarme los que me faltan ó los que me sobran. De las sobras no habrá que avisar, respondió Merlin, porque llegando al cabal número, luego quedará de improviso desencantada la señora Dulcinea, y vendrá á buscar, como agradecida, al buen Sancho, y á darle gracias y aun premios por la buena obra. Asi que no hay de que tener escrúpulo de las sobras ni de las faltas, ni el cielo permita que yo engañe á nadie, aunque sea en un pelo de la cabeza. Ea pues, á la mano de Dios, dijo Sancho; yo consiento en mi mala ventura, digo que yo acepto la penitencia con las condiciones apuntadas.

Apénas dijo estas últimas palabras Sancho, cuando volvió á sonar la música de las chirimias, y se volvieron á disparar infinitos arcabuces, y don Quijote se colgó del cuello de Sancho, dándole mil besos en la frente y en las mejillas. La duquesa y el duque y todos los circunstantes dieron muestras de haber recibido grandísimo contento, y el carro comenzó á caminar, y al pasar la hermosa Dulcinea inclinó la cabeza á los duques, y hizo una gran reverencia á Sancho: y ya en esto se venia á mas andar el alba alegre y risueña: las florecillas de los campos se descollaban y erguian, y los líquidos cristales de los arroyuelos, murmurando por entre blancas y pardas guijas, iban á dar tributo á los rios que los esperaban: la tierra alegre, el cielo claro, el aire limpio, la luz serena, cada uno por sí y todos juntos daban manifiestas señales que el día que al aurora venia pisando las faldas habia de ser sereno y claro. Y satisfechos los duques de la caza, y de haber conseguido su intencion tan discreta y felicemente, se volvieron á su castillo con prosupuesto de segundar en sus burlas, que para ellos no habia veras que mas gusto les diesen.





CAPÍTULO XXXVI.

Donde se cuenta la extraña y jamas imaginada aventura de la dueña Dolorida, alias de la condesa Trifaldi, con una carta que Sancho Panza escribió á su mujer Teresa Panza.



TENIA un mayordomo el duque de muy burlesco y desenfadado ingenio, el cual hizo la figura de Merlin, y acomodó todo el aparato de la aventura pasada, compuso los versos, é hizo que un paje hiciese á Dulcinea. Finalmente con intervencion de sus señores, ordenó otra del mas gracioso y extraño artificio que puede imaginarse.

Preguntó la duquesa á Sancho otro día si habia comenzado la tarea de la penitencia que habia de hacer por el desencanto de Dulcinea. Dijo que sí, y que aquella noche se habia dado cinco azotes. Preguntóle la duquesa que con qué se los habia dado. Respondió que con la mano. Eso, replicó la duquesa, mas es darse de palmadas que de azotes: yo tengo para mí que el sabio Merlin no estará contento con tanta blandura: menester será que el buen Sancho haga alguna diciplina de abrojos, ó de las de canelones (1), que se dejen sentir porque la letra con sangre entra, y no se ha de dar tan barata la libertad de una tan gran señora como lo es Dulcinea por tan poco precio. A lo que respondió Sancho: déme vuestra señoria alguna diciplina ó ramal conveniente, que yo me daré con él, como no me duela demasiado; porque hago saber á vuesa merced, que aunque soy rústico, mis carnes tienen mas de algodón que de esparto, y no será bien que yo me descrie (2) por el provecho ajeno. Sea en buena hora, respondió la duquesa; yo os daré mañana una diciplina que os venga muy al justo, y se acomode con la ternura de vuestras carnes, como si fueran sus hermanas propias. A lo que dijo Sancho: sepa vuestra alteza, señora mía de mi ánima, que yo tengo escrita una carta á mi mujer Teresa Panza, dándole cuenta de todo lo que me ha sucedido despues que me aparté della: aqui la tengo en el seno, que no le falta mas que ponerle el sobrescrito: querria que vuestra discrecion la leyese: porque me parece que va conforme á lo de gobernador, digo al modo que deben de escribir los gobernadores. ¿Y quien la notó? preguntó la duquesa. ¿Quién la habia de notar sino yo, pecador de mí? respondió Sancho. ¿Y escribístela vos? dijo la duquesa. Ni por pienso, respondió Sancho: porque yo no sé leer ni escribir, puesto que sé firmar. Veámosla, dijo la duquesa, que á buen seguro que vos mostreis en ella la calidad y suficiencia de vuestro ingenio. Sacó Sancho una carta abierta del seno, y tomándola la duquesa, vió que decia desta manera:

(1) Canelones llaman al azote compuesto de seis ú ocho ramales gordos, duros y desigualmente labrados ó trenzados. — Arr.

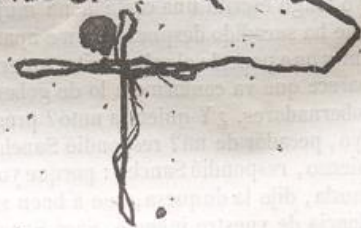
(2) Me destruya, me acabe, me enquile. — Arr.

CARTA DE SANCHO PANZA A TERESA PANZA SU MUJER.

« Si buenos azotes me daban , bien caballero me iba : si buen gobierno me tengo , buenos azotes me cuesta. Esto no lo entenderás tú , Teresa mia , por ahora , otra vez lo sabrás. Has de saber , Teresa , que tengo determinado que andes en coche , que es lo que hace al caso , porque todo otro andar es andar á gatas. Mujer de un gobernador eres , mira si te roerá nadie los zancajos. Ahí te envío un vestido verde de cazador , que me dió mi señora la duquesa , acomódale en modo que sirva de saya y cuerpos á nuestra hija. Don Quijote mi amo , segun he oido decir en esta tierra , es un loco cuerdo y un mentecato gracioso , y que yo no le voy en zaga. Hemos estado en la cueva de Montesinos , y el sabio Merlin ha echado mano de mí para el desencanto de Dulcinea del Toboso , que por allá se llama Aldonza Lorenzo. Con tres mil y treientos azotes menos cinco , que me he de dar , quedará desencantada como la madre que la parió. No dirás desto nada á nadie , porque pon lo tuyo en concejo , y unos dirán que es blanco y otros que es negro. De aquí á pocos dias me partiré al gobierno , adonde voy con grandísimo deseo de hacer dineros , porque me han dicho que todos los gobernadores nuevos van con este mesmo deseo : tomaréle el pulso , y avisaréte si has de venir á estar conmigo , ó no. El rucio está bueno , y se te encomienda mucho , y no le pienso dejar aunque me lleváran á ser gran turco. La duquesa mi señora te besa mil veces las manos ; vuélvele el retorno con dos mil , que no hay cosa que menos cueste ni valga mas barata , segun dice mi amo , que los buenos comedimientos. No ha sido Dios servido de depararme otra maleta con otros cien escudos como la de marras (1) ; pero no te dé pena , Teresa mia , que en salvo está el que repica , y todo saldrá en la colada del gobierno , sino que me ha dado gran pena que me dicen que si una vez le pruebo , que me tengo de comer las manos tras él (2) , y si así fuese no me costaría muy barato , aunque los estropeados y mancos ya se tienen su calongia en la limosna que piden : así que por una via ó por otra tú has de ser rica y de buena ventura. Dios te la dé como puede , y á mí me guarde para servirte. Deste castillo á 20 de julio de 1614.

Tu marido el gobernador

Sanchopanza



(1) Marras , voz árabe , derivada del adverbio *marrat* , que significa *en otro tiempo* , *en tiempo de entonces* , ó lo que es lo mismo , que el adverbio latino *olim*. — P.

(2) Esto es , me he de aficionar á él demasiado. — Arr.

En acabando la duquesa de leer la carta dijo á Sancho : en dos cosas anda un poco descaminado el buen gobernador : la una en decir ó dar á entender que este gobierno se le han dado por los azotes que se ha de dar , sabiendo él , que no lo puede negar , que cuando el duque mi señor se le prometió no se soñaba haber azotes en el mundo : la otra es , que se muestra en ella muy codicioso , y no querría que orégano fuese (1), porque la codicia rompe el saco , y el gobernador codicioso hace la justicia desgobernada. Yo no lo digo por tanto , señora , respondió Sancho ; y si á vuesa merced le parece que la tal carta no va como ha de ir , no hay sino rasgarla , y hacer otra nueva , y podría ser que fuese peor , si me lo dejan á mi caletre. No , no , replicó la duquesa , buena está esta , y quiero que el duque la vea.

Con esto se fuéron á un jardín donde habian de comer aquel dia. Mostró la duquesa la carta de Sancho al duque , de que recibió grandísimo contento. Comieron , y despues de alzados los manteles , y despues de haberse entretenido un buen espacio con la sabrosa conversacion de Sancho , á deshora se oyó el són tristísimo de un pifaro y el de un ronco y destemplado tambor. Todos mostraron alborotarse con la confusa , marcial y triste armonia , especialmente don Quijote , que no cabia en su asiento de puro alborotado : de Sancho no hay que decir sino que el miedo le llevó á su acostumbrado refugio , que era el lado ó faldas de la duquesa , porque real y verdaderamente el són que se escuchaba era tristísimo y melancólico . Y estando todos así suspensos , vieron entrar por el jardín adelante dos hombres vestidos de luto , tan luengo y tendido , que les arrastraba por el suelo : estos venian tocando dos grandes tambores , asimismo cubiertos de negro. A su lado venia el pifaro negro y pizmiento como los demas. Seguia á los tres un personaje de cuerpo agigantado , amantado , no que vestido con una negrísima loba (2) , cuya falda era asimismo desaforada de grande. Por encima de la loba le ceñía y atravesaba un ancho tahalí , tambien negro , de quien pendia un desmesurado alfange de guarniciones y vaina negra. Venia cubierto el rostro con un trasparente velo negro , por quien se entreparecia una longuísima barba , blanca como la nieve. Movia el paso al són de los tambores con mucha gravedad y reposo. En fin , su grandeza , su contoneo , su negrura y su acompañamiento pudiera y pudo suspender á todos aquellos que sin conocerle le miraron. Llegó pues con el espacio y prosopopeya referida á hincarse de rodillas ante el duque , que en pie con los demas que allí estaban le atendia. Pero el duque en ninguna manera le consintió hablar hasta que se levantase. Hizolo así el espantajo prodigioso , y puesto en pie alzó el antifaz del rostro , é hizo patente la mas horrenda , la mas larga , la mas blanca y mas poblada barba que hasta entonces humanos ojos habian visto , y luego desencajó y arrancó del ancho y dilatado pecho una voz grave y sonora , y poniendo los ojos en el duque dijo : altísimo poderoso señor , á mí me llaman Trifaldin el de la barba blanca : soy escudero de la condesa Trifaldi , por otro nombre llamada la Dueña Dolorida , de parte de la cual traigo á vuestra grandeza una embajada , y es que la vuestra magnificencia sea servida de darla facultad y licencia para entrar á decirle su cuita , que es una de las mas nuevas y mas admirables que el mas cuitado pensamiento del orbe pueda haber pensado : y primero quiere saber si está en este vuestro castillo el valeroso y jamas vencido caballero don Quijote de la Mancha , en cuya busca viene á pie y sin desayunarse desde el reino de Candaya hasta este vuestro estado , cosa que se puede y debe tener á milagro ó á fuerza de encantamento : ella queda á la puerta desta fortaleza ó casa de campo , y no aguarda para entrar sino vuestro beneplácito. Dije. Y tosió luego , y manoseóse la barba de arriba abajo con entrambas manos , y con mucho sosiego estuvo atendiendo la respuesta del duque , que fue : ya , buen escudero Trifaldin de la blanca barba , há muchos dias que tenemos noticia de la desgracia de mi señora la

(1) Véase la nota segunda de la pág. 416.

(2) Vestidura clerical y talar que llegaba al suelo. En tiempos antiguos era vestidura honorífica , segun dice Covarrubias.—Arr.

condesa Trifaldi, á quien los encantadores la hacen llamar la Dueña Dolorida : bien podeis, estupendo escudero, decirle que entre, y que aquí está el valiente caballero don Quijote de la Mancha, de cuya condicion generosa puede prometerse con seguridad todo amparo y toda ayuda : y asimismo le podreis decir de mi parte que si mi favor le fuere necesario no le ha de faltar, pues ya me tiene obligado á dárselo el ser caballero, á quien es anejo y concierne favorecer á toda suerte de mujeres, en especial á las dueñas viudas menoscabadas y doloridas, cual lo debe estar su señoría



Oyendo lo cual Trifaldin inclinó la rodilla hasta el suelo, y haciendo al pífaró y tambores señal que tocasen, al mismo són y al mismo paso que habia entrado se volvió á salir del jardin, dejando á todos admirados de su presencia y compostura.

Y volviéndose el duque á don Quijote le dijo : en fin, famoso caballero, no pueden las tinieblas de la malicia ni de la ignorancia encubrir y oscurecer la luz del valor y de la virtud. Digo esto, porque apenas há seis dias que la vuestra bondad está en este

castillo, cuando ya os vienen á buscar de lueñes (1) y apartadas tierras, y no en carrozas ni en dromedarios, sino á pie y en ayunas, los tristes, los afligidos, confiados que han de hallar en ese fortísimo brazo el remedio de sus cuitas y trabajos: merced á vuestras grandes hazañas que corren y rodean todo lo descubierto de la tierra.

Quisiera yo, señor duque, respondió don Quijote, que estuviera aquí presente aquel bendito religioso, que á la mesa el otro día mostró tener tan mal talante y tan mala ojeriza contra los caballeros andantes, para que viera por vista de ojos si los tales caballeros son necesarios en el mundo: tocara por lo menos con la mano que los extraordinariamente afligidos y desconsolados, en casos grandes y en desdichas enormes, no van á buscar su remedio á las casas de los letrados ni á la de los sacristanes de las aldeas, ni al caballero que nunca ha acertado á salir de los términos de su lugar, ni al perezoso cortesano que antes busca nuevas para referirlas y contarlas, que procura hacer obras y hazañas, para que otros las cuenten y las escriban. El remedio de las cuitas, el socorro de las necesidades, el amparo de las doncellas, el consuelo de las viudas, en ninguna suerte de personas se halla mejor que en los caballeros andantes, y de serlo yo doy infinitas gracias al cielo, y doy por muy bien empleado cualquier desman y trabajo que en este tan honroso ejercicio pueda sucederme. Venga esta dueña y pida lo que quisiere, que yo le libraré su remedio en la fuerza de mi brazo y en la intrépida resolución de mi animoso espíritu.

(1) Esto es, lejanas, distantes. Es voz anticuada, tomada de los libros de caballerías, á que alude, remedo y ridiculiza á cada paso el autor. — Arr.





CAPITULO XXXVII.

Donde se prosigue la famosa aventura de la dueña Dolorida.



En extremo se holgaron el duque y la duquesa de ver cuan bien iba respondiendo á su intencion don Quijote, y á esta sazón dijo Sancho: no querria yo que esta señora dueña pusiese algun tropiezo á la promesa de mi gobierno, porque yo he oido decir á un boticario toledano, que hablaba como un silguero, que donde interviniesen dueñas no podia suceder cosa buena. ¡ Váleme Dios, y que mal estaba con ellas el tal boticario! de lo que yo saco, que pues todas las dueñas son enfadosas é impertinentes, de cualquiera calidad y condicion que sean, ¿ que serán las que son doloridas, como han dicho que es esta condesa tres faldas ó tres colas? que en mi tierra faldas y colas, colas y faldas todo es uno. Calla, Sancho amigo, dijo don Quijote, que pues esta señora dueña de tan lueñes tierras viene á buscarme, no debe ser de aquellas que el boticario tenia en su número, cuanto mas que esta es condesa, y cuando las condesas sirven de dueñas será sirviendo á reinas y emperatrices, que en sus casas son señorísimas, que se sirven de otras dueñas. A esto respondió doña Rodriguez (1), que se halló presente: dueñas tiene mi señora la duquesa en su servicio, que pudieran ser condesas si la fortuna quisiera; pero allá van leyes do quieren reyes: y nadie diga mal de las dueñas, y mas de las antiguas y doncellas, que aunque yo no lo soy, bien se me alcanza y se me trasluce la ventaja que hace una dueña doncella á una dueña viuda, y quien á nosotras trasquiló, las tijeras le quedaron en la mano. Con todo eso, replicó Sancho, hay tanto que trasquilar en las dueñas, segun mi barbero, quanto será mejor no menear el arroz aunque se pegue. Siempre los escuderos, respondió doña Rodriguez, son enemigos nuestros, que como son duendes de las antesalas, y nos ven á cada paso, los ratos que no rezan (que son muchos) los gastan en murmurar de nosotras, desenterrándonos los huesos, y enterrándonos la fama. Pues mándoles yo á los leños movibles, que mal que les pese hemos de vivir en el mundo y en las casas principales, aunque muramos de hambre, y cubramos con un negro mongil nuestras delicadas ó no delicadas carnes,

(1) El don ó doña como el Sir inglés solo se pone delante de nombre de bautismo. El uso había introducido una escepcion para las dueñas, á las cuales se las daba el titulo de doña antes de su nombre propio.

como quien cubre ó tapa un muladar con un tapiz en dia de procesion. A fe que si me fuera dado y el tiempo lo pidiera, que yo diera á entender no solo á los presentes, sino á todo el mundo, como no hay virtud que no se encierre en una dueña. Yo creo, dijo la duquesa, que mi buena doña Rodriguez tiene razon y muy grande; pero conviene que aguarde tiempo para volver por sí y por las demas dueñas, para confundir la mala opinion de aquel mal boticario, y desarraigat la que tiene en su pecho el gran Sancho Panza. A lo que Sancho respondió: despues que tengo humos de gobernador se me han quitado los vaguidos de escudero, y no se me da por cuantas dueñas hay un cabrahigo (1).

Adelante pasáran con el coloquio dueñesco si no oyeran que el pifaro y los tambores volvían á sonar, por donde entendieron que la Dueña Dolorida entraba. Preguntó la duquesa al duque si seria bien ir á recibirla, pues era condesa y persona principal. Por lo que tiene de condesa, respondió Sancho, antes que el duque respondiese, bien estoy en que vuestras grandezas salgan á recibirla; pero por lo de dueña, soy de parecer que no se muevan un paso. ¿Quién te mete á tí en esto, Sancho? dijo don Quijote. ¿Quién, señor? respondió Sancho, yo me meto, que puedo meterme, como escudero que ha aprendido los términos de la cortesía en la escuela de vuesa merced, que es el mas cortes y bien criado caballero que hay en toda la cortesania; y en estas cosas, segun he oido decir á vuesa merced, tanto se pierde por carta de mas como por carta de menos: y al buen entendedor pocas palabras. Así es como Sancho dice, dijo el duque, veremos el talle de la condesa, y por él tantearemos la cortesía que se le debe. En esto entraron los tambores y el pifaro como la vez primera. Y aquí con este breve capítulo dió fin el autor, y comenzó el otro siguiendo la misma aventura, que es una de las mas notables de la historia.

(1) *Un cabrahigo, ó una higa*: es decir, *nada*: alusion á esta fruta silvestre y despreciable, que nada vale, y que nadie la come, por ser insípida ó desabrida. — Arr.





CAPITULO XXXVIII.

Donde se cuenta la (1) que dió de su mala andanza la Dueña Dolorida.



DETRAS de los tristes músicos comenzaron á entrar por el jardin adelante hasta cantidad de doce dueñas repartidas en dos hileras, todas vestidas de unos mongiles anchos, al parecer de anascote batanado, con unas tocas blancas de delgado canequí (2), tan luengas que solo el ribete del mongil descubrian. Tras ellas venia la condesa Trifaldi, á quien traia de la mano el escudero Trifaldin de la blanca barba, vestida de finisima y negra bayeta por frisar, que á venir frisada descubriera cada grano del grandor de un garbanzo de los buenos de Martos: la cola ó faldá, ó como llamarla quisieren, era de tres puntas, las cuales se sustentaban en las manos de tres pajes asimismo vestidos de luto, haciendo una vistosa y matemática figura con aquellos tres ángulos acutos que las tres puntas formaban, por lo cual cayeron todos los que la falda puntiaguda miraron que por ella se debia llamar la condesa Trifaldi, como si dijésemos la condesa de las tres faldas: y asi dice Benenjeli que fue verdad, y que de su propio apellido se llama la condesa Lobuna, á causa que se criaban en su condado muchos lobos, y que si como eran lobos fueran zorras, la llamarán la condesa Zorruna, por ser costumbre en aquellas partes tomar los señores la denominacion de sus nombres de la cosa ó cosas en que mas sus estados abundan; empero esta condesa por favorecer la novedad de su falda dejó el Lobuna y tomó el Trifaldi.

Venian las doce dueñas y la señora á paso de procesion, cubiertos los rostros con unos velos negros, y no transparentes como el de Trifaldin, sino tan apretados, que ninguna cosa se traslucian. Así como acabó de parecer el dueñesco escuadron, el duque, la duquesa y don Quijote se pusieron en pie, y todos aquellos que la espaciosa procesion miraban. Pararon las doce dueñas, é hicieron calle, por medio de la cual la Dolorida se adelantó sin dejarla de la mano Trifaldin. Viendo lo cual el duque, la duquesa y don Quijote se adelantaron obra de doce pasos á recibirla. Ella puestas las rodillas en el suelo, con voz antes basta y ronca que sutil y delicada, dijo: vuestras grandezas sean servidas de no hacer tanta cortesia á este su criado, digo á esta su criada, porque segun soy de dolorida, no acertaré á responder á lo que debo, á causa que mi extraña y jamas vista desdicha me ha llevado el entendimiento no sé adonde, y

(1) Este pronombre está por el sustantivo que termina el capitulo precedente, esto es, *historia*.
 (2) Era una tela delgada y trasparente, como ahora la gasa.—Arr.

debe de ser muy lejos, pues cuanto mas le busco, menos le hallo. Sin él estaria, respondió el duque, señora condesa, el que no descubriese por vuestra persona vuestro valor, el cual, sin mas ver, es merecedor de toda la nata de la cortesía, y de toda la



flor de las bien criadas ceremonias; y levantándola de la mano la llevó á asentar en una silla junto á la duquesa, la cual la recibió asimismo con mucho comedimiento. Don Quijote callaba, y Sancho andaba muerto por ver el rostro de la Trifaldi y de alguna de sus muchas dueñas; pero no fue posible hasta que ellas de su grado y voluntad se descubrieron.

Sosegados todos y puestos en silencio, estaban esperando quien le habia de romper, y fue la Dueña Dolorida con estas palabras: confiada estoy, señor poderosísimo, hermosísima señora, y discretísimos circunstantes, que ha de hallar mi cuitísima en vuestros valerosísimos pechos acogimiento, no menos plácido que generoso y doloroso, porque ella es tal, que es bastante á enternecer los mármoles, y á ablandar los diamantes, y á molificar los aceros de los mas endurecidos corazones del mundo; pero antes que salga á la plaza de vuestros oídos, por no decir orejas, quisiera que me hicieran sabidora si está en este gremio, corro y compañía el acendradísimo caballero don Quijote de la Manchísima, y su escuderísimo Panza.

El Panza, antes que otro respondiese dijo Sancho, aquí está, y el don Quijotísimo asimismo; y así podreis, dolorosísima dueñísima, decir lo que quisieredísimis, que todos estamos prontos, y aparejadísimos á ser vuestros servidorísimos.

En esto se levantó don Quijote, y encaminando sus razones á la Dolorida Dueña, dijo: si vuestras cuitas, angustiada señora, se pueden prometer alguna esperanza de remedio por algun valor ó fuerzas de algun andante caballero, aquí estan las mias, que aunque flacas y breves, todas se emplearán en vuestro servicio. Yo soy don Quijote de la Mancha, cuyo asunto es acudir á toda suerte de menesterosos: y siendo esto así, como lo es, no habeis menester, señora, captar benevolencias, ni buscar preámbulos, sino á la llana y sin rodeos decir vuestros males, que oídos os escuchan que sabrán si no remediarlos, dolerse dellos. Oyendo lo cual la Dolorida Dueña hizo señal

de querer arrojarse á los pies de don Quijote, y aun se arrojó, y pugnando por abrazárselos, decia: ante estos pies y piernas me arrojó, oh caballero invicto, por ser los que son basas y columnas de la andante caballería: estos pies quiero besar, de cuyos pasos pende y cuelga todo el remedio de mi desgracia. ¡Oh valeroso andante, cuyas verdaderas fazañas dejan atrás y oscurecen las fabulosas de los Amadises, Esplandianes y Belianises! Y dejando á don Quijote, se volvió á Sancho Panza, y asiéndole de las manos le dijo: ¡oh tú el mas leal escudero que jamas sirvió á caballero andante en los presentes ni en los pasados siglos, mas luengo en bondad que la barba de Trifaldín mi acompañador, que está presente! bien puedes preciarte que en servir al gran don Quijote sirves en cifra á toda la caterva de caballeros que han tratado las armas en el mundo. Conjúrote por lo que debes á tu bondad fidelísima y desdichadísima condesa. A lo que respondió Sancho: de que sea mi bondad, señora mia, tan larga y grande como la barba de vuestro escudero, á mí me hace muy poco al caso: barbada y con bigotes tenga yo mi alma cuando desta vida vaya, que es lo que importa, que de las barbas de acá poco ó nada me curo; pero sin esas socialías ni plegarias yo rogaré á mi amo (que sé que me quiere bien, y mas agora que me há menester para cierto negocio) que favorezca y ayude á vuesa merced en todo lo que pudiere: vuesa merced desembaule su cuita, y cuéntenosla, y deje hacer, que todos nos entenderemos. Reventaban de risa con estas cosas los duques, como aquellos que habian tomado el pulso á la tal aventura, y alababan entre sí la agudeza y disimulacion de la Trifaldi, la cual volviéndose á sentar dijo:

Del famoso reino de Candaya, que cae entre la gran Trapobana y el mar del Sur, dos leguas mas allá del cabo Comorin, fue señora la reina doña Maguncia, viuda del rey Archipiela, su señor y marido, de cuyo matrimonio tuvieron y procrearon á la infanta Antonomasia, heredera del reino, la cual dicha infanta Antonomasia se crió y creció debajo de mi tutela y doctrina, por ser yo la mas antigua y la mas principal dueña de su madre. Sucedió pues, que yendo días y viniendo días, la niña Antonomasia llegó á edad de catorce años, con tan gran perfeccion de hermosura, que no la pudo subir mas de punto la naturaleza. Pues digamos ahora que la discrecion era mocosa (1): así era discreta como bella, y era la mas bella del mundo, y lo es, si ya los hados envidiosos y las parcas endurecidas no la han cortado la estambre de la vida; pero no habrán, que no han de permitir los cielos que se haga tanto mal á la tierra, como seria llevarse en agraz el racimo del mas hermoso veduño del suelo. Desta hermosura, y no como se debe encarecida de mi torpe lengua, se enamoró un número infinito de príncipes, así naturales como extranjeros, entre los cuales osó levantar los pensamientos al cielo de tanta belleza un caballero particular que en la corte estaba, confiado en su mocedad y en su bizzarria, y en sus muchas habilidades y gracias, y facilidad y felicidad de ingenio; porque hago saber á vuestras grandezas, si no lo tienen por enojo, que tocaba una guitarra que la hacia hablar, y mas que era poeta y gran bailarín, y sabia hacer una jaula de pájaros, que solamente á hacerlas pudiera ganar la vida, cuando se viera en extrema necesidad: que todas estas partes y gracias son bastantes á derribar una montaña, no que una delicada doncella. Pero toda su gentileza y buen donaire, y todas sus gracias y habilidades fueron poca ó ninguna parte para rendir la fortaleza de mi niña, si el ladrón desuella caras no usara del remedio de rendirme á mi primero. Primero quiso el malandrín y desalmado vagamundo gearme la voluntad y cohecharme el gusto, para que yo, mal alcaide, le entregase las llaves de la fortaleza que guardaba. En resolucion, él me aduló el entendimiento, y me rindió la voluntad con no sé que dijes y brincos que me dió. Pero lo que mas me hizo postrar y dar conmigo por el suelo fueron unas coplas que le oí cantar una no-

(1) Es decir, poca, limitada, como la de una mocosa, ó de una niña. — Arr.

che desde una reja que caía á una callejuela donde él estaba, que si mal no me acuerdo, decian :

De la dulce mi enemiga
Nace un mal que al alma hiere,
Y por mas tormento quiere
Que se sienta y no se diga (1).

Parecióme la trova de perlas, y su voz de almíbar, y despues acá, digo desde entonces, viendo el mal en que caí por estos y otros semejantes versos, he considerado que de las buenas y concertadas repúblicas se habian de desterrar los poetas, como aconsejaba Platon á lo menos los lascivos, porque escriben unas coplas, no como las del marques de Mantua, que entretienen y hacen llorar los niños y á las mujeres, sino unas agudezas, que á modo de blandas espinas os atraviesan el alma, y como rayos os hieren en ella, dejando sano el vestido. Y otra vez cantó :

Ven, muerte, tan escondida,
Que no te sienta venir,
Porque el placer del morir
No me torne á dar la vida (2).

Y deste jaez otras coplitas y estrambotes, que cantados encantan, y escritos suspenden. ¿Pues que cuando se humillan á componer un género de verso que en Candaña se usaba entonces, á quien ellos llamaban seguidillas? Allí era el brincar de las almas, el retozar de la risa, el desasosiego de los cuerpos, y finalmente el azogue de todos los sentidos. Y así digo, señores míos, que los tales trovadores con justo título los debian desterrar á las islas de los lagartos (3). Pero no tienen ellos la culpa, sino los simples que los alaban, y las bobas que los creen : y si yo fuera la buena dueña que debia (4), no me habian de mover sus trasnochados conceptos, ni habia de creer ser verdad aquel decir : *vivo muriendo, ardo en el hielo, tiemblo en el fuego, espero sin esperanza, pártome y quédome*, con otros imposibles de esta ralea, de que estan sus escritos llenos. ¿Pues que cuando prometen el fenix de Arabia, la corona de Ariadna, los caballos del Sol, del Sur las perlas, de Tibar el oro, y de Pancaya el bálsamo? Aquí es donde ellos alargan mas la pluma, como les cuesta poco prometer lo que jamas piensan ni pueden cumplir. ¿Pero dónde me divierto? ¡Ay de mí, desdichada! ¿qué locura ó qué desatino me lleva á contar las ajenas faltas, teniendo tanto que decir de las mías? ¡Ay de mí otra vez sin ventura! que no me rindieron los versos, sino mi simplicidad : no me ablandaron las músicas, sino mi liviandad : mi mucha ignorancia y mi poco advertimiento abrieron el camino y desembarazaron la senda á los pasos de don Clavijo, que este es el nombre del referido caballero : y así siendo yo la medianera, él se halló una y muchas veces en la estancia de la por mí y no por él engañada Antonomasia, debajo del título de verdadero esposo, que aunque pecadora no consintiera que sin ser su marido la llegara á la vira (5) de la suela de sus zapatillas. No, no, eso no ; el matrimonio ha de ir adelante en cualquier negocio destes que por mí se tratare. Solamente hubo un daño en este negocio, que fue el de la

(1) Esta copla es traducida de la que escribió Serafino Aquilano que dice así :

*Da la dolce mia nimica
Nasce un duol ch'esser non suo e :
E per piú tormento vuole
Che si sienta e non si dica.*

(2) El primer autor de esta redondilla fue el comendador Escrihá. — P.

(3) Esto es, islas despobladas. Así se llamaban estas, segun Antonio de Torquemada. — P.

(4) Era con efecto el principal encargo de las dueñas de las casas de los señores el cuidar de sus hijas, cuyo cuidado y vigilancia llevaban mal estas. — P.

(5) Al borde, á la orilla de la suela. — Arr.

desigualdad, por ser don Clavijo un caballero particular, y la infanta Antonomasia heredera, como ya he dicho, del reino. Algunos dias estuvo encubierta y solapada en la sagacidad de mi recato esta maraña; hasta que me pareció que la iba descubriendo á mas andar no sé que inchazon del vientre de Antonomasia, cuyo temor nos hizo entrar en bureo (1) á los tres, y salió del que antes que se saliese á luz el mal recado, don Clavijo pidiese ante el vicario por su mujer á Antonomasia, en fe de una cédula que de ser su esposa la infanta le habia hecho, notada por mi ingenio, con tanta fuerza, que las de Sanson no pudieran romperla. Hiciéronse las diligencias, vió el vicario la cédula, tomó el tal vicario la confesion á la señora, confesó de plano, mandóla depositar en casa de un alguacil de corte muy honrado.

A esta sazón dijo Sancho: ¿tambien en Candaya hay alguaciles (2) de corte, poetas y seguidillas? por lo que puedo jurar que imagino que todo el mundo es uno; pero dése vuesa merced priesa, señora Trifaldi, que es tarde, y ya me muero por saber el fin desta tan larga historia. Si haré, respondió la condesa.

(1) Juntarse para tratar alguna cosa. — D. A.

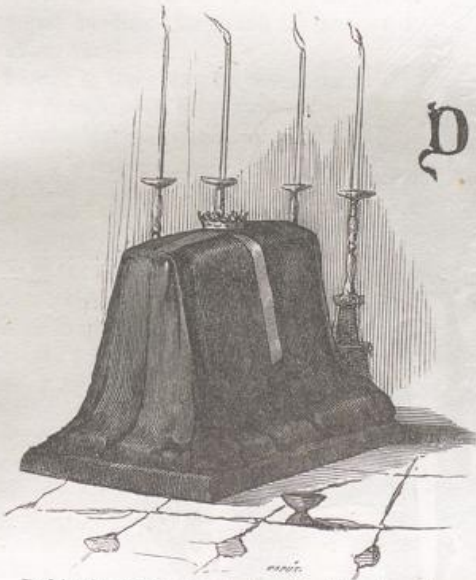
(2) *Alguacil de corte* llaman en arábigo, dice Covarrubias, citando las partidas 2, lib. xx, t. IX, aquel que ha de prender ó justiciar los omes en la corte del rey, ó el de los jueces que juzgan los pleitos. — Arr.





CAPITULO XXXIX.

Donde la Trifaldi prosigue su estupenda y memorable historia.



De cualquiera palabra que Sancho decia, la duquesa gustaba tanto como se desesperaba don Quijote, y mandándole que callase, la Dolorida prosiguió diciendo: en fin, al cabo de muchas demandas y respuestas, como la infanta se estaba siempre en sus trece, sin salir ni variar de la primera declaracion, el vicario sentenció en favor de don Clavijo, y se la entregó por su legitima esposa, de lo que recibió tanto enojo la reina doña Maguncia, madre de la infanta Antonomasia, que dentro de tres dias la enterramos.

Debió de morir sin duda, dijo Sancho. Claro está, respondió Trifaldin, que en Candaya no se entierran las personas vivas, sino las muertas. Ya se ha visto, señor escudero, replicó Sancho, enterrar un desmayado creyendo ser muerto; y parecíame á mí que estaba la reina Maguncia obligada á desmayarse antes que á morir, que con la vida muchas cosas se remedian, y no fue tan grande el disparate de la infanta que obligase á sentirle tanto. Cuando se hubiera casado esa señora con algun paje suyo, ó con otro criado de su casa, como han hecho otras muchas, segun he oido decir, fuera el daño sin remedio; pero el haberse casado con un caballero tan gentil-hombre, y tan entendido como aquí nos le han pintado, en verdad, en verdad que aunque fue necedad, no fue tan grande como se piensa; porque segun las reglas de mi señor, que está presente, y no me dejará mentir, así como se hacen de los hom-

bres letrados los obispos, se pueden hacer de los caballeros, y mas si son andantes, los reyes y los emperadores.

Razon tienes, Sancho, dijo don Quijote, porque un caballero andante, como tenga dos dedos de ventura, está en potencia propíncua de ser el mayor señor del mundo. Pero pase adelante la señora Dolorida, que á mí se me trasluce que le falta por contar lo amargo desta hasta aquí dulce historia.

¡Y como si queda lo amargo! respondió la condesa, y tan amargo, que en su comparacion son dulces las tueras, y sabrosas las adelfas.

Muerta pues la reina, y no desmayada, la enterramos, y apenas la cubrimos con la tierra, y apenas le dimos el último vale, cuando *quis talia fando temperet á lacri-*



mis (1)? puesto sobre un caballo de madera, pareció encima de la sepultura de la

(1) Alude aquí Cervantes con ironía al célebre pasaje de Virgilio (*Eneid* lib. II, v. 6.) cuando Eneas

reina el gigante Malabruno, primo cormano de Maguncia, que junto con ser cruel era encantador, el cual con sus artes, en venganza de la muerte de su cormana, y por castigo del atrevimiento de don Clavijo, y por despecho de la demasia de Antonomasia, los dejó encantados sobre la misma sepultura, á ella convertida en una jimia de bronce, y á él en un espantoso cocodrilo de un metal no conocido, y entre los dos está un padron (1) asimismo de metal, y en él escritas en lengua siriaca unas letras, que habiéndose declarado en la candayesca, y ahora en la castellana, encierran esta sentencia: *No cobrarán su primera forma estos dos atrevidos amantes, hasta que el valeroso Manchego venga conmigo á las manos en singular batalla, que para solo su gran valor guardan los hados esta nunca vista aventura.* Hecho esto sacó de la vaina un ancho y desmesurado alfange, y asiéndome á mi por los cabellos, hizo finta (2) de querer segarme la gola y cortarme á cercen la cabeza. Turbéme, pegóseme la voz á la garganta, quedé mohina en todo extremo; pero con todo me esforcé lo mas que pude, y con voz tembladora y doliente le dije tantas y tales cosas, que le hicieron suspender la ejecucion de tan riguroso castigo. Finalmente hizo traer ante sí todas las dueñas de palacio, que fueron estas que estan presentes, y despues de haber exajerado nuestra culpa, y vituperado las condiciones de las dueñas, sus malas mañas y peores trazas, y cargando á todas la culpa que yo sola tenia, dijo que no queria con pena capital castigarnos, sino con otras penas dilatadas, que nos diesen una muerte civil y continua: y en aquel mismo momento y punto que acabó de decir esto, sentimos todas que se nos abrian los poros de la cara, y que por toda ella nos punzaban como con puntas de agujas. Acudimos luego con las manos á los rostros, y hallámonos de la manera que ahora vereis:

Y luego la Dolorida y las demas dueñas alzaron los antifaces con que cubiertas venian, y descubrieron los rostros todos poblados de barbas, cuales rubias, cuales negras, cuales blancas y cuales albarrazadas, de cuya vista mostraron quedar admirados el duque y la duquesa, pasmados don Quijote y Sancho, y atónitos todos los presentes; y la Trifaldi prosiguió: desta manera nos castigó aquel follon y mal intencionado de Malabruno, cubriendo la blandura y morbidez de nuestros rostros con la aspereza destas cerdas, que pluguiera al cielo que antes con su desmesurado alfange nos hubiera derribado las testas, que no que nos asombrara la luz de nuestras caras con esta borra que nos cubre: porque si entramos en cuenta, señores míos (y esto que voy á decir ahora lo quisiera decir hechos mis ojos fuentes; pero la consideracion de nuestra desgracia, y los males que hasta aquí han llovido, los tienen sin humor y secos como aristas, y así lo diré sin lágrimas): digo pues, que ¿adonde podrá ir una dueña con barbas? ¿qué padre ó qué madre se dolerá de ella? ¿quien le dará ayuda? pues aun cuando tiene la tez lisa, y el rostro martirizado con mil suertes de menjurges y mudas, apénas halla quien bien la quiera, ¿qué hará cuando descubra hecho un bosque su rostro! ¡Oh dueñas y compañeras mías! en desdichado punto nacimos, en hora menuada nuestros padres nos engendraron; y diciendo esto, dió muestras de desmayarse.

cuenta á Dido las desgracias de Troya:

. *Quis talia fando*
Myrmidonum, Dolopumve, aut duri miles Ulyssis.
Temperet à lacrymis? . . .

Version italiana de Annibal Caro:

. *E chi sarebbe*
Ancor che Greco, e Mirmidone, e Dolope,
Ch'a ragionar di ciò non lagrimasse!

Version de Iriarte:

¿Pues que soldado habra del duro Ulises,
Que Mirmidon, oh Dolope que pueda,
Al recordarlas, contener el llanto? — MARTINEZ DEL ROMERO.

(1) Era la columna ó poste en que se pone el cartel ó escritura que se quiere publicar ó hacer notoria. — Arr.

(2) Hizo ademan, fingió, aparentó. — P.



CAPITULO XL.

De cosas que atañen y tocan á esta aventura y á esta memorable historia.



REAL y verdaderamente todos los que gustan de semejantes historias como esta, deben de mostrarse agradecidos á Cide Hamete su autor primero, por la curiosidad que tuvo en contarnos las seminimas della, sin dejar cosa por menuda que fuese que no la sacase á luz distintamente. Pinta los pensamientos, descubre las imaginaciones, responde á las tácitas, aclara las dudas, resuelve los argumentos, finalmente los átomos del mas curioso deseo manifiesta. ¡Oh autor celeberrimo! ¡oh don Quijote dichoso! ¡oh Dulcinea famosa! ¡oh Sancho Panza gracioso! todos juntos, y cada uno de por sí vivais siglos infinitos para gusto y general pasatiempo de los vivientes.

Dice pues la historia que así como Sancho vió desmayada á la Dolorida dijo: por la fe de hombre de bien juro, y por el siglo de todos mis pasados los Panzas, que jamas he oido ni visto, ni mi amo me ha contado, ni en su pensamiento ha cabido semejante aventura como esta. Válgate mil satanases, por no maldecirte, por encantador y gigante Malambruno, ¿y no hallaste otro género de castigo que dar á estas pecadoras sino el de barbarlas? Como ¿y no fuera mejor, y á ellas les estuviera mas á cuento, quitarles la mitad de las narices de medio arriba, aunque hablaran gango-so, que no ponerlas barbas? Apostaré yo que no tienen hacienda para pagar á quien las rape. Así es la verdad, señor, respondió una de las doce, que no tenemos hacienda para mondarnos, y así hemos tomado algunas de nosotras por remedio ahor-rativo de usar de unos pegotes ó parches pegajosos, y aplicándolos á los rostros, y tirando de golpe, quedamos rasas y lisas como fondo de mortero de piedra, que puesto que hay en Candaya mujeres que andan de casa en casa á quitar el vello (1) y á pulir las cejas, y hacer otros menjerges tocantes á mujeres, nosotras las dueñas de mi señora por jamas quisimos admitirlas, porque las mas oliscan á terceras (2) habiendo dejado de ser primas: y si por el señor don Quijote no somos remediadas

(1) Estas son las *velleras*, que se usaba mucho en tiempo de Cervantes, y mucho despues, y aun hoy todavia algunas.

(2) Esto es, *alcahuetas*. — Arr.

con barbas nos llevarán á la sepultura. Yo me pelaría las mias, dijo don Quijote, en tierra de moros, si no remediase la vuestras.

A este punto volvió de su desmayo la Trifaldi, y dijo: el retintin desa promesa, valeroso caballero, en medio de mi desmayo llegó á mis oídos, y ha sido parte para que yo dél vuelva y cobre todos mis sentidos; y así de nuevo os suplico, andante, inclito y señor indomable, vuestra graciosa promesa se convierta en obra. Por mí no quedará, respondió don Quijote: ved, señora, que es lo que tengo de hacer, que el ánimo está muy pronto para serviros. Es el caso, respondió la Dolorida, que desde aquí al reino de Candaya si se va por tierra hay cinco mil leguas, dos mas ó menos; pero si se va por el aire y por la línea recta, hay tres mil y docientas y veinte y siete. Es tambien de saber que Malambruno me dijo que cuando la suerte me deparase al caballero nuestro libertador, que él le enviaria una cabalgadura harto mejor y con menos malicias que las que son de retorno, porque ha de ser aquel mismo caballo de madera sobre quien llevó el valeroso Pierres robada á la linda Magalona, el cual caballo se rige por una clavija que tiene en la frente, que le sirve de freno, y vuela por el aire con tanta lijereza, que parece que los mismos diablos le llevan. Este tal caballo, segun es tradicion antigua, fue compuesto por aquel sabio Merlin. Prestósele á Pierres, que era su amigo, con el cual hizo grandes viajes, y robó, como se ha dicho, á la linda Magalona, llevándola á las ancas por el aire, dejando embobados á cuantos desde la tierra los miraban, y no le prestaba sino á quien él queria ó mejor se lo pagaba, y desde el gran Pierres hasta ahora no sabemos que haya subido alguno en él. De allí le ha sacado Malambruno con sus artes, y le tiene en su poder, y se sirve dél en sus viajes, que los hace por momentos por diversas partes del mundo, y hoy está aquí y mañana en Francia, y otro dia en Potosí: y es lo bueno, que el tal caballo ni come ni duerme, ni gasta herraduras, y lleva un portante (1) por los aires sin tener alas, que el que lleva encima puede llevar una taza llena de agua en la mano sin que se le derrame gota, segun camina llano y reposado, por lo cual la linda Magalona se holgaba mucho de andar caballera en él (2).

A esto dijo Sancho: para andar reposado y llano mi rucio, puesto que no anda por los aires, pero por la tierra yo le cutiré (3) con cuantos portantes hay en el mundo. Riéronse todos, y la Dolorida prosiguió: y este tal caballo, si es que Malambruno quiere dar fin á nuestra desgracia, antes que sea media hora entrada la noche estará en nuestra presencia, porque él me significó que la señal que me daría por donde yo entendiese que habia hallado el caballero que buscaba, seria enviarme el caballo donde fuese con comodidad y presteza. ¿Y cuantos caben en ese caballo? preguntó Sancho. La Dolorida respondió: dos personas, la una en la silla y la otra en las ancas, y por la mayor parte estas tales dos personas son caballero y escudero cuando falta alguna robada doncella. Querria yo saber, señora Dolorida, dijo Sancho, que nombre tiene ese caballo. El nombre, respondió la Dolorida, no es como el caballo de Belerofonte, que se llamaba Pegaso, ni como el del Magno Alejandro, llamado Bucéfalo, ni como el del furioso Orlando, cuyo nombre fue Brilladoro, ni menos Bayarte, que fue el de Reinaldos de Montalvan, ni Frontino, como el de Rugero, ni Peritoa (4)

(1) Es el paso de andadura de la caballería que camina á paso concertado, menudo, lijero y no al trote. — Arr.

(2) *Historia de la linda Magalona, hija del rey de Nápoles, y de Pierres, hijo del conde de Provenza*, impresa en Sevilla, año de 1535, en 4.º — P.

(3) *Cutir*, golpear una cosa con otra, y tambien combatir ó contender con otro. — P.

(4) Este nombre *Peritoa* es una equivocacion, confundiendo con *Piroctis*, que es el verdadero de uno de los caballos del Sol, segun Ovidio en el libro 11 de sus *Metamorfóseos*:

*Interea volucres Pyroctis, Eous et Actheon,
Solis equi, quartusque Phlegon, hinnitibus auras
Flammiferis implent, pedibusque repagula pulsant.*

Tambien es un descuido decir que Bootes sea uno de los caballos del Sol, ya porque los cuatro son los nombrados en los anteriores versos, y ya porque Bootes es la constelacion que está cerca de la Osa mayor.

como dicen que se llaman los del sol, ni tampoco se llama Orelia, como el caballo en que el desdichado Rodrigo, último rey de los godos, entró en la batalla donde perdió la vida y el reino.

Yo apostaré, dijo Sancho, que pues no le han dado ninguno desos famosos nombres de caballos tan conocidos, que tampoco le habrán dado el de mi amo Rocinante que en ser propio excede á todos los que se han nombrado. Así es, respondió la barbada condesa; pero todavía le cuadra mucho, porque se llama *Clavileño el Aligero*, cuyo nombre conviene con el ser de leño, y con la clavija que trae en la frente, y con la lijereza con que camina, y así en cuanto al nombre bien puede competir con el famoso Rocinante.

No me descontenta el nombre, replicó Sancho; pero ¿con qué freno ó con qué jaquima se gobierna? Ya he dicho, respondió la Trifaldi, que con la clavija, que volviéndola á una parte ó á otra el caballero que va encima, le hace caminar como quiere, ó ya por los aires, ó ya rastreando y casi barriendo la tierra, ó por el medio, que es el que se busca y se ha de tener en todas las acciones bien ordenadas.

Ya lo querria ver, respondió Sancho; pero pensar que tengo de subir en él, ni en la silla ni en las ancas, es pedir peras al olmo. Bueno es que apénas puedo tenerme en mi rucio, y sobre una albarda mas blanda que la mesma seda, y querrian ahora que me tuviese en unas ancas de tabla, sin cugin ni almohada alguna: pardiez yo no me pienso moler por quitar las barbas á nadie: cada cual se rape como mas le viniere á cuento, que yo no pienso acompañar á mi señor en tan largo viaje; cuanto mas que yo no debo de hacer al caso para el rapamiento destas barbas como lo soy para el desencanto de mi señora Dulcinea.

Si sois, amigo, respondió la Trifaldi, y tanto, que sin vuestra presencia entiendo que no haremos nada. Aquí del rey (1), dijo Sancho, ¿qué tienen que ver los escuderos con las aventuras de sus señores? ¿hanse de llevar ellos la fama de las que acaban, y hemos de llevar nosotros el trabajo? ¡Cuerpo de mi! aun si dijese los historiadores: el tal caballero acabó la tal y tal aventura, pero con ayuda de fulano su escudero, sin el cual fuera imposible el acabarla; pero ¡que escriban á secas don Paralipomenon de las tres estrellas acabó la aventura de los seis vestiglos, sin nombrar la persona de su escudero, que se halló presente á todo, como si no fuera en el mundo! Ahora, señores, vuelvo á decir que mi señor se puede ir solo, y buen provecho le haga, que yo me quedaré aquí en compañía de la duquesa mi señora, y podría ser que cuando volviese hallase mejorada la causa de la señora Dulcinea en tercio y quinto, porque pienso en los ratos ociosos y desocupados darme una tanda de azotes, que no me la cubra pelo (2).

Con todo eso le habeis de acompañar, si fuere necesario, buen Sancho, dijo la duquesa, porque os lo rogarán buenos, que no han de quedar por vuestro inútil temor tan poblados los rostros destas señoras, que cierto seria mal caso. Aquí del rey otra vez, replicó Sancho; cuando esta caridad se hiciera por algunas doncellas recogidas, ó por algunas niñas de la doctrina (3), pudiera el hombre aventurarse á cualquier trabajo, pero que lo sufra por quitar las barbas á dueñas ¡mal año! mas que las viese yo á todas con barbas desde la mayor hasta la menor, y de la mas melindrosa hasta la mas repulgada (4).

Mal estais con las dueñas, Sancho amigo, dijo la duquesa, mucho os vais tras la opinion del boticario toledano; pues á fe que no teneis razon, que dueñas hay en mi casa que pueden ser ejemplo de dueñas, que aquí está mi doña Rodriguez, que no me

(1) Favor al rey.

(2) No cubrirle pelo alguno; no poder medrar ó hacer fortuna. — D. A.

(3) Se recogen con el fin de criarlas y educarlas hasta que esten en edad de trabajar.

(4) Alude á sus tocas, llenas de repulgos ó pliegues, y á su modo de hablar afectado, melindroso ó repulgado, como le llama el mismo Cervantes, en la novela del Licenciado Vidriera. — Arr.

dejará decir otra cosa. Mas que la diga vuestra excelencia, dijo Rodriguez, que Dios sabe la verdad de todo, y buenas ó malas, barbadas ó lampiñas que seamos las dueñas, tambien nos parieron nuestras madres como á las otras mujeres: y pues Dios nos echó en el mundo, él sabe para qué, y á su misericordia me atengo, y no á las barbas de nadie.

Ahora bien, señora Rodriguez, dijo don Quijote, y señora Trifaldi y compañía, yo espero en el cielo que mirará con buenos ojos vuestras cuitas, que Sancho hará lo que yo le mandare, ya viniese Clavileño, y ya me viese con Malambruno, que yo sé que no habria navaja que con mas facilidad rapase á vuestras mercedes, como mi espada raparia de los hombros la cabeza de Malambruno; que Dios sufre á los malos, pero no para siempre.

¡Ay! dijo á esta sazón la Dolorida, con benignos ojos miren á vuestra grandeza, valeroso caballero, todas las estrellas de las regiones celestes, é infundan en vuestro ánimo toda prosperidad y valentía, para ser escudo y amparo del vituperoso y abatido género dueñesco, abominado de boticarios, murmurado de escuderos, y socaliñado de pajes, que mal haya la bellaca que en la flor de su edad no se metió primero á ser monja que á dueña. Desdichadas de nosotras las dueñas, que aunque vengamos por línea recta de varon en varon del mismo Héctor el troyano, no dejarán de echarnos un vos (1) nuestras señoras, si pensasen por ello ser reinas. ¡Oh gigante Malambruno, que aunque eres encantador, eres certísimo en tus promesas, envíanos ya al sin par Clavileño, para que nuestra desdicha se acabe, que si entra el calor, y estas nuestras barbas duran, guay de nuestra ventura! Dijo esto con tanto sentimiento la Trifaldi, que sacó las lágrimas de los ojos de todos los circunstantes, y aun arrasó los de Sancho; y propuso en su corazon de acompañar á su señor hasta las últimas partes del mundo, si es que en ello consistiese quitar la lana de aquellos venerables rostros.

(1) Como si dijéramos un *tu*. De *vos* se decia tambien *vosear*. Nuestro ceremonial del tiempo de la casa de Austria era mas entonado, y mucho menos llano que ahora. — P.





CAPITULO XLI.

De la venida de Clavileño con el fin de esta dilatada aventura.



LLEGÓ en esto la noche, y con ella el punto determinado en que el famoso caballo Clavileño viniese, cuya tardanza fatigaba ya á don Quijote, pareciéndole que pues Malambruno se detenía en enviarle, ó que él no era el caballero para quien estaba guardada aquella aventura, ó que Malambruno no osaba venir con él á singular

batalla. Pero veis aquí cuando á deshora entraron por el jardín cuatro salvajes vestidos todos de verde yedra, que sobre sus hombros traían un gran caballo de madera. Pusieronle de pies en el suelo, y uno de los salvajes dijo: suba sobre esta máquina el caballero que tuviere ánimo para ello. Aquí, dijo Sancho, yo no subo, porque ni tengo ánimo, ni soy caballero; y el salvaje prosiguió diciendo: y ocupe las ancas el escudero, si es que lo tiene, y fuese del valeroso Malambruno, que si no fuere de su espada, de ninguna otra, ni de otra malicia será ofendido; y no hay mas que torcer esta clavija que sobre el cuello trae puesta, que él los llevará por los aires, adonde los atiende Malambruno; pero porque la alteza y sublimidad del camino no les cause vaguidos, se han de cubrir los ojos hasta que el caballo relinche, que será señal de haber dado fin á su viaje. Esto dicho, dejando á Clavileño, con gentil continente se volvieron por donde habían venido.

La Dolorida así como vió al caballo, casi con lágrimas dijo á don Quijote: valeroso caballero, las promesas de Malambruno han sido ciertas, el caballo está en casa, nuestras barbas crecen, y cada una de nosotras y con cada pelo dellas te suplicamos nos rapes y tundas, pues no está en mas sino en que subas en él con tu escudero, y des felice principio á vuestro nuevo viaje. Eso haré yo, señora condesa Trifaldi, de muy buen grado y de mejor talante, sin ponerme á tomar cogin ni calzarme espuelas, por no detenerme; tanta es la gana que tengo de veros á vos, señora, y á todas estas dueñas rasas y mondas. Eso no haré yo, dijo Sancho, ni de malo ni de buen talante, en ninguna manera; y si es que este rapamiento no se puede hacer sin que yo suba á las ancas, bien puede buscar mi señor otro escudero que le acompañe, y estas señoras otro modo de alisarse los rostros, que yo no soy brujo para gustar de andar por los aires. ¿Y que dirán mis insulanos cuando sepan que su gobernador se anda paseando por los vientos? Y otra cosa mas, que habiendo tres mil y tantas leguas de aquí á Can-

daya, si el caballo se cansa ó el gigante se enoja, tardaremos en dar la vuelta media docena de años, y ya ni habrá insula ni insulos en el mundo que me conozcan: y pues se dice comunmente que en la tardanza va el peligro, y que cuando te dieren la vaquilla acudas con la soguilla, perdónenme las barbas destas señoras, que bien se está san Pedro en Roma, quiero decir, que bien me estoy en esta casa, donde tanta merced se me hace, y de cuyo dueño tan gran bien espero como es verme gobernador.

A lo que el duque dijo: Sancho amigo, la insula que yo os he prometido no es movable ni fugitiva, raices tiene tan hondas, echadas en los abismos de la tierra, que no la arrancarán ni mudarán de donde está á tres tirones: y pues vos sabeis que sé yo que no hay ningun género de oficio destes de mayor cantia, que no se grangee con alguna suerte de cohecho, cual mas, cual menos (1), el que yo quiero llevar por este gobierno es que vais con vuestro señor don Quijote á dar cima y cabo á esta memorable aventura: que ahora volvais sobre Clavileño con la brevedad que su lijeza promete, hora la contraria fortuna os traiga y vuelva á pie, hecho romero de meson en meson y de venta en venta, siempre que volviéredes hallareis vuestra insula donde la dejais, y á vuestros insulanos con el mismo deseo de recibirlos por su gobernador que siempre han tenido, y mi voluntad será la misma; y no pongais duda en esta verdad, señor Sancho, que seria hacer notorio agravio al deseo que de ser-viros tengo.

No mas, señor, dijo Sancho, yo soy un pobre escudero, y no puedo llevar á cue-stas tantas cortesias: suba mi amo: tápenme estos ojos, y encomiéndenme á Dios, y avisenme si cuando vamos por esas altanerias (2) podré encomendarme á nuestro Señor, ó invocar los ángeles que me favorezcan.

A lo que respondió Trifaldi: Sancho, bien podeis encomendaros á Dios, ó á quien quisiéredes, que Malambruno, aunque es encantador, es cristiano, y hace sus encantamientos con mucha sagacidad y con mucho tiento sin meterse con nadie. Ea pues, dijo Sancho, Dios me ayude y la santísima Trinidad de Gaeta. Desde la memorable aventura de los batanes, dijo don Quijote, nunca he visto á Sancho con tanto temor como ahora; y si yo fuera tan agorero como otros, su pusilanimidad me hiciera algunas cosquillas en el ánimo. Pero llegaos aquí, Sancho, que con licencia destes señores os quiero hablar aparte dos palabras:—

Y apartando á Sancho entre unos árboles del jardín, y asiéndole ambas las manos, le dijo: ya ves, Sancho hermano, el largo viaje que nos espera, y que sabe Dios cuando volveremos dél, ni la comodidad y espacio que nos darán los negocios; y asi querria que ahora te retirases en tu aposento, como que vas á buscar alguna cosa necesaria para el camino, y en un daga las pajas te dieses á buena cuenta de los tres mil y trecientos azotes á que estás obligado, siquiera quinientos, que dados te los tendrás, que el comenzar las cosas es tenerlas medio acabadas.

Par Dios, dijo Sancho, que vuesa merced debe de ser menguado: esto es como aquello que dicen, en priesa me ves y doncellez me demandas: ¿ahora que tengo de ir sentado en una tabla rasa, quiere vuesa merced que me lastime las posas? En verdad, en verdad que no tiene vuesa merced razon: vamos ahora á rapar estas dueñas, que á la vuelta yo le prometo á vuesa merced, como quien soy, de darme tanta priesa á salir de mi obligacion, que vuesa merced se contente, y no le digo mas. Y don Quijote respondió: pues con esa promesa, buen Sancho, voy consolado, y creo que la cumplirás, porque en efecto, aunque tonto, eres hombre verídico. No soy verde, sino moreno, dijo Sancho; pero aunque fuera de mezcla cumpliera mi palabra.

(1) Estos cohechos eran tan públicos en tiempo de Cervantes, que, como insinua aquí, los sabian los grandes y no los ignoraban los pequeños, como eran el duque y Sancho. — P.

(2) *Alturas* se dice en este sentido y no *altanerias*.

Y con esto se volvieron á subir en Clavileño, y al subir dijo don Quijote : tapaos, Sancho, y subid, que quien de tan lueñas tierras envia por nosotros no será para engañarnos, por la poca gloria que le puede redundar de engañar á quien dél se fia; y puesto que todo sucediese al revés de lo que imagino, la gloria de haber emprendido esta hazaña no la podrá escurecer malicia alguna.

Vamos, señor, dijo Sancho, que las barbas y lágrimas destas señoras las tengo clavadas en el corazón, y no comeré bocado que bien me sepa hasta verlas en su primera lisura. Suba vuesa merced, y tápese primero, que si yo tengo de ir á las ancas, claro está que primero sube el de la silla.

Así es la verdad, replicó don Quijote, y sacando un pañuelo de la faldriquera pidió á la Dolorida que le cubriese muy bien los ojos, y habiéndoselos cubierto se volvió á descubrir y dijo: si mal no me acuerdo, yo he leído en Virgilio aquello del Paladion de Troya, que fue un caballo de madera que los griegos presentaron á la diosa Palas, el cual iba preñado de caballeros armados, que despues fueron la total ruina de Troya, y así será bien ver primero lo que Clavileño trae en su estómago.

No hay para qué, dijo la Dolorida, que yo le fio, y sé que Malabrundo no tiene nada de malicioso ni de traidor: vuesa merced, señor don Quijote, suba sin pavor alguno, y á mi daño si alguno le sucediere. Parecióle á don Quijote que cualquiera cosa que replicase acerca de su seguridad seria poner en detrimento su valentia, y así sin mas altercar subió sobre Clavileño, y le tentó la clavija, que fácilmente se rodeaba; y como no tenia estribos, y le colgaban las piernas, no parecia sino figura de tapiz flamenco pintada ó tejida en algun romano triunfo.

De mal talante y poco á poco llegó á subir Sancho, y acomodándose lo mejor que pudo en las ancas, las halló algo duras y no nada blandas, y pidió al duque que si fuese posible le acomodasen de algun cogin ó de alguna almohada, aunque fuese del estrado de su señora la duquesa, ó del lecho de algun paje, porque las ancas de aquel caballo mas parecian de mármol que de leño. A esto dijo la Trifaldi, que ningun jaez ni ningun género de adorno sufría sobre sí Clavileño, que lo que podia hacer era ponerse á mujeriegas, y que así no sentiria tanto la dureza.

Hízolo así Sancho, y diciendo á Dios, se dejó vendar los ojos, y ya despues de vendados se volvió á descubrir, y mirando á todos los del jardin tiernamente y con lágrimas, dijo que le ayudasen en aquel trance con sendos paternostres y sendas avemarias, porque Dios deparase quien por ellos los dijese cuando en semejantes trances se viesen.

A lo que dijo don Quijote: ladron, ¿estás puesto en la horca por ventura, ó en el último término de la vida, para usar de semejantes plegarias? ¿No estás, desalmada y cobarde criatura, en el mismo lugar que ocupó la linda Magalona, del cual descendió, no á la sepultura, sino á ser reina de Francia, si no mienten las historias? Y yo, que voy á tu lado, ¿no puedo ponerme al del valeroso Pierres, que oprimió este mismo lugar que yo ahora oprimo? Cúbrete, cúbrete, animal descorazonado, y no te salga á la boca el temor que tienes, á lo menos en presencia mia. Tápenme, respondió Sancho, y pues no quieren que me encomiende á Dios ni que sea encomendado, ¿qué mucho que tema no ande por aquí alguna region de diablos que den con nosotros en Peralvillo (1)?

Cubriéronse, y sintiendo don Quijote que estaba como habia de estar, tentó la clavija, y apenas hubo puesto los dedos en ella cuando todas las dueñas y cuantos estaban presentes levantaron las voces diciendo: Dios te guie, valeroso caballero: Dios sea contigo, escudero intrépido: ya, ya vais por esos aires rompiéndolos con mas velocidad que una saeta, ya comenzais á suspender y admirar á cuantos desde la tierra

(1) La Santa Hermandad de Toledo tenia, como queda dicho, facultad para sentenciar á muerte de saeta á los salteadores de caminos, lo cual se ejecutaba por lo comun en el lugar de Peralvillo, no lejos de Ciudad-Real. — P.

os estan mirando. Tente, valeroso Sancho, que te bamboleas, mira no cayas, que será peor tu caída que la del atrevido mozo (1) que quiso regir el carro del sol su padre. Oyó Sancho las voces, y apretándose con su amo, y ciñéndole con los brazos, le dijo: señor, como dicen estos que vamos tan altos, si alcanzan acá sus voces, y no parece sino que estan aqui hablando junto á nosotros? No repares en eso, Sancho, que como estas cosas y estas volaterias van fuera de los cursos ordinarios, de mil leguas verás y oirás lo que quisieres, y no me aprietes tanto, que me derribas; y en verdad que no sé de que te turbas ni te espantas, que osaré jurar que en todos los dias de mi vida he subido en cabalgadura de paso mas llano: no parece sino que no nos movemos de un lugar. Destierra, amigo, el miedo, que en efecto la cosa va como ha de ir, y el viento llevamos en popa.

Así es verdad, respondió Sancho, que por este lado me da un viento tan recio, que parece que con mil fuelles me estan soplando: y así era ello, que unos grandes fuelles le estaban haciendo aire. Tan bien trazada estaba la tal aventura por el duque y la duquesa y su mayordomo, que no le faltó requisito que la dejase de hacer perfecta. Sintiéndose pues soplar don Quijote, dijo: sin duda alguna, Sancho, que ya debemos de llegar á la segunda region del aire, adonde se engendra el granizo y las nieves; los truenos, los relámpagos y los rayos se engendran en la tercera region; y si es que desta manera vamos subiendo, presto daremos en la region del fuego, y no sé yo como templar esta clavija para que no subamos donde nos abrasemos.

En esto con unas estopas lijeras de encenderse y apagarse desde lejos, pendientes de una caña, les calentaban los rostros. Sancho, que sintió el calor, dijo: que me maten si no estamos ya en el lugar del fuego ó bien cerca, porque una gran parte de mi barba se me ha chamuscado, y estoy, señor, por descubrirme y ver en qué parte estamos. No hagas tal, respondió don Quijote, y acuérdate del verdadero cuento del licenciado Torralva, á quien llevaron los diablos en volandas por el aire caballero en una caña, cerrados los ojos, y en doce horas llegó á Roma, y se apeó en Torre de Nona, que es una calle de la ciudad, y vió todo el fracaso y asalto y muerte de Borbon, y por la mañana ya estaba de vuelta en Madrid, donde dió cuenta de todo lo que habia visto; el cual asimismo dijo, que cuando iba por el aire le mandó el diablo que abriese los ojos, y los abrió, y se vió tan cerca, á su parecer, del cuerpo de la luna, que la pudiera asir con la mano, y que no osó mirar á la tierra por no desvanecerse (2). Así que, Sancho, no hay para qué descubrirnos, que el que nos lleva á cargo él dará cuenta de nosotros, y quizá vamos tomando puntas y subiendo en alto para dejarnos caer de una sobre el reino de Candaya, como hace el sacre ó nebli (3) sobre la garza, para cogerla por mas que se remonte: y aunque nos parece que no há media hora que nos partimos del jardin, créeme que debemos de haber hecho gran camino. No sé lo que es, respondió Sancho Panza, solo sé decir que si la señora Magallanes ó Magalona se contentó destas ancas, que no debia de ser muy tierna de carnes.

Todas estas pláticas de los dos valientes oian el duque y la duquesa y los del jardin, de que recibian extraordinario contento; y queriendo dar remate á la extraña y bien fabricada aventura, por la cola de Clavileño le pegaron fuego con unas estopas, y al punto, por estar el caballo lleno de cohetes tronadores, voló por los aires con extraño ruido, y dió con don Quijote y con Sancho Panza en el suelo medio chamuscados. En este tiempo ya se habia desaparecido del jardin todo el barbado escuadron de las due-

(1) Mozo por *Faeton*.

(2) Alude don Quijote á la historia del doctor Eugenio Torralba medico de profesion, preso el año 1528 por la inquisicion de Cuenca y juzgado el de 1551. En la Biblioteca Nacional hay una copia de su proceso, del cual publicó Pellicer un extracto.

Este cuento del licenciado Torralba es muy semejante al que del obispo de Jaen refiere y refuta el padre Feijoo, tomo I de sus *Cartas*, en la xxiv, y en el tomo II, carta xxi.

(3) Es una especie de halcon, que era de mucha estima, y servia para la caza de oetreria; el cual suele remontarse en el aire hasta perderse de vista, para caer despues de repente sobre su presa. — Arr.

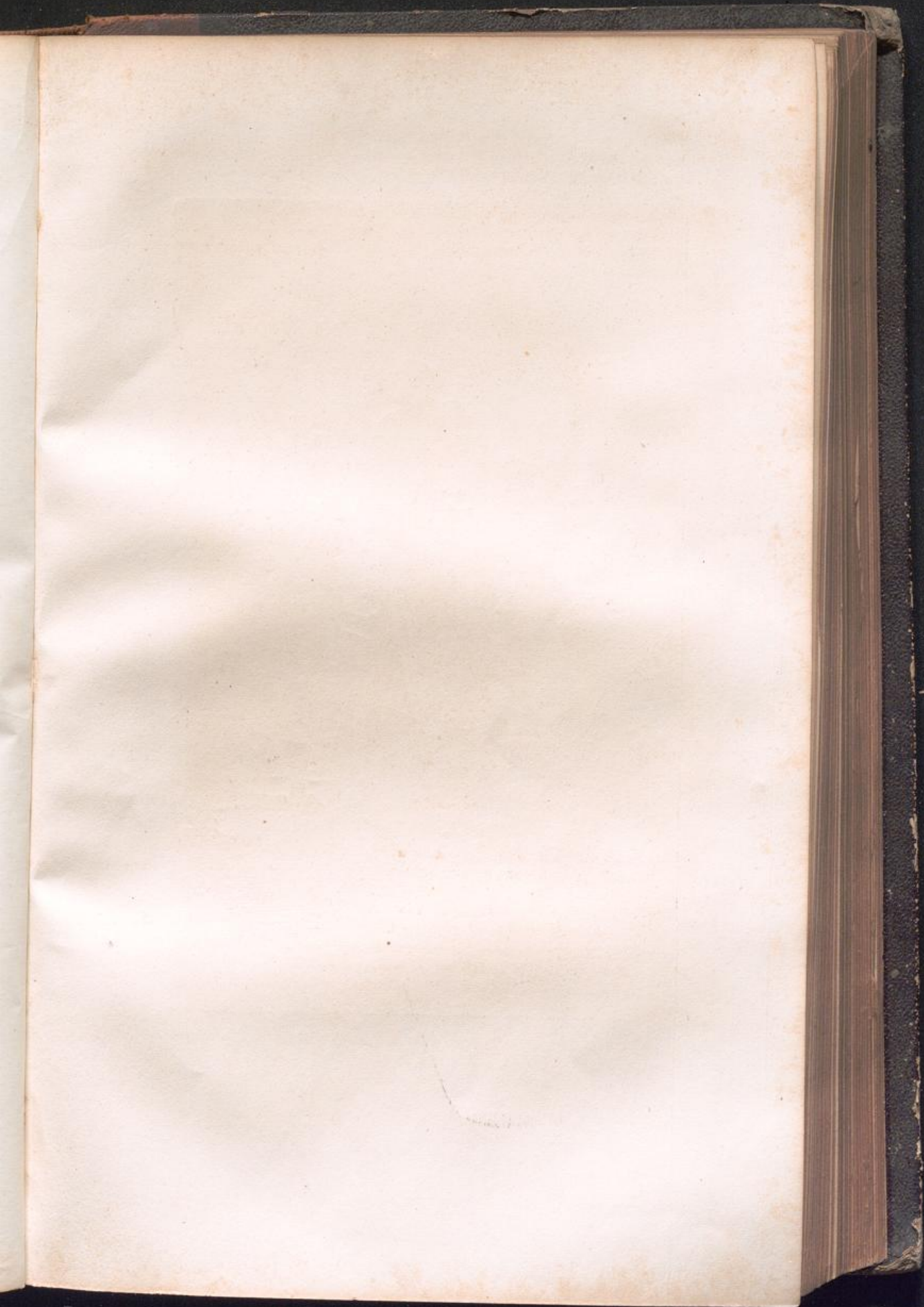
ñas, y la Trifaldi y todo; y los del jardin quedaron como desmayados tendidos por el suelo. Don Quijote y Sancho se levantaron mal trechos, y mirando á todas partes, quedaron atónitos de verse en el mismo jardin de donde habian partido, y de ver tendido por tierra tanto número de gente; y creció mas su admiracion quando á un lado del jardin vieron hincada una gran lanza en el suelo, y pendiente della y de dos cordones de seda verde un pergamino liso y blanco, en el cual con grandes letras de oro estaba escrito lo siguiente :



« El inclito caballero don Quijote de la Mancha feneció y acabó la aventura de la
» condesa Trifaldi, por otro nombre llamada la Dueña Dolorida, y compañía, con solo
» intentarla.

« Malambruno se da por contento y satisfecho á toda su voluntad, y las barbas de
» las dueñas ya quedan lisas y mondas, y los reyes don Clavijo y Antonomasia en su
» pristino estado; y quando se cumpliere el escudervil vápulo, la blanca paloma se verá
» libre de los pestíferos girifaltes que la persiguen; y en brazos de su querido arrulla-
» dor, que así está ordenado por el sabio Merlin, protoencantador de los encanta-
» dores.»

Habiendo pues don Quijote leído las letras del pergamino, claro entendió que del desencanto de Dulcinea hablaban, y dando muchas gracias al cielo de que con tan poco peligro hubiese acabado tan gran fecho, reduciendo á su pasada tez los rostros de las venerables dueñas, que ya no parecian, se fué adonde el duque y la duquesa aun no habian vuelto en sí, y trabando de la mano al duque le dijo: ea, buen señor, buen ánimo, buen ánimo, que todo es nada, la ventura es ya acabada, sin daño de





barras (1), como lo muestra claro el escrito que en aquel padron está puesto. El duque, poco á poco, y como quien de un pesado sueño recuerda, fue volviendo en sí, y por el mismo tenor la duquesa y todos los que por el jardin estaban caidos, con tales muestras de maravilla y espanto, que casi se podian dar á entender haberles acontecido de veras lo que tan bien sabian fingir de burlas. Leyó el duque el cartel con los ojos medio cerrados, y luego con los brazos abiertos fué á abrazar á don Quijote diciéndole ser el mas buen caballero que en ningun siglo se hubiese visto. Sancho andaba mirando por la Dolorida, por ver que rostro tenia sin las barbas, y si era tan hermosa sin ellas como su gallarda disposicion prometia; pero dijéronle que así como Clavileño bajó ardiendo por los aires y dió en el suelo, todo el escuadron de las dueñas, con la Trifaldi, habian desaparecido, y que ya iban rapadas y sin cañones.

Preguntó la duquesa á Sancho que como le habia ido en aquel largo viaje. A lo cual Sancho respondió: yo, señora, sentí que íbamos, segun mi señor me dijo, volando por la region del fuego, y quise descubrirme un poco los ojos; pero mi amo, á quien pedí licencia para descubrirme, no lo consintió: mas yo, que tengo no sé que briznas de curioso, y de desear saber lo que se me estorba é impide, bonitamente y sin que nadie lo viese, por junto á las narices aparté tanto cuanto el pañizuelo que me tapaba los ojos; y por allí miré hácia la tierra, y parecióme que toda ella no era mayor que un grano de mostaza, y los hombres que andaban sobre ella poco mayores que avellanas, porque se vea cuan altos debíamos de ir entonces.

A esto dijo la duquesa: Sancho amigo, mirad lo que decís, que á lo que parece vos no vistes la tierra, sino los hombres que andaban sobre ella; y está claro que si la tierra os pareció como un grano de mostaza, y cada hombre como una avellana; un hombre solo habia de cubrir toda la tierra. Así es verdad, respondió Sancho; pero con todo eso le descubrí por un ladito, y la vi toda. Mirad, Sancho, dijo la duquesa, que por un ladito no se ve el todo de lo que se mira.

Yo no sé esas miradas, replicó Sancho, solo sé que será bien que vuestra señoría entienda que pues volábamos por encantamento, que por encantamento podia yo ver toda la tierra, y todos los hombres por do quiera que los mirara: y si esto no se me cree, tampoco creará vuesa merced como descubriéndome por junto á las cejas, me vi tan junto al cielo, que no habia de mí á él palmo y medio, y por lo que puedo jurar, señora mia, que es muy grande ademas: y sucedió que íbamos por parte donde estan las siete cabrillas (2); y en Dios y en mi ánima que como yo en mi niñez fui en mi tierra cabrerizo, que así como las vi me dió una gana de entretenerme con ellas un rato, y si no la cumpliera me parece que reventara. Vengo pues, y tomo, y que hago, sin decir nada á nadie, ni á mi señor tampoco, bonita y pasitamente me apeé de Clavileño, y me entretuve con las cabrillas, que son como unos alelies y como unas flores, casi tres cuartos de hora, y Clavileño no se movió de un lugar ni pasó adelante.

Y en tanto que el buen Sancho se entretenia con las cabras, preguntó el duque ¿en qué se entretenia el señor don Quijote? A lo que don Quijote respondió: como todas estas cosas y estos tales sucesos van fuera del orden natural, no es mucho que

(1) Esto es, sin daño del cuerpo, ni del alma; como lo explica el mismo Cervantes en sus novelas. Es una metáfora tomada del juego de trucos, en cuya mesa habia en el medio dos barras de fierro paralelas, y á corta distancia una de otra: el que pasaba la bola de contrario por entre ellas sin tocarlas, ganaba la jugada; y á esto llamaban pasar la bola *sin daño de barras*, esto es, sin herirlas. Llamábase tambien *barras derechas* cuando la bola no se inclinaba á tocar en ninguna de ellas, sino que pasaba recta y por enmedio; y á esto alude Sancho cuando en otro lugar dice: *eso pido y barras derechas*; esto es, sin perjuicio propio, ni de tercero, como lo entiende Covarrubias. — Arr.

(2) Las Pleyadas, constelacion bien conocida entre la cabeza de Tauro y la constelacion de Aries. Las Pleyadas pasan por el meridiano medio de nuestra peninsula á los diez de la noche hácia el 15 de diciembre. — MARTINEZ DEL ROMERO.

Sancho diga lo que dice : de mí se decir que ni me descubrí por alto ni por bajo , ni vi el cielo ni la tierra , ni la mar ni las arenas. Bien es verdad que sentí que pasaba por la region del aire , y aun que tocaba á la del fuego ; pero que pasásemos de allí no lo puedo creer , pues estando la region del fuego entre el cielo de la luna y la última region del aire , no podíamos llegar al cielo donde estan las siete cabrillas que Sancho dice sin abrasarnos : y pues no nos asuramos , ó Sancho miente , ó Sancho sueña.

Ni miento ni sueño , respondió Sancho , sino pregunténme las señas de las tales cabras , y por ellas verán si digo verdad ó no. Dígalas pues , Sancho , dijo la duquesa. Son , respondió Sancho , las dos verdes , las dos encarnadas , las dos azules , y la una de mezcla. Nueva manera de cabras es esa , dijo el duque , y por esta nuestra region del suelo no se usan tales colores , digo cabras de tales colores. Bien claro está eso , dijo Sancho , si , que diferencia ha de haber de las cabras del cielo á las del suelo. Decidme , Sancho , preguntó el duque , ¿ vistes allá entre esas cabras algun cabron ? No señor , respondió Sancho ; pero oi decir que ninguno pasaba de los cuernos de la luna (1). No quisieron preguntarle mas de su viaje , porque les pareció que llevaba Sancho hilo de pasearse por todos los cielos , y dar nuevas de cuanto allá pasaba , sin haberse movido del jardin.

En resolucion este fue el fin de la aventura de la dueña Dolorida , que dió que reir á los duques no solo aquel tiempo , sino el de toda su vida , y que contar á Sancho siglos si los viviera ; y llegándose don Quijote á Sancho , al oido le dijo : Sancho , pues vos quereis que se os crea lo que habeis visto en el cielo , yo quiero que vos me creais á mí lo que vi en lo cueva de Montesinos , y no os digo mas.

(1) Al modo de este viaje quimérico de Sancho al cielo , finge el Ariosto que hizo otro el duque Astolfo (ya montado en el hipógrifo ó caballo alado , ya subido en un carro volante , en compañía de un venerable anciano que encontró en el paraiso) al cerco ó reino de la luna. — P.





CAPITULO XLII.

De los consejos que dió don Quijote á Sancho Panza antes que fuese á gobernar la insula, con otras cosas bien consideradas.



Con el felice y gracioso suceso de la aventura de la Dolorida quedaron tan contentos los duques, que determinaron pasar con las burlas adelante viendo el acomodado sugeto que tenian para que se tuviesen por veras; y así habiendo dado la traza y órdenes que sus criados y sus vasallos habian de guardar con Sancho en el gobierno de la insula prometida, otro día, que fue el que sucedió al vuelo de Clavileño, dijo el duque á Sancho que se adeliñase y compusiese para ir á ser gobernador, que ya sus insulanos le estaban esperando como el agua de mayo (1). Sancho se le humilló y le dijo: despues que bajé del cielo, y despues que desde su alta cumbre miré la tierra, y la vi tan pequeña, se templó en parte en mí la gana que tenía tan grande de ser gobernador; porque ¿qué grandeza es mandar en un grano de mostaza, ó que dignidad ó imperio el gobernador á media docena de hombres tamaños como avellanas, que á mi parecer no habia mas en toda la tierra? Si vuestra señoría fuese servido de darme una tantica parte del cielo, aunque no fuese mas de media legua, la tomaria de mejor gana que la mayor insula del mundo.

Mirad, amigo Sancho, respondió el duque, yo no puedo dar parte del cielo á nadie, aunque no sea mayor que una uña, que á solo Dios estan reservadas esas mercedes y gracias: lo que puedo dar os doy, que es una insula hecha y derecha (2), redonda y bien proporcionada, y sobremanera fértil y abundosa, donde si vos os sabeis dar maña podeis con las riquezas de la tierra grangear las del cielo.

Ahora bien, respondió Sancho, venga esa insula que yo pugnaré por ser tal gobernador, que á pesar de bellacos me vaya al cielo; y esto no es por codicia que yo tenga de salir de mis casillas, ni de levantarme á mayores, sino por el deseo que tengo de probar á que sabe el ser gobernador. Si una vez lo probais, Sancho, dijo el duque, comeros heis (3) las manos tras el gobierno, por ser dulcísima cosa el mandar y ser obe-

(1) Como los labradores esperan la lluvia en este mes para fecundizar los campos.

(2) Real y verdadero, perfecto, cabal, completo. — D. A.

(3) Modo anticuado del verbo haber, por *habeis* ó *habeis de*. — Arr.

decido. A buen seguro que cuando vuestro dueño llegue á ser emperador, que lo será sin duda, segun van encaminadas sus cosas, que no se lo arranquen como quiera, y que le duela y le pese en la mitad del alma del tiempo que hubiere dejado de serlo.

Señor, replicó Sancho, yo imagino que es bueno mandar aunque sea á un ható de ganado. Con vos me entierren, Sancho, que sabeis de todo, respondió el duque; y yo espero que sereis tal gobernador como vuestro juicio promete, y quédese esto aquí; y advertid que mañana en ese mismo dia habeis de ir al gobierno de la insula, y esta tarde os acomodarán del traje conveniente que habeis de llevar, y de todas las cosas necesarias á vuestra partida. Vistanme, dijo Sancho, como quisieren, que de cualquier manera que vaya vestido seré Sancho Panza. Así es verdad, dijo el duque; pero los trajes se han de acomodar con el oficio ó dignidad que se profesa, que no seria bien que un jurisperito se vistiese como soldado, ni un soldado como un sacerdote. Vos, Sancho, ireis vestido parte de letrado y parte de capitán, porque en la insula que os doy tanto son menester las armas como las letras, y las letras como las armas. Letras, respondió Sancho, pocas tengo, porque aun no sé el A. B. C., pero bástame tener el *Christus* en la memoria para ser buen gobernador. De las armas manejarlas que me dieren hasta caer, y Dios delante (1). Con tan buena memoria, dijo el duque, no podrá Sancho errar en nada.

En esto llegó don Quijote, y sabiendo lo que pasaba y la celeridad con que Sancho se habia de partir á su gobierno, con licencia del duque le tomó por la mano y se fué con él á su estancia con intencion de aconsejarle como se habia de haber en su oficio. Entrados pues en su aposento cerró tras sí la puerta, é hizo casi por fuerza que Sancho se sentase junto á él, y con reposada voz le dijo:

Infinitas gracias doy al cielo, Sancho amigo, de que antes y primero que yo haya encontrado con alguna buena dicha, te haya salido á tí á recibir y á encontrar la buena ventura. Yo, que en mi buena suerte te tenia librada la paga de tus servicios, me veo en los principios de aventajarme, y tú antes de tiempo, contra la ley del razonable discurso, te ves premiado de tus deseos. Otros cohechan, importunan, solicitan, madrugan, ruegan, porfian, y no alcanzan lo que pretenden; y llega otro, y sin saber como ni como no se halla con el cargo y oficio que otros muchos pretendieron, y aquí entra y encaja bien el decir, que hay buena y mala fortuna en las pretensiones. Tú, que para mí sin duda alguna eres un porro, sin madrugar ni trasnochar, y sin hacer diligencia alguna, con solo el aliento que te ha tocado de la andante caballería, sin mas ni mas te ves gobernador de una insula, como quien no dice nada. Todo esto digo, oh Sancho, para que no atribuyas á tus merecimientos la merced recibida, sino que des gracias al cielo, que dispone suavemente las cosas, y despues las darás á la grandeza que en sí encierra la profesion de la caballería andante. Dispuesto pues el corazón á creer lo que te he dicho, está, oh hijo, atento á este tu Catón (2), que quiere aconsejarte, y ser norte y guía que te encamine y saque á seguro puerto deste mar proceloso donde vas á engolfarte; que los oficios y grandes cargos no son otra cosa sino un golfo profundo de confusiones.

Primeramente, oh hijo, has de temer á Dios; porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sabio no podrás errar en nada.

Lo segundo, has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte á ti mismo, que es el mas difícil conocimiento que puede imaginarse. Del conocerte saldrá el no hincharte como la rana, que quiso igualarse con el buey; que si esto haces, ven-

(1) *Christus*, la cruz que precedía al abecedario ó alfabeto de la cartilla. — Con la ayuda de Dios.

(2) El Catón de cuyo oficio paternal se reviste aquí don Quijote para con su hijo Sancho Panza, es Dionisio Catón, autor de unos disticos latinos morales, que escribió y dirigió á su hijo, con este título *Dionisii Catonis Disticha de Moribus ad Filium*. Ignórase quien fue este Dionisio, y en que tiempo floreció; aunque se sabe que es posterior á Lucano, á quien cita: y así no pueden estos versos atribuirse sin error ni á Catón el censor, ni al Uticense. — P.

drá á ser feos pies de la rueda de tu locura (1) la consideracion de haber guardado puercos en tu tierra.

Así es la verdad, respondió Sancho, pero fue cuando muchacho; pero despues algo hombrecillo, gansos fueron los que guardé, que no puercos; pero esto páreceme á mí que no hace al caso, que no todos los que gobiernan vienen de casta de reyes. Así es verdad, replicó don Quijote, por lo cual los no de principios nobles deben acompañar la gravedad del cargo que ejercitan con una blanda suavidad, que guiada por la prudencia los libre de la murmuracion maliciosa, de quien no hay estado que se escape.



Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linaje, y no te desprecies de decir que vienes de labradores; porque viendo que no te corres (2), ninguno se pondrá á correrle, y préciate mas de ser humilde virtuoso, que pecador soberbio. Innumerables son aquellos que de baja estirpe nacidos han subido á la suma dignidad pontificia é imperatoria, y desta verdad te pudiera traer tantos ejemplos que te cansáran.

Mira, Sancho, si tomas por medio á la virtud, y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para que tener envidia á los que los tienen príncipes y señores (3), porque la sangre se hereda, y la virtud se aquista (4), y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale (5).

Siendo esto así, como lo es, si acaso viniere á verte cuando estes en tu ínsula alguno de tus parientes, no le deseches ni le afrentes, antes le has de acoger, agasajar y regalar, que con esto satisfarás al cielo, que gusta que nadie se desprecie de lo que él hizo, y corresponderás á lo que debes á la naturaleza bien concertada.

Si trajeras á tu mujer contigo (porque no es bien que los que asisten á gobiernos de mucho tiempo esten sin las propias) enséñala, doctrínala y desbástala de su natural rudeza, porque todo lo que suele adquirir un gobernador discreto, suele perder y derramar una mujer rústica y tonta.

Si acaso enviudares (cosa que puede suceder), y con el cargo mejorares de consorte, no la tomes tal que te sirva de anzuelo y de caña de pescar, y del no quiero de tu capilla (6); porque en verdad te digo, que de todo aquello que la mujer del juez recibiere ha de dar cuenta el marido en la residencia universal, donde pagará con el cuatro tanto en la muerte las partidas de que no se hubiere hecho cargo en la vida.

Nunca te guies por la ley del encaje, que suele tener mucha cabida con los ignorantes que presumen de agudos (7).

(1) Alusion al pavo real. Cuando hace mayor ostentacion de la rueda de sus plumas dicen, que si acierta á mirar los pies, que los tiene muy feos, la recoge como avergonzado. — P.

(2) Esto es, que viendo que no te avergüenzas, ninguno se pondrá á avergonzarte. — Arr.

(3) Esto es, á los que tienen por ascendientes y parientes á príncipes y señores. — P.

(4) Italianismo, por se adquiere. — MARTINEZ DEL ROMERO.

(5) Haber nacido noble es poca cosa; un título no es sino un apodo, una condecoracion es un juguete, y los blasones un dibujo. — MARTINEZ DEL ROMERO.

(6) Alusion al refran: no quiero, no quiero; mas echádmelo en la capilla que se dice de los que tienen empacho de recibir directamente alguna cosa aunque la deseen. Usábanse capas sin capilla, que se llamaban fer-reruelos, y otras con ella; y estas las traian los jueces, los médicos y personas serias. — P.

(7) Esto es, la de encajar ó acomodar la ley á su antojo, arbitrio é interes, con sutiles y violentas interpretaciones. — P.

Hallen en ti mas compasion las lágrimas del pobre; pero no mas justicia que las informaciones del rico.

Procura descubrir la verdad por entre las promesas y dádivas del rico, como por entre los sollozos é importunidades del pobre.

Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente, que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.

Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.

Cuando te sucediere juzgar algun pleito de algun tu enemigo, aparta las mientes de tu injuria, y ponlas en la verdad del caso.

No te ciegue la pasion propia en la causa ajena, que los yerros que en ella hicieres las mas veces serán sin remedio, y si le tuviera será á costa de tu crédito y aun de tu hacienda.

Si alguna mujer hermosa viniere á pedirte justicia, quita los ojos de sus lágrimas, y tus oidos de sus gemidos, y considera despacio la sustancia de lo que pide, si no quieres que se anegue tu razon en su llanto y tu bondad en sus suspiros.

Al que has de castigar con obras no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio, sin la añadidura de las malas razones.

Al culpado que cayere debajo de tu jurisdiccion considérale hombre miserable, sujeto á las condiciones de la depravada naturaleza nuestra, y en todo cuanto fuere de tu parte, sin hacer agravio á la contraria, muéstratele piadoso y clemente, porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, mas resplandece y campea á nuestro ver el de la misericordia que el de la justicia.

Si estos preceptos y estas reglas sigues, Sancho, serán luengos tus dias, tu fama será eterna, tus premios colmados, tu felicidad indecible, casarás tus hijos como quisieres, títulos tendrán ellos y tus nietos, vivirás en paz y beneplácito de las gentes, y en los últimos pasos de la vida te alcanzará el de la muerte en vejez suave y madura, y cerrarán tus ojos las tiernas y delicadas manos de tus terceros netezuelos. Esto que hasta aquí te he dicho son documentos que han de adornar tu alma; escucha ahora los que han de servir para adorno del cuerpo.





CAPITULO XLIII.

De los consejos segundos que dió don Quijote á Sancho Panza.



QUIEN oyera el pasado razonamiento de don Quijote, que no le tuviera por persona muy cuerda y mejor intencionada! Pero, como muchas veces en el progreso desta grande historia queda dicho, solamente disparaba en tocándole en la caballeria, y en los demas discursos mostraba tener claro y desenfadado entendimiento, de manera que á cada paso desacreditaban sus obras su juicio, y su juicio sus obras; pero en esta destes segundos documentos que dió á Sancho mostró tener gran donaire, y puso su discrecion y su locura en un levantado punto.

Atentísimamente le escuchaba Sancho, y procuraba conservar en la memoria sus consejos, como quien pensaba guardarlos, y salir por ellos á buen parto de la preñez de su gobierno. Prosiguió pues don Quijote, y dijo:

En lo que toca á como has de gobernar tu persona y casa, Sancho, lo primero que te encargo es que seas limpio, y que te cortes las uñas, sin dejarlas crecer como algunos hacen, á quien su ignorancia les ha dado á entender que las uñas largas les hermosean las manos, como si aquel escremento y añadidura que se dejan de cortar fuese uña, siendo antes garras de cernicalo lagartijero: puerco y extraordinario abuso.

No andes, Sancho, desceñido y flojo, que el vestido descompuesto da indicios de ánimo desmazelado, si ya la descompostura y flojedad no cae debajo de socarroneria como se juzgó en la de Julio César (1).

Toma con discrecion el pulso á lo que pudiere valer tu oficio, y si sufiere que des librea á tus criados, dásele honesta y provechosa, mas que vistosa y bizarra, y repártela entre tus criados y los pobres: quiero decir, que si has de vestir seis pajes, viste tres y otros tres pobres, y así tendrás pajes para el cielo y para el suelo: y este nuevo modo de dar librea no le alcanzan los vanagloriosos.

No comas ajos ni cebollas, porque no saquen por el olor tu villanería: anda despacio, habla con reposo; pero no de manera que parezca que te escuchas á tí mismo, que toda afectacion es mala.

Come poco, y cena mas poco, que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago.

(1) Dice de él en efecto Suetonio (cap. V.) que era notable su modo de vestir, y que se ceñia la toga flojamente; pero usaba de esta afectacion, según se vió, para que le tuviesen por hombre afeminado y para poco, disimulando su valor y talento extraordinario; y así preguntado Ciceron por qué siguió el bando de Pompeyo antes que el de César, respondió: que le habia engañado el modo de ceñirse la toga César. Esto es lo que llama Cervantes socarroneria. — P.

Sé templado en el beber, considerando que el vino demasiado ni guarda secreto, ni cumple palabra.

Ten cuenta, Sancho, de no mascar á dos carrillos, ni de erutar delante de nadie. Eso de erutar no entiendo, dijo Sancho, y don Quijote le dijo: erutar, Sancho, quiere decir regoldar, y este es uno de los mas torpes vocablos que tiene la lengua castellana, aunque es muy significativo, y así la gente curiosa se ha acogido al latin, y al regoldar dice erutar, y á los regüeldos erutaciones: y cuando algunos no entiendan estos términos, importa poco, que el uso los irá introduciendo con el tiempo, de modo que con facilidad se entiendan; y esto es enriquecer la lengua, sobre quien tiene poder el vulgo y el uso. En verdad, señor, dijo Sancho, que uno de los consejos y avisos que pienso llevar en la memoria ha de ser el de no regoldar, porque lo suelo hacer muy á menudo. Erutar, Sancho, que no regoldar, dijo don Quijote. Erutar (1), diré de aquí adelante, respondió Sancho, y á fe que no se me olvide.

Tambien, Sancho, no has de mezclar en tus pláticas la muchedumbre de refranes que sueles, que puesto que los refranes son sentencias breves, muchas veces los traes tan por los cabellos, que mas parecen disparates que sentencias. Eso Dios lo puede remediar, respondió Sancho, porque sé mas refranes que un libro, y viénense tantos juntos á la boca cuando hablo, que riñen por salir unos con otros; pero la lengua va arrojando los primeros que encuentra, aunque no vengan á pelo; mas yo tendré cuenta de aquí adelante de decir los que convengan á la gravedad de mi cargo, que en casa llena presto se guisa la cena, y quien destaja no baraja, y á buen salvo está el que repica, y el dar y el tener seso há menester.

Eso sí, Sancho, dijo don Quijote, encaja, ensarta, enhila refranes, que nadie te va á la mano: castígame mi madre y yo trómpojelas (2). Estóite diciendo que excuses refranes, y en un instante has echado aquí una letania dellos, que así cuadran con lo que vamos tratando como por los cerros de Ubeda. Mira, Sancho, no te digo yo que parece mal un refran traído á propósito; pero cargar y ensartar refranes á trochemoche, hace la plática desmayada y baja.

Cuando subieres á caballo no vayas echando el cuerpo sobre el arzon postrero, ni lleses las piernas tiesas y tiradas y desviadas de la barriga del caballo, ni tampoco vayas tan flojo, que parezca que vas sobre el rucio, que el andar á caballo á unos hace caballeros, á otros caballerizas.

Sea moderado tu sueño, que el que no madruga con el sol, no goza del dia. y advierte, ó Sancho, que la diligencia es madre de la buena ventura, y la pereza su contraria jamas llegó al término que pide un buen deseo.

Este último consejo que ahora darte quiero, puesto que no sirva para adorno del cuerpo, quiero que le lleses muy en la memoria, que creo que no te será de menos provecho que los que hasta aquí te he dado, y es: que jamas te pongas á disputar de linajes, á lo menos comparándolos entre sí, pues por fuerza en los que se comparan, uno ha de ser el mejor, y dél que abatieres serás aborrecido, y dél que lavantares en ninguna manera premiado.

Tu vestido será calza entera, ropilla larga, herreruero un poco mas largo, greñüescos (3) ni por pienso, que no les estan bien ni á los caballeros ni á los gobernadores.

Por ahora esto se me ha ofrecido, Sancho, que aconsejarte; andará el tiempo, y segun las ocasiones así serán mis documentos, como tú tengas cuidado de avisarme el estado en que te hallares.

Señor, respondió Sancho, bien veo que todo cuanto vuesa merced me ha dicho son

(1) El uso ha prevalecido y se dice eructar, de la voz latina *eructare*. — MARTINEZ DEL ROMERO.
 (2) Esto es: hago el mismo caso, que del castigo y amenazas de su madre hace el muchacho del trompo, que le hace dar vueltas, y no sabe dejarle de la mano. Mallara, cap. VI, v. 76. — Arr.
 (3) Calzones cortos. — Arr.

cosas buenas, santas y provechosas; pero ¿de que me han de servir si de ninguna me acuerdo? Verdad sea que aquello de no dejarme crecer las uñas y de casarme otra vez si se ofreciere, no se me pasará del magin; pero esotros badulaques (1) y enredos y revoltillos, no se me acuerda ni acordará mas dellos que de las nubes de antaño, y así será menester que se me den por escrito, que puesto que no sé leer ni escribir, yo se los daré á mi confesor para que me los encaje y recapacite cuando fuere menester. ¡Ah pecador de mí! respondió don Quijote, y que mal parece en los gobernadores el no saber leer ni escribir; porque has de saber, oh Sancho, que no saber un hombre leer, ó ser zurdo, arguye una de dos cosas, ó que fue hijo de padres demasiado humildes y bajos, ó él tan travieso y malo, que no pudo entrar en él el buen uso ni la buena doctrina. Gran falta es la que llevas contigo, y así querría que aprendieses á firmar siquiera.

Bien sé firmar mi nombre, respondió Sancho, que cuando fui prioste en mi lugar aprendí á hacer unas letras como de marca de fardo, que decian que decia mi nombre, cuanto mas que fingiré que tengo tullida la mano derecha, y haré que firme otro por mí que para todo hay remedio sino es para la muerte; y teniendo yo el mando y el palo haré lo que quisiere: cuanto mas que el que tiene el padre alcalde... y siendo yo gobernador, que es mas que ser alcalde, llegaos que la dejen ver, no sino popen (2), y calóñenme, que vendrán por lana y volverán trasquilados, y á quien Dios quiere bien, la casa le sabe, y las necesidades del rico por sentencias pasan en el mundo, y siéndolo yo, siendo gobernador y juntamente liberal como lo pienso ser, no habrá falta que se me parezca: no sino haceos miel, y paparos hán moscas tanto vales cuanto tienes, decia una mi agüela, y del hombre arraigado no te verás vengado.

¡Oh maldito seas de Dios, Sancho! dijo á esta sazón don Quijote: sesenta mil satanases te lleven á ti y á tus refranes: una hora há que los estás ensartando, y dándome con cada uno tragos de tormento. Yo te aseguro que estos refranes te han de llevar un día á la horca; por ellos te han de quitar el gobierno tus vasallos, ó ha de haber entre ellos comunidades (3). Dime ¿donde los hallas, ignorante? ó ¿como los aplicas, mentecato? que para decir yo uno, y aplicarle bien, sudo y trabajo como si cavase.

Por Dios, señor nuestro amo, replicó Sancho, que vuesa merced se queja de bien pocas cosas. ¿A que diablos se pudre (4) de que yo me sirva de mi hacienda, que ninguna otra tengo, ni otro caudal alguno, sino refranes y mas refranes? y ahora se me ofrecen cuatro, que venian aquí pintiparados ó como peras en tabaque (5); pero no los diré, porque al buen callar llaman Sancho (6).

Ese Sancho no eres tú dijo don Quijote, porque no solo no eres buen callar, sino mal hablar y mal perfiar; y con todo eso querría saber que cuatro refranes te ocurrían ahora á la memoria que venian aquí á propósito, que yo ando recorriendo la mia, que la tengo buena, y ninguno se me ofrece. Que mejores, dijo Sancho; que, entre dos muelas cordales nunca pongas tus pulgares; y á idos de mi casa y que que-

(1) Menudencias. — Arr.

(2) Menosprécienme y calóñienme. *Popen* es tener á un hombre en poco, como si con las manos le diesen palmadas en la cabeza y en los hombros. *Covar*. *Caloñar*, en el lenguaje antiguo, y en el rústico de Sancho, equivale á calumniar. — Arr.

(3) Tumultos, alborotos y levantamientos. Llamáronse *comunidades* las alteraciones que se suscitaron en estos reinos el año de las cortes de Valladolid. En Castilla se llamaban *comuneras* las ciudades y *comuneros* los hombres: en Valencia la *germania* y los *ogermanados*. De estos sucesos hay muchas noticias en nuestras historias. — P.

(4) Véase en el Apéndice las observaciones del señor Hartzenschuch al comentario del Quijote por Clemencin.

(5) *Tabaque* es el cestillo, canastillo ó azafate pequeño de mimbres. *Pera en tabaque*, es un modo adverbial que se dice de aquellas cosas que se guardan con cuidado y delicadeza para que esten reservadas. — Arr.

(6) *Refran* que recomienda la prudente moderación en el hablar.

reis con mi mujer, no hay responder; y si da el cántaro en la piedra, ó la piedra en el cántaro, mal para el cántaro: todos los cuales vienen á pelo. Que nadie se tome con su gobernador ni con el que le manda, porque saldrá lastimado, como el que pone el dedo entre dos muelas cordales, y aunque no sean cordales, como sean muelas no importa, y á lo que dijere el gobernador no hay que replicar, como al salios de mi casa, y qué quereis con mi mujer: pues lo de la piedra en el cántaro un ciego lo verá. Así que, es menester que el que ve la mota en el ojo ajeno, vea la viga en el suyo, porque no se diga por él: espantóse la muerta de la degollada (1) y vuesa merced sabe bien, que mas sabe el necio en su casa que el cuerdo en la ajena.

Eso no, Sancho, respondió don Quijote, que el necio en su casa ni en la ajena sabe nada, á causa que sobre el cimientó de la necedad no asienta ningun discreto edificio; y dejemos esto aquí, Sancho, que si mal gobernares, tuya será la culpa, y mía la vergüenza; mas consuélome que he hecho lo que debia en aconsejarte con las veras y con la discrecion á mí posible: con esto salgo de mi obligacion y de mi promesa: Dios te guie, Sancho, y te gobierne en tu gobierno, y á mí me saque del escrúpulo que me queda, que has de dar con toda la insula patas arriba, cosa que pudiera yo excusar con descubrir al duque quien eres, diciéndole que toda esa gordura y esa personilla que tienes no es otra cosa que un costal lleno de refranes y de malicias.

Señor, replicó Sancho, si vuesa merced le parece que no soy de pro para este gobierno, desde aquí le suelto, que mas quiero un solo negro de la uña (2) de mi alma, que á todo mi cuerpo; y así me sustentaré Sancho á secas con pan y cebolla, como gobernador con perdices y capones; y mas, que mientras se duerme todos son iguales los grandes y los menores, los pobres y los ricos. Y si vuesa merced mira en ello verá que solo vuesa merced me ha puesto en esto de gobernar, que yo no sé mas de gobierno de insulas que un buitre: y si se imagina que por ser gobernador me ha de llevar el diablo, mas me quiero ir Sancho al cielo, que gobernador al infierno.

Por Dios, Sancho, dijo don Quijote, que por solas estas últimas razones que has dicho juzgo que merecés ser gobernador de mil insulas: buen natural tienes, sin el cual no hay ciencia que valga; encomiéndate á Dios, y procura no errar en la primera intencion: quiero decir, que siempre tengas intento y firme propósito de acercar en cuantos negocios te ocurrieren, porque siempre favorece el cielo los buenos deseos: y vámonos á comer, que creo que ya estos señores nos aguardan.

(1) Se reprende al que nota los defectos de otros teniéndolos él mayores de la misma especie. — D. A.

(2) Metafóricamente se toma por lo *mínimo* de cualquier cosa.





CAPITULO XLIV.

Como Sancho Panza fue llevado al gobierno, y de la extraña aventura que en el castillo sucedió á don Quijote.



DICEN que en el propio original desta historia se lee, que llegando Cide Hamete á escribir este capítulo no le tradujo su intérprete como él le habia escrito, que fue un modo de queja que tuvo el moro de sí mismo, por haber tomado entre manos una historia tan seca y tan limitada como esta de don Quijote, por parecerle que siempre habia de hablar dél y de Sancho, sin osar extenderse á otras digresiones y episodios mas graves y mas entretenidos, y decia que el ir siempre atendido el entendimiento, la mano y la pluma á escribir de un solo sujeto, y hablar por las bocas de pocas personas, era

un trabajo incomportable, cuyo fruto no redundaba en el de su autor, y que por huir de este inconveniente habia usado en la primera parte del artificio de algunas novelas, como fueron la del *Curioso impertinente*, y la del *Capitan cautivo*, que estan como separadas de la historia, puesto que las demas que allí se cuentan son casos sucedidos al mismo don Quijote, que no podian dejar de escribirse. Tambien pensó, como él dice, que muchos llevados de la atencion que piden las hazañas de don Quijote, no la darian á las novelas, y pasarian por ellas ó con priesa ó con enfado, sin advertir la gala y artificio que en sí contienen, el cual se mostrara bien al descubierto cuando por sí solas, sin arrimarse á las locuras de don Quijote ni á las sandeces de Sancho, salieran á luz (1). Y así en esta segunda parte no quiso ingerir novelas sueltas ni pagadizas, sino algunos episodios que lo pareciesen, nacidos de los mismos sucesos que la verdad ofrece, y aun estos limitadamente, y con solas las palabras que bastan á declararlos: y pues se contiene y cierra los estrechos limites de la narracion, teniendo habilidad, suficiencia y entendimiento para tratar del universo todo, pide no se desprecie su trabajo, y se le den alabanzas, no por lo que escribe, sino por lo que ha dejado de escribir; y luego prosigue la historia, diciendo:—

Que en acabando de comer don Quijote el día que dió los consejos á Sancho, aque-

(1) Cervantes quiere decir que estarian mejor unidas con sus *Novelas ejemplares*, donde tendrian su verdadero y natural lugar, mejor que en el Quijote, donde estan demas, ó interrumpen el hilo de la fabula y el interesante progreso de su accion principal, sin tener la menor connexion con ella como episodios. — Arr.

lla tarde se los dió escritos, para que él buscasse quien se los leyese; pero apenas se los hubo dado, cuando se le cayeron, y vinieron á manos del duque, que los comunicó con la duquesa, y los dos se admiraron de nuevo de la locura y del ingenio de don Quijote; y así llevando adelante sus burlas, aquella tarde enviaron á Sancho con mucho acompañamiento al lugar, que para él habia de ser insula. Acaeciò pues, que el que le llevaba á cargo era un mayordomo del duque, muy discreto y muy gracioso, que no puede haber gracia donde no hay discrecion, el cual habia hecho la persona de la condesa Trifaldi con el donaire que queda referido: y con esto, y con ir industriado de sus señores de como se habia de haber con Sancho, salió con su intento maravillosamente.

Digo pues, que acaeciò que así como Sancho vió al tal mayordomo se le figuró en su rostro el mismo de la Trifaldi, y volviéndose á su señor le dijo: señor, ó á mí me ha de llevar el diablo de aquí de donde estoy, en justo y en creyente (1), ó vuesa merced me ha de confesar que el rostro deste mayordomo del duque, que aquí está, es el mesmo de la Dolorida. Miró don Quijote atentamente al mayordomo, y habiéndole mirado dijo á Sancho: no hay para que te lleve el diablo, Sancho, ni en justo ni en creyente (que no sé lo que quieres decir), que el rostro de la Dolorida es el del mayordomo; pero no por eso el mayordomo es la Dolorida, que á serlo implicaría contradiccion muy grande, y no es tiempo ahora de hacer estas averiguaciones, que seria entrarnos en intrincados laberintos. Créeme, amigo, que es menester rogar á nuestro señor muy de veras que nos libre á los dos de malos hechiceros y de malos encantadores. No es burla, señor, replicó Sancho, sino que denantes le oi hablar, y no pareció sino que la voz de la Trifaldi me sonaba en los oidos. Ahora bien, yo callaré; pero no dejaré de andar advertido de aquí adelante á ver si descubre otra señal que confirme ó desfaga mi sospecha. Así lo has de hacer, Sancho, dijo don Quijote, y darásmele aviso de todo lo que en este caso descubrieres, y de todo aquello que en el gobierno te sucediere.



Salió en fin Sancho acompañado de mucha gente, vestido á lo letrado, encima

(1) Quiere decir, segun Covarrubias, al punto, súbitamente, aceleradamente. —Arr.

un gaban muy ancho de camelote de aguas leonado, con una montera de lo mismo, sobre un macho á la gineta, y detras del, por órden del duque, iba el rucio, con jaeces y ornamentos jumentiles de seda y flamantes. Volvia Sancho la cabeza de cuando en cuando á mirar á su asno, con cuya compañía iba tan contento, que no se trocara con el emperador de Alemania.

Al despedirse de los duques les besó las manos, y tomó la bendicion de su señor, que se la dió con lágrimas, y Sancho las recibió con pucheritos. Deja, lector amable, ir en paz y enhorabuena al buen Sancho, y espera dos fanegas de risa que te ha de causar el saber como se portó en su cargo; y en tanto atiende á saber lo que le pasó á su amo aquella noche, que si con ello no rieres, por lo menos desplegarás los labios con risa de gimia, porque los sucesos de don Quijote ó se han de celebrar con admiracion ó con risa.

Cuéntase pues, que apénas se hubo partido Sancho, cuando don Quijote sintió su soledad, y si le fuera posible revocarle la comision y quitarle el gobierno, lo hiciera. Conoció la duquesa su melancolia, y preguntóle que de que estaba triste, que si era por la ausencia de Sancho, que escuderos, dueñas y doncellas habia en su casa, que le servirian muy á satisfaccion de su deseo. Verdad es, señora mia, respondió don Quijote, que siento la ausencia de Sancho; pero no es esa la causa principal que me hace parecer que estoy triste; y de los muchos ofrecimientos que vuestra excelencia me hace, solamente acepto y escojo el de la voluntad con que se me hacen, y en lo demas suplico á vuestra excelencia que dentro de mi aposento consienta y permita que yo solo sea el que me sirva.

En verdad, dijo la duquesa, señor don Quijote, que no ha de ser así, que le han de servir cuatro doncellas de las mias, hermosas como unas flores. Para mí, respondió don Quijote, no serán ellas como flores, sino como espinas, que me punquen el alma. Así entrarán ellas en mi aposento, ni cosa que lo parezca, como volar. Si es que vuestra grandeza quiere llevar adelante el hacerme merced sin yo merecerla, déjeme que yo me las haya conmigo, y que yo me sirva de mis puertas adentro, que yo ponga una muralla en medio de mis deseos y de mi honestidad; y no quiero perder esta costumbre por la liberalidad que vuestra alteza quiere mostrar conmigo; y en resolucion, antes dormiré vestido, que consentir que nadie me desnude.

No mas, no mas, señor don Quijote, replicó la duquesa: por mí digo que daré órden que ni aun una mosca entre en su estancia, no que una doncella: no soy yo persona que por mí se ha de descabalar la decencia del señor don Quijote, que segun se me ha traslucido, la que mas campea entre sus muchas virtudes es la de la honestidad. Desnúdese vuesa merced y vistase á sus solas y á su modo, como y cuando quisiere, que no habrá quien lo impida, pues dentro de su aposento hallará los vasos necesarios al menester del que duerme á puerta cerrada, porque ninguna natural necesidad le obligue á que la abra. Viva mil siglos la gran Dulcinea del Toboso, y sea su nombre extendido por toda la redondez de la tierra, pues mereció ser amada de tan valiente y tan honesto caballero, y los benignos cielos infundan en el corazon de Sancho Panza nuestro gobernador un deseo de acabar presto sus disciplinas, para que vuelva á gozar el mundo de la belleza de fan gran señora.

A lo cual dijo don Quijote: vuestra altitud ha hablado como quien es, que en la boca de las buenas señoras no ha de haber ninguna que sea mala: y mas venturosa y mas conocida será en el mundo Dulcinea por haberla alabado vuestra grandeza que por todas las alabanzas que puedan darle los mas elocuentes de la tierra. Ahora bien, señor don Quijote, replicó la duquesa, la hora de cenar se llega, y el duque debe de esperar: venga vuesa merced, y cenemos y acostarése temprano, que el viaje que ayer hizo de Candaya no fue tan corto que no haya causado algun molimiento.

No siento, ninguno, señora, respondió don Quijote, porque osaré jurar á vuestra excelencia que en mi vida he subido sobre bestia mas reposada ni de mejor paso

que Clavileño, y no sé yo que le pudo mover á Malabrundo para deshacerse de tan lijera y tan gentil cabalgadura, y abrasarla así sin mas ni mas. A eso se puede imaginar, respondió la duquesa, que arrepentido del mal que habia hecho á la Trifaldi y compañía y á otras personas, y de las maldades que como hechicero y encantador debia de haber cometido, quiso concluir con todos los instrumentos de su oficio, y como á principal, y que mas le habia desasosegado, vagando de tierra en tierra, abrasó á Clavileño, que con sus abrasadas cenizas y con el trofeo del cartel queda eterno el valor del gran don Quijote de la Mancha. De nuevo nuevas gracias dió don Quijote á la duquesa, y en cenando don Quijote se retiró en su aposento solo, sin consentir que nadie entrase con él á servirle: tanto se temia de encontrar ocasiones que le moviesen ó forzasen á perder el honesto decoro que á su señora Dulcinea guardaba, siempre puesta en la imaginacion la bondad de Amadis, flor y espejo de los andantes caballeros. Cerró tras sí la puerta, y á la luz de dos velas de cera se desnudó, y al descalzarse ¡oh desgracia indigna de tal persona! se le soltaron, no suspiros ni otro cosa que desacreditase la limpieza de su policia, sino hasta dos docenas de puntos de una media, que quedó hecho celosia. Aflijóse en extremo el buen señor, y diera él por tener allí un adarme de seda verde, una onza de plata; digo seda verde porque las medias eran verdes.

Aquí exclamó Ben-Engeli, y escribiendo dijo: ¡oh pobreza, pobreza! no sé yo con que razon se movió aquel gran poeta cordobés (1) á llamarte dádiva santa desagradecida: yo, aunque moro, bien sé por la comunicacion que he tenido con cristianos, que la santidad consiste en la caridad, humildad, fe, obediencia y pobreza; pero con todo eso digo que ha de tener mucho de Dios el que se viniere á contentar con ser pobre; si no es de aquel modo de pobreza de quien dice uno de sus mayores santos: *tened todas las cosas como si no las tuviédes* (2), y á esto llaman pobreza de espíritu; pero tú, segunda pobreza (que eres de la que yo hablo) ¿por que quieres estrellarte con los hidalgos y bien nacidos mas que con la otra gente (3)? ¿por que los obligas á dar pantalia (4) á los zapatos, y á que los botones de sus ropillas unos sean de seda,

(1) Este gran poeta es Juan de Mena, que en la copla cccxvii de sus *trascientos* dijo:

¡Oh vida segura la mansa pobreza!
¡Oh dádiva sancta, desagradecida!

Aquí la palabra *desagradecida* no está en la acepcion de *ingrata*, sino en la de *no agradecida, no apreciada* por los hombres. Hesiodo, en su poema de las *horas y los días*, llamó tambien á la pobreza *dádiva de los dioses inmortales*; pero si Hesiodo y otros varios han elogiado á la pobreza, siendo ellos ricos, Ovidio dice: *pauper ubique jacet*, el pobre en todas partes es despreciado; Lucano dice: *paupertas fugitur* todo el mundo huye de la pobreza. Juvenal la llama *triste* diciendo:

*Nil habet infelix paupertas durius in se,
Quám quod ridiculos homines facit.*

«Triste pobreza! tú nos espones á la burla de los necios, que es el mas insoportable de tus rigores.» — Boileau dice:

*L'or, même á la laideur donne un teint de beauté;
Mais tout devient affreux avec la pauvreté.*

Que nosotros traducimos:

El oro á la fealdad presta belleza;
Pero todo es horrible con pobreza.

Y si el Evangelio dice: «Bienaventurados los pobres porque de ellos es el reino de Dios;» los pobres que viven en este mundo, quisieran para ir pasando algo mas que tan solemne promesa; pues Lope de Vega en los *Milagro del Desprecio* afirma que

En nuestro mortal estambre
Lo que adelgaza es el hambre.

Y segun Pananti, poeta italiano:

*L'infelice povertá
L'uom tormenta, o gli scomplitgia,
O'l fa stolto, o gli consiglia
Cento e mille iniquità.* — MARTINEZ DEL ROMERO.

(2) San Pablo, epístola á los Corintios, VII, 31.

(3) ¿Y porque? Porque la mayor parte de nuestros innumerables hidalgos eran vanos orgullosos y arrogantes; pues engreidos con su hidalguia, tenian á deshonra el trabajar como los demas ciudadanos.

(4) Parece ser lo mismo que el *cerote*, del que dice Quevedo, que reparaba los *desmayos del calzado*. (*Visita de los chistes*).

otros de cerdas, y otros de vidrio? ¿por qué sus cuellos por la mayor parte han de ser siempre escarolados y no abiertos con molde? (y en esto se echará de ver que es antiguo el uso del almidon y de los cuellos abiertos) y prosiguió: miserable del bien nacido (1) que va dando pistos (2) á su honra, comiendo mal y á puerta cerrada, haciendo hipócrita al palillo de dientes con que sale á la calle, despues de no haber comido cosa que le obligue á limpiárselos: miserable de aquel, digo, que tiene la honra espantadiza, y piensa que desde una legua se le descubre el remiendo del zapato, el trasudor del sombrero, la hilaza del herreruelo, y la hambre de su estómago.

Todo esto se le renovó á don Quijote en la soltura de sus puntos; pero consolóse con ver que Sancho le habia dejado unas botas de camino, que pensó ponerse otro día. Finalmente él se recostó pensativo y pesaroso, así de la falta que Sancho le hacia, como de la irreparable desgracia de sus medias, á quien tomara los puntos aunque fuera con seda de otro color, que es una de las mayores señales de miseria que un hidalgo puede dar en el discurso de su prolija estrechez. Mató las velas, hacia calor, y no podia dormir: levantóse del lecho, y abrió un poco la ventana de una reja, que daba sobre un hermoso jardin, y al abrirla sintió y oyó que andaba y hablaba gente en el jardin: púsose á escuchar atentamente, levantaron la voz los de abajo, tanto que pudo oír estas razones:

No me porfies, oh Emerencia, que cante, pues sabes que desde el punto que este forastero entró en este castillo, y mis ojos le miraron, yo no sé cantar, sino llorar, cuanto mas que el sueño de mi señora tiene mas de lijero que de pesado, y no querria que nos hallase aquí por todo el tesoro del mundo: y puesto caso que durmiese y no despertase, en vano seria mi canto si duerme y no despierta para oírle este nuevo Eneas, que ha llegado á mis regiones para dejarme escarnida (3). No des en eso, Altisidora amiga, respondieron, que sin duda la duquesa y cuantos hay en esta casa duermen, sino es el señor de tu corazon y el despertador de tu alma, porque ahora sentí que abria la ventana de la reja de su estancia, y sin duda debe de estar despierto: canta, lastimada mia, en tono bajo y suave, al son de tu arpa, y cuando la duquesa nos sienta le echaremos la culpa al calor que hace. No está en eso el punto, oh Emerencia, respondió la Altisidora, sino en que no querria que mi canto descubriese mi corazon, y fuese juzgada de los que no tienen noticia de las fuerzas poderosas de amor por doncella autojadiza y liviana, pero venga lo que viniere, que mas vale vergüenza en cara, que mancilla en corazon; y en esto comenzó á tocar una arpa suavísimamente.

Oyendo lo cual quedó don Quijote pasmado, porque en aquel instante se le vinieron á la memoria las infinitas aventuras, semejantes á aquella de ventanas, rejas y jardines, músicas, requiebros y desvanecimientos que en los sus desvanecidos libros de caballerias habia leído. Luego imaginó que alguna doncella de la duquesa estaba dél enamorada, y que la honestidad la forzaba á tener secreta su voluntad. Temió no le rindiese, y propuso en su pensamiento el no dejarse vencer; y encomendándose de todo buen ánimo y buen talante á su señora Dulcinea del Toboso, determinó de escuchar la música, y para dar á entender que allí estaba, dió un fingido estornudo, de que no poco se alegraron las doncellas, que otra cosa no deseaban sino que don Quijote las oyese. Recorrida pues y afinada la arpa, Altisidora dió principio á este romance.

(1) *Bien nacido* es aquí sinónimo de hidalgo, de noble cuna, de sangre ilustre: palabras todas del lenguaje gótico del feudalismo, y tambien del orgullo y vanidad ridicula é insultante de nuestros antiguos hidalgos, á todos los cuales ridiculiza aquí Cervantes en la persona de don Quijote con tanta gracia como delicadeza. — Arr.

(2) Esto es, alimentándola escasamente ó como se alimenta al enfermo, á quien se da caldo u otra sustancia líquida con un pistero, y en muy cortas porciones. — Arr.

(3) Escarnecida, despreciada. — Arr.

DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

Oh tú que estás en tu lecho
Entre sábanas de Holanda,
Durmiendo á pierna tendida
De la noche á la mañana;

Caballero el mas valiente
Que ha producido la Mancha,
Mas honesto y mas bendito
Que el oro fino de Arabia:

Oye á una triste doncella,
Bien crecida y mal lograda,
Que en la luz de tus dos soles
Se siente abrasar el alma.

Tú buscas tus aventuras,
Y ajenas desdichas hallas,
Das las heridas, y niegas
El remedio de sanarlas.

Dime, valeroso jóven,
Que Dios prospere tus ansias,
¿Si te criaste en la Libia,
O en las montañas de Jaca?

¿Si sierpes te dieron leche?
¿Si á dicha fueron tus amas
La aspereza de las selvas
Y el horror de las montañas?

Muy bien puede Dulcinea,
Doncella rolliza y sana,
Preciarse de que ha rendido
A una tigre y fiera brava.

Por esto será famosa
Desde Henáres á Jarama,
Desde el Tajo á Manzanáres,
Desde Pisuerga hasta Arlanza.

Trocárame yo por ella,
Y diera encima una saya
De las mas gayadas mias,
Que de oro la adornan franjas.

¡Oh quien se viera en tus brazos,
O si no junto á tu cama,
Rascándote la cabeza
Y matándote la caspa!

Mucho pido y no soy digna
De merced tan señalada:
Los pies quisiera traerte,
Que á una humilde esto le basta.

¡Oh qué de cofias te diera,
Qué de escarpines de plata,

Qué de calzas de damasco,
Qué de herreruelos de holanda!

Qué de finísimas perlas,
Cada cual como una agalla,
Que á no tener compañeras,
Las solas fueron llamadas (1)!

No mires de tu Tarpeya
Este incendio que me abrasa,
Neron manchego del mundo,
Ni le avives con tu saña (2),

Niña soy, pulcela (3) tierna,
Mi edad de quince no pasa,
Catorce tengo y tres meses,
Te juro en Dios y en mi ánima

No soy renca ni soy coja,
Ni tengo nada de manca,
Los cabellos como lirios,
Que en pie por el suelo arrastran.

Y aunque es mi boca aguileña,
Y la nariz algo chata,
Ser mis dientes de topacios,
Mi belleza al cielo ensalza.

Mi voz ya ves, si me escuchas,
Que á la que es mas dulce iguala;
Y soy de disposicion
Algo menos que mediana.

Estas y otras gracias mias
Son despojos de tu aljaba:
Desta casa soy doncella,
Y Altisidora me llaman.

Aquí dió fin el canto de la mal ferida Altisidora, y comenzó el asombro del requerido don Quijote, el cual dando un gran suspiro dijo entre sí: ¡que tengo de ser tan desdichado andante, que no ha de haber doncella que me mire, que de mi no se enamore! ¡que tenga de ser tan corta de ventura la sin par Dulcinea del Toboso, que no la han de dejar á solas gozar de la incomparable firmeza mia! ¿qué la quereis, reinas? ¿á que la perseguis, emperatrices? ¿para qué la acosais, doncellas de á catorce á quince años? dejad, dejad á la miserable que triunfe, se goce y ufane con la suerte que amor quiso darle en rendirle mi corazon, y entregarle mi alma: mirad, caterva enamorada, que para sola Dulcinea soy de masa y de alfeñique, y para todas las demas soy de pedernal, para ella soy miel, y para vosotras acibar: para mí sola Dulcinea es

(1) Con la exajeracion del tamaño de estas perlas, llamadas irónicamente las *solas*, acaso aludió Cervantes á la perla llamada la *Peregrina*, la *Huervana*, ó la *Sola*, por no tener compañera, que tenian los reyes de España vinculada en la corona hasta que en el incendio del palacio de Madrid se consumió con otras alhajas preciosísimas, el año de 1734. — P.

(2) Alúdese aquí al romance antiguo que empieza:

Mira Nero de Tarpeya
A Roma como se ardia:
Gritos dan niños y viejos,
Y él de nada se dolia. — P.

(3) Voz tomada de la italiana *Pulcella* que quiere decir *doncellita*, *doncella tierna*, *virgen*. — MARTINEZ DEL ROMERO.

la hermosa, la discreta, la honesta, la gallarda y la bien nacida; y las demas las



feas, las necias, las livianas y las de peor linaje: para ser yo suyo, y no de otra alguna, me arrojé la naturaleza al mundo: llore ó cante Altisidora, desespérese Madama, por quien me apórrearon en el castillo del moro encantado, que yo tengo de ser de Dulcinea cocido ó asado, limpio, bien criado y honesto, á pesar de todas las potestades hechiceras de la tierra; y con esto cerró de golpe la ventana, y despechado y pesaroso, como si le hubiera acontecido alguna gran desgracia, se acostó en su lecho, donde le dejaremos por ahora, porque nos

está llamando el gran Sancho Panza, que quiere dar principio á su famoso gobierno:





CAPITULO XLV.

De como el gran Sancho Panza tomó la posesion de su insula, y del modo que comenzó á gobernar.



¡ Oh perpétuo descubridor de los antípodas, hacha del mundo, ojo del cielo, menco dulce de las cantimploras (1)! Timbrió aquí Febo allí, tirador acá, médico

acullá, padre de la poesia, inventor de la música, tú que siempre sales, y aunque lo parece, nunca te pones (2) : á ti digo, oh sol, con cuya ayuda el hombre engendra al hombre : á ti digo que me favorezcas y alumbres la escuridad de mi ingenio, para que pueda discurrir por sus puntos en la narracion del gobierno del gran Sancho Panza, que sin ti yo me siento tibio, desmazelado y confuso.

Digo pues que con todo su acompañamiento llegó Sancho á un lugar de hasta mil vecinos, que era de los mejores que el duque tenia. Diéronle á entender que se llamaba la insula Barataria, ó ya porque el lugar se llamaba Baratario, ó ya por el barato con que se le habia dado el gobierno. Al llegar á las puertas de la villa, que era cercada, salió el regimiento del pueblo á recibirle : tocaron las campanas, y todos los vecinos del pueblo dieron muestras de general alegría, y con mucha pompa le llevaron á la iglesia mayor á dar gracias á Dios, y luego con algunas ridículas ceremonias le entregaron las llaves del pueblo, y le admitieron por perpétuo gobernador de la insula Barataria. El traje, las barbas, la gordura y pequeñez del nuevo gobernador tenia admirada á toda la gente que el busilis del cuento no sabia, y aun á todos los que lo sabian, que eran muchos. Finalmente en sacándole de la iglesia le llevaron á la silla del juzgado, y le sentaron en ella, y el mayordomo del duque le dijo : es costumbre antigua en esta insula, señor gobernador, que el que viene á tomar posesion desta famosa insula está obligado á responder á una pregunta

(1) Con calor del sol se escita la sed, que para satisfacerla obliga á refrescar el agua y otras bebidas con la nieve, lo cual se ejecuta con el *menco dulce de las cantimploras*, que son las garrafas.

(2) *Ponerse el sol*, que parece significa ponerse delante ó manifestarse á nuestra vista, quiere decir en español ocultársenos de ella, desapareciendo de nuestro horizonte; por eso dijo don Antonio de Solis :

*Dime inventor de frasi tan maldita
¿ Como se pone el sol cuando se quita ?*

Nuestros antiguos poetas decian con mas propiedad *trasponerse el sol*, por quitarse ó esconderse. — P.

que se le hiciere, que sea algo intrincada y dificultosa, de cuya respuesta el pueblo toma y toca el pulso del ingenio de su nuevo gobernador, y así, ó se alegra, ó se entristece con su venida.

En tanto que el mayordomo decia esto á Sancho, estaba él mirando unas grandes y muchas letras que en la pared frontera de su silla estaban escritas, y como él no sabia leer, preguntó que qué eran aquellas pinturas que en aquella pared estaban. Fuele respondido: señor, allí está escrito y notado el dia en que vuesa señoría tomó posesion desta insula, y dice el epitafio: hoy dia á tantos de tal mes y de tal año, tomó la posesion desta insula el señor don Sancho Panza, que muchos años la goce. ¿Y á quien llaman don Sancho Panza? preguntó Sancho. A vuesa señoría, respondió el mayordomo, que en esta insula no ha entrado otro Panza sino el que está sentado en esa silla. Pues advertid, hermano, dijo Sancho, que yo no tengo Don, ni en todo mi linaje le ha habido: Sancho Panza me llaman á secas, y Sancho se llamó mi padre, y Sancho mi agüelo, y todos fueron Panzas sin añadiduras de dones ni doñas, y yo imagino que en esta insula debe de haber mas dones que piedras; pero basta, Dios me entiende, y podrá ser que si el gobierno me dura cuatro dias yo escarde estos dones, que por la muchedumbre deben de enfadar como los mosquitos (1). Pase adelante con su pregunta el señor mayordomo, que yo responderé lo mejor que supiere, ora se entristezca ó no se entristezca el pueblo.

A este instante entraron en el juzgado dos hombres, el uno vestido de labrador, y el otro de sastre, porque traia unas tijeras en la mano, y el sastre dijo: señor gobernador, yo y este hombre labrador venimos ante vuesa merced en razon que este buen hombre llegó á mi tienda ayer, que yo con perdon de los presentes soy sastre examinado, que Dios sea bendito, y poniéndome un pedazo de paño en las manos me preguntó: señor, ¿habria en este paño harto para hacerme una caperuza? Yo tanteando el paño le respondí que sí: él debióse de imaginar, á lo que yo imagino, é imaginé bien, que sin duda yo le queria hurtar alguna parte del paño, fundándose en su malicia y en la mala opinion de los sastres, y replicóme que mirase si habria para dos: adivinéle el pensamiento, y díjele que sí; y él, caballero en su dañada y primera intencion (2), fue añadiendo caperuzas, y yo añadiendo sies, hasta que llegamos á cinco caperuzas; y ahora en este punto acaba de venir por ellas, yo se las doy, y no me quiere pagar la hechura, antes me pide que le pague, ó vuelva su paño.

¿Es todo esto así, hermano? preguntó Sancho. Si señor, respondió el hombre; pero hágale vuesa merced que muestre las cinco caperuzas que me ha hecho. De buena gana, respondió el sastre, y sacando encontinentemente la mano de bajo del herreruelo, mostró en ella cinco caperuzas puestas en las cinco cabezas de los dedos de la mano, y dijo: hé aqui las cinco caperuzas que este buen hombre me pide, y en Dios y en mi conciencia que no me ha quedado nada del paño, y yo daré la obra á vista de veedores del oficio. Todos los presentes se rieron de la multitud de las caperuzas y del nuevo pleito. Sancho se puso á considerar un poco, y dijo: pareceme que en este pleito no ha de haber largas dilaciones, sino juzgar luego á juicio de buen varon, y así yo doy por

(1) De la muchedumbre de estos dones en España, y á que alude aquí Cervantes, habló otro autor diciendo: «Tambien es causa de haber muchos holgazanes y muchos facinerosos la licencia abierta que hay para que cada cual se pueda llamar Don: pues apenas se halla ya hijo de oficial mecánico que no aspire por este camino á ennoblecerse: de que resulta que, impedidos con esta falsa nobleza, no se pueden acomodar á oficios ni ocupaciones incompatibles é indignas de quien se llama Don; y así este género de gente, sin hacienda para sustentar el Don que se puso para venir á servir de paje, y sin oficio para sustentar la persona, es el que emprende enormes delitos, de que se tiene suficiente esperiencia en esta córte (*Paton, Discursos de tufos, copetes y calvas*, fól. 55).» — P.

El señor Paton se asombraría, si como suele decirse levantara la cabeza, y viese que no hay ganapan ni mujerzuela que no se ponga ya *don* y *doña*. — MARTINEZ DEL ROMERO.

(2) Esto es, asido el labrador y montado, por decirlo así, en su mala intencion, de que no le podia aprear el sastre. — P.

sentencia, que el sastre pierda las hechuras, y el labrador el paño, y las caperuzas se lleven á los presos de la cárcel, y no haya mas. Si la sentencia pasada (1) de la bolsa del ganadero movió á admiracion á los circunstantes, esta les provocó á risa; pero en fin se hizo lo que mandó el gobernador.

Luego se presentaron ante él dos hombres ancianos, el uno traia una cañaheja por báculo, y el sin báculo, dijo: señor, á este buen hombre le presté dias há diez escudos de oro en oro por hacerle placer y buena obra, con condicion que me los volviese cuando los pidiese: pasáronse muchos dias sin pedirselos por no ponerle en mayor necesidad de volvérmelos que la que él tenia cuando yo se los presté; pero por parecerme que se descuidaba en la paga, se los he pedido una y muchas veces, y no solamente no me los vuelve, pero me los niega, y dice que nunca tales diez escudos le presté, y que si se los presté, que ya me los ha vuelto: yo no tengo testigos ni del prestado, ni de la vuelta, porque no me los ha vuelto: querria que vuesa merced le tomase juramento, y si jurare que me los ha vuelto, yo se los perdono para aquí y para adelante de Dios.

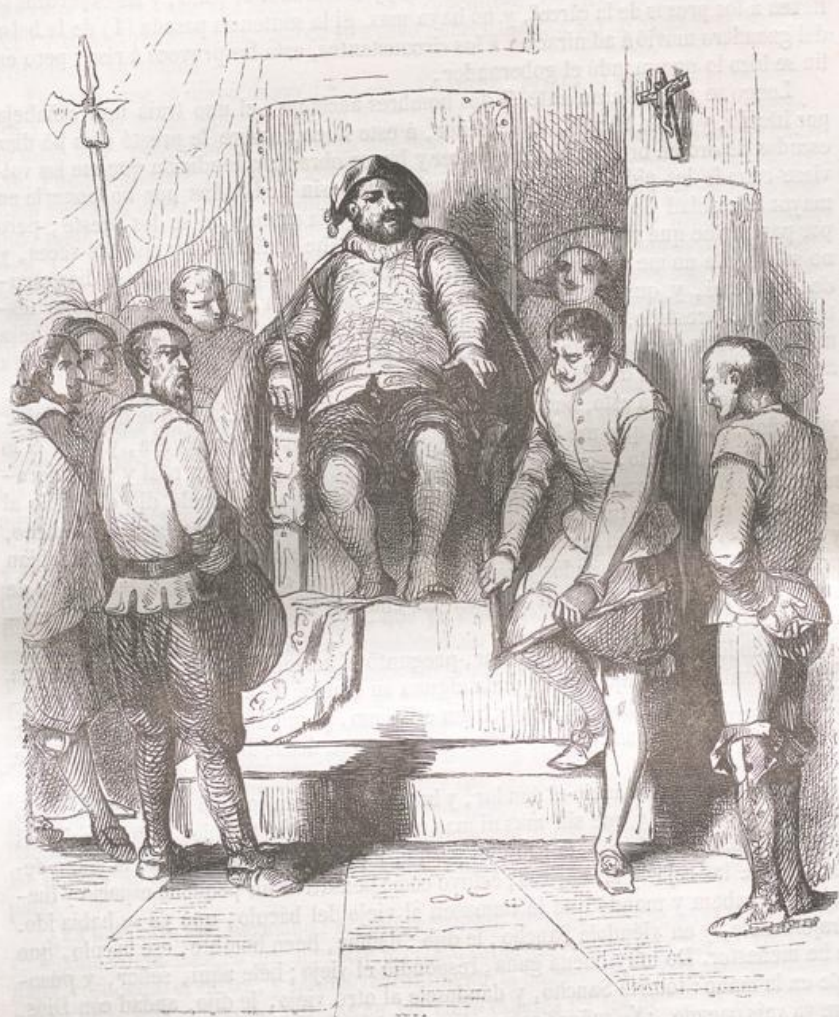
¿Que decis vos á esto, buen viejo del báculo? dijo Sancho. A lo que dijo el viejo: yo, señor, confieso que me los presté; y baje vuestra merced esa vara, y pues él lo deja en mi juramento, yo juraré como se los he vuelto y pagado real y verdaderamente. Bajó el gobernador la vara, y en tanto el viejo del báculo dió el báculo al otro viejo que se le tuviese en tanto que juraba, como si le embarazara mucho, y luego puso la mano en la cruz de la vara, diciendo que era verdad que se le habian prestado aquellos diez escudos que se le pedian; pero que él se los habia vuelto de su mano á la suya, y que por no caer en ello (2) se los volvia á pedir por momentos.

Viendo lo cual el gran gobernador, preguntó al acreedor que respondia á lo que decia su contrario, y dijo que sin duda alguna su deudor debia de decir verdad, porque le tenia por hombre de bien y buen cristiano, y que á él se le debia de haber olvidado el como y cuando se los habia vuelto, y que desde alli en adelante jamas le pediria nada.

Tornó á tomar su báculo el deudor, y bajando la cabeza se salió del juzgado. Visto lo cual por Sancho, y que sin mas ni mas se iba, y viendo tambien la paciencia del demandante, inclinó la cabeza sobre el pecho, y poniéndose el índice de la mano derecha sobre las cejas y las narices, estuvo como pensativo un pequeño espacio y luego alzó la cabeza y mandó que le llamasen al viejo del báculo, que ya se habia ido. Trajéronsele, y en viéndole Sancho, le dijo: dadme, buen hombre, ese báculo, que le he menester. De muy buena gana, respondió el viejo; héle aquí, señor, y púsosele en la mano: tomóle Sancho, y dándosele al otro viejo, le dijo, andad con Dios, que ya vais pagado. ¿Yo señor? respondió el viejo; ¿pues vale esta cañaheja diez escudos de oro? Si, dijo el gobernador, ó si no, yo soy el mayor porro del mundo; y ahora se verá si tengo yo caletre para gobernar todo un reino, y mandó que alli delante de todos se rompiese y abriese la caña. Hízose así, y en el corazon della hallaron diez escudoz en oro. Quedaron todos admirados, y tuvieron á su gobernador por un nuevo Salomon. Preguntáronle de donde habia colegido que en aquella cañaheja estaban aquellos diez escudos; y respondió, que de haberle visto dar el viejo que juraba á su contrario aquel báculo en tanto que hacia el juramento, y jurar que se los habia dado real y verdaderamente, y que en acabando de jurar le tornó á pedir el

(1) Si la sentencia pasada de la bolsa del ganadero, etc. Así dicen todas las ediciones; pero es una conocida equivocacion, porque aun no habia dado Sancho la sentencia del ganadero, que se refiere despues. Acaso Cervantes se propuso en su idea referir el lance del ganadero antes que el de las caperuzas, y al tiempo de escribirlos mudó el orden que se habia propuesto; y cuando llegó á la sentencia del ganadero se olvidó de lo que habia puesto en la de las caperuzas. La edición de Londres de 1758 enmendó así el pasaje: *Si la sentencia que pasó despues*, etc. Suponiendo que fuese error de imprenta, la correccion estaria así bien hecha. — A.

(2) *Caer en algo*, venir en conocimiento de ello, entenderlo.



báculo, le vino á la imaginacion que dentro dél estaba la paga de lo que pedian : de donde se podia colegir que los que gobiernan, aunque sean unos tontos, tal vez los encamina Dios en sus juicios; y mas que él habia oido contar otro caso como aquel al cura de su lugar (1), y que él tenia tan gran memoria, que á no olvidársele todo aquello de que queria acordarse, no hubiera tal memoria en toda la ínsula. Finalmente el un viejo corrido y el otro pagado se fuéron, y los presentes quedaron admirados y el que escribia las palabras, hechos y movimientos de Sancho no acababa de determinarse si le tendria y pondria por tonto ó por discreto.

Luego acabado este pleito entró en el juzgado una mujer, asida fuertemente de un hombre vestido de ganadero rico, la cual venia dando grandes voces, diciendo : justicia, señor gobernador, justicia y si no la hallo en la tierra, la iré á buscar al cielo. Señor gobernador de mi ánima, este mal hombre me ha cogido en la mitad dese cam-

(1) Este cuento no es original de Cervantes como ya lo insinua por boca de Sancho. Tomóle de la *Legenda aurea* de fray Jacobo de Voragine. Traelo en la vida de San Nicolas de Bari.

po, y se ha aprovechado de mi cuerpo como si fuera trapo mal lavado, y ¡desdichada de mí! me ha llevado lo que yo tenia guardado mas de veinte y tres años há, defendiéndolo de moros y cristianos, de naturales y extrangeros, y yo siempre dura como un alcornoque, conservándome entera como la salamanquesa en el fuego, ó como la lana entre las zarzas, para que este buen hombre llegase ahora con sus manos limpias á manosearme.

Aun eso está por averiguar, si tiene limpias ó no las manos este galan, dijo Sancho, y volviéndose al hombre le dijo ¿que decía y respondia á la querella de aquella mujer? El cual todo turbado, respondió: señores, yo soy un pobre ganadero de ganado de cerda, y esta mañana salia deste lugar de vender (con perdon sea dicho) cuatro puercos, que me llevaron de alcabalas y socaliñas poco menos de lo que ellos valian: volvíame á mi aldea, topé en el camino á esta buena dueña, y el diablo, que todo lo añasca y todo lo cuece, hizo que yogásemos (1) juntos: paguéle lo suficiente, y ella mal contenta asíó de mí, y no me ha dejado hasta traerme á este puesto: dice que la forcé, y miente para el juramento que hago ó pienso hacer; y esta es toda la verdad sin faltar meaja.

Entonces el gobernador le preguntó si traia consigo algun dinero en plata: él dijo que hasta veinte ducados tenia en el seno en una bolsa de cuero. Mandó que la sacase, y se la entregase así como estaba á la querellante: él lo hizo temblando; tomóla la mujer, y haciendo mil zalemas á todos, y rogando á Dios por la vida y salud de mi señor gobernador, que así miraba por las huérfanas menesterosas y doncellas, con esto se salió del juzgado llevando la bolsa asida con entrambas manos, aunque primero miró si era de plata la moneda que llevaba dentro.

Apénas salió, cuando Sancho dijo al ganadero, que ya se le saltaban las lágrimas, y los ojos y el corazon se iban tras su bolsa: buen hombre, id tras aquella mujer, y quitadle la bolsa aunque no quiera, y volved aquí con ella: y no lo dijo á tonto ni á sordo, porque luego partió como un rayo, y fué á lo que se le mandaba. Todos los presentes estaban suspensos, esperando el fin de aquel pleito, y de allí á poco volvieron el hombre y la mujer, mas asidos y aferrados que la vez primera: ella la saya levantada, y en el regazo puesta la bolsa, y el hombre pugnando por quitársela: mas no era posible, segun la mujer la defendia, la cual daba voces diciendo: justicia de Dios y del mundo: mire vuesa merced, señor gobernador, la poca vergüenza y el poco temor deste desalmado, que en mitad de poblado y en mitad de la calle me ha querido quitar la bolsa que vuesa merced mandó darme.

¿Y háosla quitado? preguntó el gobernador. ¿Como quitar? respondió la mujer, antes me dejara yo quitar la vida, que me quiten la bolsa: bonita es la niña, otros gatos me han de echar á las barbas, que no este desventurado y asqueroso: tenazas y martillos, mazos y escoplos no serán bastantes á sacármela de las uñas, ni aun garras de leones, antes el ánima de en mitad en mitad de las carnes. Ella tiene razon, dijo el hombre, y yo me doy por rendido y sin fuerzas, y confieso que las mias no son bastantes para quitársela, y dejóla.

Entonces el gobernador dijo á la mujer: mostrad, honrada y valiente, esa bolsa ella se la dió luego, y el gobernador se la volvió al hombre, y dijo á la esforzada y no forzada: hermana mia, si el mismo aliento y valor que habeis mostrado para defender esta bolsa, le mostráredes, y aun la mitad menos, para defender vuestro cuerpo, las fuerzas de Hércules no os hicieran fuerza: andad con Dios y mucho de enhoramala, y no pareis en toda esta insula, ni en seis leguas á la redonda, so pena de doscientos azotes: andad luego, digo, churrillera (2), desvergonzada y embaidora.

(1) *Yogar* ó *Yoguir*, holgarse, tener acto carnal. — D. A.

(2) *Ladrona*. — P. — El Diccionario de la Academia dice habladora.

Espantóse la mujer, y fué cabizbaja y mal contenta, y el gobernador dijo al hombre: buen hombre, andad con Dios á vuestro lugar con vuestro dinero, y de aquí adelante, si no le quereis perder, procurad que no os venga en voluntad de yogar con nadie. El hombre le dió las gracias lo peor que supo, y fué y los circunstantes quedaron admirados de nuevo de los juicios y sentencias de su nuevo gobernador (1). Todo lo cual notado de su coronista, fue luego escrito al duque, que con gran deseo lo estaba esperando: y quédese aquí el buen Sancho, que es mucha la priesa que nos da su amo alborozado con la música de Altisidora.

(1) Este caso, ó verdadero, ó inventado para despreciar las excusas con que las mujeres suelen disculpar las voluntarias violencias de su fragilidad, ya se leía impreso el año de 1550, al fol. 15 del Norte de los *Estados de Francisco de Osuna*, de donde acaso le adoptó Cervantes, aunque variando y mejorando notablemente su narración. — P.





CAPITULO XLVI.

Del temeroso espanto cenceril y gatuno que recibió don Quijote en el discurso de los amores de la enamorada Altisidora.



DEJAMOS al gran don Quijote en-
vuelto en los pensamientos que
le habia causado la música de la
enamorada doncella Altisidora.
Acostóse con ellos, y como si
fueran pulgas, no le dejaron dor-
mir ni sosegar un punto, y jun-
tábasele los que le faltaban de
sus medias; pero como es lijero
el tiempo, y no hay barranco
que le detenga, corrió caballero
en las horas, y con mucha presteza
llegó la de la mañana. Lo
cual visto por don Quijote, dejó
las blandas plumas, y no nada
perezoso se vistió su acamuzado
vestido, y se calzó sus botas de
camino por encubrir la desgra-
cia de sus medias. Arrojóse en-
cima su manton de escarlata, y
púsose en la cabeza una montera
de terciopelo verde, guarnecida

de pasamanos de plata, colgó el tahali de sus hombros con su buena y tajadora
espada; asió un gran rosario que consigo continuo traia, y con gran prosopopeya y
contoneo salió á la antesala, donde el duque y la duquesa estaban ya vestidos y como
esperándole, y al pasar por una galeria estaban aposta esperándole Altisidora y la
otra doncella su amiga, y así como Altisidora vió á don Quijote, fingió desmayarse,
y su amiga la recogió en sus faldas, y con gran presteza la iba á desabrochar el pe-
cho. Don Quijote que lo vió, llegándose á ellas dijo: ya sé yo de qué proceden estos

accidentes. No sé yo de que, respondió la amiga, porque Altisidora es la doncella mas sana de toda esta casa, y yo nunca la he sentido un ay en cuanto há que la conozco: que mal hayan cuantos caballeros andantes hay en el mundo, si es que todos son desagradecidos: váyase vuesa merced, señor don Quijote, que no volverá en sí esta pobre niña en tanto que vuesa merced aquí estuviere. A lo que respondió don Quijote: haga vuesa merced, señora, que se me ponga un laud esta noche en mi aposento, que yo consolaré lo mejor que pudiere á esta lastimada doncella, que en los principios amorosos los desengaños prestos suelen ser remedios calificados; y con esto se fué porque no fuese notado de los que allí le viesen.

No se hubo bien apartado, cuando volviendo en sí la desmayada Altisidora, dijo á su compañera: menester será que se le ponga el laud, que sin duda don Quijote quiere darnos música, y no será mala siendo suya. Fuéron luego á dar cuenta á la duquesa de lo que pasaba y del laud que pedía don Quijote, y ella alegre sobre modo concertó con el duque y con sus doncellas de hacerle una burla que fuese mas risueña que dañosa, y con mucho contento esperaban la noche, que se vino tan apriesa como se habia venido el dia, el cual pasaron los duques en sabrosas pláticas con don Quijote: y la duquesa aquel dia real y verdaderamente despachó á un paje suyo, que habia hecho en la selva la figura encantada de Dulcinea, á Teresa Panza con la carta de su marido Sancho Panza, y con el lio de ropa que habia dejado para que se le enviase, encargándole le trujese buena relacion de todo lo que con ella pasase.

Hecho esto, y llegadas las once horas de la noche, halló don Quijote una vihuela en su aposento: templóla, abrió la reja, y sintió que andaba gente en el jardin, y habiendo recorrido los trastes de la vihuela, y afinándola lo mejor que supo, escupió y remondóse el pecho, y luego con una voz ronquilla, aunque entonada, cantó el siguiente romance, que él mismo aquel dia habia compuesto.

Suelen las fuerzas de amor
Sacar de quicio á las almas,
Tomando por instrumento
La ociosidad descuidada.

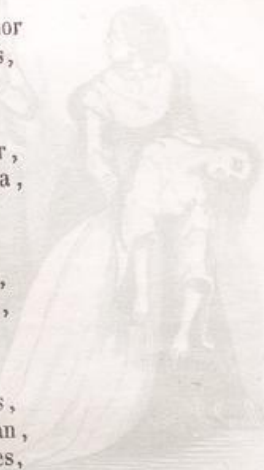
Suele el coser y el labrar,
Y el estar siempre ocupada,
Ser antidoto al veneno
De las amorosas ansias.

Las doncellas recogidas,
Que aspiran á ser casadas,
La honestidad es la dote,
Y voz de sus alabanzas.

Los andantes caballeros,
Y los que en la corte andan,
Requíébranse con las libres,
Con las honestas se casan.

Hay amores de levante,
Que entre huéspedes se tratan,
Que llegan presto al poniente,
Porque en el partir se acaban.

El amor recién venido,
Que hoy llegó, y se va mañana,
Las imágenes no deja
Bien impresas en el alma.



Pintura sobre pintura,
Ni se muestra, ni señala,
Y do hay primera belleza,
La segunda no hace baza.

Dulcinea del Toboso
Del alma en la tabla rasa
Tengo pintada de modo,
Que es imposible borrarla.

La firmeza en los amantes
Es la parte mas preciada,
Por quien hace amor milagros,
Y asimismo los levanta.

Aquí llegaba don Quijote de su canto, á quien estaban escuchando el duque y la duquesa Altisidora y casi toda la gente del castillo, cuando de improviso desde encima de un corredor, que sobre la reja de don Quijote á plomo caia, descolgaron un cordel, donde venian mas de cien cencerros asidos, y luego tras ellos derramaron un gran saco de gatos, que asimismo traian cencerros menores atados á las colas. Fue tan grande el ruido de los cencerros y el mayar de los gatos, que aunque los duques habian sido inventores de la burla, todavia les sobresaltó, y temeroso don Quijote quedó pasmado; y quiso la suerte que dos ó tres gatos se entraron por la reja de su estancia, y dando de una parte á otra, parecia que una legion de diablos andaba en ella. Apagaron las velas que en el aposento ardian, y andaban buscando por do escaparse. El descolgar y subir del cordel de los grandes cencerros no cesaba: la mayor parte de la gente del castillo, que no sabia la verdad del caso, estaba suspensa y admirada. Levantóse don Quijote en pie, y poniendo mano á la espada, comenzó á tirar estocadas por la reja y á decir á grandes voces: afuera, malignos encantadores, afuera, canallahechiceresca, que yo soy don Quijote de la Mancha, contra quien no valen ni tienen fuerza vuestras malas intenciones: y volviéndose á los gatos que andaban por el aposento, les tiró muchas cuchilladas: ellos acudieron á la reja, y por allí se salieron, aunque uno, viéndose tan acosado de las cuchilladas de don Quijote, le saltó al rostro, y le asió de las narices con las uñas y los dientes, por cuyo dolor don Quijote comenzó á dar los mayores gritos que pudo. Oyendo lo cual el duque y la duquesa, y considerando lo que podia ser, con mucha presteza acudieron á su estancia, y abriendo con llave maestra,



vieron al pobre caballero pugnando con todas sus fuerzas por arrancar el gato de su rostro. Entraron con luces, y vieron la desigual pelea : acudió el duque á despartirla, y don Quijote dijo á voces : no me le quite nadie, déjenme mano á mano con este demonio, con este hechicero, con este encantador, que yo le daré á entender de mí á él quien es don Quijote de la Mancha. Pero el gato, no curándose destas amenazas, gruñía y apretaba. Mas en fin el duque se le desarraigó y le echó por la reja.

Quedó don Quijote acribado el rostro, y no muy sanas las narices, aunque muy despechado porque no le habian dejado fenecer en la batalla que tan trabada tenia con aquel malandrín encantador. Hicieron traer aceite de Aparicio (1), y la misma Altisidora con sus blanquísimas manos le puso unas vendas por todo lo herido, y al ponérselas con voz baja le dijo : todas estas malandanzas te suceden, empedernido caballero, por el pecado de tu dureza y pertinacia, y plega á Dios que se le olvide á Sancho tu escudero el azotarse, porque nunca salga de su encanto esta tan amada tuya Dulcinea, ni tú la goces, ni llegues á tálamo con ella, á lo menos viviendo yo, que te adoro. A todo esto no respondió don Quijote otra palabra, sino fue dar un profundo suspiro, y luego se tendió en su lecho, agradeciendo á los duques la merced, no porque él tenia temor de aquella canalla gatesca encantadora y encerruna, sino porque habia conocido la buena intencion con que habian venido á socorrerle. Los duques le dejaron sosegar, y se fueron pesarosos del mal suceso de la burla; que no creyeron que tan pesada y costosa le saliera á don Quijote aquella aventura, que le costó cinco dias de encerramiento y de cama, donde le sucedió otra aventura mas gustosa que la pasada, la cual no quiere su historiador contar ahora por acudir á Sancho Panza, que andaba muy solícito y muy gracioso en su gobierno.

(1) Llamase así vulgarmente un aceite preparado con flores del legitimo hipérico, el cual es bueno para soldar las heridas frescas y guardarlas de corrupcion.—Laguna.—Su verdadero nombre es aceite de hipérico, y por corrupcion puede haberse dicho despues por el vulgo *Aparicio*. — Arr.





CAPÍTULO XLVII.

Donde se prosigue como se portaba Sancho Panza en su gobierno.



CUENTA la historia que desde el juzgado llevaron á Sancho Panza á un suntuoso palacio, adonde en una gran sala estaba puesta una real y limpiezima mesa; y así como Sancho entró en la sala sonaron chirimias, y salieron cuatro pajes á darle aguamanos, que Sancho recibió con mucha gravedad. Cesó la música, sentóse Sancho á la cabecera de la mesa, porque no habia mas de aquel asiento, y no otro servicio en toda ella. Púsose á su lado en pie un personaje, que despues mostró ser médico,

con una varilla de ballena en la mano. Levantaron una riquísima y blanca tohalla, con que estaban cubiertas las frutas y mucha diversidad de platos de diversos manjares. Uno que parecia estudiante echó la bendicion, y un paje puso un babador randado á Sancho; otro que hacia el oficio de maestresala llegó un plato de fruta delante; pero apenas hubo comido un bocado, cuando el de la varilla tocando con ella en el plato se le quitaron de delante con grandísima celeridad; pero el maestresala le llegó otro de otro manjar. Iba á probarle Sancho; pero antes que llegase á él, ni le gustase, ya la varilla habia tocado en él, y un paje alzadole con tanta presteza como el de la fruta.

Visto lo cual por Sancho, quedó suspenso, y mirando á todos, preguntó si se habia de comer aquella comida como juego de Maese Coral (1). A lo cual respondió el de la vara: no se ha de comer, señor gobernador, sino como es uso y costumbre en las otras insulas donde hay gobernadores. Yo, señor, soy médico, y estoy asalariado en esta insula para serlo de los gobernadores della, y miro por su salud mucho mas que por la mia, estudiando de noche y de dia, y tanteando la complexion del gobernador, para acertar á curarle cuando cayere enfermo, y lo principal que hago es asistir á sus comidas y cenas, y á dejarle comer de lo que me parece que le conviene, y á quitarle lo que imagino que le ha de hacer daño y ser nocivo al estómago, y así mandé quitar el plato de la fruta por ser demasidamente húmeda, y el plato del otro manjar tambien le mandé quitar por ser demasidamente caliente, y tener muchas especias, que acrecientan la sed; y el que mucho bebe, mata y consume el húmedo

(1) Esto es, como juego de manos, que tambien se decia *juego de pasa pasa*. Covarrubias en su *Tesoro*, en la palabra *Coral*, dice que el charlatan ó jugador de manos se despojaba de sus vestidos para hacer sus juegos, y se quedaba en una chaqueta ó ajustador encarnado como el coral, y por eso le llamaban Maese Coral. — P.

radical, donde consiste la vida. Desamaneira aquel plato de perdices que estan allí asadas, y á mi parecer bien sazonadas no me harán algun daño. A lo que el médico



respondió : esas no comerá el señor gobernador en tanto que yo tuviere vida. ¿Pues por qué? dijo Sancho. Y el médico respondió porque nuestro maestro Hipócrates, norte y luz de la medicina, en un aforismo suyo dice : *omnis saturatio mala, perdiciis autem pessima*. Quiere decir : toda hartazgo es mala, pero la de las perdices malísima (1). Si eso es así, dijo Sancho, vea el señor doctor de cuantos manjares hay en esta mesa, cual me hará mas provecho y cual menos daño, y déjeme comer dél, sin que me le apalee (2), porque por vida del gobernador, y así Dios me la deje gozar, que me muero de hambre, y el negarme la comida, aunque le pese al señor doctor, y él mas me diga, antes será quitarme la vida, que aumentármela.

— Vuesa merced tiene razon, señor gobernador, respondió el médico, y así es mi parecer que vuesa merced no coma de aquellos conejos guisados que allí estan, porque es manjar peliagudo : de aquella ternera, si no fuera asada y en adobo, aun se pudiera probar, pero no hay para que. Y Sancho dijo : aquel platonazo que está mas adelante vahando, me parece que es olla podrida, que por la diversidad de cosas que en las tales ollas podridas hay, no podré dejar de topa con alguna que me sea de gusto y de provecho. *Absit* dijo el médico, vaya lejos de nosotros tan mal pensamiento : no hay cosa en el mundo de peor mantenimiento que una olla podrida : allá las ollas podridas para los canónigos, ó para los rectores de colegios, ó para las bodas labradorecas, y déjenos libres las mesas de los gobernadores, donde ha de asistir todo primor y toda atildadura; y la razon es, porque siempre y á do quiera y de quien quiera son mas estimadas las medicinas simples que las compuestas, porque en las simples no se puede errar, y en las compuestas si, alterando la cantidad de las cosas

(1) En los autores médicos no se halla así el aforismo, sino del modo siguiente : *omnis saturatio mala, panis autem pessima*. Cervantes substituyó, por aplicarle á su intencion, *perdiciis* en el lugar de *panis*. — P.

(2) Esto es, sin que le toque con la varilla. — Arr.

de que son compuestas: mas lo que yo sé que ha de comer el señor gobernador ahora para conservar su salud y corroborarla, es un ciento de cañutillos y de suplicaciones (1) y unas tajadicas sutiles de carne de membrillo, que le asienten el estómago y le ayuden á la digestion (2).

Oyendo esto Sancho, se arrimó sobre el espaldar de la silla, y miró de hito en hito al tal médico, y con voz grave le preguntó como se llamaba, y donde habia estudiado. A lo que él respondió: yo, señor gobernador, me llamo el doctor Pedro Recio de Agüero, y soy natural de un lugar llamado Tirteafuera (3), que está entre Caracuel y Almodóbar del Campo á la mano derecha, y tengo el grado de doctor por la universidad de Osuna. A lo que respondió Sancho todo encendido en cólera: pues, señor doctor Pedro Recio de mal agüero, natural de Tirteafuera, lugar que está á la derecha mano como vamos de Caracuel á Almodóbar del Campo, graduado en Osuna, quiteseme luego de delante; si no, voto al sol que tome un garrote, y que á garrotazos, comenzando por él, no me ha de quedar médico en toda la ínsula, á lo menos de aquellos que yo entienda que son ignorantes; que á los médicos sabios, prudentes y discretos los pondré sobre mi cabeza, y los honraré como á personas divinas: y vuelvo á decir que se me vaya Pedro Recio de aquí, si no, tomaré esta silla donde estoy sentado, y se la estrellaré en la cabeza; y pidanmelo en residencia, que yo me descargaré con decir que hice servicio á Dios en matar á un mal médico, verdugo de la república y denme de comer, ó si no, tómense su gobierno, que oficio que no da de comer á su dueño no vale dos habas.

Alborotóse el doctor viendo tan colérico al gobernador, y quiso hacer tirteafuera de la sala (4), sino que en aquel instante sonó una corneta de posta en la calle, y asomándose el maestresala á la ventana, volvió diciendo: correo viene del duque mi señor, algun despacho debe de traer de importancia. Entró el correo sudando y asustado, y sacando un pliego del seno le puso en las manos del gobernador, y Sancho le puso en las del mayordomo, á quien mandó leyese el sobrescrito, que decia así. *A don Sancho Panza, gobernador de la ínsula Barataria, en su propia mano, ó en las de su secretario.* Oyendo lo cual Sancho, dijo: ¿quien es aquí mi secretario? y uno de los que presentes estaban, respondió: yo señor, porque sé leer y escribir, y soy vizcaino. Con esa añadidura, dijo Sancho, bien podeis ser secretario del mismo emperador: abrid ese pliego, y mirad lo que dice. Hizolo así el recién nacido secretario, y habiendo leído lo que decia, dijo que era negocio para tratarle á solas. Mandó Sancho despejar la sala, y que no quedasen en ella sino el mayordomo y el maestresala, y los demas y el médico se fueron; y luego el secretario leyó la carta, que así decia:—

« A mi noticia ha llegado, señor don Sancho Panza, que unos enemigos míos y desamigos de la ínsula la han de dar un asalto furioso, no sé que noche: conviene velar y estar alerta,

(4) Las obleas, hechas en forma de cañutos, por ir muy plegadas, se llamaron *cañutillos* y *suplicaciones*. Hoy se dice *barquillos*.

(2) En el libro de las Etiquetas de Carlos, duque de Borgoña, que despues fueron introducidas y adoptadas en el palacio de los reyes de España de la casa de Austria, se lee la siguiente, segun dice Olivier de la Marche, autor del libro: « El duque tiene seis doctores en medicina, y sirven de visitar la persona y estado de la salud del principe, y cuando el duque está á la mesa, los mismos estan detras de él y miran que viandas y platos se sirven al duque, y le aconsejan segun su parecer que viandas le son mas provechosas, etc. » — P.

(3) *Tirteafuera* ó *Tirateafuera*. Este es el nombre de un pueblo de la Mancha Baja. Pedro Simon Abril traduce el pasaje del *Eunuco* de Terencio en que la Pythias dice el mancebo Cherea:

Neque pol servandum tibi

Quidquam dare ausim, neque te servare. Apage te.

(Act. V, escen. II.)

En buena fe que ni yo osaria

Darte á guardar nada, ni menos guardarte

Yo. Tirteafuera.

(Véase la nota 5 de esta página).

(4) Juega aquí Cervantes de la palabra *tirteafuera*; y en este pasaje usa de esta palabra para denotar que, amedrantado el médico con las amenazas del gobernador Sancho Panza, quiso salirse ó retirarse de la sala; que eso significa *tirteafuera* ó *tirateafuera* — P.

» porque no le tomen desapercibido. Sé tambien por espías verdaderas, que han en-
 » trado en ese lugar cuatro personas disfrazadas para quitaros la vida, porque se temen
 » de vuestro ingenio: abrid el ojo, y mirad quien llega á hablaros, y no comais de cosa
 » que os presentaren. Yo tendré cuidado de socorremos, si os viéredes en trabajo, y
 » en todo hareis como se espera de vuestro entendimiento. Deste lugar á diez y seis
 » de agosto, á las cuatro de la mañana. Vuestro amigo el duque.»

Quedó atónito Sancho, y mostraron quedarlo asimismo los circunstantes, y vol-
 viéndose al mayordomo le dijo: lo que ahora se ha de hacer, y ha de ser luego, es
 meter en un calabozo al doctor Recio, porque si alguno me ha de matar ha de ser él,
 y de muerte adminícula y pésima, como es la de la hambre. También, dijo el maes-
 tresala, me parece á mi que vuesa merced no coma de todo lo que está en esta mesa,
 porque lo han presentado unas monjas, y como suele decirse, tras de la cruz está el
 diablo. No lo niego, respondió Sancho, y por ahora denme un pedazo de pan y obra
 de cuatro libras de uvas, que en ellas no podrá venir veneno, porque en efecto no
 puedo pasar sin comer: y si es que hemos de estar prontos para estas batallas que nos
 amenazan, menester será estar bien mantenidos, porque tripas llevan corazon, que
 no corazon tripas: y vos, secretario, responded al duque mi señor, y decidle que se
 cumplirá lo que manda como lo manda sin faltar punto; y dareis de mi parte un be-
 samanos á mi señora la duquesa, y que le suplico no se le olvide de enviar con un
 propio mi carta y mi lio á mi mujer Teresa Panza, que en ello recibirá mucha mer-
 ced, y tendré cuidado de servirla con todo lo que mis fuerzas alcanzaren, y de ca-
 mino podeis encajar un besamanos á mi señor don Quijote de la Mancha, porque vea
 que soy pan agradecido: y vos como buen secretario y como buen vizcaino, podeis
 añadir todo lo que quisieredes y mas viniere á cuento: y álzense estos manteles, y
 denme á mi de comer, que yo me avendré con cuantas espías y matadores y encan-
 tadores vinieren sobre mí y sobre mi insula.

En esto entró un paje, y dijo: aquí está un labrador negociante, que quiere ha-
 blar á vuestra señoría en un negocio, segun él dice, de mucha importancia. Extraño
 caso es este, dijo Sancho, destes negociantes: ¿es posible que sean tan necios que no
 echen de ver que semejantes horas como estas no son las que han de venir á nego-
 ciar? ¿Por ventura los que gobernamos, los que somos jueces, no somos hombres de
 carne y de hueso, y que es menester que nos dejen descansar el tiempo que la necesi-
 dad pide, sino que quieren que seamos hechos de piedra mármol? Por Dios y en mi
 conciencia, que si me dura el gobierno (que no durará segun se me trasluce) que yo
 ponga en pretina á mas de un negociante. Agora decid á ese buen hombre que en-
 tre; pero adviértase primero no sea alguno de los espías ó matador mio. No señor,
 respondió el paje, porque parece una alma de cántaro, y yo sé poco ó él es tan bueno
 como el buen pan. No hay que temer, dijo el mayordomo, que aquí estamos todos.
 ¿Sería posible, dijo Sancho, maestresala, que agora que no está aquí el doctor Pe-
 dro Recio, que comiese yo alguna cosa de peso y de sustancia, aunque fuese un pe-
 dazo de pan y una cebolla? Esta noche á la cena se satisfará la falta de la comida, y
 quedará vuestra señoría satisfecho y pagado, dijo el maestresala. Dios lo haga, re-
 respondió Sancho.

En esto entró el labrador, que era de muy buena presencia, y de mil leguas se le
 echaba de ver que era bueno y buena alma. Lo primero que dijo fue: ¿quien es aquí
 el señor gobernador? Quien ha de ser, respondió el secretario, sino el que está sen-
 tado en la silla. Humillome pues á su presencia, dijo el labrador, y poniéndose de ro-
 dillas, le pidió la mano para besársela. Negóselo Sancho, y mandó que se levantara
 y dijese lo que quisiese. Hízolo así el labrador, y luego dijo: yo, señor, soy labra-
 dor, natural de Miguel Turra, un lugar que está dos leguas de Ciudad-Real. ¿Otro
 Tirteafuera tenemos? dijo Sancho: decid, hermano, que lo que yo os sé decir es que
 sé muy bien á Miguel Turra, y que no está muy lejos de mi pueblo. Es pues el caso,

señor, prosiguió el labrador, que yo por la misericordia de Dios soy casado, en paz y haz de la santa iglesia católica romana: tengo dos hijos estudiantes, que el menor estudia para bachiller, y el mayor para licenciado: soy viudo, porque se murió mi mujer, ó por mejor decir me la mató un mal médico, que la purgó estando preñada, y si Dios fuera servido que saliera á luz el parto, y fuera hijo, yo le pusiera á estudiar para doctor, porque no tuviera envidia á sus hermanos el bachiller y el licenciado.

De modo, dijo Sancho, que si vuestra mujer no se hubiera muerto ó la hubieran muerto, vos no fuéades agora viudo. No señor, en ninguna manera, respondió el labrador. Medrados estamos, replicó Sancho: adelante hermano, que es hora de dormir, mas que de negociar. Digo pues, dijo el labrador, que este mi hijo, que ha de ser bachiller, se enamoró en el mesmo pueblo de una doncella, llamada Clara Perlerina, hija de Andres Perlerino, labrador riquísimo: y este nombre de Perlerines no les viene de abolengo ni otra alcurnia, sino porque todos los deste linaje son perláticos, y por mejorar el nombre los llaman Perlerines; aunque si va á decir la verdad, la doncella es como una perla oriental, y mirada por el lado derecho parece una flor del campo, por el izquierdo no tanto, porque le falta aquel ojo, que se le saltó de viruelas: y aunque los hoyos del rostro son muchos y grandes, dicen los que la quieren bien que aquellos no son hoyos, sino sepulturas donde se sepultan las almas de sus amantes. Es tan limpia, que por no ensuciar la cara trae las narices, como dicen, arremangadas, que no parece sino que van huyendo de la boca, y con todo esto parece bien por extremo, porque tiene la boca grande, y á no faltarle diez ó doce dientes y muelas, pudiera pasar y echar raya entre las mas bien formadas. De los labios no tengo que decir, porque son tan sutiles y delicados, que si se usarán aspar labios pudieran hacer dellos una madeja; pero como tienen diferente color de la que en los labios se usa comunmente, parecen milagrosos, porque son jaspeados de azul y verde y aberengenado: y perdóneme el señor gobernador si por tan menudo voy pintando las partes de la que al fin al fin ha de ser mi hija, que la quiero bien, y no me parece mal.

Pintad lo que quisiéredes, dijo Sancho, que yo me voy recreando en la pintura, y si hubiera comido no hubiera mejor postre para mí que vuestro retrato. Eso tengo yo por servir, respondió el labrador, pero tiempo vendrá en que seamos, si ahora no somos: y digo, señor, que si pudiera pintar su gentileza y la altura de su cuerpo, fuera cosa de admiracion; pero no puede ser, á causa de que ella está agoviada y encogida, y tiene las rodillas con la boca, y con todo eso se echa bien de ver que si se pudiera levantar, diera con la cabeza en el techo, y ya ella hubiera dado la mano de esposa á mi bachiller, sino que no la puede extender, que está añudada, y con todo en las uñas largas y acanaladas se muestra su bondad y buena hechura.

Está bien, dijo Sancho, y haced cuenta, hermano, que ya la habeis pintado de los pies á la cabeza: ¿que es lo que quereis ahora? y venid al punto sin rodeos ni callejuelas, ni retazos ni añadiduras. Querria, señor, respondió el labrador, que vuesa merced me hiciese merced de darme una carta de favor para mi consuegro, suplicándole sea servido de que este casamiento se haga, pues no somos desiguales en los bienes de fortuna ni en los de la naturaleza, porque para decir la verdad, señor gobernador, mi hijo es endemoniado, y no hay día que tres ó cuatro veces no le atormenten los malignos espíritus, y de haber caído una vez en el fuego tiene el rostro arrugado como un pergamino, y los ojos algo llorosos y manantiales; pero tiene una condicion de un ángel, y si no es que se aporrea y se da de puñadas él mesmo á sí mesmo, fuera un bendito. ¿Quereis otra cosa, buen hombre? replicó Sancho. Otra cosa querria, dijo el labrador, sino que no me atrevo á decirlo; pero vaya, que en fin no se me ha de podrir en el pecho, pegue ó no pegue. Digo, señor, que querria que vuesa merced me diese trecientos ó seiscientos ducados para ayuda de la dote de mi bachiller, digo para ayuda de poner su casa, porque en fin han de vivir por sí, sin es-

tar sujetos á las impertinencias de los suegros. Mirad si quereis otra cosa, dijo Sancho, y no la dejéis de decir por empacho ni por vergüenza. No por cierto, respondió el labrador: y apenas dijo esto, cuando levantándose en pie el gobernador, asió de la silla en que estaba sentado, y dijo: voto á tal, don patan (1), rústico y mal mirado, que si no os apartais y escondéis luego de mi presencia, que con esta silla os rompa y abra la cabeza. Hideputa bellaco, pintor del mismo demonio, ¿y á estas horas te vienes á pedirme seiscientos ducados? ¿y donde los tengo yo, hediondo? ¿y porque te los habia de dar aunque los tuviera, socarron y mentecato? ¿y que se me da á mí de Miguel Turra, ni de todo el linaje de los Perlerines? Va de mí, digo, si no por vida del duque mi señor, que haga lo que tengo dicho. Tú no debes de ser de Miguel Turra, sino algun socarron, que para tentarme te ha enviado aquí el infierno. Dime, desalmado, aun no há dia y medio que tengo el gobierno, ¿y ya quieres que tenga seiscientos ducados? Hizo de señas el maestresala al labrador que se saliese de la sala, el cual lo hizo cabizbajo, y al parecer temeroso de que el gobernador no ejecutase su cólera, que el bellacon supo hacer muy bien su oficio.

Pero dejemos con su cólera á Sancho, y ándese la paz en el corro, y volvamos á don Quijote, que le dejamos vendado el rostro y curado de las gatescas heridas, de las cuales no sanó en ocho dias: en uno de los cuales le sucedió lo que Cide Hamete promete de contar con la puntualidad y verdad que suele contar las cosas de esta historia por mínimas que sean.

(1) *Patan* llamamos, dice Covarrubias, al villano que trae grandes patas, porque las hace mayores, ó mas abultadas con el calzado tosco de sus albarcas. — P.





CAPITULO XLVIII.

De lo que le sucedió á don Quijote con doña Rodríguez la dueña de la duquesa , con otros acontecimientos dignos de escritura y de memoria eterna.



Ademas estaba mohino y melancólico el mal ferido don Quijote, vendado el rostro, y señalado, no por la mano de Dios, sino por las uñas de un gato: desdichas anejas á la andante caballeria. Seis dias estuvo sin salir en público, en una noche de las cuales, estando despierto y desvelado, pensando en sus desgracias y en el perseguimiento de Altisidora, sintió que con una llave abrian la puerta de su aposento, y luego imaginó que la enamorada doncella venia para sobresaltar su honestidad, y ponerle en condicion de faltar á la fe que guardar debia á su señora Dulcinea del Toboso. No, dijo creyendo á su imaginacion (y esto con voz que pudiera ser oida),

no ha de ser parte la mayor hermosura de la tierra para que yo deje de adorar la que tengo grabada y estampada en la mitad de mi corazon, y en lo mas escondido de mis entrañas, ora estés, señora mia, trasformada en cebolluda labradora, ora en ninfa del dorado Tajo, tegiendo telas de oro y sirgo compuestas, ora te tenga Merlin ó Montesinos donde ellos quisieren, que adonde quiera eres mia, y á do quiera he sido yo y he de ser tuyo.

El acabar estas razones y el abrir de la puerta fue todo uno. Púsose en pie sobre la cama, envuelto de arriba abajo en una colcha de raso amarillo, una galocha (1) en la cabeza, y el rostro y los bigotes vendados, el rostro par los araños, los bigotes porque no se le desmayasen y cayesen: en el cual traje parecia la mas extraordinaria fantasma que se pudiera pensar. Clavó los ojos en la puerta, y cuando esperaba ver entrar por ella á la rendida y lastimada Altisidora, vió entrar á una reverendísima dueña, con unas tocas blancas repulgadas y luengas, tanto que la cubrian y enmataban desde los pies á la cabeza. Entre los dedos de la mano izquierda traia una media vela encendida, y con la derecha se hacia sombra porque no le diese la luz en los ojos, á quien cubrian unos muy grandes anteojos: venia pisando quedito, y movia los pies blandamente.

(1) Galocha se llamaba, segun Covarrubias, el birrete, solideo, becoquin ó gorro con que se cubria la cabeza. — Arr.

Miróla don Quijote desde su atalaya, y cuando vió su adeliño (1) y notó su silencio, pensó que alguna bruja ó maga venia en aquel traje á hacer en él alguna mala fechoria, y comenzó á santiguarse con mucha priesa. Fuese llegando la vision, y cuando llegó á la mitad del aposento alzó los ojos, y vió la priesa con que se estaba haciendo cruces don Quijote; y si él quedó medroso en ver tal figura, ella quedó espantada



en ver la suya, porque así como le vió tan alto y tan amarillo con la colcha y con las vendas que le desfiguraban, dió una gran voz diciendo: ¡Jesus! ¿que es lo que veo? y con el sobresalto se le cayó la vela de las manos, y viéndose á oscuras, volvió las espaldas para irse, y con el miedo tropezó en sus faldas y dió consigo una gran caída.

Don Quijote temeroso comenzó á decir; conjúrote, fantasma, ó lo que eres, que me digas quien eres, y que me digas que es lo que de mí quieres. Si eres alma en

(1) Lo mismo que aliño. — Arr.

pena dimelo, que yo haré por ti todo cuanto mis fuerzas alcanzaren, porque soy católico cristiano, y amigo de hacer bien á todo el mundo, que para esto tomé la orden de la caballeria andante que profeso, cuyo ejercicio aun hasta hacer bien á las ánimas del purgatorio se extiende. La brumada dueña, que oyó conjurarse, por su temor coligió el de don Quijote, y con voz afligida y baja le respondió: señor don Quijote (si es que acaso vuesa merced es don Quijote), yo no soy fantasma ni vision, ni alma de purgatorio, como vuesa merced debe de haber pensado, sino doña Rodriguez, la dueña de honor de mi señora la duquesa, que con una necesidad de aquellas que vuesa merced suele remediar, á vuesa merced vengo.

Dígame, señora doña Rodriguez, dijo don Quijote, ¿por ventura viene vuesa merced á hacer alguna terceria? (1) porque le hago saber que no soy de provecho para nadie: merced á la sin par belleza de mi señora Dulcinea del Toboso. Digo en fin, señora doña Rodriguez, que como vuesa merced salve y deje á una parte todo recado amoroso puede volver á encender su vela, y vuelva y departiremos de todo lo que mas mandare, y mas en gusto le viniere, salvando, como digo, todo incitativo melindre.

¿Yo recado de nadie, señor mio? respondió la dueña: mal me conoce vuesa merced: si, que aun no estoy en edad tan prolongada que me acoja á semejantes niñerías, pues Dios loado, mi alma me tengo en las carnes, y todos mis dientes y muelas en la boca, amen de unos pocos que me han usurpado unos catarros que en esta tierra de Aragon son tan ordinarios. Pero espéreme vuesa merced un poco, saldré á encender mi vela, y volveré en un instante á contar mis cuitas como á mediador de todas las del mundo: y sin esperar respuesta se salió del aposento, donde quedó don Quijote sosegado y pensativo esperándola.

Luego le sobrevinieron mil pensamientos acerca de aquella nueva aventura; y parecíale ser mal hecho y peor pensado ponerse en peligro de romper á su señora la fe prometida, y decíase á sí mismo: ¿quien sabe si el diablo, que es sutil y mañoso, querrá engañarme ahora con una dueña, lo que no ha podido con emperatrices, reinas, duquesas, marquesas ni condesas? que yo he oido decir muchas veces y á muchos discretos, que si él puede, antes os la dará roma que aguilena; ¿y quien sabe si esta soledad, esta ocasion y este silencio despertará mis deseos, que duermen, y harán que al cabo de mis años venga á caer donde nunca he tropezado? y en casos semejantes mejor es huir que esperar la batalla. Pero yo no debo de estar en mi juicio, pues tales disparates digo y pienso, que no es posible que una dueña toquiblanca, larga y antojuna (2) pueda mover ni levantar pensamiento lascivo en el mas desalmado pecho del mundo: ¿por ventura hay dueña en la tierra que tenga buenas carnes? ¿por ventura hay dueña en el orbe que deje de ser impertinente, fruncida (3) y melindrosa? afuera pues, caterva dueñesca, inútil para ningun humano regalo: ¡Oh cuan bien hacia aquella señora, de quien se dice que tenia dos dueñas de bulto con sus anteojos y almohadillas al cabo de su estrado, como que estaban labrando, y tanto le servian para la autoridad de la sala aquellas estátuas como las dueñas verdaderas!

Y diciendo esto se arrojó del lecho, con intencion de cerrar la puerta y no dejar entrar á la señora Rodriguez; mas cuando la llegó á cerrar, ya la señora Rodriguez volvía, encendida una vela de cera blanca, y cuando ella vió á don Quijote de mas cerca, envuelto en la colcha, con las vendas, galocha ó becoquin temió de nuevo, y retirándose atras como dos pasos, dijo: ¿estamos seguras, señor caballero? porque no tengo á muy honesta señal haberse vuesa merced levantado de su lecho.

(1) Mediacion entre dos personas para algun ajuste, convenio ó cosa semejante. — MARTINEZ DEL ROMERO.

(2) Con anteojos. — Arr.

(3) Esto es, afectada y zalamera. — Arr.

Eso mismo es bien que yo pregunte, señora, respondió don Quijote: y así pregunto, si estaré yo seguro de ser acometido y forzado. ¿De quien ó á quien pedis, señor caballero, esa seguridad? respondió la dueña. A vos y de vos la pido, replicó don Quijote, porque yo no soy de mármol, ni vos de bronce, ni ahora son las diez del día, sino media noche, y aun un poco mas segun imagino, y en una estancia mas cerrada y secreta que lo debió de ser la cueva donde el traidor y atrevido Eneas gozó á la hermosa y piadosa Dido. Pero, dadme, señora, la mano, que yo no quiero otra seguridad mayor que la de mi continencia y recato, y la que ofrecen esas reverendísimas tocas: y diciendo esto, besó su derecha mano, y la asió de la suya, que ella le dió con las mismas ceremonias.

Aquí hace Cide Hamete un paréntesis, y dice que por Mahoma que diera por ver ir á los dos así asidos y trabados desde la puerta al lecho la mejor almalafa de dos que tenia.

Entróse en fin don Quijote en su lecho, y quedóse doña Rodriguez sentada en una silla algo desviada de la cama, no quitándose los anteojos ni la vela. Don Quijote se acurrucó y se cubrió todo, no dejando mas del rostro descubierto: y habiéndose los dos sosegado, el primero que rompió el silencio fue don Quijote, diciendo: puede vuesa merced ahora, mi señora doña Rodriguez, descoserse y desbuchar todo aquello que tiene dentro de su cuitado corazon y lastimadas entrañas, que será de mi escuchada con castos oídos, y socorrida con piadosas obras. Así lo creo yo, respondió la dueña, que de la gentil y agradable presencia de vuesa merced no se podia esperar sino tan cristiana respuesta.

Es pues el caso, señor don Quijote, que aunque vuesa merced me ve sentada en esta silla y en la mitad del reino de Aragon, y en hábito de dueña aniquilada y asendereada, soy natural de las Asturias de Oviedo, y de linaje que atraviesan por él muchos de los mejores de aquella provincia; pero mi corta suerte y el descuido de mis padres, que empobrecieron antes de tiempo, sin saber como ni como no, me trajeron á la corte de Madrid, donde por bien de paz y por escusar mayores desventuras, mis padres me acomodaron á servir de doncella de labor á una principal señora; y quiero hacer sabidor á vuesa merced que en hacer vainillas y labor blanca ninguna me ha echado el pié adelante en toda la vida. Mis padres me dejaron sirviendo y se volvieron á su tierra, y de allí á pocos años se debieron de ir al cielo, porque eran ademas buenos y católicos cristianos. Quedé huérfana, y atendida al miserable salario y á las angustiadas mercedes que á las tales criadas se suele dar en palacio; y en este tiempo, sin que diese yo ocasion á ello, se enamoró de mí un escudero de casa, hombre ya en dias, barbudo y apersonado y sobre todo hidalgo como el rey, porque era montañés. No tratamos tan secretamente nuestros amores, que no viniesen á noticia de mi señora, la cual por excusar dimes y diretes nos casó en paz y en haz de la santa madre iglesia católica romana: de cuyo matrimonio nació una hija para rematar con mi ventura, si alguna tenia, no porque yo muriese del parto, que le tuve derecho y en sazón, sino porque desde allí á poco murió mi esposo de un cierto espanto que tuvo, que á tener ahora lugar para contarle, yo sé que vuesa merced se admirara.

En esto comenzó á llorar tiernamente, y dijo: perdóneme vuesa merced, señor don Quijote, que no va mas en mi mano, porque todas las veces que me acuerdo de mi mal logrado se me arrasan los ojos de lágrimas. ¡Válame Dios, y con qué autoridad llevaba á mi señora á las ancas de una poderosa mula negra como el mismo azabache! que entónces no se usaban coches ni sillas, como ahora dicen que se usan, y las señoras iban á las ancas de sus escuderos: esto á lo menos no puedo dejar de contarle, porque se note la crianza y puntualidad de mi buen marido. Al entrar de la calle de Santiago en Madrid, que es algo estrecha, venia á salir por ella un alcalde de corte, con dos alguaciles delante, y así como mi buen escudero le vió, volvió las

riendas á la mula, dando señal de volver á acompañarle. Mi señora, que iba á las ancas, con voz baja le decia : ¿ que haceis, desventurado, no veis que voy aquí? El alcalde de comedido detuvo la rienda al caballo, y díjole : seguid, señor, vuestro camino, que yo soy el que debo acompañar á mi señora doña Casilda, que así era el nombre de mi ama. Todavía porfiaba mi marido, con la gorra en la mano á querer ir acampañando el alcalde. Viendo lo cual mi señora, llena de cólera y enojo, sacó un alfiler gordo, ó creo que un punzon del estuche, y clavósele por los lomos, de manera que mi marido dió una gran voz y torció el cuerpo de suerte que dió con su señora en el suelo. Acudieron dos lacayos suyos á levantarla, y lo mismo hizo el alcalde y los alguaciles. Alborotóse la puerta de Guadalajara, digo la gente baldia que en ella estaba (1). Vinose á pie mi ama, y mi marido acudió en casa de un barbero, diciendo que llevaba pasadas de parte á parte las entrañas. Divulgóse la cortesía de mi esposo tanto, que los muchachos le corrian por las calles, y por esto y porque él era algun tanto corto de vista, mi señora le despidió, de cuyo pesar sin duda alguna tengo para mí que se le causó el mal de la muerte. Quedé yo viuda y desamparada, y con hija á cuestras, que iba creciendo en hermosura como la espuma de la mar. Finalmente, como yo tuviese fama de gran labandera, mi señora la duquesa, que estaba recién casada con el duque mi señor, quiso traerme consigo á este reino de Aragon, y á mi hija ni mas ni menos, adonde yendo dias y viniendo dias, creció mi hija y con ella todo el donaire del mundo : canta como una calandria, danza como el pensamiento, baila (2) como una perdida, lee y escribe como un maestro de escuela, y cuenta como un avariento : de su limpieza no digo nada, que el agua que corre no es mas limpia, y debe de tener ahora, si mal no me acuerdo, diez y seis años, cinco meses y tres dias, uno mas ó menos. En resolucion, desta muchacha se enamoró un hijo de un labrador riquísimo, que está en una aldea del duque mi señor, no muy lejos de aquí. En efecto, no sé cómo ni cómo no, ellos se juntaron, y debajo de la palabra de ser su esposo burló á mi hija, y no se la quiere cumplir : y aunque el duque mi señor lo sabe, porque yo me hé quejado á él, no una, sino muchas veces, y pedidole mande que el tal labrador se case con mi hija, hace orejas de mercader, y apenas quiere oirme ; y es la causa que como el padre del burlador es tan rico, y le presta dineros, y le sale por fiador de sus trampas por momentos, no le quiere descontentar ni dar pesadumbre en ningun modo. Quería pues, señor mio, que vuesa merced tomase á cargo el deshacer este agravio, ó ya por ruegos, ó ya por armas ; pues segun todo el mundo dice, vuesa merced nació en él para deshacerlos, y para enderezar los tuertos y amparar los miserables : y póngasele á vuesa merced por delante la orfandad de mi hija, su gentileza, su mocedad, con todas las buenas partes que he dicho que tiene, que en Dios y en mi conciencia que de cuantas doncellas tiene mi señora, que no hay ninguna que llegue á la suela de su zapato : y que una que llaman Altisidora, que es la que tienen por mas desenvuelta y gallarda, puesta en comparacion de mi hija, no la llega con dos leguas : porque quiero que sepa vuesa merced, señor mio, que no es todo oro lo que reluce, porque esta Altisidorilla tiene mas de presuncion que de hermosura, y mas de desenvuelta que de recojida, además que no está muy sana, que tiene un cierto aliento cansado que no hay sufrir el estar junto á ella un momento ; y aun mi señora la duquesa... quiero callar, que se suele decir que las paredes tienen oidos.

(1) Esta puerta era una de las mas famosas de Madrid. *Baldia*, significa *vagamunda*, *perdida* y *sin destino*.

(2) Distingüanse en tiempo de Cervantes las danzas de los bailes, que ahora se confunden. Llamábanse danzas los bailes groves y autorizados, como eran *el turdion*, *la pavana*, *madama Orliens*, *el pie del jibao*, *el rey D. Alonso el Bueno*, *el caballero*, etc. Bailes se llaman los populares y truanescos, como eran *la zarabanda*, *la chacona*, *las gambetas*, *el rastrojo*, *el pésame dello y mas*, *la gorróna*, *la pipironda*, *el villano*, *el pollo*, *el hermano Bartolo*, *el quíneo*, *el colorin colorado*, etc. Los nombres de las danzas y bailes se tomaban de las canciones que se cantaban en ellos. — P.

¿Que tiene mi señora la duquesa por vida mia, señora doña Rodriguez? preguntó don Quijote. Con ese conjuro, respondió la dueña, no puedo dejar de responder á lo que se me pregunta con toda verdad. ¿Ve vuesa merced, señor don Quijote, la hermosura de mi señora la duquesa, aquella tez de rostro, que no parece sino de una espada acicalada y tersa, aquellas dos mejillas de leche y de carmin, que en la una tiene el sol y en la otra la luna, y aquella gallardia con que va pisando y aun despreciando el suelo, que no parece sino que va derramando salud donde pasa? Pues sepa vuesa merced que lo puede agradecer primero á Dios, y luego á dos fuentes que tiene en las dos piernas, por donde se desagua todo el mal humor, de quien dicen los médicos que está llena. ¡Santa Maria! dijo don Quijote; ¿y es posible que mi señora la duquesa tenga tales desaguaderos? No lo creyera si me lo dijeran frailes descalzos; pero pues la señora doña Rodriguez lo dice, debe de ser así; pero tales fuentes y en tales lugares no deben de manar humor, sino ámbar líquido. Verdaderamente que ahora acabo de creer que esto de hacerse fuentes debe de ser cosa importante para la salud (1).

Apenas acabó don Quijote de decir esta razon, cuando con un gran golpe abrieron las puertas del aposento, y del sobresalto del golpe se le cayó á doña Rodriguez la vela de la mano, y quedó la estancia como boca de lobo, como suele decirse. Luego sintió la pobre dueña que la asian de la garganta con dos manos tan fuertemente, que no la dejaban ganir, y que otra persona con mucha presteza sin hablar palabra le alzaba las faldas, y con una al parecer chinela le comenzó á dar tantos azotes, que era una compasion: y aunque don Quijote se la tenia, no se meneaba del lecho, y no sabia qué podía ser aquello, y estabase quedo y callando, y aun temiendo no

viniese por él la tanda y tunda azotesca; y no fue vano su temor, porque en dejando molida á la dueña los callados verdugos, la cual no osaba quejarse, acudieron á don Quijote, y desenvolviéndole de la sábana y de la colcha, le pellizcaban tan amenudo y tan reciamente, que no pudo dejar de defenderse á puñadas, y todo esto en silencio admirable. Duró la batalla casi media hora, salieron las fantasmas, recogió doña Rodriguez sus faldas, y gimiendo su desgracia, se salió por la puerta afuera sin decir palabra á don Quijote, el cual doloroso y pellizcado, confuso y pensativo, se quedó solo,

do le dejaremos deseoso de saber quien habia sido el perverso encantador que tal le habia puesto; pero ello se dirá á su tiempo, que Sancho Panza nos llama, y el buen concierto de la historia lo pide.

(1) Las fuentes y los sedales en brazo, muslos, piernas, y hasta en el colodrillo, eran muy usados en tiempo de Cervantes, y lo fueron todavía en los años siguientes. Matias de Lera, cirujano de Felipe IV, dice en un tratado sobre la materia, que unos emplean este remedio para curarse enfermedades comunes, otros para preservarse de ellas, y otros en fin, viciosa y únicamente por ir con la moda (Prácticas de fuentes y sus utilidades.)





CAPITULO XLIX.

De lo que sucedió á Sancho Panza rondando su insula.



DEJAMOS al gran gobernador enojado y mohino con el labrador pintor y socarron, el cual industriado del mayordomo, y el mayordomo del duque, se burlaban de Sancho; pero él se las tenia tiesas á todos, magüera tonto, bronco y rollizo, y dijo á los que con él estaban y al doctor Pedro Recio, que como se acabó el secreto de la carta del duque habia vuelto á entrar en la sala: ahora verdaderamente que entiendo que los jueces y gobernadores deben de ser ó han de ser de bronce para no sentir las importunidades de los negociantes, que, á todas horas y á todos tiempos quieren que los escuchen y despachen, atendiendo solo á su negocio, venga lo que viniere; y si el pobre del juez no los escucha y despacha, ó porque no puede, ó porque no es aquel el tiempo diputado para darles audiencia, luego le maldicen y murmuran, y le roen los huesos, y aun le deslindan los linajes. Negociante necio, negociante mentecato, no te apures, espera sazon y coyuntura para negociar: no vengas á la hora del comer ni á la del dormir, que los jueces son de carne y de hueso, y han de dar á la naturaleza lo que naturalmente les pide, sino es yo, que no le doy de comer á la mia, merced al señor doctor Pedro Recio Tirteafuera, que está delante, que quiere que muera de hambre, y afirma que esta muerte es vida, que así se la dé Dios á él y á todos los de su ralea, digo á la de los malos médicos, que la de los buenos palmas y lauros merecen.

Todos los que conocian á Sancho Panza se admiraban oyéndole hablar tan elegantemente, y no sabian á que atribuirlo, sino á que los oficios y cargos graves, ó adoban ó entorpecen los entendimientos. Finalmente el doctor Pedro Recio Agüero de Tirteafuera prometió de darle de cenar aquella noche, aunque excediese de todos los aforismos de Hipócrates. Con esto quedó contento el gobernador, y esperaba con grande ansia llegase la noche y la hora de cenar; y aunque el tiempo, al parecer suyo, se estaba quedo sin moverse de un lugar, todavía se llegó por él tanto deseado, donde le dieron de cenar un salpicon de vaca con cebolla, y unas manos cocidas de ternera, algo entrada en dias. Entregóse en todo con mas gusto que si le hubieran dado francollines de Milan, faisanes de Roma, ternera de Sorrento, perdices de Moron, ó gansos

de Lávajos, y entre la cena volviéndose al doctor, le dijo: mirad, señor doctor, de aquí adelante no os cureis de darme á comer cosas regaladas ni manjares esquisitos, porque será sacar á mi estómago de sus quicios, el cual está acostumbrado á cabra, á vaca, á tocino, á cecina, á nabos y á cebollas, y si acaso le dan otros manjares de palacio los recibe con melindre, y algunas veces con asco: lo que el maestra sala puede hacer es traerme estas que llaman ollas podridas (1), que mientras mas podridas son, mejor huelen, y en ellas puede embaular y encerrar todo lo que él quisiere, como sea de comer, que yo se lo agradeceré y se lo pagaré algun dia: y no se burle nadie conmigo, porque, ó somos ó no somos: vivamos todos y comamos en buena paz y compañía, pues cuando Dios amanece para todos amanece; yo gobernaré esta insula sin perdonar derecho, ni llevar cohecho; y todo el mundo traiga el ojo alerta, y mire por el virote (2), porque les hago saber que el diablo está en Cantillana (3), y que si me dan ocasion han de ver maravillas: no sino haceos miel, y comeros han moscas.

Por cierto, señor gobernador, dijo el maestra sala, que vuesa merced tiene mucha razon en cuanto ha dicho; y que yo ofrezco en nombre de todos los insulanos de esta insula, que han de servir á vuesa merced con toda puntualidad, amor y benevolencia, porque el suave modo de gobernar que en estos principios vuesa merced ha dado, no les da lugar de hacer ni de pensar cosa que en deservicio de vuesa merced redunde. Yo lo creo, respondió Sancho, y serian ellos unos necios si otra cosa hiciesen ó pensasen; y vuelvo á decir que se tenga cuenta con mi sustento y con el de mi rucio, que es lo que en este negocio importa y hace mas al caso; y en siendo hora vamos á rondar, que es mi intencion limpiar esta insula de todo género de inmundicia y de gente vagamunda, holgazana y mal entretenida: porque quiero que sepais, amigos, que la gente baldia y perezosa es en la república lo mesmo que los zánganos en las colmenas, que se comen la miel que las trabajadoras abejas hacen. Pienso favorecer á los labradores, guardar sus preeminencias á los hidalgos, premiar los virtuosos, y sobre todo tener respeto á la religion y á la honra de los religiosos. ¿Que os parece de esto amigos? ¿digo algo, ó quiébrame la cabeza? Dice tanto vuesa merced, señor gobernador, dijo el mayordomo, que estoy admirado de ver que un hombre tan sin letras como vuesa merced, que á lo que creo no tiene ninguna, diga tales y tantas cosas llenas de sentencias y de avisos tan fuera de todo aquello que del ingenio de vuesa merced esperaban los que nos enviaron y los que aquí venimos: cada dia se ven cosas nuevas en el mundo; las burlas se vuelven en veras, y los burladores se hallan burlados.

Llegó la noche y cenó, como se ha dicho, el gobernador, con licencia del señor doctor Recio. Aderezáronse de ronda, salió con el mayordomo, secretario y maestra sala, y el coronista que tenia cuidado de poner en memoria sus hechos, y alguaciles y escribanos tantos, que podia formar un mediano escuadron. Iba Sancho en medio con su vara, que no habia mas que ver, y pocas calles andadas del lugar sintieron ruido de cuchilladas: acudieron allá, y hallaron que eran dos solos hombres los que reñian, los cuales viendo venir á la justicia se estuvieron quedos, y el uno dellos dijo: aquí de Dios y del rey; como, ¿y que se ha de sufrir que roben en poblado en

(1) *Olla podrida* se llama en Castilla la que ademas de los ingredientes ordinarios de vaca, carnero, tocino y chorizo, entran aves, como gallina, capon, perdiz, y tambien jamon, morcilla y algun otro relleno; lo cual se cuece todo junto; y hace un caldo tan sustancioso, como aromático; quizá por esto se la llamó irónicamente *olla podrida*. Pudo decirse así, dice Covarrubias, en cuanto se cuece muy despacio que casi lo que tiene dentro viene á deshacerse, y quedar como la fruta que se madura demasiado. — Arr.

(2) *Virote*, palabra que el uso ha hecho indecente, pero que significaba, segun Covarrubias, *atender cada uno con vigilancia á lo que ha de hacer; metáfora tomada del que tira desde algun puesto á los conejos en ojea ó espera, que ha de estar quedo hasta que hayan pasado, y despues sale á buscar los virotos.* — *Virote* era una especie de sueta, llamada *Veratum* en latin. — E. DE OCHOA.

(3) *Estar ó andar el diablo en Cantillana*, es una espresion proverbial de origen dudoso; y que significa estar de revuelta ó disension en alguna parte; estar los ánimos alborotados, ó irritados por alguna cosa, y aun venir á las manos por ella. — E. DE OCHOA.

este pueblo, y que salgan y salten en él en la mitad de las calles? Sosegaos, hombre de bien, dijo Sancho, y contadme que es la causa de esta pendencia, que yo soy



el gobernador. El otro contrario dijo: señor gobernador, yo la diré con toda brevedad: vuesa merced sabrá que este gentilhombre acaba de ganar ahora en esta casa de juego que está aquí frontero, mas de mil reales, y sabe Dios como; y hallándome yo presente juzgué mas de una suerte dudosa en su favor, contra todo aquello que me dictaba la conciencia: alzóse con la ganancia; y cuando esperaba que me habia de dar algun escudo por lo menos de barato (1), como es uso y costumbre darle á los hombres principales como yo, que estamos asistentes para bien y mal pasar, y para apoyar sinrazones y evitar pencias, él embolsó su dinero y se salió de la casa: yo vine despechado tras él, y con buenas y corteses palabras le he pedido que me diese si quiera ocho reales, pues sabe que yo soy hombre honrado, y que no tengo oficio ni beneficio, porque mis padres no me le enseñaron, ni me le dejaron; y el socarrón, que es mas ladron que Caco, y mas fullero que Andradilla, no queria darme mas de cuatro reales, porque vea vuesa merced, señor gobernador, que poca vergüenza y que poca conciencia; pero á fe que si vuesa merced no llegara, que yo le hiciera vomitar la ganancia, y que habia de saber con cuantas entraba la romana.

¿Que decis vos á esto? preguntó Sancho. Y el otro respondió que era verdad cuanto su contrario decia, y no habia querido darle mas de cuatro reales, porque se los daba muchas veces; y los que esperan baratos han de ser comedidos, y tomar con rostro alegre lo que les dieren, sin ponerse en cuentas con los gananciosos, si ya no supiesen de cierto que son fulleros, y que lo que ganan es mal ganado; y que para señal que él era hombre de bien, y no ladron, como decia, ninguna habia mayor que el no haberle querido dar nada, que siempre los fulleros son tributarios de los miro-nes que os conocen. Así es, dijo el mayordomo; vea vuesa merced, señor gobernador, que es lo que se ha de hacer destos hombres.

(1) *Barato* es la porción de dinero que da el jugador que gana al asistente ó asistentes que se ponen á su lado y se interesan en su buena suerte. *Barato* es hoy mas comunmente, la propina forzosa que saca un maton ó baratero de un garito ó reunion de tahures, haciendo muchas veces que estos recojan la baraja con que juegan, y entregándoles él una suya para que continuen; sin cuyas circunstancias tienen que dejar el juego ó andar á navajazos con el baratero. — MARTINEZ DEL ROMERO.

Lo que se ha de hacer es esto, respondió Sancho: vos, ganancioso, bueno ó malo, ó indiferente, dad luego á este vuestro acuchillador cien reales, y mas habeis de desembolsar treinta para los pobres de la cárcel: y vos, que no teneis oficio ni beneficio, y andais de nones (1) en esta insula, tomad luego esos cien reales, y mañana en todo el dia salid de la insula desterrado por diez años, sopena si lo quebrantáredes, los cumplais en la otra vida, colgándoos yo de una picota (2), ó á lo menos el verdugo por mi mandado; y ninguno me replique, que le asentare la mano. Desembolsó el uno, recibió el otro, este se salió de la insula, y aquel se fué á su casa, y el gobernador quedó diciendo: ahora yo podré poco ó quitaré estas casas de juego, que á mí se me trasluce que son muy perjudiciales. Esta á lo menos, dijo un escribano, no la podrá vuesa merced quitar, porque la tiene un gran personaje, y mas es sin comparación lo que él pierde al año que lo que saca de los naipes: contra otros garitos de menor cantía podrá vuesa merced mostrar su poder, que son los que mas daño hacen y mas insolencias encubren, que en las casas de los caballeros principales y de los señores no se atreven los famosos fulleros (3) á usar de sus tretas; y pues el vicio del juego se ha vuelto en ejercicio comun, mejor es que se juegue en casas principales que no en la de algun oficial, donde cojen á un desdichado de media noche abajo y le desuellan vivo (4). Agora, escribano, dijo Sancho, yo sé que hay mucho que decir en eso.

Y en esto llegó un corchete, que traia asido á un mozo, y dijo: señor gobernador, este mancebo venia hácia nosotros, y así como columbró la justicia volvió las espaldas y comenzó á correr como un gamo, señal que debe ser algun delincuente; yo partí tras él, y si no fuera porque tropezó y cayó, no le alcanzara jamas. ¿Por qué huiais, hombre? preguntó Sancho. A lo que el mozo respondió: señor, por escusar de responder á las muchas preguntas que las justicias hacen. ¿Qué oficio teneis? Tejedor. ¿Y qué tejéis? Hierros, de lanza, con licencia buena de vuesa merced. ¿Gracioso me sois? ¿de chocarrero os picais? Está bien: ¿y á dónde ibades ahora? Señor, á tomar el aire. ¿Y adónde se toma el aire en esta insula? Adonde sopla. Bueno, respondéis muy á propósito; discreto sois, mancebo; pero haced cuenta que yo soy el aire, y que os soplo en popa, y os encamino á la cárcel. Asilde, ola, y llevalde, que yo haré que duerma allí sin aire esta noche. Par Dios, dijo el mozo, así me haga vuesa merced dormir en la cárcel como hacerme rey. ¿Pues por qué no te haré yo dormir en la cárcel? respondió Sancho; no tengo yo poder para prenderte y soltarte cada y cuando que quisiere? Por mas poder que vuesa merced tenga, dijo el mozo, no será bastante para hacerme dormir en la cárcel. ¿Cómo que no? replicó Sancho: llevalde luego, donde verá por sus ojos el desengaño, aunque mas el alcaide quiera usar con él de su interesal liberalidad, que yo le pondré pena de dos mil ducados, si te deja salir un paso de la cárcel. Todo eso es cosa de risa, respondió el mozo: el caso es que no me harán dormir en la cárcel cuantos hoy viven. Dime, demonio, dijo Sancho, ¿tienes algun ánjel que te saque, y que te quite los grillos que te pienso mandar echar? Ahora, señor gobernador, respondió el mozo con un buen donaire, estemos á razon y vengamos al punto. Prosuponga vuesa merced que me manda llevar á la cárcel, y que en ella me echan grillos y cadenas, y que me meten en un calabozo, y se le ponen al alcaide graves penas si me deja salir, y que él lo cumple como se le manda;

(1) *Andar de nones* es estar demas, vivir sin ocuparse en nada, sin trabajar. — Arr.

(2) La horca ó rollo de piedra, como habia antiguamente en varias ciudades y villas de España, especialmente las que se dicen de señorío.

(3) Llamábanse así, los que en los juegos de naipes ó de dados ganaban á los que con ellos jugaban usando de naipes, dados falsos y otras tretas, unidos con otros, con quienes se entendian y confederaban para hacer sus trampas. — Arr.

(4) Los que *cogen á un desdichado de media noche abajo y le desuellan vivo*, como dice aquí el escribano, eran ciertos jugadores que llamaban *modorros*, que habian estado en los tablajes ó casas de juego dormitando, hasta que los tahures, picados ya en el juego y ciegos con la afición, en nada reparaban, pasando por todo, y sin atender á las tretas y flores que usaban estos fulleros. — P.

con todo esto, si yo no quiero dormir, y quiero estarme despierto toda la noche sin pegar pestaña, ¿será vuesa merced bastante con todo su poder para hacerme dormir si yo no quiero? No por cierto, dijo el secretario, y el hombre ha salido con su intencion. De modo, dijo Sancho, ¿que no dejareis de dormir por otra cosa que por vuestra voluntad, y no por contravenir á la mia? No, señor, dijo el mozo, ni por pienso. Pues andad con Dios, dijo Sancho, idos á dormir á vuestra casa, y Dios os dé buen sueño, que yo no quiero quitárosle; pero aconsejoos que de aquí adelante no os burleis con la justicia, porque topareis con alguna que os dé con la burla en los cascos.

Fuése el mozo, y el gobernador prosiguió con una ronda, y de allí á poco vinieron dos corchetes, que traian á un hombre asido, y dijeron: señor gobernador, este que parece hombre no lo es, sino mujer, y no fea, que viene vestida en hábito de hombre. Llegáronle á los ojos dos ó tres linternas, á cuyas luces descubrieron un rostro de una mujer, al parecer de diez y seis ó pocos mas años, recogidos los cabellos con una recedilla de oro y seda verde, hermosa como mil perlas: miráronla de arriba abajo, y vieron que venia con unas medias de seda encarnada, con ligas de tafetan blanco y rapazejos de oro y aljófar, los gregüescos eran verdes de tela de oro, y una saltaembarca ó ropilla (1) de lo mismo suelta, debajo de la cual traia un jubon de tela finísima de oro y blanco, y los zapatos eran blancos y de hombre: no traia espada ceñida, sino una riquísima daga, y en los dedos muchos y buenos anillos. Finalmente la moza parecia bien á todos, y ninguno la conoció de cuantos la vieron, y los naturales del lugar dijeron que no podian pensar quien fuese; y los consabidores de las burlas que se habian de hacer á Sancho fueron los que mas se admiraron, porque aquel suceso y hallazgo no venia ordenado por ellos, y así estaban dudosos esperando en que pararia el caso.

Sancho quedó pasmado de la hermosura de la moza, y preguntóle quien era, adonde iba, y que ocasion le habia movido para vestirse en aquel hábito. Ella puestos los ojos en tierra, con honestísima vergüenza respondió: no puedo, señor, decir tan en público lo que tanto me importaba fuera secreto: una cosa quiero que se entienda, que no soy ladron ni persona facinerosa, sino una doncella desdichada, á quien la fuerza de unos celos ha hecho romper el decoro que á la honestidad se debe. Oyendo esto el mayordomo dijo á Sancho: haga, señor gobernador, apartar la gente, porque esta señora con menos empacho pueda decir lo que quisiere. Mandólo así el gobernador, apartáronse todos, sino fueron el mayordomo, maestresala y el secretario. Viéndose pues solos, la doncella prosiguió diciendo: yo, señores, soy hija de Pedro Perez Mazorca, arrendador de las lanas deste lugar, el cual suele muchas veces ir en casa de mi padre. Eso no lleva camino, dijo el mayordomo, señora, porque yo conozco muy bien á Pedro Perez, y sé que no tiene hijo ninguno, ni varon ni hembra: y mas, que decís que es vuestro padre, y luego añadís que suele ir muchas veces en casa de vuestro padre. Ya yo habia dado en ello, dijo Sancho.

Ahora, señores, yo estoy turbada, y no sé lo que me digo, respondió la doncella; pero la verdad es que yo soy hija de Diego de la Llana, que todos vuestas mercedes deben de conocer. Aun eso lleva camino, respondió el mayordomo, que yo conozco á Diego de la Llana, y sé que es un hidalgo principal y rico, y que tiene un hijo y una hija, y que despues que enviudó no ha habido nadie en todo este lugar que pueda decir que ha visto el rostro de su hija, que la tiene tan encerrada que no da lugar al sol que la vea, y con todo esto la fama dice que es en extremo hermosa.

Así es la verdad, respondió la doncella, y esa hija soy yo: si la fama miente ó no en mi hermosura, ya os habreis, señores, desengañado, pues me habeis visto, y en esto comenzó á llorar tiernamente. Viendo lo cual el secretario, se llegó al oido del

(1) La *saltaembarca* ó *ropilla* era una especie de chaqueta, ó chupa corta, como la que usan los marineros, y que por lo comun se lleva suelta, ó sin abotonar. — Arr.

maestresala, y le dijo muy paso: sin duda alguna que á esta pobre doncella le debe de haber sucedido algo de importancia, pues en tal traje y á tales horas, y siendo tan principal, anda fuera de su casa. No hay dudar en eso, respondió el maestresala, y mas que esa sospecha la confirman sus lágrimas. Sancho la consoló con las mejores razones que él supo, y le pidió que sin temor alguno les dijese lo que habia sucedido, que todos procurarían remediarlo con muchas veras y por todas las vias posibles.

Es el caso, señores, respondió ella, que mi padre me ha tenido encerrada diez años há, que son los mismos que á mi madre come la tierra: en casa dicen misa en un rico oratorio, y yo en todo este tiempo no he visto que el sol del cielo de día, y la luna y las estrellas de noche, ni sé que son calles, plazas ni templos, ni aun hombres, fuera de mi padre y de un hermano mio, y de Pedro Perez el arrendador, que por entrar de ordinario en mi casa, se me antojó decir que era mi padre, por no declarar el mio. Este encerramiento y este negarme el salir de casa siquiera á la iglesia, há muchos dias y meses que me trae muy desconsolada: quisiera yo ver el mundo, ó á lo menos el pueblo donde nací, pareciéndome que este deseo no iba contra el buen decoro que las doncellas principales deben guardar á sí mismas. Cuando oía decir que corrian toros y jugaban cañas y se representaban comedias, preguntaba á mi hermano, que es un año menor que yo, que me dijese que cosas eran aquellas y otras muchas que yo no he visto: él me lo declaraba por los mejores modos que sabia; pero todo era encenderme mas el deseo de verlo. Finalmente, por abreviar el cuento de mi perdicion, digo que yo rogué y pedí á mi hermano, que nunca tal pidiera, ni tal rogara... y tornó á renovar el llanto. El mayordomo le dijo: prosiga vuesa merced, señora, y acabe de decirnos lo que le ha sucedido, que nos tiene á todos suspensos sus palabras y sus lágrimas. Pocas me quedan por decir, respondió la doncella, aunque muchas lágrimas sí que llorar, porque los mal colocados deseos no pueden traer consigo otros descuentos que los semejantes.

Habiase sentado en el alma del maestresala la belleza de la doncella, y llegó otra vez su linterna para verla de nuevo, y parecióle que no eran lágrimas las que lloraba, sino aljofar ó rocío de los prados, y aun las subia de punto, y las llegaba á perlas orientales, y estaba deseando que su desgracia no fuese tanta como daban á entender los indicios de su llanto y de sus suspiros. Desesperábase el gobernador de la tardanza que tenia la moza en relatar su historia, y díjole que acabase de tenerlos mas suspensos, que era tarde, y faltaba mucho que andar del pueblo. Ella entre interrotos sollozos y mal formados suspiros dijo: no es otra mi desgracia, ni mi infortunio es otro, sino que yo rogué á mi hermano que me vistiese en hábitos de hombre con uno de sus vestidos, y que me sacase una noche á ver todo el pueblo cuando nuestro padre durmiese: el importunado de mis ruegos condescendió con mi deseo, y poniéndome este vestido, y él vistiéndose de otro mio, que le está como nacido, porque él no tiene pelo de barba, y no parece sino una doncella hermosísima, esta noche debe de haber una hora poco mas ó menos, nos salimos de casa, guiados de nuestro mozo y desbaratado discurso, hemos rodeado todo el pueblo, y cuando queríamos volver á casa vimos venir un gran tropel de gente, y mi hermano me dijo: hermana, esta debe ser la ronda, alijera los pies y pon alas en ellos, y vente tras mí corriendo, porque no conozcan, que nos será mal contado; y diciendo esto volvió las espaldas, y comenzó, no digo á correr, sino á volar: yo á menos de seis pasos caí con el sobresalto, y entónces llegó el ministro de la justicia, que me trajo ante vuestras mercedes, adonde por mala y antojadiza me veo avergonzada ante toda gente.

En efecto, señora, dijo Sancho, ¿no os ha sucedido otro desman alguno, ni celos, como vos al principio de vuestro cuento dijistes, no os sacaron de vuestra casa? No me ha sucedido nada, ni me sacaron celos, sino solo el deseo de ver mundo, que no se estendia á mas que á ver las calles deste lugar.

Acabó de confirmar ser verdad lo que la doncella decia; llegar los corchetes con su

hermano preso, á quien alcanzó uno dellos cuando se huyó de su hermana. No traía sino un faldellin rico y una mantellina de damasco azul, con pasamanos de oro fino, la cabeza sin toca, ni con otra cosa adornada que con sus mismos cabellos que eran sortijas de oro, segun eran rubios y enrizados. Apartáronse con él el gobernador, mayordomo y maestresala, y sin que lo oyese su hermana, le preguntaron como venia en aquel traje, y él, con no menos vergüenza y empacho, contó lo mismo que su hermana habia contado, de que recibió gran gusto el enamorado maestresala; pero el gobernador les dijo: por cierto, señores, que esta ha sido una gran rapaceria y para contar esta necedad y atrevimiento no era menester tantas largas, ni tantas lágrimas y suspiros, que con decir somos fulano y fulana, que nos salimos á espaciar de casa de nuestros padres con esta invencion, solo por curiosidad, sin otro designio alguno, se acabara el cuento, y no gemidicos y lloramicos, y darle.

Así es la verdad, respondió la doncella; pero sepan vuesas mercedes que la turbacion que he tenido ha sido tanta, que no me ha dejado guardar el término que debia. No se ha perdido nada, respondió Sancho: vamos, y dejaremos á vuesas mercedes en casa de su padre, quizá no los habrá echado de menos, y de aquí adelante no se muestren tan niños ni tan deseosos de ver mundo: que la doncella honrada la pierna quebrada y en casa, y la mujer y la gallina por andar se pierden aína; y la que es deseosa de ver, tambien tiene deseo de ser vista: no digo mas.

El mancebo agradeció al gobernador la merced que queria hacerles de volverlos á su casa, y así se encaminaron hácia ella, que no estaba muy lejos de allí. Llegaron pues, y tirando el hermano una china á una reja, al momento bajó una criada, que los estaba esperando, y les abrió la puerta, y ellos se entraron, dejando á todos admirados así de su jentileza y hermosura, como del deseo que tenian de ver mundo de noche y sin salir del lugar; pero todo lo atribuyeron á su poca edad.

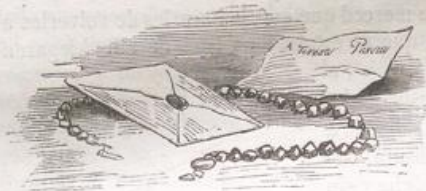
Quedó el maestresala traspassado su corazon, y propuso de luego otro dia pedírsela por mujer á su padre, teniendo por cierto que no se la negaria, por ser él criado del duque; y aun á Sancho le vinieron deseos y barruntos de casar al mozo con Sanchica su hija y determinó de ponerlo en plática á su tiempo, dándose á entender que á una hija de un gobernador ningun marido se la podia negar. Con esto se acabó la ronda de aquella noche, y de allí á dos dias el gobierno, con que destrocaron y borraron todos sus designios, como se verá adelante.





CAPITULO L.

Donde se declara quien fueron los encantadores y verdugos que azotaron á la dueña, y pellizcaron á don Quijote, con el suceso que tuvo el paje que llevó la carta á Teresa Panza, mujer de Sancho Panza.



DICE Cide Hamete, puntualísimo escudriñador de los átomos desta verdadera historia, que al tiempo que doña Rodríguez, salió de su aposento para ir á la estancia de don Quijote, otra dueña que con ella dormía la sintió, y que como todas las dueñas son amigas de

saber, entender y oler, se fué tras ella con tanto silencio, que la buena Rodríguez no lo echó de ver; y así como la dueña la vió entrar en la estancia de don Quijote, porque no faltase en ella la general costumbre que todas las dueñas tienen de ser chismosas, al momento lo fué á poner en pico á su señora la duquesa, de como doña Rodríguez quedaba en el aposento de don Quijote. La duquesa se lo dijo al duque, y le pidió licencia para que ella y Altisidora viniesen á ver lo que aquella dueña quería con don Quijote. El duque se la dió, y las dos con gran tiento y sosiego, paso ante paso llegaron á ponerse junto á la puerta del aposento, y tan cerca que oían todo lo que dentro hablaban; y cuando oyó la duquesa que la Rodríguez había echado en la calle el Aranjuez de sus fuentes (1), no lo pudo sufrir, ni menos Altisidora, y así llenas de cólera y deseosas de venganza, entraron de golpe en el aposento, y acribillaron á don Quijote, y vapularon á la dueña del modo que queda contado, porque las afrentas que van derechas contra la hermosura y presuncion de las mujeres, despiertan en ellas en gran manera la ira, y enciende el deseo de vengarse.

Contó la duquesa al duque lo que había pasado, de lo que se holgó mucho, y la duquesa prosiguiendo con su intencion de burlarse y recibir pasatiempo con don Quijote, despachó al paje que había hecho la figura de Dulcinea en el concierto de su desencanto, que tenía bien olvidado Sancho Panza con la ocupacion de su gobierno, á Teresa Panza su mujer con la carta de su marido, y con otra suya, y con una gran sarta de corales ricos presentados.

Dice pues la historia, que el paje era muy discreto y agudo, y con deseo de servir á sus señores partió de muy buena gana al lugar de Sancho; y antes de entrar en él vió en un arroyo estar lavando cantidad de mujeres, á quien preguntó si le sabrían

(1) Que había publicado que tenía fuentes. Metáfora tomada de las fuentes de los jardines de Aranjuez á las cuales compara aquí las que tenía la duquesa en sus piernas, y de que dió noticia á don Quijote la Rodríguez. — Arr.

decir si en aquel lugar vivia una mujer llamada Teresa Panza, mujer de un cierto Sancho Panza, escudero de un caballero llamado don Quijote de la Mancha, á cuya pregunta se levantó en pie una mozoela, que estaba lavando, y dijo: esa Teresa Panza es mi madre, y ese tal Sancho mi señor padre, y el tal caballero nuestro amo. Pues venid, doncella, dijo el paje y mostradme á vuestra madre, porque le traigo una carta y un presente del tal vuestro padre.

Eso haré yo de muy buena gana, señor mio, respondió la moza, que mostraba ser de edad de catorce años poco mas ó menos, y dejando la ropa que lavaba á otra compañera, sin tocarse ni calzarse, que estaba en piernas (1) y desgredada, saltó delante de la cabalgadura del paje, y dijo: venga vuesa merced, que á la entrada del pueblo está nuestra casa, y mi madre en ella con harta pena por no haber sabido muchos dias há de mi señor padre. Pues yo se las llevo tan buenas, dijo el paje, que tiene que dar bien gracias á Dios por ellas. Finalmente saltando, corriendo y brincando llegó al pueblo la muchacha, y antes de entrar en su casa dijo á voces desde la puerta: salga, madre Teresa, salga, salga, que viene aquí un señor que trae cartas y otras cosas de mi buen padre; á cuyas voces salió Teresa Panza su madre, hilando un copo de estopa, con una saya parda. Parecia, segun era de corta, que se la habian cortado por vergonzoso lugar, con un copezuelo asimismo pardo y una camisa de pechos (2). No era muy vieja, aunque mostraba pasar de los cuarenta; pero fuerte, tiesa, nervuda y avellanada, la cual viendo á su hija y al paje á caballo, le dijo: ¿que es esto, niña, que señor es este? Es un servidor de mi señora doña Teresa Panza, respondió el paje, y diciendo y haciendo, se arrojó del caballo, y se fué con mucha humildad á poner de hinojos ante la señora Teresa, diciendo: déme vuesa merced sus manos, mi señora doña Teresa, bien así como mujer legítima y particular del señor don Sancho Panza, gobernador propio de la insula Barataria.



¡Ay señor mio! quítese de ahí, no haga eso, respondió Teresa, que yo no soy nada palaciega, sino una pobre labradora, hija de un estripaterrones, y mujer de un escudero andante, y no de gobernador alguno. Vuesa merced, respondió el paje, es mujer dignísima de un gobernador archidignísimo: y para prueba desta verdad reciba vuesa merced esta carta y este presente; y sacó al instante de la faltriquera una sarta de corales, con extremos de oro, y se la echó al cuello y dijo: esta carta es del señor gobernador, y otra que traigo y estos corales son de mi señora la duquesa, que á vuesa merced me envía.

(1) Esto es, sin medias.

(2) Camisa de pechos llaman en Castilla á la que usan las aldeanas, y llevan descubierta por la pechera mangas, labradas con hilo blanco, ó de colores, y tambien con lana negra, y sedas de varios matices.—Arr

Quedó pasmada Teresa, y su hija ni mas ni menos, y la muchacha dijo : que me maten si no anda por aquí nuestro señor amo don Quijote, que debe de haber dado á padre el gobierno ó condado que tantas veces le habia prometido. Así es la verdad, respondió el paje, que por respeto del señor don Quijote es ahora el señor Sancho gobernador de la insula Barataria, como se verá por esta carta. Léamela vuestra merced señor gentilhombre, dijo Teresa, porque aunque yo sé hilar, no sé leer migaja. Ni yo tampoco, añadió Sanchica; pero espérenme aquí, que yo iré á llamar quien la lea, ora sea el cura mismo, ó el bachiller Sanson Carrasco, que vendrán de muy buena gana por saber nuevas de mi padre. No hay para que se llame á nadie, que yo no sé hilar, pero sé leer, y la leeré, y así se la leyó toda, que por quedar ya referida no se pone aquí; y luego sacó otra de la duquesa, que decia desta manera:—

« Amiga Teresa : las buenas partes de la bondad y del ingenio de vuestro marido »
 » Sancho me movieron y obligaron á pedir á mi marido el duque, le diese un go- »
 » bierno de una insula de muchas que tiene. Tengo noticia que gobierna como un ji- »
 » rifalte, de lo que yo estoy muy contenta, y el duque mi señor por el consiguiente, »
 » por lo que doy muchas gracias al cielo de no haberme engañado en haberle escogido »
 » para el tal gobierno; porque quiero que sepa la señora Teresa, que con dificultad »
 » se halla un buen gobernador en el mundo, y tal me haga á mi Dios como Sancho »
 » gobierna. Ahí le envío, querida mía, una sarta de corales, con extremos de oro: yo »
 » me holgara que fuera de perlas orientales; pero quien te da el hueso, no te quer- »
 » ría ver muerta : tiempo vendrá en que nos conozcamos y nos comuniquemos, y »
 » Dios sabe lo que será. Encomiéndeme á Sanchica su hija, y dígale de mi parte que »
 » se apareje, que la tengo de casar altamente, cuando menos lo piense. Dícenme que »
 » en ese lugar hay bellotas gordas, envieme hasta dos docenas, que las estimaré en »
 » mucho por ser de su mano; y escribame largo, avisándome de su salud y de su bien »
 » estar, y si hubiere menester alguna cosa, no tiene que hacer mas que boquear, »
 » que su boca será medida : y Dios me la guarde. » Deste lugar, su amiga que bien »
 » la quiere,

LA DUQUESA.

¡Ay! dijo Teresa en oyendo la carta, y que buena y que llana y que humilde señora : con estas tales señoras me entierran á mí, y no las hidalgas que en este pueblo se usan, que piensan que por ser hidalgas no las ha de tocar el viento, y van á la iglesia con tanta fantasia (1), como si fuesen las mismas reinas, que no parece sino que tienen á deshonra el mirar á una labradora; y veis aquí donde esta buena señora, con ser duquesa, me llama amiga, y me trata como si fuera su igual, que igual la vea yo con el mas alto campanario que hay en la Mancha; y en lo que toca á las bellotas, señor mio, yo le enviaré á su señoría un celemin, que por gordas las pueden venir á ver á la mira y á la maravilla; y por ahora, Sanchica, atiende á que se regale este señor; pon en orden este caballo, y saca de la caballeriza huevos, y corta tocino adunia (2), y démosle de comer como á un príncipe, que las buenas nuevas que nos ha traído, y la buena cara que él tiene lo merece todo, y en tanto saldré yo á dar á mis vecinas las nuevas de nuestro contento, y al padre cura y á maese Nicolas el barbero, que tan amigos son y han sido de tu padre. Si haré, madre, respondió Sanchica; pero mire que me ha de dar la mitad desa sarta, que no tengo yo por tan boba á mi señora la duquesa, que se la habia de enviar á ella toda. Todo es para tí, hija, respondió Teresa; pero déjamela traer algunos dias al cuello, que verdaderamente

(1) Entre los aparatos con que iban las hidalgas á la iglesia, era llevar á ellas almohadas para sentarse y distinguirse de la gente comun. — P.

(2) Corrupcion de *ad omnia*, esto es, enteramente, en abundancia, abundantemente. — P.

parece que me alegra el corazon. Tambien se alegrarán, dijo el paje, cuando vean el lio que viene en este portamanteo, que es un vestido de paño finísimo, que el gobernador solo un dia llevó á caza, el cual todo lo envia para la señora Sanchica. Que me viva él mil años, respondió Sanchica, y el que lo trae ni mas ni menos, y aun dos mil si fuese necesidad.

Salióse en esto Teresa fuera de casa con las cartas y con la sarta al cuello, é iba tañendo en las cartas como si fuera en un pandero, y encontrándose acaso con el cura y Sanson Carrasco, comenzó á bailar y á decir: á fe, que agora que no hay pariente pobre, gobiernito tenemos; no sino tómese conmigo la mas pintada hidalga, que yo la pondré como nueva. ¿Que es esto Teresa Panza? ¿que locuras son estas y que papeles son esos? No es otra la locura, sino que estas son cartas de duquesas y de gobernadores, y estos que traigo al cuello son corales finos, las avemarias y los padre nuestros son de oro de martillo, y yo soy gobernadora.

De Dios en ayuso (1) no os entendemos, Teresa, ni sabemos lo que os decis. Ahí lo podrán ver ellos, respondió Teresa, y dióles las cartas. Leyólas el cura de modo que las oyó Sanson Carrasco; y Sanson y el cura se miraron el uno al otro como admirados de lo que habian leído; y preguntó el bachiller quien habia traído aquellas cartas. Respondió Teresa, que se viniesen con ella á su casa, y verian al mensajero, que era un mancebo como un pino de oro, y que le traia otro presente, que valia mas de tanto. Quitóle el cura los corales del cuello, y mirólos y remirólos, y certificándose que eran finos, tornó á admirarse de nuevo, y dijo: por el hábito que tengo, que no sé que me diga, ni que me piense destas cartas y destes presentes: por una parte veo y toco la fineza destes corales, y por otra leo que una duquesa envia á pedir dos docenas de bellotas. Aderézame esas medidas (2), dijo entonces Carrasco: ahora bien, vamos á ver el portador deste pliego, que dél nos informaremos de las dificultades que se nos ofrecen. Hiciéronlo así, y volvióse Teresa con ellos.

Hallaron al paje cribando un poco de cebada para su cabalgadura, y á Sanchica cortando un torrezno para empedrarle con huevos, y dar de comer al paje, cuya presencia y buen adorno contentó mucho á los dos; y despues de haberle saludado cortesmente, y él á ellos, le pidió Sanson les dijese nuevas así de don Quijote como de Sancho Panza, que puesto que habian leído las cartas de Sancho y de la señora duquesa, todavia estaban confusos y no acababan de atinar que seria aquello del gobierno de Sancho, y mas de una ínsula, siendo todas, ó las mas que hay en el mar mediterráneo de su majestad.

A lo que el paje respondió: de que el señor Sancho Panza sea gobernador, no hay que dudar en ello; de que sea ínsula ó no la que gobierna, en eso no me entremeto; pero basta que sea un pueblo de mas de mil vecinos; y en cuanto á lo de las bellotas, digo que mi señora la duquesa es tan llana y tan humilde, que no decia él enviar á pedir bellotas á una labradora, pero que le acontecia enviar á pedir un peine prestado á una vecina suya: porque quiero que sepan vuesas mercedes, que las señoras de Aragon, aunque son tan principales, no son tan puntosas y levantadas como las señoras castellanas, con mas llaneza tratan con las gentes.

Estando en la mitad destas pláticas, salió Sanchica con un halda de huevos, y preguntó al paje: dígame, señor: ¿mi señor padre trae por ventura calzas atacadas (3) despues que es gobernador? No he mirado en ello, respondió el paje; pero si debe de traer. ¡Ay Dios mio! replicó Sanchica, y que será de ver á mi padre con pedorre-

(1) Esto es, de Dios abajo, como si dijese: Dios te entenderá, que nosotros no te entendemos. — Arr.

(2) Se dice cuando alguno habla sin concierto, ó cuando las cosas que se hacen no tienen la debida proporcion. — D. A.

(3) *Calzas atacadas* eran calzas y calzones, todo en una pieza, y muy ajustadas, á manera de pantalones: eran el traje de hidalgos y gente distinguida. — Arr.

ras (1) : ¿no es bueno sino que desde que nací tengo deseo de ver á mi padre con calzas atacadas?

Como con esas cosas le verá vuesa merced si vive, respondió el paje. Par Dios, términos lleva de caminar con papahigo (2) con solos dos meses que le dure el gobierno. Bien echaron de ver el cura y el bachiller que el paje hablaba socarronamente; pero la fineza de los corales y el vestido de caza que Sancho enviaba lo deshacia todo (que ya Teresa les habia mostrado el vestido), y no dejaron de reirse del deseo de Sanchica, y mas cuando Teresa dijo : señor cura, eche cata por ahí si hay alguien que vaya á Madrid ó á Toledo, para que me compre un verdugado redondo, hecho y derecho, y sea al uso y de los mejores que hubiere; que en verdad, en verdad que tengo de honrar el gobierno de mi marido en cuanto yo pudiere, y aun, que si me enojo, me tengo de ir á esa corte, y echar un coche como todas, que la que tiene marido gobernador muy bien le puede traer y sustentar.

Y como, madre, dijo Sanchica, pluguiese á Dios que fuese antes hoy que mañana, aunque dijesen los que me viesen ir sentada con mi señora madre en aquel coche : mirad la tal por cual, hija del harto de ajos, y como va sentada y tendida en el coche, como si fuera una papesa. Pero pisen ellos los lodos, y ándeme yo en mi coche levantados los pies del suelo. Mal año y mal mes para cuantos murmuradores hay en el mundo : y ándeme yo caliente y riase la gente. ¿ Digo bien, madre mia?

Y como que dices bien, hija, respondió Teresa, y todas estas venturas y aun mayores me las tiene profetizadas mi buen Sancho; y verás tú, hija, como no para hasta hacerme condesa; que todo es comenzar á ser venturosas; y como yo he oido decir muchas veces á tu buen padre (que así como lo es tuyo lo es de los refranes), cuando te dieren la vaquilla, corre con la soguilla; cuando te dieren un gobierno, cógele cuando te dieren un condado agárrale; y cuando te hicieren tus tus con alguna buena dádiva, envásala. ¡No sino dormios, y no respondais á las venturas y buenas dichas que estan llamando á la puerta de vuestra casa! ¿Y que se me da á mi, añadió Sanchica, que diga el que quisiere, cuando me vea entonada y fantasiosa : vióse el perro en bragas de cerro, y lo demas? (3)

Oyendo lo cual el cura, dijo : yo no puedo creer sino que todos los deste linaje de los Panzas nacieron cada uno con un costal de refranes en el cuerpo : ninguno dellos he visto que no los derrame á todas horas y en todas las pláticas que tienen. Así es la verdad, dijo el paje, que el señor gobernador Sancho á cada paso los dice; y aunque muchos no vienen á propósito, todavia dan gusto, y mi señora la duquesa y el duque los celebran mucho. ¿Que todavia se afirma vuesa merced, señor mio, dijo el bachiller, ser verdad esto del gobierno de Sancho, y de que hay duquesa en el mundo que le envíe presentes y le escriba? porque nosotros, aunque tocamos los presentes, y hemos leído las cartas, no lo creemos, y pensamos que esta es una de las cosas de don Quijote nuestro compatriota, que todas piensa que son hechas por encantamiento; y así estoy por decir que quiero tocar y palpar á vuesa merced por ver si es embajador fantástico, ú hombre de carne y hueso.

Señores, yo no sé mas de mi, respondió el paje, sino que soy embajador verdadero, y que el señor Sancho Panza es gobernador efectivo, y que mis señores duque y duquesa pueden dar y han dado el tal gobierno, y que he oido decir que en él se porta valentísimamente el tal Sancho Panza : si en esto hay encantamiento ó no, vue-

(1) Según Ambrosio de Salazar eran cierta manera de calzas, ó calzones, propias para subir á caballo, que llamaron calzas atacadas y por mal nombre *pedorreras*, porque eran redondas y muy abultadas por arriba. Llamábanse tambien los *folrados*. — P.

(2) *Papahigos*, dice Covarrubias, era una como mascarilla que cubria el rostro, y de que usaban los que iban de camino para defendirse del aire y del frío. — Arr.

(3) Juan de Mallara trae este *refran*, no solo entero, sino mejorado, dice así : Vióse el villano en bragas de cerro, y el fiero que fiero. — P. — Reprende la altanería de los que elevados á empleos superiores desprecian á los que antes fueron sus iguales ó compañeros. — D. A.

sas mercedes lo disputen allá entre ellos, que yo no sé otra cosa para el juramento que hago, que es, por vida de mis padres, que los tengo vivos, y los amo y los quiero mucho (1).

Bien podrá ello ser así, replicó el bachiller; pero *dubitat Augustinus*. Dude quien dudare, respondió el paje, la verdad es la que he dicho, y es la que ha de andar siempre sobre la mentira como el aceite sobre el agua, y si no *operibus credite, et non verbis*: véngase alguno de vuestras mercedes conmigo, y verán con los ojos lo que no creen por los oídos. Esa ida á mi toca, dijo Sanchica: lléveme vuestra merced, señor, á las ancas de su rocín, que yo iré de muy buena gana á ver á mi señor padre. Las hijas de los gobernadores, respondió el paje, no han de ir solas por los caminos, sino acompañadas de carrozas y literas y de gran número de sirvientes. Par Dios, respondió Sanchica; también me vaya yo sobre una pollina, como sobre un coche: hallado la habeis la melindrosa. Calla, muchacha, dijo Teresa, que no sabes lo que te dices, y este señor está en lo cierto, que tal el tiempo, tal el tiento: cuando Sancho, Sancha, y cuando gobernador, señora, y no sé si digo algo.

Mas dice la señora Teresa de lo que piensa, dijo el paje, y denme de comer y despácheme luego, porque pienso volverme esta tarde. A lo que dijo el cura: vuestra merced se vendrá á hacer penitencia conmigo: que la señora Teresa mas tiene voluntad, que alhajas para servir á tan buen huésped. Rehusólo el paje; pero en efecto lo hubo de conceder por su mejora; y el cura le llevó consigo de buena gana, por tener lugar de preguntarle despacio por don Quijote y sus hazañas. El bachiller se ofreció de escribir las cartas á Teresa de la respuesta; pero ella no quiso que el bachiller se metiese en sus cosas, que le tenia por algo burlon, y así dió un bollo y dos huevos á un monacillo, que sabia escribir, el cual le escribió dos cartas, una para su marido, y otra para la duquesa, notadas de su mismo caletre, que no son las peores que en esta grande historia se ponen, como se verá adelante.

(1) Fórmula de juramento muy usada y de mucho crédito en tiempo de Cervantes, especialmente entre la gente vulgar. — Arr.





CAPITULO LI.

Del progreso del gobierno de Sancho Panza, con otros sucesos tales como buenos.



AMANECIÓ el día que se siguió á la noche de la ronda del gobernador, la cual el maestra sala pasó sin dormir, ocupado el pensamiento en el rostro, brio y belleza de la disfrazada don-

cella y el mayordomo ocupó lo que della faltaba en escribir á sus señores lo que Sancho Panza hacia y decia, tan admirado de sus hechos como de sus dichos, porque andaban mezcladas sus palabras y sus acciones con asomos discretos y tontos. Levantóse en fin el señor gobernador, y por orden del doctor Pedro Recio le hicieron desayunar con un poco de conserva y cuatro tragos de agua fria, cosa que la trocara Sancho con un pedazo de pan y un racimo de uvas; pero viendo que aquello era mas fuerza que voluntad, pasó por ello, con harto dolor de su alma y fatiga de su estómago, haciéndole creer Pedro Recio que los manjares pocos y delicados avivaban el ingenio, que era lo que mas convenia á las personas constituidas en mandos y en oficios graves, donde se han de aprovechar, no tanto de las fuerzas corporales, como de las del entendimiento.

Con esta sofisteria padecia hambre Sancho, y tal, que en su secreto maldecia el gobierno y aun á quien se le habia dado; pero con su hambre y con su conserva se puso á juzgar aquel día, y lo primero que se le ofreció fue una pregunta que un forastero le hizo, estando presentes á todo el mayordomo y los demas acólitos, que fue: señor, un caudaloso rio dividia dos términos de un mismo señorío (1) (y esté vuesa merced atento, porque el caso es de importancia y algo dificultoso); digo pues, que sobre este rio estaba una puente, y al cabo della una horca y una como casa de audiencia, en la cual de ordinario habia cuatro jueces que juzgaban la ley que puso el dueño del rio, de la puente y del señorío, que era en esta forma: si alguno pasare por esta puente de una parte á otra, ha de jurar primero adonde y á que va; y si jurare verdad, déjenle pasar, y si dijere mentira, muera por ello ahorcado en la horca que allí se muestra, sin remision alguna. Sabida esta ley y la rigurosa condicion della,

(1) Dice Clemencin que *esto es imposible*, pero no advirtió que el señorío, sin dejar de ser uno, podia componerse de dos ó mas terrenos ó estados, cada uno de los cuales tendria forzosamente sus términos. De estos habla (ó por lo menos puede sin violencia hablar) Cervantes, y no de los del señorío. Por lo demas, la expresion es viciosa por el mero hecho de hacer necesaria esta explicacion, algo sutil. — E. DE O.

pasaban muchos, y luego en lo que juraban se echaba de ver que decían verdad, y los jueces los dejaban pasar libremente. Sucedió pues, que tomando juramento á un hombre, juró y dijo que para el juramento que hacia, que iba á morir en aquella horca que allí estaba, y no á otra cosa. Repararon los jueces en el juramento, y dijeron: si á este hombre le dejamos pasar libremente, mintió en su juramento, y conforme á la ley debe morir; y si le ahorcamos, él juró que iba á morir en aquella horca, y habiendo jurado verdad, por la misma ley debe ser libre. Pídesse á vuesa merced, señor gobernador ¿qué harán los jueces del tal hombre, que aun hasta agora están dudosos y suspensos? Y habiendo tenido noticia del agudo y elevado entendimiento de vuesa merced, me enviaron á mí á que suplicase á vuesa merced de su parte diese su parecer en tan intrincado y dudoso caso.

A lo que respondió Sancho: por cierto que esos señores jueces que á mí os envían lo pudieran haber excusado, porque yo soy un hombre que tengo mas de mostrenco que de agudo, pero con todo eso, repetidme otra vez el negocio de modo que yo le entienda, quizá podría ser que diese en el hito (1). Volvió otra y otra vez el preguntante á referir lo que primero había dicho, y Sancho dijo: á mi parecer este negocio en dos paletas lo declararé yo, y es así: ¿el tal hombre jura que va á morir en la horca, y si muere en ella juró verdad, y por la ley puesta merece ser libre, y que pase la puente, y si no le ahorcan juró mentira, y por la misma ley merece que le ahorquen? Así es como el señor gobernador dice, dijo el mensajero; y cuanto á la entereza y entendimiento del caso, no hay mas que pedir ni que dudar. Digo yo pues agora, replicó Sancho, que deste hombre aquella parte que juró verdad la dejen pasar, y la que dijo mentira la ahorquen, y desta manera se cumplirá al pie de la letra la condicion del pasaje.

Pues, señor gobernador, replicó el preguntador, será necesario que el tal hombre se divida en partes, en mentirosa y verdadera; y si se divide, por fuerza ha de morir: y así no se consigue cosa alguna de lo que la ley pide, y es de necesidad expresa que se cumpla con ella. Venid acá, señor buen hombre, respondió Sancho, este pasajero que decís, ó yo soy un porro, ó él tiene la misma razon para morir que para vivir y pasar la puente, porque si la verdad le salva, la mentira le condena igualmente; y siendo esto así, como lo es, soy de parecer que digais á esos señores que á mí os enviaron, que pues están en un fil las razones de condenarle ó absolverle, que le dejen pasar libremente, pues siempre es alabado mas el hacer bien, que mal; y esto lo diera firmado de mi nombre si supiera firmar: y yo en este caso no he hablado de mio, sino que se me vino á la memoria un precepto entre otros muchos, que me dió mi amo don Quijote la noche antes que viniese á ser gobernador desta insula, que fue, que cuando la justicia estuviese en duda, me decantase y acogiese á la misericordia; y ha querido Dios que agora se me acordase, por venir en este caso como de molde. Así es, respondió el mayordomo; y tengo para mí que el mismo Licurgo, que dió leyes á los lacedemonios, no pudiera dar mejor sentencia que la que el gran Panza ha dado; y acábase con esta la audiencia desta mañana, y yo daré orden como el señor gobernador coma muy á su gusto. Eso pido, y barras derechas, dijo Sancho, denme de comer, y lluevan casos y dudas sobre mí, que yo las despavilaré en el aire.

Cumplió su palabra el mayordomo, pareciéndole ser cargo de conciencia matar de hambre á tan discreto gobernador, y mas que pensaba concluir con él aquella misma noche, haciéndole la burla última que traía en comision de hacerle.

Sucedió pues, que habiendo comido aquel dia contra las reglas y aforismos del doctor Tirteafuera, al levantar de los manteles entró un correo con una carta de don

(1) Metáfora tomada de un juego deste nombre, en el cual, clavado un hito, se tira á él con tejuelos á cierta distancia, y al dar en él se llama acertar ó acertarle. — Arr.

Quijote para el gobernador. Mandó Sancho al secretario que la leyese para sí, y que si no viniese en ella alguna cosa digna de secreto, la leyese en voz alta. Hizolo así el secretario, y repasándola primero, dijo: bien se puede leer en voz alta, que lo que el señor don Quijote escribe á vuesa merced merece estar estampado y escrito con letras de oro, y dice así:

CARTA DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA Á SANCHO PANZA,
GOBERNADOR DE LA ÍNSULA BARATARIA.



UANDO esperaba oír nuevas de tus descuidos é impertinencias, Sancho amigo, las oí de tus discreciones, de que dí por ello gracias particulares al cielo, el cual del estiércol sabe levantar los pobres (1), y de los tontos hacer discretos. Dícenme que gobiernas como si fueses hombre, y que eres hombre como si fueses bestia, según es la humildad con que te tratas: y quiero que adviertas, Sancho, que muchas veces conviene y es necesario por la autoridad del oficio ir contra la humildad del corazon; porque el buen adorno de la persona que está puesta en graves cargos ha de ser conforme á lo que ellos piden, y no á la medida de lo que su humilde condicion le inclina. Vístete bien, que un palo compuesto no parece palo: no digo que traigas dijes ni galas, ni que siendo juez te vistas como soldado, sino que te adornes con el hábito que tu oficio requiere, con tal que sea limpio y bien compuesto. Para ganar la voluntad del pueblo que gobiernas, entre otras, has de hacer dos cosas: la una, ser bien criado con todos, aunque esto ya otra vez te lo he dicho; y la otra, procurar la abundancia de los mantenimientos, que no hay cosa que mas fatigue el corazon de los pobres que la hambre y la carestia.

«No hagas muchas pragmáticas, y si las hicieres, procura que sean buenas, y sobre todo que se guarden y cumplan; que las pragmáticas que no se guardan, lo mismo es que si no lo fuesen; antes dan á entender que el príncipe que tuvo discrecion y autoridad para hacerlas, no tuvo valor para hacer que se guardasen: y las leyes que atemorizan, y no se ejecutan, vienen á ser como la viga, rey de las ranas, que al principio las espantó, y con el tiempo la menospreciaron y se subieron sobre ella. Sé padre de las virtudes, y padrastro de los vicios. No seas siempre riguroso, ni siempre blando, y escoge el medio entre estos dos extremos, que en esto está el punto de la discrecion.

«Visita las cárceles, las carnicerías y las plazas; que la presencia del gobernador en lugares tales es de mucha importancia, consuela á los presos que esperan la brevedad de su despacho, es coco á los carniceros, que por entonces igualan los pesos, y es espantajo á las placeras por la misma razon.

«No te muestres (aunque por ventura lo seas, lo cual yo no creo) codicioso, mujeriego ni gloton, porque en sabiendo el pueblo y los que te tratan tu inclinacion determinada, por allí te daran bateria, hasta derribarte en el profundo de la perdicion. Mira y remira, pasa y repasa los consejos y documentos que te dí por escrito, antes que de aquí partieses á tu gobierno, y verás como hallas en ellos, si los guardas, una ayuda de costa, que te sobrelleve los trabajos y dificultades que á cada paso, á los gobernadores se les ofrecen. Escribe á tus señores, y muéstrateles agradecido, que la ingratitude es hija de la soberbia, y uno de los mayores pecados

(1) *De stercore elevat pauperem* (Regum I, cap. 2, v. 8).— MARTINEZ DEL ROMERO.

»que se sabe; y la persona que es agradecida á los que bien le han hecho, da indicio
»que tambien lo será á Dios, que tantos bienes le hizo y de continuo le hace.

« La señora duquesa despachó un propio con tu vestido y otro presente á tu mu-
»jer Teresa Panza: por momentos esperamos respuesta. Yo he estado un poco mal
»dispuesto de un cierto gateamiento, que me sucedió no muy á cuento de mis narices;
»pero no fue nada, que si hay encantadores que me maltraten, tambien los hay que
»me defiendan. Avisame si el mayordomo que está contigo tuvo que ver en las accio-
»nes de la Trifaldi, como tú sospechaste; y de todo lo que te sucediere me irás dan-
»do aviso, pues es tan corto el camino; cuanto mas que yo pienso dejar presto esta
»vida ociosa en que estoy, pues no nací para ella. Un negocio se me ha ofrecido, que
»creo que me ha de poner en desgracia destes señores; pero aunque se me da mucho,
»no se me da nada, pues en fin, en fin tengo de cumplir antes con mi profesion que
»con su gusto, conforme á lo que suele decirse: *amicus Plato, sed magis amica veri-*
»*tas* (1). Dígame este latin, porque me doy á entender que despues que eres gobernador
»lo habrás aprendido. Y á Dios, el cual te guarde de que ninguno te tenga lástima. »

Tu amigo,

DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

Oyó Sancho la carta con mucha atencion, y fue celebrada y tenida por discreta
de los que la oyeron, y luego Sancho se levantó de la mesa, y llamando al secreta-
rio, se encerró con él en su estancia, y sin dilatarlo mas, quiso responder luego á su
señor don Quijote; y dijo al secretario, que sin añadir ni quitar cosa alguna, fuese
escribiendo lo que él le dijese; y así lo hizo; y la carta de la respuesta fue del tenor
siguiente:

CARTA DE SANCHO PANZA Á DON QUIJOTE DE LA MANCHA.



A ocupacion de mis negocios es tan grande, que no tengo lugar para
»rascarme la cabeza, ni aun para cortarme las uñas, y así las traigo
»tan crecidas cual Dios lo remedie. Digo, esto, señor mio de mi al-
»ma, porque vuesa merced no se espante si hasta agora no he dado
»aviso de mi bien ó mal estar en este gobierno, en el cual tengo mas
»hambre que cuando andábamos los dos por las selvas y por los despoblados.

«Escribióme el duque mi señor el otro dia, dándome aviso que habian entrado en
»esta insula ciertas espías para matarme, y hasta agora yo no he descubierto otra que
»un cierto doctor, que está en este lugar asalariado para matar á cuantos gobernado-
»res aquí vinieren: llámase el doctor Pedro Recio, y es natural de Tirteafuera, por-
»que vea vuesa merced qué nombre para no temer que he de morir á sus manos. Este
»tal doctor dice él mismo de sí mismo, que él no cura las enfermedades cuando las
»hay, sino que las previene para que no vengan, y las medicinas que usa son dieta y
»mas dieta, hasta poner la persona en los huesos mundos, como si no fuese mayor
»mal la flaqueza que la calentura. Finalmente él me va matando de hambre, y yo me
»voy muriendo de despecho, pues cuando pensé venir á este gobierno á comer ca-
»liente y á beber frio, y á recrear el cuerpo entre sábanas de holanda sobre colchones

(1) Sentencia que puso Nuñez en el siguiente refran; amigo Pedro, amigo Juan, pero mas amiga la verdad. — P.

«de pluma he venido á hacer penitencia como si fuera ermitaño, y como no la hago de mi voluntad, pienso que al cabo, al cabo me ha de llevar el diablo.

«Hasta agora no he tocado derecho, ni llevado cohecho, y no puedo pensar en qué va esto, porque aquí me han dicho que los gobernadores que á esta insula suelen venir, antes de entrar en ella, ó les han dado, ó les han prestado los del pueblo muchos dineros, y que esta es ordinaria usanza en los demas que van á gobiernos, no solamente en este.

«Anoche andando de ronda topé una muy hermosa doncella en traje de varon, y un hermano suyo en hábito de mujer: de la moza se enamoró mi maestresala, y la escogió en su imaginacion para su mujer, segun él ha dicho, y yo escogí al mozo para mi yerno: hoy los dos pondremos en plática nuestros pensamientos con el padre de entrambos, que es un tal Diego de la Llana, hidalgo y cristiano viejo cuanto se quiere.

«Yo visito las plazas, como vuesa merced me lo aconseja, y ayer hallé una tendera que vendia avellanas nuevas, y averigüéle que habia mezclado con una hanega de avellanas nuevas otra de viejas, vanas y podridas: apliquélas todas para los niños de la doctrina, que las sabrian bien distinguir, y sentenciéla que por quince dias no entrase en la plaza; hanme dicho que lo hice valerosamente: lo que sé decir á vuesa merced es, que es fama en este pueblo que no hay gente mas mala que las placeras, porque todas son desvergonzadas, desalmadas y atrevidas, y yo así lo creo por las que he visto en otros pueblos.

«De que mi señora la duquesa haya escrito á mi mujer Teresa Panza, y enviádole el presente que vuesa merced dice, estoy muy satisfecho, y procuraré de mostrarme agradecido á su tiempo: bésele vuesa merced las manos de mi parte, diciendo que digo yo, que no lo ha echado en saco roto, como lo verá por la obra. No querria que vuesa merced tuviese trabacuentas de disgusto con esos mis señores; porque si vuesa merced se enoja con ellos, claro está que ha de redundar en mi daño, y no será bien, que pues se me da á mí por consejo que sea agradecido, que vuesa merced no lo sea con quien tantas mercedes le tiene hechas, y con tanto regalo ha sido tratado en su castillo.

«Aquello del gateado no entiendo; pero imagino que debe de ser alguna de las malas fechorias que con vuesa merced suelen usar los malos encantadores; yo lo sabré cuando nos veamos. Quisiera enviarle á vuesa merced alguna cosa; pero no sé qué envíe, si no es algunos cañutos de jeringas, que para con vejigas los hacen en esta insula muy curiosos; aunque si me dura el oficio, yo buscaré que enviar de baldas ó de mangas (1). Si me escribiere mi mujer Teresa Panza, pague vuesa merced el porte, y envíeme la carta, que tengo grandísimo deseo de saber el estado de mi casa, de mi mujer y de mis hijos. Y con esto Dios libre á vuesa merced de mal intencionados encantadores, y á mí me saque con bien y en paz deste gobierno, que lo dudo, porque lo pienso dejar con la vida, segun me trata el doctor Pedro Recio.»

Criado de vuesa merced,

SANCHO PANZA, *el Gobernador.*

Cerró la carta el secretario, y despachó luego al correo, y juntándose los burladores de Sancho, dieron orden entre sí como despacharle del gobierno; y aquella tarde la pasó Sancho en hacer algunas ordenanzas tocantes al buen gobierno de la que él imaginaba ser insula, y ordenó que no hubiese regatones de los bastimentos

(1) Estas palabras tienen dos sentidos; pues ademas de significar las partes ó piezas de una vestidura, las baldas ó faldas, significan aqui los derechos que Sancho debía percibir como gobernador.—P.

en la república, y que pudiesen meter en ella vino de las partes que quisiesen, con aditamento que declarasen el lugar de donde era, para ponerle el precio segun su estimacion, bondad y fama, y el que lo aguase ó le mudase el nombre perdiese la vida por ello: moderó el precio de todo calzado, principalmente el de los zapatos, por parecerle que corria con exorbitancia (1): puso tasa en los salarios de los criados, que caminaban á rienda suelta por el camino del interes: puso gravísimas penas á los que cantasen cantares lascivos y descompuestos, ni de noche ni de dia: ordenó que ningun ciego cantase milagro en coplas, si no trujese testimonio auténtico de ser verdadero, por parecerle que los mas que los ciegos cantan son fingidos en perjuicio de los verdaderos (2).

Hizo y creó un alguacil de pobres, no para que los persiguiese, sino para que los examinase si lo eran, porque á la sombra de la manquedad fingida y de la llaga falsa, andan los brazos ladrones y la salud borracha (3). En resolucion él ordenó cosas tan buenas, que hasta hoy se guardan en aquel lugar, y se nombran: *las constituciones del gran gobernador Sancho Panza*.

(1) Esta exorbitancia disculpaban algunos con el precio subido del pan, de los demas comestibles, y de los alquileres de las casas. — P.

(2) Antes que Sancho notase este desorden representó el referido Herrera su remedio á Felipe II. «Parece ser necesario, dice en el fol. 16 y 17, se remedie y ataje la manera de sacar dineros de unos ciegos, y otros que lo fingen por ventura, que se ponen en las plazas y calles principales de los lugares grandes destes reinos á cantar con guitarras y otros instrumentos coplas impresas y venderlas de sucesos apócrifos, sin ninguna autoridad, y aun algunas veces escandalosos.» — P.

(3) Confirma esta necesidad de distinguir los pobres verdaderos de los supuestos el mismo doctor Herrera en el mencionado *Amparo de Pobres*, donde refiere muchos ejemplares, que vió en la corte y en otros lugares de España, de pobres mancos y tullidos fingidos: de otros que se hacian llagas postizas, y comian cosas dañosas á la salud para ponerse descoloridos: de otros que á sus hijos de tierna edad les torcian los pies ó las manos, ó se las cortaban, ó los cegaban, pasándoles por junto á los ojos un hierro ardiendo: de otros que alquilaban niños ajenos para pedir, dando un tanto por el alquiler. — P.





CAPITULO LII.

Donde se cuenta la aventura de la segunda dueña dolorida ó angustiada, llamada por otro nombre doña Rodríguez.



CUENTA Cide Hamete, que estando ya don Quijote sano de sus aruños, le pareció que la vida que en aquel castillo tenia era contra toda la orden de caballeria que profesaba, y así determinó de pedir licencia á los duques para partirse á Zaragoza, cuyas fiestas llegaban cerca, adonde pensaba ganar el arnes, que en las tales fiestas se conquista. Y estando un dia á la mesa con los duques y comenzando á poner en obra su intencion y pedir la licencia, veis aquí á deshora entrar por la puerta de la gran sala dos mujeres, como despues pareció, cubiertas de luto de los pies á la cabeza, y la una dellas llegándose á don Quijote se le echó á los pies, tendida de largo á largo, la boca cosida con los pies de don Quijote, y daba unos gemidos tan tristes, y tan profundos y tan dolorosos, que puso en confusion á todos los que la oían y miraban: y aunque los duques pensaron que seria alguna burla que sus criados querrian hacer á don Quijote, todavía viendo con el ahinco que la mujer suspiraba, gemia y lloraba, los tuvo dudosos y suspensos, hasta que don Quijote compasivo la levantó del suelo, é hizo que se descubriese y quitase el manto de sobre la faz llorosa. Ella lo hizo así, y mostró ser lo que jamas se pudiera pensar, porque descubrió el rostro de doña Rodríguez, la dueña de casa; y la otra enlutada era su hija, la burlada del hijo del labrador rico. Admiráronse todos aquellos que la conocían, y mas los duques que ninguno, que puesto que la tenían por boba y de buena pasta, no por tanto que viniese á hacer locuras. Finalmente doña Rodríguez volviéndose á los señores, les dijo: vuestras excelencias sean servidos de darme licencia que yo departa un poco con este caballero, porque así conviene para salir con bien del negocio en que me ha puesto el atrevimiento de un mal intencionado villano. El duque dijo que él se la daba, y que departiese con el señor don Quijote cuanto le viniese en deseo. Ella, enderezando la voz y el rostro á don Quijote, dijo: dias há, valeroso caballero, que os tengo dada cuenta de la sinrazon y alevosía que un mal labrador tienen fecha á mi muy querida y amada fija, que es esta desdichada que aqui está presente, y vos me habedes prometido de volver por ella, enderezándole el tuerto que le tiene fecho, y agora ha llegado á mi noticia que os queredes partir deste castillo en busca de las buenas venturas que Dios

os depare, y así querría que antes que os escurriédes por esos caminos, desafiádes á este rústico indómito, y le hiciédes que se casase con mi hija en cumplimiento de la palabra que le dió de ser su esposo, antes y primero que yogase con ella: porque pensar que el duque mi señor me ha de hacer justicia, es pedir peras al olmo, por la ocasion que ya á vuesa merced en puridad tengo declarada: y con esto nuestro señor dé á vuesa merced mucha salud, y á nosotras no nos desampare.

A cuyas razones respondió don Quijote con mucha gravedad y prosopopeya: buena dueña, templad vuestras lágrimas, ó por mejor decir, enjugadlas y aborrad de vuestros suspiros, que yo tomo á mi cargo el remedio de vuestra hija, á la cual le hubiera estado mejor no haber sido tan fácil en creer promesas de enamorados, las cuales por la mayor parte son ligeras de prometer y muy pesadas de cumplir, y así con licencia del duque mi señor, yo me partiré luego en busca dese desalmado mancebo, y le hallaré, y le desafiaré, y le mataré cada y cuando que se excusare de cumplir la prometida palabra: que el principal asunto de mi profesion es perdonar á los humildes, y castigar á los soberbios: quiero decir, acorrer á los miserables, y destruir á los gurosos.

No es menester, respondió el duque, que vuesa merced se ponga en trabajo de buscar al rústico, de quien esta buena dueña se queja, ni es menester tampoco que vuesa merced me pida á mi licencia para desafiarle, que yo le doy por desafiado, y tomo á mi cargo de hacerle saber este desafio, y que le acete, y venga á responder por sí á este mi castillo, donde á entrambos daré campo seguro, guardando todas las condiciones que en tales actos suelen y deben guardarse, guardando igualmente su justicia á cada uno, como estan obligados á guardarla todos aquellos principes que dan campo franco á los que se combaten en los términos de sus señoríos.

Pues con ese seguro y con buena licencia de vuesa grandeza, replicó don Quijote, desde aquí digo que por esta vez renuncio mi hidalguia, y me allano y ajusto con la llaneza del dañador, y me hago igual con él, habilitándole para poder combatir conmigo: y así, aunque ausente, le desafio y reto en razon de que hizo mal en defraudar á esta pobre, que fue doncella, y ya por su culpa no lo es, y que le ha de cumplir la palabra que le dió de ser su legítimo esposo, ó morir en la demanda. Y luego descalzándose un guante le arrojó en mitad de la sala, y el duque le alzo, diciendo que, como ya habia dicho, él acetaba el tal desafio en nombre de su vasallo (1), y señalaba el plazo de allí á seis dias, y el campo en la plaza de aquel castillo, y las armas las acostumbradas de los caballeros, lanza y escudo y arnes tranzado con todas las demas piezas, sin engaño, supercheria, ó supersticion alguna, examinadas y vistas por los jueces del campo; pero ante todas cosas es menester que esta buena dueña y esta mala doncella pongan el derecho de su justicia en manos del señor don Quijote, que de otra manera no se hará nada, ni llegará á debida ejecucion el tal desafio. Yo sí pongo, respondió la dueña, y yo tambien, añadió la hija, toda llorosa, y toda vergonzosa y de mal talante.

Tomado pues este apuntamiento, y habiendo imaginado el duque lo que habia de hacer en el caso, las enlutadas se fueron, y ordenó la duquesa que de allí adelante no las tratasen como á sus criadas, sino como á señoras aventureras, que venian á pedir justicia á su casa; y así les dieron cuarto aparte, y las sirvieron como á forasteras, no sin espanto de las demas criadas, que no sabian en qué habia de parar la sandez y desenvoltura de doña Rodriguez y de su mal andante hija.

Estando en esto, para acabar de regocijar la fiesta y dar buen fin á la comida, veis aquí donde entró por la sala el paje que llevó las cartas y presentes á Teresa Panza, mujer del gobernador Sancho Panza, de cuya llegada recibieron gran contento

(1) Entre soldados y gente belicosa, dice Covarrubias, cuando uno desafia á otro *le arroja el guante en el suelo*, y esta es la señal de desafio: el desafiado *le alza*, y esta es señal de *aceptar el desafio*. — Arr.

los duques, deseosos de saber lo que habia sucedido en su viaje; y preguntándose, respondió el paje que no lo podia decir tan en público, ni con breves palabras, que sus excelencias fuesen servidos de dejarlo para á solas, y que entre tanto se entretuviesen con aquellas cartas; y sacando dos cartas, las puso en manos de la duquesa: la una decia en el sobrescrito: *Carta para mi señora la duquesa tal, de no sé donde*; y la otra: *A mi marido Sancho Panza, gobernador de la insula Barataria, que Dios prospere mas años que á mí*. No se le cocia el pan (1), como suele decirse, á la duquesa hasta leer su carta; y abriéndola, y leído para sí, y viendo que la podia leer en voz alta para que el duque y los circustantes la oyesen, leyó desta manera:

CARTA DE TERESA PANZA A LA DUQUESA.

MUCHO contento me dió, señora mia, la carta que vuesa grandeza me escribió, que en verdad que la tenia bien deseada. La sarta de corales es muy buena, y el vestido de caza de mi marido no le va en zaga. De que vuestra señoria haya hecho gobernador á Sancho mi consorte, ha recibido mucho gusto todo este lugar, puesto que no hay quien lo crea, principalmente el cura y maese Nicolas el barbero, y Sanson Carrasco el chiller: pero á mí no se me da nada, que como ello sea así, como lo es, diga cada uno lo que quisiere; aunque si va á decir verdad, á no venir los corales y el vestido, tampoco yo lo creyera, porque en este pueblo todos tienen á mi marido por un porro, y que sacado de gobernar un ható de cabras, no puede imaginar para qué gobierno pueda ser bueno: Dios lo haga y lo encamine como ve que lo han menester sus hijos. Yo, señora de mi alma, estoy determinada con licencia de vuesa merced, de meter este buen dia en mi casa (2), yéndome á la córte á tenderme en un coche para quebrar los ojos (3) á mil envidiosos que ya tengo: y así suplico á vuestra excelencia mande á mi marido me envíe algun dinerillo, y que sea algo que (4), porque en la córte son los gastos grandes, que el pan vale á real, y la carne la libra á treinta maravedis, que es un juicio (5); y si quisiere que no vaya, que me lo avise con tiempo, porque me están bullendo los pies por ponerme en camino; que me dicen mis amigas y mis vecinas, que si yo y mi hija andamos orondas y pomposas en la córte, vendrá á ser conocido mi marido por mí mas que yo por él: siendo forzoso que pregunten muchos: ¿quién son estas señoras deste coche? y un criado mio responderá, la mujer y la hija de Sancho Panza, gobernador de la insula Barataria, y desta manera será conocido Sancho, y yo seré estimada, y á Roma por todo (6). Pésame cuanto pesarme puede que este año no se han cogido bellotas en este pueblo, con todo eso envió á vuesa alteza hasta medio celemin, que una á una las fui yo á coger y á escoger al monte, y no las hallé mas mayores; yo quisiera que fueran como huevos de avestruz.

«No se le olvide á vuestra pomposidad de escribirme, que yo tendré cuidado de la respuesta, avisando de mi salud y de todo lo que hubiere que avisar deste lugar,

(1) Estaba impaciente por leer, ó hasta leer la carta. — Arr.

(2) Gozarle, aprovecharle. — Arr.

(3) Lo mismo que *dar en ojos*, mortificar, causar envidia, dar un mal rato á otro con la propia prosperidad. — Arr.

(4) Ser de algun valor ó valer algo alguna cosa. — D. A.

(5) Que es una cosa muy extraña, un asombro. — Arr.

(6) Frase que se usaba para denotar el abuso y la generalidad con que se acudia á Roma para alcanzar toda clase de gracias y perdones. — Arr.

»donde quedo rogando á nuestro Señor guarde á vuestra grandeza, y á mí no me olvide. Sancha mi hija y mi hijo besan á vuesa merced las manos.

«La que tiene mas deseo de ver á V. S. que de escribirla,»

Su criada,

TERESA PANZA.

Grande fue el gusto que todos recibieron de oír la carta de Teresa Panza, principalmente los duques: y la duquesa pidió parecer á don Quijote si seria bien abrir la carta que venia para el gobernador, que imaginaba debia de ser bonísima. Don Quijote dijo que él la abriria por darles gusto, y así lo hizo, y vió que decia desta manera:

CARTA DE TERESA PANZA Á SANCHO PANZA SU MARIDO.



«Tu carta recibí, Sancho mio de mi alma, y yo te prometo y juro como católica cristiana, que no faltaron dos dedos para volverme loca de contento. Mira, hermano, cuando yo llegué á oír que eres gobernador, me pensé allí caer muerta de puro gozo, que ya sabes tú que dicen, que así mata la alegría súbita como el dolor grande. A Sanchica tu hija se le fueron las aguas (1) sin sentirlo de puro contento. El vestido que me enviaste tenia delante, y los corales que me envió mi señora la duquesa al cuello, y las cartas en las manos, y el portador dellas allí presente, y con todo eso creía y pensaba que era todo sueño lo que veía y lo que tocaba; porque ¿quién podia pensar que un pastor de cabras habia de venir á ser gobernador de insulas? Ya sabes tú, amigo, que decia mi madre, que era menester vivir mucho para ver mucho: dígolo porque pienso ver mas si vivo mas, porque no pienso parar hasta verte arrendador ó alcabalero, que son oficios que aunque lleva el diablo á quien mal los usá, en fin, en fin siempre tienen y manejan dineros. Mi señora la duquesa te dirá el deseo que tengo de ir á la corte: mírate en ello, y avisame de tu gusto, que yo procuraré honrarte en ella andando en coche.

«El cura, el barbero, el bachiller y aun el sacristan no pueden creer que eres gobernador, y dicen que todo es embeleco, ó cosas de encantamento, como son todas las de don Quijote tu amo; y dice Sanson que ha de ir á buscarte y á sacarte el gobernio de la cabeza, y á don Quijote la locura de los cascós: yo no hago sino reirme, y mirar mi sarta, y dar traza del vestido que tengo de hacer del tuyo á nuestra hija. Unas bellotas envié á mi señora la duquesa, yo quisiera que fueran de oro. Envíame tú algunas sartas de perlas si se usan en esa insula. Las nuevas deste lugar son, que la Berrueca casó á su hija con un pintor de mala mano, que llegó á este pueblo á pintar lo que saliese. Mandóle el concejo pintar las armas de su Magestad sobre las puerfas del ayuntamiento, pidió dos ducados, diéronselos adelantados, trabajó ocho dias, al cabo de los cuales no pintó nada, y dijo que no acertaba á pintar tantas baratijas: volvió el dinero, y con todo eso se casó á título de buen oficial: verdad es que ya ha dejado el pincel y tomado el azada, y va al campo como gentilhombre.

«El hijo de Pedro de Lobo se ha ordenado de grados y corona (2), con intencion

(1) Se le fué la orina, se meó.

(2) Grados son los órdenes menores que se dan despues de la primera tonsura, y son como grados ó escalones por donde se sube á los órdenes sagrados de epístola, evangelio y misa. Corona es la primera tonsura clerical, que es como grado y disposicion para llegar al sacerdocio. — Arr.

»de hacerse clérigo; supolo Minguilla, la nieta de Mingo Silvato, y hale puesto de-
 »manda de que la tiene dada palabra de casamiento: malas lenguas quieren decir que
 »ha estado en cinta dél; pero él lo niega á pies juntillas.

«Ogaño no hay aceitunas, ni se halla una gota de vinagre en todo este pueblo.
 »Por aquí pasó una compañía de soldados; leváronse de camino tres mozas deste
 »pueblo: no te quiero decir quien son, quizá volverán, y no faltará quien las tome
 »por mujeres con sus tachas buenas ó malas. Sanchica hace puntas de randas, gana
 »cada día ocho maravedis horros, que los va echando en una alcancia para ayuda á
 »su ajuar; pero ahora que es hija de un gobernador, tú le darás la dote sin que ella
 »lo trabaje. La fuente de la plaza se secó: un rayo cayó en la picota, y allí me las
 »den todas. Espero respuesta desta, y la resolución de mi ida á la corte: y con esto
 »Dios te me guarde mas años que á mí, ó tantos, porque no querria dejarte sin mí en
 »este mundo.»

Tu mujer,

TERESA PANZA.

Las cartas fueron solemnizadas, reidas, estimadas y admiradas; y para acabar de echar el sello, llegó el correo, el que traía la que Sancho enviaba á don Quijote, que así mismo se leyó públicamente, la cual puso en duda la sandez del gobernador. Retiróse la duquesa para saber del paje lo que le habia sucedido en el lugar de Sancho, el cual se lo contó muy por extenso, sin dejar circunstancia que no refiriese: dióle las bellotas, y mas un queso que Teresa le dió por ser muy bueno, que se aventajaba á los de Tronchon: recibiólo la duquesa con grandísimo gusto, con el cual la dejaremos, por contar el fin que tuvo el gobierno del gran Sancho Panza, flor y espejo de todos los insulanos gobernadores.





CAPITULO LIII.

Del fatigado fin y remate que tuvo el gobierno de Sancho Panza



PENSAR que en esta vida las cosas della han de durar siempre en un estado, es pensar en lo excusado, antes parece que ella anda todo en redondo, digo á la redonda. A la primavera sigue el verano, al verano el estio, al estio el otoño, y al otoño el invierno, y al invierno la primavera, y así torna á andarse el tiempo con esta rueda continua. Sola la vida humana corre á su fin lijera, mas que el tiempo, sin esperar renovarse, sino es en la otra, que no tiene términos que la limiten. Esto dice Cide Hamete, filósofo mahomético: porque esto de entender la lijereza é inestabilidad de la vida presente, y de la duracion de la eterna que se espera, muchos sin lumbre de fe, sino con la luz natural lo han entendido, pero aquí nuestro escritor lo dice por la presteza con que se acabó, se consumió, se deshizo, se fué como en sombra y humo el gobierno de Sancho, el cual estando la sétima noche de los dias de su gobierno en su cama, no hartó de pan ni de vino, sino de juzgar y dar pareceres, y de hacer estatutos y pragmáticas, cuando el sueño á despecho y pesar de la hambre, le comenzaba á cerrar los párpados, oyó tan gran ruido de campanas y de voces, que no parecia sino que toda la insula se hundia. Sentóse en la cama, y estuvo atento y escuchando, por ver si daba en la cuenta de lo que podia ser la causa de tan grande alboroto: pero no solo no lo supo, pero añadiéndose al ruido de voces y campanas el de infinitas trompetas y atambores, quedó mas confuso y lleno de temor y espanto, y levantándose en pie, se puso unas chinelas por la humedad del suelo, y sin ponerse sobreropa de levantar, ni cosa que se pareciese, salió á la puerta de su aposento á tiempo cuando vió venir por unos corredores mas de veinte personas con hachas encendidas en las manos, y con las espadas desenvainadas gritando todos á grandes voces: arma, arma, señor gobernador, arma que han entrado infinitos enemigos en la insula, y somos perdidos, si vuestra industria y valor no nos socorre.

Con este ruido, furia y alboroto llegaron donde Sancho estaba atónito y embelesado de lo que oía y veía, y cuando llegaron á él uno le dijo: ármese luego vuestra señoría, si no quiere perderse y que toda esta insula se pierda. ¿Qué me tengo de armar? respondió Sancho, ¿ni qué se yo de armas ni de socorros? Estas cosas mejor será dejarlas para mi amo don Quijote, que en dos paletas las despachará y pondrá en cobro; que yo, pecador fui á Dios, no se me entiende nada destas priesas.

Ah, señor gobernador, dijo otro, ¿qué relente (1) es ese? ármese vuesa merced

(1) ¿Qué frialdad, qué indiferencia es esta? —Arr.

que aqui le traemos armas ofensivas y defensivas, y salga á esa plaza, y sea nuestra guia y nuestro capitan, pues de derecho le toca el serlo, siendo nuestro gobernador. Armenme norabuena, replicó Sancho, y al momento le trujeron dos paveses (1), que venian proveidos dellos, y le pusieron encima de la camisa, sin dejarle tomar otro vestido, un paves delante y otro detras, y por unas concavidades que traian hechas le sacaron los brazos, y le liaron muy bien con unos cordeles, de modo que quedó emparedado y entablado, derecho como un huso, sin poder doblar las rodillas, ni menearse un solo paso. Pusiéronle en las manos una lanza, á la cual se arrimó para poder tenerse en pie. Cuando así lo tuvieron, le dijeron que caminase y los guiase, y animase á todos, que siendo él su norte, su lanterna y su lucero, tendrian buen fin sus negocios. ¿Cómo tengo de caminar desventurado yo, respondió Sancho, que no puedo jugar las choquezuelas de las rodillas, porque me lo impiden estas tablas que tan cosidas tengo con mis carnes? Lo que han de hacer es llevarme en brazos, y ponerme atravesado, ó en pie en algun postigo, que yo le guardaré ó con esta lanza ó con mi cuerpo. Ande, señor gobernador, dijo otro; que mas el miedo que las tablas le impiden el paso: acabe y menéese, que es tarde, y los enemigos crecen, y las voces se aumentan, y el peligro carga.

Por cuyas persuasiones y vituperios probó el pobre gobernador á moverse, y fué dar consigo en el suelo tan gran golpe, que pensó que se habia hecho pedazos. Quedó como galápago encerrado y cubierto con sus conchas, ó como medio tocino metido entre dos artesas, ó bien así como barca que da al traves en la arena: y no por verle caido aquella gente burladora le tuvieron compasion alguna, antes, apagando las antorchas, tornaron á reforzar las voces, y á reiterar el arma con tan gran priesa,



pasando por encima del pobre Sancho, dándole infinitas cuchilladas sobre los paveses, que si él no se recogiera y encogiera metiendo la cabeza entre los paveses, lo pasara muy mal el pobre gobernador, el cual en aquella estrechez recogido, sudaba

(1) El paves era una especie de escudo largo, que cubria todo el cuerpo del soldado, y por lo tanto arma defensiva, usada en tiempos antiguos en Castilla.—Arr.

y trasudaba, y de todo corazón se encomendaba á Dios que de aquel peligro le sacase. Unos tropezaban en él, otros caían, y tal hubo que se puso encima un buen espacio, y desde allí como desde atalaya gobernaba los ejércitos y á grandes voces decía: aquí de los nuestros, que por esta parte cargan mas los enemigos: aquel portillo se guarde, aquella puerta se cierre, aquellas escalas se tranquilen, vengan alcancías (1), pez y resina en calderas de aceite ardiendo, trinchéense las calles con colchones. En fin él nombraba con todo ahinco todas las baratijas é instrumentos y pertrechos de guerra con que suele defenderse el asalto de una ciudad; y el molido Sancho, que lo escuchaba y sufría todo, decía entre sí; ¡oh si mi señor fuese servido que se acabase ya de perder esta ínsula, y me viese yo, ó muerto ó fuera desta grande angustia! Oyó el cielo su petición, y cuando menos lo esperaba oyó voces que decían: ¡victoria! ¡victoria! los enemigos van de vencida: ea, señor gobernador, levántese vuesa merced, y venga á gozar del vencimiento, y á repartir los despojos que se han tomado á los enemigos por el valor dese invencible brazo.

Levántenme, dijo con voz doliente el dolorido Sancho. Ayudáronle á levantar, y puesto en pie dijo: el enemigo que yo hubiere vencido, quiero que me le claven en la frente: yo no quiero repartir despojos de enemigos, sino pedir y suplicar á algun amigo, si es que le tengo, que me dé un trago de vino, que me seco, y me enjugue este sudor, que me hago agua. Limpiáronle, trajéronle el vino, desliáronle los paveses, sentóse sobre su lecho, y desmayóse del temor, del sobresalto y del trabajo. Ya les pesaba á los de la burla de habérsela hecho tan pesada; pero el haber vuelto en sí Sancho les templó la pena que les habia dado su desmayo. Preguntó qué hora era: respondiéronle que ya amanecía. Calló, y sin decir otra cosa, comenzó á vestirse todo sepultado en silencio, y todos le miraban, y esperaban en qué habia de parar la priesa con que se vestía.

Vistióse en fin, y poco á poco, porque estaba molido y no podia ir mucho á mucho, se fué á la caballeriza, siguiéndole todos los que allí se hallaban, y llegándose



al rucio, le abrazó y le dió un beso de paz en la frente, y no sin lágrimas en los ojos

(1) Entre las armas ofensivas se usaban en lo antiguo las alcancías, que eran vasijas con fuego de alquitran, que se lanzaban sobre el enemigo.—Arr.

le dijo: venid vos acá, compañero mio, y amigo mio, y conllevador de mis trabajos y miserias: cuando yo me avenia con vos, y no tenia otros pensamientos que los que me daban los cuidados de remendar vuestros aparejos, y de sustentar vuestro corpezuolo, dichas eran mis horas, mis días y mis años; pero despues que os dejé, y me subí sobre las torres de la ambicion y de la soberbia, se me han entrado por el alma adentro mil miserias, mil trabajos y cuatro mil desasosiegos. Y en tanto que estas razones iba diciendo, iba asimismo enalbardando el asno, sin que nadie nada le dijese. Enalbardado pues el rucio, con gran pena y pesar subió sobre él, y encaminando sus palabras y razones al mayordomo, al secretario, al maestresala y á Pedro Recio el doctor, y á otros muchos que allí presentes estaban, dijo: abrid camino, señores míos, y dejadme volver á mi antigua libertad: dejadme que vaya á buscar la vida pasada, para que me resucite desta muerte presente. Yo no nací para ser gobernador, ni para defender ínsulas ni ciudades de los enemigos que quisieren acometerlas. Mejor se me entiende á mí de arar y cavar, podar y ensarmentar las viñas, que de dar leyes, ni de defender provincias ni reinos. Bien se está san Pedro en Roma: quiero decir, que bien se está cada uno usando el oficio para que fue nacido. Mejor me está á mí una hoz en la mano, que un cetro de gobernador: mas quiero hartarme de gazpachos, que estar sujeto á la miseria de un médico impertinente, que me mate de hambre; y mas quiero recostarme á la sombra de una encina en el verano, y arroparme con un zamarro de dos pelos (1) en el invierno en mi libertad, que acostarme con la sujecion del gobierno entre sábanas de holanda, y vestirme de martas cebollinas. Vuestas mercedes se queden con Dios, y digan al duque mi señor, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano; quiero decir, que sin blanca entré en este gobierno, y sin ella salgo, bien al revés de como suelen salir los gobernadores de otras ínsulas: y apártense, déjenme ir, que me voy á bizmar, que creo que tengo brumadas todas las costillas, merced á los enemigos que esta noche se han paseado sobre mí.

No ha de ser, señor gobernador, dijo el doctor Recio, que yo le daré á vuesa merced una bebida contra caídas y molimientos, que luego le vuelva en su pristina entereza y vigor, y en lo de la comida yo prometo á vuesa merced de enmendarme, dejándole comer abundantemente de todo aquello que quisiere. Tarde piache (2), respondió Sancho: así dejaré de irme como volverme turco. No son estas burlas para dos veces. Por Dios que así me quede en este, ni admita otro gobierno, aunque me le diesen entre dos platos, como volar al cielo sin alas. Yo soy del linaje de los Panzas, que todos son testarudos, y si una vez dicen nones, nones han de ser, aunque sean pares, á pesar de todo el mundo. Quédense en esta caballeriza las alas de la hormiga, que me levantaron en el aire, para que me comiesen vencejos y otros pájaros, y volvámonos á andar por el suelo con pie llano, que si no le adornaren zapatos picados de cordobán, no le faltarán alpargatas toscas de cuerda: cada oveja con su pareja, y nadie tienda mas la pierna de cuanto fuere larga la sábana: y déjenme pasar, que se me hace tarde.

A lo que el mayordomo dijo: señor gobernador, de muy buena gana dejáramos ir á vuesa merced, puesto que nos pesará mucho de perderle, que su ingenio y su cristiano proceder obligan á desearle; pero ya se sabe que todo gobernador está obligado, antes que se ausente de la parte donde ha gobernado, á dar primero residen-

(1) El *zamarro de dos pelos* es un saco que llega hasta las rodillas, y que usan los pastores, hecho de pieles de cordero tierno, ó de abortos, que son delgados y tienen el pelo blando y corto, y por eso se usan dobles. — Arr.

(2) *Tarde piaste, hablaste tarde*. Esta expresion proverbial tiene su origen, segun dicen, en el siguiente cuento: Estaba un estudiante italiano tomando un huevo pasado por agua, y tan pasado, que se habia formado el pollo en la yema. Pió el polluelo al pasar por el gáznate del estudiante, quien al oírle, se limitó á decir con mucha calma: *tarde piace*. — Si el huevo se hubiera sorbido crudo, tal vez pudiera haber piado el pollo; pero despues de pasado por agua caliente, *nequaquam!*

cia (1); déla vuesa merced de los diez dias que há que tiene el gobierno, y váyase á la paz de Dios. Nadie me la puede pedir, respondió Sancho, si no es quien ordenare el duque mi señor: yo voy á verme con él, y á él se la daré de molde: cuanto mas, que saliendo yo desnudo, como salgo, no es menester otra señal para dar á entender que he gobernado como un ángel.

Par Dios que tiene razon el gran Sancho, dijo el doctor Recio, y que soy de parecer que le dejemos ir, porque el duque ha de gustar infinito de verle. Todos vinieron en ello, y le dejaron ir, ofreciéndole primero compañía y todo aquello que quisiese para el regalo de su persona y para la comodidad de su viaje. Sancho dijo que no queria mas de un poco de cebada para el rucio, y medio queso y medio pan para él, que pues el camino era tan corto, no habia menester mayor ni mejor reposteria. Abrazáronle todos, y él llorando abrazó á todos, y los dejó admirados, así de sus razones como de su determinacion tan resoluta y tan discreta.

(1) *Dar residencia* es dar cuenta del desempeño de algun cargo ú oficio, y de los caudales públicos que se han manejado. Era costumbre en España y en América dar residencia los vireyes y gobernadores, cuando concluian sus gobiernos. — Arr.





CAPITULO LIV.

Que trata de cosas tocantes á esta historia, y no á otra alguna.



RESOLVIÉRONSE el duque y la duquesa de que el desafío que don Quijote hizo á su vasallo por la causa ya referida pasase adelante; y puesto que el mozo estaba en Flandes, adonde se habia ido huyendo; por no tener por suegra á doña Rodriguez, ordenaron de poner en su lugar á un lacayo gascon, que se llamaba Tosilos, industriándole primero muy bien de todo lo que habia de hacer. De allí á dos dias dijo el duque á don Quijote, como desde allí á cuatro vendria su contrario, y se presentaría en el campo armado como caballero, y sustentaria como la doncella mentia por mitad de la barba, y aun por toda la barba entera, si se afirmaba que él le hubiese dado palabra de casamiento. Don Quijote recibió mucho gusto con las tales nuevas, y se prometió á sí mismo de hacer maravillas en el caso, y tuvo á gran ventura habersele ofrecido ocasion donde aquellos señores pudiesen ver hasta donde se extendia el valor de su poderoso brazo, y así con alborozo y contento esperaba los cuatro dias, que se le iban haciendo á la cuenta de su deseo cuatrocientos siglos.

Dejémoslos pasar nosotros, como dejamos pasar otras cosas, vamos á acompañar á Sancho, que entre alegre y triste venia caminando sobre el rucio á buscar á su amo, cuya compañía le agradaba mas que ser gobernador de todas las insulas del mundo. Sucedió pues, que no habiéndose alongado mucho de la insula del su gobierno (que él nunca se puso á averiguar si era insula, ciudad, villa ó lugar la que gobernaba) vió que por el camino por donde él iba venian seis peregrinos con sus bordones, destes extrangeros que piden la limosna cantando, los cuales en llegando á él se pusieron en ala, y levantando las voces todos juntos, comenzaron á cantar en su lengua lo que Sancho no pudo entender, sino fue una palabra que claramente pronunciaba limosna, por donde entendió que era limosna la que en su canto pedian, y como él, segun dice Cide Hamete, era caritativo ademas, sacó de sus alforjas medio pan y medio queso, de que venia proveido, y dióselo diciendoles por señas que no tenia otra cosa que darles. Ellos lo recibieron de muy buena gana y dijeron: güelte, güelte (1).

No entiendo, respondió Sancho, qué es lo que me pedís, buena gente. Entonces uno dellos sacó una bolsa del seno, y mostróselá á Sancho por donde entendió que le pedian dineros, y él poniéndose el dedo pulgar en la garganta, y extendiendo la

(1) Palabra alemana que significa *dinero*: en aleman se escribe *GELD*, de donde vino el decir *Güelre* en la germania. — MARTINEZ DEL ROMERO.

no arriba, les dió á entender que no tenia ostugo (1) de moneda, y picando al rucio rompió por ellos; y al pasar, habiéndole estado mirando uno dellos con mucha atencion, arremetió á él, echándole los brazos por la cintura, en voz alta y muy castellana dijo: váleme Dios, ¿qué es lo que veo? ¿es posible que tengo en mis brazos al mi caro amigo, al mi buen vecino Sancho Panza? Si tengo sin duda, porque yo ni duermo, ni estoy ahora borracho. Admiróse Sancho de verse nombrar por su nombre, y de verse abrazar del extranjero peregrino, y despues de haberle estado mirando, sin hablar palabra, con mucha atencion, nunca pudo conocerle; pero viendo su suspension el peregrino le dijo: como ¿y es posible Sancho Panza hermano, que no conoces á tu vecino Ricote el morisco, tendero de tu lugar?

Entonces Sancho le miró con mas atencion, y comenzó á refigurarle, y finalmente le vino á conocer de todo punto, y sin apearse del jumento le echó los brazos al cuello, y le dijo: ¿quién diablos te habia de conocer, Ricote, en este traje de moharacho que traes? Dime ¿quién te ha hecho franchote, y como tienes atrevimiento de volver á España, donde si te cogen y conocen tendrás hartó mala ventura?

Si tú no me descubres, Sancho, respondió el peregrino, seguro estoy, que en este traje no habrá nadie que me conozca; y apartémonos del camino á aquella alameda que allí aparece, donde quieren comer y reposar mis compañeros, y allí comerás, con ellos, que son muy apacible gente; yo tendré lugar de contarte lo que me ha sucedido despues que me partí de nuestro lugar por obedecer el bando de su magestad, que con tanto rigor á los desdichados de mi nacion amenazaba, segun oiste.

Hizolo así Sancho, y hablando Ricote á los demas peregrinos, se apartaron á la alameda que se parecia, bien desviados del camino real. Arrojaron los bordones, quitaron las mucetas ó esclavinas, y quedaron en pelota, y todos ellos eran mozos y muy gentiles hombres, excepto Ricote, que ya era hombre entrado en años. Todos traian alforjas, y todas, segun pareció, venian bien proveidas, á lo menos de cosas incitativas y que llaman á la sed de dos leguas. Tendieronse en el suelo, y haciendo manteles de las yerbas, pusieron sobre ellas pan, sal, cuchillos, nueces, rajadas de queso, huesos mondos de jamon, que si no se dejaban mascar, no defendian el ser chupados. Pusieron asimismo un manjar negro, que dicen que se llama cabial, y es hecho de huevos de pescados, gran despertador de la colambre (2): no faltaron aceitunas, aunque secas y sin adobo alguno, pero sabrosas y entretenidas; pero lo que mas campeó en el campo de aquel banquete fueron seis botas de vino, que cada uno sacó la suya de su alforja: hasta el buen Ricote, que se habia trasformado de morisco en aleman ó en tudesco, sacó la suya, que en grandeza podia competir con las cinco. Comenzaron á comer con grandísimo gusto y muy despacio, saboreándose con cada bocado, que le tomaban con la punta del cuchillo, y muy poquito de cada cosa, y luego al punto todos á una levantaron los brazos y las botas en el aire, puestas las bocas en su boca, clavados los ojos en el cielo, no parecia sino que ponian en él la punteria; y desta manera meneando las cabezas á un lado y á otro, señales que acreditaban el gusto que recibian, se estuvieron un buen espacio, trasegando en sus estómagos las entrañas de las vasijas.

Todo lo miraba Sancho, y de ninguna cosa se dolia; antes por cumplir con el refran, que él muy bien sabia, de cuando á Roma fueres haz como vieres, pidió á Ricote la bota, y tomó su punteria como los demas, y no con menos gusto que ellos. Cuatro veces dieron lugar las botas para ser empinadas, pero la quinta no fue posible, porque ya estaban mas enjutas y secas que un esparto, cosa que puso mustia la alegria que hasta allí habian mostrado. De cuando en cuando juntaba alguno su mano

(1) Rastro, señal — Arr.

(2) Que escitan mucho la gana de beber vino, ó beber del pellejo ó bota donde se lleva aquel, que esto significa la colambre. — Arr. — Hoy se dice Corambre. — MARTINEZ DEL ROMERO.

derecha con la de Sancho, y decía: español y tudesqui tuto uno bon compañero (1); y Sancho respondía, bon compañero jura Di, y disparaba con una risa que le duraba una hora, sin acordarse entonces de nada de lo que le había sucedido en su gobierno; porque sobre el rato y tiempo cuando se come y bebe, poca jurisdicción suelen tener los cuidados. Finalmente el acabárseles el vino fue principio de un sueño que dió á todos, quedándose dormidos sobre las mismas mesas y manteles: solos Ricote y Sancho quedaron alerta, porque habían comido mas y bebido menos; y apartando Ricote á Sancho, se sentaron al pie de una haya, dejando á los peregrinos sepultados en dulce sueño, y Ricote sin tropezar nada en su lengua morisca, en la pura castellana le dijo las siguientes razones:

Bien sabes, ó Sancho Panza, vecino y amigo mio, como el pregon y bando que su majestad mandó publicar contra los de mi nacion (2), puso terror y espanto en todos nosotros: á lo menos en mí le puso de suerte, que me parece que antes del tiempo que se nos concedía para que hiciésemos ausencia de España, ya tenía el rigor de la pena ejecutado en mi persona y en la de mis hijos. Ordené pues á mi parecer como prudente (bien así como el que sabe que para tal tiempo le han de quitar la casa donde vive, y se provee de otra donde mudarse), ordené, digo, de salir yo solo sin mi familia de mi pueblo, é ir á buscar donde llevarla con comodidad, y sin la priesa con que los demas salieron, porque bien vi y vieron todos nuestros ancianos, que aquellos pregones no eran solo amenazas, como algunos decían, sino verdaderas leyes, que se habían de poner en ejecucion á su determinado tiempo; y forzábame á creer esta verdad saber yo los ruines y disparatados intentos que los nuestros tenían, y tales, que me parece que fue inspiracion divina la que movió á su majestad á poner en efecto tan gallarda resolucion, no porque todos fuésemos culpados, que algunos había cristianos firmes y verdaderos: pero eran tan pocos, que no se podían oponer á los que no lo eran, y no era bien criar la sierpe en el seno, teniendo los enemigos dentro de casa. Finalmente, con justa razon fuimos castigados con la pena del destierro, blanda y suave al parecer de algunos, pero al nuestro la mas terrible que se nos podía dar. Do quiera que estamos lloramos por España, que en fin nacimos en ella, y es nuestra patria natural: en ninguna parte hallamos el acogimiento que nuestra desventura desea; y en Berbería y en todas las partes de Africa, donde esperábamos ser recibidos, acogidos y regalados, allí es donde mas nos ofenden y maltratan. No hemos conocido el bien hasta que le hemos perdido; y es el deseo tan grande que casi todos tenemos de volver á España, que los mas de aquellos, y son muchos, que sa-

(1) Expresion italiana, introducida en nuestra lengua para significar un hombre condescendiente, sociable amigo de tratarse bien, y de comer y beber con sus amigos, *buen compañero*, como llamó el esbrero Pedro al pastor Crisóstomo (P. I, c. xii). Pero además de esto el *español y tudesqui* (ó acaso *españolí y tudesqui*) *tuto uno bon compañero* de Sancho es una tácita reprension sobre que los templados españoles con el trato y comunicacion de los tudescos ó alemanes se habían aficionado á los brindis. — P.

(2) Cervantes menciona aquí uno de los acontecimientos mas graves y notables de nuestra historia, verificado desde 1609 hasta 1614, en que por la intolerancia religiosa y por la codicia de algunos gobernantes fueron expulsadas de España mas de seiscientos mil almas que enriquecían y poblaban la nacion. Esto no dejaban de conocerlo algunos escritores, entre ellos frai Pedro de San Cecilio, en sus *Anales de los PP. Mercenarios descalzos*, cuando dice que los moriscos eran una *gente aplicada, continua en el trabajo, enemiga de la ociosidad, y que sin daño ajeno buscaba su provecho. Con su ejemplo obligaban á trabajar á los cristianos viejos... Faltaron ellos y los demas comenzaron á desmayar en sus labores y oficios*, etc. Este proceder tiránico y la anterior expulsion de los judios fueron la causa de la despoblacion de España y de su grande atraso. Las calamidades mas duras que han sufrido los judios desde su dispersion fue el edicto de Fernando é Isabel, dado en Granada en 30 de marzo de 1492, conminándolos con la muerte, si en el espacio de cuatro meses no abrazaban el cristianismo. El inquisidor Torquemada prohibió á los cristianos les suministrasen pan, agua, carne ó vino pasado el mes de abril; *Tantum religio potuit suadere malorum!* Todas las proposiciones que hicieron fueron desechadas, pues Abarbanel, judio rico, ofreció 600,000 coronas en nombre de su nacion si se revocaba el edicto. Mariana cree que el número de expatriados ascendió á 800,000 almas:—los judios prefirieron el destierro á la apostasia. Los desterrados de muchos puntos se dirigieron á Italia, en donde fueron muy bien recibidos, aun en Roma por el papa Alejandro VI, siendo una cosa muy chocante y notable que por un acto tan cruel confirió el título de *Católica* á la corona de España al mismo tiempo que dió entrada á los judios en la capital del mundo cristiano. — MARTINEZ DEL ROSERO.

ben la lengua como yo, se vuelven á ella y dejan allá sus mujeres y sus hijos desamparados: tanto es el amor que la tienen; y agora conozco y experimento lo que suele decirse, que es dulce el amor de la patria.

Sali, como digo, de nuestro pueblo, entré en Francia, y aunque allí nos hacian buen acogimiento, quise verlo todo. Pasé á Italia, llegué á Alemania, y allí me pareció que se podía vivir con mas libertad, porque sus habitadores no miran en muchas delicadezas; cada uno vive como quiere, porque en la mayor parte della se vive con libertad de conciencia. Dejé tomada casa en un pueblo junto á Augusta (1), juntéme con estos peregrinos, que tienen por costumbre de venir á España muchos dellos cada año á visitar los santuarios della, que los tienen por sus Indias y por certísima grangería y conocida ganancia. Andanla casi toda, y no hay pueblo ninguno de donde no salgan comidos y bebidos, como suele decirse, y con un real, por lo menos, en dineros y al cabo de su viaje salen con mas de cien escudos de sobra, que trocados en oro, ó ya en el hueco de los bordones, ó entre los remiendos de las esclavinas, ó con la industria que ellos pueden, los sacan del reino, y los pasan á sus tierras á pesar de las guardas de los puestos y puertos donde se registran. Ahora es mi intencion, Sancho, sacar el tesoro que dejé enterrado, que por estar fuera del pueblo lo podré hacer sin peligro, y escribir ó pasar desde Valencia á mi hija y á mi mujer, que sé que estan en Argel, y dar traza como traerlas á algun puerto de Francia, y desde allí llevarlas á Alemania, donde esperaremos lo que Dios quisiere hacer de nosotros: que en resolucion, Sancho, yo sé cierto que Ricota mi hija y Francisca Ricota mi mujer son católicas cristianas, y aunque yo no lo soy tanto, todavia tengo mas de cristiano que de moro, y ruego siempre á Dios me abra los ojos del entendimiento, y me dé á conocer como lo tengo de servir: y lo que me tiene admirado es no saber por qué se fué mi mujer y mi hija antes á Berberia que á Francia, adonde podia vivir como cristiana.

A lo que respondió Sancho: mira, Ricote, eso no debió estar en su mano porque las llevó Juan Tiopieyo el hermano de tu mujer, y como debe de ser fino moro, fué á lo mas bien parado; y séte decir otra cosa, que creo que vas en balde á buscar lo que dejaste encerrado, por que tuvimos nuevas que habian quitado á tu cuñado y tu mujer muchas perlas y mucho dinero en oro, que llevaban por registrar. Bien puede ser eso, replicó Ricote; pero yo sé, Sancho, que no tocaron á mi encierro, porque yo no les descubrí donde estaba, temeroso de algun desman: y así si tú, Sancho, quieres venir conmigo, y ayudarme á sacarlo y á encubrirlo, yo te daré doscientos escudos, con que podrás remediar tus necesidades, que ya sabes que sé yo que las tienes muchas.

Yo lo hiciera, respondió Sancho; pero no soy nada codicioso, que á serlo, un oficio dejé yo esta mañana de las manos, donde pudiera hacer las paredes de mi casa de oro, y comer antes de seis meses en platos de plata: y así por esto, como por parecerme haria traicion á mi rey en dar favor á sus enemigos, no fuera contigo, si como me prometes doscientos escudos, me dieras aqui de contado cuatrocientos.

¿Y qué oficio es el que has dejado, Sancho? preguntó Ricote. He dejado de ser gobernador de una insula, respondió Sancho, y tal, que á buena fe que no hallé otra como ella á dos tirones. ¿Y donde está esta insula? preguntó Ricote. ¿Adonde? respondió Sancho, dos leguas de aqui, y se llama la insula Barataria. Calla, Sancho, dijo Ricote, que las insulas estan allá dentro de la mar, que no hay insulas en la tierra firme. ¿Como no? replicó Sancho: digote, Ricote amigo, que esta mañana me parti della, y ayer estuve en ella gobernando á mi placer como un sagitario; pero con todo eso la he dejado, por parecerme oficio peligroso el de los gobernadores. ¿Y qué has ganado en el gobierno? preguntó Ricote. He ganado, respondió Sancho, el haber co-

(1) Augshurgo, la antiguo Augusta Fidei licorum.

nocido que no soy bueno para gobernar, si no es un hato de ganado, y que las riquezas que se ganan en los tales gobiernos son á costa de perder el descanso y el sueño, y aun el sustento, porque en las insulas deben de comer poco los gobernadores, especialmente si tienen médicos que miren por su salud.

Yo no te entiendo; Sancho, dijo Ricote; pero paréceme que todo lo que dices es disparate: que ¿quién te habia de dar á ti insulas que gobernases? ¿faltaban hombres en el mundo mas hábiles para gobernar que tú eres? Calla, Sancho, y vuelve en ti, y mira si quieres venir conmigo, como te he dicho, á ayudarme á sacar el tesoro que dejé escondido, que en verdad que es tanto, que se puede llamar tesoro, y te daré con que vivas, como te he dicho. Ea, te he dicho Ricote, replicó Sancho, que no quiero: conténtate que por mí no serás descubierto, y prosigue en buena hora tu camino, y déjame seguir el mio, que yo sé que lo bien ganado se pierde, y lo malo, ello y su dueño.



No quiero porfiar, Sancho, dijo Ricote; pero dime ¿hallásete en nuestro lugar cuando se partió del mi mujer, mi hija y mi cuñado? Si hallé, respondió Sancho, y séte decir que salió tu hija tan hermosa, que salieron á verla cuantos habia en el pueblo, y todos decian que era la mas bella criatura del mundo. Iba llorando, y abrazaba á todas sus amigas y conocidas, y á cuantos llegaban á verla, y á todos pedia la encomendasen á Dios y á nuestra Señora su madre: y esto con tanto sentimiento, que á mi me hizo llorar, que no suelo ser muy lloron y á fe que muchos tuvieron deseo de esconderla y salir á quitársela en el camino, pero el miedo de ir contra el mandado del rey los detuvo: principalmente se mostró mas apasionado don Pedro Gregorio, aquel mancebo mayorazgo rico que tú conoces,

que dicen que la queria mucho; y despues que ella se partió, nunca mas él ha parecido en nuestro lugar, y todos pensamos que iba tras ella para robarla; pero hasta ahora no se ha sabido nada. Siempre tuve yo mala sospecha, dijo Ricote, de que ese caballero adamaba á mi hija; pero fiado en el valor de mi Ricota, nunca me dió pesadumbre el saber que la queria bien; que ya habrás oido decir, Sancho, que las moriscas, pocas ó ninguna vez se mezclaron por amores con cristianos viejos; y mi hija,

que á lo que yo creo atendia á ser mas cristiana que enamorada, no se curaria de las solicitudes dese señor mayorazgo. Dios lo haga, replicó Sancho, que á entrambos les estaria mal; y déjame partir de aquí, Ricote amigo, que quiero llegar esta noche adonde está mi señor don Quijote. Dios vaya contigo, Sancho hermano, que ya mis compañeros se rebullen, y tambien es hora que prosigamos nuestro camino; y luego se abrazaron los dos, y Sancho subió en su rucio, y Ricote se arrimó á su bordon, y se apartaron.





CAPITULO LV.

De cosas sucedidas á Sancho en el camino, y otras que no hay mas que ver.



El haberse detenido Sancho con Ricote no le dió lugar á que aquel dia llegase al castillo del duque, puesto que llegó media legua dél, donde le tomó la noche algo oscura y cerrada; pero como era verano, no le dió mucha pesadumbre, y así se apartó del camino con intencion de esperar la mañana y quiso su corta y desventurada suerte que buscando lugar donde mejor acomodarse, cayeron él y el rucio en una honda y escurisima sima, que entre unos edificios muy antiguos estaba; y al tiempo del caer se encomendó á Dios de todo corazón, pensando que no habia de parar hasta el profundo de los abismos; y no fue así, porque á poco mas de tres estados dió fondo el rucio; y él se halló encima dél sin haber recibido lision ni daño alguno. Tentóse todo el cuerpo, y recogió el aliento por ver si estaba sano ó agujereado por alguna parte; y viéndose bueno, entero y católico de salud, no se hartaba de dar gracias á Dios nuestro Señor de la merced que le habia hecho, porque sin duda pensó que estaba hecho mil pedazos. Tentó asimismo con las manos por las paredes de la sima, por ver si seria posible salir della sin ayuda de nadie, pero todas las halló rasas y sin asidero alguno, de lo que Sancho se congojó mucho especialmente cuando oyó que el rucio se quejaba tierna y dolorosamente, y no era mucho, ni se lamentaba de vicio, que á la verdad no estaba muy bien parado. ¡Ay, dijo entonces Sancho Panza, y cuan no pensados sucesos suelen suceder á cada paso á los que viven en este miserable mundo! ¿Quién dijera que el que ayer se vió entronizado gobernador de una insula, mandando á sus sirvientes y á sus vasallos, hoy se habia de ver sepultado en una sima sin haber persona alguna que le remedie, ni criado ni vasallo que acuda á su socorro? Aquí habremos de perecer de hambre yo y mi jumento, si ya no nos morimos antes, él de molido y quebrantado, y yo de pesaroso: á lo menos no seré yo tan venturoso como lo fue mi señor don Quijote de la Mancha, cuando descendió y bajó á la cueva de aquel encantador Montesinos, donde halló quien le regalase mejor que en su casa, que no parece sino que se fué á mesa puesta y á cama hecha. Allí vió él visiones hermosas y apacibles, y yo

veré aquí, á lo que creo sapos y culebras. ¡De aquí sacarán mis huesos, cuando el cielo sea servido que me descubran, mundos, blancos y raídos, y los de mi buen ru-



cio con ellos, por donde quizá se echará de ver quien somos, á lo menos de los que tuvieron noticia que nunca Sancho Panza se apartó de su asno, ni su asno de Sancho Panza. Otra vez digo, ¡miserables de nosotros! que no ha querido nuestra corta suerte que muriésemos en nuestra patria y entre los nuestros donde, ya que no hallara remedio nuestra desgracia, no faltara quien della se doliera, y en la hora última de nuestro pensamiento (1) nos cerrara los ojos! ¡Oh compañero y amigo mio, qué mal pago te he dado de tus buenos servicios! Perdóname, y pide á la fortuna en el mejor modo que supieres, que nos saque deste miserable trabajo en que estamos puestos los dos, que yo prometo de ponerte una corona de laurel en la cabeza, que no parezcas sino un laureado poeta, y de darte los piensos doblados. Desta manera se lamentaba Sancho Panza, y su jumento le escuchaba sin responderle palabra alguna (2): tal era el aprieto y angustia en que el pobre se hallaba.

Finalmente habiendo pasado toda aquella noche en miserables quejas y lamentaciones, vino el día, con cuya claridad y resplandor vió Sancho que era imposible de toda imposibilidad salir de aquel pozo sin ser ayudado, y comenzó á lamentarse y dar voces por ver si alguno le oía; pero todas sus voces eran dadas en desierto, pues por todos aquellos contornos no habia persona que pudiese escucharle, y entonces se acabó de dar por muerto. Estaba el rucio boca arriba, y Sancho Panza le acomodó de modo que le puso en pie, que apenas se podia tener: y sacando de las alforjas, que

(1) En la edicion del señor Pellicer se dice *pasatiempo*. Yo creo que esta palabra es la verdadera leccion, y que Sancho quiso decir con esta palabra que en la hora última de su paso ó tránsito de esta vida para la eterna, no faltaria quien le cerrara los ojos. Por consiguiente la palabra *pensamiento* es una errata conocida. — Arr.

(2) El conde Orlando encontró al caballo Bayardo sin su señor, que era Reinaldos de Montelven, y le preguntó por él diciendo:

¡Ay buen caballo! ¿donde estás Reinaldo?

¿Dime dó está? no me lo estes callando.

Así el conde al caballo preguntaba,

Y no le respondió porque no hablaba.

(Orlando *Enamorado*, por Mateo Boyardo traducido por Francisco Garrido de Villena: lib. i, cant. 19.)

tambien habian corrido la misma fortuna de la caida, un pedazo de pan, lo dió á su jumento, que no le supo mal, y dijole Sancho, como si le entendiera : todos los duelos con pan son menos.

En esto descubrió á un lado de la sima un agujero capaz de caber por él una persona si se agoviaba y encogia. Acudió á él Sancho Panza, y agazapándose se entró por él, y vió que por dentro era espacioso y largo, y púdolo ver porque por lo que se podia llamar techo entraba un rayo de sol, que lo descubria todo. Vió tambien que se dilatava y alargaba por otra concavidad espaciosa; viendo lo cual volvió á salir donde estaba el jumento, y con una piedra comenzó á desmoronarse la tierra del agujero, de modo que en poco espacio hizo lugar donde con facilidad pudiese entrar el asno, como lo hizo, y cogiéndole del cabestro comenzó á caminar por aquella gruta adelante, por ver si hallaba alguna salida por otra parte : á veces iba á oscuras, y á veces con luz, pero ninguna vez sin miedo. ¡ Válame Dios todo poderoso ! decia entre sí : esta que para mí es desventura, mejor fuera para aventura de mi amo don Quijote. El si que tuviera estas profundidades y mazmorras por jardines floridos y por palacios de Galiana (1) y esperara salir desta oscuridad y estrechez á algun florido prado : pero yo sin ventura, falto de consejo y menoscabado de ánimo, á cada paso pienso que debajo de los pies de improvisó se ha de abrir otra sima mas profunda que la otra, que acabe de tragarme : bien vengas mal, si vienes solo.

Destá manera y con estos pensamientos le pareció que habria caminado poco mas de media legua, al cabo de la cual descubrió una confusa claridad, que pareció ser ya de dia, y que por alguna parte entraba, que daba indicio de tener fin abierto aquel, para el camino de la otra vida.

Aquí le deja Cide Hamete Ben Engeli, y vuelve á tratar de don Quijote, que alborozado y contento esperaba el plazo de la batalla que habia de hacer con el robador de la honra de la hija de doña Rodriguez, á quien pensaba enderezar el tuerto y desaguizado, que malamente le tenian fecho.

Sucedió pues, que saliéndose una mañana á imponerse y ensayarse en lo que habia de hacer en el trance en que otro dia pensaba verse dando un repelon ó arremetida á Rocinante, llegó á poner los pies tan junto á una cueva, que á no tirarle fuertemente las riendas, fuera imposible no caer en ella : en fin le detuvo y no cayó, y llegándose algo mas cerca, sin apearse miró aquella hondura, y estándola mirando oyó grandes voces dentro, y escuchando atentamente pudo percibir y entender que el que las daba decia : há de arriba, ¿hay algun cristiano que me escuche? ¿ó algun caballero caritativo que se duela de un pecador enterrado en vida? ¿de un desdichado desgobernado gobernador?

Parecióle á don Quijote que oia la voz de Sancho Panza, de que quedó suspenso y asombrado, y levantando la voz todo lo que pudo, dijo : ¿quién está allá abajo? ¿quién se queja? ¿Quién puede estar aquí, ó quién se ha de quejar? respondieron, sino el asendereado de Sancho Panza, gobernador por sus pecados y por su mala andanza, de la insula Barataria, escudero que fue del famoso caballero don Quijote de la Mancha. Oyendo lo cual don Quijote, se le dobló la admiracion, y se le acrecentó el pasmo viniéndosele al pensamiento que Sancho Panza debia de ser muerto, y que estaba allí penando su alma; y llevado desta imaginacion dijo : conjúrote por todo aquello que puedo conjurarte como católico cristiano, que me digas quien eres y si eres alma en pena, dime qué quieres que haga por ti, que pues mi profesion es favorecer y acorrer á los necesitados deste mundo, tambien lo seré para acorrer y ayudar á los menesterosos del otro mundo, que no pueden ayudarse por sí propios.

(1) *Galiana* es nombre de una princesa mora, á quien cuentan que su padre Gadalife edificó unos palacios de gran recreacion en Toledo, á orillas del Tajo. — A. — Este nombre se da á las ruinas de un edificio romano de Toledo, que existen en la huerta llamada del rey, á la orilla del Tajo, bajando del puente de Alcántara.

Desa manera, respondieron, vuesa merced que me habla debe de ser mi señor don Quijote de la Mancha, y aun en el órgano de la voz no es otro sin duda. Don Quijote soy, replicó don Quijote, el que profeso socorrer y ayudar en sus necesidades á los vivos y á los muertos: por eso dime quien eres, que me tienes atónito, porque si eres mi escudero Sancho Panza, y te has muerto, como no te hayan llevado los diablos, y por la misericordia de Dios estes en el purgatorio, sufragios tiene nuestra santa madre la Iglesia católica romana bastantes á sacarte de las penas en que estás, y yo que lo solicitare con ella por mi parte con cuanto mi hacienda alcanzare: por eso acaba de declararte y dime quien eres.

Voto á tal, respondieron, y por el nacimiento de quien vuesa merced quisiere, juro, señor don Quijote de la Mancha, que yo soy su escudero Sancho Panza, y que nunca me he muerto en todos los dias de mi vida; sino que habiendo dejado mi gobierno por cosas y causas que es menester mas espacio para decirlas, anoche caí en esta sima, donde yago (1), y el rucio conmigo, que no me dejará mentir, pues por mas señas está aquí conmigo. Y hay mas, que no parece sino que el jumento entendió lo que Sancho dijo, porque al momento comenzó á rebuznar tan recio, que toda la cueva retumbaba. Famoso testigo, dijo don Quijote, el rebuzno conozco como si le pariera, y tu voz oigo, Sancho mio: espérame, iré al castillo del duque, que está aquí cerca, y traeré quien te saque desta sima, donde tus pecados te deben de haber puesto. Vaya vuesa merced, dijo Sancho, y vuelva presto por un solo Dios, que ya no lo puedo llevar el estar aquí sepultado en vida, y me estoy muriendo de miedo.

Dejóle don Quijote, y fué al castillo á contar á los duques el suceso de Sancho Panza, de que no poco se maravillaron, aunque bien entendieron que debia de haber caido por la correspondencia de aquella gruta que de tiempos inmemoriales estaba allí hecha; pero no podian pensar como habia dejado el gobierno sin tener ellos aviso de su venida. Finalmente, como dicen, llevaron sogas y maromas, y á costa de mucha gente y de mucho trabajo sacaron al rucio y á Sancho Panza de aquellas tinieblas á la luz del sol. Vióle un estudiante, y dijo: desta manera habian de salir de sus gobiernos todos los malos gobernadores, como sale este pecador del profundo del abismo, muerto de hambre, descolorido, y sin blanca á lo que yo creo.

Oyólo Sancho, y dijo: ocho dias ó diez há, hermano murmurador, que entré á gobernar la insula que me dieron, en los cuales no me vi harto de pan siquiera una hora: en ellos me han perseguido médicos, y enemigos me han brumado los huesos; ni he tenido lugar de hacer cohechos ni de cobrar derechos: y siendo esto así, como lo es,



(1) Del verbo *yacer*, ahora decimos *yago*.

no merecia yo, á mi parecer, salir desta manera: pero el hombre pone, y Dios dispone: y Dios sabe lo mejor y lo que le está bien á cada uno; y cual el tiempo, tal el tiento; y nadie diga desta agua no beberé, que adonde se piensa que hay tocinos no hay estacas: y Dios me entiende y basta, y no digo mas, aunque pudiera.

No te enojés, Sancho, dijo don Quijote, ni recibas pesadumbre de lo que oyes, que será nunca acabar: ven tú con segura conciencia, y digan lo que dijeren, y es querer atar las lenguas de los maldicientes lo mismo que querer poner puertas al campo. Si el gobernador sale rico de su gobierno dicen dél que ha sido un ladron, y si sale pobre, que ha sido un para poco y un mentecato. A buen seguro, respondió Sancho, que por esta vez antes me han de tener por tonto que por ladron.

En estas pláticas llegaron rodeados de muchachos y de otra mucha gente al castillo, adonde en unos corredores estaban ya el duque y la duquesa esperando á don Quijote y á Sancho, el cual no quiso subir á ver al duque, sin que primero no hubiese acomodado al rucio en la caballeriza, porque decia que habia pasado muy mala noche en la posada: y luego subió á ver á sus señores, ante los cuales puesto de rodillas, dijo: yo, señores, porque lo quiso así vuestra grandeza, sin ningun merecimiento mio fui á gobernar vuestra ínsula Barataria, en la cual entré desnudo y desnudo me hallo, ni pierdo ni gano. Si he gobernado bien ó mal, testigos he tenido delante, que dirán lo que quisieren. He declarado dudas, sentenciado pleitos, y siempre muerto de hambre, por haberlo querido así el doctor Pedro Recio, natural de Tirteafuera, médico insulano y gobernadoresco. Acometiéronnos enemigos de noche, y habiéndonos puesto en grande aprieto, dicen los de la ínsula que salieron libres y con victoria por el valor de mi brazo: que tal salud les dé Dios como ellos dicen verdad. En resolucion, en este tiempo yo he tanteado las cargas que trae consigo y las obligaciones el gobernar, y he hallado por mi cuenta que no las podrán llevar mis hombros, ni son peso de mis costillas, ni flechas de mi aljaba: y así antes que diese conmigo al traves el gobierno, he querido yo dar con el gobierno al traves, y ayer de mañana dejé la ínsula como la hallé, con las mismas calles, casas y tejados que tenia cuando entré en ella. No he pedido prestado á nadie, ni metídomes en granjerías; y aunque pensaba hacer algunas ordenanzas provechosas, no hice ninguna, temeroso que no se habian de guardar, que es lo mesmo hacerlas que no hacerlas (1). Salí, como digo, de la ínsula, sin otro acompañamiento que el de mi rucio: caí en una sima, vineme por ella adelante, hasta que esta mañana con la luz del sol vi la salida; pero no tan fácil, que á no depararme el cielo á mi señor don Quijote, allí me quedara hasta la fin del mundo. Así que, mis señores duque y duquesa, aquí está vuestro gobernador Sancho Panza, que ha granjeado en solos diez dias que ha tenido el gobierno, conocer que no se le ha de dar nada por ser gobernador, no que de una ínsula, sino de todo el mundo; y con este presupuesto, besando á vuestras mercedes los pies, imitando al juego de los muchachos, que dicen: salta tú, y dámela tú, doy un salto del gobierno, y me paso al servicio de mi señor don Quijote, que en fin en él, aunque como el pan con sobresalto, hártome á lo menos: y para mí, como yo esté harto, eso me hace que sea de zanahorias, que de perdices. Con esto dió fin á su larga plática Sancho, temiendo siempre don Quijote que habia de decir en ella millares de disparates; y cuando le vió acabar con tan pocos, dió en su corazon gracias al cielo, y el duque abrazó á Sancho, y le dijo que le pesaba en el alma de que hubiese dejado tan presto el gobierno; pero que él haria de suerte que se le diese en su estado otro oficio de menos carga y de mas provecho. Abrazóle la duquesa asimismo, y mandó que le regalasen, porque daba señales de venir mal molido y peor parado.

(1) Con la caída en la sima estaba algo trascordado Sancho, pues al fin del cap. 11 se dice que *ordenó cosas tan buenas, que todavía se guardaban en la ínsula, y se nombraban las Constituciones del gran gobernador Sancho Panza.* — P.



CAPÍTULO LVI.

De la descomunal y nunca vista batalla que pasó entre don Quijote de la Mancha y el lacayo Tosilos en la defensa de la hija de la dueña doña Rodríguez.



No quedaron arrepentidos los duques de la burla hecha á Sancho Panza del gobierno que le dieron; y mas, que aquel mismo dia vino su mayordomo y les contó punto por punto casi todas las palabras y acciones que Sancho habia dicho y hecho en aquellos dias; y finalmente

les encareció el asalto de la insula, y el miedo de Sancho y su salida; de que no pequeño gusto recibieron.

Despues desto cuenta la historia que se llegó el dia de la batalla aplazada; y habiendo el duque una y muy muchas veces advertido á su lacayo Tosilos como se habia de avenir con don Quijote para vencerle, sin matarle ni herirle, ordenó que se quitasen los hierros á las lanzas, diciendo á don Quijote que no permitia la cristianidad, de que él se preciaba, que aquella batalla fuese con tanto riesgo y peligro de las vidas, y que se contentase con que le daba campo franco en su tierra, puesto que iba contra el decreto del santo concilio que prohibe los tales desafios, y no quisiese llevar por todo rigor aquel trance tan fuerte. Don Quijote dijo que su excelencia dispusiese las cosas de aquel negocio como mas fuese servido, que él le obedeceria en todo. Llegado pues el temeroso dia, y habiendo mandado el duque que delante de la plaza del castillo se hiciese un espacioso cadalso, donde estuviesen los jueces de campo, y las dueñas, madre é hija demandantes, habia acudido de todos los lugares y aldeas circunvecinas infinita gente á ver la novedad de aquella batalla, que nunca otra tal no habian visto ni oido decir en aquella tierra los que vivian ni los que habian muerto.

El primero que entró en el campo y estacada fue el maestro de las ceremonias, que tanteó el campo y le paseó todo, porque en él no hubiese algun engaño, ni cosa encubierta donde se tropezase y cayese; luego entraron las dueñas, y se sentaron en sus asientos, cubiertas con los mantos hasta los ojos y aun hasta los pechos, con muestras de no pequeño sentimiento, presente don Quijote en la estacada.

De allí á poco, acompañado de muchas trompetas, asomó por una parte de la plaza sobre un poderoso caballo, hundiéndola toda, el grande lacayo Tosilos, calada la visera, y todo encambornado (1) con unas fuertes y lucientes armas. El caballo mostraba ser frison, ancho y de color tordillo: de cada mano y pie le pendía una arroba de lana. Venia el valeroso combatiente bien informado del duque su señor de como se había de portar con el valeroso don Quijote de la Mancha, advertido que en ninguna manera le matase, sino que procurase huir el primer encuentro, por excusar el peligro de su muerte, que estaba cierto si de lleno en lleno le encontrase. Paseó la plaza, y llegando donde las dueñas estaban se puso algun tanto á mirar á la que por esposo le pedía: llamó el maese de campo á don Quijote, que ya se había presentado en la plaza, y junto con Tosilos habló á las dueñas, preguntándoles si consentían que volviese por su derecho don Quijote de la Mancha. Ellas dijeron que sí, y que todo lo que en aquel caso hiciese lo daban por bien hecho, por firme y por valedero. Ya en este tiempo estaban el duque y la duquesa puestos en una galería que caía sobre la estacada, toda la cual estaba coronada de infinita gente que esperaba ver el riguroso trance nunca visto. Fue condicion de los combatientes que si don Quijote vencía, su contrario se había de casar con la hija de doña Rodriguez: y si él fuese vencido, quedaba libre su contendor de la palabra que se le pedía, sin dar otra satisfaccion alguna. Partiéron el maestro de las ceremonias el sol, y puso á los dos cada uno en el puesto donde habían de estar. Sonaron los atambores, llenó el aire el son de las trompetas, temblaba debajo de los pies la tierra: estaban suspensos los corazones de la mirante turba, temiendo unos y esperando otros el bueno ó el malo suceso de aquel caso. Finalmente don Quijote, encomendándose de todo su corazon á Dios nuestro señor, y á la señora Dulcinea del Toboso, estaba aguardando que se le diese señal precisa de la arremetida: empero nuestro lacayo tenia diferentes pensamientos; no pensaba él sino en lo que ahora diré.

Parece ser que cuando estuvo mirando á su enemiga, le pareció la mas hermosa mujer que había visto en toda su vida; y el niño ceguezuelo á quien suelen llamar de ordinario amor por esas calles, no quiso perder la ocasion que se le ofreció de triunfar de un alma lacayuna, y ponerla en la lista de sus trofeos; y así llegándose á él bonitamente sin que nadie le viese, le envasó al pobre lacayo una flecha de dos varas por el lado izquierdo, y le pasó el corazon de parte á parte: y púdolo hacer bien al seguro, porque el amor es invisible, y entra y sale por do quiere, sin que nadie le pida cuenta de sus hechos. Digo pues que cuando dieron la señal de la arremetida estaba nuestro lacayo transportado, pensando en la hermosura de la que ya había hecho señora de su libertad, y así no atendió al son de trompeta, como hizo don Quijote, que apenas la hubo oido, cuando arremetió, y á todo el correr que permitia Rocinante partió contra su enemigo; y viéndole partir su buen escudero Sancho, dijo á grandes voces: Dios te guie, nata y flor de los andantes caballeros: Dios te dé la victoria, pues llevas la razon de tu parte. Y aunque Tosilos vió venir contra sí á don Quijote, no se movió un paso de su puesto; antes con grandes voces llamó al maese de campo, el cual venido á ver lo que quería, le dijo: señor ¿esta batalla no se hace porque yo me case ó no me case con aquella señora? Así es le fue respondido. Pues yo, dijo el lacayo, soy temeroso de mi conciencia, y pondrjala en gran cargo si pasase adelante en esta batalla; y así digo que yo me doy por vencido, y que

(1) *Encambornado*, dice Covarrubias, es el que está muy tieso, que no tuerce la cabeza. — Arr.

quiero casarme luego con aquella señora. Quedó admirado el maese de campo de las razones de Tosilos, y como era uno de los sabidores de la máquina de aquel caso, no



le supo responder palabra. Detúvose don Quijote en la mitad de su carrera viendo que su enemigo no le acometía. El duque no sabía la ocasion porque no se pasaba adelante en la batalla; pero el maese de campo le fue á declarar lo que Tosilos decía, de lo que quedó suspenso y colérico en extremo. En tanto que esto pasaba, Tosilos se llegó adonde doña Rodriguez estaba, y dijo á grandes voces: yo, señora, quiero casarme con vuestra hija, y no quiero alcanzar por pleitos ni contiendas lo que puedo alcanzar por paz y sin peligro de la muerte. Oyó esto el valeroso don Quijote, y dijo: pues esto así es, yo quedo libre y suelto de mi promesa: cásense en hora buena, y pues Dios nuestro Señor se la dió, san Pedro se la bendiga. El duque había bajado á la plaza del castillo, y llegándose á Tosilos, le dijo: ¿es verdad, caballero, que os dáis por vencido, y que instigado de vuestra temerosa conciencia os quereis casar con esta doncella? Si señor, respondió Tosilos.

El hace muy bien, dijo á esta sazón Sancho Panza, porque lo que has de dar al

mur (1), dalo al gato, y sacarte ha de cuidado. Ibase Tosilos desenlazando la celada, y rogaba que apriesa le ayudasen, porque le iban faltandolos espíritus del aliento, y no podia verse encerrado tanto tiempo en la estrechez de aquel aposento. Quitáronse la apriesa, y quedó descubierto y patente su rostro de lacayo. Viendo lo cual doña Rodríguez y su hija dando grandes voces, dijeron: este es engaño, engaño es este; á Tosilos el lacayo del duque mi señor nos han puesto en lugar de mi verdadero esposo; justicia de Dios y del rey de tanta malicia, por no decir bellaqueria. No vos acuiteis, señoras, dijo don Quijote, que ni esta es malicia, ni es bellaqueria; y si la es, no ha sido la causa el duque, sino los malos encantadores que me persiguen, los cuales envidiosos de que yo alcanzase la gloria deste vencimiento, han convertido el rostro de vuestro esposo en el deste que decis que es lacayo del duque: tomad mi consejo, y á pesar de la malicia de mis enemigos casaos con él, que sin duda es el mismo que vos deseais alcanzar por esposo. El duque que esto oyó, estuvo por romper en risa toda su cólera, y dijo: son tan extraordinarias las cosas que suceden al señor don Quijote, que estoy por creer que este mi lacayo no lo es; pero usemos deste ardid y maña: dilatemos el casamiento quince dias si quieren; y tengamos encerrado á este personaje, que nos tiene dudosos, en los cuales podria ser que volviese á su pristina figura, que no ha de durar tanto el rancor que los encantadores tienen al señor don Quijote, y mas yéndoles tan poco en usar estos embelecios y transformaciones. ¡Oh señor! dijo Sancho, que ya tienen estos malandrines por uso y costumbre de mudar las cosas de unas en otras, que tocan á mi amo. Un caballero que venció los dias pasados, llamado el de los Espejos, le vieron en la figura del bachiller Sanson Carrasco, natural de nuestro pueblo y grande amigo nuestro, y á mi señora Dulcinea del Toboso la han vuelto en una rústica labradora, y así imagino que este lacayo ha de morir y vivir lacayo todos los dias de su vida. A lo que dijo la hija de la Rodríguez: séase quien fuere este que me pide por espósa, que yo se lo agradezco, que mas quiero ser mujer legitima de un lacayo, que no amiga y burlada de un caballero, puesto que el que á mí me burló no lo es.

En resolucion, todos estos cuentos y sucesos pararon en que Tosilos se recogiese hasta ver en que paraba su transformacion. Aclamaron todos la victoria por don Quijote, y los mas quedaron tristes y melancólicos de ver que no se habian hecho pedazos los tan esperados combatientes, bien así como los muchachos quedan tristes cuando no sale el ahorcado que esperan, porque le ha perdonado ó la parte ó la justicia.

Fuese la gente, volviéronse el duque y don Quijote al castillo, encerraron á Tosilos, quedaron doña Rodríguez y su hija contentísimas de ver que, por una via ó por otra, aquel caso habia de parar en casamiento, y Tosilos no esperaba menos.

(1) *Mur* anticuado: ahora se dice *raton*.





CAPITULO LVII.

Que trata de como don Quijote se despidió del duque , y de lo que sucedió con la discreta y desvuelta Altisidora , doncella de la duquesa.



Ya le pareció á don Quijote que era bien salir de tanta ociosidad como la que en aquel castillo tenia que se imaginaba ser grande la falta que su persona hacia en dejarse estar encerrado y perezoso entre los infinitos regalos y deleites, que como á caballero andante aquellos señores le hacian , y parecia que habia de dar cuenta estrecha al cielo de aquella ociosidad y encerramiento (1); y así pidió un dia jicencia á los duques para partirse. Diéronselas con muestras de que en gran manera les pesaba de que los dejase. Dió la duquesa las cartas de su mujer á Sancho Panza , el cual lloró con ellas, y dijo ¿quién pensara que esperanzas tan grandes como las que

en el pecho de mi mujer Teresa Panza engendraron las nuevas de mi gobierno, habian de parar en volverme yo agora á las arrastradas aventuras de mi amo don Quijote de la Mancha? Con todo esto me contento de ver que mi Teresa correspondió á ser quien es, enviando las bellotas á la duquesa, que á no habérselas enviado, quedando yo pesaroso, se mostrara ella desagradecida. Lo que me consuela es que á esta dádiva no se le puede dar nombre de cohecho porque ya tenia yo el gobierno cuando ella las envió, y está puesto en razon que los que reciben algun beneficio, aunque sea con niñerías se muestran agradecidos. En efecto yo entré desnudo en el gobierno, y salgo desnudo de él, y así podré decir con segura conciencia, que no es poco: desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano.

Esto pasaba entre sí Sancho el dia de la partida; y saliendo don Quijote, habiéndose despedido la noche antes de los duques, á la mañana se presentó armado en la plaza del castillo. Mirábanle de los corredores toda la gente del castillo, y asimismo los duques salieron á verle. Estaba Sancho sobre su rucio con sus alforjas, maleta y repuesto, contentísimo porque el mayordomó del duque, el que fue la Trifaldi, le habia dado un bolsico con doscientos escudos de oro, para suplir los menesteres del ca-

(1) Procedia don Quijote segun el instituto aventurero; porque los caballeros andantes sentian notablemente el tiempo que perdian ociosos sin buscar aventuras. — P.

mino, y esto aun no lo sabia don Quijote. Estando, como queda dicho, mirándole todos á deshora entre las otras dueñas y doncellas de la duquesa que le miraban, alzó la voz la desenvuelta y discreta Altisidora, y en son lastimero dijo:—

Escucha, mal caballero,
 Deten un poco las riendas,
 No fatigues las hijadas
 De tu mal regida bestia.
 Mira, falso, que no huyes
 De alguna serpiente fiera,
 Sino de una corderilla,
 Que está muy lejos de oveja.
 Tú has burlado monstruo horrendo,
 La mas hermosa doncella
 Que Diana vió en sus montes,
 Que Venus miró en sus selvas.
 Cruel Bireno (1), fugitivo Eneas,
 Barrabas te acompañe, allá te avengas

Tú llevas ¡llevar impio!
 En las garras de tus cerrras (2),
 Las entrañas de una humilde,
 Como enamorada tierna.
 Llévaste tres tocadores
 Y unas ligas de unas piérganas,
 Que al mármol puro se igualan
 En lisas, blancas y negras.
 Llévaste dos mil suspiros,
 Que á ser de fuego, pudieran
 Abrasar á dos mil Troyas,
 Si dos mil Troyas hubiera.
 Cruel Bireno, fugitivo Eneas,
 Barrabas te acompañe, allá te avengas.

De ese Sancho tu escudero
 Las entrañas sean tan tercas
 Y tan duras, que no salga
 De su encanto Dulcinea.
 De la culpa que tú tienes,
 Lleve la triste la pena:
 Que justos por pecadores
 Tal vez pagan en mi tierra.
 Tus mas finas aventuras
 En desventuras se vuelvan,
 En sueños tus pasatiempos,

(1) Bireno duque de Zelandia, abandonó en una isla desierta á Olimpia, hija del conde de Holanda.

*Ma i venti che portavano le vele
 Per l'alto mar di quel giovine infido,
 Portavano anco i priegehi le querele
 Dell' infelice Olimpia, e 'l pianto e 'l grido.*

(Ariost. cant. x). — MARTINEZ DEL ROMERO.

(2) Voz de la germania *manos*.

En olvidos tus firmezas.
Cruel Bireno, fugitivo Eneas,
Barrabas te acompañe, allá te avengas.

Seas tenido por falso
Desde Sevilla á Marchena,
Desde Granada hasta Loja,
De Lóndres á Ingalaterra.

Si jugares al Reinado,
Los Cientos, ó la Primera (1),
Los reyes huyan de tí,
Ases ni sietes no veas.

Si te cortares los callos,
Sangre las heridas viertan:
Y quédente los raigones,
Si te sacares las muelas,

Cruel Bireno, fugitivo Eneas,
Barrabas te acompañe, allá te avengas.



En tanto que de la suerte que se ha dicho se quejaba la lastimada Altisidora, la estuvo mirando don Quijote, y sin responderla palabra, volviendo el rostro á Sancho, le dijo: por el siglo de tus pasados, Sancho mio, te conjuro que me digas una verdad; dime ¿llevas por ventura los tres tocadores y las ligas que esta enamorada doncella dice? A lo que Sancho respondió: los tres tocadores sí llevo; pero las ligas,

(1) El Reinado, los Cientos y la Primera, son tres juegos de naipes que se usaban en tiempo de Cervantes. — Arr.



CAPITULO LVIII.

Que trata de como menoscaron sobre don Quijote aventuras tantas, que no se daban vogar unas á otras.



CUANDO don Quijote se vió en la campaña rasa, libre y desembarazado de los requiebros de Altisidora, le pareció que estaba en su centro, y que los espíritus se le renovaban para proseguir de nuevo el asunto de sus caballerías, y volviéndose á Sancho le dijo: la libertad, Sancho, es uno de los mas preciosos dones que á los hombres dieron los cielos: con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra, ni el mar encubre: por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la

vida; y por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir á los hombres. Digo esto, Sancho, porque bien has visto el regalo, la abundancia que en este castillo que dejamos hemos tenido: pues en mitad de aquellos banquetes sazonados y de aquellas bebidas de nieve me parecia á mí que estaba metido entre las estrechuras de la hambre, porque no lo gozaba con la libertad que lo gozara si fueran míos, que las obligaciones de las recompensas de los beneficios y mercedes recibidas son ataduras que no dejan campear el ánimo libre. Venturoso áquel á quien el cielo dió un pedazo de pan, sin que le quede obligación de agradecerlo á otro que al mismo cielo. Con todo eso, dijo Sancho, que vuesa merced me ha dicho, no es bien que se queden sin agradecimiento de nuestra parte docientos escudos de oro, que en una bolsilla me dió el mayordomo del duque, que como pitima (1) y confortativo la llevo puesta sobre el corazon para lo que se ofreciere; que no siempre hemos de ha-

(1) *Pitima* ó *pictima* es el emplastro corroborante que se ponía sobre el lado del corazon para fortalecerle, desahogarle y alegrarle. — Arr.

llar castillos donde nos regalen, que tal vez toparemos con algunas ventas donde nos apaleen.

En estos y otros razonamientos iban los andantes caballero y escudero cuando vieron, habiéndolo andado poco mas de un legua, que encima de la yerba de un pradillo verde, encima de sus capas estaban comiendo hasta una docena de hombres vestidos de labradores. Junto á sí tenían unas como sábanas blancas, con que cubrían alguna cosa que debajo estaba: estaban empinadas y tendidas y de trecho á trecho puestas. Llegó don Quijote á los que comían, y saludándolos primero cortesmente, les preguntó, que qué era lo que aquellos lienzos cubrían. Uno dellos le respondió: señor, debajo destes lienzos estan unas imágenes de relieve y entalladura, que han de servir en un retablo que hacemos en nuestra aldea: llevámoslas cubiertas porque no se desfloren, y en hombros porque no se quiebren. Si sois servidos, respondió don Quijote, holgaria de verlas, pues imágenes que con tanto recato se llevan, sin duda deben de ser buenas. Y como si lo son, dijo otro, si no dígalo lo que cuestan, que en verdad que no hay ninguna que no esté en mas de cincuenta ducados: y porque vea vuesa merced esta verdad, espere vuesa merced, y verla há por vista de ojos; y levantándose dejó de comer, y fué á quitar la cubierta de la primera imagen que mostró ser la de san Jorge puesto á caballo con una serpiente enroscada á los pies, y la lanza atravesada por la boca, con la fiereza que suele pintarse. Toda la imagen parecia una ascua de oro, como suele decirse. Viéndola don Quijote dijo: este caballero fue uno de los mejores andantes que tuvo la milicia divina: llamóse don san Jorge, y fue ademas defensor de doncellas. Veamos esta otra. Descubrióla el hombre, y pareció ser la de san Martin puesto á caballo, que partía la capa con el pobre; y apenas la hubo visto don Quijote, cuando dijo: este caballero tambien fue de los aventureros cristianos, y creo que fue mas liberal que valiente, como lo puedes echar de ver, Sancho, en que está partiendo la capa con el pobre, y le da la mitad; y sin duda debia de ser entonces invierno, que si no, él se la diera toda, segun era de caritativo. No debió de ser eso, dijo Sancho, sino que se debió de atener al refran que dicen, que para dar y tener, seso es menester. Rióse don Quijote, y pidió que quitasen otro lienzo, debajo del cual se descubrió la imagen del Patron de las Españas á caballo, la espada ensangrentada, atropellando moros y pisando cabezas, y en viéndola dijo don Quijote: este si que es caballero y de las escuadras de Cristo; este se llama don san Diego Matamoros, uno de los mas valientes santos y caballeros que tuvo el mundo, y tiene ahora el cielo. Luego descubrieron otro lienzo, y pareció que encubria la caída de san Pablo del caballo abajo, con todas las circunstancias que en el retablo de su conversion suelen pintarse. Cuando le vido tan al vivo, que dijieran que Cristo le hablaba, y Pablo respondia: este, dijo don Quijote, fue el mayor enemigo que tuvo la Iglesia de Dios nuestro señor en su tiempo, y el mayor defensor suyo que tendrá jamas: caballero andante por la vida, y santo á pie quedó por la muerte, trabajador incansable en la viña del Señor, doctor de las gentes, á quien sirvieron de escuelas los cielos, y de catedrático y maestro que le enseñase el mismo Jesucristo. No habia mas imágenes, y así mandó don Quijote que las volbiesen á cubrir, y dijo á los que las llevaban: por buen agüero he tenido, hermanos, haber visto lo que he visto, porque estos santos y caballeros profesaron lo que yo profeso, que es el ejercicio de las armas; sino que la diferencia que hay entre mí y ellos es, que ellos fueron santos, y pelearon á lo divino, y yo soy pecador, y peleo á lo humano. Ellos conquistaron el cielo á fuerza de brazos, porque el cielo padece fuerza (1), y yo hasta ahora no sé lo que conquistó á fuerza de mis trabajos; pero si mi Dulcinea del Toboso saliese de los que padece, mejorándose mi ventura, y adobándoseme el juicio, podria ser que encaminase mis pasos por mejor camino del que llevo. Dios

(1) Alusion al pasaje de San Mateo, XI, XII *Regnum celorum vim patitur.* — ARR.

lo oiga, y el pecado sea sordo, dijo Sancho á esta ocasion. Admirándose los hombres, así de la figura como de las razones de don Quijote, sin entender la mitad de lo que en ellas decir queria. Acabaron de comer, cargaron con sus imágenes, y despidiéndose de don Quijote, siguieron su viaje.

Quedó Sancho de nuevo como si jamas hubiera conocido á su señor, admirado de lo que sabia, pareciéndole que no debia de haber historia en el mundo, ni suceso que no lo tuviese cifrado en la uña y clavado en la memoria, y díjole: en verdad, señor nuestro amo, que si esto que nos ha sucedido hoy se puede llamar aventura, ella ha sido de las mas suaves y dulces que en todo el discurso de nuestra peregrinacion nos ha sucedido: della habemos salido sin palos y sobresalto alguno, ni hemos echado mano á las espadas, ni hemos batido la tierra con los cuerpos, ni quedamos hambrientos: bendito sea Dios que tal me ha dejado ver con mis propios ojos.

Tú dices bien, Sancho, dijo don Quijote; pero has de advertir que no todos los tiempos son unos, ni corren de una misma suerte: y esto que el vulgo suele llamar comunmente agüeros, que no se fundan sobre natural razon alguna, del que es discreto han de ser tenidos y juzgados por buenos acontecimientos. Levántase uno de estos agoreros por la mañana, sale de su casa, encuéntrase con un fraile de la orden del bienaventurado san Francisco, y como si hubiera encontrado con un grifo, vuelve las espaldas, y vuélvese á su casa. Derrámasele al otro Mendoza la sal encima de la mesa, y derrámasele á él la melancolia por el corazon, como si estuviese obligada la naturaleza á dar señales de las venideras desgracias con cosas tan de poco momento como las referidas (1). El discreto y cristiano no ha de andar en puntillos con lo que quiere hacer el cielo. Llega Cipion á Africa, tropieza en saltando en tierra, tiénelo por mal agüero sus soldados; pero él abrazándose con el suelo, dijo: no te me podrás huir, Africa, porque te tengo asida y entre mis brazos. Así que, Sancho, el haber encontrado con estas imágenes ha sido para mí felicísimo acontecimiento.

Yo así lo creo, respondió Sancho, y querria que vuesa merced me dijese ¿qué es la causa por qué dicen los españoles cuando quieren dar alguna batalla, invocando aquel san Diego Matamoros, Santiago y Cierra España? ¿Está por ventura España abierta y de modo que es menester cerrarla? ¿ó qué ceremonia es esta? Simplísimamente eres, Sancho, respondió don Quijote, y mira que este gran caballero de la cruz hermeja háselo dado Dios á España por patron y amparo suyo, especialmente en los rigurosos trances que con los moros los españoles han tenido, y así le invocan y llaman como á defensor suyo en todas las batallas que acometen, y muchas veces le han visto visiblemente en ellas derribando, atropellando, destruyendo y matando á los agarenos (2) escuadrones: y desta verdad te pudiera traer muchos ejemplos, que en las verdaderas historias españolas se cuentan.

Mudó Sancho la plática, y dijo á su amo: maravillado estoy, señor, de la desenvoltura de Altisidora la doncella de la duquesa: bravamente la debe de tener herida y traspasada aquel que llaman amor, que dicen que es un rapaz ceguezuelo, que con estar lagañoso, ó por mejor decir sin vista, si toma por blanco un corazon, por pequeño que sea, le acierta y traspasa de parte á parte con sus flechas. He oido decir tambien que en la vergüenza y recato de las doncellas se despuntan y embotan las amorosas saetas; pero en esta Altisidora mas parece que se aguzan, que despuntan.

(1) Los agüeros y supersticiones eran muy comunes en tiempo de Cervantes en toda clase de personas; y si la vista de un fraile por la mañana se tenia por un mal presagio, esto ha estado durando hasta la desaparicion de aquellos. Estamos en 1851 y aun hay quien no quiere casarse en martes ó viernes, ni emprender viaje en esos dias: hay quien crea en la magia; en eso que llaman *hacer mal de ojo á un niño*; hay quien crea en la existencia de las brujas, y sobre todo, existen los conjuros escritos para lanzar los diablos de una persona que tenga una legion de ellos en el cuerpo. — MARTINEZ DEL ROMERO.

(2) Llámase *agarenos* porque, segun cuenta la historia, los moros ó los moriscos vienen del linaje de Agar. — Arr.

Advierte, Sancho, dijo don Quijote, que el amor ni mira respetos, ni guarda términos de razon en sus discursos, y tiene la misma condicion que la muerte, que así acomete los altos alcázares de los reyes, como las humildes chozas de los pastores, y cuando toma entera posesion de una alma, lo primero que hace es quitarle el temor y la vergüenza, y así sin ella declaró Altisidora sus deseos, que engendraron en mi pecho antes confusion que lástima. ¡Crueldad notoria! dijo Sancho, ¡desagradecimiento inaudito! Yo de mí sé decir que me rindiera y avasallara la mas minima razon amorosa suya. Hideputa, ¡y qué corazon de mármol, qué entrañas de bronce, y qué alma de argamasa! Pero no puedo pensar qué es lo que vió esta doncella en vuesa merced que así la rindiese y avasallase. ¿Qué gala, qué brio, qué donaire, qué rostro, que cada cosa por sí destas ó todas juntas le enamoraron? Que en verdad, en verdad que muchas veces me paro á mirar á vuesa merced desde la punta del pie hasta el último cabello de la cabeza, y que veo mas cosas para espantar que para enamorar; y habiendo yo tambien oido decir que la hermosura es la primera y principal parte que enamora, no teniendo vuesa merced ninguna, no sé yo de qué se enamoró la pobre.

Advierte, Sancho, respondió don Quijote, que hay dos maneras de hermosura, una del alma y otra del cuerpo: la del alma campea y se muestra en el entendimiento, en la honestidad, en el buen proceder, en la liberalidad y en la buena crianza; y todas estas partes caben y pueden estar en un hombre feo; y cuando se pone la mira en esta hermosura, y no en la del cuerpo, suelen hacer el amor con ímpetu y con ventajas. Yo, Sancho, bien veo que no soy hermoso, pero tambien conozco que no soy disforme: y bástale á un hombre de bien no ser mónstruo para ser bien querido, como tenga los dotes del alma que te he dicho.

En estas razones y pláticas se iban entrando por una selva que fuera del camino estaba, y á deshora, sin pensar en ello, se halló don Quijote enredado entre unas redes de hilo verde, que desde unos árboles á otros estaban tendidas, y sin poder imaginar que pudiese ser aquello, dijo á Sancho: paréceme, Sancho, que esto destas redes debe de ser una de las mas nuevas aventuras que pueda imaginar. Que me maten si los encantadores que me persiguen no quieren enredarme en ellas, y detener mi camino como en venganza de la riguridad que con Altisidora he tenido: pues mándoles yo que aunque estas redes, si como son hechas de hilo verde, fueran de durísimos diamantes, ó mas fuerte que aquella con que el celoso dios de los herreros enredó á Venus y á Marte, así las rompiera como si fueran de juncos marinos ó de hilachas de algodón: y queriendo pasar adelante y romperlo todo, al improviso se le ofrecieron delante, saliendo de entre unos árboles, dos hermosísimas pastoras, á lo menos vestidas como pastoras, sino que los pellicos y sayas eran de fino brocado: digo que las sayas eran riquísimos faldellines de tabí de oro: traian los cabellos sueltos por las espaldas, que en rubios podian competir con los rayos del mismo sol, los cuales se coronaban con dos guirnaldas de verde laurel y de rojo amaranto tegidas: la edad, al parecer ni bajaba de los quince, ni pasaba de los diez y ocho. Vista fue esta que admiró á Sancho, suspendió á don Quijote; hizo parar el sol en su carrera para verlas, y tuvo en maravilloso silencio á todos cuatro. En fin quien primero habló fue una de las zagalas, que dijo á don Quijote: detened, señor caballero, el paso, y no rompais las redes, que no para daño vuestro, sino para nuestro pasatiempo ahí estan tendidas: y porque sé que nos habeis de preguntar para qué se han puesto, y quién somos, os lo quiero decir en breves palabras. En una aldea que está hasta dos leguas de aquí, donde hay mucha gente principal, y muchos hidalgos y ricos, entre muchos amigos y parientes se concertó que con sus hijos, mujeres é hijas, vecinos, amigos y parientes nos viniésemos á holgar á este sitio que es uno de los mas agradables de todos estos contornos, formando entre todos una nueva y pastoril Arcadia, vistiéndonos las doncellas de zagalas, y los mancebos de pastores: traemos

estudiadas dos églogas, una del famoso poeta Garcilaso, y otra del excelentísimo Camoes en su misma lengua portuguesa, las cuales hasta ahora no hemos representado: ayer fue el primero dia que aquí llegamos: tenemos entre estos ramos plantadas algunas tiendas, que dicen se llaman de campaña, en el márgen de un abundoso arroyo que todos estos prados fertiliza: tendimos la noche pasada estas redes de estos árboles, para engañar los simples pajarillos, que ojeados con nuestro ruido vinieren á dar en ellas. Si gustais, señor, de ser nuestro huésped, sereis agasajado liberal y cortesmente, porque por ahora en este sitio no ha de entrar la pesadumbre ni la melancolía.

Calló, y no dijo mas: á lo que respondió don Quijote: por cierto, hermosísima señora, que no debió de quedar mas suspenso ni admirado Anteon, cuando vió al improviso bañarse en las aguas á Diana, como yo he quedado atónito en ver vuestra belleza. Alabó el asunto de vuestros entretenimientos, y el de vuestros ofrecimientos agradezco; y si os puedo servir, con seguridad de ser obedecidas me lo podeis mandar, porque no es otra la profesion mia sino de mostrarme agradecido y bienhechor con todo género de gente, en especial con la principal que vuestras personas representa: y si como estas redes, que deben de ocupar algun pequeño espacio, ocuparan toda la redondez de la tierra, buscara yo nuevos mundos por do pasar sin romperlas: y porque deis algun crédito á esta mi exajeracion, ved que os lo promete por lo menos don Quijote de la Mancha, si es que ha llegado á vuestros oidos este nombre.

¡Ay, amiga de mi alma, dijo entonces la otra zagala, y qué ventura tan grande nos ha sucedido! ¿Ves este señor que tenemos delante? pues hágote saber que es el mas valiente y el mas enamorado y el mas comedido que tiene el mundo, si no es que nos mienta y nos engañe una historia que de sus hazañas anda impresa, y yo he leído. Yo apostaré que este buen hombre que viene consigo es un tal Sancho Panza su escudero, á cuyas gracias no hay ningunas que se le iguallen.

Así es la verdad, dijo Sancho, que yo soy ese gracioso y ese escudero que vuesa merced dice, y este señor es mi amo el mismo don Quijote de la Mancha, historiado (1) y referido. ¡Ay! dijo la otra, supliquémosle, amiga, que se quede, que nuestros padres y nuestros hermanos gustarán infinito dello, que tambien he oido yo decir de su valor y de sus gracias lo mismo que tu me has dicho, y sobre todo dicen dél que es el mas firme y mas leal enamorado que se sabe, y que su dama es una tal Dulcinea del Toboso, á quien en toda España la dan la palma de la hermosura. Con razon se la dan, dijo don Quijote, si ya no lo pone en duda vuestra sin igual belleza: no os canseis, señoras en detenerme, porque las precisas obligaciones de mi profesion no me dejan reposar en ningun cabo.

Llegó en esto adonde los cuatro estaban un hermano de una de las dos pastoras, vestido asimismo de pastor, con la riqueza y galas que á las de las zagalas correspondia: contáronle ellas que el que con ellas estaba era el valeroso don Quijote de la Mancha, y el otro su escudero Sancho, de quien tenia él ya noticia por haber leído su historia. Ofreciósele el gallardo pastor, pidióle que se viniese con él á sus tiendas, húbolo de conceder don Quijote, y así lo hizo. Llegó en esto el ojeo, llenáronse las redes de pajarillos diferentes, que engañados de la color de las redes caian en el peligro de que iban huyendo. Juntáronse en aquel sitio mas de treinta personas, todas bizarramente de pastores y pastoras vestidas, y en un instante quedaron enteradas de quienes eran don Quijote y su escudero, de que no poco contento recibieron, porque ya tenian dél noticia por su historia. Acudieron á las tiendas, hallaron las mesas puestas, ricas, abundantes y limpias: honraron á don Quijote, dándole el pri-

(1) Puesto en historia. La palabra *historiado*, dice Covarrubias, significa además el libro que tiene estampas ó figuras que representan pasajes de historia, y á las estampas las llaman *historias*. — Arr.

mer lugar en ellas: mirábanle todos, y admirábanse de verle. Finalmente, alzados los manteles, con gran reposo alzó don Quijote la voz y dijo:

Entre los pecados mayores que los hombres cometen, aunque algunos dicen que es la soberbia, yo digo que es el desagradecimiento, ateniéndome á lo que suele decirse que de los desagradecidos está lleno el infierno. Este pecado, en cuanto me ha sido posible, he procurado yo huir desde el instante que tuve uso de razon, y si no puedo pagar las buenas obras que me hacen con otras obras, pongo en su lugar los deseos de hacerlas, y cuando estos no bastan, las publico, porque quien dice y publica las buenas obras que recibe, tambien las recompensara con otras si pudiera; porque por la mayor parte los que reciben son inferiores á los que dan, y así es Dios sobre todos, porque es dador sobre todos, y no pueden corresponder las dádivas del hombre á las de Dios con igualdad, por infinita distancia, y esta estrechez y cortedad en cierto modo la suple el agradecimiento. Yo pues, agradecido á la merced que aquí se me ha hecho, no pudiendo corresponder á la misma medida, conteniéndome en los estrechos límites de mi poderío, ofrezco lo que puedo y lo que tengo de mi cosecha; y así digo que sustentaré dos dias naturales en mitad de ese camino real que va á Zaragoza, que estas señoras zagalas contrahechas que aquí estan, son las mas hermosas doncellas y mas corteses que hay en el mundo, excetando solo á la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis pensamientos: con paz sea dicho de cuantos y cuantas me escuchan.

Oyendo lo cual Sancho, que con grande atencion le habia estado escuchando, dando una gran voz, dijo: ¿es posible que haya en el mundo personas que se atrevan á decir y á jurar que este mi señor es loco? Digan vuestras mercedes, señores pastores, ¿hay cura de aldea, por discreto y por estudiante que sea, que pueda decir lo que mi amo ha dicho? ¿ni hay caballero andante, por mas fama que tenga de valiente, que pueda ofrecer lo que mi amo aquí ha ofrecido? Volvióse don Quijote á Sancho, y encendido el rostro y colérico le dijo: ¿es posible, oh Sancho, que haya en todo el orbe alguna persona que diga que no eres tonto aforrado de lo mismo, con no sé qué ribetes de malicioso y de bellaco? ¿Quién te mete á ti en mis cosas, y en averiguar si soy discreto ó majadero? Calla y no me repliques, sino ensilla, si está desensillado Rocinante: vamos á poner en efecto mi ofrecimiento, que con la razon que va de mi parte puedes dar por vencidos á todos cuantos quisieren contradecirla: y con gran furia y muestras de enojo se levantó de la silla, dejando admirados á los circunstantes, haciéndoles dudar si le podian tener por loco ó por cuerdo. Finalmente habiéndole persuadido que no se pudiese en tal demanda, que ellos daban por bien conocida su agradecida voluntad, y que no eran menester nuevas demostraciones para conocer su ánimo valeroso, pues bastaban las que en la historia de sus hechos se referian: con todo esto don Quijote con su intencion, y puesto sobre Rocinante, embrazando su escudo y tomando su lanza, se puso en la mitad de un real camino, que no lejos del verde prado estaba. Siguióle Sancho sobre su rucio, con toda la gente del pastoral rebaño, deseosos de ver en qué paraba su arrogante y nunca visto ofrecimiento.

Puesto pues don Quijote en mitad del camino, como se ha dicho, hirió el aire con semejantes palabras: oh vosotros, pasajeros y viandantes, caballeros, escuderos, gente de á pie y de á caballo, que por este camino pasais, ó habeis de pasar en estos dos dias siguientes, sabed que don Quijote de la Mancha, caballero andante, está aquí puesto para defender, que á todas las hermosuras y cortesias del mundo exceden las que se encierran en las ninfas habitadoras destes prados y bosques, dejando á un lado á la señora de mi alma, Dulcinea del Toboso: por eso el que fuere de parecer contrario, acuda, que aquí le espero.

Dos veces repitió estas mismas razones, y dos veces no fueron oidas de ningun aventurero; pero la suerte que sus cosas iba encaminando de mejor en mejor, ordenó

que de allí á poco se descubriese por el camino muchedumbre de hombres de á caballo, y muchos dellos con lanzas en las manos caminando todos apiñados de tropel y á gran priesa. No los hubieron bien visto los que con don Quijote estaban, cuando volviendo las espaldas se apartaron bien lejos del camino, porque conocieron que si esperaban les podia suceder algun peligro: solo don Quijote con intrépido corazon se estuvo quedo, y Sancho Panza se escudó con las ancas de Rocinante. Llegó el tropel de los lanceros, y uno dellos que venia mas delante, á grandes voces comenzó á decir á don Quijote: apartate, hombre del diablo, del camino, que te harán pedazos estos toros. Ea, canalla, respondió don Quijote, para mí no hay toros que valgan, aunque sean de los mas bravos que cria Jarama en sus riberas. Confesad, malandrines, así á carga cerrada, que es verdad lo que yo aqui he publicado, si no, conmigo sois en batalla. No tuvo lugar de responder el vaquero, ni don Quijote le tuvo de desviarse aunque quisiera, y así el tropel de los toros bravos y el de los mansos ca-



bestros, con la multitud de los vaqueros y otras gentes que á encerrar los llevaban á un lugar donde otro dia habian de correrse, pasaron sobre don Quijote y sobre Sancho, Rocinante y el rucio, dando con todos ellos en tierra, echándolos á rodar por el suelo.

Quedó molido Sancho, espantado don Quijote, aporreado el rucio, y no muy católico Rocinante, pero en fin se levantaron todos, y don Quijote á gran priesa, tropezando aquí y cayendo allí, comenzó á correr tras la vacada diciendo á voces: deteneos y esperad, canalla malandrina, que un solo caballero os espera, el cual no tiene condicion, ni es de parecer de los que dicen que al enemigo que huye, hacerle la puente de plata. Pero no por eso se detuvieron los apresurados corredores, ni hicieron mas caso de sus amenazas que de las nubes de antaño. Detúvole el cansancio á don Quijote, y mas enojado que vengado, se sentó en el camino, esperando á que Sancho, Rocinante y el rucio llegasen. Llegaron, volvieron á subir amo y mozo, y sin volver á despedirse de la Arcadia fingida ó contrahecha, y con mas vergüenza que gusto siguieron su camino.



CAPITULO LIX.

Donde se cuenta el extraordinario suceso, que se puede tener por aventura, que le sucedió á don Quijote.



AL polvo y al cansancio, que don Quijote y Sancho sacaron del descomedimiento de los toros, socorrió una fuente clara y limpia, que entre una fresca arboleda hallaron, en el márgen de la cual, dejando libres, sin jáquima y freno al rucio y á Rocinante, los dos asendreados amo y mozo se sentaron. Acudió Sancho á la repostería de sus alforjas y dellas sacó de lo que él solia llamar condumio (1): enjuagóse la boca, lavóse don Quijote el rostro con cuyo refrigerio cobraron aliento los espíritus desalentados: no comia don Quijote de puro pesaroso, ni Sancho no osaba

tocar á los manjares que delante tenia de puro comedido y esperaba á que su señor hiciese la salva (2); pero viendo que llevado de sus imaginaciones no se acordaba de llevar el pan á la boca, no abrió la suya (3), y atropellando por todo género de crianza, comenzó á embaular en el estómago el pan y queso que se le ofrecia.

Come, Sancho amigo, dijo don Quijote, sustenta la vida, que mas que á mí te importa, y déjame morir á mí á manos de mis pensamientos y á fuerza de mis desgracias. Yo, Sancho, nací para vivir muriendo, y tú para morir comiendo: y porque veas que te digo verdad en esto, considérame impreso en historias, famoso en las armas, comedido en mis acciones, respetado de príncipes, solicitado de doncellas, al cabo, al cabo, cuando esperaba palmas, triunfos y coronas grangeadas y merecidas por mis valerosas hazañas, me he visto esta mañana pisado y aceceado y molido de los pies de animales inmundos y soeces. Esta consideracion me embota los dientes, entorpece las muelas, y entomece las manos, y quita de todo en todo la gana del co-

(1) El manjar que se come con el pan, como es cualquier cosa guisada, ó fiambre.

(2) Empezase á comer el primero. *Salva* se llamaba hacer la prueba de la comida ó bebida, para asegurar que no habia peligro ó cosa dañosa en ellas. — Arr.

(3) En alguna edicion se ha quitado la particula negativa, creyendo ser yerro de imprenta: pero *no abrir la boca* no está en sentido recto en este pasaje, sino en el metafórico, siendo la significacion de esta frase *no habló*. — A.

mer : de manera que pienso dejarme morir de hambre , muerte la mas cruel de las muertes.

Desa manera , dijo Sancho , sin dejar de mascar apriesa , no aprobará vuesa merced aquel refran que dicen : muera Marta y muera harta : yo á lo menos no pienso matarme á mí mismo ; antes pienso hacer como el zapatero , que tira el cuero con los dientes hasta que le hace llegar donde él quiere : yo tiraré mi vida comiendo hasta que llegue al fin que le tiene determinado el cielo : y sepa , señor , que no hay mayor locura que la que toca en querer desesperarse como vuesa merced : y créame , y despues de comido échese á dormir un poco sobre los colchones verdes destas yerbas , y verá como cuando despierte se halla algo mas aliviado.

Hízolo así don Quijote , pareciéndole que las razones de Sancho mas eran de filósofo que de mentecato , y díjole : si tú , oh Sancho , quisieses hacer por mí lo que yo ahora te diré , serian mis alivios mas ciertos , y mis pesadumbres no tan grandes , y es que mientras yo duermo , obedeciendo tus consejos , tú te desviases un poco lejos de aquí , y con las riendas de Rocinante , echando al aire tus carnes , te diesen trescientos ó cuatrocientos azotes , á buena cuenta de los tres mil y tantos que te has de dar por el desencanto de Dulcinea , que es lástima no pequeña que aquella pobre señora esté encantada por tu descuido y negligencia.

Hay mucho que decir en eso , dijo Sancho : durmamos por ahora entrambos , y despues Dios dijo lo que será . Sepa vuesa merced que esto de azotarse un hombre á sangre fria es cosa recia , y mas si caen los azotes sobre un cuerpo mal sustentado y peor comido : tenga paciencia mi señora Dulcinea , que cuando menos se cate me verá hecho una criba de azotes , y hasta la muerte todo es vida : quiero decir que aun yo la tengo , junto con el deseo de cumplir con lo que he prometido . Agradeciéndoselo don Quijote comió algo , y Sancho mucho , y echáronse á dormir entrambos , dejando á su albedrio y sin orden alguna paecer de la abundosa yerba , de que aquel prado estaba lleno , á los dos continuos compañeros y amigos , Rocinante y el rucio .

Despertaron algo tarde , volvieron á subir y á seguir su camino , dándose prisa para llegar á una venta que al parecer , una legua de allí se descubria . digo que era venta , porque don Quijote la llamó así , fuera del uso que tenia de llamar á todas las ventas castillos . Llegaron pues á ella : preguntaron al huésped si habia posada . Fuéles respondido que si , con toda la comodidad y regalo que pudieran hallar en Zaragoza . Apeáronse , y recogió Sancho su reposteria en un aposento de quien el huésped le dió la llave . Llevó las bestias á la caballeriza , echóles sus piensos , salió á ver lo que don Quijote , que estaba sentado sobre un poyo , le mandaba , dando particulares gracias al cielo de que á su amo no le hubiese parecido castillo aquella venta . Llegóse la hora del cenar , recogieronse á su estancia , preguntó Sancho al huésped que qué tenia para darles de cenar . A lo que el huésped respondió que su boca seria medida , y así que pidiese lo que quisiese , que de las pajaricas del aire , de las aves de la tierra y de los pescados del mar estaba proveida aquella venta .

No es menester tanto , respondió Sancho , que con un par de pollos que nos asen tendremos lo suficiente , porque mi señor es delicado y come poco , y yo no soy traganton en demasia . Respondióle el huésped que no tenia pollos , porque los milanos los tenían asolados . Pues mande el señor huésped , dijo Sancho , asar una polla que sea tierna . ¡ Polla , mi madre ! respondió el huésped , en verdad en verdad que envié ayer á la ciudad á vender mas de cincuenta ; pero fuera de pollas ; pida vuesa merced lo que quisiere . Desa manera , dijo Sancho , no faltará ternera ó cabrito . En casa por ahora , respondió el huésped , no lo hay , porque se ha acabado ; pero la semana que viene lo habrá de sobra . Medrados estamos con eso , respondió Sancho : yo pondré que se vienen á resumir todas estas faltas en las sobras que debe de haber de tocino y huevos . Por Dios , respondió el huésped , que es gentil relente el que mi huésped tiene : pues hele dicho que ni tengo pollas ni gallinas , ¿ y quiere que tenga huevos ?

discurra, si quisiere, por otras delicadezas, y déjese de pedir gallinas. Resolvámonos, cuerpo de mí, dijo Sancho, y dígame finalmente lo que tiene, y déjese de discurrecimientos.

Señor huésped, dijo el ventero, lo que real y verdaderamente tengo, son dos uñas (1) de vaca que parecen manos de ternera, ó dos manos de ternera que parecen uñas de vaca; estan cocidas con sus garbanzos, cebollas y tocino, y la hora de ahora estan diciendo cómeme, cómeme. Por mias las marco desde aquí, dijo Sancho, y nadie las toque, que yo las pagaré mejor que otro, porque para mí ninguna otra cosa pudiera esperar de mas gusto, y no se me daría nada que fuesen manos, como fuesen uñas. Nadie las tocará, dijo el ventero, porque otros huéspedes que tengo, de puro principales traen consigo cocinero, despensero y reposteria. Si por principales va, dijo Sancho, ninguno mas que mi amo; pero el oficio que él trae no permite despensas ni botillerias: ahí nos tendemos en mitad de un prado, y nos hartamos de bellotas ó de nisperos. Esta fue la plática que Sancho tuvo con el ventero, sin querer Sancho pasar adelante en responderle, que ya le habia preguntado que oficio ó que ejercicio era el de su amo.

Llegóse pues la hora del cenar, recogióse á su estancia don Quijote, trujo el huésped la olla así como estaba, y sentóse á cenar muy de propósito. Parece ser que en otro aposento, que junto al de don Quijote estaba, que no le dividia mas que un sutil tabique, oyó decir don Quijote: por vida de vuesa merced, señor don Gerónimo, que en tanto que traen la cena leamos otro capitulo de la segunda parte de don Quijote de la Mancha. Apenas oyó su nombre don Quijote, cuando se puso en pie, y con oido alerta (2) escuchó lo que dél trataban, y oyó que el tal don Gerónimo referido respondió: ¿para qué quiere vuesa merced, señor don Juan, que leamos estos disparates, si el que hubiere leído la primera parte de la historia de don Quijote de la Mancha no es posible que pueda tener gusto en leer esta segunda? Con todo eso, dijo el don Juan, será bien leerla, pues no hay libro tan malo que no tenga alguna cosa buena. Lo que á mi en éste mas me desplace es que pinta á don Quijote ya desenamorado de Dulcinea del Toboso (3).

Oyendo lo cual don Quijote lleno de ira y de despecho, alzó la voz y dijo: quien quiera que dijere que don Quijote de la Mancha ha olvidado ni puede olvidar á Dulcinea del Toboso yo le haré entender con armas iguales que va muy lejos de la verdad, porque la sin par Dulcinea del Toboso ni puede ser olvidada, ni en don Quijote puede haber olvido: su blason es la firmeza, y su profesion el guardarla con suavidad y sin hacerse fuerza alguna.

¿Quién es el que nos responde? respondieron del otro aposento. ¿Quién ha de ser, respondió Sancho, sino el mismo don Quijote de la Mancha, que hará bueno cuanto ha dicho, y aun cuanto dijere, que al buen pagador no le duelen prendas (4)? Apenas hubo dicho esto Sancho, cuando entraron por la puerta de su aposento dos caballeros, que tales lo parecian, y uno dellos echando los brazos al cuello de don Quijote, le dijo: ni vuestra presencia puede desmentir vuestro nombre, ni vuestro nombre puede no acreditar vuestra presencia. Sin duda vos, señor, sois el verdadero don Quijote de la Mancha, norte y lucero de la andante caballeria, á despecho y pesar del que ha

(1) Es el pié ó mano de vaca ó buey; si es de ternera se la llama *mano*. El uso es quien ha establecido estas ano malias. — Arr.

(2) *Alerto*, hoy se dice *alerta*. *Alerto* es palabra compuesta de dos voces italianas *al erto*. Las voces *erto* *erta* son el participio pasado del verbo *erigere* sinecopado de *erigere*. La terminacion *erta* tomada como *s. f.*, significa subida, eminencia ó parte alta de algun sitio, y se emplea en la frase italiana *Stare alti erta* que tiene las mismas significaciones que la española *Estar alerta*, habiendo salido de aquella. — MARTÍNEZ DEL ROMERO.

(3) Pista en efecto Avellaneda, de quien habla aquí Cervantes, á don Quijote desenamorado de Dulcinea en los cap. IV, VI, VIII, XII y XIII. — P.

(4) *Desfran*, que da á entender que el que quiere cumplir con lo que debe, no le cuesta dificultad dar cualquiera seguridad que pidan.

querido usurpar vuestro nombre y aniquilar vuestras hazañas, como lo ha hecho el autor deste libro que aquí os entrego: y poniéndole un libro en las manos, que traia su compañero, le tomó don Quijote, y sin responder palabra comenzó á hojearle, y de allí á un poco se le volvió diciendo: en esto poco que he visto he hallado tres cosas en este autor dignas de reprension. La primera es, algunas palabras que he leído en el prólogo (1): la otra, que el lenguaje es aragones, porque tal vez escribe sin artículos; y la tercera, que mas le confirma por ignorante, es que yerra y se desvia de la verdad en lo mas principal de la historia, porque aquí dice que la mujer de Sancho Panza, mi escudero, se llama Mari Gutierrez (2), y no se llama tal, sino Teresa Panza; y quien en esta parte tan principal yerra, bien se podrá temer que yerra en todas las demas de la historia (3).

A esto dijo Sancho: donosa cosa de historiador por cierto; bien debe de estar en el cuento de nuestros sucesos, pues llama á Teresa Panza mi mujer Mari Gutierrez: torne á tomar el libro, señor, y mire si ando yo por ahí, y si me ha mudado el nombre. Por lo que os he oído hablar, amigo, dijo don Gerónimo, sin duda debeis de ser Sancho Panza el escudero del señor don Quijote. Si soy, respondió Sancho, y me precio dello. Pues á fe, dijo el caballero, que no os trata este autor moderno con la limpieza que en vuestra persona se muestra: pintaos comedor y simple, y no nada gracioso, y muy otro del Sancho que en la primera parte de la historia de vuestro amo se describe.

Dios se lo perdone, dijo Sancho: dejárame en mi rincon sin acordarse de mí, porque quien las sabe las tañe, y bien se está san Pedro en Roma. Los dos caballeros pidieron á don Quijote se pasase á su estancia á cenar con ellos, que bien sabian que en aquella venta no habia cosas pertenecientes para su persona. Don Quijote, que siempre fue comedido, condescendió con su demanda, y cenó con ellos: quedóse Sancho con la olla, con mero misto imperio (4), sentóse en cabecera de mesa, y con él el ventero, que no menos que Sancho estaba de sus manos y de sus uñas aficionado.

En el discurso de la cena preguntó don Juan á don Quijote, qué nuevas tenia de la señora Dulcinea del Toboso, si se habia casado, si estaba parida ó preñada, ó si estando en su entereza (5) se acordaba, guardando su honestidad y buen decoro, de los amorosos pensamientos del señor don Quijote. A lo que él respondió: Dulcinea se está entera, y mis pensamientos mas firmes que nunca: las correspondencias en su sequedad antigua, su hermosura en la de una soez labradora trasformada; y luego les fue contando punto por punto el encanto de la señora Dulcinea, y lo que le habia sucedido en la cueva de Montesinos, con la órden que el sabio Merlin le habia dado para desencantarla, que fue la de los azotes de Sancho. Sumo fue el contento que los dos caballeros recibieron de oír contar á don Quijote los extraños sucesos de su historia, y así quedaron admirados de sus disparates, como del elegante modo con que los contaba. Aquí le tenian por discreto, y allí se les deslizaba por mentecato, sin saber determinarse qué grado le darian entre la discrecion y la locura.

(1) Son injurias groseras dirigidas directamente á Cervantes por el despreciable Avellaneda.

(2) En esta parte no es á la verdad tan feliz Cervantes como en lo demas de la critica que hace de Avellaneda, puesto que él tambien suele llamar á la mujer de Sancho *Mari Gutierrez*, y aun *Juana Gutierrez* como se ve al fin del cap. VII de la segunda parte. En lugar de esto pudiera haberle reprendido justamente de que llame á D. Quijote, Martin Quijada, llamándose Alonso. — Arr.

(3) Censura Cervantes en este capitulo la segunda parte del licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda, vecino de Tordesillas, fingiendo el nombre y la patria, y así en el cap. LXI llama á esta historia *recien impresa* y en el LXX, *libro nuevo, flamante*. — P.

(4) *Refran*, con que se advierte al que quiere obrar ó decir en lo que no sabe ó no es de su profesion, pues el acierto en cualquiera cosa es propio del que es en ella práctico y sabio. — D. A.

(5) Esto es, dueño absoluto de ella: metáfora tomada del estilo jurídico. — Arr.

(6) En su estado de doncellez, ó virginidad. — Arr.

Acabó de cenar Sancho, y dejando hecho équis (1) al ventero, se pasó á la estan-



cia de su amo, y en entrando dijo: que me maten, señores, si el autor deste libro que vuestas mercedes tienen, quiere que no comamos buenas migas juntos: yo querría que ya que me llama comilon, como vuestas mercedes dicen, no me llamase también borracho. Si llama, dijo don Gerónimo; pero no me acuerdo en qué manera, aunque sé que son malsonantes las razones, y ademas mentirosas, según yo echo de ver en la fisonomía del buen Sancho que está presente. Créanme vuestas mercedes, dijo Sancho, que el Sancho y el don Quijote desta historia deben de ser otros que los que andan en aquella que compuso Cide Hamete Ben-Engeli, que somos nosotros: mi amo valiente, discreto y enamorado, y yo simple, gracioso, y no comedor ni borracho. Yo así lo creo, dijo don Juan, y si fuera posible se había de mandar que ninguno fuera osado á tratar de las cosas del gran don Quijote, sino fuese Cide Hamete su primer autor, bien así como mandó Alejandro que ninguno fuese osado á retratarle sino Apeles. Retrátame el que quisiere, dijo don Quijote; pero no me maltrate, que muchas veces suele caerse la paciencia cuando la cargan de injurias. Ninguna, dijo don Juan, se le puede hacer al señor don Quijote, de quien él no se pueda vengar, si no la repara en el escudo de su paciencia, que á mi parecer es fuerte y grande.

En estas y otras pláticas se pasó gran parte de la noche; y aunque don Juan quisiera que don Quijote leyera más del libro, por ver lo que discantaba, no lo pudieron acabar con él, diciendo que él lo daba por leído, y lo confirmaba por todo necio, y que no quería, si acaso llegase á noticia de su autor que le había tenido en sus manos, se alegrase con pensar que le había leído, pues de las cosas obscenas y torpes los pensamientos se han de apartar, cuanto más los ojos (2). Preguntáronle que

(1) Borracho. Se dice de este que está hecho équis, porque con la debilidad de las piernas las va atravesando una con otra cuando anda, y las pone en forma de X.—Arr.

(2) Esta obscenidad y torpeza de Avellaneda se manifiesta más patentemente en los sucesos que se refieren en los cap. XV, XVI, XVII, XVIII y XIX.—P.

adonde llevaba determinado su viaje. Respondió, que á Zaragoza á hallarse en las justas del arnes, que en aquella ciudad suelen hacerse todos los años. Dijo don Juan que aquella nueva historia contaba como don Quijote, sea quien se quisiere, se había hallado en ella en una sortija (1), falta de invencion, pobre de letras, pobrísima de libreas, aunque rica de simplicidades.

Por el mismo caso, respondió don Quijote, no pondré los pies en Zaragoza; y así sacaré á la plaza del mundo la mentira de ese historiador moderno, y echarán de ver las gentes como yo no soy el don Quijote que él dice. Hará muy bien, dijo don Gerónimo, y otras justas hay en Barcelona, donde podrá el señor don Quijote mostrar su valor. Así lo pienso hacer, dijo don Quijote, y vuestras mercedes me den licencia, pues ya es hora, para irme al lecho, y me tengan y pongan en el número de sus mayores amigos y servidores. Y á mí tambien, dijo Sancho, quizá seré bueno para algo. Con esto se despidieron, y don Quijote y Sancho se retiraron á su aposento, dejando á don Juan y á don Gerónimo admirados de ver la mezcla que había hecho de su discrecion y de su locura, y verdaderamente creyeron que estos eran los verdaderos don Quijote y Sancho, y no los que describía su autor aragones. Madrugó don Quijote, y dando golpes al tabique del otro aposento, se despidió de sus huéspedes. Pagó Sancho al ventero magníficamente, y aconsejóle que alabase menos la provision de su venta, ó la tuviese mas proveida.

(1) Alude aqui Cervantes á lo que escribió su émulo el ruin Avellaneda en el cap. XI, donde se trata de como don Alvaró Tarfe y otros caballeros zaragozanos y granadinos jugaron la sortija, y de lo que sucedió á don Quijote.—A.





CAPITULO LX.

De lo que sucedió á don Quijote yendo á Barcelona.



ERA fresca la mañana (1) y daba muestras de serlo asimismo el dia en que don Quijote salió de la venta, informándose primero cual era el mas derecho camino para ir á Barcelona sin tocar en Zaragoza: tal era el deseo que tenia de sacar mentiroso aquel nuevo historiador, que tanto decian que le vituperaba. Sucedió pues, que en mas de seis dias no le sucedió cosa digna de ponerse en escritura, al cabo de los cuales yendo fuera de camino, le tomó la noche entre unas espesas encinas ó alcornoques, que en esto no guarda la puntualidad Cide Hamete que en otras cosas suele. Apeáron-

se de sus bestias amo y mozo, y acomodándose á los troncos de los árboles, Sancho, que habia merendado aquel dia, se dejó entrar de rondón por las puertas del sueño; pero don Quijote, á quien desvelaban sus imaginaciones mucho mas que la hambre, no podia pegar sus ojos, antes iba y venia con el pensamiento por mil géneros de lugares. Ya le parecia hallarse en la cueva de Montesinos, ya ver brincar y subir sobre su pollina á la convertida en labradora Dulcinea, ya que le sonaban en los oidos las palabras del sabio Merlin, que le referian las condiciones y diligencias que se habian de hacer y tener en el desencanto de Dulcinea. Desesperábase de ver la flojedad y caridad poca de Sancho su escudero, pues á lo que creia solos cinco azotes se habia dado, número desigual y pequeño para los infinitos que le faltaban, y desto recibió tanta pesadumbre y enojo, que hizo este discurso: si nudo gordiano cortó el Magno Alejandro, diciendo: tanto monta cortar como desatar, y no por eso dejó de ser universal señor de toda la Asia, ni mas ni menos podria suceder ahora en el

(1) Esto pasaba el 20 de noviembre, segun el plan cronológico de don Vicente de los Rios, desmentido por lo que luego se dice de la mañana de San Juan. — E. de Ochoa.

desencanto de Dulcinea, si yo azotase á Sancho á pesar suyo : que si la condicion deste remedio está en que Sancho reciba los tres mil y tantos azotes, qué se me da á mí que se los dé él, ó que se los dé otro, pues la sustancia está en que él los reciba, lleguen por do llegaren.

Con esta imaginacion se llegó á Sancho, habiendo primero tomado las riendas de Rocinante, y acomodándolas en modo que pudiese azotarle con ellas, comenzóle á quitar las cintas, que es opinion que no tenia mas que la delantera, en que se sustentaban los gregüescos; pero apenas hubo llegado, cuando Sancho despertó en todo su acuerdo, y dijo: ¿qué es esto, quien me toca y desencinta? Yo soy, respondió don Quijote, que vengo á suplir tus faltas, y á remediar mis trabajos: véngote á azotar, Sancho, y á descargar en parte la deuda á que te obligaste. Dulcinea perece, tú vives en descuido, yo muero deseando, y así desátate por tu voluntad, que la mia es de darte en esta soledad por lo menos dos mil azotes. Eso no, dijo Sancho, vuesa merced se esté quedo; si no, por Dios verdadero, que nos han de oír los sordos: los azotes á que yo me obligué han de ser voluntarios y no por fuerza, y ahora no tengo gana de azotarme, basta que doy á vuesa merced mi palabra de vapularme y mosquearme (1) cuando en voluntad me viniere. No hay dejarlo á tu cortesía, Sancho, dijo don Quijote, porque eres duro de corazón, y aunque villano, blando de carnes; y así procuraba y pugnaba por desenlazarle. Viendo lo cual Sancho Panza se puso en pie y arremetiendo á su amo se abrazó con él á brazo partido, y echándole una zancadilla dió con él en el suelo boca arriba; púsole la rodilla derecha sobre el pecho, y con la manos le tenia las manos, de modo que ni le dejaba rodear ni alentar. Don Quijote le decia: ¿como traidor, contra tu amo y señor natural te desmandas? ¿con quien te da su pan te atreves? Ni quito rey ni pongo rey, respondió Sancho, sino ayúdome á mí, que soy mi señor (2): vuesa merced me prometa que se estará quedo, y no tratará de azotarme por agora, que yo le dejaré libre y desembarazado; donde no,

Aqui morirás, traidor,
Enemigo de doña Sancha (3).

Prometióselo don Quijote, y juró por vida de sus pensamientos no tocarle en el pelo de la ropa, y que dejaria en toda su libertad y albedrio el azotarse cuando quisiese.

(1) Espantarme las moscas, ó sacudirme: espression metafórica, que significa lo mismo que azotarse. — Arr.

(2) Estas son casi las mismas palabras que dijo el vil, el infame condestable Beltran Claquin, ó Bertrand du Guesclin, cuando riñendo en el campo de Montiel el rey don Pedro con su hermano el bastardo don Enrique de Trastámara, y teniéndole debajo, Claquin ayudó á don Enrique para ponerse encima de don Pedro, y así pudo matarle, y Sancho se las aplica á sí mismo, cuando por medio de la zancadilla dió con su señor en el suelo. — MARTINEZ DEL ROMERO.

(3) Sancho aplica á su señor los dos últimos versos de un antiguo romance, compuesto sobre la tradicion de los *Siete infantes de Lara* (C. de A. p. 172). Gonzalo Gustos de Lara se casó con doña Sancha, hermana de Rui Velazquez, ó don Rodrigo de Lara. Este último por vengar una ofensa, entregó al rey moro de Córdoba su cuñado y sus siete sobrinos. El padre fue puesto en una prision perpétua despues que en la mesa le presentaron las cabezas de los siete infantes; mas como el amor de una mora, hermana del rey, lo sacase de la prision, y tuviesen en Córdoba un hijo á quien pusieron Mudarra Gonzalo, este vengó la sangre de sus hermanos en la de Rui Velazquez. Habiéndole encontrado un día de caza, le acometió; y aunque el otro le pedia tiempo para ir á buscar sus armas, le mató despues de haberle reprendido con los versos que cita Sancho:

*Espérame, don Gonzalo
Iré á tomar las mis armas.—
—El espera que tu diste
A los infantes de Lara:
Aqui morirás, traidor,
Enemigo de doña Sancha.*

(Cancionero de Amberes. pág. 172).

Levantóse Sancho, desvióse de aquel lugar un buen espacio, y yendo á arrimarse



á otro árbol, sintió que le tocaban en la cabeza, y alzando las manos, topó con dos pies de persona con zapatos y calzas. Tembló de miedo, acudió á otro árbol, y sucedióle lo mismo: dió voces llamando á don Quijote, que le favoreciese. Hízolo así don Quijote, y preguntándole que le había sucedido y de qué tenía miedo, le respondió Sancho que todos aquellos árboles estaban llenos de pies y de piernas humanas. Tentólos don Quijote, y cayó luego en la cuenta de lo que podía ser, y dijo á Sancho: no tienes de que tener miedo, porque estos pies y piernas, que tienes y no ves, sin duda son de algunos foragidos y bandoleros (1) que en estos árboles están ahorcados, que por aquí los suele ahorcar la justicia cuando los coge, de veinte en veinte y de treinta en treinta, por donde me doy á entender que debo de estar cerca de

Barcelona: y así era la verdad, como él lo había imaginado. Al amanecer alzaron los ojos, y vieron los racimos de aquellos árboles, que eran cuerpos de bandoleros.

Ya en esto amanecía, y si los muertos los habían espantado, no menos los atribularon mas de cuarenta bandoleros vivos, que de improviso les rodearon, diciéndoles en lengua catalana, que estuviesen quedos, y se detuviesen hasta que llegase su capitán. Hallóse don Quijote á pie, su caballo sin freno, su lanza arrimada á un árbol, y finalmente sin defensa alguna, y así tuvo por bien de cruzar las manos, é inclinar la cabeza, guardándose para mejor sazón y coyuntura. Acudieron los bandoleros á espulgar al rucio, y á no dejarle ninguna cosa de cuantas en las alforjas y en la maleta traía: y avínole bien á Sancho, que en una ventrera (2) que tenía ceñida venían los escudos del duque y los que habían sacado de su tierra, y con todo eso aquella buena gente le escardara (3) y le mirara hasta lo que entre el cuero y la carne tuviera escondido, si no llegara en aquella sazón su capitán, el cual mostró ser de hasta edad de treinta y cuatro años, robusto, mas que de mediana proporción, de mirar grave y color morena. Venía sobre un poderoso caballo, vestida la acerada cota (4) y con cuatro pistoletas, que en aquella tierra se llaman pedreñales (5), á

(1) Llamáronse *bandoleros* y *bandidos* estos ladrones foragidos por estar echado *bando* y *pregon* contra ellos para que cualquiera pudiese prenderlos, y aun matarlos, por sus muchos y muy notorios delitos.—Arr.

(2) Feja que ciñe el vientre; de aquí se dijo *ventrera*.—P.

(3) Le entresacara.—Arr.

(4) La *cota* ó *cota de malla*, que es como mas comunmente se llama, era una armadura hecha de anillos de acero, enlazados unos con otros, y por eso se llamaba de *malla*.—Arr.

(5) Eran unos arcabuces pequeños de que usaban los foragidos, y se llamaban *pedreñales* porque no se encendian con mecha, sino con *pedernal*.—P.

los lados. Vió que sus escuderos (que así llaman á los que andan en aquel ejercicio) iban á despojar á Sancho Panza : mandóles que no lo hiciesen; y fue luego obedecido, y así se escapó la ventrera. Admiróle ver lanza arrimada al árbol, escudo en el suelo, y á don Quijote armado y pensativo, con la mas triste y melancólica figura que pudiera formar la misma tristeza. Llegóse á él diciéndole: no esteis tan triste, buen hombre, porque no habeis caido en las manos de algun cruel Osiris (1), sino en las de Roque Guinart, que tienen mas de compasivas que de rigurosas.

No es mi tristeza, respondió don Quijote, haber caido en tu poder, oh valeroso Roque, cuya fama no hay limites en la tierra que la encierren, sino por haber sido tal mi descuido que me hayan cogido tus soldados sin el freno, estando yo obligado, según la órden de la andante caballeria que profeso, á vivir continuo alerta, siendo á todas horas centinela de mi mismo: porque te hago saber, oh gran Roque, que si me halláran sobre mi caballo con mi lanza y con mi escudo: no les fuera muy fácil rendirme, porque yo soy don Quijote de la Mancha, aquel que de sus hazañas tiene lleno todo el orbe.

Luego Roque Guinart conoció que la enfermedad de don Quijote tocaba mas en locura que en valentia, y aunque algunas veces le habia oido nombrar, nunca tuvo por verdad sus hechos: ni se pudo persuadir á que semejante humor reinase en corazon de hombre; y holgóse en extremo de haberle encontrado, para tocar de cerca lo que de lejos dél habia oido, y así le dijo: valeroso caballero, no os despecheis, ni tengais á siniestra fortuna esta en que os hallais, que podria ser que en estos tropiezos vuestra torcida suerte se enderezase, que el cielo por extraños y nunca vistos rodeos, de los hombres no imaginados, suele levantar los caidos y enriquecer los pobres.

Ya le iba á dar las gracias don Quijote, cuando sintieron á sus espaldas un ruido como de tropel de caballos, y no era sino uno solo, sobre el cual venia á toda furia un mancebo, al parecer de hasta veinte años, vestido de damasco verde, con pasamanos de oro, gregüescos y saltaembarca (2), con sombrero terciado á la valona, botas enceradas y justas, espuelas, daga y espada doradas, una escopeta pequeña en las manos y dos pistolas á los lados. Al ruido volvió Roque la cabeza, y vió esta hermosa figura, la cual en llegando á él dijo: en tu busca venia, oh valeroso Roque, para hallar en tí, si no remedio, á lo menos alivio en mi desdicha, y por no tenerte suspenso, porque sé que no me has conocido, quiero decirte quien soy: Yo soy Claudia Gerónima, hija de Simon Forte, tu singular amigo, y enemigo particular de Clauquel Torrèllas, que asimismo lo es tuyo, por ser uno de los de tu contrario bando; y ya sabes que este Torrèllas tiene un hijo, que don Vicente Torrèllas se llama, ó á lo menos se llamaba no há dos horas. Este pues, por abreviar el cuento de mi desventura, te diré en breves palabras la que me ha causado. Vióme, requebróme, escuchéle, enamoróse á hurto de mi padre; porque no hay mujer, por retirada que esté y recatada que sea, á quien no le sobre tiempo para poner en ejecucion y efecto sus atropellados deseos. Finalmente, él me prometió de ser mi esposo, y yo le di la palabra de ser suya, sin que en obras pasásemos adelante: supe ayer que olvidado de lo que me debia, se casaba con otra, y que esta mañana iba á desposarse: nueva que me turbó el sentido y acabó la paciencia, y por no estar mi padre en el lugar, le tuve yo de ponerme en el traje que ves, y apresurando el paso á este caballo, alcancé á don Vicente obra de una legua de aquí, y sin ponerme á dar quejas, ni á oír disculpas, le disparé esta escopeta, y por añadidura estas dos pistolas, y á lo que

(1) Acaso sea distraccion de Cervantes ó yerro de imprenta el decir Osiris por Busiris, rey de Argos, cuya crueldad es proverbial. — *Roque Guinart* ó mas bien *Pedro Rocha Guinarda*, fue un ladron jóven y generoso, natural de Cataluña, que tuvo tanta reputacion en su tiempo como en el nuestro el célebre ladron andaluz *José María*. Rocha Guinarda estuvo robando desde 1607 hasta 1611 en que se acogió á un indulto y pasó á Napoles. Hallase citado en las memorias de Commines. — MARTINEZ DEL ROMERO.

(2) Vestidura rústica abierta por la espalda, de que usan en las barcas. — Arr.

creo le debí de encerrar mas de dos balas en el cuerpo , abriéndole puertas por donde envuelta en su sangre saliese mi honra. Allí le dejé entre sus criados , que no osaron ni pudieron ponerse en su defensa : vengo á buscarte para que me pases á Francia , donde tengo parientes con quien viva , y asimismo á rogarte defiendas á mi padre , porque los muchos de don Vicente no se atrevan á tomar en él desafortada venganza.

Roque , admirado de la gallardía , bizarria , buen talle y suceso de la hermosa Claudia , la dijo : ven , señora , y vamos á ver si es muerto tu enemigo , que despues veremos lo que mas te importare. Don Quijote , que estaba escuchando atentamente lo que Claudia habia dicho , y lo que Roque Guinart respondió , dijo : no tiene nadie para que tomar trabajo en defender á esta señora , que lo tomo yo á mi cargo : denme mi caballo y mis armas , y espérenme aquí , que yo iré á buscar á ese caballero , y muerto ó vivo le haré cumplir la palabra prometida á tanta belleza. Nadie dude de esto , dijo Sancho , porque mi señor tiene muy buena mano para casamentero , pues no ha muchos dias que hizo casar á otro , que tambien negaba á otra doncella su palabra ; y si no fuera porque los encantadores que le persiguen le mudaron su verdadera figura en la de un lacayo , esta fuera la hora que ya la tal doncella no lo fuera.

Roque que atendia mas á pensar en el suceso de la hermosa Claudia , que en las razones de amo y mozo , no las entendió , y mandando á sus escuderos que volviesen á Sancho todo cuanto le habian quitado del rucio , mandóles asimismo que se retirasen á la parte donde aquella noche habian estado alojados , y luego se partió con Claudia á toda priesa á buscar al herido ó muerto don Vicente. Llegaron al lugar donde le encontró Claudia , y no hallaron en él sino recien derramada sangre ; pero tendiendo la vista por todas partes , descubrieron por un recuesto arriba alguna gente , y diéronse á entender , como era la verdad , que debia de ser don Vicente , á quien sus criados ó muerto ó vivo llevaban , ó para curarle ó para enterrarle : diéronse priesa á alcanzarlos , que como iban de espacio , con facilidad lo hicieron. Hallaron á don Vicente en los brazos de sus criados , á quien con cansada y debilitada voz rogaba que le dejasen allí morir , porque el dolor de las heridas no consentia que mas adelante pasase. Arrojárónse de los caballos Claudia y Roque , llegaron á él , temieron los criados la presencia de Roque , y Claudia se turbó en ver la de don Vicente : y así entre enternecida y rigurosa se llegó á él , y asiéndole de las manos , le dijo : si tú me dieras estas conforme á nuestro concierto , nunca tú te vieras en este paso. Abrió los casi cerrados ojos el herido caballero , y conociendo á Claudia , le dijo : bien veo , hermosa y engañada señora , que tu has sido la que me has muerto : pena no merecida ni debida á mis deseos , con los cuales , ni con mis obras jamas quise ni supe ofenderte. ¿Luego no es verdad , dijo Claudia , que ibas esta mañana á desposarte con Leonora , la hija del rico Balvastro ? No por cierto , respondió don Vicente ; mi mala fortuna te debió de llevar estas nuevas para que celosa me quitases la vida ; la cual , pues la dejo en tus manos y en tus brazos , tengo mi suerte por venturosa ; y para asegurarte desta verdad , aprieta la mano y recibeme por esposo si quisieres , que no tengo otra mayor satisfaccion que darte del agravio que piensas que de mí has recibido.

Apretóle la mano Claudia , y apretóse á ella el corazon de manera , que sobre la sangre y pecho de don Vicente se quedó desmayada , y á él le tomó un mortal parasismo. Confuso estaba Roque , y no sabia qué hacerse. Acudieron los criados á buscar agua que echarles en los rostros , y trujéronla , con que se los bañaron. Volvió de su desmayo Claudia ; pero no de su parasismo don Vicente , porque se le acabó la vida. Visto lo cual de Claudia , habiéndose enterado que ya su dulce esposo no vivia , rompió los aires con suspiros , hirió los cielos con quejas , maltrató sus cabellos entregándolos el viento , afeó su rostro con sus propias manos , con todas las muestras

de dolor y sentimiento que de un lastimado pecho pudieran imaginarse. ¡Oh cruel é inconsiderada mujer! decía, ¡con qué facilidad te moviste á poner en ejecucion tan mal pensamiento! ¡Oh fuerza rabiosa de los celos, á qué desesperado fin conducis á quien os da acogida en su pecho! ¡Oh esposo mio, cuya desdichada suerte por ser prenda mia te ha llevado del tálamo á la sepultura! Tales y tan tristes eran las quejas de Claudia, que sacaron las lágrimas de los ojos de Roque, no acostumbrados á verterlas en ninguna ocasion. Lloraban los criados, desmayábase á cada paso Claudia, y todo aquel circuito parecia campo de tristeza y lugar de desgracia. Finalmente Roque Guinart ordenó á los criados de don Vicente que llevasen su cuerpo al lugar de su padre, que estaba allí cerca, para que le diesen sepultura. Claudia dijo á Roque que queria irse al monasterio, donde era abadesa una tia suya, en el cual pensaba acabar la vida, de otro mejor esposo y mas eterno acompañada. Alabóle Roque su buen propósito: ofreció de acompañarla hasta donde quisiese, y de defender á su padre de los parientes de don Vicente, y de todo el mundo, si ofenderle quisiesen. No quiso su compañía Claudia en ninguna manera, y agradeciendo sus ofrecimientos con las mejores razones que supo, se despidió dél llorando. Los criados de don Vicente llevaron su cuerpo, y Roque se volvió á los suyos: y este fin tuvieron los amores de Claudia Gerónima. ¿Pero qué mucho si tegieron la trama de su lamentable historia las fuerzas invencibles y rigurosas de los celos?

Halló Roque Guinart á sus escuderos en la parte donde les habia ordenado, y á don Quijote entre ellos sobre Rocinante, haciéndoles una plática en que les persuadia dejasen aquel modo de vivir tan peligroso, así para el alma como para el cuerpo; pero como los mas eran gascones, gente rústica y desbaratada, no les entraba bien la plática de don Quijote. Llegado que fue Roque, preguntó á Sancho Panza si le habian vuelto y restituido las alhajas y preseas que los suyos del rucio le habian quitado. Sancho respondió que si, sino que le faltaban tres tocadores, que valian tres ciudades. ¿Qué es lo que dices, hombre? dijo uno de los presentes, que yo los tengo, y no valen tres reales. Así es, dijo don Quijote, pero estímalos mi escudero en lo que ha dicho por habérmelos dado quien me los dió. Mandóselos volver al punto Roque Guinart, y mandando poner los suyos en ala, mandó traer allí delante todos los vestidos, joyas y dineros, y todo aquello que desde la última reparticion habian robado, y haciendo brevemente el tanteo, volviendo lo no repartible y reduciéndolo á dineros, lo repartió por toda su compañía, con tanta legalidad y prudencia, que no pasó un punto ni defraudó nada de la justicia distributiva. Hecho esto, con lo cual todos quedaron contentos, satisfechos y pagados, dijo Roque á don Quijote: si no se guardase esta puntualidad con estos, no se podria vivir con ellos. A lo que dijo Sancho: segun lo que aquí he visto, es tan buena la justicia, que es necesaria que se use aun entre los mismos ladrones. Oyólo un escudero, y enarboló el mocho de un arcabuz, con el cual sin duda le abriera la cabeza á Sancho, si Roque Guinart no le diera voces que se detuviese. Pasmóse Sancho, y propuso de no descoser los labios en tanto que entre aquella gente estuviese.

Llegó en esto uno ó algunos de aquellos escuderos que estaban puestos por centinelas por los caminos para ver la gente que por ellos venia, y dar aviso á su mayor de lo que pasaba, y este dijo: señor, no lejos de aquí, por el camino que va á Barcelona, viene un gran tropel de gente. A lo que respondió Roque: ¿has echado de ver si son de los que nos buscan, ó de los que nosotros buscamos? No sino de los que buscamos, respondió el escudero: Pues salid todos, replicó Roque, y traédme los aquí luego, sin que se os escape ninguno.

Hiciéronlo así, y quedándose solos don Quijote, Sancho y Roque, aguardaron á ver lo que los escuderos traian, y en este entretanto dijo Roque á don Quijote: nueva manera de vida le debe de parecer al señor don Quijote la nuestra, nuevas aventuras, nuevos sucesos, y todos peligrosos: y no me maravillo que así le parezca, por-

que realmente le confieso que no hay modo de vivir mas inquieto ni mas sobresaltado que el nuestro. A mí me han puesto en él no sé qué deseos de venganza, que tienen fuerza de turbar los mas sosegados corazones; yo de mi natural soy compasivo y bien intencionado; pero, como tengo dicho, el querer vengarme de un agravio que se me hizo, así da con todas mis buenas inclinaciones en tierra, que persevero en este estado á despecho y pesar de lo que entiendo: y como un abismo llama á otro, y un pecado á otro pecado, hanse eslabonado las venganzas de manera, que no solo las mias, pero las ajenas tomo á mi cargo; pero Dios es servido de que aunque me veo en la mitad del laberinto de mis confusiones, no pierdo la esperanza de salir dél á puerto seguro.

Admirado quedó don Quijote de oír hablar á Roque tan buenas y concertadas razones, porque él se pensaba que entre los de oficios semejantes de robar, matar y saltar no podía haber alguno que tuviese buen discurso, y respondióle: señor Roque, el principio de la salud está en conocer la enfermedad, y en querer tomar el enfermo las medicinas que el médico le ordena: vuesa merced está enfermo, conoce su dolencia, y el cielo, ó Dios, por mejor decir, que es nuestro médico, le aplicará medicinas que le sanen, las cuales suelen sanar poco á poco, y no de repente y por milagro: y mas que los pecadores discretos estan mas cerca de enmendarse que los simples; y pues vuesa merced ha mostrado en sus razones su prudencia, no hay sino tener buen ánimo, y esperar mejoría de la enfermedad de su conciencia. Y si vuesa merced quiere ahorrar camino, y ponerse con facilidad en el de su salvacion, véngase conmigo, que yo le enseñaré á ser caballero andante, donde se pasan tantos trabajos y desventuras, que tomándolas por penitencia, en dos paletas le pondrán en el cielo. Rióse Roque del consejo de don Quijote, á quien, mudando plática, contó el trágico suceso de Claudia Gerónima, de que le pesó en extremo á Sancho, que no le habia parecido mal la belleza, desenvoltura y brio de la moza.

Llegaron en esto los escuderos de la presa, trayendo consigo dos caballeros á caballo y dos peregrinos á pie, y un coche de mujeres con hasta seis criados, que á pie y á caballo las acompañaban, con otros dos mozos de mulas que los caballeros traian. Cogieronlos los escuderos en medio, guardando vencidos y vencedores gran silencio, esperando á que el gran Roque Guinart hablase, el cual preguntó á los caballeros que quién eran, y adonde iban, y qué dinero llevaban. Uno dellos le respondió: señor, nosotros somos dos capitanes de infanteria española, tenemos nuestras compañías en Nápoles, y vamos á embarcarnos en cuatro galeras, que dicen estan en Barcelona, con órden de pasar á Sicilia: llevamos hasta docientos ó trecientos escudos, con que á nuestro parecer vamos ricos y contentos, pues la estrechez ordinaria de los soldados no permiten mayores tesoros. Preguntó Roque á los peregrinos lo mismo que á los capitanes: fuele respondido que iban á embarcarse para pasar á Roma, y que entre entrambos podrian llevar hasta sesenta reales. Quiso saber tambien quién iba en el coche, y adonde, y el dinero que llevaban: y uno de los de á caballo dijo: mi señora doña Guiomar de Quiñones, mujer del regente de la vicaria de Nápoles, con una hija pequeña, una doncella y una dueña son las que van en el coche: acompañámosla seis criados, y los dineros son seiscientos escudos. De modo, dijo Roque Guinart, que ya tenemos aquí novecientos escudos y sesenta reales: mis soldados deben de ser hasta sesenta; mirese á como le cabe á cada uno, porque yo soy mal contador.

Oyendo decir esto los salteadores, levantaron la voz diciendo: viva Roque Guinart muchos años, á pesar de los lladres (1) que su perdicion procuran. Mostraron afligirse los capitanes, entristeciése la señora regenta, y no se holgaron nada los peregrinos viendo la confiscacion de sus bienes. Túvolos así un rato suspensos Roque;

(1) Picaros, helitres, hombres vilés y ruines. — Palabra catalana que literalmente significa *ladron*.

pero no quiso que pasase adelante su tristeza, que ya se podia conocer á tiro de arcabuz, y volviéndose á los capitanes dijo: vuesas mercedes, señores capitanes, por cortesía sean servidos de prestarme sesenta escudos, y la señora regenta ochenta, para contentar esta escuadra que me acompaña, porque el abad de lo que canta yanta, y luego puédense ir su camino libre y desembarazadamente, con un salvo conducto que yo les daré, para que si toparen otras de algunas escuadras mias, que tengo divididas por esos contornos, no les hagan daño, que no es mi intención de agraviar á soldados, ni á mujer alguna, especialmente á las que son principales.

Infinitas y bien dichas fueron las razones con que los capitanes agradecieron á Roque su cortesía y liberalidad, que por tal la tuvieron en dejarles su mismo dinero. La señora doña Guiomar de Quiñones se quiso arrójar del coche para besar los pies y las manos del gran Roque, pero él no lo consintió en ninguna manera, antes le pidió perdón del agravio que le habia hecho, forzado de cumplir con las obligaciones precisas de su mal oficio. Mandó la señora regenta á un criado suyo diese luego los ochenta escudos que le habian repartido; y ya los capitanes habian desembolsado los sesenta. Iban los peregrinos á dar toda su miseria; pero Roque les dijo que se estuviesen quedos, y volviéndose á los suyos les dijo: destos escudos dos tocan á cada uno y sobran veinte, los diez se den á estos peregrinos, y los otros diez á este buen escudero, porque pueda decir bien de esta aventura: y trayéndole aderezo de escribir, de que siempre andaba proveido Roque, les dió por escrito un salvo conducto para los mayores de sus escuadras, y despidiéndose dellos, los dejó ir libres y admirados de su nobleza, de su gallarda disposicion y extraño proceder, teniéndole mas por un Alejandro Magno, que por ladrón conocido.

Uno de los escuderos dijo en su lengua gascona y catalana: este nuestro capitán mas es para frade (1), que para bandolero: si de aquí adelante quisiere mostrarse liberal, séalo con su hacienda, y no con la nuestra. No lo dijo tan paso el desventurado, que dejase de oírlo Roque, el cual echando mano á la espada, le abrió la cabeza casi en dos partes, diciéndole: desta manera castigo yo á los deslenguados y atrevidos. Pasmáronse todos, y ninguno le osó decir palabra: tanta era la obediencia que le tenian. Apartóse Roque á una parte, y escribió una carta á un su amigo á Barcelona, dándole aviso como estaba consigo el famoso don Quijote de la Mancha, aquel caballero andante de quien tantas cosas se decian; y que le hacia saber que era el mas gracioso y mas entendido hombre del mundo; y que de allí á cuatro dias, que era el de san Juan Bautista, se le pondria en mitad de la playa de la ciudad, armado de todas sus armas, sobre Rocinante su caballo, y á su escudero Sancho sobre un asno, y que diese noticia desto á sus amigos los Niarros, para que con él se solazasen, que él quisiera que carecieran deste gusto los Cadells, sus contrarios; pero que esto era imposible, á causa que las locuras y discreciones de don Quijote, y los donaires de su escudero Sancho Panza, no podian dejar de dar gusto general á todo el mundo. Despachó estas cartas con uno de sus escuderos, que mudando el traje de bandolero en el de un labrador, entró en Barcelona, y la dió á quien iba (2).

(1) Fraile.

(2) El estado de Cataluña y las costumbres de sus naturales, segun las describia en el siglo xvii Pedro Davity (t. IV, p. 136.), daban lugar á estos públicos desórdenes, que se corrigieron despues con el destierro de ciertas preocupaciones, con el aumento de la poblacion, de las artes, de la agricultura, del comercio y de la laboriosidad que tanto han florecido hasta ahora, y la han distinguido de las demas provincias de España.—P.





CAPITULO LXI.

De lo que sucedió á don Quijote en la entrada de Barcelona, con otras cosas que tienen mas de lo verdadero que de lo discreto.



TRES dias y tres noches estuvo don Quijote con Roque, y si estuviera trescientos años no le faltara que mirar y admirar en el modo de su vida. Aquí amanecian, acullá comian: unas veces huian sin saber de quien, y otras esperaban sin saber á quien. Dormian en pie, interrumpiendo el sueño, mudándose de un lugar á otro. Todo era poner espías, escuchar centinelas, soplar las cuerdas de los arcabuces (1), aunque traian pocos, porque todos se servian de pedreñales. Roque pasa-

ba las noches apartado de los suyos en partes y lugares donde ellos no pudiesen saber donde estaba, porque los muchos bandos, que el visorey de Barcelona habia echado sobre su vida, le traian inquieto y temeroso y nose osaba fiar de ninguno, temiendo que los mismos suyos ó le habian de matar, ó entregar á la justicia; vida por cierto miserable y enfadosa. En fin, por caminos desusados, por atajos y sendas encubiertas partieron Roque, don Quijote y Sancho, con otros seis escuderos á Barcelona. Llegaron á su playa la víspera de S. Juan en la noche, y abrazando Roque á don Quijote y á Sancho, á quien dió los diez escudos prometidos, que hasta entonces no se los habia dado, los dejó con mil ofrecimientos que de la una á la otra parte se hicieron.

Volvióse Roque, quedóse don Quijote esperando el dia así á caballo como estaba, y no tardó mucho cuando comenzó á descubrirse por los balcones del oriente la faz de la blanca aurora, alegrando las yerbas y las flores, en lugar de alegrar el oido, aunque al mismo instante alegraron tambien el oido el son de las muchas chirimias y atabales, ruido de cascabeles, trapa, trapa, aparta, aparta de corredores, que al parecer de la ciudad salian. Dió lugar la aurora al sol, que con un rostro mayor que el de una rodela por el mas bajo horizonte poco á poco se iba levantando. Tendieron don Quijote y Sancho la vista por todas partes, vieron el mar, hasta entonces dellos no

(2) *Arcabuces* eran unas armas de fuego como las escopetas del dia: pero que se las disparaba aplicándoles una mecha encendida: á diferencia de los *pedreñales*, que eran como arcabuces pequeños ó trabucos, cuyas llaves daban fuego por sí, y se disparaban sin necesidad de mecha. Era arma propia de los forjidos. — Arr.

visto : parecióles espaciosísimo y largo, harto mas que las lagunas de Ruidera, que en la Mancha habian visto. Vieron las galeras que estaban en la playa, las cuales abatiendo las tiendas, se descubrieron llenas de flámulas y gallardetes (1), que tremolaban al viento, y besaban y barrian el agua : dentro sonaban clarines, trompetas y chirimias, que cerca y lejos llenaban el aire de suaves y belicosos acentos : comenzaron á moverse, y á hacer un modo de escaramuza por las sosegadas aguas, correspondiéndoles casi al mismo modo infinitos caballeros, que de la ciudad sobre hermosos caballos y con vistosas libreas salian. Los soldados de las galeras disparaban infinita artilleria, á quien respondian los que estaban en las murallas y fuertes de la ciudad, y la artilleria gruesa con espantoso estruendo rompía los vientos, á quien respondian los cañones de cruja de las galeras. El mar alegre, la tierra jocunda, el aire claro, solo tal vez turbio del humo de la artilleria, parece que iba infundiendo y engendrando gusto súbito en todas las gentes. No podia imaginar Sancho como pudiesen tener tantos pies aquellos bultos que por el mar se movian.

En esto llegaron corriendo con grita, lililies y algazara los de las libreas, adonde don Quijote suspenso y atónito estaba; y uno dellos, que era el avisado de Roque, dijo



en alta voz á don Quijote : bien sea venido á nuestra ciudad el espejo, el farol, la estrella y el norte de toda la caballeria andante, donde mas largamente se contiene. Bien sea venido, digo, el valeroso don Quijote de la Mancha : no el falso, no el ficticio, no el apócrifo, que en falsas historias estos dias nos han mostrado, sino el verdadero, el legal y el fiel, que nos describió Cide Hamete Ben-Engeli, flor de los historiadores. No respondió don Quijote palabra, ni los caballeros esperaron á que la respondiese, sino volviéndose y revolviéndose con los demas que los seguian, comenzaron á hacer un revuelto caracol al rededor de don Quijote, el cual volviéndose á Sancho, dijo : estos bien nos han conocido ; yo apostaré que han leído nuestra historia, y aun la del aragones recien impresa. Volvió otra vez el caballero que habló

(1) *Flámulas* eran un especie de gallardetes muy cortos y anchos que se ponian en los topes ó penoles de las vergas; estaban cortadas á manera de llamas, es decir, de cortes ó lados serpenteados, y equivalian á lo que hoy decimos marítimamente *corneta de una lengua*. — M^r DEL ROMERO.

á don Quijote, y dijole: vuesa merced, señor don Quijote, se venga con nosotros, que todos somos sus servidores, y grandes amigos de Roque Guinart. A lo que don Quijote respondió: si cortesias engendran cortesias, la vuestra, señor caballero, es hija ó parienta muy cercana de las del gran Roque; llevadme do quisiéredes, que yo no tendré otra voluntad que la vuestra, y mas si la quereis ocupar en vuestro servicio.

Con palabras no menos comedidas que estas le respondió el caballero, y encerrándole todos en medio, al son de las chirimias y de los atabales se encaminaron con él á la ciudad: al entrar de la cual, el malo, que todo lo malo ordena, y los muchachos, que son mas malos que el malo, dos dellos traviesos y atrevidos se entraron por toda la gente, y alzando el uno de la cola del rucio, y el otro la de Rocinante, les pusieron y encajaron sendos manojos de aliagas. Sintieron los pobres animales las nuevas espuelas, y apretando las colas aumentaron su disgusto de manera, que dando mil corcovos, dieron con sus dueños en tierra. Don Quijote, corrido y afrentado, acudió á quitar el plumaje de la cola de su matalote, y Sancho el de su rucio. Quisieron los que guiaban á don Quijote castigar el atrevimiento de los muchachos, y no fue posible porque se encerraron entre mas de otros mil que los seguian. Volvieron á subir don Quijote y Sancho, y con el mismo aplauso y música llegaron á la casa de su guia, que era grande y principal, en fin, como de caballero rico, donde le dejaremos por ahora, porque así lo quiere Cide Hamete.





CAPITULO LXII.

Que trata de la aventura de la cabeza encantada con otras niñerías, que no pueden dejar de contarse.



Don Antonio Moreno se llamaba el huésped de don Quijote, caballero rico y discreto, y amigo de holgarse á lo honesto y afable, el cual viendo en su casa á don Quijote, andaba buscando modos como sin su perjuicio sacase á plaza sus locuras, porque no son burlas las que duelen, ni hay pasatiempo que valgan, si son con daño de tercero. Lo primero que hizo fue hacer desarmar á don Quijote, y sacarle á vistas con aquel su estrecho y acamuzado vestido (como ya otras veces le hemos descrito y pintado) á un balcon que salia á una calle de las mas principales de la ciudad, á vista de las gentes y de los muchachos, que como á mona le miraban. Corrieron de nuevo delante dél los de las libreas, como si para él solo no para alegrar aquel festivo dia, se las hubieran puesto, y Sancho estaba contentísimo por parecerle que se había hallado sin saber como ni como no, otras bodas de Camacho, otra casa como la de don Diego de Miranda, y otro castillo como el del duque. Comieron aquel dia con don Antonio algunos de sus amigos, honrando todos y tratando á don Quijote como á caballero andante, de lo cual hueco y pomposo no cabia en sí de contento. Los donaires de Sancho fueron tantos, que de su boca andaban como colgados todos los criados de casa y todos cuantos le oian. Estando á la mesa, dijo don Antonio á Sancho, acá tenemos noticia, buen Sancho, que sois tan amigo de manjar blanco y albondiguillas, que si os sobran las guardais en el seno para el otro dia (1).

No señor, no es así, respondió Sancho, porque tengo mas de limpio que de goloso; y mi señor don Quijote, que está delante, sabe bien que con un puño de bellotas ó de nueces nos solemos pasar entrambos ocho dias: verdad es que si tal vez me sucede que me den la vaquilla, corro con la soguilla: quiero decir, que cómo lo que me dan, y uso de los tiempos como los hallo; y quien quiera que hubiere dicho que yo soy comedor aventajado, y no limpio, téngase por dicho que no acierta, y de otra manera dijera esto, si no mirara á las barbas honradas que estan á la mesa.

Por cierto, dijo don Quijote, que la parsimonia y limpieza con que Sancho come se puede escribir y grabar en láminas de bronce, para que quede en memoria eterna en los siglos venideros. Verdad es que cuando él tiene hambre parece algo tragon

(1) En el cap. XII del D. Quijote de Avellaneda se dice que don Carlos ofreció á Sancho dos docenas de albondiguillas y seis pellas de manjar blanco: comióse aquellas; de estas cuatro, y las otras dos se las metió en el seno, con intencion de guárdarlas para la mañana. — P.

porque come apriesa y masca á dos carrillos; pero la limpieza siempre la tiene en su punto, y en el tiempo que fue gobernador aprendió á comer á lo melindroso, tanto que comia con tenedor las uvas y aun los granos de la granada.

¡Como! dijo don Antonio, ¿gobernador ha sido Sancho? Si, respondió Sancho, y de una ínsula llamada la Barataria. Diez dias la goberné á pedir de boca: en ellos perdí el sosiego, y aprendí á despreciar todos los gobiernos del mundo: salí huyendo della, caí en una cueva, donde me tuve por muerto, de la cual salí vivo por milagro. Contó don Quijote por menudo todo el suceso del gobierno de Sancho, con que dió gran gusto á los oyentes.

Levantados los manteles, y tomando don Antonio por la mano á don Quijote, se entró con él en un apartado aposento, en el cual no habia otra cosa de adorno que una mesa al parecer de jaspe, que sobre un pie de lo mismo se sostenia, sobre la cual estaba puesta al modo de las cabezas de los emperadores romanos, de los pecnos arriba, una que semejava ser de bronce. Paseóse don Antonio con don Quijote por todo el aposento, rodeando muchas veces la mesa, despues de lo cual dijo: ahora señor don Quijote, que estoy enterado que no nos oye y escucha alguno, y está cerrada la puerta, quiero contar á vuesa merced una de las mas raras aventuras, ó por mejor decir novedades, que imaginarse pueden, con condicion que lo que á vuesa merced dijere lo ha de depositar en los últimos retretes del secreto.

Así lo juro, respondió don Quijote, y aun le echaré una losa encima para mas seguridad: porque quiero que sepa vuesa merced, señor don Antonio (que ya sabia su nombre), que está hablando con quien, aunque tiene oídos para oír, no tiene lengua para hablar: así que con seguridad puede vuesa merced trasladar lo que tiene en su pecho en el mio, y hacer cuenta que lo ha arrojado en los abismos del silencio.

En fe desa promesa, respondió don Antonio, quiero poner á vuesa merced en admiracion con lo que viere y oyere, y darme á mí algun alivio de la pena que me causa no tener con quien comunicar mis secretos, que no son para fiarse de todos.

Suspenso estaba don Quijote, esperando en qué habian de parar tantas prevenciones. En esto tomándole la mano don Antonio, se la paseó por la cabeza de bronce y por toda la mesa, por el pie de jaspe sobre que se sostenia, y luego dijo: esta cabeza, señor don Quijote, ha sido hecha y fabricada por uno de los mayores encantadores y hechiceros que ha tenido el mundo, que creo era polaco de nacion, y discípulo del famoso Escotillo, de quien tantas maravillas se cuentan (1), el cual estuvo aquí en mi casa, y por precio de mil escudos que le dí labró esta cabeza, que tiene propiedad y virtud de responder á cuantas cosas al oído le preguntaren. Guardó rumbos (2), pintó caractéres, observó astros, miró puntos, y finalmente la sacó con la perfeccion que veremos mañana, porque los viernes está muda, y hoy que lo es, nos ha de hacer esperar hasta mañana. En este tiempo podrá vuesa merced prevenirse de lo que querrá

(1) Miguel Escoto ó Escotillo era italiano, natural de Parma y vivia en Flandes en tiempo de Alejandro Farnesio, hijo de doña Margarita de Austria, el cual mandaba los ejércitos de su tío Felipe II en aquellas provincias. Era Escotillo muy dado al estudio de las matemáticas, y en especial al de la Astrologia judiciaria; y así era tenido por encantador y nigromante. Cuentan de él cosas estupendas, como era la de que solia convidar, á algunos á comer, y llegando la hora no habia ni aun lumbre en la cocina: y sin embargo, en sentándose él á la mesa, aparecian en ella varios y esquisitos manjares, traídos por arte de encantamento. Al verlos decia Escotillo: este plato viene de la cocina del rey de Francia; este otro de la del rey de Inglaterra; aquel de la del rey de España; etc.

De otro Miguel Escoto, nigromántico, que los ingleses llaman *Scott* porque dicen que era escocés, que florecia en el siglo xiii, hablan varios escritores entre ellos Bayle; Martín Coccayo en su *Macarronea*; y Gabriel Naudeo en su *Apologia de los hombres grandes acusados de Magia*. Este Escoto fue muy apreciado del emperador Federico II al cual dedicó su *Tratado de la fisonomia* y otras algunas obras. Dante hace mencion de él en el canto XX de *l'Inferno*:

*Quell' altro che ne' fianchi é così poco
Michele Scotto fu, che veramente
Delle mágiche frode seppe il giuoco.*

(2) *Rumbo*, dice Covarrubias, es la figura de los cosmógrafos, en forma de estrella, en el cual forman los vientos, y sirve á los marineros con la carta y aguja de marear.—Arr.

preguntar que por experiencia sé que dice verdad en cuanto responde. Admirado quedó don Quijote de la virtud y propiedad de la cabeza, y estuvo por no creer á don Antonio; pero por ver cuan poco tiempo habia para hacer la experiencia, no quiso decirle otra cosa sino que lo agradecia el haberle descubierto tan gran secreto. Salieron del aposento, cerró la puerta don Antonio con llave, y fuéronse á la sala donde los demas caballeros estaban. En este tiempo les habia contado Sancho muchas de las aventuras y sucesos que á su amo habian acontecido.

Aquella tarde sacaron á pasear á don Quijote, no armado, sino de rúa, vestido un balandran (1) de paño leonado, que pudiera hacer sudar en aquel tiempo al mismo hielo. Ordenaron con sus criados que entretuviesen á Sancho de modo que no le dexasen salir de casa. Iba don Quijote, no sobre Rocinante, sino sobre un gran macho de paso llano, y muy bien aderezado. Pusiéronle el balandran, y en las espaldas sin que lo viese le cosieron un pergamino, donde le escribieron con letras grandes: este



es don Quijote de la Mancha. En comenzando el paseo llevaba el rétulo los ojos de cuantos venian á verle, y como leian: este es don Quijote de la Mancha, admirábase don Quijote de ver que cuantos le miraban le nombraban y conocian; y volviéndose á don Antonio, que iba á su lado, le dijo: grande es la prerogativa que encierra en sí la andante caballeria, pues hace conocido y famoso al que la profesa por todos los términos de la tierra; si no, mire vuesa merced, señor don Antonio, que hasta los muchachos desta ciudad sin nunca haberme visto me conocen. Así es, señor don Quijote, respondió don Antonio, que así como el fuego no puede estar escondido y encerrado, la virtud no puede dejar de ser conocida, y la que se alcanza por la profesion de las armas, resplandece y campea sobre todas las otras.

Acaeció pues que yendo don Quijote con el aplauso que se ha dicho, un castellano que leyó el rétulo de las espaldas alzó la voz diciendo: válgate el diablo por don Quijote de la Mancha; como ¿que hasta aquí has llegado sin haberte muerto los infinitos palos que tienes acuestas? Tú eres loco, y si lo fueras á solas y dentro de las puertas de tu locura, fuera menos mal; pero tienes propiedad de volver locos y men-

(1) *Balandran* era una especie de saco, ó sobretodo largo y ancho, con mangas: en el día es traje que usan solo los clérigos dentro de casa. — Arr

tecatos á cuantos te tratan y comunican: si no, mírenlo por estos señores que te acompañan. Vuélvete, mentecato, á tu casa, y mira por tu hacienda, por tu mujer y tus hijos, déjate destas vaciedades, que te carcomen el seso y te desnatan el entendimiento.

Hermano, dijo don Antonio, seguid vuestro camino, y no deis consejos á quien no os los pide. El señor don Quijote de la Mancha es muy cuerdo y nosotros que le acompañamos no somos necios: la virtud se ha de honrar donde quiera que se hallare, y andad enhoramala, y no os metais donde no os llaman. Pardiez vuesa merced tiene razon, respondió el castellano, que aconsejar á este buen hombre es dar coces contra el aguijon; pero con todo eso me da muy gran lástima que el buen ingenio que dicen que tiene en todas las cosas este mentecato, se le desagüe por la canal de su andante caballeria; y la enhoramala que vuesa merced dijo, sea para mí y para todos mis descendientes, si de hoy mas, aunque viviese mas años que Matusalen, diere consejo á nadie aunque me lo pida. Apartóse el consejero, siguió adelante el paseo; pero fue tanta la priesa que los muchachos y toda la gente tenia leyendo el rétulo, que se le hubo de quitar don Antonio, como que le quitaba otra cosa.

Llegó la noche, volviéronse á casa, hubo sarao (1) de damas; porque la mujer de don Antonio, que era una señora principal y alegre, hermosa y discreta, convidó á otras sus amigas, á que viniesen á honrar á su huésped, y á gustar de sus nunca vistas locuras. Vinieron algunas; cenóse espléndidamente, y comenzóse el sarao casi á las diez de la noche. Entre las damas habia dos de gusto pícaro y burlonas, y con ser muy honestas, eran algo descompuestas por dar lugar que las burlas alegrasen sin enfado. Estas dieron tanta priesa en sacar á danzar á don Quijote, que le molieron, no solo el cuerpo, pero el ánima. Era cosa de ver la figura de don Quijote, largo, tendido, flaco, amarillo, estrecho en el vestido, desairado, y sobre todo no nada lijero. Requebrábanle como á hurto las damiselas, y él tambien como á hurto las desdeñaba; pero viéndose apretar de requiebros, alzó la voz y dijo: *Fugite partes adversæ* (2) dejadme en mi sosiego, pensamientos malvenidos; allá os avend, señoras, con vuestros deseos, que la que es reina de los míos, la sin par Dulcinea del Toboso, no consiente que ningunos otros que los suyos me avasallen y rindan: y diciendo esto se sentó en mitad de la sala en el suelo, molido y quebrantado de tan bailador ejercicio.



Hizo don Antonio que le llevasen en peso á su lecho, y el primero que asió dél fue

(1) *Sarao* era la junta de damas y galanes en una sala para divertirse con música y baile. Los necios, los pedantes y los ridículos arrendajos de todas las cosas francesas han proscrito la voz *Sarao*, queriendo substituir la con la palabra gabacha de *Soirée*. — MARTINEZ DEL ROMERO.

(2) Es una fórmula de exorcismo de que usa la Iglesia, y que despues ha pasado al uso vulgar; ara pmanifestar que se aborrece una persona ó cosa, ó que se la quiere ahuyentar y apartar de sí. — Arr.

Sancho, diciéndole : nora en tal , señor nuestro amo , habeis bailado : ¿pensais que todos los valientes son danzadores , y todos los andantes caballeros bailarines ? Digo que si lo pensais , que estais engañado : hombre hay que se atreverá á matar á un gigante antes que hacer una cabriola : si hubiérades de zapatear , yo supliera vuestra falta , que zapateo como un girifalte ; pero en lo del danzar no doy puntada . Con estas y otras razones dió que reir Sancho á los del sarao , y dió con su amo en la cama , arropándole para que sudase la frialdad de su baile .

Otro dia le pareció á don Antonio ser bien hacer la experiencia de la cabeza encantada , y con don Quijote , Sancho y otros dos amigos , con las dos señoras que habian molido á don Quijote en el baile , que aquella propia noche se habian quedado con la mujer de don Antonio , se encerró en la estancia donde estaba la cabeza . Contóles la propiedad que tenia , encargóles el secreto , y dijoles que aquel era el primero dia , donde se habia de probar la virtud de la tal cabeza encantada (1) y si no eran los dos amigos de don Antonio , ninguna otra persona sabia el busilis del encanto ; y aun si don Antonio no se le hubiera descubierto primero á sus amigos , tambien ellos cayeran en la admiracion en que los demas cayeron , sin ser posible otra cosa : con tal traza y tal orden estaba fabricada .

El primero que se llegó al oido de la cabeza fue el mismo don Antonio , y dijole en voz sumisa , pero no tanto que de todos no fuese entendida : dime , cabeza , por la virtud que en tí se encierra , ¿ qué pensamientos tengo yo ahora ? y la cabeza le respondió sin mover los labios , con voz clara y distinta , de modo que fue de todos entendida , esta razon : yo no juzgo de pensamientos . Oyendo lo cual todos quedaron atónitos y mas viendo que todo el aposento ni al rededor de la mesa no habia persona humana que responder pudiese .

¿ Cuántos estamos aquí ? tornó á preguntar don Antonio , y fuele respondido por el propio tenor , paso : estais tú y tu mujer , con dos amigos tuyos , y dos amigas della , y un caballero famoso , llamado don Quijote de la Mancha , y un su escudero que Sancho Panza tiene por nombre . Aquí si que fue el admirarse de nuevo : aquí si que fue el erizarse los cabellos á todos de puro espanto . Y apartándose don Antonio de la cabeza , dijo : esto me basta para darme á entender que no fui engañado del que te me vendió , cabeza sabia , cabeza habladora , cabeza respondona , y admirable cabeza . Llegue otro y pregúntele lo que quisiere : —

Y como las mujeres de ordinario son presurosas y amigas de saber , la primera que se llegó , fue una de las dos amigas de la mujer de don Antonio , y lo que le preguntó fue : dime , cabeza , ¿ qué haré yo para ser muy hermosa ? y fuele respondido : sé muy honesta . No te pregunto mas , dijo la preguntanta . Llegó luego la compañera y dijo : queria saber , cabeza , si mi marido me quiere bien ó no . Y respondiéronle , mira las obras que te hace , y echarlo has de ver . Apartóse la casada , diciendo : esta respuesta no tenia necesidad de pregunta , porque en efecto las obras que se hacen declaran la voluntad que tiene el que las hace .

Luego llegó uno de los dos amigos de don Antonio , y preguntóle : ¿ quién soy yo ? Y fuele respondido : tú lo sabes . No te pregunto eso , respondió el caballero , sino que me digas , si me conoces tú , Si conozco , le respondieron , que eres don Pedro Noriz . No quiero saber mas , pues esto basta para entender , oh cabeza , que lo sabes todo . Y apartándose , llegó el otro amigo y preguntóle : dime , cabeza ¿ qué deseos tiene mi hijo el mayorazgo ? Ya yo he dicho , le respondieron , que yo no juzgo de deseos ; pero con todo eso te sé decir , que los que tu hijo tiene son de enterrarte . Eso es , dijo el caballero , lo que veo por los ojos , con el dedo lo señalo , y no pregunto mas . Llegóse la mujer de don Antonio , y dijo : yo no sé , cabeza , qué preguntarte ; solo querria saber de ti si gozaré muchos años de mi buen marido . Y respondiéronla : si

(1) Alude este pasaje de Cervantes á lo que habia escrito Avellaneda en el cap. XII. — A.

gozarás, porque su salud y su templanza en el vivir prometen muchos años de vida, la cual muchos suelen acortar por su destemplanza.

Llegóse luego don Quijote y dijo: dime tú el que respondes, ¿fue verdad ó fue sueño lo que yo cuento que me pasó en la cueva de Montesinos? ¿Serán ciertos los azotes de Sancho mi escudero? ¿Tendrá efecto el desencanto de Dulcinea? A lo de la cueva, respondieron, hay mucho que decir, de todo tiene: los azotes de Sancho irán despacio: el desencanto de Dulcinea llegará á debida ejecucion. No quiero saber mas, dijo don Quijote, que como yo vea á Dulcinea desencantada, haré cuenta que vienen de golpe todas las aventuras que acertare á desear.

El último preguntante fue Sancho, y lo que preguntó fue: por ventura, cabeza, ¿tendré otro gobierno? ¿saldré de la estrechez de escudero? ¿volveré á ver á mi mujer y á mis hijos? A lo que le respondieron: gobernarás en tu casa; y si vuelves á ella verás á tu mujer y á tus hijos, y dejando de servir, dejarás de ser escudero. Bueno, par Dios, dijo Sancho Panza: esto yo me lo dijera, no dijera mas el profeta Perogrullo.

Bestia, dijo don Quijote, ¿qué quieres que te respondan? ¿No basta que las respuestas que esta cabeza ha dado correspondan á lo que se le pregunta? Si basta, respondió Sancho; pero quisiera yo que se declarara mas, y me dijera mas.

Con esto se acabaron las preguntas y las respuestas, pero no se acabó la admiracion en que todos quedaron, excepto los dos amigos de don Antonio, que el caso sabian. El cual quiso Cide Hamete Ben-Engeli declarar luego, por no tener suspenso al mundo, creyendo que algun hechicero y extraordinario misterio en la tal cabeza se encerraba, y así dice que don Antonio Moreno, á imitacion de otra cabeza que vió en Madrid fabricada por un estampero, hizo esto en su casa para entretenerse y suspender á los ignorantes, y la fábrica era de esta suerte. La tabla de la mesa era de palo, pintada y barnizada como jaspe, y el pie sobre que se sostenia era de lo mismo, con cuatro harras de águila que dél salian para mayor firmeza del peso. La cabeza, que parecia medalla y figura de emperador romano, y de color de bronce, estaba toda hueca, y ni mas ni menos la tabla de la mesa, en que se encajaba tan justamente, que ninguna señal de juntura se parecia. El pie de la tabla era asimismo hueco, que respondia á la garganta y pechos de la cabeza; y todo esto venia á responder á otro aposento que debajo de la estancia de la cabeza estaba. Por todo este hueco de pie, mesa, garganta y pechos de la medalla y figura referida se encaminaba un cañon de hoja de lata muy justo, que de nadie podia ser visto. En el aposento de abajo, correspondiente al de arriba, se ponía el que habia de responder, pegada la boca con el mismo cañon, de modo que á modo de cerbatana iba la voz de arriba abajo, y de abajo arriba, en palabras articuladas y claras, y desta manera no era posible conocer el embuste. Un sobrino de don Antonio, estudiante agudo y discreto, fue el respondiente, el cual estando avisado de su señor tío de los que habian de entrar con él en aquel dia en el aposento de la cabeza, le fue fácil responder con presteza y puntualidad á la primera pregunta: á las demas respondió por conjeturas, y como discreto discretamente. Y dice mas Cide Hamete, que hasta diez ó doce dias duró esta maravillosa máquina; pero que divulgándose por la ciudad que don Antonio tenia en su casa una cabeza encantada, que á cuantos le preguntaban respondia, temiendo no llegase á los oidos de las despiertas centinelas de nuestra fe, habiendo declarado el caso á los señores inquisidores, le mandaron que la deshiciese, y no pasase mas adelante, porque el vulgo ignorante no se escandalizase. Pero en la opinion de don Quijote y de Sancho Panza la cabeza quedó por encantada y por respondona, mas á satisfaccion de don Quijote que de Sancho (1).

(1) Estas cabezas, estatuas ó simulacros fatales ó fatídicos, se usaron en varios tiempos, y se tenían vulgarmente por obra de la magia. —P.

Los caballeros de la ciudad por complacer á don Antonio, y por agasajar á don Quijote, y dar lugar á que descubriese sus sandeces, ordenaron de correr sortija de allí á seis dias, que no tuvo efecto por la ocasion que se dirá adelante. Dióle gana á don Quijote de pasear la ciudad á la llana y á pie, temiendo que si iba á caballo le habian de perseguir los muchachos, y así él y Sancho con otros dos criados que don Antonio le dió, salieron á pasearse. Sucedió pues que yendo por una calle, alzó los ojos don Quijote, y vió escrito sobre una puerta con letras muy grandes: *Aquí se imprimen libros*; de lo que se contentó mucho, porque hasta entonces no habia visto emprenta alguna, y deseaba saber como fuese.

Entró dentro con todo su acompañamiento, y vió tirar en una parte, corregir en otra, componer en esta, enmendar en aquella, y finalmente toda aquella máquina que en las emprentas grandes se muestra. Llegábase don Quijote á un cajon, y preguntaba qué era aquello que allí se hacia; dábanle cuenta los oficiales, admirábase, y pasaba adelante. Llegó en otras á uno y preguntóle, ¿qué era lo que hacia? El oficial le respondió: señor, este caballero que aqui está (y señaló á un hombre de muy buen talle y parecer y de alguna gravedad) ha traducido un libro toscano en nuestra lengua castellana, y estále yo componiendo para darle á la estampa. ¿Qué título tiene el libro? preguntó don Quijote. A lo que el autor respondió: señor, el libro en toscano se llama *Le bagatelle*. ¿Y qué responde *Le bagatelle* en nuestro castellano? preguntó don Quijote. *Le bagatelle*, dijo el autor, es como si en castellano dijésemos *los juguetes*; y aunque este libro es en el nombre humilde, contiene y encierra en sí cosas muy buenas y sustanciales. Yo, dijo don Quijote, sé algun tanto del toscano, y me precio de cantar algunas estancias del Ariosto. Pero dígame vuesa merced, señor mio (y no digo esto porque quiero examinar el ingenio de vuesa merced, sino por curiosidad no mas) ¿ha hallado en su escritura alguna vez nombrar *pignata*? Sí, muchas veces, respondió el autor. ¿Y como la traduce vuesa merced en castellano? preguntó don Quijote. ¿Como la habia de traducir, replicó el autor, sino diciendo *olla*? ¿Cuerpo de tal, dijo don Quijote, y qué adelante está vuesa merced en el toscano idioma! Yo apostaré una buena apuesta que adende diga en el toscano *piace*, dice vuesa merced en el castellano *place*, y adonde diga *più*, dice *mas*, y el *su* declara con *arriba*, y el *giu* con *abajo*. Si declaro por cierto, dijo el autor, porque esas son sus propias correspondencias (1). Osaré yo jurar, dijo don Quijote, que no es vuesa merced conocido en el mundo, enemigo siempre de premiar los floridos ingenios, y los loables trabajos. ¿Qué de habilidades hay perdidas por abí! ¿qué de ingenios arrinconados! ¿qué de virtudes menospreciadas! Pero con todo esto me parece que el traducir de una lengua en otra, como no sea de las reinas de las lenguas griega y latina, es como quien mira los tapices flamencos por el revers, que aunque se ven las figuras, son llenas de hilos que las escurecen, y no se ven con la lisura y tez de la haz (2); y el traducir de lenguas fáciles, ni arguye ingenio ni elocucion, como no le arguye el que traslada, ni el que copia un papel de otro papel; y no por esto quiero inferir que no sea loable este ejercicio del traducir, porque en otras cosas peores se podría ocupar el hombre, y que menos provecho le trujesen. Fuera desta cuenta van los dos famosos traductores, el uno el doctor Cristóbal de Figueroa en su *Pas-*

(1) Cervantes trata de criticar en este pasaje la ocupacion frecuente de varios llamados literatos, que hacian traducciones italianas, como ahora las hacen francesas, emporcando y alterando nuestro idioma con frases y modismos rídiculos. La cualidad de malos traductores y de malos hablantes castellanos que tienen ciertos individuos, no ha sido obstáculo para ser aún todos en la Academia Española. — MARTINEZ DEL ROSARIO.

(2) El primero que usó de esta comparacion tan propia, parece fue don Diego de Mendoza, citado por don Esteban Manuel de Villegas en el prólogo de su traduccion de *Boecio*: despues de don Diego la usó Luis Zapata en el de su traduccion del *Arte poética* de Horacio, impresa año de 1591, donde dice que «son los libros traducidos tapiceria del reves, que está allí la trama, la materia, y las formas, colores y figuras, como madera y piedras por librar, faltas de lustre y de pulimento;» y en que añade «que las obras traducidas son como los faragidos que se pasan á otros reinos, que raro hacen fortuna.» — P.

tor *Fido* (1), y el otro don Juan de Jáuregui en su *Aminta* (2), donde felizmente ponen en duda cual es la traduccion, ó cual el original. Pero dígame vuesa merced, ¿este libro imprímese por su cuenta, ó tiene ya vendido el privilegio á algun librero? Por mi cuenta lo imprimo, respondió el autor, y pienso ganar mil ducados por lo menos con esta primera impresion, que ha de ser de dos mil cuerpos, y se han de despachar á seis reales cada uno en daca las pajas. Bien está vuesa merced en la cuenta, respondió don Quijote: bien parece que no sabe las entradas y salidas de los impresores, y las correspondencias que hay de unos á otros. Yo le prometo que cuando se vea cargado de dos mil cuerpos de libros, vea tan molido su cuerpo, que se espante, y mas si el libro es un poco avieso y no nada picante. ¿Pues qué, dijo el autor, quiere vuesa merced que se lo dé á un librero, que me dé por el privilegio tres maravedis, y aun piensa que me hace merced en dármelos? Yo no imprimo mis libros para alcanzar fama en el mundo, que ya en él soy conocido por mis obras; provecho quiero, que sin él no vale un cuatrin la buena fama. Dios le dé á vuesa merced buena manderecha, respondió don Quijote, y pasó adelante á otro cajon, donde vió que estaban corrigiendo un pliego de un libro que se intitulaba *Luz del alma*, y en viéndole dijo: estos tales libros, aunque hay muchos deste género, son los que se deben imprimir, porque son muchos los pecadores que se usan, y son menester infinitas luces para tantos deslumbrados. Pasó adelante, y vió que asimismo estaban corrigiendo otro libro, y preguntando su título, le respondieron que se llamaba *la segunda parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, compuesto por un tal vecino de Tordesillas. Ya yo tengo noticia deste libro, dijo don Quijote; y en verdad y en mi conciencia que pensé que ya estaba quemado y hecho polvo por impertinente; pero su san Martín (3) se le llegará como á cada puerco: que las historias fingidas tanto tienen de buenas y de deleitables, quanto se llegan á la verdad ó á la semejanza della, y las verdaderas tanto son mejores, quanto son mas verdaderas: y diciendo esto, con muestras de algun despecho se salió de la imprenta, y aquel mismo dia ordenó don Antonio de llevarle á ver las galeras que en la playa estaban, de que Sancho se regocijó mucho, á causa que en su vida las habia visto. Avisó don Antonio al cuatralvo (4) de las galeras como aquella tarde habia de llevar á verlas á su huésped, el famoso don Quijote de la Mancha, de quien ya el cuatralvo y todos los vecinos de la ciudad tenían noticia, y lo que le sucedió en ellas se dirá en el siguiente capitulo.

(1) Cuya traduccion se imprimió con este título: *El Pastor fido: Tragicomedia pastoral de Juan Bautista Guarini*. Valencia, 1609; 8. Este doctor fue natural de Valladolid y auditor de nuestras tropas en Italia. — P.

(2) Don Juan de Jáuregui fue un caballero sevillano, no menos poeta que pintor insigne, cuya arte profesaba por afición, y de que se servía para retratar á sus amigos, y á otros; como lo hizo con Miguel de Cervantes, segun dice este en el prólogo de sus novelas. Su traduccion se intitula así: *El Aminta, comedia pastoril de Torcuato Taso*. Sevilla, 1618. — P.

(3) Esto es, su fin, ó su muerte, con alusion al refran castellano que dice que *á cada puerco le llega su san Martín*; porque por este tiempo, que es en invierno, y hácia el dia en que se celebra la festividad de este santo, se suelen matar en Castilla los puercos que crian en sus casas los particulares para su gasto. — Arr.

(4) Cuatralvo, era el jefe ó comandante de cuatro galeras. El cuatralvo á que se refiere Cervantes era don Luis Coloma, conde de Elda; aunque otros le llaman don Francisco.





CAPITULO LXIII.

De lo mal que le avino á Sancho Panza con la visita de las galeras, y la nueva aventura de la hermosa morisca.



GRANDES eran los discursos que don Quijote hacia sobre la respuesta de la encantada cabeza, sin que ninguno dellos diese en el embuste, y todos paraban con la promesa, que él tuvo por cierta, del desencanto de Dulcinea. Allí iba y venia, y se alegraba entre sí mismo, creyendo que habia de ver presto su cumplimiento; y Sancho, aunque aborrecia el ser gobernador, como queda dicho, todavía deseaba volver á mandar y á ser obedecido: que esta mala ventura trae consigo el mando, aunque sea de burlas. En resolucion, aquella

tarde don Antonio Moreno su huésped y sus dos amigos, con don Quijote y Sancho, fueron á las galeras (1). El cuatralvo, que estaba avisado de su buena venida, por ver á los dos tan famosos Quijote y Sancho, apenas llegaron á la marina, cuando todas las galeras abatieron tienda (2), y sonaron las chirimias: arrojaron luego el esquite al agua, cubierto de ricos tapetes y de almohadas de terciopelo carmesí, y en poniendo que puso los pies en él don Quijote, disparó la capitana el cañon de crujia, y las otras galeras hicieron lo mismo, y al subir don Quijote por la escala derecha, toda la chusma le saludó, como es usanza, cuando una persona principal entra en la galera, diciendo: hu, hu, hu, tres veces. Dióle la mano el general, que con este nombre le llamaremos, que era un principal caballero valenciano: abrazó á don Quijote, diciéndole: este dia señalaré yo con piedra blanca, por ser uno de los mejores que pienso llevar en mi vida, habiendo visto al señor don Quijote de la Mancha

(1) Este suceso, ó la aventura de las galeras, pudo tal vez tomarse en parte de un hecho verdadero, sucedido en 1614, y que haciendo mencion de los servicios de don Martin Saavedra, Galindo y Guzman, refiere en la pag. 85 un autor de aquel siglo (Memorial al rey nuestro señor por Martin de Saavedra, Lodron de Guevara, señor de la casa de Saavedra, y de la de Narvaez, etc.): «El año de 1614 á vista de Barcelona, peleando la galera Patrona real con un navio reforzado de corsarios de Argel, y durando su defensa, fue el primero que le abordó y entró, y peleando cuerpo á cuerpo con el arracz, le mató: en cuyo valor consistió el de su gente, etc. — Arr.

(2) *Tienda* es la cubierta de la galera. Se dice *hacer tienda* cuando la ponen, y *abatir tienda* cuando la bajan. — Arr.

tiempo y señal que nos muestra que en él se encierra y cifra todo el valor de la andante caballería. Con otras no menos cortesés razones le respondió don Quijote, alegre sobremanera de verse tratar tan á lo señor. Entraron todos en la popa, que estaba muy bien aderezada, y sentáronse por los bandines (1): pasóse el cómitre (2) en crujía, y dió señal con el pito que la chusma hiciese fuera ropa (3), que se hizo en un instante. Sancho, que vió tanta gente en cueros, quedó pasmado, y mas cuando vió hacer tienda con tanta priesa, que á él le pareció que todos los diablos andaban allí trabajando; pero esto todo fueron tortas y pan pintado para lo que ahora diré.

Estaba Sancho sentado sobre el estanterol junto al espalder de la mano derecha, el cual, ya avisado de lo que habia de hacer, asió de Sancho, y levantándole en los brazos, toda la chusma puesta en pie y alerta, comenzando de la derecha banda, le fue dando y volteando sobre los brazos de la chusma de banco en banco con tanta priesa, que el pobre Sancho perdió la vista de los ojos, y sin duda pensó que los mismos demonios le llevaban, y no pararon con él hasta volverle por la siniestra banda y ponerle en la popa. Quedó el pobre molido y jadeando y trasudando, sin poder imaginar qué fue lo que sucedido le habia.

Don Quijote, que vió el vuelo sin alas de Sancho, preguntó al general si eran ceremonias aquellas que se usaban con los primeros que entraban en las galeras; porque si acaso lo fuese, él, que no tenia intencion de profesar en ellas, no queria hacer semejantes ejercicios, y que votaba á Dios que si alguno llegaba á asirle para voltearle, que le habia de sacar el alma á puntillazos; y diciendo esto se levantó en pie y empuñó la espada. A este instante abatieron tienda, y con grandísimo ruido dejaron caer la entena de alto abajo. Pensó Sancho que el cielo se desencajaba de sus quicios, y venia á dar sobre su cabeza, y agoviándola lleno de miedo, la puso entre las piernas. No las tuvo todas consigo don Quijote, que tambien se estremeció y encogió de hombros, y perdió la color del rostro. La chusma izó la entena con la misma priesa y ruido que la habian amainado (4), y todo esto callando como si no tuvieran voz ni aliento. Hizo señal el cómitre que zarpasen el ferro, y saltando en mitad de la crujía (5) con el corbacho ó rebenque, comenzó á mosquear las espaldas de la chusma, y alargarse (6) poco á poco á la mar.

Cuando Sancho vió á una moverse tantos pies colorados (que tales pensó él que eran los remos) dijo entre sí: estas si son verdaderamente cosas encantadas, y no las que mi amo dice. ¿Qué han hecho estos desdichados, que así los azotan? ¿y cómo este hombre solo, que anda por aquí silbando, tiene atrevimiento para azotar á tanta gente? Ahora yo digo que este es infierno, ó por lo menos el purgatorio. Don Quijote, que vió la atencion con que Sancho miraba lo que pasaba, le dijo: ¡ah Sancho amigo, y con qué brevedad, y cuan á poca costa os podiades vos, si quisiédes desnudar de medio cuerpo arriba, y poneros entre estos señores, y acabar con el desencanto de Dulcinea! pues con la miseria y pena de tantos no sentiriades vos mucho la vuestra; y mas, que podria ser que el sabio Merlin tomase en cuenta cada azote destes, por ser dados de buena mano, por diez de los que vos finalmente os habeis de dar.

Preguntar queria el general qué azotes eran aquellos, ó qué desencanto de Dul-

(1) Especie de asientos en la popa de las galeras en las dos bandas ó costados. — Arr.

(2) *Cómitre* era cierto jefe subalterno de la galera, á cuyo cargo estaba el órden, mando y castigo de los remeros. — Arr.

(3) *Hacer fuera ropa* era desnudarse los remeros cuando tienen que remar con brio y presteza. — Arr.

(4) *Amainar la entena* es abajarla y recogerla.

(5) *Saltar ó ponerse en crujía* es ponerse en el paseo y carrera de la galera, en medio de ella, entre las bandas de los remeros. Entre esta y la popa de la galera estaba el *estanterol*, que era una columna adonde el capitán de la nave asistia para mirar si iba bien esta, y su maniobra. — Arr.

(6) *A meterse poco á poco* ó marcharse mar adentro. — Arr.

cinea, cuando dijo el marinero: señal hace Monjuich de que hay bajel de remos en la costa por la banda del poniente. Esto oido, saltó el general en la cruja, y dijo: ea, hijos, no se nos vaya; algún bergantin de corsarios de Argel debe de ser este que la atalaya nos señala. Llegáronse luego las otras tres galeras á la capitana, á saber lo que se les ordenaba. Mandó el general que las dos saliesen á la mar, y él con la otra iría tierra á tierra, porque así el bajel no se les escaparía. Apretó la chusma los remos, impeliendo las galeras con tanta furia, que parecía que volaban. Las que salieron á la mar, á obra de dos millas descubrieron un bajel, que con la vista le marcaron por de hasta catorce ó quince bancos, y así era la verdad; el cual bajel cuando descubrió las galeras se puso en caza con intencion y esperanza de escaparse por su lijereza; pero avinole mal, porque la galera capitana era de los mas lijeros bajeles que en la mar navegaban, y así le fue entrando, que claramente los del bergantin conocieron que no podían escaparse, y así el arráez quisiera que dejarán los remos y se entregáran, por no irritar á enojo al capitan que nuestras galeras regia; pero la suerte, que de otra manera lo guiaba, ordenó que ya que la capitana llegaba tan cerca que podían los del bajel oír las voces que desde ella les decian que se rindiesen, dos Toraquis, que es como decir dos turcos borrachos, que en el bergantin venian con otros doce, dispararon dos escopetas, con que dieron muerte á dos soldados, que sobre nuestras arrumbadas venian. Viendo lo cual, juró el general de no dejar con vida á todos cuantos en el bajel tomase, y llegando á embestir con toda furia se le escapó por debajo de la palamenta (1). Pasó la galera adelante un buen trecho: los del bajel se vieron perdidos; hicieron vela en tanto que la galera volvía, y de nuevo á vela y á remo se pusieron en caza (2); pero no les aprovechó su diligencia tanto como les dañó su atrevimiento, porque alcanzádoles la capitana á poco mas de media milla, les echó la palamenta encima, y los cogió vivos á todos.

Llegaron en esto las otras dos galeras, y todas cuatro con la presa volvieron á la playa, donde infinita gente los estaba esperando, deseosos de ver lo que traian. Dió fondo el general cerca de tierra, y conoció que estaba en la marina el virey de la ciudad (3). Mandó echar el esquife para traerle, y mandó amainar la entena para ahorcar luego luego al arráez y á los demas turcos que en el bajel habia cogido, que serian hasta treinta y seis personas, todos gallardos, y los mas escopeteros turcos. Preguntó el general quien era el arráez del bergantin, y fuéle respondido por uno de los cautivos en lengua castellana (que despues pareció ser renegado español): este mancebo, señor, que aquí ves, es nuestro arráez, y mostróle uno de los mas bellos y gallardos mozos que pudiera pintar la humana imaginacion. La edad, al parecer, no llegaba á veinte años. Preguntóle el general: dime, mal aconsejado perro, ¿quién te movió á matarme mis soldados, pues veias ser imposible el escaparte? ¿Este respeto se guarda á las capitanas? ¿No sabes tú que no es valentía la temeridad? Las esperanzas dudosas han de hacer á los hombres atrevidos, pero no temerarios.

Responder queria el arráez, pero no pudo el general por entonces oír la respuesta por acudir á recibir al virey, que ya entraba en la galera, con el cual entraron algunos de sus criados y algunas personas del pueblo. Buena ha estado la caza, señor general, dijo el virey. Y tan buena, respondió el general, cual la verá vuestra esclencia agora colgada desta entena.

¿Como así? replicó el virey. Porque me han muerto, respondió el general, contra toda ley y contra toda razon y usanza de guerra, dos soldados de los mejores que en estas galeras venian, y yo he jurado de ahorcar á cuantos he cautivado, princi-

(1) *Palamenta* el conjunto de remos de cualquier barco que los usa. — MARTINEZ DEL ROMERO.

(2) *Se pusieron en caza*, esto es, maniobraron para escapar. Esta frase ni es hoy marítima, ni se usa en el sentido que la usó Cervantes. Dicese *dar caza* á perseguir ó seguir una embarcacion á otra. — MARTINEZ DEL ROMERO.

(3) Era lo D. Francisco Hurtado de Mendoza; marques de Almazan, soldado de gran valor. — P.

palmente á este mozo, que es el arráz del bergantin; y enseñóle al que ya tenia atadas las manos y echado el cordel á la garganta esperando la muerte.



Miróle el virey, y viéndole tan hermoso y tan gallardo y tan humilde, dándole en aquel instante una carta de recomendacion su hermosura, le vino deseo de escuchar su muerte, y así le preguntó: dime arráz, ¿eres turco de nacion, ó moro, ó renegado? A lo cual el mozo respondió en lengua asimismo castellana: ni soy turco de nacion, ni moro, ni renegado. ¿Pues qué eres? replicó el virey. Mujer cristiana, respondió el mancebo. ¿Mujer y cristiana, y en tal traje y en tales pasos? Mas es cosa para admirarla que para creerla. Suspended, dijo el mozo, oh señores la ejecucion de mi muerte, que no se perderá mucho en que se dilate vuestra venganza en tanto que yo os cuente mi vida. ¿Quién fuera el de corazon tan duro que con estas razones no se ablandara, ó á lo menos hasta oír las que el triste y lastimado mancebo decir queria? El general le dijo que dijese lo que quisiese, pero que no esperase alcanzar perdon de su conocida culpa. Con esta licencia el mozo comenzó á decir desta manera: —

De aquella nacion mas desdichada que prudente, sobre quien ha llovido estos dias un mar de desgracias, nací yo de moriscos padres engendrada. En la corriente de su desventura fui yo por dos tíos míos llevada á Berberia, sin que me aprovechase decir que era cristiana, como en efecto lo soy, y no de las fingidas ni aparentes, sino de las verdaderas y católicas. No me valió con los que tenían á cargo nuestro miserable destierro decir esta verdad, ni mis tíos quisieron creerla, antes la tuvieron por mentira y por invencion para quedarme en la tierra donde habia nacido, y así por fuerza mas que por grado me trujeron consigo. Tuve una madre cristiana, y un padre discreto y cristiano, ni mas ni menos: mamá la fe católica en la leche, criéme con buenas costumbres: ni en la lengua ni en ellas jamas, á mí parecer, dí señales de ser morisca. Al par y al paso destas virtudes, que yo creo que lo son, creció mi her-

mosura, si es que tengo alguna; y aunque mi recato y mi encerramiento fue mucho, no debió de ser tanto que no tuviese lugar de verme un mancebo caballero, llamado don Gaspar Gregorio (1), hijo mayorazgo de un caballero que junto á nuestro lugar otro suyo tiene. Como me vió, como nos hablamos, como se vió perdido por mí, y como yo no muy ganada por él, seria largo de contar, y mas en tiempo que estoy temiendo que entre la lengua y la garganta se ha de atravesar el riguroso cordel que me amenaza; y así solo diré como en nuestro destierro quiso acompañarme don Gregorio. Mezclóse con los moriscos que de otros lugares salieron, porque sabia muy bien la lengua, y en el viaje se hizo amigo de dos tios míos, que consigo me traian; porque mi padre prudente y prevenido, así como oyó el primer bando de nuestro destierro, se salió del lugar, y se fué á buscar alguno en los reinos extraños que nos acogiese. Dejó encerradas y enterradas en una parte, de quien yo sola tengo noticia, muchas perlas y piedras de gran valor, con algunos dineros en cruzados y doblones de oro. Mandóme que no tocase el tesoro que dejaba en ninguna manera, si acaso antes que él volviese nos desterraban. Hicelo así, y con mis tios, como tengo dicho, y otros parientes y allegados pasamos á Berberia, y el lugar donde hicimos asiento fue en Argel, como si le hiciéramos en el mismo infierno. Tuvo noticia el rey de mi hermosura, y la fama se la dió de mis riquezas, que en parte fue ventura mia. Llamóme ante sí, preguntóme de qué parte de España era, y qué dineros y qué joyas traía. Dijele el lugar, y que las joyas y dineros quedaban en él enterrados; pero que con facilidad se podrian cobrar si yo misma volviese por ellos. Todo esto le dije temerosa de que no le cegase mi hermosura, sino su codicia.

Estando conmigo en estas pláticas, le llegaron á decir como venia conmigo uno de los mas gallardos y hermosos mancebos que se podia imaginar. Luego entendí que lo decian por don Gaspar Gregorio, cuya belleza se deja atrás las mayores que encarcerarse pueden. Turbóme considerando el peligro que don Gregorio corria, porque entre aquellos bárbaros turcos en mas se tiene y estima un muchacho ó mancebo hermoso, que una mujer por bellísima que sea. Mandó luego el rey que se le trujesen allí delante para verle, y preguntóme si era verdad lo que de aquel mozo le decian. Entonces yo, casi como prevenida del cielo, le dije que sí era; pero que le hacia saber que no era varon, sino mujer como yo, y que le suplicaba me la dejase ir á vestir en su natural traje, para que de todo en todo mostrase su belleza, y con menos empacho pareciese ante su presencia. Dijome que fuese en buena hora, y que otro día hablaríamos en el modo que se podia tener para que yo volviese á España á sacar el escondido tesoro. Hablé con don Gaspar, contéle el peligro que corria el mostrar ser hombre: véstíle de mora, y aquella misma tarde le truje á la presencia del rey, el cual en viéndole quedó admirado, é hizo designio de guardarla para hacer presente della al gran señor; y por huir del peligro que en el serrallo de sus mujeres podia tener y temer de sí mismo, la mandó poner en casa de unas principales moras, que la guardasen y la sirviesen, adonde le llevaron luego. Lo que los dos sentimos (que no puedo negar que le quiero) se deje á la consideracion de los que se apartan, si bien se quieren. Dió luego traza el rey de que yo volviese á España en este bergantín, y que me acompañasen dos turcos de nacion, que fueron los que mataron vuestros soldados. Vino tambien conmigo este renegado español, señalando al que habia hablado primero, del cual sé yo bien que es cristiano encubierto, y que viene con mas deseo de quedarse en España, que de volver á Berberia: la demas chusma del bergantín son moros y turcos, que no sirven de mas que de bogar al remo. Los dos turcos codiciosos é insolentes, sin guardar el orden que traíamos de que á mí y este renegado, en la primer parte de España, en hábito de cristianos, de que venimos

(1) Aquí se llama *don Gregorio*; antes se le llamó *don Gaspar*, y Ricote al fin del cap. LIV le habia llamado *don Pedro*.—Vuelvesele á llamar *don Gregorio* en el cap. LXV.

proveidos, nos echasen en tierra, primero quisieron barrer esta costa, y hacer alguna presa si pudiesen, temiendo que si primero nos echaban por tierra en algun accidente que á los dos nos sucediese, podríamos descubrir que quedaba el bergantin en la mar, y si acaso hubiese galeras por esta costa, los tomasen. Anoche descubrimos esta playa, y sin tener noticia destas cuatro galeras, fuimos descubiertos, y nos ha sucedido lo que habeis visto. En resolucion, don Gregorio queda en hábito de mujer entre mujeres, con manifiesto peligro de perderse, y yo me veo atadas las manos, esperando, ó por mejor decir, temiendo perder la vida, que ya me cansa. Este es, señores, el fin de mi lamentable historia, tan verdadera como desdichada: lo que os ruego es, que me dejeis morir como cristiana, pues como ya he dicho, en ninguna cosa he sido culpante de la culpa en que los de mi nacion han caido: y luego calló, preñados los ojos de tiernas lágrimas, á quien acompañaron muchos de los que presentes estaban.

El virey, tierno y compasivo, sin hablarle palabra se llegó á ella, y le quitó con sus manos el cordel que las hermosas de la mora ligaba. En tanto pues que la morisca cristiana su peregrina historia trataba, tuvo clavados los ojos en ella un anciano peregrino, que entró en la galera cuando entró el virey; y apenas dió fin á su plática la morisca, cuando él se arroja á sus pies, y abrazado dellos, con interrumpidas palabras de mil sollozos y suspiros, le dijo: oh Ana Félix, desdichada hija mia, yo soy tu padre Ricote, que volvia á buscarte, por no poder vivir sin tí, que eres mi alma. A cuyas palabras abrió los ojos Sancho y alzó la cabeza, que inclinada tenia, pensando en la desgracia de su paseo, y mirando al peregrino conoció ser el mismo Ricote, que topó el día que salió de su gobierno, y confirmóse que aquella era su hija, la cual ya desatada, abrazó á su padre, mezclando sus lágrimas con las suyas: el cual dijo al general y al virey: esta, señores, es hija mia, mas desdichada en sus sucesos que en su nombre. Ana Félix se llama con el sobrenombre de Ricote, famosa tanto por su hermosura, como por mi riqueza: yo salí de mi patria á buscar en reinos extraños quien nos albergase y recogiese, y habiéndolo hallado en Alemania, volví en este hábito de peregrino, en compañía de otros alemanes á buscar mi hija, y á desenterrar muchas riquezas que dejé escondidas. No hallé á mi hija, hallé el tesoro que conmigo traigo, y ahora por el extraño rodeo que habeis visto, he hallado el tesoro que mas me enriquece, que es á mi querida hija: si nuestra poca culpa y sus lágrimas y las mias, por la integridad de vuestra justicia pueden abrir puertas á la misericordia, usadla con nosotros, que jamas tuvimos pensamiento de ofenderos, ni convenimos en ningun modo con la intencion de los nuestros, que justamente han sido desterrados. Entonces dijo Sancho: bien conozco á Ricote, y sé que es verdad lo que dice en cuanto á ser Ana Félix su hija, que en esotras zarandajas de ir y venir, tener buena ó mala intencion, no me entremeto.

Admirados del extraño caso todos los presentes, el general dijo: una por una vuestras lágrimas no me dejarán cumplir mi juramento: vivid, hermosa Ana Félix, los años de vida que os tiene determinados el cielo, y lleven la pena de su culpa los insolentes y atrevidos que la cometieron, y mandó luego ahorcar de la entena á los dos turcos que á sus dos soldados habian muerto; pero el virey le pidió encarecidamente no los ahorcase, pues mas locura que valentia habia sido la suya. Hizo el general lo que el virey le pedia, porque no se egecutan bien las venganzas á sangre helada: procuraron luego dar traza de sacar á don Gaspar Gregorio del peligro en que quedaba: ofreció Ricote para ello mas de dos mil ducados que en perlas y en joyas tenia: diéronse muchos medios; pero ninguno fue tal como el que dió el renegado español que se ha dicho, el cual se ofreció de volver á Argel en algun barco pequeño de hasta seis bancos, armado de remeros cristianos, porque él sabia donde, como y cuando podia y debia desembarcar, y asimismo no ignoraba la casa donde don Gaspar quedaba: dudaron el general y el virey el fiarse del renegado, ni confiar dél

los cristianos que habian de bogar al remo : fióle Ana Félix , y Ricote su padre dijo que salia á dar el rescate de los cristianos, si acaso se perdiesen. Firmados, pues, en este parecer, se desembarcó el virey, y don Antonio Moreno se llevó consigo á la morisca y á su padre, encargándole el virey que los regalase y acariciase cuanto le fuese posible, que de su parte le ofrecia lo que en su casa hubiese para su regalo : tanta fue la benevolencia y caridad que la hermosura de Ana Félix infundió en su pecho.

CAPITULO LXIII.



MARTI.



CAPITULO LXIV.

Que trata de la aventura que mas pesadumbre dió á don Quijote de cuantas hasta entonces le habian sucedido



LA mujer de don Antonio Moreno, cuenta la historia, que recibió grandísimo contento de ver á Ana Félix en su casa. Recibióla con mucho agrado, así enamorada de su belleza, como de su discrecion, porque en lo uno y en lo otro era extremada la morisca, y toda la gente de la ciudad, como á campana tañida (1), venian á verla. Dijo don Quijote á don Antonio que el parecer que habia tomado en la libertad de don Gregorio no era bueno, porque tenia mas de peligroso que de conveniente, y que seria mejor que le pusiesen á él en Berberia con sus armas y caballo: que él le sacaria á pesar de toda la morisma, como habia hecho don Gaiferos á su esposa Melisendra. Advierta vuesa merced, dijo Sancho oyendo esto, que el señor don Gaiferos sacó á su esposa de tierra firme, y la llevó á Francia por tierra firme: pero aquí, si acaso sacamos á don Gregorio, no tenemos por donde traerle á España, pues está la mar en medio. Para todo hay remedio, sino es para la muerte, respondió don Quijote, pues llegando el barco á la marina, nos podremos embarcar en él, aunque todo el mundo lo impida. Muy bien lo pinta y facilita vuesa merced, dijo Sancho: pero del dicho al hecho hay gran trecho, y yo me atengo al renegado, que me parece muy hombre de bien y de muy buenas entrañas. Don Antonio dijo que si el renegado no saliese bien del caso, se tomaria el espediente de que el gran don Quijote pasase en Berberia.

De allí á dos dias partió el renegado en un ligero barco de seis remos por banda, armado de valentísima chusma, y de allí á otros dos se partieron las galeras á Levante, habiendo pedido el general al visorey fuese servido de avisarle de lo que sucediese en la libertad de don Gregorio y en el caso de Ana Félix. Quedó el visorey de hacerlo así como se lo pedia.

Y una mañana, saliendo don Quijote á pasearse por la playa, armado de todas sus armas, porque, como muchas veces decia, ellas eran sus arreos, y su descanso el pelear, y no se hallaba sin ellas un punto, vió venir hácia él un caballero, armado asimismo de punta en blanco, que en el escudo traia pintada una luna resplande-

(1) Esto es, como á toque de campana, ó como si por medio de esta fuese avisada para que acudiese. — Arr.

ciente, el cual llegándose á trecho que podia ser oido, en altas voces, encaminando sus razones á don Quijote, dijo: insigne caballero, y jamas como se debe alabado, don Quijote de la Mancha, yo soy el caballero de la Blanca Luna, cuyas inauditas hazañas quizá te le habrán traído á la memoria: vengo á contender contigo, y á probar la fuerza de tus brazos, en razon de hacerte conocer y confesar que mi dama, sea quien fuere, es sin comparacion mas hermosa que tu Dulcinea del Toboso; la cua verdad si tú la confiesas de llano en llano, escusarás tu muerte y el trabajo que yo he de tomar en dártela: y si tú peleares, y yo te venciere, no quiero otra satisfaccion sino que dejando las armas, y absteniéndote de buscar aventuras, te recojas y retires á tu lugar por tiempo de un año, donde has de vivir sin echar mano á la espada, en paz tranquila y en provechoso sosiego, porque así conviene al aumento de tu hacienda y á la salvacion de tu alma: y si tú me vencieres, quedará á tu discrecion mi cabeza, y serán tuyos los despojos de mis armas y caballo, y pasará á la tuya la fama de mis hazañas. Mira lo que te está mejor, y respóndeme luego, porque hoy todo el dia traigo de término para despachar este negocio.

Don Quijote quedó suspenso y atónito, así de la arrogancia del caballero de la Blanca Luna, como de la causa porque le desafiaba; y con reposo y ademan severo le respondió: caballero de la Blanca Luna, cuyas hazañas hasta ahora no han llegado á mi noticia, yo os haré jurar que jamas habeis visto á la ilustre Dulcinea; que si visto la hubiérades, yo sé que procurarades no poner os en esta demanda, porque su vista os desengañara de que no ha habido ni puede haber belleza que con la suya compararse pueda: y así no diciéndoos que mentis, sino que no acertais en lo propuesto, con las condiciones que habeis referido aceto vuestro desafio, y luego, porque no se pase el dia que traes determinado; y solo exceto de las condiciones la de que se pase á mí la fama de vuestras hazañas, porque no sé cuales ni qué tales sean: con las mias me contento, tales cuales ellas son. Tomad pues la parte del campo que quisiéredes, que yo haré lo mismo, y á quien Dios se la diere, san Pedro se la bendiga.

Habian descubierto de la ciudad al caballero de la Blanca Luna, y dichoselo al visorey, que estaba hablando con don Quijote de la Mancha. El visorey, creyendo seria alguna nueva aventura fabricada por don Antonio Moreno, ó por otro algun caballero de la ciudad, salió luego á la playa con don Antonio y con otros muchos caballeros que le acompañaban, á tiempo cuando don Quijote volvia las riendas á Rocinante para tomar del campo lo necesario. Viendo pues el visorey que daban los dos señales de volverse á encontrar, se puso en medio, preguntándoles qué era la causa que les movia hacer tan de improviso batalla. El caballero de la Blanca Luna respondió: que era precedencia de hermosura, y en breves razones le dijo las mismas que habia dicho á don Quijote, con la acetacion de las condiciones del desafio hechas por entrambas partes.

Llegóse el visorey á don Antonio, y preguntóle paso si sabia quien era el caballero de la Blanca Luna, ó si era alguna burla que querian hacer á don Quijote. Don Antonio le respondió que ni sabia quien era, ni si era de burlas ni de veras el tal desafio. Esta respuesta tuvo perplejo al visorey en si les dejaria ó no pasar delante en la batalla; pero no pudiéndose persuadir á que fuese sino burla, se apartó diciendo: señores caballeros, si aquí no hay otro remedio sino confesar ó morir, y el señor don Quijote está en sus trece, y vuesa merced el de la Blanca Luna en sus catorce, á la mano de Dios (1) y dénse.

Agradeció el de la Blanca Luna con cortesés y discretas razones al visorey la licencia que se les daba, y don Quijote hizo lo mismo; el cual encomendándose al cielo de todo corazon, y á su Dulcinea, como tenia de costumbre al comenzar de las batallas que se le ofrecian, tornó á tomar otro poco mas del campo, porque vió que

(1) Dios los ayude, ó encomiéndense á Dios. — Arr.

su contrario hacia lo mismo, y sin tocar trompeta ni otro instrumento bélico que les diese señal de arremeter, volvieron entrambos á un mismo punto las riendas á sus caballos; y como era mas lijero el de la Blanca Luna, llegó á don Quijote á dos tercios andados de la carrera, y allí le encontró con tan poderosa fuerza, sin tocarle con la lanza, que la levantó al parecer de propósito, que dió con Rocinante y con don Quijote por el suelo una peligrosa caída. Fué luego sobre él, y poniéndole la lanza sobre la visera, le dijo: vencido sois, caballero, y aun muerto, si no confesais las condiciones de nuestro desafío.

Don Quijote molido y aturdido, sin alzarse la visera, como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma dijo: Dulcinea del Toboso es la mas hermosa mujer del mundo, y yo el mas desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad: aprieta, caballero, la lanza, y quitame la vida, pues me has quitado la honra.

Eso no haré yo por cierto, dijo el de la Blanca Luna: viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso, que solo me contento con que el gran don Quijote se retire á su lugar un año, ó hasta el tiempo que por mí le fuere mandado, como concertamos antes de entrar en esta batalla. Todo esto oyeron el visorey y don Antonio, con otros muchos que allí estaban, y oyeron asimismo que don Quijote respondió, que como no le pidiese cosa que fuese en perjuicio de Dulcinea, todo lo demas cumpliria como caballero puntual y verdadero.

Hecha esta confesion, volvió las riendas el de la Blanca Luna, y haciendo mesura con la cabeza al visorey, á medio galope se entró en la ciudad. Mandó el visorey á don Antonio que fuese tras él, y que en todas maneras supiese quien era. Levantaron á don Quijote, descubriéronle el rostro, y halláronle sin color y trasudando. Rocinante de puro malparado no se pudo mover por entonces. Sancho, todo triste, todo apesarado, no sabia qué decirse ni qué hacerse. Pareciale que todo aquel suceso pasaba en sueños, y que toda aquella máquina era cosa de encantamiento. Veia á su señor rendido, y obligado á no tomar armas en un año. Imaginaba la luz de la gloria de sus hazañas escurecida, las esperanzas de sus nuevas promesas deshechas, como se deshace el humo con el viento. Temia si quedaria ó no contrechado Rocinante, ó deslocado (1) su amo: que no fuera poca ventura si deslocado (2) quedara. Finalmente con una silla de manos, que mandó traer el visorey, le llevaron á la ciudad, y el visorey se volvió tambien á ella, con deseo de saber quien fuese el caballero de la Blanca Luna, que de tan mal talante habia dejado á don Quijote.

(1) Por *dislocado*.

(2) Esto es, curado de su locura. Cervantes, jugando aqui graciosa y oportunamente del vocablo, da en este pasaje esta doble significacion á la palabra *deslocado*. — Arr.





CAPITULO LXV.

Donde se da noticia quien era el de la Blanca Luna, con la libertad de don Gregorio, y de otros sucesos.



Siguió don Antonio Moreno al caballero de la Blanca Luna, y siguiéronle tambien y aun perseguiéronle muchos muchachos, hasta que le cerraron en un meson dentro de la ciudad. Entró en él don Antonio con deseo de conocerle: salió un escudero á recibirle y á desarmarle: encerróse en una sala baja, y con él don Antonio, que no se le cocia el pan hasta saber quien fuese.

Viendo pues el de la Blanca Luna que aquel caballero no le dejaba, le dijo: bien sé, señor, á lo que venis, que es saber quien soy; y porque no hay para que negároslo, en tanto que este mi criado me desarma, os lo diré, sin faltar un punto á la verdad del caso. Sabed, señor, que á mí me llaman el bachiller Sanson Carrasco. Soy del mismo lugar de don Quijote de la Mancha, cuya locura y sandez mueve á que le tengamos lástima todos cuantos le conocemos, y entre los que mas se la han tenido he sido yo; y creyendo que está su salud en su reposo, y en que se esté en su tierra y en su casa, di traza para hacerle estar en ella, y así habrá tres meses que le salí al camino como caballero andante, llamándome el caballero de los Espejos, con intencion de pelear con él y vencerle, sin hacerle daño, poniendo por condicion de nuestra pelea que el vencido quedase á discrecion del vencedor; y lo que yo pensaba pedirle, porque ya le juzgaba por vencido, era que se volviese á su lugar, y que no saliese dél en todo un año, en el cual tiempo podria ser curado; pero la suerte lo ordenó de otra manera, porque él me venció á mí, y me derribó del caballo, y así no tuvo efecto mi pensamiento: él prosiguió su camino, y yo me volví vencido, corrido y molido de la caída, que fue ademas peligrosa; pero no por esto se me quitó el deseo de volver á buscarle y á vencerle, como hoy se ha visto. Y como él es tan puntual en guardar las órdenes de la andante caballeria, sin duda alguna guardará

la que le he dado, en cumplimiento de su palabra. Esto es, señor, lo que pasa, sin que tenga que decirnos otra cosa alguna: suplicoos no me descubrais, ni le digais á don Quijote quien soy, porque tengan efecto los buenos pensamientos míos, y vuelva á cobrar su juicio un hombre que le tiene bonísimo, como le dejen las sandeces de la caballería.

¡Oh señor! dijo don Antonio, Dios os perdone el agravio que habeis hecho á todo el mundo en querer volver cuerdo al mas gracioso loco que hay en él. ¿No veis, señor, que no podrá llegar el provecho que cause la cordura de don Quijote á lo que llega el gusto que da con sus desvarios? Pero yo imagino que toda la industria del señor bachiller no ha de ser parte para volver cuerdo á un hombre tan rematadamente loco; y si no fuese contra caridad, diria que nunca sane don Quijote, porque con su salud, no solamente perdemos sus gracias, sino las de Sancho Panza su escudero, que cualquiera dellas puede volver á alegrar á la misma melancolía. Con todo esto callaré y no le diré nada, por ver si salgo verdadero en sospechar que no ha de tener efecto la diligencia hecha por el señor Carrasco. El cual respondió, que ya una por una estaba en buen punto aquel negocio, de quien esperaba feliz suceso: y habiéndose ofrecido don Antonio de hacer lo que mas le mandase, se despidió dél, y hecho liar sus armas sobre un macho, luego al mismo punto sobre el caballo con que entró en la batalla se salió de la ciudad aquel mismo día, y se volvió á su patria sin sucederle cosa que obligue á contarla en esta verdadera historia.

Contó don Antonio al visorey todo lo que Carrasco le habia contado de lo que el visorey no recibió mucho gusto, porque en el recogimiento de don Quijote se perdía el que podian tener todos aquellos que de sus locuras tuviesen noticia.

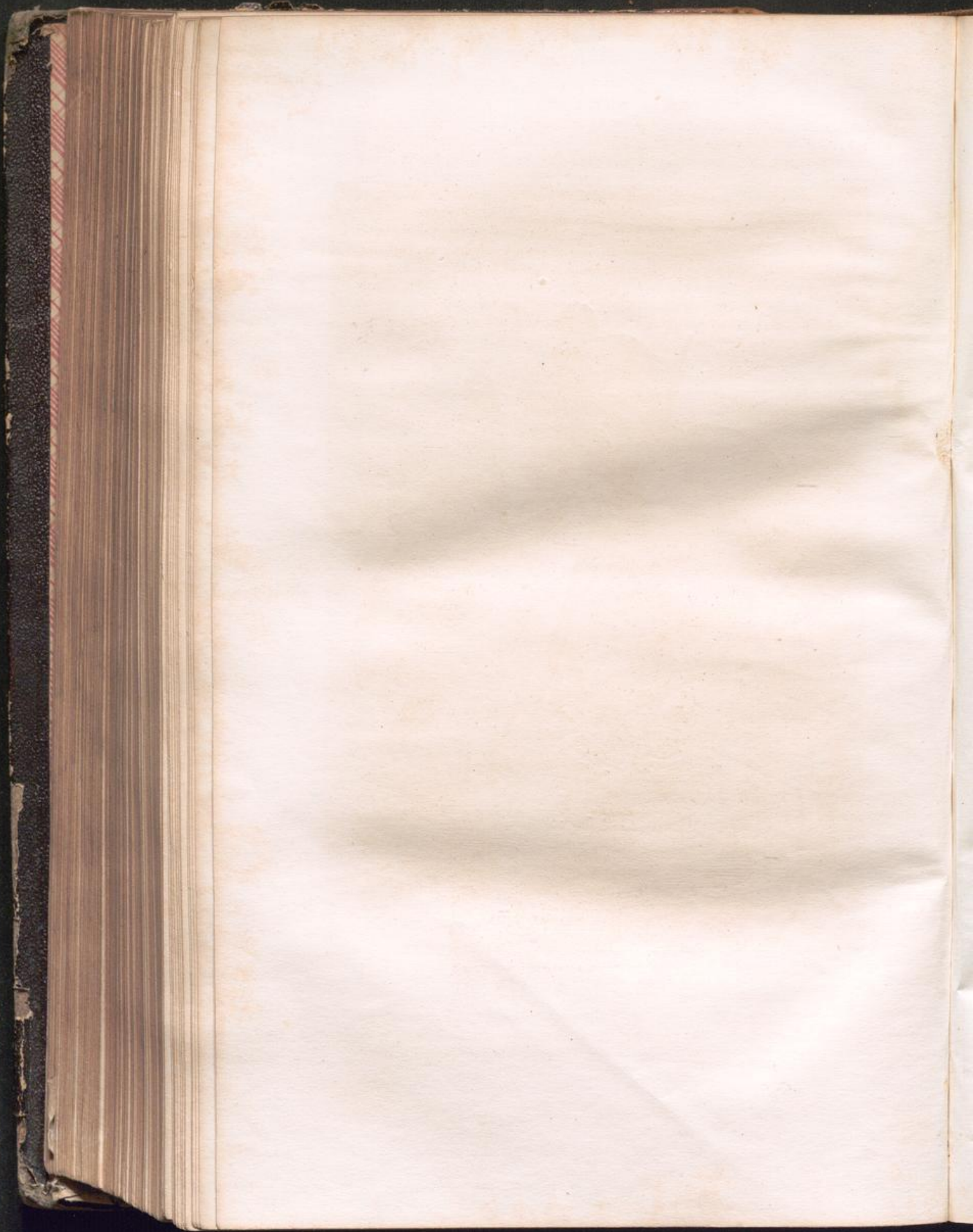
Seis dias estuvo don Quijote en el lecho, marrido (1), triste, pensativo y mal acondicionado, yendo y viniendo con la imaginación en el desdichado suceso de su vencimiento. Consolábale Sancho, y entre otras razones le dijo: señor mio, alce vuesa merced la cabeza, y alégrese si puede y dé gracias al cielo, que ya que le derribó en la tierra, no salió con alguna costilla quebrada; y pues sabe que donde las dan las toman, y que no siempre hay tocinos donde hay estacas, dé una higa al médico, pues no le há menester para que le cure en esta enfermedad. Volvámonos á nuestra casa, y dejémonos de andar buscando aventuras por tierras y lugares que no sabemos; y si bien se considera, yo soy aquí el mas perdidoso, aunque es vuesa merced el mas malparado. Yo que dejé con el gobierno los deseos de ser mas gobernador, no dejé la gana de ser conde, que jamas tendrá efecto si vuesa merced deja de ser rey dejando el ejercicio de su caballería, y así vienen á volverse en humo mis esperanzas.

Calla, Sancho, pues ves que mi reclusion y retirada no ha de pasar de un año, que luego volveré á mis honrados ejercicios, y no me ha de faltar reino que gane y algun condado que darte. Dios lo oiga, dijo Sancho, y el pecado sea sordo, que siempre he oido decir que mas vale buena esperanza que ruin posesion.

En esto estaban cuando entró don Antonio, diciendo con muestras de grandísimo contento: albricias, señor don Quijote, que don Gregorio y el renegado que fue por él está en la playa; ¿que digo en la playa? ya está en casa del visorey, y será aquí al momento. Alegróse algun tanto don Quijote, y dijo: en verdad que estoy por decir que me holgara que hubiera sucedido todo al revés, porque me obligara á pasar en Berberia, donde con la fuerza de mi brazo diera libertad, no solo á don Gregorio, sino á cuantos cristianos cautivos hay en Berberia. Pero ¿que digo, miserable? ¿No soy yo el vencido? ¿no soy yo el derribado? ¿no soy yo el que no puede tomar armas en un año? Pues ¿qué prometo? ¿de qué me alabo, si antes me conviene usar de la rueca que de la espada? Déjese deso, señor, dijo Sancho: viva la gallina aunque con su

(1) Lo mismo que *amarrido*, esto es, afligido, melancólico. — Arr.





pepita, que hoy por ti y mañana por mí; y en estas cosas de encuentros y porrazos no hay tomarles tiento alguno, pues el que hoy cae puede levantarse mañana, si no es que se quiera estar en la cama, quiero decir que se deje desmayar, sin cobrar nuevos bríos para nuevas pencias: y levántese vuesa merced agora para recibir á don Gregorio, que me parece que anda la gente alborotada, y ya debe de estar en casa.

Y así era la verdad, porque habiendo ya dado cuenta don Gregorio y el renegado al visorey de su ida y vuelta, deseoso don Gregorio de ver á Ana Félix, vino con el renegado á casa de don Antonio; y aunque don Gregorio, cuando le sacaron de Argel, fue con hábitos de mujer, en el barco los trocó por los de un cautivo que salió consigo: pero en cualquiera que viniera, mostrara ser persona para ser codiciada, servida y estimada, porque era hermoso sobremanera, y la edad al parecer de diez y siete ó



diez y ocho años. Ricote y su hija salieron á recibirle, el padre con lágrimas, y la hija con honestidad. No se abrazaron unos á otros, porque donde hay mucho amor no

suele haber demasiada desenvoltura. Las dos bellezas juntas de don Gregorio y Ana Félix admiraron en particular á todos juntos los que presentes estaban. El silencio fue allí el que habló por los dos amantes, y los ojos fueron las lenguas que descubrieron sus alegres y honestos pensamientos. Contó el renegado la industria y medio que tuvo para sacar á don Gregorio. Contó don Gregorio los peligros y aprietos en que se habia visto con las mujeres con quien habia quedado, no con largo razonamiento, sino con breves palabras, donde mostró que su discrecion se adelantaba á sus años. Finalmente, Ricote pagó y satisfizo liberalmente, así al renegado como á los que habian bogado al remo. Reincorporóse y redújose el renegado con la iglesia, y de miembro podrido volvió limpio y sano con la penitencia y el arrepentimiento.

De allí á dos dias trató el visorey con don Antonio que modo tendrian para que Ana Félix y su padre quedasen en España, pareciéndoles no ser de inconveniente alguno que quedasen en ella hija tan cristiana y padre al parecer tan bien intencionado. Don Antonio se ofreció venir á la corte á negociarlo, donde habia de venir forzosamente á otros negocios, dando á entender que en ella por medio del favor y de las dádivas, muchas cosas dificultosas se acaban. No, dijo Ricote, que se halló presente á esta plática, hay que esperar en favores ni en dádivas, porque con el gran don Bernardino de Velasco, conde de Salazar, á quien dió su magestad cargo de nuestra espulsion, no valen ruegos, no promesas, no dádivas, no lástimas; porque aunque es verdad que él mezcla la misericordia con la justicia, como él ve que todo el cuerpo de nuestra nacion está contaminado y podrido, usa con él antes del cauterio que abrasa, que del ungüento que molifica; y así con prudencia, con sagacidad, con diligencia y con miedos que pone ha llevado sobre sus fuertes hombros á debida ejecucion el peso desta gran máquina, sin que nuestras industrias, estratagemas, solicitudes y fraudes hayan podido deslumbrar sus ojos de Argos, que contino tiene alerta, porque no se le quede ni encubra ninguno de los nuestros, que como raiz escondida, con el tiempo venga despues á brotar y á echar frutos venenosos en España, ya limpia, ya desembarazada de los temores en que nuestra muchedumbre la tenia. ¡Heróica resolucion del gran Filipo Tercero, é inaudita prudencia en haberla encargado al tal don Bernardino de Velasco (1)!

Una por una yo haré, puesto allá, las diligencias posibles, y haga el cielo lo que mas fuere servido, dijo don Antonio: don Gregorio se irá conmigo á consolar la pena que sus padres deben tener por su ausencia: Ana Félix se quedará con mi mujer en mi casa ó en un monasterio, y yo sé que el señor visorey gustará se quede en la suya el buen Ricote, hasta ver como yo negocio.

El visorey consintió en todo lo propuesto; pero don Gregorio, sabiendo lo que pasaba dijo que en ninguna manera podria ni queria dejar á doña Ana Félix; pero teniendo intencion de ver á sus padres, y de dar traza de volver por ella, vino en el decretado concierto. Quedóse Ana Félix con la mujer de don Antonio, y Ricote en casa del visorey.

Llegóse el dia de la partida de don Antonio, y el de don Quijote y Sancho, que fue de allí á otros dos, que la caída no le concedió que mas presto se pusiese en camino. Hubo lágrimas, hubo suspiros, desmayos y sollozos al despedirse don Gregorio de Ana Félix. Ofrecióle Ricote á don Gregorio mil escudos si los queria; pero él no tomó ninguno, sino solos cinco que le prestó don Antonio, prometiendo la paga dellos en la corte. Con esto se partieron los dos, y don Quijote y Sancho despues, como se ha dicho: don Quijote desarmado y de camino, Sancho á pie, por ir el rucio cargado con las armas.

(1) Hubo otros encargados de la espulsion de los moriscos; pero aqui se habla solo del que ejecutó la de la Mancha, que fue con efecto D. Bernardino de Velasco y Aragon, conde de Salazar, comendador de Villamayor y Veas, del consejo de guerra, comisario general de la infanteria de Castilla. — P.



CAPITULO LXVI.

Que trata de lo que verá el que lo leyere, ó lo oirá el que lo escuchare leer.



Al salir de Barcelona, volvió don Quijote á mirar el sitio donde habia caído, y dijo: aquí fue Troya; aquí mi desdicha y no mi cobardía, se llevó mis alcanzadas

glorias; aquí usó la fortuna conmigo de sus vueltas y revueltas; aquí se escurecieron mis hazañas; aquí finalmente cayó mi ventura para jamas levantarse. Oyendo lo cual Sancho, dijo: tan de valientes corazones es, señor mio, tener sufrimiento en las desgracias como alegría en las prosperidades; y esto lo juzgo por mí mismo, que si cuando era gobernador estaba alegre, agora que soy escudero de á pie, no estoy triste: porque he oido decir que esta que llaman por ahí fortuna, es una mujer borracha y antojadiza y sobre todo ciega, y así no ve lo que hace, ni sabe á quien derriba ni á quien ensalza.

Muy filósofo estás, Sancho, respondió don Quijote, muy á lo discreto hablas, no sé quien te lo enseña. Lo que te sé decir es que no hay fortuna en el mundo, ni las cosas que en él suceden buenas ó malas que sean, vienen acaso, sino por particular providencia de los cielos; y de aquí viene lo que suele decirse, que cada uno es artífice de su ventura. Yo lo he sido de la mia, pero no con la prudencia necesaria, y así me han salido al gallarin (1) mis presunciones, pues debiera pensar que al poderoso grandor del caballo del de la Blanca Luna no podia resistir la flaqueza de Rocinante. Atrévime en fin, hice lo que pude, derribáronme, y aunque perdí la honra, no perdí ni puedo perder la virtud de cumplir mi palabra. Cuando era caballero andante, atrevido y valiente, con mis obras y con mis manos acreditaba mis hechos; y ahora

(1) Esto es, me han salido á la cara, me han costado caras. — Arr.

cuando soy escudero pedestre , acreditaré mis palabras cumpliendo la que di de mi promesa. Camina pues, amigo Sancho, y vamos á tener en nuestra tierra el año del noviciado , con cuyo encerramiento cobraremos virtud nueva para volver al nunca de mí olvidado ejercicio de las armas.

Señor, respondió Sancho, no es cosa tan gustosa el caminar á pie, que me mueva é incite á hacer grandes jornadas. Dejemos estas armas colgadas de algun árbol en lugar de un ahorcado, y ocupando yo las espaldas del rucio, levantados los pies del suelo, haremos las jornadas como vuesa merced las pidiere y midiere : que pensar que tengo de caminar á pie, y hacerlas grandes, es pensar en lo excusado.

Bien has dicho, Sancho, respondió don Quijote : cuélguense mis armas por trofeo, y al pie dellas ó al rededor dellas grabaremos en los árboles lo que en el trofeo de las armas de Roldan estaba escrito :

Nadie las mueva ;
Que estar no pueda con Roldan á prueba.

Todo eso me parece de perlas, respondió Sancho ; y si no fuera por la falta que para él camino nos habia de hacer Rocinante, tambien fuera bien dejarle colgado. Pues ni él ni las armas, replicó don Quijote, quiero que se ahorquen, porque no se diga que á buen servicio, mal galardón. Muy bien dice vuesa merced, respondió Sancho, porque segun opinion de discretos, la culpa del asno no se ha de echar á la albarda : y pues deste suceso vuesa merced tiene la culpa, castíguese á sí mesmo, y no revienten sus iras por las ya rotas y sangrientas armas, ni por las mansedumbres de Rocinante, ni por la blandura de mis pies, queriendo que caminen mas de lo justo.

En estas razones y pláticas se les pasó todo aquel dia y aun otros cuatro, sin sucederles cosa que estorbase su camino, y al quinto dia á la entrada de un lugar, hallaron á la puerta de un meson mucha gente, que por ser fiesta se estaba allí solazando. Cuando llegaba á ellos don Quijote, un labrador alzó la voz diciendo : alguno destos dos señores que aquí vienen, que no conocen las partes, dirá lo que se ha hacer en nuestra apuesta. Si diré por cierto, respondió don Quijote, con toda rectitud, si es que alcanzo á entenderla. Es pues el caso, dijo el labrador, señor bueno, que un vecino deste lugar, tan gordo que pesa once arrobas, desafió á correr á otro su vecino que no pesa mas que cinco. Fue la condicion que habian de correr una carrera de cien pasos, con pesos iguales; y habiéndole preguntado al desafiador como se habia de igualar el peso, dijo que el desafiado que pesa cinco arrobas, se pusiese seis de hierro acuestas, y así se igualarian las once arrobas del flaco con las once del gordo. Eso no, dijo á esta sazón Sancho, antes que don Quijote respondiese : y á mí, que há pocos dias que salí de ser gobernador y juez, como todo el mundo sabe, toca averiguar estas dudas, y dar parecer en todo pleito.

Responde en buena hora, dijo don Quijote, Sancho amigo, que yo no estoy para dar migas á un gato, segun traigo alborotado y trastornado el juicio. Con esta licencia, dijo Sancho á los labradores, que estaban muchos al rededor dél, la boca abierta, esperando la sentencia de la suya : hermanos, lo que el gordo pide no lleva camino, ni tiene sombra de justicia alguna; porque si es verdad lo que se dice, que el desafiado puede escoger las armas, no es bien que este las escoja tales, que le impidan ni estorben el salir vencedor : y así es mi parecer, que el gordo desafiador se escamonde, monde, entresaque, pula y atilde, y saque seis arrobas de sus carnes, de aquí ó de allí de su cuerpo, como mejor le pareciere y estuviere, y desta manera quedando en cinco arrobas de peso se igualará y ajustará con las cinco de su contrario, y así podrán correr igualmente.

Voto á tal, dijo un labrador, que escuchó la sentencia de Sancho, que este señor

ha hablado como un bendito, y sentenciado como un canónigo; pero á buen seguro que no ha de querer quitarse el gordo una onza de sus carnes, cuanto mas seis arrobas. Lo mejor es que no corran, respondió otro, porque el flaco no se muela con el peso, ni el gordo se descarne, y échese la mitad de la apuesta en vino, y llevemos estos señores á la taberna de lo caro, y sobre mí la capa cuando llueva.

Yo señores, respondió don Quijote, os lo agradezco; pero no puedo detenerme un punto, porque pensamientos y sucesos tristes me hacen parecer descortes, y caminar mas que de paso: y así dando de las espuelas á Rocinante, pasó adelante, dejándolos admirados de haber visto y notado, así su extraña figura, como la discrecion de su criado, que por tal juzgaron á Sancho: y otro de los labradores dijo: si el criado es tan discreto, ¿cual debe ser el amo? Yo apostaré que si van á estudiar á Salamanca que á un tris han de venir á ser alcaldes de corte, que todo es burla, sino estudiar y mas estudiar, y tener favor y ventura, y cuando menos se piensa el hombre se halla con una vara en la mano, ó con una mitra en la cabeza.

Aquella noche la pasaron amo y mozo en mitad del campo al cielo raso y descubierta, y otro dia siguiendo su camino, vieron que hácia ellos venia un hombre de á pie, con unas alforjas al cuello y una azcona ó chuzo en la mano, propio talle de correo de á pie, el cual como llegó junto á don Quijote, adelantó el paso, y medio corriendo llegó á él, y abrazándole por el muslo derecho, que no alcanzaba á mas, le dijo con muestras de mucha alegría: ¡oh mi señor don Quijote de la Mancha, y que gran contento ha de llegar al corazón de mi señor el duque, cuando sepa que vuesa merced vuelve á su castillo, que todavía se está en él con mi señora la duquesa!

No os conozco, amigo, respondió don Quijote, ni sé quien sois, si vos no me lo decis. Yo, señor don Quijote, respondió el correo, soy Tosilos el lacayo del duque mi señor, que no quise pelear con vuesa merced sobre el casamiento de la hija de doña Rodriguez.

¡Válame Dios! dijo don Quijote, ¿es posible que sois vos el que los encantadores mis enemigos trasformaron en ese lacayo que decis, por defraudarme de la honra de aquella batalla?

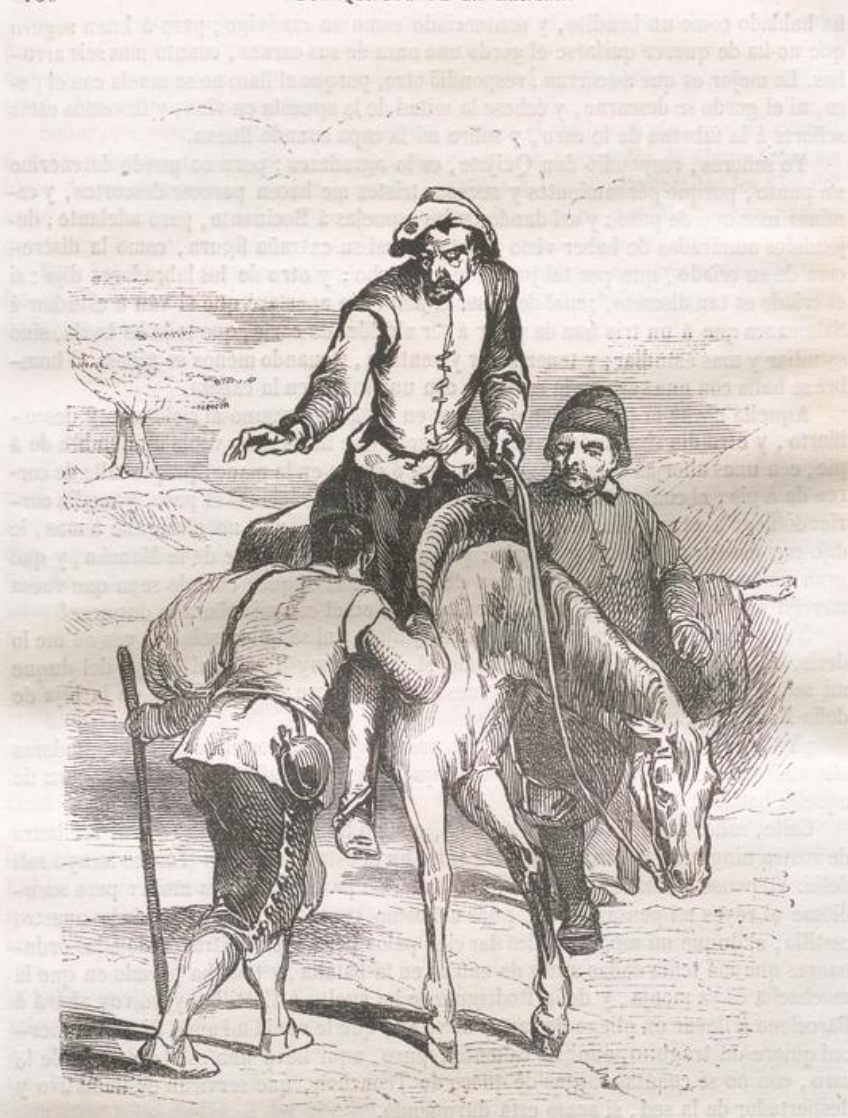
Calle, señor bueno, replicó el cartero, que no hubo encanto alguno, ni mudanza de rostro ninguna: tan lacayo Tosilos entré en la estacada, como Tosilos lacayo sali della. Yo pensé casarme sin pelear, por haberme parecido bien la moza: pero sucedióme al revés mi pensamiento, pues así como vuesa merced se partió de nuestro castillo, el duque mi señor me hizo dar cien palos por haber contravenido á las órdenanzas que me tenia dadas antes de entrar en la batalla, y todo ha parado en que la muchacha es ya monja, y doña Rodriguez se ha vuelto á Castilla, y yo voy ahora á Barcelona á llevar un pliego de cartas al virey, que le envia mi amo. Si vuesa merced quiere un traguito, aunque caliente, puro, aquí llevo una calabaza llena de lo caro, con no sé cuantas rajitas de queso de Tronchon, que servirán de llamativo y despertador de la sed, si acaso está durmiendo.

Quiero el convite (1), dijo Sancho, y échese el resto de la cortesía, y escancie el buen Tosilos á despecho y pesar de cuantos encantadores hay en las Indias. En fin, dijo don Quijote, tú eres Sancho, el mayor gloton del mundo, y el mayor ignorante de la tierra, pues no te persuades que este correo es encantado, y este Tosilos contratahecho: quédate con él, y hártate, que yo me iré adelante poco á poco, esperándote á que vengas.

Rióse el lacayo, desenvainó su calabaza, desalforjó (2) sus rajas, y sacando un panecillo él y Sancho se sentaron sobre la yerba verde, y en buena paz y compa-

(1) Metáfora tomada del juego del convite, y se dice así cuando se acepta este. Aquí significa aceptar el convite. — Arr.

(2) Sacó de las alforjas. — Arr.



ña despavilaron y dieron fondo con todo el repuesto de las alforjas, con tan buenos alientos, que lamieron el pliego de las cartas, solo porque olía á queso. Dijo Tosilos á Sancho: sin duda este tu amo, Sancho amigo, debe de ser un loco. ¿ Como debe? respondió Sancho, no debe nada á nadie, que todo lo paga, y mas cuando la moneda es locura: bien lo veo yo, y bien se lo digo á él, pero ¿ que aprovecha? y mas agora que va rematado, porque va vencido del caballero de la Blanca Luna.

Rogóle Tosilos le contase lo que le habia sucedido, pero Sancho le respondió que era descortesía dejar que su amo le esperase, que otro dia, si se encontrasen, habria lugar para ello: y levantándose despues de haberse sacudido el sayo y las migajas de las barbas, antecogió al rucio, y diciendo adios, dejó á Tosilos y alcanzó á su amo que á la sombra de un árbol le estaba esperando.



CAPITULO LXVII.

De la resolución que tomó don Quijote de hacerse pastor y seguir la vida del campo, en tanto que se pasaba el año de su promesa, con otros sucesos en verdad gustosos y buenos.



Si muchos pensamientos fatigaban á don Quijote antes de ser derribado, muchos mas le fatigaron despues de caido. A la sombra del árbol estaba, como se ha dicho,

y allí como moscas á la miel le acudian y picaban pensamientos. Unos iban al desencanto de Dulcinea, y otros á la vida que habia de hacer en su forzosa retirada. Llegó Sancho, y alabóle la liberal condicion del lacayo Tosilos. ¿ Es posible, le dijo don Quijote, que todavia, oh Sancho, pienses que aquel sea verdadero lacayo? Parece que se te ha ido de las mientes haber visto á Dulcinea convertida y trasformada en labradora, y al caballero de los Espejos en el de bachiller Carrasco: obras todas de los encantadores que me persiguen. Pero dime ahora, ¿ preguntaste á ese Tosilos que dices, qué ha hecho Dios de Altisidora, si ha llorado mi ausencia, ó si ha dejado ya en las manos del olvido los enamorados pensamientos que en mi presencia la fatigaban?

No eran, respondió Sancho, los que yo tenia tales, que me diesen lugar á preguntar boberias. ¡ Cuerpo de mi! señor, ¿ está vuesa merced ahora en términos de inquirir pensamientos ajenos, especialmente amorosos? Mira, Sancho, dijo don Quijote, mucha diferencia hay de las obras que se hacen por amor, á las que se hacen por agradecimiento. Bien puede ser que un caballero sea desamorado; pero no puede ser, hablando en todo rigor, que sea desagradecido. Quísome bien, al parecer Altisidora, dióme los tres tocadores que sabes, lloró en mi partida, maldijome, vituperóme, quejóse á despecho de la vergüenza públicamente: señales todas de que me adoraba, que las iras de los amantes suelen parar en maldiciones. Yo no tuve esperanzas que darle, ni tesoros que ofrecerle, porque las mias las tengo entregadas á Dulcinea, y los tesoros de los caballeros andantes son como los de los duendes, aparentes y falsos, y solo puedo darle estos acuerdos que della tengo, sin perjuicio empero de los que tengo de Dulcinea, á quien tú agravias con la remision que tienes en azotarte, y en castigar esas carnes, que vea yo comidas de lobos, que

quieren guardarse antes para los gusanos que para el remedio de aquella pobre señora.

Señor, respondió Sancho, si va á decir la verdad, yo no me puedo persuadir que los azotes de mis posaderas tengan que ver con los desencantos de los encantados, que es como si dijésemos: si os duele la cabeza, untaos las rodillas: á lo menos yo osaré jurar que en cuantas historias vuesa merced ha leído, que tratan de la andante caballería, no ha visto algun desencantado por azotes; pero por si ó por no, yo me los daré cuando tenga gana, y el tiempo me dé comodidad para castigarme. Dios lo haga, respondió don Quijote, y los cielos te den gracia para que caigas en la cuenta, y en la obligacion que te corre de ayudar á mi señora, que lo es tuya, pues tú eres mio.

En estas pláticas iban siguiendo su camino, cuando llegaron al mismo sitio y lugar donde fueron atropellados de los toros. Reconocióle don Quijote, y dijo á Sancho: este es el prado donde topamos á las bizarras pastoras y gallardos pastores, que en él querian renovar é imitar á la pastoral Arcadia; pensamiento tan nuevo como discreto, á cuya imitacion, si es que á ti te parece bien, querría oh Sancho, que nos convirtiésemos en pastores, siquiera el tiempo que tengo de estar recogido (1). Yo compraré algunas ovejas, y todas las demas cosas que al pastoral ejercicio son necesarias, y llamándome yo el pastor Quijotiz, y tú el pastor Pancino, nos andaremos por los montes, por las selvas y por los prados, cantando aquí, endechando allí, bebiendo de los líquidos cristales de las fuentes, ó ya de los limpios arroyuelos, ó de los caudalosos rios. Daránnos con abundantísima mano de su dulcísimo fruto las encinas, asiento los troncos de los durísimos alcornoques, sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas los extendidos prados, aliento el aire claro y puro, luz la luna y las estrellas, á pesar de la escuridad de la noche, gusto el canto, alegría el lloro, Apolo versos, el amor concetos, con que podremos hacernos eternos y famosos, no solo en los presentes, sino en los venideros siglos.

Pardiez, dijo Sancho, que me ha cuadrado y aun esquinado tal género de vida, y mas que no la ha de haber aun bien visto el bachiller Sanson Carrasco y maese Nicolas el barbero, cuando la han de querer seguir y hacerse pastores con nosotros; y aun quiera Dios no le venga en voluntad al cura de entrar tambien en el aprisco, segun es de alegre y amigo de holgarse.

Tú has dicho muy bien, dijo don Quijote, y podrá llamarse el bachiller Sanson Carrasco, si entra en el pastoral gremio, como entrará sin duda, el pastor Sansonino, ó ya el pastor Carrascon: el barbero Nicolas se podrá llamar Niculoso, como ya el antiguo Boscan se llamó Nemoroso (2): al cura no sé que nombre lo pongamos, sino es algun derivativo de su nombre, llamándole el pastor Curiambro. Las pastoras de quien hemos de ser amantes, como entre peras podremos escoger sus nombres; y pues el de mi señora cuadra, así al de pastora como al de princesa, no hay para que cansarme en buscar otro que mejor le venga: tú, Sancho, pondrás á la tuya el que quisieres.

No pienso, respondió Sancho, ponerle otro alguno, sino el de Teresona, que le vendrá bien con su gordura y con el propio que tiene, pues se llama Teresa; y mas, que celebrándola yo en mis versos, vengo á descubrir mis castos deseos, pues no ando á buscar pan de trastrigo por las casas ajenas. El cura no será bien que tenga pastora, por dar buen ejemplo, y si quisiere el bachiller tenerla, su alma en su palma.

(1) Este pasaje es imitacion de lo que se refiere del príncipe D. Florisel de Niquea, en la segunda parte, capítulo CXXXII de *Amadís de Grecia*. — P.

(2) Esta es la opinion comun; aunque Hernando de Herrera quiso decir que el Nemoroso de las églogas de Garcilaso, fue D. Antonio de Fonseca, marido de la Elisa, ó Isabel, celebrado en ellas; cuya novedad contradice Don Luis Zapata en su *Miscelánea*, diciendo que D. Antonio Fonseca en su vida hizo copla, ni fue de la compañía de Garcilaso, como Boscan, ni tuvo ramo de donde saliese y se dedujese, como de Boscan, *ne-mus*, Nemoroso. — P.

¡Válame Dios, dijo don Quijote, y qué vida nos hemos de dar, Sancho amigo! ¡Qué de churumbelas (1) han de llegar á nuestros oídos, qué de gaitas zamoranas, qué de tamborines, y qué de sonajas, y qué de rabeles! Pues qué si entre estas diferencias de músicas resuena la de los albogues? (2) Allí se verán casi todos los instrumentos pastorales.

¿Qué son albogues? preguntó Sancho, que ni los he oído nombrar, ni los he visto en toda mi vida. Albogues son, respondió don Quijote, unas chapas á modo de candeleros de azófar, quedando una con otra por lo vacío y hueco hacen un son, si no muy agradable ni armónico, no descontenta, y viene bien con la rusticidad de la gaita y del tamborin; y este nombre *albogues* es morisco, como lo son todos aquellos que en nuestra lengua castellana comienzan en *al* (3): conviene á saber, *almohaza*, *almorzar*, *alhombra*, *alguacil*, *alhuzemá*, *almacen alcancia* (4), y otros semejantes, que deben ser pocos mas, y solos tres tiene nuestra lengua, que son moriscos y acaban en *i* (5), y son *borceguí*, *zaquizamí* y *maravedí*: *alhelí* y *alfaqú*, tanto por el *al* primero, como por el *i* en que acaban, son conocidos por arábigos. Esto te he dicho de paso, por hármelo reducido á la memoria la ocasión de haber nombrado albogues: y hános de ayudar mucho á poner en perfección este ejercicio el ser yo algún tanto poeta, como tú sabes, y el serlo también en extremo el bachiller Sansón Carrasco. Del cura no digo nada; pero yo apostaré que debe de tener sus puntas y collares (6) de poeta, y que las tenga también maese Nicolás, no dudo en ello, porque todos (7) ó los mas son guitarristas y copleros. Yo me quejaré de ausencia; tú te alabarás de firme enamorado; el pastor Carrascon de desdenado, y el cura Curiambro de lo que él mas puede servirse, y así andará la cosa que no haya mas que desear.

A lo que respondió Sancho: yo soy, señor, tan desgraciado, que temo no ha de llegar el día en que en tal ejercicio me vea. ¡Oh que polidas cucharas tengo de hacer cuando pastor me vea! ¡Que de migas, que de natas, que de guirnaldas y que de zarandajas pastoriles! que puesto que no me grangeen fama de discreto, no dejarán de grangearme la de ingenioso. Sanchica mi hija nos llevará la comida al ható. ¡Pero guarda! que es de buen parecer, y hay pastores mas maliciosos que simples, y no querría que fuese por lana y volviese trasquilada; y también suelen andar los amores y los no buenos deseos por los campos, como por las ciudades, y por las pastorales chozas, como por los reales palacios, y quitada la causa se quita el pecado, y ojos que no ven corazón que no quiebra; y mas vale salto de mata que ruego de hombres buenos.

No mas refranes Sancho, dijo don Quijote, pues cualquiera de los que has dicho basta para dar á entender tu pensamiento; y muchas veces te he aconsejado que no seas tan pródigo de refranes, y que te vayas á la mano en decirlos; pero paréceme que es predicar en desierto: y castigame mi madre, y yo trompójelas.

Paréceme, respondió Sancho, que vuesa merced es como lo que dicen: dijo la sarten á la caldera, quitate allá ojinegra. Estáme reprendiendo que no diga yo refranes, y ensártalos vuesa merced de dos en dos.

(1) *Churumbela* instrumento músico pastoril que se tañe con la boca, en forma de chirimía.

(2) *Albogues* es nombre arábigo, que significa cierto instrumento músico. Los antiguos escritores árabes dicen que era una especie de vocina, llamada así de la voz latina *voce*; pero segun Cervantes era un instrumento músico compuesto de chapas de metal. Puede creerse que fuese lo que ahora se llaman *platillos* en la moderna música militar. — A.

(3) Esto no es exacto, como lo prueban muchos ejemplos. Tampoco lo es lo que sigue sobre los nombres acabados en *i*. — E DE O. — Con todo, es preciso no irse por los extremos.

(4) *Alcancia*, bola de barro que se llenaba de agua de olor ó de polvos, etc.

(5) Se engañó, ó mas bien, se olvidó Cervantes al escribir esto de que aun tiene nuestra lengua otros dos mas, por lo menos, que son *alfolí*, que es el depósito, ó almacén de la sal, y *aljonjolí* nombre de una planta. — Arr.

(6) Esto es, presunciones ó pretensiones de poeta. — Arr.

(7) *Los barberos* se debe suplir aquí. — Arr.

Mira, Sancho, respondió don Quijote, yo traigo los refranes á propósito, y vienen cuando los digo como anillo en el dedo; pero tráelos tú tan por los cabellos, que los arrastras y no los guías; y si no me acuerdo mal, otra vez te he dicho que los refranes son sentencias breves, sacadas de la experiencia y especulacion de nuestros antiguos sábios; y el refran que no viene á propósito, antes es disparate que sentencia. Pero dejémonos desto, y pues ya viene la noche, retirémonos del camino real algun trecho, donde pasaremos esta noche, y Dios sabe lo que será mañana.

Retiráronse, cenaron tarde y mal, bien contra la voluntad de Sancho, á quien se le representaban las estrechezas de la andante caballeria, usadas en las selvas y en los montes; si bien tal vez la abundancia se mostraba en los castillos y casas, así de don Diego de Miranda, como en las bodas del rico Camacho, y de don Antonio Moreno; pero consideraba no ser posible ser siempre de día, ni siempre de noche, y así pasó aquella durmiendo, y su amo velando.





CAPITULO LXVIII.

De la cerdosa aventura que le aconteció á don Quijote.



ERA la noche algo oscura, puesto que la luna estaba en el cielo, pero no en parte que pudiese ser vista, que tal vez la señora Diana se va á pasear á los antípodas, y deja los montes negros y los valles oscuros. Cumplió don Quijote con la naturaleza, durmiendo el primer sueño, sin dar lugar al segundo, bien al

reves de Sancho, que nunca tuvo segundo, porque le duraba el sueño desde la noche hasta la mañana, en que se mostraba su buena complexion y pocos cuidados. Los de don Quijote le desvelaron de manera, que despertó á Sancho, y le dijo: maravillado estoy, Sancho, de la libertad de tu condicion. Yo imagino que eres hecho de mármol ó de duro bronce, en quien no cabe movimiento ni sentimiento alguno. Yo velo cuando tú duermes, yo lloro cuando cantas, yo me desmayo de ayuno cuando tú estás perezoso y desalentado de puro hartó. De buenos criados es conllevar las penas de sus señores, y sentir sus sentimientos, por el bien parecer siquiera. Mira la serenidad desta noche, la soledad en que estamos, que nos convida á entremeter alguna vigilia entre nuestro sueño. Levántate por tu vida, y desvíate algun trecho de aquí, y con buen ánimo y denuedo agradecido date trescientos ó cuatrocientos azotes á buena cuenta de los del desencanto de Dulcinea: y esto rogando te lo suplico, que no quiero venir contigo á los brazos como la otra vez, porque sé que los tienes pesados. Después que te hayas dado, pasaremos lo que resta de la noche, cantando yo mi ausencia, y tú tu firmeza, dando desde ahora principio al ejercicio pastoral que hemos de tener en nuestra aldea.

Señor, respondió Sancho, no soy yo religioso para que desde la mitad de mi sueño me levante y me discipline, ni menos me parece que del extremo del dolor de los azotes se pueda pasar al de la música. Vuesa merced me deje dormir, y no me apriete en lo del azotarme, que me hará hacer juramento de no tocarme jamas al pelo del sayo, no que al de mis carnes.

¡ Oh alma endurecida! ¡ oh escudero sin piedad! ¡ oh pan mal empleado, y mercedes mal consideradas las que te he hecho y pienso de hacerte! Por mí te has visto gobernador, y por mí te ves con esperanzas propíncuas de ser conde, ó tener otro

título equivalente, y no tardará el cumplimiento dellas mas de cuanto tarde en pasar este año, que yo : *post tenebras spero lucem* (1).

No entiendo eso, replicó Sancho Panza; solo entiendo que en tanto que duermo, ni tengo temor ni esperanza, ni trabajo, ni gloria; y bien haya el que inventó el sueño, capa que cubre todos los humanos pensamientos, manjar que quita la hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frío, frío que templa el ardor, y finalmente moneda general con que todas las cosas se compran, balanza y peso que iguala al pastor con el rey, y al simple con el discreto. Solo una cosa tiene mala el sueño, según he oído decir, y es que se parece á la muerte, pues de un dormido á un muerto hay muy poca diferencia.

Nunca te he oído hablar, Sancho, dijo don Quijote, tan elegantemente como ahora, por donde vengo á conocer ser verdad el refrán que tú algunas veces sueles decir: no con quien naces, sino con quien paces.

¡Ah pésia tal! replicó Sancho, señor nuestro amo, no soy yo ahora el que ensarta refranes, que también á vuesa merced se le caen de la boca de dos en dos mejor que á mí, sino que debe de haber entre los míos y los suyos esta diferencia, que los de vuesa merced vendrán á tiempo, y los míos á deshora; pero en efecto todos son refranes.

En esto estaban, cuando sintieron un sordo estruendo y un áspero ruido que por todos aquellos valles se extendía. Levantóse en pie don Quijote y puso mano á la espada, y Sancho se agazapó debajo del rucio poniéndose á los lados el lio de las armas y la albarda de su jumento, tan temblando de miedo como alborotado don Quijote. De punto en punto iba creciendo el ruido y llegándose cerca á los dos temerosos: á lo menos al uno, que al otro ya se sabe su valentía. Es pues, el caso, que llevaban unos hombres á vender á una feria mas de seiscientos puercos, con los cuales caminaban á aquellas horas; y era tanto el ruido que llevaban y el gruñir y el bufar, que ensordecieron los oídos de don Quijote y de Sancho, que no advirtieron lo que ser po-



dia. Llegó de tropel la extendida y gruñidora piara, y sin tener respeto á la autoridad de don Quijote, ni á la de Sancho, pasaron por cima de los dos, deshaciendo las trincheras de Sancho, y derribando no solo á don Quijote, sino llevando por añadidura á Rocinante. El tropel, el gruñir, la presteza con que llegaron los animales

(1) El signo de Juan de la Cuesta, primer impresor del Quijote y amigo de Cervantes era una grulla, y en la orla las palabras latinas anteriores, que quieren decir: *Después de las tinieblas espero ver la luz*. (Job, Cap. XVII, ó XII.)—A.

inmundos puso en confusion y por el suelo á la albarda, á las armas, al rucio, á Rocinante, á Sancho y á don Quijote.

Levantóse Sancho como mejor pudo, y pidió á su amo la espada, diciéndole que queria matar media docena de aquellos señores y descomedidos puercos; que ya habia conocido que lo eran. Don Quijote le dijo: déjalos estar, amigo, que esta afrenta es pena de mi pecado y justo castigo del cielo es, que á un caballero andante vencido le coman adivas (1), y le piquen avispas, y le hollen puercos.

Tambien debe de ser castigo del cielo, respondió Sancho, que á los escuderos de los caballeros vencidos los puncen moscas, los coman piojos, y les embista la hambre. Si los escuderos fuéramos hijos de los caballeros á quien servimos, ó parientes suyos muy cercanos, no fuera mucho que nos alcanzara la pena de sus culpas hasta la cuarta generacion. Pero ¿qué tienen que ver los Panzas con los Quijotes? Ahora bien, tornémonos á acomodar, y durmamos lo poco que queda de la noche, y amanecerá Dios y medraremos.

Duerme tú, Sancho, respondió don Quijote, que naciste para dormir, que yo que nací para velar, en el tiempo que falta de aquí al dia daré rienda á mis pensamientos, y los desfogaré en un madrigalete, que sin que tú lo sepas anoche compuse en la memoria. A mí me parece, respondió Sancho, que los pensamientos que dan lugar á hacer coplas no deben de ser muchos: vuesa merced coplee cuanto quisiere, que yo dormiré cuanto pudiere; y luego tomando en el suelo cuanto quiso se acurruco, y durmió á sueño suelto, sin que fianzas ni deudas, ni dolor alguno se lo estorbaba. Don Quijote arrimado á un tronco de un haya ó de un alcornoque (que Cide Hamete Ben Engeli no distingue el árbol que era) al son de sus mismos suspiros cantó desta suerte:

Amor, cuando yo pienso
En el mal que me das terrible y fuerte,
Voy corriendo á la muerte,
Pensando así acabar mi mal inmenso:
Mas en llegando al paso,
Que es puerto en este mar de mi tormento,
Tanta alegría siento,
Que la vida se esfuerza y no le paso.
Así el vivir me mata,
Que la muerte me torna á dar la vida,
¡Oh condicion no oida,
La que conmigo muerte y vida trata!

Cada verso destes acompañaba con muchos suspiros y no pocas lágrimas, bien como aquel cuyo corazon tenia traspasado con el dolor del vencimiento y con la ausencia de Dulcinea. Llegóse en esto el dia, dió el sol con sus rayos en los ojos á Sancho: despertó, y desperezóse, sacudiéndose y estirándose los perezosos miembros: miró el destrozo que habian hecho los puercos en su reposteria, y maldijo la piara y aun mas adelante.

Finalmente volvieron los dos á su comenzado camino, y al declinar de la tarde vieron que hácia ellos venian hasta diez hombres de á caballo, y cuatro ó cinco de á pie. Sobresaltóse el corazon de don Quijote, y azoróse el de Sancho, porque la gente que se les llegaba traia lanzas y adargas, y venia muy á punto de guerra. Volvióse don Quijote á Sancho y díjole: si yo pudiera, Sancho, ejercitar mis armas, y mi promesa no me hubiera atado los brazos, esta máquina que sobre nosotros viene la

(1) *Adiva* es una especie de zorra: voz arábica, que significa animal astuto y peloso, fiera sagaz. — A.

tuviera yo por tortas y pan pintado; pero podría ser fuese otra cosa de la que tememos. Llegaron en esto los de á caballo, y arbolando las lanzas, sin hablar palabra alguna, rodearon á don Quijote, y se las pusieron á las espaldas y pechos, amenazándole de muerte. Uno de los de á pie, puesto un dedo en la boca, en señal de que callase, asió del freno de Rocinante, y le sacó del camino; y los demas de á pie, antecogiendo á Sancho y al rucio, guardando todos maravilloso silencio, siguieron los pasos del que llevaba á don Quijote, el cual dos ó tres veces quiso preguntar adonde le llevaban, ó que querian; pero apenas comenzaba á mover los labios, cuando se los iban á cerrar con los hierros de las lanzas; y á Sancho le acontecia lo mismo, porque apenas daba muestras de hablar, cuando uno de los de á pie con un aguijon le punzaba, y al rucio ni mas ni menos, como si hablar quisiera. Cerró la noche, apresuraron el paso, creció en los dos presos el miedo, y mas cuando oyeron que de cuando en cuando les decian: caminad, trogloditas (1); callad, bárbaros; pagad, antropófagos; no os quejeis, escitas; ni abrais los ojos, polifemos matadores, leones carniceros, y otros nombres semejantes á estos con que atormentaban los oídos de los miserables amo y mozo. Sancho iba diciendo entre sí: ¿nosotros tortolitas, nosotros barberos, ni estropajos, nosotros perritas, á quien dicen cita, cita? No me contentan nada estos nombres, á mal viento va esta parva (2), todo el mal nos viene junto como al perro los palos, y ojalá parase en ellos lo que amenaza esta aventura tan desventurada. Iba don Quijote embelesado, sin poder atinar con cuantos discursos hacia que serian aquellos nombres llenos de vituperios que les ponian, de los cuales sacaba en limpio no esperar ningun bien, y temer mucho mal. Llegaron en esto un hora casi de la noche á un castillo, que bien conoció don Quijote que era el del duque, donde habia poco que habian estado. ¡Válame Dios! dijo así como conoció la estancia, ¿y que será esto? Si que en esta casa todo es cortesía y buen comedimiento; pero para los vencidos el bien se vuelve en mal, y el mal en peor. Entraron al patio principal del castillo y viéronle aderezado y puesto de manera que les acrecentó la admiracion y les dobló el miedo, como se verá en el siguiente capítulo.

(1) Los naturales de ciertos pueblos de la Etiopia, hombres bárbaros y crueles.

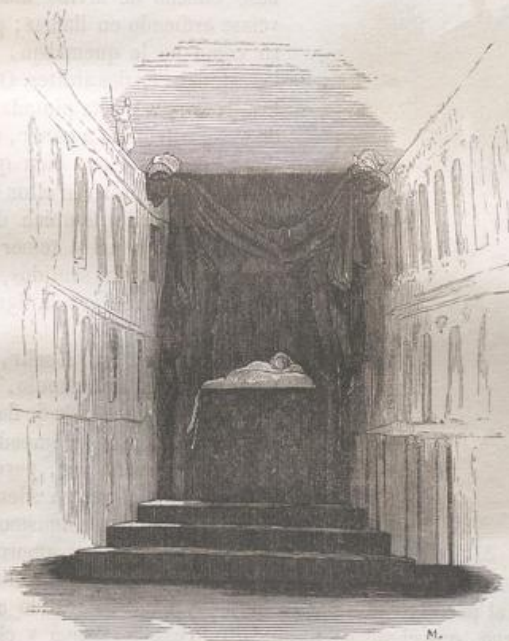
(2) Espresion metafórica tomada de la agricultura, en las operaciones de la trilla y limpia del grano; dicese esto cuando el viento que corre no es favorable para limpiar la parva. Esta es el monton de mies trillada que se tiene en la era antes de aventarla, para apartar la paja del grano. — Arr.





CAPITULO LXIX.

Del mas raro y mas nuevo suceso que en todo el discurso desta grande historia avino á don Quijote.



APEÁRONSE los de á caballo, y junto con los de á pie, tomando en peso, y arrebatadamente á Sancho y á don Quijote, los entraron en el patio, al rededor del cual ardian casi cien hachas puestas en sus blandones, y por los corredores del patio mas de quinientas luminarias, de modo que á pesar de la noche, que se mostraba algo escura, no se echaba de ver la falta del dia. En medio del patio se levantaba un túmulo, como dos varas del suelo, cubierto todo con un grandísimo dosel de terciopelo negro, al rededor del cual por sus gradas ardian velas de cera blanca sobre mas de cien candeleros

de plata, encima del cual túmulo se mostraba un cuerpo muerto de una tan hermosa doncella, que hacía parecer con su hermosura hermosa á la misma muerte. Tenia la cabeza sobre una almohada de brocado, coronada con una guirnalda de diversas y odoríferas flores tegida, las manos cruzadas sobre el pecho, y entre ellas un ramo de amarilla y vencedora palma. A un lado del patio estaba puesto un teatro, y en dos sillas sentados dos personajes, que por tener coronas en la cabeza y cetros en las manos daban señales de ser algunos reyes, ya verdaderos ó ya fingidos. Al lado deste teatro, adonde se subia por algunas gradas, estaban otras dos sillas, sobre las cuales los que trujeron los presos sentaron á don Quijote y á Sancho, todo esto callando, y dándoles á entender con señales á los dos que asimismo callasen, pero sin que se lo señaláran calláran ellos, porque la admiracion de lo que estaban mirando les tenia atadas las lenguas. Subieron en esto al teatro con mucho acompañamiento dos principales personajes, que luego fueron conocidos de don Quijote ser el duque y la duquesa sus huéspedes, los cuales se sentaron en dos riquísimas sillas junto á los dos que parecian reyes. ¿Quien no se habia de admirar con esto, añadiéndose á ello ha-

ber conocido don Quijote que el cuerpo muerto que estaba sobre el túmulo era el de la hermosa Altisidora? Al subir el duque y la duquesa en el teatro se levantaron don Quijote y Sancho, y les hicieron una profunda humillacion, y los duques hicieron lo mismo, inclinando algun tanto las cabezas. Salió en esto de traves un ministro, y llegándose á Sancho le echó una ropa de bocací negro encima, toda pintada con llama-



mas de fuego, y quitándole la caperuza le puso en la cabeza una corozá (1), al modo de las que sacan los penitenciados por el Santo Oficio: y dijole al oido que no descosiese los labios, porque le echarian una mordaza ó le quitarian la vida. Mirábase Sancho de arriba abajo, veíase ardiendo en llamas; pero como no le quemaban, no las estimaba en dos ardites. Quitóse la corozá, vióla pintada de diablos, volviósela á poner, diciendo entre sí: aun bien que ni ellas me abrasan, ni ellos me llevan. Mirábase tambien don Quijote, y aunque el temor le tenia suspensos los sentidos, no dejó de reirse de ver la figura de Sancho.

Comenzó en esto á salir, al parecer debajo del túmulo, un son sumiso y agradable de flautas, que por no ser impedido de alguna humana voz, porque en aquel sitio el mismo silencio guardaba silencio, asimismo se mostraba blando y amoroso. Luego hizo de sí improvisa mues-

tra, junto á la almohada del al parecer cadáver, un hermoso mancebo vestido á lo romano, que al son de una arpa, que él mismo tocaba, cantó con suavísima y clara voz estas dos estancias:

En tanto que en sí vuelve Altisidora,
Muerta por la crueldad de don Quijote,
Y en tanto que en la corte encantadora
Se vistiéren las damas de picote,
Y en tanto que á sus dueñas mi señora
Vistiere de bayeta y de anascote,
Cantaré su belleza y su desgracia
Con mejor plectro que el cantor de Tracia.

(1) *Corozá*, dice Covarrubias, es el rocamero hecho en punta, que por infamia y nota ponen á los reos de diversos delitos. El Santo Oficio saca con corozá á los que han de ser relajados, esto es, entregados á la justicia secular para que les imponga la pena corporal á que hayan sido condenados por él, cuyas corozas tienen por objeto el que los reos sean mejor vistos.

Y aun no se me figura que me toca
Aqueste oficio solamente en vida,
Mas con la lengua muerta y fria en la boca
Pienso mover la voz á ti debida:
Libre mi alma de su estrecha roca,
Por el Estigio lago conducida,
Celebrándote irá, y aquel sonido
Hará parar las aguas del olvido.

No mas, dijo á esta sazón uno de los dos que parecían reyes: no mas, cantor divino, que sería proceder en infinito representarnos ahora la muerte y las gracias de la sin par Altisidora, no muerta, como el mundo ignorante piensa, sino viva en las lenguas de la fama, y en la pena que para volverla á la perdida luz ha de pasar San-



cho Panza, que está presente: y así, oh tú, Radamanto, que conmigo juzgas en las cavernas lóbregas de Dite, pues sabes todo aquello que en los inescrutables hados está determinado acerca de volver en sí esta doncella, dilo, y decláralo luego, porque no se nos dilate el bien que con su nueva vuelta esperamos.

Apenas hubo dicho esto Minos, juez y compañero de Radamanto, cuando levantándose en pie Radamanto dijo: ea, ministros desta casa, altos y bajos, grandes y chicos, acudid unos tras otros, y sellad el rostro de Sancho con veinte y cuatro mamonas, y doce pellizcos, y seis alfilerazos en brazos y lomos, que en esta ceremonia consiste la salud de Altisidora. Oyendo lo cual Sancho Panza, rompió el silencio y dijo: voto á tal, así me deje yo sellar el rostro, ni manosearme la cara, como volverme moro. ¡Cuerpo de mí! ¿qué tiene que ver manosearme el rostro, con la resurreccion desta doncella? Regostóse la vieja á los bledos: encantan á Dulcinea, y azótanme para que se desencante: muérese Altisidora de males que Dios quiso darle, y hanla de resucitar hacerme á mí veinte y cuatro mamonas, y acribarme el cuerpo á alfilerazos, y acardenalarme los brazos á pellizcos. Esas burlas á un cuñado, que yo soy perro viejo, y no hay conmigo tus tus. Morirás, dijo en alta voz Radamanto: ablándate, tigre; humíllate, Nembrot soberbio; y sufre y calla, pues no te piden imposibles, y no te metas en averiguar las dificultades deste negocio: mamonado has de ser, acribillado te has de ver, pellizcado has de gemir. Ea, digo, ministros, cumplid mi mandamiento; si no, por la fe de hombre de bien, que habeis de ver para lo que nacisteis.

Parecieron en esto que por el patio venian hasta seis dueñas en procesion, una tras otra, las cuatro con anteojos, y todas levantadas las manos derechas en alto, con cuatro dedos de muñecas de fuera, para hacer las manos mas largas, como ahora se usa. No las hubo visto Sancho, cuando bramando como un toro, dijo: bien podré yo dejarme manosear de todo el mundo, pero consentir que me toquen dueñas, eso no. Gatéenme el rostro, como hicieron á mi amo en este mesmo castillo, traspáenme el cuerpo con puntas de dagas buidas; atenáenme los brazos con tenazas de fuego, que yo lo llevaré en paciencia, ó serviré á estos señores; pero que me toquen dueñas, no lo consentiré, si me llevase el diablo.

Rompió tambien el silencio don Quijote diciendo á Sancho: ten paciencia, hijo, y da gusto á estos señores, y muchas gracias al cielo por haber puesto tal virtud en tu persona, que con el martirio della desencantes los encantados, y resucites los muertos. Ya estaban las dueñas cerca de Sancho cuando él mas blando y mas persuadido, poniéndose bien en la silla, dió rostro y barba á la primera, la cual le hizo una mamoná muy bien sellada, y luego una gran reverencia. Menos cortesía, menos mudas (1), señora dueña, dijo Sancho, que por Dios que traeis las manos oliendo á vinagrillo (2). Finalmente todas las dueñas le sellaron, y otra mucha gente de casa le pellizaron; pero lo que él no pudo sufrir fue el punzamiento de los alfileres, y así se levantó de la silla al parecer mohino, y asiendo de una hacha encendida, que junto á él estaba, dió tras las dueñas y tras todos sus verdugos, diciendo: afuera, ministros infernales, que no soy yo de bronce para no sentir tan extraordinarios martirios.

En esto Altisidora, que debia de estar cansada por haber estado tanto tiempo supina, se volvió de un lado: visto lo cual por los circunstantes, casi todos á una voz dijeron: viva es Altisidora, Altisidora vive. Mandó Radamanto á Sancho que depusiese la ira, pues ya se habia alcanzado el intento que se procuraba. Así como don Quijote vió rebullir á Altisidora, se fué á poner de rodillas delante de Sancho, diciéndole: ahora es tiempo, hijo de mis entrañas, no que escudero mio, que te des algunos de los azotes que estás obligado á darte por el desencanto de Dulcinea. Ahora digo, que es el tiempo donde tienes sazónada la virtud, y con eficacia de obrar el bien que de ti se espera. A lo que respondió Sancho: esto me parece argado sobre arga-

(1) *Mudas* se llamaban los afeites y colores postizos que usaban diariamente las mujeres en sus tocadores, esto es, las viejas, feas y estropeadas. — Arr.

(2) Era un género de afeite compuesto con vinagre. — Arr.

do (1), y no miel sobre hojuelas: bueno sería que tras pellizcos, mamonas y alfilerazos viniesen ahora los azotes: no tienen mas que hacer sino tomar una gran piedra, y atármela al cuello, y dar conmigo en un pozo, de lo que á mí no pesaría mucho, si es que para curar los males ajenos tengo yo de ser la vaca de la boda (2). Déjenme; si no por Dios que lo arroje y lo eche todo á trece (3) aunque no se venda.

Ya en esto se habia sentado en el túmulo Altisidora, y al mismo instante sonaron las chirimias á quien acompañaron las flautas y las voces de todos, que aclamaban: viva Altisidora, Altisidora viva. Levantáronse los duques, y los reyes Minos y Radamanto, y todos juntos con don Quijote y Sancho fueron á recibir á Altisidora, y á bajarla del túmulo, la cual haciendo de la desmayada, se inclinó á los duques y á los reyes y mirando de traves á don Quijote, le dijo: Dios te lo perdone, desamorado caballero, pues por tu crueldad he estado en el otro mundo, á mi parecer mas de mil años: y á ti, oh el mas compasivo escudero que contiene el orbe, te agradezco la vida que poseo. Dispon desde hoy mas, amigo Sancho, de seis camisas mias que te mando para que hagas otras seis para ti, y si no son todas sanas, á lo menos son todas limpias. Besóle por ello las manos Sancho, con la corozca en la mano y las rodillas en el suelo. Mandó el duque que se la quitasen, y le volviesen su caperuza (4), y le pusiesen el sayo, y le quitasen la ropa de las llamas. Suplicó Sancho al duque que le dejasen la ropa y mitra (5), que la queria llevar á su tierra por señal y memoria de aquel nunca visto suceso. La duquesa respondió que si dejarian, que ya sabia él cuan grande amiga suya era. Mandó el duque despejar el patio y que todos se recogiesen á sus estancias, y que á don Quijote y Sancho los llevasen á las que ya ellos se sabian.

(1) *Enredo sobre enredo, ó burla sobre burla.* — Arr.

(2) *La vaca de la boda* se llama aquella persona que sirve de diversion á los que concurren á ella, ó la que hace los gastos; y por extension se dice del sujeto á quien todos acuden en sus urgencias: metáfora tomada sin duda de la vaca que se mata para el gasto de la boda, y de la cual comen todos los convidados y asistentes á ella. — Arr.

(3) *Meter á bulla* alguna cosa para que se confunda y no se hable mas de ella. — D. A.

(4) Este es el primer pasaje de la fabula en que se menciona la caperuza de Sancho, quien debía usarla conforme al uso de su tiempo. Era una especie de gorro puntiagudo que pendia hacia atras. — E. de O. — Segun eso la actual montera manchega será una degeneracion de la caperuza.

(5) Es la corozca, á quien Antonio de Nebrija llama *mitra scelerata*, para distinguirla de la mitra de los prelados. — Arr.





CAPITULO LXX.

Que sigue al de sesenta y nueve, y trata de cosas no excusadas para la claridad desta historia.



DURMIÓ Sancho aquella noche en una carriola (1) en el mismo aposento de don Quijote, cosa que él quisiera excusarla, si pudiera, porque bien sabia que su amo no le habia de dejar dormir á preguntas y á respuestas, y no se hallaba en disposicion de hablar mucho, porque los dolores de los martirios pasados los tenia presentes, y no le dejaban libre la lengua, y vinié-

rale mas á cuento dormir en una choza solo, que no en aquella rica estancia acompañada. Salióle su temor tan verdadero y su sospecha tan cierta que apenas hubo entrado su señor en el lecho, cuando dijo: ¿que te parece, Sancho, del suceso desta noche? Grande y poderosa es la fuerza del desden desamorado, como por tus mismos ojos has visto muerta á Altisidora, no con otras saetas, ni con otra espada, ni con otro instrumento bélico, ni con venenos mortíferos, sino con la consideracion del rigor y el desden con que yo siempre la he tratado.

Muriérase ella en hora buena, cuando quisiera y como quisiera, respondió Sancho, y dejárame á mí en mi casa, pues ni yo la enamoré, ni la desdené en mi vida. Yo no sé, ni puedo pensar como sea, que la salud de Altisidora, doncella mas antojadiza que discreta, tenga que ver, como otra vez he dicho, con los martirios de Sancho Panza. Ahora si que vengo á conocer clara y distintamente que hay encantadores y encantados en el mundo, de quien Dios me libre, pues yo no me sé librar: con todo esto suplico á vuesa merced me deje dormir, y no me pregunte mas, si no quiere que me arroje por una ventana abajo.

(1) Era una cama, ó tarima con ruedas y movable, que se metia debajo de las camas grandes. — Arr.

Duerme, Sancho amigo, respondió don Quijote, si es que te dan lugar los alfilerazos y pellizcos recibidos y las mamonas hechas. Ningun dolor, replicó Sancho, llegó á la afrenta de las mamonas, no por otra cosa que por habérmelas hecho dueñas, que confundidas sean: y torno á suplicar á vuesa merced me deje dormir, porque el sueño es alivio de las miserias de los que las tienen despiertas. Sea así, dijo don Quijote, y Dios te acompañe.

Durmiéronse los dos, y en este tiempo quiso escribir y dar cuenta Cide Hamete, autor desta grande historia, qué les movió á los duques á levantar el edificio de la máquina referida y dice, que no habiéndosele olvidado al bachiller Sanson Carrasco cuando el caballero de los Espejos fue vencido y derribado por don Quijote, cuyo vencimiento y caída borró y deshizo todos sus designios, quiso volver á probar la mano esperando mejor suceso que el pasado; y así, informándose del paje que llevó la carta y presente á Teresa Panza, mujer de Sancho, adonde don Quijote quedaba, buscó nuevas armas y caballo, y puso en el escudo la blanca luna, llevándolo todo sobre un macho á quien guiaba un labrador, y no Tomé Cecial, su antiguo escudero, porque no fuese conocido de Sancho ni de don Quijote. Llegó pues al castillo del duque, que le informó el camino y derrota que don Quijote llevaba, con intento de hallarse en las justas de Zaragoza. Dijole asimismo las burlas que le habia hecho, con la traza del desencanto de Dulcinea, que habia de ser á costa de las posaderas de Sancho. En fin dió cuenta de la burla que Sancho habia hecho á su amo, dándole á entender que Dulcinea estaba encantada y trasformada en labradora, y como la duquesa su mujer habia dado á entender á Sancho que él era el que se engañaba, porque verdaderamente estaba encantada Dulcinea; de que no poco se rió y admiró el bachiller considerando así la agudeza y simplicidad de Sancho, como del extremo de la locura de don Quijote. Pidióle el duque que si le hallase y le venciese ó no, se volviese por allí á darle cuenta del suceso. Hizolo así el bachiller: partióse en su busca, no le halló en Zaragoza, pasó adelante, y sucedióle lo que queda referido. Volvióse por el castillo del duque, contóselo todo con las condiciones de la batalla, y que ya don Quijote volvía á cumplir como buen caballero andante la palabra de retirarse un año en su aldea: en el cual tiempo podia ser, dijo el bachiller, que sanase de su locura, que esta era la intencion que le habia movido á hacer aquellas trasformaciones, por ser cosa de lástima que un hidalgo tan bien entendido como don Quijote, fuese loco. Con esto se despidió del duque, y se volvió á su lugar, esperando en él á don Quijote, que tras él venia.

De aquí tomó ocasion el duque de hacerle aquella burla: tanto era lo que gustaba de las cosas de Sancho y de don Quijote, y haciendo tomar los caminos cerca y lejos del castillo por todas las partes que imaginó que podria volver don Quijote, con muchos criados suyos de á pie y de á caballo, para que por fuerza ó de grado le trujesen al castillo, si le hallasen; halláronle, dieron aviso al duque el cual ya prevenido de todo lo que habia de hacer, así como tuvo noticia de su llegada, mandó encender las hachas y las luminarias del patio: y poner á Altisidora sobre el túmulo, con todos los aparatos que se han contado, tan al vivo y tan bien hechos, que de la verdad á ellos habia bien poca diferencia: y dice mas Cide Hamete, que tiene para sí ser tan locos los burladores como los burlados, y que no estaban los duques dos dedos de parecer tontos; pues tanto ahinco ponian en burlarse de dos tontos; los cuales el uno durmiendo á sueño suelto (1), y el otro velando á pensamientos desatados, les tomó el día y la gana de levantarse: que las ociosas plumas, ni vencido ni vencedor, jamas dieron gusto á don Quijote.

Altisidora, en la opinion de don Quijote vuelta de muerte á vida, siguiendo el humor de sus señores, coronada con la misma guirnalda que en el túmulo tenia, y

(1) Esto es, libre, descuidado. — Arr.

vestida una tunicela de tafetan blanco, sembrado de flores de oro, y sueltos los cabellos por las espaldas, arrimada á un báculo de negro y finísimo ébano, entró en el



apuesto de don Quijote, con cuya presencia turbado y confuso, se encogió y cubrió casi todo con las sábanas y colchas de la cama, muda la lengua, sin que acertase á hacerle cortesia ninguna. Sentóse Altisidora en una silla junto á su cabecera, y despues de haber dado un gran suspiro, con voz tierna y debilitada le dijo: cuando las mujeres principales y las recatadas doncellas atropellan por la honra, y dan licencia á la lengua que rompa por todo inconveniente, dando noticia en público de los secretos que su corazon encierra, en estrecho término se hallan. Yo, señor don Quijote de la Mancha, soy una destas, apretada, vencida y enamorada; pero con todo esto sufrida y honesta, tanto, que por serlo tanto, reventó mi alma por mi silencio, y perdí la vida. Dos dias há que por la consideracion del rigor con que me has tratado, ¡oh mas duro que mármol á mis quejas (1), empedernido caballero! he estado muerta, ó á lo menos juzgada por tal de los que me han visto: y si no fuera porque el amor condoliéndose de mí, depositó mi remedio en los martirios deste buen escudero, allá me quedara en el otro mundo.

Bien pudiera el amor, dijo Sancho, depositarlos en los de mi asno, que yo se lo agradeciera. Pero dígame, señora, así el cielo la acomode con otro mas blando amante que mi amo, ¿que es lo que vió en el otro mundo? ¿que hay en el infierno? porque quien muere desesperado, por fuerza ha de tener aquel paradero.

(1) Garcilaso; égl. I. — P.

La verdad que os diga, respondió Altisidora, yo no debí de morir del todo, pues no entré en el infierno; que si allá entrara, una por una no pudiera salir dél aunque quisiera. La verdad es que llegué á la puerta adonde estaban jugando hasta una docena de diablos á la pelota, todos en calzas y en jubon, con valonas (1) guarnecidas con puntas de randas flamencas y con unas vueltas de lo mismo, que le servian de puños, con cuatro dedos de brazo de fuera, porque pareciesen las manos mas largas, en las cuales tenian unas palas de fuego: y lo que mas me admiró fue que les servian en lugar de pelotas, libros, al parecer llenos de viento y de borra, cosa maravillosa y nueva; pero esto no me admiró tanto como el ver, que siendo natural de los jugadores el alegrarse los gananciosos, y entristecerse los que pierden allí en aquel juego todos gruñian, todos regañaban y todos se maldecian. Eso no es maravilla, respondió Sancho, porque los diablos, jueguen ó no jueguen, nunca pueden estar contentos, ganen ó no ganen.

Así debe de ser, respondió Altisidora; mas hay otra cosa, que tambien me admira (quiere decir me admiró entonces), y fue que al primer boleo no quedaba pelota en pie, ni de provecho para servir otra vez, y así menudeaban libros nuevos y viejos, que era una maravilla. A uno dellos, nuevo, flamante y bien encuadernado, le dieron un papirotazo, que le sacaron las tripas y le esparcieron las hojas. Dijo un diablo á otro: mirad que libro es ese, y el diablo le respondió: esta es la *segunda parte de la historia de don Quijote de la Mancha*, no compuesta por Cide Hamete su primer autor, sino por un aragones, que él dice ser natural de Tordesillas. Quitádmelo de ahí, respondió el otro diablo, y metedle en los abismos del infierno, no le vean mas mis ojos. ¿Tan malo es? replicó el otro. Tan malo, replicó el primero, que si de propósito yo mismo me pusiera á hacerle peor, no acertara. Prosiguieron su juego peloteando otros libros, y yo por haber oido nombrar á don Quijote, á quien tanto adamo y quiero, procuré que se me quedase en la memoria esta vision.

Vision debió de ser sin duda, dijo don Quijote, porque no hay otro yo en el mundo, y ya esa historia anda por acá de mano en mano, pero no pára en ninguna, porque todos la dan del pie. Yo no me he alterado en oír que ando como cuerpo fantástico por las tinieblas del abismo, ni por la claridad de la tierra, porque no soy aquel de quien esa historia trata. Si ella fuere buena, fiel y verdadera, tendrá siglos de vida; pero si fuere mala, de su parto á la sepultura no será muy largo el camino.

Iba Altisidora á proseguir en quejarse de don Quijote, cuando le dijo don Quijote: muchas veces os he dicho, señora, que á mí me pesa de que hayais colocado en mí vuestros pensamientos, pues de los míos antes pueden ser agradecidos que remediados. Yo nací para ser de Dulcinea del Toboso; y los hados, si los hubiera, me dedicaron para ella; y pensar que otra alguna hermosura ha de ocupar el lugar que en mi alma tiene, es pensar lo imposible. Suficiente desengaño es este para que os retiréis en los límites de vuestra honestidad, pues nadie se puede obligar á lo imposible.

Oyendo lo cual Altisidora, mostrando enojarse y alterarse, le dijo: vive el señor, don bacallao (2), alma de almirez, cuesco de dátil, mas terco y duro que villano rogado, cuando tiene la suya sobre el hito, que si arremeto á vos, que os tengo de sacar los ojos. ¿Pensais por ventura, don vencido, y don molido á palos, que yo me he muerto por vos? Todo lo que habeis visto esta noche ha sido fingido, que no soy yo mujer que por semejantes camellos habia de dejar que me doliese un negro de la uña,

(1) *Valonas* ó *walonas* eran los cuellos de las camisas, estendidos y caídos sobre los hombros, que usaban los walones, que son alemanes del ducado de Borgoña; y de aquí, dice Covarrubias, vino el llamar walonas en España á las que se han empezado á usar á este modo.—Arr.

(2) Espression con que se moteja á uno por su suma flaqueza y estenuacion, comparándole al bacallao ó bacalao seco.

cuanto mas morirme. Eso creo yo muy bien, dijo Sancho, que esto del morir se los enamorados es cosa de risa: bien lo pueden ellos decir; pero hacer, créalo Júdas.

Estando en estas pláticas entró el músico cantor y poeta, que habia cantado las dos ya referidas estancias, el cual haciendo una gran reverencia á don Quijote, dijo: vuesa merced, señor caballero, me cuente y tenga en el número de sus mayores servidores, porque há muchos dias que le soy muy aficionado, así por su fama, como por sus hazañas. Don Quijote le respondió: vuesa merced me diga quien es, porque mi cortesía responda á sus merecimientos. El mozo respondió que era el músico y panegirista de la noche antes. Por cierto, replicó don Quijote, que vuesa merced tiene estremada voz; pero lo que cantó no me parece que fue muy á propósito porque ¿qué tienen que ver las estancias de Garcilaso con la muerte desta señora (1)? No se maraville vuesa merced deso, respondió el músico, que ya entre los intonsos poetas de nuestra edad se usa que cada uno escriba como quisiere, y hurte de quien quisiere, venga ó no venga á pelo de su intento; y ya no hay necesidad que canten ó escriban que no se atribuya á licencia poética.

Responder quisiera don Quijote, pero estorbáronlo el duque y la duquesa, que entraron á verle, entre los cuales pasó una larga y dulce plática, en la cual dijo Sancho tantos donaires y tantas malicias, que dejaron de nuevo admirados á los duques, así con su simplicidad como con su agudeza. Don Quijote les suplicó le diesen licencia para partirse aquel mismo dia, pues á los vencidos caballeros como él mas les convenia habitar una zahurda, que no reales palacios. Diéronsele de muy buena gana, y la duquesa le preguntó si quedaba en su gracia Altisidora. El le respondió: señora mia, sepa vuestra señoría que todo el mal desta doncella nace de ociosidad, cuyo remedio es la ocupacion honesta y continua. Ella me ha dicho aquí que se usan randas en el infierno; y pues ella las debe de saber hacer, no las deje de la mano, que ocupada en menear los palillos no se menearán en su imaginacion la imágen ó imágenes de lo que bien quiere; y esta es la verdad, este mi parecer, y este es mi consejo.

Y el mio, añadió Sancho, pues no he visto en toda mi vida ramera que por amor se haya muerto; que las doncellas ocupadas mas ponen sus pensamientos en acabar sus tareas que en pensar en sus amores. Por mí lo digo, pues mientras estoy cavando no me acuerdo de mi oislo (2), digo de mi Teresa Panza, á quien quiero mas que á las pestañas de mis ojos.

Vos decís muy bien, Sancho, dijo la duquesa, y yo haré que mi Altisidora se ocupe de aquí adelante en hacer alguna labor blanca, que la sabe hacer por extremo. No hay para qué, señora, respondió Altisidora, usar dese remedio, pues la consideracion de las crueldades que conmigo ha usado este malandrin mostrenco, me le borrarán de la memoria sin otro artificio alguno; y con licencia de vuestra grandeza me quiero quitar de aquí, por no ver delante de mis ojos, ya no su triste figura, sino su fea y abominable catadura. Eso me parece, dijo el duque, á lo que suele decirse, que aquel que dice injurias, cerca está de perdonar. Hizo Altisidora muestra de limpiarse las lágrimas con un pañuelo, y haciendo reverencia á sus señores se salió del aposento.

Mándote yo, dijo Sancho, pobre doncella, mándote, digo, mala ventura, pues las has habido con un alma de esparto, y con un corazon de encina: á fe que si las hubieras conmigo, que otro gallo te cantara. Acabóse la plática, vistióse don Quijote, comió con los duques, y partióse aquella tarde.

(1) Téngase presente que de Garcilaso no solo es la octava segunda, sino los dos versos últimos de la primera V. egl. III.—P.

(2) La persona querida y estimada.



CAPITULO LXXI.

De lo que á don Quijote le sucedió con su escudero Sancho yendo á su aldea.



IBA el vencido y asendereado don Quijote pensativo ademas por una parte, y muy alegre por otra. Causaba su tristeza el vencimiento, y la alegría el considerar en la virtud de Sancho, como lo habia mostrado en la resurreccion de Altisidora, aunque con algun escúpulo se persuadia á que la enamorada doncella fuese muerta de veras. No iba nada alegre Sancho, porque le entristecia ver que Altisidora no le habia cumplido la palabra de darle las camisas; y yendo y viniendo en esto dijo á su amo: en verdad, señor, que soy el mas desgraciado médico que se debe de hallar en el mundo, en el cual hay fisicos que, con matar al enfermo que curan, quieren ser pagados de su trabajo, que no es otro, sino firmar una cédulilla de algunas medicinas, que

no las hace él sino el boticario, y cátao cantusado (1); y á mí que la salud ajena me cuestan gotas de sangre, mamonas, pellizcos, alfilerazos y azotes, no me dan un ardite: pues yo les voto á tal, que si me traen á las manos otro algun enfermo, que antes que le cure me han de untar las mias, que el abad de donde canta yanta y no quiero creer que me haya dado el cielo la virtud que tengo para que yo la comunique con otros de bóbilis bóbilis (2).

(1) *Cantusar* es enganchar á alguno, ó atraerlo engañándolo, ó con engañifas. Hoy se dice *Engatusar*.— MARTINEZ DEL ROMERO.

(2) Esto es, simple, neciamente y sin retribucion alguna.— Arr.

Tú tienes razon, Sancho amigo, respondió don Quijote, y halo hecho muy mal Altisidora en no haberte dado las prometidas camisas; y puesto que tu virtud es *gratis data*, que no te ha costado estudio alguno, mas que estudio es recibir martirios en tu persona: de mí te sé decir que si quisieras paga por los azotes del desencanto de Dulcinea, ya te la hubiera dado tal como buena; pero no sé si vendrá bien con la cura la paga, y no querría que impidiere el premio á la medicina. Con todo eso me parece que no se perderá nada en probarlo: mira, Sancho, el que quieres; y azótate luego, y págate de contado y de tu propia mano, pues tienes dineros míos.

A cuyos ofrecimientos abrió Sancho los ojos y las orejas de un palmo, y dió consentimiento en su corazon á azotarse de buena gana, y dijo á su amo: agora bien, señor, yo quiero disponerme á dar gusto á vuesa merced en lo que desea con provecho mio: que el amor de mis hijos y de mi mujer me hace que me muestre interesado. Dígame vuesa merced cuanto me dará por cada azote que me diere. Si yo te hubiera de pagar, Sancho, respondió don Quijote, conforme lo que merece la grandeza y calidad deste remedio, el tesoro de Venecia, las minas del Potosí fueran poco para pagarte: toma tú el tieno á lo que llevas mio, y pon el precio á cada azote.

Ellos, respondió Sancho, son tres mil y trescientos y tantos: dellos me he dado hasta cinco, quedan los demas: entren entre los tantos estos cinco, y vengamos á los tres mil y trescientos, que á cuartillo cada uno, que no llevaré menos si todo el mundo me lo mandase, montan tres mil y trescientos cuartillos, que son los tres mil, mil y quinientos medios reales, que hacen setecientos y cincuenta reales, y los trescientos hacen ciento y cincuenta medios reales, que vienen á hacer setenta y cinco reales, que juntándose á los setecientos y cincuenta, son por todos ochocientos y veinte y cinco reales. Estos desfalcaré yo de los que tengo de vuesa merced, y entraré en mi casa rico y contento, aunque bien azotado, porque no se toman truchas.... (1) y no digo mas.

¡Oh Sancho bendito! ¡oh Sancho amable! respondió don Quijote, y cuan obligados hemos de quedar Dulcinea y yo á servirme todos los dias que el cielo nos diere de vida. Si ella vuelve al ser perdida (que no es posible sino que vuelva), su desdicha habrá sido dicha, y mi vencimiento felicísimo triunfo: y mira, Sancho, cuando quieres comenzar la disciplina, que porque la abrevies te añado cien reales. ¿Cuándo? replicó Sancho, esta noche sin falta: procure vuesa merced que la tengamos en el campo á cielo abierto, que yo me abriré mis carnes.

Llegó la noche esperada de don Quijote con la mayor ansia del mundo, pareciéndole que las ruedas del carro de Apolo se habian quebrado, y que el dia se alargaba mas de lo acostumbrado, bien así como acontece á los enamorados, que jamas ajustan la cuenta de sus deseos.

Finalmente se entraron entre unos amenos árboles que poco desviados del camino estaban, donde dejando vacias la silla y albarda de Rocinante y el rucio se tendieron sobre la verde yerba; y cenaron del repuesto de Sancho, el cual haciendo del cabestro y de la jáquima del rucio un poderoso y flexible azote, se retiró hasta veinte pasos de su amo entre unas hayas. Don Quijote, que le vió ir con denuedo y con brio, le dijo: mira, amigo que no te hagas pedazos, da lugar que unos azotes aguarden á otros, no quieras apresurarte tanto en la carrera, que en la mitad della te falte el aliento; quiero decir, que no te des tan recio, que te falte la vida antes de llegar al número deseado; y porque no pierdas por carta de mas ni de menos, yo estaré desde aparte contando por este mi rosario los azotes que te dieres. Favorécate el cielo conforme tu buena intencion merece.

Al buen pagador no le duelen prendas, respondió Sancho; yo pienso darme de manera que sin matarme me duela, que en esto debe de consistir la sustancia deste

(1) No se toman ó cogen truchas á bragas enjutas.—Esto es, las cosas de precio y valor no se alcanzan sin trabajo y diligencia.

milagro. Desnudóse luego de medio cuerpo arriba, y arrebatando el cordel comenzó á darse, y comenzó don Quijote á contar los azotes. Hasta seis ú ocho se habria dado Sancho, cuando le pareció ser pesada la burla, y muy barato el precio della, y deteniéndose un poco, dijo á su amo que se llamaba á engaño (1), porque merecia cada azote de aquellos ser pagado á medio real, no que á cuartillo.

Prosigue, Sancho amigo, y no desmayes, le dijo don Quijote, que yo doblo la parada del precio. Dese modo, dijo Sancho, á la mano de Dios, y llueven azotes; pero el socarron dejó de dárselos en las espaldas, y daba en los árboles, con unos suspiros de cuando en cuando, que parecia que con cada uno dellos se le arrancaba el alma. Tierna la de don Quijote, temeroso de que no se le acabase la vida, y no consiguiese su deseo por la imprudencia de Sancho, le dijo: por tu vida, amigo, que se quede en este punto este negocio, que me parece muy áspera esta medicina, y será bien dar tiempo al tiempo, que no se ganó Zamora en un hora. Mas de mil azotes, si yo no he contado mal, te has dado, bastan por ahora, que el asuo, hablando á lo grosero, sufre la carga, mas no la sobrecarga.

No, no señor, respondió Sancho, no se ha de decir por mí: á dineros pagados brazos quebrados (2): apártese vuesa merced otro poco, y déjeme dar otros mil azotes siquiera: que á dos levadas destas habremos cumplido con esta partida, y aun nos sobrará ropa. Pues tú te hallas con tan buena disposicion, dijo don Quijote, el cielo te ayude, y pégate, que yo me aparto. Volvió Sancho á su tarea con tal denuedo, que ya habia quitado las cortezas á muchos árboles: tal era la riguridad con que se azotaba: y alzando una vez la voz y dando un desaforado azote en una haya, dijo: aquí morirá Sanson, y cuantos con él son.

Acudió don Quijote luego al son de la lastimada voz y del golpe del riguroso azote, y asiendo del torcido cabestro que le servia de corbacho á Sancho, le dijo no permita la suerte, Sancho amigo, que por el gusto mio pierdas tú la vida, que ha de servir para sustentar á tu mujer y á tus hijos: espere Dulcinea mejor coyuntura, que yo me contendré en los límites de la esperanza propíncua, y esperaré que cobres fuerzas nuevas, para que se concluya este negocio á gusto de todos. Pues vuesa mer-

(1) Retraerse alguno de lo pactado por haber reconocido engaño en el contrato.—D. A.

(2) Dicese este proverbio del oficial ó artesano, que habiendo recibido adelantada la paga de la obra tiene pereza de acabarla.—Arr.



ced, señor mio, lo quiere así, respondió Sancho, sea en buena hora, y écheme su ferreruero sobre estas espaldas, que estoy sudando, y no querría resfriarme, que los nuevos disciplinantes corren este peligro. Hizolo así don Quijote y quedándose en pelota, abrigó á Sancho, el cual se durmió hasta que le despertó el sol, y luego volvieron á proseguir su camino, á quien dieron fin por entonces en un lugar que tres leguas de allí estaba.

Apeáronse en un meson, que por tal le reconoció don Quijote, y no por castillo de cava honda, torres, rastrillos y puente levadiza: que despues que le vencieron, con mas juicio en todas las cosas discurria, como ahora se dirá. Alojáronle en una sala baja, á quien servian de guadameciles (1) unas sargas viejas pintadas como se usa en las aldeas. En una dellas estaba pintado de malísima mano el robo de Elena, cuando el atrevido huésped se la llevó á Menelao, y en otra estaba la historia de Dido y de Eneas, ella sobre una alta torre, como que hacia de señas con una media sábana al fugitivo huésped, que por el mar sobre una fragata ó bergantin se iba huyendo. Notó en las dos historias que Elena no iba de muy mala gana, porque se reia á socapa y á lo socarron; pero la hermosa Dido mostraba verter lágrimas del tamaño de nueces por los ojos. Viendo lo cual don Quijote dijo: estas dos señoras fueron desdichadísimas por no haber nacido en esta edad, y yo sobre todos desdichado en no haber nacido en la suya, pues si yo encontrara aquestos señores, ni fuera abrasada Troya, ni Cartago destruida, pues con solo que yo matara á París se escusáran tantas desgracias.

Yo apostaré, dijo Sancho, que antes de mucho tiempo no ha de haber bodegon, venta ni meson, ó tienda de barbero, donde no ande pintada la historia de nuestras hazañas; pero querría yo que la pintasen manos de otro mejor pintor que el que ha pintado á estas.

Tienes razon, Sancho, dijo don Quijote, porque este pintor es como Orbaneja, un pintor que estaba en Ubeda, que cuando le preguntaban qué pintaba respondia: lo que saliere; y si por ventura pintaba un gallo escribia debajo: *este es gallo*, porque no pensasen que era zorra. Desta manera me parece á mí, Sancho, que debe de ser el pintor ó escritor, que todo es uno, que sacó á luz la historia deste nuevo don Quijote que ha salido, que pintó ó escribió lo que saliere; ó habrá sido como un poeta, que andaba los años pasados en la corte llamado Mauleon, el cual respondia de repente á cuanto le preguntaban: y preguntándole uno ¿que queria decir *Deum de Deo*? respondió: dé donde diere (2). Pero dejando esto aparte, dime si piensas, Sancho, darte otra tanda esta noche, y si quieres que sea debajo de techado ó al cielo abierto. Pardiez, señor, respondió Sancho, que para lo que yo pienso darme, eso se me da en casa, que en el campo; pero con todo eso querría que fuese entre árboles, que parece me acompañan, y me ayudan á llevar mi trabajo maravillosamente.

Pues no ha de ser así, Sancho amigo, respondió don Quijote, sino que para que tomes fuerza lo hemos de guardar para nuestra aldea, que á lo mas tarde llegaremos allá despues de mañana. Sancho respondió que hiciese su gusto, pero que él quisiera concluir con brevedad aquel negocio á sangre caliente, y cuando estaba picado el molino porque en la tardanza suele estar muchas veces el peligro, y á Dios rogando y con el mazo dando, y que mas valia un toma que dos te daré, y el pájaro en la mano que buitre volando.

(1) *Guadameciles*, ó *guadamaciles* son las cabritillas ó badanas adobadas, y con varias figuras y labores estampadas en ellas con prensa. Servian y aun sirven por lo comun para cubiertas de mesas. Aqui significa las cortinas de la sala.—Arr.

(2) De este poeta y de su dicho habló tambien Cervantes en la novela ó *Coloquio de los perros*, por estas palabras: «responderé, dijo Berganza, lo que respondió Mauleon, poeta tonto, y académico de la academia de los imitadores, á uno que le preguntó qué queria decir *Deum de Deo*: y respondió que *dé donde diere*.»—P.—*Dé donde diere*, se usa para denotar que se obra ó habla á bulto, sin reflexion ni reparo.—D. A.



CAPITULO LXXII.

De como don Quijote y Sancho llegaron á su aldea.



Todo aquel día esperando la noche estuvieron en aquel lugar y meson don Quijote y Sancho, el uno para acabar en la campaña rasa la tanda de su disciplina, y el otro para ver el fin della, en el cual consistia el de su deseo. Llegó en esto al meson un caminante á caballo con tres ó cuatro criados, uno de los cuales dijo al que el señor dellos parecia : aquí puede vuesa merced, señor don Alvaro Tarfe, pasar hoy la siesta : la posada parece limpia y fresca. Oyendo esto don Quijote le dijo á Sancho ; mira,

Sancho, cuando yo hojeé aquel libro de la segunda parte de mi historia, me parece que de pasada topé allí este nombre de don Alvaro Tarfe. Bien podrá ser, respondió Sancho, dejémosle apear, que despues se lo preguntaremos. El caballero se apeó, y frontero del aposento de don Quijote la huésped le dió una sala baja, enjaezada con otras pintadas sargas, como las que tenia la estancia de don Quijote. Púsose el recién venido caballero á lo de verano, y saliéndose al portal del meson, que era espacioso y fresco, por el cual se paseaba don Quijote, le preguntó ; ¿ adonde bueno camina vuesa merced, señor gentilhombre ? Y don Quijote le respondió : á una aldea que está aquí cerca, de donde soy natural : ¿ y vuesa merced, adonde camina ?

Yo, señor, respondió el caballero, voy á Granada que es mi patria. Y buena patria, replicó don Quijote : pero dígame vuesa merced por cortesia su nombre, porque me parece que me ha de importar saberlo mas de lo que buenamente podré decir. Mi nombre es don Alvaro Tarfe, respondió el huésped. A lo que replicó don Quijote, sin duda alguna pienso que vuesa merced debe de ser aquel don Alvaro Tarfe que anda impreso en la segunda parte de la historia de don Quijote de la Mancha, recién impresa y dada á luz del mundo por un autor moderno.

El mismo soy, respondió el caballero, y el tal don Quijote, sujeto principal de la tal historia, fue grandísimo amigo mio, y yo fui el que le sacó de su tierra, ó á lo menos le moví á que viniese á unas justas que se hacian en Zaragoza, adonde yo iba ; y

en verdad en verdad que le hice muchas amistades, y que le quité de que no le palmease las espaldas el verdugo, por ser demasiadamente atrevido (1).

Y dígame vuesa merced, señor don Alvaro, ¿parezco yo en algo á ese tal don Quijote que vuesa merced me dice? No por cierto, respondió el huésped, en ninguna manera. Y ese don Quijote, dijo el nuestro, ¿traia consigo á un escudero llamado Sancho Panza? Sí traia, respondió don Alvaro, y aunque tenia fama de muy gracioso, nunca le oí decir gracia que la tuviese.

Eso creo yo muy bien, dijo á esta sazón Sancho, porque el decir gracias no es para todos; y ese Sancho que vuesa merced dice, señor gentilhombre, debe de ser algun grandísimo bellaco, frion (2) y ladron juntamente, que el verdadero Sancho Panza soy yo, que tengo mas gracias que llovidas: y si no haga vuesa merced la experiencia, y ándese tras de mí por lo menos un año, y verá que se me caen á cada paso, y tales y tantas, que sin saber yo las mas veces lo que me digo, hago reir á cuantos me escuchan; y el verdadero don Quijote de la Mancha, el famoso, el valiente y el discreto, el enamorado, el desfacedor de agravios, el tutor de pupilos y huérfanos, el amparo de las viudas, el matador de las doncellas (3), el que tiene por única señora á la sin par Dulcinea del Toboso, es este señor que está presente, que es mi amo: todo cualquier otro don Quijote y cualquier otro Sancho Panza es burlería y cosa de sueño.

Por Dios que lo creo, respondió don Alvaro, porque mas gracias habeis dicho vos, amigo, en cuatro razones que habeis hablado, que el otro Sancho Panza en cuantas yo le oí hablar, que fueron muchas. Mas tenia de comilon que de bien hablado, y mas de tonto que de gracioso; y tengo por sin duda que los encantadores que persiguen á don Quijote el bueno, han querido perseguirme á mí con don Quijote el malo. Pero no sé qué me diga, que osaré yo jurar que le dejo metido en la casa del Nuncio (4) en Toledo, para que le curen, y ahora remanece aquí otro don Quijote, aunque bien diferente del mio.

Yo, dijo don Quijote, no sé si soy bueno: pero sé decir que no soy el malo: para prueba de lo cual quiero que sepa vuesa merced, mi señor don Alvaro Tarfe, que en todos los dias de mi vida no he estado en Zaragoza; antes por haberme dicho que ese don Quijote fantástico se habia hallado en las justas de esa ciudad, no quise yo entrar en ella, por sacar á las barbas del mundo su mentira, y así me pasé de claro á Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos, y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza única. Y aunque los sucesos que en ella me han sucedido no son de mucho gusto, sino de mucha pesadumbre, los llevo sin ella solo por haberla visto. Finalmente, señor don Alvaro Tarfe, yo soy don Quijote de la Mancha, el mismo que dice la fama, y no ese desventurado, que ha querido usurpar mi nombre y honrarse con mis pensamientos. A vuesa merced suplico, por lo que debe á ser caballero, sea servido de hacer una declaracion ante el alcalde deste lugar, de que vuesa merced no me ha visto en todos los dias de su vida hasta ahora, y de que yo no soy el don Quijote impreso en la segunda parte, ni este Sancho Panza mi escudero es aquel que vuesa merced conoció.

Eso haré yo de muy buena gana, respondió don Alvaro, puesto que cause admiracion ver dos don Quijotes y dos Sanchos á un mismo tiempo, tan conformes en los nombres, como diferentes en las acciones: y vuelvo á decir y me afirmo, que no

(1) La libertad de la cárcel y de los azotes de D. Quijote, debida á D. Alvaro, se refiere en los capítulos VIII, IX y XXXVI, de la historia de Avellaneda; en el XXXIV añade el mismo D. Alvaro: «que tenia escrupulo de haber sido causa de que (D. Quijote) saliese de Argamasilla para Zaragoza, por haberle dado parte de las justas que allí se hacian, y haberle dejado las armas.»—P.

(2) *Frion* se llama al hombre sin brio ni gracia en cuanto hace ó dice.—Arr.

(3) Esto es, el matador de amores.—P.

(4) Llámase así la casa ú hospital de los locos de Toledo.—Arr.

he visto lo que he visto, ni ha pasado por mí lo que ha pasado. Sin duda, dijo Sancho, que vuesa merced debe de estar encantado como mi señora Dulcinea del Toboso, y pluguiera al cielo que estuviera su desencanto de vuesa merced en darme otros tres mil y tantos azotes como me doy por ella, que yo me los diera sin interes alguno. No entiendo eso de azotes, dijo don Alvaro: y Sancho le respondió, que era largo de contar; pero que él se lo contaría, si acaso iban un mesmo camino.

Llegóse en esto la hora de comer, comieron juntos don Quijote y don Alvaro. Entró acaso el alcalde del pueblo en el mismo meson con un escribano, ante el cual alcalde pidió don Quijote por una petición, de que á su derecho convenia de que don Alvaro Tarfe, aquel caballero que allí estaba presente, declarase ante su merced como no conocia á don Quijote de la Mancha, que asimismo estaba allí presente, y que no era aquel que andaba impreso en una historia intitulada: *Segunda parte de don Quijote de la Mancha, compuesta por un tal de Avellaneda, natural de Tordesillas*. Finalmente el alcalde proveyó jurídicamente: la declaracion se hizo con todas las fuerzas que en tales casos debian hacerse; con lo que quedaron don Quijote y Sancho muy alegres, como si les importara mucho semejante declaracion, y no mostráran claro la diferencia de los dos don Quijotes, y la de los dos Sanchos, sus obras y sus palabras.

Muchas de cortesias y ofrecimientos pasaron entre don Alvaro y don Quijote, en las cuales mostró el gran manchego su discrecion, de modo que desengañó á don Alvaro Tarfe del error en que estaba, el cual se dió á entender que debia de estar encantado, pues tocaba con la mano dos tan contrarios don Quijotes.

Llegó la tarde, partiéronse de aquel lugar, y á obra de media legua se apartaban dos caminos diferentes, el uno que guiaba á la aldea de don Quijote, y el otro el que habia de llevar don Alvaro. En este poco espacio le contó don Quijote la desgracia de su vencimiento, y el encanto y el remedio de Dulcinea, que todo puso en nueva admiracion á don Alvaro, el cual abrazando á don Quijote y Sancho siguió su camino, y don Quijote el suyo.

Aquella noche la pasó entre otros árboles, por dar lugar á Sancho de cumplir su penitencia, que la cumplió del mismo modo que la pasada noche á costa de las cortezas de las hayas, harto mas que de sus espaldas, que las guardó tanto, que no pudieran quitar los azotes una mosca aunque la tuviera encima. No perdió el engañado don Quijote un solo golpe de la cuenta, y halló que, con los de la noche pasada, eran tres mil y veinte y nueve. Parece que habia madrugado el sol á ver el sacrificio, con



cuya luz volvieron á proseguir su camino, tratando entre los dos del engaño de don

Alvaro, y de cuan bien acordado habia sido tomar su declaracion ante la justicia y tan auténticamente.

Aquel día y aquella noche caminaron sin sucederles cosa digna de contarse, sino fue que en ella acabó Sancho su tarea, de que quedó don Quijote contento sobre modo y esperaba el día por ver si en el camino topaba ya desencantada á Dulcinea su señora; y siguiendo su camino, no topaba mujer ninguna que no iba á reconocer si era Dulcinea del Toboso, teniendo por infalible no poder mentir las promesas de Merlin. Con estos pensamientos y deseos subieron una cuesta arriba, desde la cual descubrieron su aldea, la cual vista de Sancho, se hincó de rodillas y dijo: abre los ojos, deseada patria, y mira que vuelve á ti Sancho Panza tu hijo, si no muy rico, muy bien azotado. Abre los brazos, y recibe tambien tu hijo don Quijote, que si viene vencido de los brazos ajenos, viene vencedor de sí mismo, que segun él me ha dicho es el mayor vencimiento que desearse puede. Dineros llevo, porque si buenos azotes me daban, bien caballero me iba. Déjate desas sandeces, dijo don Quijote, y vamos con pie derecho (1) á entrar en nuestro lugar, donde daremos vado á nuestras imaginaciones, y la traza que en la pastoral vida pensamos ejercitar. Con esto bajaron de la cuesta, y se fueron á su pueblo.

(1) Con ventura, dice Covarrubias. Tambien puede significar aquí: vamos derechos, sin hacer rodeo, parada ni detencion alguna. — Arr.





CAPITULO LXXIII.

De los agüeros que tuvo don Quijote al entrar de su aldea, con otros sucesos que adornan y acreditan esta grande historia.



A LA entrada del cual (1), segun dice Cide Hamete, vió don Quijote que en la eras del lugar estaban riñendo dos mochachos, y el uno dijo al otro: no te canses, Periquillo, que no la has de ver en todos los dias de tu vida. Oyólo don Quijote, y dijo á Sancho: ¿no adviertes, amigo, lo que aquel mochacho ha dicho, no la has de ver en todos los dias de tu vida? Pues bien, ¿qué importa, respondió Sancho, que haya dicho eso el mochacho? ¿Qué? replicó don Quijote, ¿no ves tú que aplicando aquella palabra á mi

intencion, quiere significar que no tengo de ver mas á Dulcinea? Queriale responder Sancho, cuando se lo estorbó ver que por aquella campaña venia huyendo una liebre, seguida de muchos galgos y cazadores, la cual temerosa se vino á recoger y á agazapar debajo de los pies del rucio. Cogióla Sancho á mano salva, y presentósele á don Quijote, el cual estaba diciendo: *malum signum, malum signum*: liebre huye, galgos la siguen, Dulcinea no parece. Estraño es vuesa merced, dijo Sancho: presupongamos que esta liebre es Dulcinea del Toboso, y estos galgos que la persiguen son los malandrines encantadores que la trasformaron en la labradora: ella huye, yo la cojo y la pongo en poder de vuesa merced, que la tiene en sus brazos y la regala: ¿qué mala señal es esta, ni que mal agüero se puede tomar de aquí? Los dos mochachos de la pendencia se llegaron á ver la liebre, y al uno dellos preguntó Sancho, que por qué reñian. Y fuéle respondido por el que habia dicho no la verás mas en toda tu vida, que él habia tomado al otro mochacho una jaula de grillos, la cual no pensaba volvérsela en toda su vida. Sacó Sancho cuatro cuartos de la faltriquera, y dióselos al mochacho por la jaula, y púosela en las manos á don Quijote diciendo: he aquí, señor, rompidos y desbaratados estos agüeros, que no tienen que ver mas con nuestros sucesos, segun que yo imagino, aunque tonto, que con las nubes de antaño; y si no me acuerdo mal, he oido decir al cura de nuestro pueblo, que no es de personas cristianas ni discretas mirar en estas niñerías; y aun vuesa merced mismo me lo dijo los dias pasados, dándome á entender que eran

(1) Este relativo se refiere á la palabra *pueblo*, con que finalizó el capítulo antecedente, salvando el epigrafe del siguiente.—P.

tantos todos aquellos cristianos que miraban en agüeros; y no es menester hacer hincapie (1) en esto, sino pasemos adelante y entremos en nuestra aldea.

Llegaron los cazadores, pidieron su liebre, y dióselo don Quijote: pasaron adelante, y á la entrada del pueblo toparon en un pradecillo rezando al cura y al bachiller Carrasco. Y es de saber que Sancho Panza habia echado sobre el rucio y sobre el lio de las armas, para que sirviese de repostero, la túnica de bocacá pintada de llamas de fuego, que le vistieron en el castillo del duque la noche que volvió en sí Altisidora. Acomodóle tambien la corozca en la cabeza, que fue la mas nueva trasformacion y adorno con que se vió jamas jumento en el mundo. Fueron luego conocidos los dos del cura y del bachiller, que se vinieron á ellos con los brazos abiertos. Apeóse don Quijote y abrazólos estrechamente; y los mochachos, que son linceos no excusados, divisaron la corozca del jumento, y acudieron á verle, y decian unos á otros: venid, mochachos, y vereis el asno de Sancho Panza mas galan que Mingo (2), y la bestia de don Quijote mas flaca hoy que el primer dia.

Finalmente, rodeados de mochachos, y acompañados del cura y del bachiller, entraron en el pueblo, y se fueron á casa de don Quijote, y hallaron á la puerta della



al ama y á su sobrina, á quien ya habian llegado las nuevas de su venida. Ni mas ni menos se las habian dado á Teresa Panza, mujer de Sancho, la cual desgredada y medio desnuda, trayendo de la mano á Sanchica su hija, acudió á ver á su marido, y viéndole no tan bien adelinado como ella se pensaba que habia de estar un gobernador, le dijo: ¿como venis así, marido mio, que me parece que venis á pie y despeado, y mas traeis semejanza de desgobernado que de gobernador?

Calla, Teresa, respondió Sancho, que muchas veces donde hay estacas no hay

tocinos, y vámonos á nuestra casa, que allá oirás maravillas. Dineros traigo, que es lo que importa, ganados por mi industria y sin daño de nadie. Traed vos dineros, mi buen marido, dijo Teresa, y sean ganados por aquí ó por allí, que como quiera

(1) Insistir con teson y mantenerse firme en la propia opinion ó en la solicitud de alguna cosa.

(2) El zagal de las coplas antiguas, intituladas de *Mingo Revulgo*, á que se hace aqui alusion, especialmente el siguiente pasaje en que empieza:

¡ Ah Mingo Revulgo, oh hao!

¿ Qué es de tu sayo de blao?

¿ No le vistes en Domingo?—Arr.—Véase la nota 4 de la pág. 374.

que los hayais ganado no habreis hecho usanza nueva en el mundo. Abrazó Sanchica á su padre, y preguntóle si traia algo, que le estaba esperando como el agua de mayo; y asiéndole de un lado del cinto, y su mujer de la mano, tirando su hija al rucio, se fueron á su casa, dejando á don Quijote en la suya en poder de su sobrina y de su ama, y en compañía del cura y del bachiller.

Don Quijote, sin aguardar términos ni horas, en aquel mismo punto se apartó á solas con el bachiller y el cura, y en breves razones les contó su vencimiento, y la obligacion en que habia quedado de no salir de su aldea en un año, la cual pensaba guardar al pie de la letra, sin traspasarla en un átomo, bien así como caballero andante, obligado por la puntualidad y orden de la andante caballeria; y que tenia pensado de hacerse aquel año pastor, y entretenerse en la soledad de los campos, donde á rienda suelta podía dar vado á sus amorosos pensamientos, ejercitándose en el pastoral y virtuoso ejercicio; y que les suplicaba, si no tenian mucho que hacer, y no estaban impedidos en negocios mas importantes, quisiesen ser sus compañeros, que él compraría ovejas y ganado suficiente, que les diese nombre de pastores: y que les hacia saber que lo mas principal de aquel negocio estaba hecho, porque les tenia puestos los nombres que les vendrian como de molde. Dijo el cura que los dijese. Respondió don Quijote que él se habia de llamar el pastor Quijotiz, y el bachiller el pastor Carrascon, y el cura el pastor Curiambro, y Sancho Panza el pastor Pancino.

Pasmáronse todos de ver la nueva locura de don Quijote; pero porque no se les fuese otra vez del pueblo á sus caballerias, esperando que en aquel año podría ser curado, concedieron con su buena intencion, y aprobaron por discreta su locura, ofreciéndosele por compañeros en su ejercicio: y mas, dijo Sanson Carrasco, que como ya todo el mundo sabe, yo soy celebrísimo poeta, y á cada paso compondré versos pastoriles, ó cortesanos, ó como mas me viniere á cuento, para que nos entretengamos por esos andurriales donde habemos de andar: y lo que mas es menester, señores míos, es que cada uno escoja el nombre de la pastora que piensa celebrar en sus versos, y que no dejemos árbol por duro que sea donde no la rotule y grave su nombre, como es uso y costumbre de los enamorados pastores.

Eso está de molde, respondió don Quijote, puesto que yo estoy libre de buscar nombre de pastora fingida, pues está ahí la sin par Dulcinea del Toboso, gloria de estas riberas, adorno de estos prados, sustento de la hermosura, nata de los donaires, y finalmente sugeto sobre quien puede asentar bien toda alabanza, por hipérbole que sea. Así es verdad, dijo el cura; pero nosotros buscaremos por ahí pastoras mañerue-las, que si no nos cuadraren, nos esquinen. A lo que añadió Sanson Carrasco, y cuando faltaren, darémosles los nombres de las estampadas é impresas, de quien está lleno el mundo, Filidas, Amarilis, Dianas, Fléridas, Galateas y Belisardas, que pues las venden en las plazas, bien las podemos comprar nosotros, y tenerlas por nuestras. Si mi dama, ó por mejor decir mi pastora, por ventura se llamare Ana, la celebraré debajo del nombre de Anarda, y si Francisca, la llamaré yo Francenia, y si Lucía, Lucinda, que todo se sale allá; y Sancho Panza, si es que ha de entrar en esta cofradia, podrá celebrar á su mujer Teresa Panza con nombre de Teresaina. Rióse don Quijote de la aplicacion del hombre, y el cura le alabó infinito su honesta y honrada resolucion, y se ofreció de nuevo á hacerle compañía todo el tiempo que le vacase de atender á sus forzosas obligaciones. Con esto se despidieron dél, y le rogaron y aconsejaron tuviese cuenta con su salud, y con regalarse lo que fuese bueno.

Quiso la suerte que su sobrina y al ama oyeron la plática de los tres; y así como se fueron, se entraron entrambas con don Quijote, y la sobrina le dijo: ¿qué es esto, señor tio? ahora que pensábamos nosotras que vuesa merced volvía á reducirse en su casa, y pasar en ella una vida quieta y honrada, se quiere meter en nuevos labe-

rintos, haciéndose pastorcillo, tú que vienes, pastorcico, tú que vas: pues en verdad que está ya duro el alcacer para zampona (1). A lo que añadió el ama: ¿y podrá vuesa merced pasar en el campo las siestas del verano, los serenos del invierno y el aullido de los lobos? No por cierto, que este es ejercicio y oficio de hombres robustos, curtidos y criados para tal ministerio casi desde las fajas y mantillas: aun mal por mal, mejor es ser caballero andante que pastor. Mire, señor, tome mi consejo, que no se le doy sobre estar harta de pan y vino, sino en ayunas, y sobre cincuenta años que tengo de edad: estése en su casa, atienda á su hacienda, confiese á menudo, favorezca á los pobres, y sobre mi ánima si mal le fuere. Callad, hijas, les respondió don Quijote, que yo sé bien lo que me cumple: llevadme al lecho, que me parece que no estoy muy bueno; y tened por cierto que, ahora sea caballero andante, ó pastor por andar, no dejaré siempre de acudir á lo que hubiéredes menester, como lo vereis por la obra: y las buenas hijas (que lo eran sin duda) ama y sobrina, le llevaron á la cama, donde le dieron de comer y regalaron lo posible.

(1) *Refran* usado para denotar que es ya tarde para hacer una cosa; con alusión al alcacer, que es la cebada verde y tierna, de cuyas cañas hacen los muchachos zamponas ó pipiritañas, pero que si se endurecen no les pueden servir para este uso.—Arr.





CAPITULO LXXIV.

De como don Quijote cayó malo, y del testamento que hizo, y su muerte.



Como las cosas humanas no sean eternas, yendo siempre en declinacion de sus principios hasta llegar á su último fin, especialmente las vidas de los hombres, y como la de don Quijote no tuviese privilegio del cielo para detener el curso de la suya, llegó su fin y acabamiento, cuando él menos lo pensaba, porque, ó ya fuese de la melancolia que le causaba el verse vencido, ó ya por la disposicion del cielo, que así lo ordenaba, se le arraigó una calentura, que le tuvo seis dias en la cama, en los

cuales fue visitado muchas veces del cura, del bachiller y del barbero sus amigos, sin quitársele de la cabecera Sancho Panza, su buen escudero. Estos, creyendo que la pesadumbre de verse vencido, y de no ver cumplido su deseo en la libertad y desencanto de Dulcinea, le tenia de aquella suerte, por todas las vias posibles procuraban alegrarle, diciéndole el bachiller que se animase y levantase para comenzar su pastoral ejercicio, para el cual tenia ya compuesta una égloga, que mal año para cuantas Sanazzaro (1) habia compuesto; y que ya tenia comprados de su propio dinero dos famosos perros para guardar el ganado, el uno llamado Barcino, y el otro Butron, que se los habia vendido un ganadero del Quintanar. Pero no por esto dejaba don Quijote sus tristezas. Llamaron sus amigos al médico, tomóle el pulso, y no le contentó mucho, y dijo que por si ó por no, atendiese á la salud de su alma, porque la del cuerpo corria peligro. Oyólo don Quijote con ánimo sosegado; pero no lo oyeron así su ama, su sobrina y su escudero, los cuales co-

(1) Messer Jacopo Sanazzaro, nacido en Nápoles el 28 de julio de 1458, es uno de los buenos poetas latinos é italianos del Parnaso. Sobresalió en las églogas pastoriles, y fue el inventor de las piscatorias. Compuso un poema latino *De Partu Virginis*, en el cual estuvo trabajando el corto espacio de veinte años, y es mas bien una gloriosa emulacion que una imitacion de Virgilio. No hay que maravillarse que empleara tanto tiempo en un poema tan poco voluminoso, si se reflexiona, como dice el autor de una biografía de Sanazzaro, *che usó per direttore e critico del medesimo il rigoroso Poderico, letterato di finissimo gusto, á cui recitava bene spesso fino in dieci differenti versi, ma esperimentó l'istesso concetto, perche dal medesimo glió ne venisse approvato qualcuno*. Gregorio Hernandez de Velasco, capellan del hospital de san Juan B. de Toledo, hizo una elegante traduccion de este *Parto* tan laborioso. — MARTINEZ DEL ROMERO.

menzaron á llorar tiernamente, como si ya le tuvieran muerto delante. Fue el parecer del médico, que melancolias y desabrimientos le acababan. Rogó don Quijote que le dejasen solo, porque queria dormir un poco.

Hiciéronlo así, y durmió de un tiron, como dicen, mas de seis horas, tanto que pensaron el ama y la sobrina que se habia de quedar en el sueño. Despertó al cabo del tiempo dicho, y dando una gran voz, dijo: bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho. En fin sus misericordias no tienen límite, ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres. Estuvo atenta la sobrina á las razones del tío, y parecióronle mas concertadas que él solia decirlas, á lo menos en aquella enfermedad, y preguntóle: ¿que es lo que vuesa merced dice, señor? ¿tenemos algo de nuevo? ¿que misericordias son estas, ó que pecados de los hombres?

Las misericordias, respondió don Quijote, sobrina, son las que en este instante ha usado Dios conmigo, á quien, como dije, no las impiden mis pecados. Yo tengo juicio ya libre y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia, que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda de los detestables libros de las caballerias. Ya conozco sus disparates, y sus embelecocos, y no me pesa, sino que este desengaño ha llegado tan tarde, que no me deja tiempo para hacer alguna recompensa, leyendo otros que sean luz del alma. Yo me siento, sobrina, á punto de muerte; querria hacerla de tal modo que diese á entender que no habia sido mi vida tan mala, que dejase renombre de loco: que puesto que lo he sido, no querria confirmar esta verdad en mi muerte. Llámame, amiga, á mis buenos amigos el cura, el bachiller Sanson Carrasco, y á maese Nicolas el barbero que quiero confesarme y hacer mi testamento. Pero deste trabajo se escusó la sobrina con la entrada de los tres.

Apenas los vió don Quijote, cuando dijo: dadme albricias, buenos señores, de que ya yo no soy don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, á quien mis costumbres me dieron renombre de Bueno. Ya soy enemigo de Amadis de Gaula y de toda la infinita caterva de su linaje: ya me son odiosas todas las historias profanas de la andante caballeria: ya conozco mi necedad, y el peligro en que me pusieron haberlas leído: ya por misericordia de Dios, escarmentando en cabeza propia, las abomino. Cuando esto le oyeron decir los tres, creyeron sin duda que alguna nueva locura le habia tomado. Y Sanson le dijo: ¿Ahora señor don Quijote, que tenemos nueva que está desencantada la señora Dulcinea, sale vuesa merced con eso? ¿y ahora que estamos tan á pique de ser pastores, para pasar cantando la vida como unos príncipes, quiere vuesa merced hacerse ermitaño? Calle por su vida, vuelva en sí y déjese de cuentos.

Los de hasta aquí, replicó don Quijote, que han sido verdaderos en mi daño, los ha de volver mi muerte con ayuda del cielo en mi provecho. Yo, señores, siento que me voy muriendo á toda priesa, déjense burlas aparte, y tráiganme un confesor que me confiese, y un escribano que haga mi testamento, que en tales trances como este no se ha de burlar el hombre con el alma: y así suplico que en tanto que el señor cura me confiesa, vayan por el escribano. Miráronse unos á otros, admirados de las razones de don Quijote y aunque en duda, le quisieron creer; y una de las señales por donde conjeturaron se moria, fue el haber vuelto con tanta facilidad de loco á cuerdo, porque á las ya dichas razones añadió otras muchas, tan bien dichas, tan cristianas y con tanto concierto, que del todo les vino á quitar la duda, y á creer que estaba cuerdo. Hizo salir la gente el cura, y quedóse solo con él, y confesósele. El bachiller fue por el escribano, y de allí á poco volvió con él, y con Sancho Panza, el cual Sancho (que ya sabia por nuevas del bachiller en que estado estaba su señor) hallando á la ama y á la sobrina llorosas, comenzó á hacer pucheros y á derramar lágrimas. Acabóse la confesion, y salió el cura diciendo: verdaderamente se muere, y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno: bien podemos entrar para que haga su testamento. Estas nuevas dieron un terrible empujon á los ojos preña-

dos de ama, sobrina y de Sancho Panza, su buen escudero, de tal manera, que los hizo reventar las lágrimas de los ojos, y mil profundos suspiros del pecho; porque verdaderamente, como alguna vez se ha dicho, en tanto que don Quijote fue Alonso Quijano el Bueno á secas, y en tanto que fue don Quijote de la Mancha, fue siempre de apacible condicion, y de agradable trato, y por esto no solo era bien querido de los de su casa, sino de todos cuantos le conocian.

Entró el escribano con los demas, y despues de haber hecho la cabeza del testamento, y ordenado su alma don Quijote con todas aquellas circunstancias cristianas que se requieren, llegando á las mandas, dijo: Iten (1) es mi voluntad que de ciertos dineros que Sancho Panza, á quien en mi locura hice mi escudero, tiene, que porque ha habido entre él y mí ciertas cuentas, y dares y tomares, quiero que no se le haga cargo dellos, ni se le pida cuenta alguna, sino que si sobrare alguno, despues de haberse pagado de lo que le debo, el restante sea suyo, que será bien poco, y buen provecho le haga: y si como estando yo loco fui parte para darle el gobierno de la ínsula, pudiera ahora estando cuerdo darle el de un reino, se le diera, porque la sencillez de su condicion y fidelidad de su trato lo merece: y volviéndose á Sancho, le dijo: perdóname, amigo, de la ocasion que te he dado de parecer loco como yo, haciéndote caer en el error, en que yo he caido, de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo.

¡Ay! respondió Sancho llorando, no se muera vuesa merced, señor mio, sino tome mi consejo, y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin mas ni mas, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolia. Mire no sea perezoso, sino levántese desa cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado; quizá tras de alguna mata hallaremos á la señora doña Dulcinea desencantada, que no haya mas que ver. Si es que se muere de pesar de verse vencido, écheme á mí la culpa, diciendo que por haber yo cinchado mal á Rocinante le derribaron: cuanto mas que vuesa merced habrá visto en sus libros de caballerias ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros á otros, y el que es vencido hoy, ser vencedor mañana.

Así es, dijo Sanson, y el buen Sancho Panza está muy en la verdad destes casos. Señores, dijo don Quijote, vámonos poco á poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño: yo fui loco, y ya soy cuerdo; fui don Quijote de la Mancha, y soy ahora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno: pueda con vuestas mercedes mi arrepentimiento y mi verdad volverme á la estimacion que de mí se tenia, y prosiga adelante el señor escribano.

Iten mando toda mi hacienda á puerta cerrada á Antonia Quijana mi sobrina, que está presente, habiendo sacado primero de lo mas bien parado della lo que fuere menester para cumplir las mandas que dejo hechas; y la primera satisfaccion que se haga quiero que sea pagar el salario que debo del tiempo que mi ama me ha servido, y mas veinte ducados para un vestido. Dejo por mis albaceas (2) al señor cura y al señor bachiller Sanson Carrasco, que estan presentes.

Iten es mi voluntad que si Antonia Quijana mi sobrina quisiere casarse, se case con hombre de quien primero se haya hecho informacion que no sabe que cosa sean libros de caballerias: y en caso que se averiguare que lo sabe, y con todo eso mi sobrina quisiere casarse con él y se casare, pierda todo lo que le he mandado, lo cual puedan mis albaceas distribuir en obras pias á su voluntad.

Iten suplico á los dichos señores mis albaceas, que si la buena suerte les trujere á conocer al autor que dicen que compuso una historia que anda por ahí, con el tí-

(1) *Iten por item, é item mas.*

(2) *Albacea es voz arábica, y significa la persona á quien el testador deja encargada la ejecucion de lo dispuesto en su testamento; y á quien por esta razon se llama hoy testamentario. — Arr.*

tulo de *Segunda parte de las hazañas de don Quijote de la Mancha*, de mi parte le pidan, cuan encarecidamente ser pueda, perdone la ocasion que sin yo pensarlo le di de haber escrito tantos y tan grandes disparates como en ella escribe, porque parto desta vida con escrúpulo de haberle dado motivo para escribirlos. Cerró con esto el testamento, y tomándole un desmayo, se tendió de largo á largo en la cama. Alborotáronse todos, y acudieron á su remedio, y en tres dias que vivió despues deste donde hizo el testamento, se desmayaba muy á menudo. Andaba la casa alborotada; pero con todo comia la sobrina, brindaba el ama, y se regocijaba Sancho Panza; que esto del heredar algo borra ó templá en el heredero la memoria de la pena que es razon que deje el muerto.

En fin llegó el último de don Quijote, despues de recibidos todos los sacramentos, y despues de haber abominado con muchas y eficaces razones de los libros de caballerias. Hallóse el escribano presente, y dijo que nunca habia leído en ningun libro de caballerias que algun caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y tan cristiano como don Quijote, el cual entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron, dió su espíritu: quiero decir que se murió. Viendo lo cual el cura, pidió al escribano le diese por testimonio como Alonso Quijano el Bueno, llamado comunmente don Quijote de la Mancha, habia pasado desta presente vida, y muerto naturalmente; y que el tal testimonio pedia para quitar la ocasion de que algun otro autor que Cide Hamete Benengeli le resucitase falsamente, é hiciese inacabables historias de sus hazañas.

Este fin tuvo el INGENTOSO HIDALGO DE LA MANCHA, cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente, por dejar que todas las villas y lugares de la Mancha contendiesen entre sí por ahijársele y tenérsele por suyo, como contendieron las siete ciudades de Grecia por Homero (1). Déjanse de poner aquí los llantos de Sancho, sobrina y ama de don Quijote, los nuevos epitafios de su sepultura, aunque Sanson Carrasco le puso este:

Yace aquí el hidalgo fuerte,
Que á tanto extremo llegó
De valiente, que se advierte
Que la muerte no triunfó
De su vida con su muerte.
Tuvo á todo el mundo en poco;
Fue el espantajo y el coco
Del mundo en tal coyuntura,
Que acreditó su ventura,
Morir cuerdo, y vivir loco.

Y el prudentísimo Cide Hamete dijo á su pluma: aquí quedarás colgada desta espetera, y deste hilo de alambre, ni sé si bien cortada ó mal tajada, peñola mia, adonde vivirás luengos siglos, si presuntuosos y malandrines historiadores no te desuelgan para profanarte. Pero antes que á ti lleguen les puedes advertir, y decirles en el mejor modo que pudieres:

Tate, tate, folloncicos,
De ninguno sea tocada,
Porque esta empresa, buen Rey,
Para mí estaba guardada.

(1) Y en efecto siete villas de España han contendido por tener por suyo á Cervantes, como tenemos ya dicho, así como las de Grecia contendieron por Homero. — Arr.

Para mi sola nació don Quijote, y yo para él: él supo obrar, y yo escribir; solos los dos somos para en uno, á despecho y pesar del escritor fingido y tordesillesco, que se atrevió, ó se ha de atrever á escribir con pluma de avestruz grosera y mal adeliñada las hazañas de mi valeroso caballero, porque no es carga de sus hombros, ni asunto de su resfriado ingenio; á quien advertirás, si acaso llegas á conocerle, que deje reposar en la sepultura los cansados y ya podridos huesos de don Quijote, y no le quiera llevar, contra todos los fueros de la muerte, á Castilla la Vieja (1), haciéndole salir de la fuesa, donde real y verdaderamente yace tendido de largo á largo, imposibilitado de hacer tercera jornada y salida nueva: qué para hacer burla de tantas como hicieron tantos andantes caballeros, bastan las dos que él hizo tan á gusto y beneplácito de las gentes á cuya noticia llegaron, así en estos como en los extraños reinos (2): y con esto cumplirás con tu cristiana profesion, aconsejando bien á quien mal te quiere; y yo quedaré satisfecho y ufano de haber sido el primero que gozó el fruto de sus escritos enteramente, como deseaba, pues no ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que por las de mi verdadero don Quijote van ya tropezando, y han de caer del todo sin duda alguna. Vale.

(1) Concluye Avellaneda su *Segunda Parte*, encerrando á don Quijote en el Nuncio de Toledo, ó casa de los locos, para que le curasen, y añade que habiendo curado se supo por tradición de viejimos manchegos que salió de aquel hospital, y que volviendo á su tema pasó por Madrid, donde vió á Sancho, y entrando en Castilla la Vieja le sucedieron estupendas aventuras. De esta nueva salida, que amenazaba escribir Avellaneda, habla aquí Cervantes, reprobándola de antemano. — P.

(2) Es muy digno de notar con este motivo que no hay predicción de cuantas hizo Cervantes sobre la celebridad y singular acogida que en todas partes y en todos tiempos habia de tener su inmortal Quijote, que no se haya cumplido aun mas allá de lo que él anunció. El fue el primero y quizá el único entre todos los escritores que, sin que le alucinase su amor propio, conoció y supo apreciar el grande y eminente mérito de su obra, la cual tiene, entre otras prendas, el privilegio, que no ha logrado otra alguna, de ser su lectura el consuelo de toda clase de personas, en todas las épocas y situaciones de la vida. Su memoria será siempre grata á todos los hombres que tengan la dicha de leer y entender sus obras, y sepan apreciar sus talentos y sus virtudes; pues Cervantes, como se habrá visto por su vida, poseyó estas en tan alto grado como aquellos. Por esto le llamó con razon el ingles Bowle *honor y delicia del género humano*. Penetrado de igual sentimiento un poeta español, coetáneo de nuestro autor (D. Fernando de Lodeña) escribió en su elogio el siguiente soneto, el mejor sin duda de cuantos se conocen y han publicado en loor suyo, y que podremos intitular la corona poética de Cervantes:

Dajad, Nereidas, del albergue umbroso
Las piezas de cristales fabricadas,
De la espuma lijera mal tachadas,
Si bien guarnidas de coral precioso:

Salid del sitio ameno y deleitoso,
Driadas de las selvas, no tocadas;
Y vosotras, oh musas celebradas,
Dejad las fuentes del licor copioso,

Todas juntas traed un ramo solo,
Del árbol en quien Dafne convertida,
Al rubio Dios mostró tanta dureza:

Que cuando no lo fuera para Apolo,
Hoy se hiciera laurel, por ver ceñida
De Miguel de Cervantes la cabeza.—Arr.

FIN DEL INGENIOSO HIDALGO.



